

MANSON

LA HISTORIA REAL

TOM O'NEILL
y DAN PIEPENBRING

Manson

La historia real

Tom O'Neill
y Dan Piepenbring

Traducción de Joan Soler



Rocaeditorial

MANSON. LA HISTORIA REAL

Tom O'Neill y Dan Piepenbring

Manson. La historia real sigue los veinte años de investigación de Tom O'Neill para refutar la historia «oficial» detrás de Manson. ¿Quiénes eran sus verdaderos amigos en Hollywood y hasta dónde llegarían para ocultar las relaciones entre ellos? ¿Por qué la policía no actuó en muchas de las ocasiones en las que podría haberlo hecho? ¿Y cómo convirtió a un grupo de hippies pacíficos en asesinos sin escrúpulos?

La búsqueda de respuestas lleva a O'Neill a pasar desde por celebridades solitarias a espías experimentados, desde el Verano del Amor a los sombríos espacios en los que tenían lugar los experimentos de control mental de la CIA, en un camino lleno de encubrimientos y coincidencias. Un libro que presenta cientos de nuevas entrevistas y docenas de documentos del Departamento de Policía de Los Ángeles, el FBI y la CIA antes nunca vistos, llegando a unas conclusiones y evidencias que podrían ser un argumento, según el fiscal del distrito de Los Ángeles, Stephen Kay, lo suficientemente fuerte como para anular los veredictos sobre el caso Manson.

En esas dos noches oscuras en Los Ángeles, O'Neill encuentra la historia

verdadera de la California de los años sesenta: cuando los charlatanes se mezclaban con los prodigios, cuando el amor libre era tan real como los lavados de cerebro, y cuando la utopía se podía vislumbrar a través de un viaje de ácido.

ACERCA DEL AUTOR

Tom O'Neill es un aclamado periodista de investigación. Su trabajo ha aparecido en prestigiosas publicaciones como *Us*, *Premiere*, *New York*, *The Village Voice* y *Details*. Graduado por la Tisch School of Arts de la Universidad de Nueva York, vive actualmente en Venice, California.

ACERCA DE LA OBRA

«Cualquier cosa que creas saber sobre los asesinatos de Manson es falsa. Completamente falsa. Los veinte años de meticulosa investigación de Tom O'Neill han desvelado información sobre los asesinatos, los asesinos, los fiscales y una extraña galería de policías, traficantes de droga, médicos corruptos, celebridades famosas, investigaciones gubernamentales grotescas, agentes secretos y figuras sombrías en un encubrimiento y una conspiración tan arrolladores y extraños que quedarás tan sorprendido como aterrorizado. Si tus amigos te llaman paranoico, tal vez sean solo ignorantes.»

JOE IDE, AUTOR DE *IQ* Y *WRECKED*

«Fascinante y magistral. Una deslumbrante y convincente historia de detective periodístico obsesionado que te invita a descubrir el sexo, las drogas y al famoso asesino en serie de Estados Unidos. O'Neill ha dedicado décadas a destapar algo mucho más extraño de lo que *Helter Skelter* admitió. Abrochaos el cinturón, esto es *true crime* en su forma más auténtica y emocionante.»

CHARLES GRAEBER, PERIODISTA Y AUTOR *BEST SELLER* DE *THE NEW YORK TIMES*

Para mis padres

PRÓLOGO

Vincent Bugliosi lanzó otra invectiva.

—No hay nada peor que acusar a un fiscal de hacer lo que está insinuando que hice yo en este caso —vociferó—. Es una burda difamación.

Era un día soleado de febrero de 2006 y estábamos en la cocina de su casa de Pasadena. El lugar era acogedor, con estampados florales, profusión de muebles y, en la parte delantera, una valla que ocultaba literalmente toda la hostilidad que estallaba en el interior. Bugliosi quería demandarme. Sería, avisó, «un pleito por libelo de cien millones de dólares» y «uno de los litigios más importantes de la historia en el género del *true crime*». Si me negaba a quitarle hierro a mi reportaje sobre él, nada podría detenerlo.

—Me parece que podemos considerarnos adversarios —me dijo después.

Vince —él y yo nos tratábamos por nuestro nombre de pila, como supongo que han de hacer los adversarios— era un maestro de la oratoria, y esta era una de sus características peroratas. Ese día, nuestra entrevista se prolongó durante más de seis horas, y en ella habló casi exclusivamente él, extendiéndose con la misma habilidad que mostró en el procesamiento de Charles Manson treinta y cinco años antes. Con setenta y un años y en mangas de camisa aún componía una figura imponente, intimidándome desde el otro lado de una mesa de formica abarrotada de documentos legales, notas, grabadoras, bolígrafos y un montón de libros... todos escritos por él. Ágil y enjuto, los ojos de un azul metálico, se sentó solo para volver a levantarse de golpe y señalarme la cara con el dedo.

Tras revolver entre sus papeles amarillos, leyó algunos comentarios que había redactado.

—Soy un tipo decente, Tom, y voy a explicarle cuatro cosas sobre lo decente que es Vince Bugliosi.

Y eso hizo: recitó una exposición inicial ya escrita que duró cuarenta y cinco minutos. Insistió en comenzar así. Presionó a su esposa, Gail, para que actuara como testigo del procedimiento por si yo intentaba tergiversar algo. En esencia, convirtió su cocina en una sala de juicios. Y en una sala de juicios, él estaba como pez en el agua.

Bugliosi se había hecho famoso gracias al juicio de Manson, en el que cautivó al país con historias de hippies asesinos, lavados de cerebro, conflictos étnicos y espeluznantes experiencias psicodélicas que terminaban fatal. Vince se aseguró de recordarme que había escrito tres superventas, entre ellos *Helter Skelter*, un relato de los asesinatos de Manson y sus secuelas, que llegó a ser la crónica negra más popular de la historia. Ese día él estaba un

poco alterado, de acuerdo, pero lo mismo me pasaba a mí. Mi cometido consistía en incidir en ciertos aspectos de su comportamiento en el juicio de Manson. En *Helter Skelter* hay gran cantidad de lagunas, contradicciones, omisiones y discrepancias con respecto a los informes policiales. El libro venía a ser una narración oficial que a pocos se les había pasado por la cabeza poner en duda. Sin embargo, yo había descubierto documentos valiosísimos — muchos de los cuales llevaban décadas sin ser examinados, por lo que no había redactado ningún informe sobre ellos— que implicaban a Vince y a un sinnúmero de otros actores importantes, como el agente de libertad condicional de Manson, sus amigos de Hollywood, policías, abogados, investigadores y profesionales médicos que estuvieron cerca de él. Entre muchas otras cosas, yo tenía una prueba manuscrita del propio Vince de que uno de sus principales testigos había mentado bajo juramento.

A veces me pregunto si Vince advirtió mi estado aquel día. No soy practicante, pero esa mañana había ido a la iglesia a rezar un poco. Mi madre siempre me decía que rezara cuando necesitara ayuda, y ese día me hacía falta toda la ayuda del mundo. Esperaba que mi entrevista con Vince supusiera un punto de inflexión en mis siete años de investigación intensiva sobre los crímenes de Manson. A estas alturas ya había hablado con más de mil personas. En distintos momentos, mi trabajo me había dejado tan hecho polvo, deprimido y aterrorizado que estaba volviéndome «uno de esos»: un tipo obsesivo, un teórico de la conspiración, un lunático. Mi familia estaba preocupada por mi cordura. El propio Manson me había arengado desde la cárcel. A lo largo de mi vida había afrontado múltiples amenazas. No soy un hombre crédulo, pero sobre los asesinatos de Manson y la California de los años sesenta había descubierto cosas que antes me habrían parecido imposibles, cosas queapestaban a duplicidades y encubrimientos y que afectaban a departamentos de policía de todo el estado. Y a los tribunales. Y además —aquí antes de decirlo tengo que respirar hondo—, a la CIA.

Si conseguía que Bugliosi admitiera algún acto indebido, o por lo menos deslizará algún detalle suelto, por fin podría comenzar a desenredar muchos nudos. Quizá pronto sería capaz de recuperar mi vida, con independencia de cómo fuera esta. Al menos sabría que había hecho todo lo posible para llegar al fondo de este pozo aparentemente insondable.

Sin embargo, sentado en su cocina y viendo que pasaban las horas mientras Vince defendía y apuntalaba todo lo que decía, se me cayó el alma a los pies. Me contestaba con evasivas. Apenas me dejaba hablar.

—Es un homenaje a tu investigación —me dijo—. Descubriste algo que yo desconocía. —En lo más parecido a una concesión, comentó—: Tal vez algunas cosas me pasaron desapercibidas. Sin embargo, ni por asomo haré lo que me estás sugiriendo, ¿vale? Toda mi trayectoria entraría en contradicción con eso. Por otra parte, Tom, aunque aceptara lo que me propones, que incité a que se cometiera perjurio, esto no llevaría a ningún sitio. Es algo absurdo. Es... es estúpido. ¿A quién le importa? ¡No significa nada!

¿A quién le importa? A lo largo de los años, me he hecho esta pregunta un montón de veces. ¿Valió la pena dedicar tanto tiempo y energía a estos crímenes tan manidos, que se contaban entre los más famosos de la historia norteamericana? En todo caso, ¿cómo acabé metido en esto? Recuerdo que, durante la larga y estentórea «exposición inicial», miré de reojo a Gail, la esposa de Vince, que estaba apoyada en la encimera con aspecto exhausto y los párpados caídos. Al final se disculpó y subió a su habitación a echarse. Cuando me siento deprimido, me imagino como Gail aquel día. «Oh, no, otra vez los crímenes de Manson. Ya hemos revisado esto. Ya lo hemos procesado. Sabemos todo lo que hay que saber al respecto. No nos arrastres de nuevo hacia esta historia.»

Casi me animó ver a Vince tan ansioso. Me mantenía en marcha precisamente esto, saber que lo estaba sacando de quicio. ¿Cómo es que estaba tan decidido a impedir mi labor? Si lo que había descubierto no era efectivamente «nada», ¿por qué tantos de sus antiguos colegas me habían dicho lo contrario?

Una de mis fuentes le había revelado a Vince mis pesquisas, y este había deducido la ridícula idea de que, en mi opinión, el fiscal había tendido una trampa a Manson. Esto era totalmente falso. Yo no he defendido a Manson en mi vida. Creo que era ciertamente tan malvado como lo habían descrito los medios. No obstante, sí es verdad que Stephen Kay —también fiscal, como Vince, pero no amigo suyo— había quedado impresionado por las notas manuscritas de Vince, y me dijo que podían bastar para anular la sentencia contra Manson y la Familia. De todos modos, no era este mi propósito. Yo solo quería averiguar qué había pasado realmente.

—Ahora no sé qué pensar —me había dicho Kay—. Si [Vince] cambió esto, ¿qué más pudo cambiar?

Yo quería saber lo mismo, pero Vince siempre encontraba el modo de cambiar de tema.

—¿Adónde lleva todo esto? —decía una y otra vez—. ¿Qué sentido

tiene?

A mi entender, tenía sentido porque un acto de perjurio ponía en entredicho el móvil general de los asesinatos. Vince me trataba con demasiada condescendencia respecto a los móviles que yo debía tener en cuenta. ¿Cómo me atrevía a insinuar que se había equivocado en algo? ¿Cómo podría tener la conciencia tranquila si empañaba su excelsa reputación? Le gustaba referirse al «hombre en el espejo», como si la expresión la hubiera popularizado él, no Michael Jackson.

—No puedes escapar... ¡no puedes escapar de él! —Intenté reconducir la conversación de nuevo hacia Manson, pero Vince no quería saber nada del asunto. Solo quería recitar algunos «testimonios» sobre su buen carácter, «para que quedara grabado, que constara en acta».

Aquel día, cada uno llevaba su grabadora; yo era tan escrupuloso como él, y ninguno de los dos quería arriesgarse a grabar la conversación de manera incompleta. Una y otra vez, cuando la intensidad aumentaba y Vince tenía algo delicado que decir, exigía que aquello fuera extraoficial, lo cual significaba que los dos debíamos apagar el aparato, a veces solo durante unos segundos, y enseguida lo volvíamos a encender. A veces a él se le olvidaba, y yo tenía que recordárselo:

—No lo ha apagado, Vince.

A micrófono cerrado, volvía a arremeter contra mí, atravesándome con aquellos ojos bajo sus plateadas medialunas de pelo.

—Si escribe el libro y es difamatorio desde el punto de vista jurídico, ha de saber una cosa —dijo—. Ha de saber que no tengo elección. Tengo que demandarle.

Cuando abandoné la casa, y después de tantos gritos, me dolía la cabeza y el sol ya se había puesto tras las montañas de San Gabriel. Gail no se había tomado la molestia de volver a bajar. En el exterior, antes de llegar al coche, Vince me asió del brazo y me recordó que un comentario suyo podía disparar las ventas de mi libro... y que estaría encantado de hacerlo siempre y cuando él diera el visto bueno al manuscrito.

—No es una oferta *quid pro quo* —añadió. Pero a mí me pareció que sí.

Mientras me alejaba en coche, me noté desanimado. Me había enfrentado a uno de los fiscales y escritores de crónica negra más famosos del mundo. No le había vencido, desde luego. Pero sabía que no estaba solo. Otros periodistas me habían advertido de que Vince podía ser muy fiero. Mary Neiswender, del *Long Beach Press Telegram and Independent*, me explicó

que, en la década de 1980, cuando ella estaba a punto de publicar ciertas revelaciones sobre Vince, este la había amenazado diciéndole que sabía a qué escuela iban sus hijos: «Sería muy fácil dejar narcóticos en sus taquillas». A decir verdad, no me hacían falta más fuentes: unos minutos antes, el propio Vince me había dicho que no tendría reparo alguno en hacer daño a quien fuera para «que prevaleciera la justicia o para vengarme».

Pero mi alivio temporal duró poco. Cuando llegué a casa, en Venice Beach, ya me había enviado un mensaje en el que me decía que quería hablar de «un par de cosas complementarias». Lo llamé y hablamos unas cuantas horas más. Al día siguiente recibí otra llamada... y otra, y otra. Cuando comprendió que no iba a echarme atrás, se irritó todavía más.

—Si da a entender vagamente a sus lectores que de un modo u otro oculté pruebas al jurado en el caso Manson —me dijo por teléfono—, lo crea o no, lo único que conseguirá es hacer peligrar su futuro económico y el de su editor. —Exigiendo disculpas, me aseguró que estaba metiéndome en arenas movedizas—. La próxima vez que nos veamos, quizá estará usted en el banquillo y yo interrogándole.

Por suerte esto no llegó a pasar. La siguiente vez que vi a Vince fue en junio de 2011, cuando me adelantó a zancadas en dirección al auditorio de la Biblioteca de Santa Mónica, donde iba a dar una charla. Advirtió mi presencia —su adversario— entre la multitud y se paró un momento.

—¿Es usted Tom O’Neill?

—Sí. ¿Qué tal, Vince?

—¿Por qué está tan contento?

Estaría sonriendo por los nervios.

—Me alegro de verle —dije.

Tras examinarme un instante, dijo:

—¿Se ha hecho algo en el pelo?

—No.

—Parece diferente. —Y siguió caminando. Eso fue todo. No volvimos a hablar nunca más. Vince murió en 2015. A veces me gustaría que estuviera vivo para que pudiera leer lo que sigue, aun a sabiendas de que luego querría ponerme un pleito. Me siento un estúpido por haber esperado de él respuestas concretas. Rebobino mentalmente el escenario, calculando dónde habría podido pillarle en falso, dónde habría podido presionarle más, cómo habría podido rechazar sus contraataques. Me parecía que, en realidad, con la suficiente constancia, habría podido llegar a la verdad oculta. En la

actualidad, la mayoría de las personas que conocían la historia por completo, incluyendo el propio Manson, están muertas, y las dudas que tenía entonces han seguido consumiéndome durante casi veinte años. De todos modos, de una cosa sí estoy seguro: buena parte de lo que aceptamos como hechos es ficción.

1 El crimen del siglo **Dos décadas de retraso**

Mi vida experimentó un giro brusco el 21 de marzo de 1999, el día después de mi cuadragésimo cumpleaños, cuando empezó todo esto. Estaba en la cama con resaca, como en innumerables aniversarios anteriores, y percibí un agudo estallido de odio hacia mí mismo. Como periodista *free lance* que era, llevaba cuatro meses sin trabajar. Había acabado en esta profesión casi por casualidad. Durante años había conducido un carro tirado por un caballo en el turno de noche de Central Park y, con el paso del tiempo, mis entregas no solicitadas a revistas como *New York* habían desembocado en encargos cada vez más importantes. Aunque ahora me alegraba vivir en Venice Beach y ganarme la vida como escritor, echaba de menos Nueva York, y mi existencia era todavía precaria. Mis amigos tenían obligaciones: habían formado una familia, trabajaban muchas horas en ajetreadas oficinas, vivían una vida plena. Aunque ya no era joven, estaba tan libre de ataduras que podía dormir hasta entrada la tarde; para ser sincero, en esa época no podía permitirme hacer mucho más. Sentía que estaba hecho un lío. Cuando sonó el teléfono, tuve que hacer un verdadero esfuerzo para cogerlo.

Era Leslie Van Buskirk, mi antigua directora en la revista *Us* que ahora estaba en *Premiere*, con un encargo para mí. Se acercaba el trigésimo aniversario de los asesinatos de Manson y quería un reportaje sobre las consecuencias que habían tenido en Hollywood. Muchos años después, el nombre de Manson aún servía para referirse a una forma muy norteamericana de violencia brutal, la que aparentemente surge de la nada y confirma los miedos más sombríos que el país tiene de sí mismo. Los crímenes aún tenían una gran influencia en el imaginario colectivo, decía mi directora. ¿Cómo es que Manson era tan especial? ¿Por qué ese hombre y la Familia perduraban en la conversación culta mientras otros asesinatos más macabros habían desaparecido de la memoria? Como *Premiere* era una revista de cine, mi directora quería que hablara con la vieja guardia de Hollywood, la generación que había estado inquietantemente cerca de Manson, y averiguase cómo se sentían sus integrantes al cabo de tres décadas. Era una idea muy imprecisa;

Leslie confiaba en que yo encontraría un buen enfoque y le daría una forma original.

Estuve a punto de decir que no. Los crímenes de Manson nunca me habían interesado especialmente. Cuando se produjeron, yo tenía diez años, vivía en Filadelfia, y aunque mi hermano jura y perjura que confeccioné un libro de recortes sobre los asesinatos, no recuerdo que los crímenes me afectaran en lo más mínimo. Si acaso, creía ser una de las pocas personas del planeta que no había leído *Helter Skelter*. Al igual que una canción escuchada hasta la saciedad o una película icónica, Manson suscitaba en mí escaso interés precisamente por su carácter ubicuo. Los asesinatos que había ordenado solían llevar la etiqueta de «crimen del siglo», y los crímenes del siglo suelen estar muy manoseados.

No obstante, necesitaba el trabajo, y confiaba en la opinión de Leslie. En *Us* habíamos trabajado juntos en muchas historias, y una como esta, sórdida como pocas, sería un cambio positivo con respecto a mi rutina de cronista social, que exigía montones de charlas con estrellas de cine en sus confortables casas de Hollywood Hills en las que sacaban a relucir valientes decisiones profesionales y la necesidad de privacidad. Esto no significa que el trabajo careciera de contratiempos. Con Tom Cruise acabé a gritos sobre la ciencia ficción; Gary Shandling se las apañó para dejarme plantado durante una entrevista en su propia casa y un día saqué de sus casillas a Alec Baldwin. Pero cosas así nos pasan a todos.

En otras palabras, yo tenía ciertas habilidades pero no precisamente en la investigación y la comprobación de hechos. Para una historia reciente sobre un asesinato sin resolver, había seguido algunas pistas importantes, pero como mi planteamiento era sobre todo circunstancial, la revista decidió con sensatez ir a lo seguro, y el artículo salió sin mordiente.

Me parecía que esta vez sería capaz de hacerlo mejor. De hecho, entre la niebla de mi resaca, recuerdo haber pensado esto: será fácil. Estuve de acuerdo en presentar cinco mil palabras en tres meses. Después, pensé, quizá podría regresar a Nueva York.

Veinte años después, la crónica no está terminada, la revista ya no existe y yo sigo en Los Ángeles. «**Un rompecabezas**»

Antes de empezar con las entrevistas, leí *Helter Skelter*. Y vi todo el lío que había allí. Era un libro vehemente, absorbente, con detalles inquietantes de los que jamás había oído hablar. Habida cuenta de su infamia, daba la impresión de que los asesinatos siempre habían existido en una especie de

vacío. Sin embargo, mientras leía el libro de Bugliosi, lo que antes pareciera un tema plano y agotado de pronto estaba lleno de intriga.

Tomé notas e hice una lista de posibles entrevistas con la idea de darle a aquello un enfoque nuevo. Al principio del libro, Bugliosi reprende a quienes creen que resolver crímenes es fácil:

En la literatura, la escena de un crimen suele asemejarse a un rompecabezas. Si uno tiene paciencia y sigue intentándolo, a la larga todas las piezas encajan.

Los policías veteranos saben que esto no es así... Incluso después de surgir la solución —si se da el caso—, habrá piezas sobrantes, elementos que no cuadran. Y otras que faltan siempre.

Tenía razón, y sin embargo sentía curiosidad por las «piezas sobrantes» de ese caso. En el relato de Bugliosi no parecía haber demasiadas. Su rompecabezas estaba misteriosamente completo.

Esta sensación de certeza reforzó mi impresión de que los medios de comunicación habían exprimido los crímenes. Pensar en ellos podría exprimirme a mí también. Bugliosi describe a Manson como «una metáfora del mal», un doble de «el lado sombrío y maligno de la humanidad». Cuando me representé mentalmente a Manson, vi ese mal: el brillo maniaco en su mirada, la esvástica grabada en su frente. Vi la historia que nos contamos a nosotros mismos sobre el final de los años sesenta: el desmoronamiento del sueño hippie, la agonía de la contracultura, el trasfondo escabroso, dionisiaco, de Los Ángeles, con su confluencia de famosos, sexo y dinero.

Como todos conocemos la historia, es difícil hablar de los asesinatos de Manson de una manera que capte su lúgubre potencia. Los hechos escuetos, aprendidos y digeridos casi de memoria, dan la impresión de haber perdido todo significado; la descarga eléctrica que agitó Norteamérica ha quedado reducida a una sacudida suave, una serie de entradas concisas en Wikipedia y de fotografías archiconocidas. Como pasa con los acontecimientos históricos, todo parece un tanto remoto, resuelto.

Sin embargo, es crucial prestarse a notar esta conmoción, que va volviendo a medida que se acumulan los detalles. No se trata solo de historia. Es lo que Bugliosi, en su exposición inicial en el juicio, denominó «pasión por la muerte violenta». Pese a la percepción general, los asesinatos siguen envueltos en misterio, incluidos algunos de sus detalles más básicos. Hay al menos cuatro versiones de lo sucedido, cada una de las cuales contiene su propia descripción de quién apuñaló a quién y con qué cuchillo, quién dijo qué

o quién estaba allí. Se han exagerado o modificado las declaraciones, o la gente se ha retractado. Los informes de las autopsias no siempre concuerdan con los testimonios en el juicio. Los acusados no siempre coincidieron en quién cometió los crímenes. Muchos obsesos siguen litigando sobre discrepancias mínimas en la escena del crimen: los mangos de las armas, la localización de las salpicaduras de sangre, la hora oficial de la muerte según el médico forense. De todos modos, aunque fuéramos capaces de resolver estos dilemas, nos quedaría aún la gran pregunta: ¿por qué llegó a suceder todo eso? **Algo que conmocione al mundo**

8 de agosto de 1969. La portada del *Los Angeles Times* de esa mañana reflejaba un día corriente en la ciudad. El Central Receiving Hospital no había logrado salvarle la vida a un policía herido. La asamblea legislativa había aprobado un nuevo presupuesto para las escuelas y diversos científicos se mostraban optimistas respecto a que en el casquete polar sur de Marte pudiera haber vida extraterrestre. En Londres, los Beatles habían sido fotografiados cruzando la calle de su estudio de grabación, una instantánea que acabaría siendo la carátula de *Abbey Road*. Walter Cronkite iniciaba el *CBS Evening News* con una información sobre la devaluación del franco.

La carrera espacial estaba en su apogeo y los norteamericanos soñaban, a veces algo atemorizados, con un futuro de ciencia ficción. No hacía ni tres semanas que la NASA había mandado al primer hombre a la Luna, una impresionante demostración de ingenio tecnológico. En cambio, la canción número uno del país era «In the Year 2525», de Zager and Evans, que imaginaba un futuro distópico en el que «no vas a necesitar decir la verdad / ni decir mentiras / todo lo que piensas, haces o dices / está en la píldora que has tomado hoy». Como observación sobre el momento actual, resulta más mordaz de lo que nadie habría pensado.

Aquella noche, más tarde, en el Spahn Movie Ranch, cerca de Chatsworth, California, un hombre y tres mujeres se subieron a un destartado Ford Falcon amarillo de 1959 y pusieron rumbo a Beverly Hills. Un peón oyó a una de las mujeres decir:

—¡Vamos a por esos putos cerdos!

La mujer era Susan *Sadie* Atkins, de veintiún años, que se había criado sobre todo en San José. Hija de dos alcoholicos, había formado parte del coro de la iglesia y de un grupo musical, y decía que su hermano y sus amigos abusaban de ella. Había abandonado la secundaria y se había trasladado a San Francisco, donde había trabajado como bailarina en *topless* y había empezado

a tomar LSD. «Mi familia siempre me decía: “Vas de mal en peor, vas de mal en peor” —explicó tiempo después—. Y así fue, seguí de mal en peor. Hasta caer al fondo del precipicio.»

Acurrucada a su lado en la parte trasera del coche —habían arrancado los asientos para tener más espacio donde meter la comida de los contenedores de supermercado a los que solían acudir— estaba Patricia *Katie* Krenwinkel. De veintiún años, originaria de Inglewood, siendo niña había desarrollado un problema hormonal, debido al cual comía demasiado y temía ser fea y no deseada. En la adolescencia empezó a tomar drogas y a beber en exceso. Un día de 1967, dejó el coche en un aparcamiento, no fue a cobrar su sueldo a la aseguradora donde trabajaba y desapareció.

En el asiento del acompañante iba Linda Kasabian, de veinte años y oriunda de New Hampshire. En el instituto había jugado al baloncesto, pero dejó los estudios para casarse; el matrimonio no duró ni seis meses. Poco después fue detenida en Boston en una redada de los agentes de narcóticos. En la primavera de 1968 volvió a casarse, tuvo un hijo y se mudó a Los Ángeles. A veces decía llamarse Yana y aseguraba ser bruja.

Y al volante iba Charles *Tex* Watson, veintitrés años y casi un metro noventa de estatura, del este de Texas. Watson había sido *boy scout* y capitán del equipo de fútbol americano de su instituto; a veces ayudaba a su padre, que tenía a su cargo una gasolinera y una tienda de comestibles. En la Universidad Estatal del Norte de Texas se incorporó a un círculo estudiantil y empezó a drogarse. Poco después dejó los estudios, se trasladó a California y trabajó como viajante de comercio. Un día recogió a un autoestopista que resultó ser Dennis Wilson, de los Beach Boys, una casualidad que cambió la vida de ambos para siempre.

Esa noche, en el Ford Falcon, los cuatro iban vestidos de negro de pies a cabeza. Ninguno tenía antecedentes violentos. Formaban parte de una comuna hippie que denominaban «la Familia». Al vivir aislada en el Rancho Spahn —cuyos quinientos acres montañosos en otro tiempo habían procurado espectaculares escenarios para *westerns* y programas televisivos—, la Familia había adoptado una chapucera postura New Age antisistema que combinaba ecologismo, amor libre y cristianismo apocalíptico, completada con un vehemente rechazo de la moral convencional. Pero, más que nada, sus integrantes vivían conforme a los caprichos de su líder, Charles Milles Manson, de treinta y cuatro años, el que les había ordenado hacer el viaje aquella noche.

Los cuatro llegaron al número 10050 de Cielo Drive, donde vivía la actriz Sharon Tate con su esposo, el director de cine Roman Polanski. A la sazón, él estaba en Londres, buscando exteriores para *El día del delfín*, película en la que se entrena a un delfín para que asesine al presidente de Estados Unidos.

Tardaron unos cuarenta minutos en llegar a Cielo. Era justo después de medianoche. El vecindario de Benedict Canyon estaba tranquilo, nada que ver con el ajetreo y la inmensidad de Los Ángeles. La casa, construida en 1942, había pertenecido a una actriz francesa, que la había reformado con arreglo al estilo de las fincas normandas de su juventud. De estructura sinuosa, baja y alargada, en el extremo de un pasaje sin salida, invisible desde la calle, se levantaba en el interior de una finca de unos 12.000 metros cuadrados de terreno aislado, bucólico. Enclavada en un risco, desde la casa se disfrutaba de una fantástica vista de las brillantes luces de Los Ángeles al este y de las ostentosas mansiones que se desplegaban al oeste. En un día despejado, se alcanzaba a ver el Pacífico, a unos quince kilómetros.

Watson trepó a un poste para cortar la línea telefónica de la casa. Como ya había estado allí antes, la encontró enseguida. Había un portón eléctrico por el que se accedía al camino de entrada, pero, en vez de activarlo, los cuatro saltaron sobre un terraplén para caer directamente en la finca. Todos llevaban consigo cuchillos de caza; además, Watson tenía un revólver del calibre 22. Kasabian se quedó en las inmediaciones, vigilando. Los otros tres subieron sigilosos la cuesta que conducía al recóndito edificio.

Al final del camino de entrada vieron a Steven Parent, un chico de dieciocho años que había estado visitando al conserje en la casa de invitados para venderle un reloj despertador. Sentado en el Rambler blanco de su padre, ya había bajado la ventanilla para accionar el control de la verja. Watson se acercó al asiento del conductor y le apuntó a la cara con el arma.

—¡No me haga daño, por favor! ¡No diré nada! —gritó Parent, que levantó el brazo para protegerse. Watson le hizo un corte en la mano izquierda con el cuchillo, que partió la correa del reloj de pulsera. Acto seguido, disparó cuatro veces sobre Parent, en el brazo, otra en la mejilla izquierda y dos en el pecho. El muchacho murió en el acto y su sangre empezó a encharcar el suelo del coche.

Los cuatro tiros resonaron en Benedict Canyon, pero en la casa de 10050 Cielo nadie pareció oírlos. Se trataba de una mansión rústica de piedra y madera, con el revestimiento exterior de tablas y listones de un color rojo

tomate, tal como se describió a menudo en los numerosos artículos periodísticos que pronto empezaron a aparecer. Al lado del largo porche delantero, un sinuoso camino de losas llevaba a una fuente de los deseos, con palomas y ardillas de piedra encaramadas en el borde. En la zona de atrás se veía una piscina y un modesto pabellón de invitados. En el patio había setos bajos, pinos enormes y primorosos canteros de margaritas y caléndulas. Una puerta blanca de dos paneles daba al salón, donde las chimeneas de piedra, los techos con vigas y un altillo con una escalera de madera de secuoya procuraban un ambiente acogedor.

Como no encontraba puertas ni ventanas abiertas, Watson efectuó una hendidura horizontal en un mosquitero exterior al comedor y entró en la casa. A continuación, abrió la puerta principal a Atkins y Krenwinkel. En el salón, los tres asesinos se toparon con Wojciech *Voytek* Frykowski, un inmigrante polaco y director de cine en ciernes de treinta y dos años, durmiendo en el sofá cubierto con una bandera norteamericana. En ese momento, Frykowski estaba regresando de un viaje de mescalina de diez días. Tras haber sobrevivido a la cruel Segunda Guerra Mundial en Polonia, había ido a Estados Unidos a llevar una vida sin rumbo. Sus amigos creían que tenía un aire «taciturno y trastornado»; formaba parte de una generación de polacos que habían acabado dando vueltas en «una órbita torcida».

Frotándose los ojos para distinguir las figuras vestidas de negro que tenía delante, Frykowski extendió los brazos y, al parecer tomándolos por amigos, preguntó:

—¿Qué hora es?

Watson apuntó a Frykowski con el arma y dijo:

—Silencio. Si te mueves, eres hombre muerto. —Frykowski, que se había quedado rígido, empezó a captar la gravedad de la situación.

—¿Quién eres? —inquirió—. ¿Y qué estás haciendo aquí?

—Soy el demonio, y estoy aquí por asuntos que atañen al demonio —contestó Watson, que propinó a Frykowski un puntapié en la cabeza.

En un armario de ropa, Atkins encontró una toalla de la que se valió para atar las manos de Frykowski lo mejor que pudo. A continuación, a instancias de Watson, fue a hacer un reconocimiento de la casa para ver dónde estaban los otros. Llegó a un dormitorio con la puerta entreabierta, donde vio a una mujer recostada en una cama, leyendo. Se trataba de Abigail Folger, de veinticinco años, heredera de una empresa millonaria de café. Llevaba en la casa con Frykowski, su novio, desde el mes de abril. Levantó la vista del

libro, sonrió y saludó con la mano a Atkins, que respondió del mismo modo y continuó pasillo abajo.

Después Atkins miró en un segundo dormitorio, donde un hombre estaba sentado en el borde de una cama, hablando con una mujer embarazada tumbada en ropa interior. Él, Jay Sebring, de treinta y cinco años, era peluquero. Su negocio de Beverly Hills atraía a una clientela rica y famosa; había sido el primero en cortar el pelo en una habitación privada, a diferencia de lo que pasaba en las barberías. Durante la guerra de Corea había estado en la Marina. Hombre de lo más reservado, se rumoreaba que tenían su número de teléfono solo cinco personas.

Con él, en la cama, estaba su exnovia, Sharon Tate, que entonces tenía veintiséis años y estaba embarazada —por primera vez— de ocho meses. Hacía poco que había protagonizado su papel más importante hasta la fecha, en *El valle de las muñecas*, y su representante le había prometido que algún día sería una estrella. Nacida en Dallas, Tate era hija de un oficial del ejército y creció en distintas ciudades de todo el globo. Su belleza era tal que, en su primera visita a Nueva York, interrumpía literalmente el tráfico. Había sido la reina de la fiesta de antiguos alumnos y la reina del baile. Ya con seis meses de vida había ganado un concurso de Miss Chiquitina en Texas. Esperaba que una carrera cinematográfica la daría a conocer por algo más que por su atractivo físico. Allí, en Cielo Drive, en la casa que ella llamaba la Casa del Amor, Tate era optimista con respecto al futuro. Creía que su hijo fortalecería su matrimonio con Polanski, quien a veces la humillaba.

Tras informar a Watson, Susan Atkins ató más fuerte las manos de Frykowski con un trozo de hilo de nailon. Luego fue al salón en busca de los otros, y todos fueron a la habitación de Folger, a la que amenazaron con un cuchillo, y luego a la de Sebring y Tate.

—Venid con nosotros —les dijeron—. Si habláis, estáis muertos.

Habida cuenta del sobresalto y la confusión, ofrecieron a los intrusos dinero y todo lo que quisieran, suplicándoles que no hicieran daño a nadie. Watson ordenó a los tres procedentes de los dormitorios que se tendieran boca abajo, frente a la chimenea. Tate se puso a llorar; Watson le dijo que se callara. A Sebring le ató las manos a la espalda con una cuerda larga que también le pasó por el cuello. A continuación, la anudó en el cuello de Tate y finalmente en el de Folger, y el trozo que sobraba lo lanzó por encima de una de las vigas.

Sebring forcejeó para ponerse de pie y protestó... ¿No veía ese hombre

que Tate estaba embarazada? Intentó acercarse a Sharon y Watson le disparó dos veces, con lo que le perforó un pulmón. Sebring se desplomó en la alfombra de piel de cebra que había junto a la chimenea. Como estaban atados juntos, la caída obligó a la vociferante Tate y a Folger a ponerse de puntillas para evitar el estrangulamiento. Watson se arrodilló y acuchilló a Sebring un buen rato sin parar, se levantó y le dio una patada en la cabeza. Entonces dijo a Krenwinkel que apagara todas las luces.

—¿Qué pretendéis hacer con nosotros? —preguntó Tate.

—Vais a morir —dijo Watson.

Frykowski había logrado desatarse. Acto seguido se echó encima de Atkins a trompicones con la idea de desarmarla, pero ella le metió el cuchillo entre las piernas y se lo clavó una y otra vez mientras ambos rodaban por el suelo del salón, una maraña de miembros destellando con el acero. El polaco tiró de la larga melena de la chica. Aunque había sangre por todas partes, pues había habido más de media docena de puñaladas, Frykowski logró ponerse en pie a duras penas. Como Atkins había perdido el cuchillo, aunque seguía aporreándole, él se precipitó hacia la puerta principal y llegó hasta la zona de césped. Watson detuvo su huida con dos balas más y luego lo derribó y le golpeó la cabeza con la culata una y otra vez, con tanta fuerza que el lado derecho de la empuñadura se hizo añicos y el cráneo de Frykowski se resquebrajó.

Dentro, Tate estaba sollozando. De pronto, Folger, que se había quitado el lazo del cuello, salió también como un rayo por la puerta. Había recorrido ya la mitad del césped delantero, con el camión ondeando a su espalda como si fuera un espectro, cuando Krenwinkel la atrapó y le hundió el cuchillo, tras lo cual se lo clavó otras veintiocho veces. Llegó Watson, y Folger se quedó sin fuerzas y dijo:

—Me rindo. Ya estoy muerta. Acabad conmigo.

Empapados de sangre y de su propio sudor, los dos asesinos se levantaron y vieron que Frykowski se les acercaba de nuevo trastabillando. Enseguida le acuchillaron con la misma precisión mecánica, haciendo que el acero se abriera paso entre la carne, los huesos y los cartílagos. El médico forense contó cincuenta y una puñaladas, aparte de trece golpes en la cabeza y dos heridas de bala.

Atkins se había quedado en la casa con Tate, que estaba gimoteando, sentada en el suelo... todavía solo en ropa interior y atada por el cuello al cadáver de su antiguo amante. Era la única que permanecía aún con vida. En

principio iba a dar a luz a un niño dentro de dos semanas. Watson volvió a entrar y ordenó a Atkins que la matara. Tate suplicó que le perdonasen la vida, que le perdonasen la vida a su hijo no nacido.

—Quiero tener a mi bebé —dijo.

—No tendré piedad de ti, mujer —replicó Atkins rodeando el cuello de Tate con el brazo desde detrás—. Vas a morir, y a mí me da igual.

Y la apuñaló en el estómago. Watson echó una mano. Entre los dos le asestaron dieciséis cuchilladas hasta que Sharon llamó a gritos a su madre y murió.

Atkins hundió los dedos en una de las heridas de Tate y probó la sangre. Era «caliente, pegajosa y agradable», recordaría más adelante. «Saborear la muerte y aun así dar vida —decía—, vaya, no está mal la jugada.» Acto seguido, humedeció una toalla con la sangre de Tate y la llevó a la puerta delantera, donde, siguiendo las instrucciones de Watson de «escribir algo que conmocione al mundo», garabateó la palabra *pig* (cerdo). Misión cumplida.

Cuando a primera hora de la mañana Watson, Atkins, Krenwinkel y Kasabian regresaron al Rancho Spahn, se acostaron, como recordarían más adelante, y durmieron a pierna suelta.

—No podía con mi alma —dijo Atkins más adelante—. Era como estar muerta. Me sentía incapaz de pensar en nada, casi desfallecida, anonadada... Tenía la mente en blanco. Estaba vacía. Era como si lo hubiera dado todo.

En el 10050 de Cielo Drive había un escenario de devastación tan bárbaro y cruel que sacudió a fondo la conciencia colectiva. De repente, el 8 y el 9 de agosto de 1969 parecían describir realidades distintas. Los reportajes de los medios se apresuraron a insinuar algo más sórdido que el mero homicidio, algo oculto. Un periódico hablaba de «orgía de sangre»; para otros se trataba de «sacrificios rituales» o había «connotaciones de un rito religioso extraño». No se podía acceder a los hechos o en su caso se tergiversaban. Quizá hubiera también drogas de por medio, quizá no. Tal vez Sebring llevaba la capucha negra de un satanista, tal vez no. El cuadro completo era el de una tragedia irreal. Según un agente presente en la escena del crimen, los cadáveres parecían maniqués bañados en pintura roja; otro dijo que «aquello parecía un campo de batalla». En las alfombras se habían formado charcos de sangre. Según la revista *Time*, algunas balas perdidas se habían alojado en el techo.

La gente encontró en Roman Polanski, cuyas películas eran intencionada e

incluso orgullosamente ocultistas, a alguien en quien proyectar su fatalismo. Según cierta información de la prensa popular, escasos minutos antes de enterarse de los crímenes, Polanski, en una fiesta en Londres, había estado hablando de la muerte de un amigo.

—Pito, pito, gorgorito —dijo—, ¿quién será el próximo? —Tras eso, sonó el teléfono, y fue informado de que su mujer y unos amigos habían sido brutalmente asesinados.

Y

Aquello no había acabado. La noche siguiente, en el Rancho Spahn, el grupo celebró una reunión con tres incorporaciones. Estaba Steven *Clem* Grogan, de dieciocho años, músico que había abandonado la secundaria, y Leslie *Lu-lu* Van Houten, de diecinueve, antigua princesa de baile de graduación, de Orange County, que había tocado el sousáfono en el instituto.

Y estaba también Charles Manson. El líder.

Los siete se amontonaron en el destartado Ford en busca de más víctimas. Tras casi tres horas de impaciente conducción por Los Ángeles y sus alrededores, al final Manson se decidió por una casa de Los Feliz, el 3301 de Waverly Drive, junto a una casa en la que había vivido en otro tiempo. Sin tener ni idea de quiénes eran ahora sus actuales acupantes, irrumpió él solo provisto de una pistola y un cuchillo. Otros aseguran que le acompañó Tex Watson. En cualquier caso, allí vio a Leno LaBianca, de cuarenta y cuatro años, propietario de una tienda de ultramarinos, dormido en el sofá y con la cara tapada por un periódico. La esposa de Leno, Rosemary, de treinta y ocho años, se hallaba en el dormitorio. Últimamente, Rosemary estaba obsesionada con la idea de que alguien entraría en su casa por la fuerza y cambiaría los muebles de sitio... y, como el resto de la ciudad, tenía miedo a raíz de los asesinatos de la noche anterior en la casa de Tate. Aun así, Manson fue capaz de entrar por la puerta principal y él mismo ató juntos a la pareja. Luego se reunió con sus acólitos al final del largo camino de entrada, donde aguardaban en el coche.

Manson volvió a escoger como verdugos a Watson y a Krenwinkel. Pero esta vez añadió a Van Houten. Antes de esa noche, ella no había hecho nunca daño a nadie. Charles les dijo que entrasen y los mataran a los dos. Iban provistos solo de cuchillos de caza.

Irrumpieron en la casa, separaron a la pareja y apuñalaron a Leno veintiséis veces; le grabaron la palabra «guerra» en el estómago y ensartaron

un tenedor de trinchar al lado de modo que solo el mango sobresalía de su vientre. Le dejaron también un cuchillo de carne atravesado en la garganta. Rosemary sufrió cuarenta y una puñaladas, muchas de ellas estando ya muerta. Antes de irse, los asesinos garabatearon «Healter [sic] Skelter» con sangre en la nevera, título mal escrito de la canción de los Beatles «Helter Skelter». La sangre de Leno también les sirvió para escribir en las paredes «muerte a los cerdos» y «alzaos». **«Casi muertos por dentro»**

Por su primitivismo, la matanza —una estrella embarazada asesinada brutalmente, un hombre atravesado con utensilios de cocina— confirmó una cierta sensación de ruptura en Estados Unidos. El espíritu subversivo de la década había avanzado con demasiado ardor. Probablemente se procedería a alguna clase de evaluación, o al menos eso parecía en retrospectiva. No era posible reprimir eternamente la violencia larvada.

El país se quedó atrapado en el suceso: los motivos, la cacería humana y al final, en 1970, el sensacionalista juicio de nueve meses y medio. De todos modos, Manson y su séquito tardaron casi cuatro meses en comparecer ante la justicia. Como los sospechosos eran unos desconocidos y andaban sueltos, proliferaron los rumores y la tensión alcanzó un punto culminante. Durante un tiempo, la policía mantuvo que las dos series de asesinatos no tenían nada que ver: los LaBianca habían sido víctimas del «efecto *copycat*» (un crimen de imitación). Incluso Truman Capote, cuya obra *A sangre fría* llevaba apenas unos años publicada, se dejó llevar por el entusiasmo especulativo y en *Tonight Show* aportó una explicación «fantástica» de los crímenes. Para él la culpa era de una persona, y el móvil, un arrebató de ira y una buena dosis de paranoia.

A medida que los días se convertían en semanas, y las semanas en meses, el Departamento de Policía de Los Ángeles y la Oficina del Sheriff del Condado iban siguiendo pistas falsas y, como con los años habían desarrollado cierta rivalidad, se ocultaban mutuamente información por sistema. En la prensa trascendieron sus dudas y su ridículo. Durante cuatro meses, la policía estuvo diciendo que no tenía nada claro quién había cometido los asesinatos más espantosos de la historia del país.

Si se habla de los crímenes el tiempo suficiente, alguien sacará inevitablemente a relucir el famoso comentario de Joan Didion en su libro *The White Album*: «Los años sesenta terminaron bruscamente el 9 de agosto de 1969... Ese día estalló la tensión. Se consumó la paranoia». Aquí radica el germen de la verdad. Sin embargo, el proceso no fue tan brusco. Comenzó ese

día, pero en realidad no acabó hasta el 1 de diciembre de 1969, cuando el caso reapareció con toda su fuerza y el país entrevió por primera vez a los asesinos. Entonces se produjo el colofón de la paranoia, la última bocanada del idealismo de los sesenta.

En la sede del Departamento de Policía de Los Ángeles, el jefe, Edward M. Davis, se acercó a un despliegue de quince micrófonos y, ante una pasmada multitud de doscientos reporteros, anunció que el caso estaba resuelto. Se había dictado orden de detención contra Charles Watson, Patricia Krenwinkel y Linda Kasabian. Se conocerían más nombres a la espera de nuevas imputaciones del gran jurado. Con gran asombro de los presentes, Davis añadió que los crímenes en las casas de Tate y LaBianca estaban relacionados. Y los sospechosos quizá también eran responsables de otros homicidios no resueltos.

Ese día no mencionó a Manson ni a Susan Atkins porque ya estaban detenidos. A finales de octubre, Manson y una pandilla de seguidores suyos habían sido arrestados y acusados de robo de coches en el Rancho Barker, un escondrijo del inhóspito Valle de la Muerte cuyo aislamiento superaba incluso el del Rancho Spahn. Atkins había sido acusada de otro asesinato sin conexión con los otros —el de Gary Hinman, viejo amigo de Manson— y estaba encerrada en el Sybil Brand Institute del este de Los Ángeles, donde ante sus compañeras de celda alardeó de su complicidad en los asesinatos de la mansión de Tate. Estos comentarios informales fueron de gran ayuda para el Departamento de Policía, que empezó a atar cabos y unir los puntos que llevaba casi cuatro meses mirando sin más.

Muchos periodistas empezaron a profundizar en la historia. Aparecieron imágenes y fotos policiales de Manson y la Familia en portadas de diarios y pantallas de televisión de todo el mundo. La disonancia cognitiva era notoria. No eran caras de criminales curtidos o lunáticos fugados. Se trataba de hippies, los típicos hijos de las flores, en la flor de su inocente juventud: los hombres, con el pelo largo y sin afeitado, con cazadoras de piel y collares de abalorios; las mujeres, con vaqueros azules y camisetas de colores, sin sujetador, el pelo enmarañado y sin lavar.

Además hablaban como los hippies, y en su discurso cabía el amor libre junto al rechazo a la monogamia y el matrimonio en favor de la experimentación sexual. Vivían en comunas itinerantes, desplazándose en caravana a lo largo de la Golden Coast en autobuses en tecnicolor y chatarras montadas a partir de piezas sueltas. Creían que los alucinógenos fortalecían el

espíritu y desarrollaban la mente. Daban a luz de manera natural y criaban a todos los hijos juntos, con una sencillez rústica.

No obstante, en otros aspectos su filosofía era gnóstica, rayando en lo teológico. Proclamaban que el tiempo no existía, y que tampoco existían el bien, el mal ni la muerte. Todos los seres humanos eran dios y el demonio al mismo tiempo, y cada uno formaba parte de los demás. De hecho, en el universo todo estaba unificado, era uno consigo mismo. El código moral de la Familia, si es que se podía hablar de algo así, estaba plagado de contradicciones. Aunque estaba mal matar animales —había que proteger incluso a las serpientes y las arañas de sus barracas—, matar personas estaba bien, pues la vida humana carecía intrínsecamente de valor. Matar a alguien equivalía a «desgajar un trocito minúsculo de cierta galleta cósmica», tal como lo expresó en algún momento Tex Watson. Si acaso, la muerte era algo que había que aceptar de buen grado, pues exponía tu alma a la unicidad del universo.

¿De dónde surgían estas creencias? Los asesinos se habían criado y formado en comunidades norteamericanas convencionales, consolidadas, si bien ninguno las reivindicaba. La Familia, con su idealizado comunitarismo, su franqueza sexual y su veneración por el LSD, ofrecía una pantalla en la que cualquiera podía proyectar sus inseguridades con respecto a las presiones y la política de la época. La promesa del movimiento hippie estaba en su disposición a renunciar a instituciones muypreciadas en favor de lo nuevo y no experimentado. Tras los crímenes de la casa de Tate, daba la impresión de que los hippies y los bichos raros suponían algo más que un espectáculo divertido de caseta de feria: eran capaces de socavar realmente el *statu quo*. Su promiscuidad ya les había hecho merecedores de un montón de reproches por parte de moralistas preocupados, mientras otros se los quedaban mirando con envidia apenas disimulada. Los padres tenían miedo de que sus hijos dejaran la escuela, se volvieran hippies y no tuvieran nunca un empleo decente. Por todas partes había chicos haciendo autoestop. En el mundo recto y cabal había cierto consenso sobre la idea de que los hippies eran en su mayor parte inofensivos... aunque no querías ser uno de ellos. A pesar de que hubo incidentes aislados de violencia atribuidos a hippies, ninguno había sido tan horripilante, premeditado y sistemático como los asesinatos cometidos por la Familia Manson. Y en cuanto a los crímenes, había muchas cosas envueltas en la incertidumbre, desde los motivos hasta el número de víctimas. Según ciertas estimaciones, durante ese período de cuatro meses de 1969 es posible

que hasta treinta y tres personas fueran asesinadas porque un hombre lo había ordenado. Eso de ahora era algo completamente distinto.

El 12 de diciembre, con el país todavía estupefacto por los procesamientos, un artículo publicado en la revista *Time* establecía paralelismos engañosos entre los hippies y la violencia. En la «invitación a la libertad» del movimiento, avisaba la revista, «los criminales y los psicóticos» florecían con la misma facilidad que los inocentes y los pacifistas. Pero ¿cómo podía ser que «a chicos que habían dejado los estudios en busca de bondad y cariño, de amor y belleza, se les ordenara matar»? Según el doctor Lewis Yablonsky, sociólogo que había escrito un libro titulado *The Hippie Trip*, muchos hippies eran «personas solitarias, alienadas»:

Incluso cuando actúan como si amaran, lo hacen totalmente desprovistos de verdadera compasión. Esta es la razón por la que son capaces de matar con total naturalidad... Muchos hippies están socialmente casi muertos por dentro. Algunos, para llegar a sentir algo, necesitan emociones muy fuertes. Para sentirse vivos, precisan acciones extravagantes, intensas... actos sexuales, actividades violentas, nudismo, toda suerte de exaltación dionisiaca. **«El chico mecánico»**

Y ese tal Charles Manson, cuyo rostro estaba por todas partes, ¿no era la personificación del buscador de emociones dionisiacas? Un exconvicto de treinta y cinco años que había pasado aproximadamente la mitad de su existencia en instituciones federales, y había atrapado la vida y la mente de sus seguidores, en su mayoría mujeres jóvenes. Los miembros de la Familia, cuyo número oscilaba entre las dos y las tres docenas, habían estado bajo la influencia de Manson apenas dos años, algunos bastante menos tiempo. Sin embargo, todos hacían cualquier cosa que él les dijera, sin vacilar, incluyendo matar a verdaderos desconocidos. Manson había logrado una sumisión extrema.

Al principio, Charles Manson contaba con muy pocas probabilidades de ser un líder carismático. Nacido en Cincinnati, Ohio, de una madre de dieciséis años y un padre al que no llegó a conocer, había vivido sobre todo rodeado de privación y sufrimiento. Pocos iban a sentirse inclinados de manera natural a admirar su imponente presencia; y en un sentido literal pocos habrían podido hacerlo: medía solo metro cincuenta y cinco.

Manson pasó sus primeros años desatendido. Siendo todavía un niño pequeño, su madre le dejaba irse de juerga con ella y su hermano, y una vez la pareja decidió robar a un tipo que parecía rico. Los dos estuvieron varias

horas detenidos y la madre fue condenada a varios años de prisión. Cuando salió en libertad, Charles tenía ocho años, y a partir de ahí ambos pasaron una buena temporada con una serie de hombres poco fiables en habitáculos sórdidos, hasta que ella sufrió otra detención por hurto mayor. Al final, la mujer pescó a un viajante de comercio de Indianápolis, se casó con él en 1943 y se esforzó por dejar de beber. Manson, que todavía no contaba diez años, ya por entonces hacía novillos y robaba en tiendas de las inmediaciones. La madre le buscó un hogar de acogida. Sin embargo, fue puesto bajo tutela estatal y enviado a la Escuela Gibault Masculina, un colegio católico para delincuentes ubicado en Terre Haute, Indiana. Charles se escapó, pero su madre lo llevó ahí de nuevo. La separación debió de afectarle mucho, al menos si nos fiamos de su compinche Watson, quien más adelante escribió que Manson «sentía un odio especial hacia las mujeres que eran madres. Esto seguramente tuvo algo que ver con sus sentimientos hacia su propia madre, aunque nunca hablaba de ella... Lo más cerca que estuvo de romper su silencio fue en la letra de alguna de sus canciones: “Soy un chico mecánico, soy el chico de mi madre”».

El «chico mecánico» estuvo poco tiempo en la Escuela Gibault. Al cabo de diez meses huyó otra vez, tras lo cual se dedicó a robar para mantenerse. Debido a sus delitos, fue enviado a un centro penitenciario de Omaha, Nebraska, de donde también se escapó. Después empezó a allanar tiendas de comestibles. A los trece años, Manson fue enviado a la Escuela Masculina de Indiana, una institución más dura, donde, según contó, fue violado por los demás chicos. Para mantenerlos a raya, aprendió a fingir que estaba loco. Y siguió escapándose: dieciocho veces en tres años.

En febrero de 1951, ya con dieciséis años, Manson se fugó de nuevo, pero esta vez con otros dos muchachos. Cruzaron la frontera del estado con un coche robado: un delito federal. Cuando un control de carreteras puso punto final a su aventura, Manson fue trasladado a la Escuela Nacional de Capacitación para Chicos, en Washington D. C. De este modo comenzó un largo período en el sistema federal de reformatorios. Desde allí Manson pasó al Campamento de Honor del Puente Natural, donde lo pillaron violando a un chico a punta de navaja, al reformatorio federal de Virginia, donde acumuló delitos similares, y a un reformatorio de Ohio, de donde, gracias a una temporada de buen comportamiento, fue liberado anticipadamente en 1954, aunque los psiquiatras habían tomado numerosas notas acerca de su «conducta antisocial» y sus «traumas psíquicos».

Antes de transcurrido un año, ya tenía una esposa y un bebé en camino. Tuvo también varios empleos en el sector de los servicios, pero no podía dejar de robar coches, varios de los cuales llevó al otro lado de la frontera estatal. Debido a esos delitos, y a su incomparecencia en una audiencia relacionada con uno de ellos, fue condenado a tres años de cárcel en Isla Terminal, una prisión federal de San Pedro, California. Cuando salió en libertad en 1958, su esposa ya había presentado la demanda de divorcio, por lo que, para ganarse la vida, Charles se dedicó a hacer de proxeneta. El mes de mayo siguiente lo volvieron a detener, esta vez por falsificar un cheque de 37,50 dólares. Esto le supuso una sentencia de cárcel de diez años, si bien el juez, conmovido por la súplica de una mujer que decía estar enamorada y querer casarse con él, suspendió la sentencia y lo dejó en libertad.

Manson continuó haciendo de macarra, robando coches y maquinando para sacar dinero a la gente. El FBI lo vigilaba, esperando trincarle por haber infringido la Ley Mann, que prohibía transportar prostitutas a través de las fronteras estatales. No había manera de echarle el guante, pero en una ocasión Manson desapareció en México con una prostituta y entonces se demostró que había cometido violación de la libertad condicional, por lo que se hizo efectiva la anterior sentencia de diez años de cárcel. El mismo juez que antes le concediera la libertad provisional decretaba ahora lo siguiente: «Si ha existido algún hombre totalmente indigno de la libertad provisional, es él».

Como iba a estar entre rejas una larga temporada, Manson tomó clases de guitarra e hizo sus pinitos en la cienciaología. El personal advirtió sus dotes para contar historias cautivadoras y sus persistentes «problemas de personalidad». No ocultó en ningún momento sus aspiraciones musicales. Desde detrás de los barrotes, observaba con gran envidia e interés el meteórico ascenso de los Beatles.

Cuando salió en libertad, a los treinta y dos años, había pasado más de la mitad de su existencia al cuidado del Estado. Pero prefería la vida en la prisión, decía, hasta el punto de que pidió que le dejaran quedarse. «No tiene planes para cuando salga de aquí —rezaba un informe—. Dice que no sabe adónde ir.» **«Robots sanguinarios»**

Cuando leí los primeros artículos periodísticos sobre Manson y la Familia, me resultó difícil separar la hipérbole de la veracidad. A Manson siempre se le consideró un buscador astuto, una especie de Flautista de Hamelín perverso, tal como lo expresó un periódico, con ciertos poderes ocultos. Aproximadamente una semana después de las detenciones de la

Familia, en la portada de la revista *Life* apareció una foto de un Charles Manson con ojos desorbitados que lo miraban todo, una especie de Rasputín contemporáneo. En las páginas interiores, las «mujeres de Manson», muchas de ellas apenas adolescentes, posaban con bebés colgados de sus delgados hombros. Y hablaban de su amor y su imperecedero apoyo a «Charlie», de quien consideraban que encarnaba el segundo advenimiento de Cristo y Satán, todo a la vez.

Los medios ya habían empezado a calificar a la Familia como «una banda itinerante de hippies» y una «secta seudoreligiosa». En una crónica un tanto aparatosa, *The New York Times* afirmaba que «llevaban una vida de indolencia, sexo libre, carreras de motos a medianoche y obediencia ciega a un misterioso gurú envanecido por su poder para controlar las mentes y los cuerpos ajenos».

No obstante, la prensa menos convencional transmitía una cierta compasión por Manson. Para mucha gente, Manson era inocente, se había exagerado su condición de comunero izquierdista. *Tuesday's Child*, un periódico contracultural de Los Ángeles orientado hacia el ocultismo, nombró a Manson Hombre del Año. A algunos les daba incluso igual si estaba detrás de los asesinatos. Bernardine Dohrn, del *Weather Underground*, lo expresó de forma ciertamente escandalosa: «Matar a esos cerdos ricos con sus propios cuchillos y tenedores, y luego comer en la misma habitación, ¡genial! Los hombres del tiempo entienden a Charles Manson».

Ví las primeras imágenes de Manson en la televisión. Las cámaras lo seguían mientras los agentes judiciales lo conducían a la audiencia previa al juicio, esposado, encorvado, de mirada penetrante. Advertí pocas trazas de su famoso carisma, pero me di cuenta de que ese aire antisocial de seudomisticismo y agresividad carcelaria parecía auténtico. Cada vez que se sentaba en el banquillo, Manson hacía una divertida exhibición de locura controlada: solía pelearse con el juez arguyendo que debían permitirle representarse a sí mismo. Por su parte, las «chicas» imitaban el comportamiento de su líder, y a la menor oportunidad se ponían a discutir con el juez y los abogados de la defensa designados por el tribunal y se negaban a obedecer ni siquiera las normas más básicas del decoro en una sala de juicios.

El hecho de que Manson hubiera sido detenido en el Valle de la Muerte —lugar impenetrable por excelencia— lo volvía aún más fascinante. Los reporteros resaltaban el parecido con Rasputín, haciendo hincapié en su brujería de nómada del desierto. Un periodista escribió que era un Mahdi

(figura mesiánica de la mitología musulmana) «barbudo, demoníaco», que dirigía «una secta hippie mística, semirreligiosa, envuelta en drogas y asesinatos». Otro lo describía como un «hombre bajito, de mucho pelo y barba descuidada, con unos penetrantes ojos castaños», y se refería a la Familia como «una banda de hippies vagabundos». La maldad de Manson parecía no tener explicación. Incluso en los garabatos que hacía en una libreta de la sala de juicios veían los psiquiatras «una mente desgarrada por fuertes impulsos de agresividad, hostilidad y culpa».

Más allá de este espectáculo, vislumbré el interés más verdadero y profundo del público en el caso, el mismo rompecabezas que me obsesionaba a mí: ¿cómo y por qué esas personas se convirtieron en criminales? Es más, hablando sin rodeos, ¿podría pasarles eso mismo a nuestros propios hijos? ¿Cualquiera podía llegar «tan lejos»?

El juicio comenzó en julio de 1970. El jurado permaneció aislado en el Hotel Ambassador, el lugar donde dos años atrás había sido asesinado Bobby Kennedy. El Tribunal Supremo del centro de Los Ángeles pasó a ser el meollo de un circo mediático como no se había visto jamás en el país. Los seis acusados —Charles Manson, Patricia Krenwinkel, Susan Atkins, Leslie Van Houten, Steve Grogan y Linda Kasabian— fueron objeto de una atención reservada, hasta la fecha, solo para las principales celebridades del mundo.

Vincent Bugliosi era el rostro público del Estado, amén del contrapunto de facto de Manson. Aunque tras mirarlos nadie lo diría, los dos tenían la misma edad; de hecho, Manson era tres meses mayor que Bugliosi. Cuando se inició el juicio los dos contaban treinta y seis años. Sin embargo, Bugliosi, con su traje de tres piezas y su calvicie incipiente, era la imagen viva del mundo cabal y serio, con su autoridad y su rectitud moral; a veces parecía lo bastante viejo para ser el padre de Manson.

En *Helker Skelter*, Bugliosi rechaza «la imagen estereotipada del fiscal» como «alguien de derechas, partidario de la ley y el orden, decidido a conseguir condenas a cualquier precio». Pero resulta que eso es exactamente lo que transmitía. En fotos de archivo suele aparecer nimbado por los micrófonos, cuando sus solemnes declaraciones pretendían ayudar al mundo a dotar de sentido a lo carente de ello. Los periodistas elogiaban sus «razonamientos meditados».

Con su exposición inicial, Bugliosi, personaje no menos extravagante que Manson, hizo que un caso ya sensacionalista de entrada lo fuera todavía más. Su móvil de los asesinatos era fascinantemente estrambótico. En su

intervención, Bugliosi mezcló racismo con retórica bíblica y apocalíptica, todo ello engranado con una melodía de los Beatles, «el grupo inglés de grabaciones musicales», como remilgadamente los llamó:

Manson era un ardiente seguidor de los Beatles y creía que, a través de las letras de sus canciones, le hablaban... «Helter Skelter», el título de una de ellas, hace referencia al hombre negro que se levanta contra el sistema blanco y asesina a toda la raza blanca, es decir, a excepción de Manson y sus seguidores elegidos, que intentaron «escapar» de «Helter Skelter» yendo al desierto y viviendo en el Pozo sin Fondo, un lugar que Manson sacó del noveno capítulo del Apocalipsis.

Nunca se había oído nada igual en una sala de juicios. Las personas se mataban unas a otras por toda clase de razones, pero solían ser precisamente personales, no metafísicas. Rara vez se habían entrelazado hilos como estos —racismo, música rock, el fin de los tiempos— en una filosofía única y letal. Cuando Paul Watkins, antiguo integrante de la Familia, subió al estrado para ahondar en «Helter Skelter», los detalles fueron aún más discordantes. Watkins habló de «una gran ciudad bajo tierra», escondida en un agujero lo bastante grande para «conducir por él una lancha motora». Gracias al libro del Apocalipsis, la Familia sabía que la ciudad no tenía sol ni luna y en ella habría «un árbol con doce clases distintas de fruto». En su Elíseo subterráneo, la Familia subsistiría a base de esa fruta y se multiplicaría hasta alcanzar la cifra de 144.000 personas.

Por insensato e ilógico que sonara, explicó Bugliosi, los seguidores de Manson creían esa profecía de Armagedón como si procediera de la Montaña Sagrada. Estaban dispuestos a matar por él y hacerla realidad.

De todos modos, esto no explicaba ni mucho menos por qué Manson había escogido como objetivos las casas de Tate y LaBianca. Charles Manson había conocido al anterior inquilino de la casa de Tate, Terry Melcher, productor musical e hijo de Doris Day. Melcher había acariciado la idea de grabar a Manson, que soñaba con ser una estrella del rock, pero al final decidió no hacerlo. En algún momento de la primavera anterior a los crímenes, Manson había ido a ver a Melcher a su casa, esperando un cambio de opinión, pero un amigo de los nuevos inquilinos le dijo que Melcher ya no vivía ahí. A Manson no le gustó la actitud brusca de aquel tipo. Así pues, la casa de Cielo Drive acabó representando el «sistema» que lo había rechazado. Cuando ordenó los asesinatos, quería «meterle miedo a Terry Melcher», había dicho Susan Atkins, con lo que mandaba una señal inequívoca a las estrellas y a los

ejecutivos que le habían desairado. En cuanto a la casa de los LaBianca, Charles Manson había vivido tiempo atrás en la de al lado. No estaba ocupada, pero daba igual. Manson llegó a la conclusión de que los vecinos ya servirían, pues también ellos, con independencia de quiénes fueran, simbolizaban el estamento social que él pretendía derribar con ayuda de «Helter Skelter».

El juicio fue el más largo y caro de la historia de los Estados Unidos. El problema es que no era tan sencillo como habría podido parecer, pues en realidad Manson no había matado a nadie. No había puesto siquiera el pie en la casa de Tate, y aunque había entrado en la de los LaBianca, la había abandonado antes de que sus adeptos asesinaran a la pareja. Lo cual significaba que Manson solo podía ser condenado por asesinato en primer grado mediante una acusación de complot. No obstante, según el principio legal de la «responsabilidad indirecta», cualquier conspirador era también culpable de los crímenes cometidos por los otros conspiradores. En resumidas cuentas, si la fiscalía era capaz de demostrar que Manson había ordenado las muertes, sería culpable de asesinato aunque no hubiera puesto la mano encima de las víctimas. Bugliosi debía demostrar que Manson tenía una singular capacidad para controlar los pensamientos y las acciones de sus seguidores, y que estos harían cualquier cosa que él les pidiera, incluso matar a desconocidos.

Aunque todo hubiera transcurrido sin contratiempos, habría sido igualmente un caso complicado. La Familia hizo todo lo posible para poner palos en las ruedas. Ya en el primer día del juicio, Manson apareció en la sala con una equis grabada en la frente; la herida era tan reciente que aún sangraba. Al día siguiente, Atkins, Krenwinkel y Van Houten llevaban también sus propias equis sangrantes. Las mujeres recorrían los pasillos del Palacio de Justicia de tres en tres, cogidas de la mano, cantando canciones infantiles escritas por Manson. Se reían de los fotógrafos que se abrían paso a empujones para sacarles una foto. Durante las sesiones del juicio, si Manson se mostraba ofendido por algo, ellas hacían lo propio, e imitaban su lenguaje soez, sus expresiones, sus arrebatos.

El juez, Charles Older, solía amenazar a Manson con expulsarle de la sala. En una ocasión, Manson devolvió el reproche:

—Si no se calla, le expulsaré yo a usted. Tengo mi propio sistema, ¿cree que hablo en broma? —Entonces cogió un lápiz afilado, saltó por encima de la mesa de la defensa y se precipitó hacia Older. Un agente se interpuso y lo

inmovilizó, y entonces las chicas se pusieron en pie y empezaron a salmodiar versos ininteligibles en latín. Mientras lo sacaban a rastras de la sala, Manson, que seguía mostrándose insolente, gritó—: ¡Alguien debe cortarle la cabeza en nombre de la justicia cristiana!

Era un atisbo del pugilismo rudimentario que subyacía en la fachada de gurú-filósofo de Manson. El juez empezó a llevar un revólver del 38 bajo la toga.

Fuera de la sala de juicios también había cierto desorden. En la esquina de Temple y Grand, diversos miembros de la Familia se juntaban cada mañana en la acera. Descalzos y con gesto agresivo, se sentaban en círculos amplios y cantaban canciones en las que alababan a su líder. Las mujeres amamantaban a recién nacidos. Los hombres se reían y se pasaban los dedos por el pelo largo y sin lavar. Siguiendo el ejemplo de Manson, todos se habían grabado equis en la frente. Un día repartieron declaraciones mecanografiadas en las que se explicaba que la automutilación en forma de equis simbolizaba que estaban «fuera de la sociedad».

Bugliosi llamaba a los acusados «robots sanguinarios», una expresión muy retorcida, aunque oportuna, pues captaba la perturbadora dualidad de los asesinos: su condición a la vez animal y artificial, alejados de la emoción y aun así capaces de ejecutar la forma más visceral e íntima de asesinato que cupiera imaginar. Más adelante, Tex Watson loaría el éxtasis automatizado e indiferente de los apuñalamientos: «Una y otra vez, y otra, y otra, mi brazo como una máquina, en armonía con la hoja». Susan Atkins contó a una compañera de celda que hundir el cuchillo en el vientre hinchado de Tate fue «como una descarga sexual. Sobre todo cuando ves salir la sangre a borbotones. Mejor que un orgasmo». Y tras ellos estaba Manson, que estaba obsesionado con el sexo incluso cuando se describía a sí mismo como «el chico mecánico». **«Un estado de vacío»**

Tras casi siete meses agotadores, el juicio tocó a su fin, y el jurado, al cabo de diez días de deliberaciones, llegó a una serie de veredictos unánimes de culpabilidad. Ahora la fiscalía tenía que exponer sus argumentos para que los acusados fueran condenados a muerte. Su alegato, y la réplica de la defensa, dio pie a algunas declaraciones de lo más desconcertantes, incluyendo una especie de simposio sobre el LSD... no como droga recreativa, sino como agente de control mental. Esta fase del juicio relativa a la pena de muerte incluyó algunas de las cuestiones que me fascinaron y fastidiaron durante las dos décadas siguientes: ¿había Manson realmente

«lavado el cerebro» a la gente? Y en tal caso, ¿cómo? Si una persona estaba de veras bajo el control psicológico de otra, ¿quién era el responsable de sus acciones?

Las tres mujeres condenadas —Atkins, Krenwinkel y Van Houten— subieron al estrado por primera vez. Y una tras otra explicaron su respectivo papel en los asesinatos, eximiendo a Manson de toda complicidad y exhibiendo su absoluta falta de arrepentimiento. Atónitas y en silencio, las familias de las víctimas escuchaban mientras las mujeres describían los momentos finales de sus seres queridos con un detalle clínico, frío. Matar a alguien, decían las mujeres, era un acto de amor; liberaba a esa persona de los límites de su ser físico.

Casi sin pestañear, Susan Atkins recordó cómo Tex Watson le había dicho que asesinara a Tate:

—La miró y me dijo: «Mátala». Y yo la maté... la apuñalé sin más y ella cayó al suelo, y volví a apuñalarla. No sé cuántas veces le clavé el cuchillo. —Se le preguntó si sentía alguna animosidad hacia Tate o los demás. Se encogió de hombros—. No conocía a ninguno de ellos. Si no los conocía, ¿cómo iba a notar alguna emoción?

Sabía que lo que estaba haciendo «era correcto», añadió, «porque me hizo sentir bien».

Patricia Krenwinkel afirmó no haber sentido nada cuando acuchilló veintiocho veces a Abigail Folger.

—¿Qué hay que describir? Yo estaba allí, eso es todo, y aquello estaba bien y ya está.

—¿Por qué mató a una mujer que ni siquiera conocía?

—Bueno, es difícil de explicar. Fue solo una idea, y la idea se hizo realidad.

—«Perdón» es una palabra de seis letras —dijo Leslie Van Houten en la sala de juicios—. No puedo volver atrás. —Había ayudado a acuchillar a Rosemary LaBianca cincuenta y una veces—. ¿Qué voy a sentir? Ha ocurrido y nada más. Ella está muerta.

Por impenitentes que fueran las mujeres, Bugliosi tenía ahora una tarea difícil: conseguir para ellas la pena capital. A tal fin, basó su razonamiento en una aparente contradicción. Durante la primera fase del juicio, había sostenido que las mujeres eran «zombis con un lavado de cerebro», que estaban totalmente dominadas por Manson. Ahora tenía que probar lo contrario: que eran tan copartícipes como él. Aunque, según Bugliosi, eran «autómatas que

obedecían servilmente todas las órdenes de Manson», las mujeres tenían igualmente «en lo más profundo de sí mismas» tanta «sed de sangre» que merecían la pena de muerte.

La defensa sostenía que las mujeres eran meros peones. Manson se había servido de una combinación tecnológicamente muy precisa de drogas, hipnotismo y coacciones para transformar a aquellas personas antes no violentas en asesinas psicópatas y enajenadas. En aquella época, los científicos de Estados Unidos llevaban poco más de una década estudiando el LSD que, por lo tanto, no se conocía bien. Manson, alegaba la defensa, había usado la droga para manipular a sus impresionables seguidores, a fin de acceder a las zonas más recónditas de su mente y moldearlas a su antojo.

Algunos exmiembros de la Familia habían explicado a menudo los métodos de «lavado de cerebro» sistemático de Manson, comenzando con la seducción de las nuevas incorporaciones «bombardeándolas» con amor, sexo y drogas. En el estrado, Paul Watkins esbozó las orgías casi semanales que montaba Manson en el Rancho Spahn. El líder distribuía las drogas, decidiendo personalmente la dosis de cada uno. Y luego, tal como escribe Bugliosi en *Helter Skelter*:

Charlie bailaba alrededor, y los demás seguían detrás, como si formaran un tren. Y él se quitaba la ropa, y el resto también se la quitaba... Charlie daba las instrucciones para la orgía, disponía los cuerpos, las combinaciones, las posturas. «Lo armaba todo de una forma muy hermosa, como si estuviera creando una obra maestra de escultura —explicaba Watkins—, solo que, en vez de arcilla, utilizaba cuerpos calientes.»

Si alguno de esos cuerpos tenía algún «complejo» o se mostraba cohibido, Manson lo eliminaba. Obligaba a la gente a hacer aquello a lo que opusiera más resistencia. «La iniciación de una chica de trece años en la Familia consistió en ser sodomizada por Manson mientras los otros miraban —escribió Bugliosi—. Manson también se la chupó a un muchacho para demostrar a los demás que se había librado de todas sus inhibiciones.»

En sus memorias de 1978, *Will You Die for Me?*, Tex Watson cuenta una historia parecida. «En la parte trasera del rancho había una habitación totalmente llena de colchones —escribió—, básicamente reservada para el sexo. Mientras conservásemos alguna inhibición, todavía no estábamos muertos, seguíamos haciendo lo que nuestros padres habían programado para nosotros.»

Tras conseguir que se sintieran liberados y queridos, Manson aislaba a

sus seguidores del mundo exterior al rancho, y les encargaba tareas cotidianas de apoyo a la comuna, prohibiéndoles comunicarse con sus familiares y amigos. El suyo era un mundo sin periódicos, relojes ni calendarios. Manson ponía nombres nuevos a sus iniciados.

—Para ser mentalmente libre del todo, debía ser capaz de olvidar completamente el pasado —declaró Susan Atkins—. Y la manera más fácil de hacerlo es cambiando de identidad.

El reclutamiento concluía definitivamente después de participar en largas sesiones de LSD —que solían prolongarse durante varios días seguidos, sin descansos—, durante las cuales Manson solo fingía tomar la droga, o en todo caso la tomaba en dosis muy inferiores. Como estaba lúcido, manipulaba las mentes de los otros con complicados juegos de palabras y técnicas sensoriales que había concebido en los dos años transcurridos desde que saliera de la cárcel. Según Van Houten, cada viaje de ácido la alejaba más de la realidad, hasta que, a la larga, parecían defendibles incluso ciertas contradicciones básicas: lo bueno podía ser malo, Dios podía ser Satán, la muerte era igual que la vida. Entre un viaje y otro había poco «respiro» o «tiempo de recuperación», explicaba, con lo cual el desapego emocional resultaba mucho más fácil. En opinión de Paul Watkins, Manson se valía del LSD «para inculcar su filosofía, explotar los miedos y los puntos flacos de sus seguidores, arrancarles promesas y consentimientos». Y le funcionaba. Recordó una ocasión en que Manson le dijo a Susan Atkins: «Me apetece medio coco; si para conseguirlo has de ir a Río de Janeiro, pues vas». Atkins «se levantó al instante y ya se encaminaba a la puerta cuando Charlie dijo: “Déjalo”». Manson tenía una gran habilidad para «detectar complejos muy arraigados», según Atkins. «Se instalaba en la mente de las personas», y las dejaba «sin puntos de referencia, nada con lo que identificarse, ni bueno ni malo... carentes de raíces.» Vivían en una «realidad nueva» que las dejaba «maleables y sin pretensiones en espirales de movimiento intemporales».

Paradójicamente, a medida que sus seguidores iban estando más robotizados, Manson les explicaba que los habitantes del mundo exterior «eran como ordenadores», escribió Brooks Poston, miembro de la Familia. Sus cosmovisiones eran simplemente una cuestión de programación social, y cualquier programa podía ser borrado. En el estrado, Susan Atkins había descrito a Sharon Tate como una «máquina de IBM... de la boca le brotaban palabras que para mí no tenían ningún sentido».

Para un novicio de la Familia, el objetivo era consumirse, tomar gran

cantidad de LSD y escuchar mucha música de Charlie para regresar «a cierta pureza y a la nada, lo que equivaldría a nacer de nuevo», escribió Tex Watson. Esto se denominaba «estar muerto en la cabeza», y te permitía incorporarte al grupo compartiendo «un cerebro común».

Para contar historias como esas, Bugliosi tuvo que utilizar un poco de jerigonza fiscal. Sostenía que las mujeres de Manson habían estado en una situación delicada desde el punto de vista psicológico, pero no decía que él hubiera creado realmente a sus asesinos. Pese al discurso de Manson sobre la «reprogramación», no existía un modelo en virtud del cual una persona pudiera llegar a hacerle algo así a otra. Así pues, Bugliosi daba a entender que los seguidores de Manson ya tenían impulsos homicidas previos en el subconsciente. Manson había aprendido a identificarlos y sacarles provecho, pero aun así las mujeres eran responsables de sus actos. Esta postura me ha fascinado y desconcertado desde entonces: postulaba una forma de lavado de cerebro en la que las víctimas del lavado de cerebro todavía eran, hasta cierto punto, «ellas mismas».

No obstante, cuando llegó el momento de decidir sobre la pena de muerte, la defensa mandó llamar a una serie de expertos en psiquiatría que no estaban de acuerdo. Manson había lavado el cerebro a sus seguidores, decían, y estos seguidores no eran culpables de los asesinatos. El LSD había procurado a Manson una entrada a las zonas más vulnerables del subconsciente. Los científicos explicaron que el ácido podía descomponer y reconstruir la personalidad de alguien, que un «guía» sobrio que se propusiera conducir a otros pacíficamente a lo largo de muchas horas de viaje de ácido era capaz de abusar de su función e inocular creencias e ideales violentos en mentes ajenas. Con la repetición y la intensificación, estas creencias arraigaban y florecían incluso cuando los adeptos no estaban colocados. Si se añadían otras técnicas coercitivas, como la privación sensorial o la hipnosis —a las que Manson era muy aficionado—, era posible reescribir el código moral de una persona de tal modo que esta no reconociera una cosa de esta índole como algo bueno o malo.

El doctor Joel Fort, psiquiatra investigador que abrió el primer centro de tratamiento de adicción al LSD del país y uno de los testigos de la defensa, creía que Manson había utilizado el LSD para generar «una nueva pauta de conducta en las chicas», lo que se tradujo en «un sistema totalmente neutro a partir del cual la idea de la muerte o de matar no tenía nada que ver con lo que esto significaba para una persona normal», sino que era algo desprovisto de

«preocupación social, compasión [y] valores morales».

En uno de los más notables intercambios de palabras del juicio, el abogado de Manson, Irving Kanarek, preguntó al doctor Fort si podía existir «una escuela del crimen», llena de marginados sociales alimentados con LSD:

—Pongamos que, con sus conocimientos sobre el LSD, usted crea una escuela del crimen, y luego lleva ahí a diversas personas a las que programa para salir y cometer crímenes aquí, allá, en todas partes... ¿Nos está diciendo que es posible hacer esto, que una escuela del crimen así puede apoderarse de la mente humana?

—Sí, estoy diciendo esto, en efecto —respondió Fort, que por otra parte no había visto nunca nada igual. Comparaba el caso con los gobiernos que, mediante la vaga influencia del patriotismo, preparan a sus soldados para que maten en nombre de su país.

Lo que nadie mencionó fue cómo alguien como Manson, con tan poca formación académica y tanto tiempo en prisión en su haber, había llegado a tener la capacidad de controlar así a la gente. Al margen de si ahí hubo mucho lavado de cerebro o solo una fuerte coacción, los hechos eran inapelables: lo había hecho él. Nadie más que él. Esto sigue siendo el misterio más persistente del caso. El que me desvela por la noche. Y aunque todos estos dimes y diretes sobre el LSD son sugerentes, da la impresión de que no explican apenas nada.

En *Helter Skelter*, Bugliosi forcejea con este enigma insondable: ¿cómo es que Charles Manson, un exconvicto casi analfabeto que se había pasado media vida en centros de reclusión federales, convirtió, en menos de un año, a unos cuantos hippies anteriormente pacíficos —entre ellos un bibliotecario de pueblo, un as de secundaria del fútbol americano, una reina del baile de fin de curso— en asesinos brutales y contumaces? Bugliosi admitía no tener aún la respuesta. «Todos esos factores contribuyeron al control de Manson sobre los demás», escribe:

pero cuando los sumas, ¿se equiparan el asesinato y el arrepentimiento? Tal vez, pero me inclino a pensar que hay algo más, algún eslabón perdido que le permitió violar y envilecer la mente de sus asesinos hasta el punto de que contraviniesen el más asumido de todos los Mandamientos, «No matarás», y de que por propia voluntad, incluso con entusiasmo, asesinaran a una orden suya.

Puede que en su personalidad carismática, enigmática, haya algo, alguna cualidad intangible que todavía nadie haya sido capaz de aislar e identificar.

Puede que ese algo lo aprendiera de otros. Sea lo que fuere, creo que Manson tiene un conocimiento cabal de la fórmula que utilizó. Y me preocupa que no lo tengamos nosotros.

Al final, en todo caso, a Manson y a sus adeptos les cayó la pena capital. Según Bugliosi, «llevaban en la sangre» la propensión a matar a otros. Para el jurado, y también para la gente, se trataba de una verdad mucho más cómoda: esas personas constituían una aberración. Con su lavado de cerebro, su absoluta pérdida del control, era difícil imaginarlo, no digamos ya aceptarlo.

—Si tomas LSD el suficiente número de veces, alcanzas un estado de vacío —había dicho Manson en la sala—. Estás en una fase de ausencia de pensamiento.

Nadie ahondó en ello. La maldad intrínseca, sacada de unas mujeres jóvenes por un genio, ya era algo. Y ese algo era mejor que «un estado de vacío».

Cuando el jurado emitió las sentencias de muerte para los cuatro acusados —Manson, Krenwinkel, Atkins y Van Houten; Kasabian había pasado a ser un testigo de la acusación y se le había concedido la inmunidad —, las tres mujeres se pusieron en pie de golpe. Tenían la cabeza recién afeitada, igual que Manson. Y como Manson, habían agrandado la equis de la frente. Y estaban furiosas.

—¡Os habéis juzgado a vosotros mismos! —gritó Patricia Krenwinkel al jurado.

—Será mejor que cerréis bien las puertas y vigiléis a vuestros hijos —avisó Susan Atkins.

—Todo vuestro sistema es un juego —chilló Leslie Van Houten—. Sois personas ciegas, estúpidas. Vuestros hijos se rebelarán contra vosotros.

En la calle, Sandy Good, una de las incondicionales más férreas de Manson, miró hacia una cámara de televisión y dijo:

—¿Muerte? Esto es lo que todos vosotros vais a tener.

Tras eso, la Familia desapareció del escenario nacional, y la gente relegó aquellos truculentos crímenes al olvido. Siete personas habían sido brutalmente asesinadas. Pero el país estaba seguro de que sabíamos cómo y por qué, y de que los malvados estaban entre rejas.

2 Un aura de peligro «**Vive de forma rara, muere de forma rara**»

Cuando inicié mis entrevistas para la colaboración en *Premiere*, en abril

de 1999, desconocía buena parte de lo que acabas de leer. Había revisado a fondo *Helter Skelter* y sabía que los crímenes habían dejado huella en Hollywood, pero esto era más o menos todo. En unos pocos años, llegaría a obsesionarme de veras con el caso, contaría con las transcripciones del juicio y carpetas llenas de recortes de prensa. Sin embargo, al principio estaba desconcertado.

En *Helter Skelter* se plasmaba una historia concluida. El autor se había asegurado de que Manson estuviera en prisión. ¿Cómo podía el artículo de una revista superar eso? Leslie, mi directora, me había dado margen para encontrar un enfoque distinto. No obstante, su primera sugerencia —¿cómo cambiaron los crímenes el mundo de Hollywood?— no me bastaba, y me parece que a ella tampoco.

Mis primeras semanas de entrevistas me llevaron por direcciones a cuál más diferente. Al principio, me atraía el modo en que los asesinatos habían fracturado relaciones en Hollywood, rompiendo amistades y poniendo de manifiesto opiniones tajantes sobre la moralidad de la época, o la ausencia de ella. Mientras recorría las camarillas de Hollywood, observé que estaba haciendo renacer rumores y rivalidades de treinta años atrás. Con el paso del tiempo, todos habían adjudicado las culpas de los crímenes de una manera algo distinta. Estaba yo lidiando con recuerdos que habían sobrevivido a décadas de desgaste. Incluso mis fuentes más fiables eran endebles con respecto a los detalles. En cuanto a las poco fiables, no dejaba de recordarme a mí mismo que muchas de ellas eran personalidades de Hollywood ya acabadas, que a menudo chocheaban. Sus recuerdos se habían deformado para acomodar sus magullados egos, sus segundas intenciones y, ante todo, su sensación de estar en el centro de cualquier historia que mereciera la pena ser contada.

Oí un montón de contradicciones centradas en la casa de Cielo Drive y su degenerado ambiente en los meses anteriores a los asesinatos. Aquella casa todavía significaba mucho en Hollywood. Al decir de algunos, la muerte de Sharon Tate y sus amigos suscitó tanto miedo como aflicción.

Tras los asesinatos, los medios de comunicación acusaron a Hollywood de «irrealidad y hedonismo», tal como lo expresara Stephen Roberts en *The New York Times*, por haber fomentado un ambiente en el que estaba casi garantizado un homicidio masivo. En aquellas primeras semanas, Roberts, director de la oficina de Los Ángeles del *Times*, habló con muchas personas de Hollywood. Bugliosi lo citaba en *Helter Skelter*: «Todas las historias

tenían algo en común: que de algún modo las víctimas habían provocado su asesinato... La actitud se resumía en el siguiente epigrama: “Vive de forma rara, muere de forma rara”».

Al cabo de treinta años, el problema era que la gente no se ponía de acuerdo acerca de quién había llevado la «rareza» a la casa y por qué. Tuve mis dudas sobre si en Hollywood había una conspiración de silencio. Muchas personas con las que hablé tenían muy claro por qué se habían producido los crímenes, pero ninguna había hablado con la policía y bastantes de ellas se mostraban reacias a que yo las grabara.

Lo único en lo que todo el mundo parecía coincidir —exceptuando la Oficina del Fiscal del Distrito— es que el móvil de «Helter Skelter» no cuadraba. Aquello había agotado a la policía y a la gente de Hollywood, y empezaba a agotarme también a mí. Intenté entender esa idea de que Manson había escogido la casa de Cielo para «infundir miedo» a Terry Melcher, el productor musical que, al rechazar a Manson, por lo visto había empujado a este a desatar una guerra racial.

Aquí el problema es que Melcher, por lo visto, no tenía ni idea de que ese era el móvil de la Familia, cuyos integrantes jamás le dijeron que querían asustarlo. Esto tendría más sentido si hubieran cometido los crímenes manteniendo algún tipo de comunicación con Melcher. Sin embargo, según la versión oficial del caso, este no pensó que los crímenes tuvieran nada que ver con su persona hasta transcurridos unos meses, cuando la policía se puso en contacto con él. ¿Cómo se supone que habría funcionado ese móvil si Melcher jamás tuvo conocimiento del mismo?

El plan a gran escala que subyacía a «Helter Skelter» —desencadenar un conflicto étnico de grandes proporciones haciendo que los Panteras Negras parecieran estar detrás de los asesinatos— tampoco cuadraba. Manson era un racista, sin duda. Sostenía una filosofía descabellada, escatológica. Sin embargo, nadie creyó ni por un instante que los militantes negros fueran sospechosos de aquellos asesinatos, como esperaba que pareciera.

Entonces, ¿es que los miembros de la Familia Manson eran demasiado estúpidos, o iban demasiado drogados, para conseguirlo? ¿O es que los asesinatos no tenían nada que ver con las guerras raciales ni con asustar a Melcher? Me pareció que los crímenes de Manson debían buena parte de su infamia —y Bugliosi gran parte de su fama— al móvil de «Helter Skelter». Una guerra racial provocada por un exconvicto puesto de ácido y dedicado a lavar cerebros: que los asesinatos vivieran de la cultura pop era una

presunción descabellada. Con una explicación más convencional —una quema de drogas, luchas intestinas en Hollywood—, se habrían desvanecido en la historia, y Bugliosi jamás habría escrito el libro del género *true crime* más famoso de todos los tiempos.

Con un ojo puesto en otras posibles razones, las primeras semanas me centré en tres cuestiones.

Primera: ¿las víctimas de la casa de Tate tenían algo que ver con los asesinos?

Segunda: Terry Melcher, el productor musical que había rechazado y enfurecido tanto a Manson que este había acelerado el plan «Helter Skelter», ¿sabía que los asesinos estaban pensando seriamente en cometer los crímenes y no informó de ello a las autoridades?

Tercera (la más sensacionalista): ¿era la policía consciente del papel de Manson en los crímenes mucho antes de lo que parecía? ¿Había tardado demasiado en detener a la Familia para proteger a las víctimas, o a Melcher y a su círculo, del escrutinio público?

He aquí —y lo explico con todo el esmero de que soy capaz— lo que aprendí en las primeras y frenéticas semanas de mi trabajo. Si bien igual de importante es lo que no aprendí, lo cual contribuye en gran medida a explicar cómo un simple encargo de dos meses de una revista acabó siendo una obsesión que duraría veinte años. «**El baile era diferente**»

Julian Wasser, fotógrafo de la revista *Life*, fue mi primer entrevistado. Casi al instante noté esa clase de disonancia cognitiva que me acompañó durante toda mi labor. Había quedado con mi fuente en un elegante restaurante de su elección, Le Petit Four, una soleada terraza de Beverly Hills, y, en cuestión de minutos, a medida que la conversación iba derivando hacia la violencia, el lujoso marco pareció del todo inapropiado. Tal fue el caso con Wasser, quien, frente a una ensalada nizarda de atún, me habló de uno de los días más tristes de su vida.

Unos días después de los asesinatos, Wasser, como complemento de un editorial para *Life*, había acompañado a Roman Polanski en su primera visita a la casa de Cielo Drive tras el trágico suceso. Una de las fotos de Wasser de ese día es un estudio del duelo. Polanski, con una camiseta blanca, está sentado en el porche delantero de la casa, hundido y destrozado, con los ojos evitando cuidadosamente la borrosa palabra *pig*, escrita con la sangre de su esposa en la puerta principal.

—Fue demasiado pronto —me dijo Wasser. Se había pegado a Polanski

mientras este recorría las ensangrentadas habitaciones. Ya no era un hogar, estaba claro—. Había polvo para huellas dactilares por todo el dormitorio y en los teléfonos, y sangre en la alfombra, espesa como la gelatina. —Tanta que aún no se había secado—. Aún olía... salada, carnal. —El olor le recordó al de un matadero.

Wasser lamentó el encargo enseguida. Sin embargo, Polanski lo quería allí, incluso en sus momentos de mayor vulnerabilidad. No era un ejercicio de vanidad, al menos no del todo. Con la esperanza de que ayudara a esclarecer los asesinatos, Polanski había invitado a un vidente, Peter Hurkos, cuya presunta sagacidad le había granjeado cierta fama. Wasser debería proporcionar a Hurkos copias de las fotos, de las que este extraería «vibraciones psíquicas».

Polanski los condujo al cuarto del bebé, que Tate había amueblado y decorado con mimo y antelación.

—Roman se acercó al moisés y se echó a llorar. «Este es un momento privado —dije—, no debería estar aquí», y él contestó que, por favor, ahora ya no tomara fotos. Es lo más triste que he visto en toda mi vida profesional. Que yo recuerde, no había visto nada tan indiscreto, pese a que me había invitado él... Lo de entrar en el dormitorio de esa mujer embarazada y ver su espacio íntimo lleno de polvo de huellas dactilares y darte cuenta de lo que había ocurrido ahí fue estremecedor.

Pero resultó que a Hurkos no le había causado la misma impresión que a Wasser. Una semana antes de que se publicara la crónica en *Life*, aparecieron reproducciones pirateadas de las fotos de Wasser en la portada del tabloide *Hollywood Citizen News*. El vidente había vendido sus copias, sus vibraciones, todo.

Wasser habló del «gran miedo» que se propagó por Los Ángeles tras los asesinatos.

—Yo vivía en Beverly Hills. Si ibas a la casa de alguien, no te dejaba entrar. El egoísmo y la paranoia habituales aumentaron lo indecible. Ya teníamos otro motivo para no abrir la puerta.

En mis primeras entrevistas oí muchas cosas parecidas. Después de los crímenes, se dispararon las ventas de alarmas antirrobo y sistemas de seguridad, y la gente se apresuró a deshacerse de sus reservas de drogas. En la revista *Life* apareció una famosa frase anónima, en realidad procedente del

artículo que acompañaba las fotos de Wasser: «Las cadenas de los cuartos de baño de Beverly Hills están funcionando a tope; las alcantarillas de Los Ángeles están colocadas».

Otros tomaron precauciones más drásticas. En los funerales de sus amigos Tate y Sebring, Steve McQueen llevaba una pistola al cinto, según me contó su publicista Warren Cowan. Estaba sumido en la paranoia colectiva que había invadido Hollywood, donde todos sospechaban que el asesino podía estar entre ellos. Dominick Dunne, periodista de *Vanity Fair* conocido por sus reportajes para la industria del entretenimiento, me dijo esto:

—Hollywood cambió... El baile era diferente. Las drogas eran diferentes. Las relaciones sexuales eran diferentes.

Él y su esposa estaban tan asustados que mandaron a sus hijos a vivir con su abuela, en el norte de California.

Tina Sinatra, hija de Frank, explicó que su padre había contratado a un guardia de seguridad.

—Estuvo ahí durante meses, desde que se ponía el sol hasta que salía —contaba—. Creo que mi madre lo atiborraba de comida. El tipo iba uniformado y armado y se quedaba sentado en la cocina toda la santa noche. Recuerdo el ambiente de la ciudad de entonces: la mejor definición del miedo.

Daba la impresión de que en 1999 ese miedo estaba aún vivo y coleando, al menos entre los más famosos de Hollywood, muchos de los cuales se negaron a hablar conmigo, pese a que habían pasado treinta años de aquello. Fui desairado por los amigos íntimos de Tate, Polanski y Sebring, unas veces con vehemencia, otras mediante escuetos *e-mails* o llamadas telefónicas. «No me interesa.» «No quiero implicarme.» O una simple palabra: «No». Warren Beatty y Jane Fonda dijeron que no. Jack Nicholson y Dennis Hopper, ambos supuestamente muy unidos a Tate y a Polanski: no y no. Candice Bergen, novia de Terry Melcher cuando se produjeron los crímenes, también se negó, igual que David Geffen, Mia Farrow y Anjelica Huston, entre otros.

Como se iban amontonando las negativas, tuve mi propio ataque de paranoia. ¿Se me había escapado algo? Yo solo había preguntado si les gustaría hablar de las repercusiones de los asesinatos en su comunidad; no había dado la impresión de querer fisgonear. Por otro lado, *Premiere*, dedicada por entero como estaba al negocio del cine, solía suscitar cierto entusiasmo entre esa gente. Bruce Dern: no. Kirk Douglas: no. Paul Newman: no. Elliot Gould, Ann-Margret, Hugh Hefner: no, no y no. En total, rehusaron

casi cuarenta personas. Algunos eran nombres conocidos, pero muchos de los desconocidos también encontraron razones para declinar la invitación. Daba la sensación de que tenía una historia sobre Hollywood sin que en ella hubiera nadie de Hollywood.

Con la esperanza de descubrir algo más significativo, recurrí a nombres menos famosos. Peter Bart, el viejo jefe de redacción de *Variety*, había estado muy vinculado a Polanski, y lo que me contó me proporcionó cierta apariencia de pista.

—Debo confesar que esa gente daba un poco de miedo —dijo Bart haciendo referencia al círculo de Polanski y Tate—. Tenían cierta reputación de peligrosos; existía la instintiva sensación de que todos empujaban y las cosas se descontrolaban. Mi esposa y yo aún hablamos de ello —añadió—. Quien infravalore el impacto de aquel suceso es un auténtico gilipollas.

Esta fue mi primera experiencia del concepto «vive de forma rara, muere de forma rara»: la idea de que los integrantes del círculo de Polanski, con su moral relajada y sus bacanales, habían provocado sus propios asesinatos. Pensé que ahí podía tirar de algún hilo. Después de todo, los crímenes habían sido resueltos y al parecer las víctimas no habían hecho nada por instigarlos, pero Bart y otros con los que hablé después seguían diciendo que aquel estilo de vida era censurable.

Tenía que acercarme más a quienes habían conocido a Sharon y Roman, cualquiera que hubiera asistido a aquellas fiestas presuntamente escabrosas. Sin embargo, seguí cosechando negativas. Me había puesto en contacto con la representante de la actriz Diane Ladd tras enterarme de que esta se había movido en los mismos círculos que Tate y Polanski. Me prometió que concertaría una entrevista. Al día siguiente me llamó para decirme que Ladd había tenido una «reacción visceral, emocional».

—No sé qué le pasó a Diane allá en los sesenta —dijo—, pero se ha negado rotundamente a tener nada que ver con el reportaje. Ha llegado a decirme que, si aparecía su nombre, hablaría con su abogado.

De Peter Fonda recibí otra negativa. No mucho después coincidí con él en una gasolinera en medio del desierto de Mojave nada menos, a unas cinco horas de Los Ángeles. Fiel a su costumbre, iba todo de cuero y montado en una Harley. Lo abordé con mi tarjeta de visita por delante y traté de explicarle la historia de la manera más sucinta posible. Pareció receptivo. Pero más adelante, cuando volví a intentarlo, la respuesta volvió a ser que no.

Le comenté a Peter Bart la serie de rechazos. La observación que me hizo

no se me olvidaría, sobre todo porque a medida que pasaban los meses me daba cada vez más cuenta de que Manson quizá había tenido con Hollywood más conexiones de lo que nadie quería admitir.

—El mero hecho de que todos digan que no —dijo— ya es intrigante.

Primer error de Bugliosi

Hubo un protagonista importante que sí accedió a hablar conmigo, Vincent Bugliosi, quien no solo me concedió una entrevista, sino que además me invitó a su nueva casa de Pasadena, la misma en la que, años después, me amenazó con «hacerme el daño que no me habían hecho en la vida» si publicaba mis descubrimientos.

En la primera reunión no se apreció señal alguna de esa animosidad. Yo me sentía halagado por haber suscitado la atención de Bugliosi: ahí estaba el hombre que había mandado a la cárcel a uno de los monstruos del siglo XX. En un soleado día de primavera, me regaló seis horas de su tiempo, me acompañó en coche a diversos lugares emblemáticos relacionados con el crimen y disfrutamos de un largo almuerzo en uno de sus restaurantes favoritos. Más adelante le pregunté por el motivo subyacente a tanta generosidad.

A lo largo de su carrera, un fiscal se granjea montones de enemigos, y, como acabaría yo sabiendo, Bugliosi el que más, tanto dentro como fuera de la Oficina del Fiscal del distrito. No obstante, teniendo en cuenta que en otro tiempo había recibido amenazas de muerte del propio Manson, vivía en una casa sorprendentemente desprotegida, suburbana por excelencia. Él y Gail, su esposa de cuarenta y tres años, aún estaban instalándose cuando les visité en abril de 1999. Bugliosi, canoso, enjuto y de ojos azules, me saludó con un fuerte apretón de manos y una letanía de disculpas por las cajas de mudanza aún por abrir. En el salón, montones de macetas y jarrones rebosaban de flores de todas clases, secas, artificiales y de verdad.

La cocina, adornada con cachivaches y baratijas de gallos y pollos de Gail, parecía sacada directamente de una comedia de enredo de los cincuenta. Bugliosi cogió un gato pelón que se frotaba contra su pierna; de una raza siamesa rara, me dijo. El gato se llamaba Sherlock, «porque husmea por todas partes». Gail nos sirvió un plato de galletas y sendos té helados.

Bugliosi hablaba muy deprisa. Mandaba en mi dirección un tsunami de palabras, a veces saltando de la silla sin ninguna razón aparente. Gail, que en comparación con su esposo era un remanso de paz, trasteaba por la encimera de la cocina. La sorprendí entornando los ojos cuando él me explicaba que la

versión cinematográfica de *Helter Skelter*, de 1976, «fue la número uno de ese año» y «tuvo los mayores índices de audiencia de la historia de la televisión, superando a *Raíces*». Básicamente llevaba treinta años dando la vuelta de honor, y se sabía de pe a pa sus temas de discusión. Hacer que se saliera del guion era difícil. Ese día, mientras me llevaba en coche de un lado a otro, aún revivía sus enfrentamientos con Manson en el juicio. A veces parecía citar textualmente párrafos de *Helter Skelter*. A simple vista parecía comunicativo y sociable, pero todo lo que me estuvo diciendo durante horas estaba preparado.

Como yo todavía buscaba una nueva perspectiva, intenté rastrear, aunque con sumo cuidado, las lagunas observadas en *Helter Skelter*. De entrada, ¿cómo es que los polis habían pasado por alto tantas pistas del caso, cómo es que no lo habían resuelto mucho antes? Bugliosi echaba la culpa a las chapuzas policiales, como hacía en su libro. Si no llega a ser por él, el caso aún estaría por aclarar, dijo.

Yo quería saber su opinión sobre el encargado de Cielo, William Garretson, que aquella noche había sido el único superviviente de la finca. Garretson vivía en una modesta casa de invitados separada del edificio principal. Su relato era tan inverosímil que al principio fue el sospechoso número uno del Departamento de Policía. El hombre juraba que su aparato estereofónico había estado sonando tan fuerte que habría ahogado el ruido de los asesinatos. No había oído nada de la brutal masacre, ni siquiera cuando los gritos y los disparos se habían producido apenas a veinte metros de la ventana de su dormitorio. Y Bugliosi asentía, aunque de mala gana. La policía, me recordó el fiscal, disponía de pruebas sólidas que avalaban la versión de Garretson.

Pasé a Terry Melcher. Si Manson había querido darle una lección, ¿por qué había ordenado matar a personas que no tenían con él ninguna conexión real, más allá de haber vivido en el mismo domicilio en épocas distintas? Melcher no conocía a ninguna de las víctimas de la casa de Tate. No encontré indicios de que ni siquiera hubiera coincidido con alguna de ellas en alguna ocasión. Además, según la propia narración de Bugliosi, Manson envió a sus adeptos a la casa de Cielo Drive a sabiendas de que Melcher ya no vivía allí.

Bugliosi esquivó estas cuestiones y en cambio sí hizo hincapié en el terror que sintió Melcher en el juicio y durante muchos años después, pues temía que Manson o alguien de la Familia todavía quisieran matarle. ¿Podía él ponerme en contacto con Melcher? El mero hecho de pedírselo lo desconcertó un poco. Dijo que, según tenía entendido, costaba mucho hacerle hablar. Más

adelante, cuando conseguí localizar a Melcher, entendí la razón.

Cuando tras muchas horas de conversación ya empezaba a ponerse el sol, pregunté a Bugliosi si estaría dispuesto a contarme algo que no hubiera contado antes, el avemaría del periodista. Por la arruga de su frente, advertí que estaba pensando realmente en ello. Saqué un libro de mi bolsa: *Waiting for the Sun*, de Barney Hoskyns, una historia sobre la industria musical de Los Ángeles. Lo había estado leyendo durante la investigación —con tantas negativas, había tenido más tiempo libre del que imaginaba—, y quería que Bugliosi leyera un pasaje que yo había subrayado. Hoskyns aseguraba que en la casa de Tate se habían rodado muchas películas de sadomasoquismo, y que en una ocasión, en una fiesta celebrada allí, un traficante de drogas había sido atado y azotado contra su voluntad. Otras fuentes, entre ellas el libro de 1971 *The Family*, de Ed Sanders, hacían afirmaciones parecidas, pero Bugliosi había omitido visiblemente la anécdota en *Helter Skelter*.

Bugliosi parecía estar inmerso en cierto debate interno. Tras lo que pareció un largo silencio, me dijo que apagara la grabadora

—Esto no se me puede atribuir jamás a mí —empezó diciendo—. Pongamos que procede de una fuente muy fiable.

(Más adelante explicaré por qué estoy abordando esto como una respuesta registrada, a micrófono abierto.)

Cuando Bugliosi se incorporó al caso, los detectives le dijeron que en la buhardilla de la casa de Cielo Drive habían descubierto una cinta de vídeo. En las escenas, filmadas sin duda por Polanski, se veía que Sharon Tate era obligada a tener relaciones sexuales con dos hombres. Bugliosi no llegó a ver la cinta, pero dijo a los detectives: «Volved a ponerla donde estaba. Roman ya ha sufrido bastante. Aquí no hay nada que ganar. Lo único que haría es empañar el recuerdo de ella y hacerle daño a él. Los dos son víctimas».

Era un capítulo sórdido, pensé, y en cualquier caso Bugliosi ya había contado antes buena parte de ese episodio. En *Helter Skelter* decía que los polis habían descubierto una cinta en la que Roman y Sharon «hacían el amor» y que la habían devuelto discretamente a su sitio. Polanski la encontró poco después, durante la visita de Julian Wasser y el vidente. «Subió a la buhardilla por la escalera —escribe Bugliosi—, vio la cinta de vídeo que el Departamento de Policía había vuelto a guardar ahí, y, según uno de los agentes, se la metió en el bolsillo.»

Cuanto más pensaba yo en ello, más me asombraba que las imágenes fueran tan morbosas. Esto daba aún más fuerza a la máxima «vive de forma

rara, muere de forma rara». Y poco después se me ocurrió lo siguiente: si Polanski había coaccionado a Sharon para que se acostara con dos hombres, y filmó las escenas, ¿se podía considerar eso violencia doméstica?

—Roman era un psicópata —había dicho Bugliosi—. La obligaba a hacerlo.

¿Era eso violación? Si Bugliosi estaba diciendo la verdad —pronto supe que ese «si» condicional era de dimensiones considerables—, la cinta era algo que habría podido realzar su perfil de sospechoso y, por tanto, algo que la policía debería haber guardado como posible prueba.

Esperaba poder verificar la historia de Bugliosi. Se trataba de la primera información nueva que había conseguido hasta el momento. Con las prisas por seguir con el reportaje, no había caído en la cuenta de que esa revelación del fiscal iba acompañada de un error por su parte, un desliz que yo tardaría más de seis años en identificar. Él no podía decir a los detectives que volvieran a dejar la cinta en la buhardilla. A la Oficina del Fiscal del distrito le habían asignado el caso del asesinato de Tate el 18 de noviembre de 1969, meses después del 17 de agosto, cuando Polanski había vuelto a visitar la casa.

En las primeras fases del procedimiento, la policía tenía que hablar con fiscales como Bugliosi para conseguir órdenes de registro. Si se había enterado de lo de las cintas en agosto —si había sido él, como afirmaba, quien había ordenado que las devolvieran a su sitio—, entonces el fiscal se había inmiscuido en la investigación policial mucho antes de lo que habría admitido jamás. Quizá se trataba de algo insignificante, algo que, a su entender, era mejor no revelar a fin de proteger la reputación de algunas celebridades. La cuestión es que nunca lo íbamos a saber, pues se lo había hurtado a sus lectores. Aunque yo no había reparado en su fallo, en el futuro surgirían diversas variaciones del mismo. Cuando por fin lo descubrí todo, el carácter de nuestra relación cambió. **Fealdad y pureza**

Helter Skelter empieza con una frase famosa: «Estaba todo muy tranquilo, diría más adelante uno de los asesinos, casi se oía el tintineo del hielo en las cocteleras de las casas de abajo, en el cañón». La primera parte del libro, la concerniente a la investigación policial, gira en torno a la paranoia de esta frase. Dada la revelación de Bugliosi, fue el primer sitio donde comencé a buscar alguna pista. Si él había cambiado un detalle del caso, ¿habría podido cambiar otros? Esta pregunta fue recurrente a lo largo de toda la investigación.

El Departamento de Policía de Los Ángeles encargó los dos casos, los

asesinatos de la casa de Tate y los de los LaBianca, a dos grupos de detectives independientes. Pese a las semejanzas de los crímenes, el Departamento había llegado a la conclusión de que los LaBianca habían sido víctimas del efecto *copycat*. Al fin y al cabo, daba la impresión de que había pocos puntos de coincidencia entre el lujo de Beverly Hills y el ambiente suburbano de Los Feliz.

El despliegue policial llegaría a constituir la investigación criminal más importante en la historia de Los Ángeles. El equipo de LaBianca trabajó en un relativo anonimato; la prensa no lograba concitar mucho interés hacia ese caso, sobre todo teniendo en cuenta que el asesino de Sharon Tate andaba suelto. En el otro extremo de la ciudad, en cambio, el escenario del crimen de Cielo era un carnaval. El Departamento de Policía había asignado el caso a veintiún hombres. Varios helicópteros sobrevolaban la finca. Había guardias ante la puerta las veinticuatro horas.

Los detectives detuvieron enseguida al principal sospechoso. William Garretson, el único superviviente de la masacre, fue sacado a rastras de la casa de invitados con los ojos somnolientos, sin camisa y descalzo, e introducido en un coche patrulla y conducido directamente a jefatura, donde se le leyeron sus derechos y se le acusó de cinco asesinatos. Garretson, de solo diecinueve años, era incapaz de explicar por qué no había oído nada esa noche; solo se le ocurría decir que era por la música que tenía puesta. Durante tres días apareció en las portadas de periódicos de todo el mundo mientras languidecía entre rejas. Al final, la policía concluyó que era solo un chico no demasiado despierto que se hallaba en el lugar equivocado en el momento más inoportuno.

En aquellas primeras veinticuatro horas, a los detectives del caso Tate les llegó una pista. Un amigo de las víctimas había estado diciendo por ahí que sabía quiénes eran los asesinos; sin embargo, convencido de que esto podía suponer su sentencia de muerte, se había escondido. Se trataba de Witold Kaczanowski, artista e inmigrante polaco que había conocido a la gente de Tate a través de su compatriota Voytek Frykowski. La policía lo localizó gracias al representante de Polanski. Atraído por la promesa de veinticuatro horas de protección policial, al final Kaczanowski accedió a ser entrevistado.

El hombre creía que Frykowski había estado involucrado en el tráfico de drogas junto a un montón de delincuentes habituales y otros personajes indeseables, uno de los cuales era un tipo llamado Harris *Pic* Dawson, que en una fiesta reciente había amenazado de muerte a Frykowski. Recordemos que

Susan Atkins había escrito la palabra *pig* en la puerta principal de Cielo Drive con la sangre de Sharon Tate. Kaczanowski creía que se trataba de «pic», por Pic Dawson.

La policía lo consideró creíble, sobre todo porque tenía constancia de otro altercado en la casa de Cielo la primavera anterior, cuando Tate y Polanski habían organizado una fiesta de despedida. (Aunque la pareja se había mudado a la casa el 15 de febrero, a finales de marzo Sharon y Roman debían irse a rodar sendas películas por separado a Europa, donde permanecerían durante casi todo el verano.) En esa fiesta, a la que asistieron más de un centenar de invitados, se colaron tres intrusos cuyo comportamiento fue tan agresivo que Polanski no tuvo más remedio que echarlos. Eran Billy Doyle, Tom Harrigan y Pic Dawson.

Con la idea de preguntar a Polanski sobre esos tres, la policía esperó con ansiedad su regreso desde Londres, previsto para la noche del 10 de agosto, el día siguiente de que se hubieran descubierto los cadáveres. Polanski voló a Los Ángeles muy sedado, acompañado de su productor de toda la vida Gene Gutowski y dos amigos, Warren Beatty y Victor Lownes. En el aeropuerto, desapareció por una salida lateral hacia un coche que le aguardaba mientras Gutowski leía una declaración ante una multitud de periodistas.

El presidente de Paramount Pictures había preparado una suite para Polanski en el complejo de los estudios, un lugar donde podría eludir los entrometidos ojos de la prensa, así como los de los asesinos si pretendían ir también a por él. Sin embargo, antes de llegar a la Paramount, Polanski mandó parar el coche en un aparcamiento de la cadena Denny's para mantener una conversación privada con Kaczanowski. Bugliosi no mencionó esto en ningún momento en *Helter Skelter*. Los medios de comunicación no llegaron a enterarse nunca. Había ahí algo que yo debería investigar.

Tras charlar los dos en Denny's, Kaczanowski y el director se subieron al coche y se dirigieron a la Paramount; y siguieron hablando durante todo el trayecto. Cuando aquella noche los policías llegaron a los estudios, se les dijo que no podrían entrar en la suite de Polanski hasta que este estuviera informado de todo. Bugliosi pensó que no valía la pena mencionarlo; escribió solo que «Polanski fue conducido a un apartamento dentro de las instalaciones de la Paramount, donde permaneció aislado bajo supervisión médica. Por la noche la policía habló brevemente con él, pero por el momento Polanski era incapaz de sugerir el nombre de nadie que pudiera tener algún móvil para cometer aquellos asesinatos».

En sus respectivas entrevistas conmigo, Lownes y Gutowski, los amigos de Polanski, confirmaron el encuentro secreto en Denny's. Ambos dijeron que se había tratado de un simple intercambio de información entre dos viejos colegas. Sin embargo, en un análisis poligráfico en el Departamento de Policía de Los Ángeles, Polanski había dicho que no conocía a Kaczanowski de nada.

Como me dio la impresión de que ahí había algo más, busqué a Kaczanowski, quien, como tantas otras personas relacionadas con las víctimas, jamás había hablado de los crímenes con ningún periodista. Por teléfono, y con gran sorpresa para mí, enseguida accedió a hablar del asunto conmigo. Sí, dijo, la reunión en Denny's había tenido lugar, pero, pese a su aparente urgencia, no había tenido un carácter furtivo. Él se había limitado a contestar algunas preguntas de Polanski sobre el posible tráfico de drogas de Frykowski. Kaczanowski recalcó que la sospecha de que Pic Dawson tenía a Frykowski en el punto de mira había empujado a la policía a seguir durante varios meses una pista que al final había resultado estéril.

Y sin embargo, era fácil ver que, en aquellos meses anteriores a los crímenes, Frykowski se había complicado la vida. Me enteré de que la casa de Cielo había pasado por una época turbulenta, mucho más tensa de lo que contaba Bugliosi. Cuando Tate y Polanski se marcharon, dejaron el lugar a cargo de Frykowski y Abigail Folger, y las cosas se enredaron mucho. La pareja no paraba de organizar fiestas. La puerta estaba abierta para todo el mundo. Las aglomeraciones eran cada vez más tumultuosas, y las drogas más fuertes: no solo había maría o hachís, sino también gran cantidad de cocaína, mescalina, LSD y MDA, que por entonces era una droga sintética nueva, relativamente desconocida. A Frykowski le entusiasmaba en especial.

Dawson, Doyle y Harrigan, el mismo trío que había sido expulsado a patadas de una fiesta a mediados de marzo, eran ahora invitados habituales en la casa, donde a veces se quedaban varios días seguidos. También suministraban la mayor parte de las drogas. En julio, los tres hombres, todos ellos traficantes internacionales, habían acaparado el mercado de la MDA, que se fabricaba en Toronto, ciudad natal de Doyle y de Harrigan. Frykowski quería meterse en el negocio. Aunque no disponía de mucho efectivo —Folger, su adinerada novia, le controlaba los gastos de cerca—, llegó con sus nuevos amigos a un acuerdo en virtud del cual sería un intermediario entre ellos y Hollywood.

Poco después de que habláramos por teléfono, Kaczanowski visitó Los Ángeles. Le conocí en el patio trasero de la casa de un amigo suyo, en West

Hollywood. Hombre bien parecido, de rasgos marcados, espeso pelo negro e intensos ojos azules, a su fuerte acento extranjero añadía un aire reservado, contemplativo. Aunque serían las tres de la tarde, abrió una botella de vino tinto y nos sirvió a cada uno un vaso generoso.

Había sido el último de los amigos de Frykowski que le había visto vivo. Solo unas horas antes de los asesinatos, habían estado juntos en la galería de Kaczanowski, quien, de hecho, tenía previsto acudir a la casa de Tate aquella noche, pero estaba demasiado cansado. Frykowski le había llamado a eso de la medianoche, probablemente minutos antes de que llegasen los asesinos, para intentar convencerle de que se dejara caer por allí.

Me enseñó un gran sobre de papel manila lleno de recuerdos, entre ellos un billete de avión de Frykowski a Estados Unidos del 16 de mayo de 1967, o una carta de recomendación de Polanski en papel con membrete de la Paramount. Esos objetos parecían embelesarlo. Dijo que siempre tenía muy presentes los años sesenta.

—Cierro los ojos y siento que estoy todavía en 1969. Oigo voces de personas, veo sus caras —explicaba Kaczanowski. Le asombraba que, en aquella época, los acostumbrados indicadores de clase y posición social hubieran desaparecido en Hollywood, donde «se mezclaban la fealdad más extrema con la pureza más absoluta». Esa confusión era el inevitable resultado de la política de puertas abiertas que habían suscrito todos al final de la década—. No tenías ni idea de quién era quién. Podías estar frente a Manson o un gran poeta, y era imposible distinguirlos.

Por lo tanto, Kaczanowski recordaba «a mucha gente desconocida» entrando y saliendo de la casa de Cielo Drive, donde a veces se quedaba con Frykowski varios días seguidos.

—No me fiaba de ellos —decía de los invitados—. Se movían libremente por todas partes.

Preguntaba a Frykowski quiénes eran, y la respuesta siempre contenía cierto grado de ambigüedad: eran amigos de ese tío, o amigos de amigos de fulano. Por eso, después de los asesinatos, creía tener cierta idea de quiénes habían sido los asesinos: el mismo grupo de traficantes de drogas que Bugliosi menciona solo de pasada en *Helter Skelter*.

—Recuerdo a Voytek diciéndome que habían echado a Pic Dawson de una fiesta —contó entre sorbo y sorbo de vino—. Le dijeron que cogiera sus cosas y se fuera a la mierda. —Recordó otra fiesta, unas semanas antes de los asesinatos, en que él mismo había tenido que echar a patadas a dos tipos muy

borrachos—. Se quedaron al otro lado de la verja, mirándonos a Voytek y a mí, y dijeron: «Sois unos hijos de puta; volveremos y os mataremos».

Todos esos meses de fiestas con Frykowski tuvieron un efecto acumulativo. Kaczanowski había conocido a tantos personajes inquietantes que, cuando su amigo apareció muerto, no tuvo ninguna duda de dónde había que buscar a los culpables. Ignoraba si Frykowski, o incluso Polanski o Sebring, habían coincidido alguna vez con Manson o sus seguidores. Si Frykowski estuviera vivo, me aventuré a decir, y Kaczanowski pudiera formularle una pregunta, ¿cuál sería? Bajando la vista al vaso de vino, dijo en voz baja:

—De ese grupo de personas que fue a matarte, ¿conocías a alguien?

«Gana quien muere más rico»

Tras terminar la que sería su última película, *¿Cuál de las trece?*, Sharon Tate regresó a Cielo en julio de 1969, embarazada ya de siete meses. Quería tener el bebé en la casa que adoraba. Sin embargo, Polanski, que en principio debía estar de vuelta por las mismas fechas, retrasó su viaje. Tenía que seguir buscando exteriores para su siguiente película. Tras asegurar a Tate que llegaría a tiempo para el nacimiento del niño, pidió a su viejo amigo Frykowski que se quedara en la casa con Folger y ambos hicieran compañía a Tate.

Esta es al menos la versión de Bugliosi. Tan pronto me enteré por él de las cintas de Polanski y del lado más turbio de Cielo, empecé a presionar más en mis entrevistas, de las cuales surgieron historias antagónicas. Según algunos amigos íntimos de Polanski, Tate agradecía la compañía. No quería estar sola en la aislada finca, sobre todo al final de su embarazo. En cuanto a Polanski, sus amigos consideraban que era alguien prudente, conservador, incluso anticuado, y que estaba muy enamorado de su mujer. Si decía que se quedaba en Londres por motivos de trabajo, no había nada que objetar.

Otros tenían de él un recuerdo distinto. Tate se había quedado horrorizada ante el panorama que se encontró a su regreso a Los Ángeles. Se mostraba asimismo muy recelosa con respecto a Folger y en especial de Frykowski, de quien sospechaba que traficaba con drogas: quería que la pareja, y la gente relacionada con ella, abandonara la casa. Cuando me gané la confianza de algunos de sus amigos más íntimos, me contaron historias de lo más perturbadoras. Su matrimonio era un desastre, decían, y muchos no querían que lo arreglara, sino que lo rompiera.

Polanski había creado un patrón de abuso, tanto emocional como físico.

La Sharon Tate que conocían ellos, afectuosa y vivaz, en presencia de él quedaba eclipsada.

—Sharon había cambiado muchísimo —decía Elke Sommer, la actriz alemana que aparecía con Tate en *La mansión de los siete placeres*, película de 1968—. Cuando estaba con Roman, no era ella. Parecía intimidada, asustada; él tenía un carisma apabullante.

Eso significaba que Polanski podía tratarla a su antojo. Un amigo, que lo calificaba como «una de las personas más malvadas que había conocido en su vida», decía que una vez Roman había estrellado la cara de Tate contra un espejo y que, en otra ocasión, la había obligado a ver una grabación en vídeo en la que él tenía relaciones sexuales con otra mujer. Le ponía los cuernos continuamente, y se aseguraba de que ella lo supiera. Otro amigo recordó un episodio en el que Polanski había pedido a su esposa que se pusiera el mismo vestido que había llevado una de sus amantes; pero como Sharon no le hizo caso y apareció con otra ropa, Roman la tiró a la piscina delante de todos. Según otros, Polanski organizaba orgías en la casa sin el conocimiento o el consentimiento de su mujer.

Dominick Dunne, que había estado muy unido a Tate, a Polanski y a Jay Sebring, estaba totalmente seguro de eso.

—No fui nunca a sus orgías, pero sabía que se hacían; y creo que Jay también estaba ahí metido —me explicó.

El director James Toback —que casi veinte años después cayó en desgracia debido a más de doscientas denuncias por agresión sexual— estaba aún más seguro de eso. Una noche, Warren Beatty le había invitado a una fiesta en la casa de Tate. Toback fue acompañado de Jim Brown, estrella del fútbol americano que acabaría siendo un héroe de películas de acción. En la fiesta, la gente empezó a murmurar acerca de una orgía.

—Yo iba a estar incluido porque iba con Jim —me contó Toback—, y desde luego ganas no me faltaban, pero Jim rehusó.

Sin embargo, no todo el mundo coincidía.

—James Toback es un mentiroso y siempre lo ha sido —me dijo Paul Sylbert, director artístico y amigo de Polanski—. Allí no pasaba nada del otro mundo. No había orgías, al menos yo no estuve en ninguna, y eso que frecuentaba la casa.

Reconocía que Polanski era «singular», pero «al margen de cuáles fueran sus perversiones, eran a pequeña escala y totalmente privadas. Quizá diera a entender algo relacionado con orgías, pero no hubo nada».

Sea como fuere, llegó un momento en que Sharon Tate notó que ya había sufrido bastante. Como se le acumulaban las humillaciones, se dirigió a Elke Sommer en busca de consejo. Sommer recordaba haberle dicho esto:

—Yo cogería el objeto pesado más a mano, sea una plancha, una sartén o una pala del patio, y le rompería la crisma.

Tate no estaba dispuesta a hacer eso, si bien en algunas ocasiones había acariciado la idea de abandonar a Polanski. Según Sommer, Tate estaba demasiado esclavizada por su marido para ser capaz de llegar hasta el final.

—Cuando trabajé con Sharon, había un malestar tremendo —dijo Sommer—, su relación estaba envuelta en un sufrimiento espantoso. Y ella no sabía qué hacer.

A varios amigos de Tate les faltó tiempo para mencionar las malas compañías de Roman, con Frykowski y Folger a la cabeza.

Sharon «no los soportaba», decía Joanna Pettet, otra actriz que había estado muy unida a Tate. Las dos habían almorzado juntas en la casa el día de los asesinatos. A Pettet le sorprendió ver a Frykowski y a Folger, a quienes no conocía, yendo de un sitio a otro como si fueran los dueños.

—«¿Quiénes son esos? —le pregunté—. ¿Qué hacen aquí?» Y ella contestó que Roman no quería que estuviera sola.

Tate aguantaba a la pareja solo porque su marido había insistido en ello. Hablando por teléfono con Polanski, tan abatida que acababa echándose a llorar, Tate se quejaba de que aquellos dos traían demasiadas drogas a la casa, de que había demasiado caos. Sin embargo, Roman se negaba a echarlos. Ella le pedía constantemente que volviera, pero él seguía aplazando su viaje de regreso. Sharon incluso había intentado quedarse con él en Londres, pero Roman se negó. No la quería a su lado.

Yo había hecho lo increíble para localizar a Pettet, que en los noventa había dejado el mundo del cine. Ahora llevaba una vida solitaria, sin ni siquiera teléfono, en el desierto alto, más allá de Palm Springs. Al final caí en la cuenta de que acaso podría ponerme en contacto con ella mediante el Sindicato de Actores: como debían de enviarle por correo sus ganancias, tendrían su dirección. Por ese medio le mandé una larga carta y ella accedió a quedar conmigo para almorzar en un centro comercial cercano a su casa. Cuando llegó, se mostró ligeramente inquieta. A sus cincuenta y siete años, vestida con ropa vaquera de arriba abajo, componía una figura impresionante; cuando se sintió lo bastante cómoda, se quitó las gafas oscuras que ocultaban su penetrante mirada.

—Cuando mataron a Sharon, me volví medio loca. Tuvieron que hospitalizarme, y no pude asistir al funeral. —No hizo intento alguno por disimular su desdén por Polanski—. Lo detestaba —dijo con tono rotundo.

Como habían hecho ya otros, Pettet habló de un matrimonio en el que él destilaba una crueldad casi despreocupada hacia su esposa. En el verano de 1967, ella había estado cuatro meses con la pareja en una casa alquilada en la playa, y fue entonces cuando empezó a notar la frecuencia con que Polanski daba órdenes a su mujer. Tenía una vena malintencionada, que a veces alcanzó a la propia Pettet.

—Roman tiraba un ladrillo a la piscina y miraba a mi perro zambullirse para recuperarlo. Él se quedaba tal cual, riendo, mientras el perro persistía en vano.

Tras el funeral de Sharon, Polanski llamó a Pettet.

—Por teléfono me pareció extraño, frío como el hielo. No se le notaba abatimiento alguno. Yo estaba sollozando. —Roman quería saber lo que ella le había contado a la policía. Esto indujo a Pettet a preguntarse qué había tras el asesinato de su amiga—. Entonces sospeché que lo habían hecho amigos de él. Lo único que sé es que Roman no volvió [cuando Sharon le pidió que regresara], y ella se quedó ahí.

Como ya suponía que las personas de confianza de Polanski tenían otra historia que contar, convencí a Bill Tennant, su representante, para que hablara conmigo. Tennant no había concedido nunca ninguna entrevista sobre los asesinatos, en parte porque desde los sucesos de 1969 su vida había caído en picado. Había tenido que asumir el lúgubre cometido de identificar los cadáveres en la casa de Tate. Un artículo de 1993 en *Variety* (firmado por Peter Bart, qué casualidad) hablaba de la caída en desgracia de Tennant. A lo largo de las décadas de 1960 y 1970, Tennant había alcanzado un gran éxito en Hollywood, donde descubrió el guion de *Dos hombres y un destino* y fue el agente de Peter Fonda en el contrato de *Easy Rider*. Sin embargo, Bart había encontrado a «un tipo demacrado, maltrecho, que dormía en un portal de Ventura Boulevard». La adicción a la cocaína había acabado con su matrimonio y con su dinero, por lo que había llegado al extremo de vender «incluso las prótesis de oro de sus dientes por una dosis». A juicio de Bart, «tras la conmoción por los crímenes de Manson, empezó a desmoronarse».

Localicé a Tennant en Londres, donde estaba sobrio, se había vuelto a casar y era el representante de Michael Flatley, de *Lord of the Dance*. Se

había vuelto un cristiano renacido, pero mostraba poco perdón o compasión hacia Polanski, quien fuera su cliente y amigo.

—Roman es un cabrón —decía. Haciéndose eco de lo que había oído de otros amigos de la pareja, Tennant aseguraba que había dos versiones de la historia—. ¿Cuál quiere oír?

Por un lado, Polanski había llevado una vida disoluta en Londres, donde estaba trabajando en una película y acostándose con una y con otra mientras en California su embarazada mujer construía un hogar. Sharon «acabó asesinada porque él andaba follando por Londres», dijo. Pero esa era solo una manera de enfocarlo.

—La otra historia arranca después del funeral, en el Hotel Bel Air, donde Roman debe abordar su situación económica, que no era demasiado boyante, y me mira desde el otro lado de la mesa y me dice: «Ojalá hubiera gastado más, ojalá hubiera comprado más vestidos, ojalá hubiera hecho más regalos». Entonces, ¿qué historia quiere contar? ¿La de este capullo que dejó a su mujer sola... con Jay Sebring y Gibby [Folger] y Voytek, esos gilipollas, esos cuatro trágicos perdedores, o quiere hablar de Roman Polanski como de un pobre chico?

Tennant se resistía a la idea de que los crímenes hubieran supuesto la pérdida de inocencia de Hollywood.

—Aquello no tenía nada de inocente. Fue un castigo. Creo que el gran valor de Los Ángeles era: «Gana quien muere más rico». Creo que es muy interesado llamar «inocente» a ese período y todo lo que estaba pasando... ¿Qué tienen de inocente las drogas? ¿Qué inocencia hay en la promiscuidad sexual? A ver dónde está esa inocencia.

Al cabo de una semana de los asesinatos, Roman ya estaba «de fiesta» con Warren Beatty. «La cruda realidad era que Sharon Tate no le importaba una mierda a nadie, ya daba igual. No porque la gente fuera mala, sino porque Sharon era prescindible. Tan prescindible como un actor que tiene un éxito fulgurante y luego se hunde en el fracaso.»

Tras el asesinato de su esposa, Polanski se quedó en las instalaciones de la Paramount todo el tiempo que pudo. Era el único sitio donde se sentía protegido. Y no solo de los asesinos o la prensa, también del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Veías las unidades de vigilancia policial y te dabas cuenta de que la policía de Los Ángeles lo sabía todo de todo el mundo —dijo Tennant—. En el Departamento había como una especie de aire FBI/CIA; allí se sabía todo lo

que había que saber.

Aunque en 1969 no podía saberlo, Tennant no era ningún paranoico cuando se preguntaba por qué la policía sabía tanto de sus amigos. Muchos organismos ligados a la aplicación de la ley, entre ellos el Departamento de Policía de Los Ángeles, la Oficina del Sheriff del Condado o el FBI, habían creado unidades para efectuar misiones de vigilancia secreta e incluso infiltrarse en grupos considerados subversivos o peligrosos. En esa época, yo no era propenso a pensar que los encargados del cumplimiento de la ley despertaran sospecha alguna. Aun así, empecé a contemplar la versión oficial del caso con cierto recelo. **«En California, todo el mundo está bronceado»**

Me resultaba difícil poner en orden todas las historias que surgían de la casa de Cielo Drive. Componían una telaraña tan intrincada de conexiones y tentáculos que parecía más bien un trozo de tela tupido. Esta es la impresión que me daba el material con el que estaba trabajando. Las camarillas de Hollywood, que al principio parecían tan diferenciadas y aisladas, ahora estaban todas mezcladas, mucho más de lo que Bugliosi había pretendido hacer creer. Además, entonces —eso no ha cambiado— la gente no siempre estaba dispuesta a sincerarse con quien andaba por ahí preguntando.

En cualquier caso, Tate hacía bien en desconfiar de Frykowski. El hombre andaba con un grupo peligroso. Muchas de las personas «primitivas» que conocía Kaczanowski tenían amplios antecedentes penales, y sus nombres salían a relucir cada vez que se mencionaban los excesos más notorios de Cielo Drive. Ya en 1965, Pic Dawson, que había sido expulsado de una fiesta de Polanski y había amenazado de muerte a Frykowski, había sido vigilado por la Interpol como sospechoso de tráfico de drogas. Joven hijo de un diplomático, había logrado introducirse en el círculo de Polanski gracias a su amistad con Mama Cass Elliot, una de las cantantes del popular grupo de los sesenta The Mamas and the Papas. Como la mayoría de los hombres en la turbulenta vida de la cantante, Pic había sacado provecho de su dinero y sus contactos. Más adelante, los biógrafos de Elliot escribirían que, en realidad, su humillante detención en Londres, en 1966 —la habían pillado robando toallas y llaves de un hotel—, había sido una treta para obligarla a dar información sobre las actividades de Dawson como traficante de drogas. Algunos colegas de Dawson en el negocio de los estupefacientes, como Billy Doyle o Tom Harrigan, también se habían introducido furtivamente en el círculo de Polanski a través de Mama Cass.

Según diversos informes policiales, a Dawson, a Doyle y a Harrigan —

los tres tenían veintisiete años y una relación sentimental con Elliot— se les sumó un cuarto colega, Tío Charles Tacot, un neoyorquino que les superaba en edad en más de diez años. Antiguo marine, el forzado de metro ochenta y cinco era famoso por su habilidad con los cuchillos; se rumoreaba que había mantenido conexiones con la inteligencia militar y que, desde su llegada a Los Ángeles a mediados de la década de 1950, había estado vendiendo drogas. Curiosamente, después de tantos años dedicados al tráfico y diversas detenciones en el grupo, solo Doyle había sido condenado por algún delito; condena que más adelante quedaría anulada y convertida en absolucón en su expediente. Como pasaba con Charles Manson, los cuatro parecían tener poco miedo a la policía.

Helter Skelter prestaba una atención solo superficial a esos tipos. En el libro, eran simplemente personajes con seudónimos asignados. Aunque Bugliosi mencionaba la amenaza de muerte de Pic Dawson a Frykowski, pasaba por alto un incidente todavía más inquietante, que vuelve mucho más verosímil el móvil de la venganza y revela hasta qué punto estaban mezcladas las víctimas en el lado sórdido de la contracultura.

Según parece, durante los meses anteriores a los asesinatos, un buen día los residentes de Cielo organizaron una de sus fiestas interminables, con Frykowski y Sebring al mando de las operaciones. Apareció Billy Doyle, que, como mandaban los cánones, iba tan borracho, y se había drogado y había esnifado tanto, que acabó inconsciente. Frykowski y Sebring, y quizá también Witold Kaczanowski, querían desquitarse de Doyle por algo. Por lo visto, les había vendido droga en mal estado. Así que, frente a una multitud de mirones, le bajaron los pantalones a Doyle, lo azotaron y lo violaron.

Aquí tenemos una de esas narraciones apócrifas de las que los teóricos de la conspiración del caso Manson nunca se hartan. Es el mismo incidente referido en *Waiting for the Sun*, de Barney Hoskyns, el libro que mostré a Bugliosi el día que almorzamos juntos. La historia da la impresión de ser casi mitológica, por su fealdad y el grado en que sus detalles más básicos —quién, qué, cuándo, dónde, por qué— cambian continuamente. En un interrogatorio en el Departamento de Policía de Los Ángeles unas semanas después de los crímenes, Candice Bergen dijo que había sido una violación, muy probablemente en la casa de Sebring o en la de su amigo John Phillips (también de *The Mamas and the Papas*). Por su parte, Dennis Hopper contó a *Los Angeles Free Press* que había sido en la casa de Cielo. Lo describió como «una paliza colectiva a un traficante de Sunset Strip que les había vendido

droga de mala calidad». En *The Family*, Ed Sander cuenta que Doyle fue «azotado y grabado en vídeo mientras lo penetraban analmente», y el lugar de los hechos varía en función de la edición del libro.

Entonces, ¿qué pasó realmente? En 1999, no tenía yo claro si informar de esto; quizá daría la sensación de ser otra desviación sensacionalista del caso Manson, y la verdad era que mi plazo de entrega no me dejaba mucho tiempo para explorar todas las rutas extrañas que iban apareciendo. No obstante, me fastidiaba que Bugliosi lo hubiera omitido y que al mismo tiempo tantas personas vinculadas a las víctimas lo considerasen un elemento crítico del caso. Se trataba de otro ejemplo de la adaptable mentalidad reflejada en «vive de forma rara, muere de forma rara». Además, aunque Pic Dawson, Billy Doyle y los otros traficantes no hubieran matado a nadie, podían estar igualmente detrás de los crímenes o muy cerca de ellos. Si yo era capaz de relacionarlos con Manson, digamos, ¿habrían podido contratarlo para que llevara a cabo los asesinatos? Y si estaban vendiendo montones de droga a los que habían muerto en la casa de Tate, ¿habría podido haber ahí algún tipo de encubrimiento?

Así pues, seguí adelante.

Gracias a Kaczanowski y a otros que hablaron con el Departamento de Policía de Los Ángeles, después de los crímenes los detectives enseguida sospecharon de Doyle y de sus compañeros. En aquella época, Doyle viajaba con cierta frecuencia. Iba y venía a menudo entre Los Ángeles, Jamaica y su Toronto natal. Esta era la última ciudad en la que la policía lo había detenido, a finales de agosto. No conseguí una transcripción del interrogatorio hasta muchos años después de iniciada mi investigación, pero vale la pena incluirla aquí, ya que ofrece su versión de los hechos. Y Doyle es digno de ser citado; hay en él una dureza de carácter que roza el ridículo.

En pocas palabras, Doyle explicó al teniente Earl Deemer, del Departamento, que no recordaba haber sido violado pese a no estar del todo seguro; también habría podido pasar. Recordaba haber ido a ver a Frykowski a la casa de Cielo la noche en cuestión, más o menos a principios de julio. Pensando que sería una broma divertida, Frykowski añadió un poco de mescalina a su champán. Folger y Kaczanowski también estaban presentes.

—Yo me encontraba en la piscina —dijo Doyle a Deemer—, y había dos copas de champán en el borde, y por lo visto [Frykowski] puso un poco en la mía y yo dije: «Dios mío... estoy colocado... en un apuro de narices».

Quería algo que le diera un poco de bajón y Frykowski se ofreció encantado. Le dio unas pastillas que, según él, eran de Sharon Tate. Doyle se tragó «unas ocho», y enseguida, cuando Frykowski empezó a reírse en su cara, cayó en la cuenta de que aquellas pastillas eran algo totalmente distinto, y de que estaba viéndoselas con gente muy descontrolada:

Eran unos chalados perdidos. No me había percatado de que estaban tan locos. Utilizo la palabra «loco», pero me refiero a locura debida a las drogas... en California todo el mundo está bronceado. Pero si ves a alguien que no lo está, tiene otro aspecto. En su cara ves cosas que un bronceado puede disimular... Pero ellos estaban morenos y tenían un aspecto saludable. La primera vez que fui allí, me parecieron muy serios. Y, vaya... no recuerdo mucho más.

Su comentario sobre California, donde «todo el mundo está bronceado», me recordó algo que había dicho Kaczanowski: en aquel entonces, era imposible distinguir a los genios de los charlatanes. Todos estaban mezclados.

Al decir de la mayoría, el propio Doyle figuraría en la lista de los charlatanes, desde luego. Doyle admitía tener una naturaleza paranoica. Llevaba unos meses enganchado a la coca, lo que agravaba su chaladura. Convencido de que alguien, en algún sitio, quería hacerle daño, empezó a llevar un arma consigo. No era de mucha ayuda que alardeara a menudo de cuánta cocaína tenía, sobre todo si había mujeres alrededor.

—Todas quieren echar un polvo —le dijo al teniente Deemer—, y el precio que había que pagar era una nariz llena de coca, eso lo tenía yo muy claro. —Aparecía en las fiestas con una cucharilla de plata llena de cocaína y decía a todo el mundo que tenía «kilos de eso»—. Mi buen amigo Charles Tacot me decía: «Por el amor de Dios, Billy, ¿por qué dices a la gente esas cosas?». Y yo le contestaba: «Quiero follar, Charles».

Ese día, más colocado que nunca de drogas de las que ni siquiera sabía el nombre, Doyle acabó convencido de que Frykowski quería hacerle daño. Así que sacó el arma, apuntó al polaco y le amenazó con matarlo. Frykowski, más corpulento —y también más sobrio, aunque por muy poco—, le arrebató la pistola por la fuerza.

En ese momento, a Doyle le flaquea la memoria; al parecer, se quedó inconsciente, y entonces Voytek llamó a Charlie Tacot y le pidió que se llevara a su perturbado amigo. Era posible, reconoció Doyle, que después de eso Frykowski o Kaczanowski lo hubieran violado. Admitió haber dicho algo a su amiga Mama Cass al respecto.

—Estaba sin conocimiento —contó a Deemer—. Al día siguiente no notaba dolor... al menos ahí no. Pero sí me dolía todo lo demás.

En otro informe del Departamento de Policía de Los Ángeles sobre ese interrogatorio, Doyle lo expresa sin rodeos:

—Estaba tan confuso por las drogas ¡que no sabía siquiera si me habían follado o no!

La verdad es que estuve mucho tiempo preguntando por ahí, pero al final los localicé a ambos, a Billy Doyle y a Charles Tacot. (En cuanto a los otros dos, me enteré de que Dawson había muerto de sobredosis en 1986 y de que Harrigan había desaparecido sin dejar rastro.) Ni uno ni otro habían concedido una entrevista antes, y aunque se mostraron reservados, también tenían ganas de revivir sus días de gloria en el infierno. Ahora los dos eran ya mayores, pero seguían dando la imagen de tipos astutos que actuaban como si estuvieran en la cúspide de su época delictiva. En extremo malhablados, me amenazaron con matarme en diferentes momentos de la entrevista, aunque no los tomé en serio.

En nuestra primera conversación telefónica, Tacot llenó algunos de los huecos de la historia de Doyle. Recordó haber ido a recogerlo en coche y que estaba sin conocimiento en algún lugar de la finca de Cielo Drive. Tenía el cinturón cortado, al parecer con un cuchillo. Un amigo que le había acompañado en el recado dijo:

—Creo que Voytek se lo ha follado.

Llevaron a Doyle, aún inconsciente, a la casa de Mama Cass, en Hollywood Hills. Tacot recordó haber pensado que, si no se ocupaban de él, volvería a la casa y habría bronca.

—Lo saqué del coche, lo dejé junto a un árbol y saqué del maletero unos seis metros de cadena de eslabones que llevaba allí, en principio para otra persona. Sujeté con ella su tobillo al árbol, le puse un candado y lo cerré... Ahora no iría a ningún sitio. Cass estaba entonces en el hospital. «¡Coge la Polaroid! ¡Coge la Polaroid!», me dijo.

Doyle volvió en sí al cabo de unas horas, hirviendo de rabia.

—«Voy a pegarle un tiro a ese hijo de puta» —recuerda Tacot que dijo el otro—. Y yo le dije: «No, no, vamos a irnos de la ciudad. Iremos a Jamaica... pero primero has de estar sobrio, y hasta entonces te quedarás bajo este puto árbol».

—¿Cree que Voytek realmente se folló a Billy? —pregunté.

—Sí, por eso Billy estaba tan cabreado con él —dijo Tacot—. Si no hubiera intervenido yo, Voytek habría acabado muerto.

—¿Es posible que Billy contratara a asesinos? —pregunté pensando en Manson.

—No. Se habría dado el gusto directamente.

En su interrogatorio policial, Doyle había reconocido estar furioso con Frykowski y su pandilla.

—Cuando estaba encadenado al árbol —explicó—, ellos eran el blanco de mi rabia, una rabia extraña, desproporcionada.

Para tranquilizarle, dijo Doyle, Tacot había «dejado junto al árbol un letrero que decía: “SE TE QUIERE”». Doyle estuvo ahí más de un día inmovilizado.

Tacot me explicó que, después de eso, los dos se fueron a Jamaica, donde teóricamente iban a rodar un documental sobre la marihuana. (Jamás se conocieron imágenes del mismo; según otra gente, ambos estuvieron implicados en un importante trapicheo con narcóticos.) El 9 de agosto, mientras estaban fuera, «Manson va y mata a esa gente y todo el mundo busca a Doyle», explicó Tacot. En cuestión de días, él y Doyle pasaron a ser sospechosos. «Un día cogí el teléfono y el *Toronto Star* me informó de que Billy y yo salíamos en los titulares: buscados por asesinato. Un par de días después, ya en Estados Unidos, me hicieron la prueba del detector de mentiras. Ellos sabían que yo no tenía nada que ver. Y Billy tampoco. Habíamos estado los dos en Jamaica. Fuera del país. No se puede matar a nadie desde tan lejos.»

Muy cierto, pero sí es posible disponer que el crimen lo cometa otro. Tacot negó rotundamente que Billy Doyle y él conocieran a Manson; jamás lo habían visto. Ni tampoco, añadió, habían vendido drogas a ninguno de los que estaban en la casa de Tate.

—Éramos asesores —explicó—. Les decíamos si era buena o no.

—¿Si la droga era buena?

—Sí —contestó—. Billy se estaba tirando a un buen montón de tías allá arriba.

—¿Oyó hablar de orgías?

—Si considera que el hecho de que Billy se tire a una fulana es una orgía...

Charlie Tacot no era precisamente la virtud personificada. Yo quería

llegar a otras personas vinculadas a él, que pudieran decirme si efectivamente había conocido a Manson. No costó mucho. Por lo visto, en la ciudad casi todo el mundo había ido de fiesta con Tacot alguna vez. Corinne Calvet, actriz francesa que trabajaba en Hollywood desde los años cuarenta, contaba una de las historias más inquietantes. Calvet era famosa por su vida, tan turbulenta como las de sus personajes en el cine. Había coprotagonizado *El precio de la gloria* con James Cagney. En los cincuenta, se había casado con Johnny Fontaine, un gánster convertido en actor que había portado el féretro del jefe mafioso Mickey Cohen en su entierro. Presunta satanista, en 1967 había sido demandada por un antiguo amante que la acusaba de «controlarlo» mediante vudú.

Quedé con Calvet en su apartamento frente a la playa de Santa Mónica. Solemne y seria, con mucho maquillaje y el pelo gris peinado hacia atrás, fue directamente al grano.

—Lo único que puedo decir del Manson ese—dijo con un acento que dotaba a sus palabras de glamur y trascendencia— es que Charlie Tacot lo trajo, a él y a unas chicas, a una fiesta en nuestra casa. Al cabo de un par de horas, sorprendí a Charlie Manson meándose en mi piscina. Le dije a Charlie Tacot que los echara, y se marcharon. Después de la tragedia, el FBI vino y me dijo que yo era la siguiente en su lista de futuros asesinatos.

Al mostrar mi asombro, ella entrecerró los ojos y, con verdadera malicia, dijo:

—Quizá es usted nuevo en esto. Si le digo algo, ¡no lo ponga en duda! Yo no digo nada si no es verdad.

Explicué que Tacot había negado conocer a Manson ni a nadie de la Familia.

—Tal vez tenía buenas razones para decirlo —señaló Calvet, dejando que sus palabras quedaran suspendidas en el aire. Pero estaba segura—: Charlie los conocía.

Volví a presionarla. ¿Estaba segura de que Tacot llevó a Manson y a las chicas a esa fiesta?

—Bueno, no pondría la mano en el fuego; no sé si Charlie los trajo, pero sin duda los conocía.

Intenté sonsacarle más cosas, pero el resto de la entrevista fue desangelada. Cuando le pedía fechas concretas, incluso años, ella se exasperaba alzando las manos, hastiada.

—No sé nada de años, no pregunte tanto. —Al poco rato, ya no me

aguantaba—. Ahora quiero que se vaya —dijo. Y me fui.

Como creía que al final podría pillar a Tacot desprevenido, empecé a visitarle en el Santa Anita Convalescent Center, en Temple City. Estaba delicado de salud y le costaba caminar. Lo sorprendí tumbado en la cama, casi desnudo, con una sábana justo por encima de la ingle. Calvo y con un bigote plateado, tenía los brazos flacos y la voz áspera. Advertí en su antebrazo un tatuaje difuminado. En la pared colgaba una fotografía de su nieta en el baile de graduación. Al rato, cuando se levantó para hacer ejercicio con ayuda de un andador, vi lo alto que era: metro noventa y delgadísimo. Aunque estaba perdiendo facultades, conservaba cierta perspicacia. Y todavía ejercía la suficiente autoridad para dar órdenes a la bajita enfermera que le asistía.

Tacot compartía su habitación con otro paciente, y como parecía fastidiarle el ambiente achacoso del lugar —«aquí se oyen demasiados gemidos», dijo—, me ofrecí a llevarle en coche hasta su restaurante favorito, Coco's, una cadena californiana famosa por sus pasteles. Sacarlo a almorzar fue un procedimiento complicado. Varias personas de la residencia empujaron la silla de ruedas hasta mi coche, lo alzaron y lo sentaron dentro y colocaron la silla en el maletero. Sin embargo, cuando llegamos a Coco's, fui yo solo quien tuvo que levantar a Tacot del asiento y ponerlo en la silla de ruedas, una maniobra algo íntima para dos que casi no se conocían. Humillado, comenzó a amenazarme, aunque en vano.

—¿Sabes con quién estás hablando? —espetó mientras trataba de sacarlo del asiento del pasajero—. ¡Podría hacer que te zurraran! ¡O que te mataran!

En Coco's, frente a la comida, se calmó un poco, y muy pronto estuvimos enfrascados en una conversación desenvuelta, aunque también acalorada, sobre los asesinatos y el Hollywood de los sesenta. Tacot había vivido en Los Ángeles desde 1949 o 1950, cuando se trasladó allí con su esposa desde México. Tenía dos hijas, una de las cuales, Margot, confirmó más adelante muchos elementos del relato de su padre: había sido un traficante de drogas, contó ella, que se movía en la periferia del mundo de los actores y los músicos. Aunque fue detenido varias veces, «al final todo quedaba en nada. Siempre había alguien que le echaba una mano».

Tacot seguía negando que hubiera conocido a Manson, y ante la insinuación de que hubiera podido tener algo que ver con los crímenes, torció el gesto. Los asesinatos de la casa de Tate, prosiguió, dieron lugar a «la investigación más incompetente que he visto en mi vida». Había demandado a

Los Angeles Times por haberlo presentado como sospechoso. Según decía, cualquier esfuerzo por involucrarlo seguramente era solo una forma de encubrir la chapucera labor del Departamento de Policía de Los Ángeles.

Como se sentía cada vez más cómodo, Tacot hizo una revelación inesperada: cuando se produjeron los asesinatos, él trabajaba para una agencia de inteligencia —no dijo cuál— y rendía cuentas ante Hank Fine, un veterano del Servicio de Inteligencia Militar (SIM). Las operaciones de dicho servicio durante la Segunda Guerra Mundial habían sido tan secretas que hasta 1972 no fueron siquiera reconocidas por Estados Unidos. Fine, un inmigrante polaco cuyo verdadero nombre era Hersh Matias Warzechahe, era «un asesino que mataba gente en nombre del gobierno», afirmó Tacot.

Como pensé que el viejo fantaseaba, apenas di pábulo a la revelación. Sin embargo, él, y después Doyle, mencionaban a Fine a menudo solo para negarse luego a contestar a cualquier pregunta sobre él. Lo miré a los ojos y vi claro que ninguno de los dos mentía. Tacot también describía a su amigo Billy Doyle —aún estaban muy unidos— como «un hombre peligroso. Te mataría a la voz de ya. Los dos somos inteligencia de segunda generación».

—No escriba estas cosas —me suplicó—. Le matarán. Se trata de hombres muy peligrosos, le buscarán y le matarán. —Era una advertencia que me habían hecho muchos a lo largo de los años. Tacot me recordó que, cuando escribió *Helter Skelter*, Bugliosi les puso seudónimos a él y a sus amigos, y no solo por una cuestión de cortesía—. Tenía miedo de que la inteligencia norteamericana le matara si nos sacaba a la luz —aseguró, y también añadió que Bugliosi era «un gilipollas» que nunca le había entrevistado, ni a él ni a Billy—. Vincent Bugliosi sabe que debe mantener la boca cerrada. Yo podría hacer que lo mataran. Esto no se lo dije, no hacía falta.

Intenté conducir a Tacot al tema de Frykowski, que, a mi juicio, era una víctima rodeada del elenco de actores más turbio que cupiera imaginar. Frykowski estaba siempre tomando drogas, dijo Tacot. Desmintiendo lo que me había contado por teléfono, decía que Frykowski había vendido MDA, pero solo a amigos íntimos.

No volví a sacar a pasear a Tacot, pero sí seguí llamándole y visitándole. Se mostraba evasivo, o senil, o un poco de todo. Y cuanto más le preguntaba sobre él, más parecía disiparse en la bruma de los años sesenta. Ciertas personas me dijeron con total seguridad que Tacot había sido un asesino a sueldo de la CIA, y que era un «obseso de las armas» y un tirador fabuloso. (En su autobiografía de 2006, *Since Then: How I Survived Everything and*

Lived to Tell About it, el músico David Crosby calificaba a Tacot como un «soldado de fortuna» que le enseñó a disparar un arma.) Según otros, era un exmarine que había servido en Corea y solía presumir de sus impresionantes habilidades en el lanzamiento de cuchillo. Llegó a mis oídos que cultivaba hierba en Arizona, que era pederasta, que traficaba con cocaína, que era un guionista anónimo y que sus vínculos con las agencias de contraespionaje eran pura invención. Lo raro es que nada de eso era del todo inverosímil. Probablemente lo único en lo que había un consenso general era en el hecho de que había estado implicado en un montón de movidas. Por otro lado, había sido traficante de drogas, de acuerdo; es más, había consumido drogas, pero, claro, como me dijo una fuente: «Eh, tío, ¿y tú no?».

Cuando estudié a fondo a Hank Fine, el tipo del SIM que por lo visto daba las órdenes a Tacot, supe que, como en todo lo que este había dicho antes, ahí había al menos una pizca de verdad. Fine, que desde los años cuarenta hasta su muerte en 1975 se había dedicado a las relaciones públicas en el mundo del cine, había pertenecido también a la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), la agencia de contrainteligencia que supervisaba al SIM y que, tras la Segunda Guerra Mundial, se convertiría en la CIA. Su trabajo solía combinar Hollywood con labores de espionaje. Eddie Albert, la estrella de la comedia de enredo *Green Acres* de los años sesenta, me contó que, durante la Segunda Guerra Mundial, Fine le había enviado a misiones clandestinas a México; desde su velero había fotografiado campos de entrenamiento militar y lugares de desembarco y aterrizaje alemanes. Aunque no encontré ninguna prueba, las personas ligadas a Fine coincidían en que durante la década de 1960 había seguido realizando tareas de espionaje. Su única hija, Shaila, me explicó que su oficio de relaciones públicas era una tapadera, y, en efecto, Tacot rendía cuentas ante su padre. ¿Qué tipo de cosas hacían? Ella no lo supo nunca, salvo que eran asuntos de carácter secreto.

Cada vez que veía a Tacot, yo sacaba a relucir el tema de Fine.

—¡No mencione más ese nombre! —soltaba gritando, al parecer incomodado de veras. Y cuando le preguntaba por qué no, él replicaba—: ¡No es asunto suyo, mierda! ¡Se equivoca de gente, coño!

¿No sería que me estaba equivocando al hablar con gentuza que se las daba de importante? La verdad es que no lo sé. Cuando por fin pude ver a Billy Doyle, las cosas no se aclararon, ni mucho menos.

Tacot me dio el número de Doyle.

—Es solo un jubilado como yo —dijo— y quizá no quiera hablar mucho. En tal caso, no le presione.

Sin embargo, a Doyle le apetecía tener público, como lo había tenido en 1969. Lo llamé con frecuencia a su casa de Toronto, y se pasaba horas hablando, a veces yéndose tanto por las ramas que yo apagaba la grabadora para ahorrar cinta. Justo cuando estaba a punto de acabar con mi paciencia, decía algo sugerente y tenía que volver a encender la grabadora y conseguir que lo repitiera. Tenía mal genio. Y cuando explotaba, normalmente de improviso, costaba mucho calmarlo. En una ocasión, como no le gustaba el cariz de mis preguntas, me dijo:

—Ayer estuve haciendo prácticas de tiro con dianas a mil metros. —Lo que daba a entender que yo podía ser una de esas dianas. Otra vez, cuando intentaba sonsacarle algunos detalles concretos de Hank Fine, Doyle se puso a gritar—: ¡Ve al cuarto de baño, ponte la pistola en la boca y aprieta el gatillo!

Si no estaba enfadado, a veces se divertía tomándose el pelo: me hacía una revelación importante y luego, cuando volvía a hablar, se desdecía. Por momentos me daba la sensación de que confiaba en mí lo suficiente para contarme la verdad y que acto seguido se daba cuenta de que no debía haberlo hecho.

Doyle creía que Polanski y Frykowski eran espías polacos, de modo que el primero estaría encargado de socavar la democracia norteamericana con sus películas decadentes. Estaba totalmente seguro de que Polanski tenía algo que ver con los asesinatos. (Esto iba en ambas direcciones: al parecer, Polanski pensaba que Doyle tenía algo que ver con los crímenes.) Negaba haberse dedicado jamás al tráfico de drogas. Le leí algunos fragmentos del informe policial, en el que confesaba tener grandes cantidades de cocaína, presumiendo incluso de ello. Pero, aun así, me lo siguió negando. «No sería tan estúpido para transportar un kilo de cocaína en un avión», decía. Cuando le pregunté sobre el MDA, la droga que, según parece, él y Voytek compraban en grandes cantidades, contestó que nunca había oído hablar de eso. Tras leerle algunas partes de la transcripción, cedió; vale, de acuerdo, la había tomado.

Saqué a colación la coartada que él y Tacot tenían para la noche de los crímenes. Recordemos que habían estado en Jamaica, rodando «una película sobre la hierba». Doyle reconoció que lo de la película era un ardid. En realidad, Tacot y él habían estado allí realizando labores de inteligencia, explicó, como parte de un plan para evitar la injerencia de Cuba en los asuntos de Jamaica.

—Si cuenta estas cosas, vendrán unos hombres muy malos que le arrancarán la lengua —dijo—. Ha de entender que el gobierno no quiere publicidad sobre el asunto jamaicano; es más, nunca hubo asunto jamaicano. No quieren que se sepa nada al respecto. —Al preguntarle por qué, respondió —: ¿Cómo coño voy a saberlo? Soy ciudadano canadiense. Me lancé con Charles a la aventura. Yo creía que íbamos a hacer una película.

—Pero no estaban allí para eso, y lo sabían.

—Así es.

He aquí una conversación que ilustra lo críptico que Doyle podía llegar a ser, y lo bien que se lo pasaba él con eso. Tuve que preguntarle sobre la historia subyacente a su violación. Dijo que eso tampoco había sucedido.

—Charles difundió el cuento de la violación para divertirse a mi costa — explicó—. Incluso mis padres me preguntaron si había sido violado.

Sin embargo, reveló las mismas vacilaciones que había mostrado ante la policía varias décadas antes; me dijo también que un amigo suyo le había tomado fotos desnudo para poder verse así el trasero.

Asimismo, le explicó que Corinne Calvet estaba totalmente equivocada cuando decía que Tacot había llevado a Manson a su casa.

—Es mentira —dijo, señalando que en otro tiempo Tacot y Calvet habían salido juntos—. Dirá cualquier cosa para alcanzar la fama. Muchos hombres con placas y pistolas ya han formulado antes estas preguntas, no la policía, sino el FBI, con sede en Washington.

Esto me dejó pasmado; no me constaba que el FBI hubiera investigado los crímenes, pero más adelante comprobé que así había sido.

Di a entender que no me creía lo de Calvet.

—Llegará a una verdad horrible —dijo—. Cuando haya descubierto la verdad y no le guste, le entrará el canguelo.

Por falso y falaz que pudiera ser, me pareció creíble cuando repitió que en los asesinatos había mucho más de lo que se había dicho. Más adelante, cuando hube entrevistado a tantas personas que algunas habían empezado a intercambiar impresiones, Doyle dijo algo un tanto enigmático:

—La comunidad consideraba que esto era un asunto resuelto hasta que usted comenzó a hablar con nosotros.

—¿Qué comunidad? —pregunté—. ¿Quiénes?

—Los lazos que unen.

Al final, Doyle había acabado convencido de que yo era un investigador privado a sueldo de Polanski. Nunca me quedó claro hasta qué punto se creía

de veras eso, pero bastó para alejarme de él. Dedicué un montón de horas a cuidar fuentes como Tacot, Doyle y el grupo que les rodeaba. Habían estado tan cerca de los asesinatos de la casa de Tate que eran sospechosos, y sin embargo no desempeñaban papel alguno en la mitología tocante a los sucesos del 9 de agosto. Bugliosi, igual que el Departamento de Policía, los había absuelto sumariamente de cualquier implicación en los crímenes; en su libro constituían la clásica pista falsa. De todos modos, yo aún no estaba conforme. En aquella sórdida, rutinaria, criminalidad, sus motivaciones parecen más viables que una idea elevada como la de «Helter Skelter». Cuanto más hablaba con ellos, más errores identificaba en la historia de Bugliosi, que había abreviado ciertas explicaciones en favor de otras más estrafalarias. **Un corte de pelo de Little Joe**

Yo estaba atento a la posibilidad de que Tacot, Doyle y sus compañeros tuvieran algún vínculo con el grupo de Manson. Al fin y al cabo, en *The Family*, Ed Sanders había escrito que muy probablemente Mama Cass Elliot conocía a Manson debido a sus contactos con el mundo de las drogas: era creíble que Doyle y Tacot fueran factores esenciales. Además, Elliot había sido amiga de Frykowski y de Folger, y los integrantes de la banda de Elliot estaban muy unidos a Polanski y a Tate. En otras palabras, todos se conocían entre sí y nadie quería hablar más de aquello.

Quizá ahí podría descubrir algo, aunque esas supuestas conexiones con las agencias de inteligencia no despertaban en mí mucho entusiasmo, pero resulta que estaba a punto de recibir otro empujón en esa dirección. Dominick Dunne, el periodista de *Vanity Fair* que había sido amigo de Tate, de Polanski y de Jay Sebring, me había dado un consejo: «Ve a que te corte el pelo un tal Joe Torrenueva».

Apodado Little Joe, Torrenueva tenía dieciocho años, recién salido de la escuela de peluquería, cuando Jay Sebring lo tomó bajo su protección como aprendiz de estilista. Eso fue en 1961. Sebring, que aún no contaba treinta años, ya era uno de los nombres más importantes de la moda tras haber revolucionado el cuidado masculino. Fue el primero en «peinar» el pelo de los hombres en vez de cortarlo sin más. Patentó el método Sebring, en virtud del cual «tu pelo está moldeado y acondicionado para permanecer natural entre visitas», tal como rezaba el material publicitario, y además introdujo una línea de productos para el cuidado del cabello. (Sebring no era su verdadero nombre, sino Thomas Kummer; se había puesto el de un hipódromo de Florida que le gustaba.)

Sebring atendía a sus clientes en una habitación privada que tenía una sola silla. Cuando Torrenueva comenzó a trabajar con él, cobraba la cantidad inaudita de veinticinco dólares por un corte de pelo, cuando la tarifa habitual era de un dólar cincuenta. Pero a sus clientes no les importaba pagar ese recargo, pues él, a su vez, satisfacía sus caprichos. Sebring viajaba cada varias semanas a Las Vegas, donde entre sus clientes se incluían Frank Sinatra y varios propietarios de casinos. Torrenueva iba siempre con él, y en aquellas habitaciones tranquilas, mientras las tijeras cortaban y el suelo se llenaba de mechones de pelo, conoció de cerca la informal intimidad que se creaba entre Sebring y sus clientes, que se confiaban a él aunque Little Joe estuviera cerca y pudiera escucharles.

Ahora, al igual que su mentor, al que se refería con un tono respetuoso, casi reverencial, Little Joe era «un peluquero de las estrellas». Atendía a sus clientes en una estancia privada, con paneles de roble, de Beverly Hills. Cobraba cien dólares. Según Dunne, si esperaba el momento oportuno y no le apretaba mucho, Joe tal vez contaría cosas de los asesinatos. En cuanto asomé por la puerta, pareció consciente de lo que llevaba yo entre manos. Con un hablar suave y aterciopelado, suspiraba y hacía una pausa prácticamente antes de cada frase.

Joe estaba convencido de que el asesinato de Sebring tenía que ver con algo más que con unos hippies que quisieran desencadenar un conflicto étnico. Sebring, me explicó, había estado relacionado con mafiosos de Chicago y Las Vegas. Les cortaba el pelo e iba de fiesta con ellos en Las Vegas. Después de los crímenes, Little Joe recibió una llamada del general Charlie Baron, ejecutivo de casino y gánster, que le dijo: «No te preocupes, Little Joe, no te va a pasar nada». Supuso que los asesinatos tenían que ver con algún trapiqueo de drogas que había salido mal, y que Jay y Frykowski estaban en el punto de mira.

Esto es lo único que conseguí. Necesitaba más información. Volvería a que me cortara el pelo.

Para que el corte fuera realmente necesario, dejé pasar un mes; así que tan pronto como fue posible volví a estar sentado en la silla de cuero de Little Joe.

La llamada de Charlie Baron lo tenía obsesionado desde entonces. Llegó «justo después» de los asesinatos, explicó Torrenueva, antes de que nadie tuviera ni idea de quién los había cometido.

—Tú no has hecho daño a nadie —afirmó que le dijo Baron—. Nadie va

a hacerte nada malo.

La deducción lógica era que Baron y sus socios sabían muy bien quién lo había hecho y por qué.

Y entonces Joe terminó de cortarme el pelo. Así que tuve que volver una tercera vez.

—Charlie Baron estaba muy unido a Jay —me dijo Joe en nuestra tercera conversación. Y añadió—: Charlie mataba gente.

Cuando Baron era joven, durante la prohibición en Chicago, «mató a dos tipos que iban a matarle a él por haber amañado un combate». Más adelante fue a La Habana a dirigir casinos para Meyer Lansky, otro personaje del hampa. Cuando regresó a Estados Unidos, fue guardaespaldas de Lansky en el nuevo Sands Casino de Las Vegas.

Baron frecuentaba la peluquería de Sebring, que era un «antro de mafiosos y criminales», decía Torrenueva. Pero el que más miedo daba a Little Joe era Baron, ya desde antes de la llamada telefónica. Pese a sus conocidos vínculos con el mundo criminal, Baron tenía algún tipo de salvoconducto de los servicios de inteligencia y seguridad del gobierno federal. Siempre llevaba encima un arma y tenía una relación estrecha con una trama de personajes de Hollywood y de la inteligencia militar de derechas, muchos de los cuales habían sido clientes de Sebring. Little Joe afirmaba que «hicieron cosas atroces a los negros», y que «las peores las hizo Charlie».

No logré que me diera más detalles sobre eso. No obstante, ya que él estaba al tanto de las investigaciones sobre los asesinatos de la casa de Tate y sabía que no había pistas, sí le pregunté por qué no había revelado a la policía la llamada de Baron. «Pues porque Baron tenía mucha relación con peces gordos de la policía y los servicios de inteligencia», contestó Joe.

Aún añadió otro nombre a la lista de amigos de Baron: el general Curtis E. LeMay, legendario piloto de combate que durante la Segunda Guerra Mundial había participado en bombardeos de saturación en Japón. Destacado halcón, LeMay había sido jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea de Estados Unidos bajo el mandato de los presidentes Kennedy y Johnson. En 1962, durante la Crisis de los Misiles de Cuba, intentó que la Junta de Jefes de Estado Mayor organizara un golpe contra Kennedy; su intención era forzar al ejército a desobedecer las órdenes del presidente y bombardear las bases soviéticas de misiles que se habían descubierto en la isla.

Había que procesar muchos nombres y las conclusiones daban vértigo. Había una pregunta que Torrenueva era especialmente reacio a contestar. ¿Por

qué Sebring, que por aquel entonces era probablemente el peluquero más famoso del mundo, estaba metido en actividades delictivas? Tenía mucho que perder. Y en su profesión le iba muy bien.

No tanto, dijo Torrenueva con pesar.

—Estaba yéndose a pique. Como hombre de negocios era un desastre.

—¿Cree que vendía drogas? —pregunté, consciente de que Frykowski seguramente había estado haciendo lo mismo.

—No me extrañaría.

A lo largo de la década de 1960, los problemas de Sebring se habían multiplicado. Se había enfrentado a otros peluqueros que querían formar un sindicato. En 1963, un grupo de sus estilistas le abandonaron en masa para montar sus propios negocios. En algunas ocasiones había tenido que contratar a guardias de seguridad porque unos tipos habían entrado en la peluquería y habían «pegado una paliza» a varios empleados por razones que Torrenueva jamás llegó a conocer. Sebring llevaba consigo un arma, y «una vez disparó a alguien que había ido a su casa y estaba discutiendo de mala manera con su padre en la puerta».

En resumidas cuentas, en el momento de caer asesinado, Sebring, como Frykowski, estaba involucrado en muchas más cosas de las que se dijeron nunca. Sea como fuere, Little Joe creía que todo esto tenía que ver más con su muerte que cualquier guerra racial de los hippies. Todo ello significaba que, en mi reportaje, a los traficantes de drogas y a los sórdidos parásitos de Hollywood debería añadir a mafiosos, exmilitares y agentes de contraespionaje. Antes ya era preocupante deambular por arenas movedizas; ahora corría el peligro de salirme totalmente del mapa. **Colofón: en la madriguera del conejo**

Estaba escribiendo una historia sobre Charles Manson en la que, hasta el momento, de Manson había poco. Tenía más que ver con la manera en que los acontecimientos, envueltos en su turbia realidad, se reducían a un hecho canónico: cómo «un» relato se convierte en «el» relato.

Tenía que decidir si merecía la pena ahondar en historias como la de Little Joe, Charlie Tacot o Billy Doyle, y si, como periodista responsable que era, podía justificar el hecho de arrastrar a mi revista en esa decisión. Esto significaba indudablemente pedir a *Premiere* una ampliación y arriesgarme, en la publicación final, a quedar como un idiota. Con independencia de la opinión de cada uno al respecto, se trataba de teorías conspiratorias. No obstante, yo estaba fascinado por el material que había descubierto y que contravenía la

historia de Manson tal como nos había sido contada. Para bien o para mal, daba la impresión de que durante todos aquellos años hubo algo tapado y que ahora era el momento oportuno de revelarlo. Como había pasado tanto tiempo, quizá la gente que sabía algo de esas cosas estaría dispuesta a divulgarlas por fin.

Empecé a pensar que Bugliosi había cribado y eliminado muchas historias de *Helter Skelter* para que su relato sobre la condena del gurú hippie loco y sus adeptos zombis estuviera mejor definido y fuera más fácil de asimilar. Si esto había sido solo una decisión de la editorial, pues muy bien. Pero si él había cambiado cosas para proteger a ciertas personas, o para disimular fallos en la investigación, entonces estaba justificado cavar más hondo. Parecía imposible que una historia como la de Little Joe, llena de agencias de inteligencia y crimen organizado, pudiera coexistir con el móvil «Helter Skelter». Yo sabía que, a finales de los años sesenta, los servicios de inteligencia consideraban que los movimientos juveniles disidentes constituían la principal amenaza para la seguridad del país, y habían llevado a cabo su labor en consecuencia. En la medida en que los hippies, los músicos y las estrellas de cine desempeñaban cierto papel en esos movimientos, alcancé a ver que el esquema más amplio de la historia de Little Joe podía encerrar alguna verdad. Pero incluso un periodista curtido en el ámbito de la seguridad nacional —y yo no lo era— habría tenido dificultades para verificar determinadas afirmaciones.

Estas eran las cuestiones a las que me enfrentaba en el verano de 1999. La respuesta obvia sería: sigue adelante. El único problema era que mi fecha de entrega estaba cada vez más cerca. Le debía cinco mil palabras a *Premiere* y no había escrito ni una.

3 Los Penetradores Dorados **Meter miedo**

Tal vez fuera un ingenuo al pensar que podría descubrir lo que había estado pasando en la casa de Tate durante los meses previos a los asesinatos. Muchas personas llevaban treinta años intentando desenredar la intrincadísima madeja, y sin una amenazadora fecha de entrega a la vista. Yo ya había determinado que, sin lugar a dudas, Frykowski y Polanski tenían mucho que ocultar, y que, debido a sus conexiones con el tráfico de drogas, era más que probable su inclusión en la órbita de Manson. Más allá de eso, el vínculo de Manson con Hollywood aún era endeble para mi gusto. Y me daba la

impresión de que el móvil de «Helter Skelter» era solo un ardid llamativo. Tenía que encontrar la cruda verdad que ocultaba. Con la esperanza de hallar un enfoque mejor, me centré en una figura que se contaba entre las más desconcertantes del caso: Terry Melcher.

Sin Melcher, en el 10050 de Cielo Drive no se habrían cometido asesinatos. Él era el eslabón más claro entre Manson y Hollywood. Se trataba de un pez gordo de la industria musical que había establecido una vaga relación con Manson. Se habían conocido en el verano de 1968 a través de unos amigos comunes: Dennis Wilson y Gregg Jakobson, de los Beach Boys. Melcher, hijo de Doris Day, prometió a Manson un contrato discográfico, pero después se echó atrás. Según la versión oficial, Manson, muy afectado por ese rechazo, quería «meter miedo» a Melcher, razón por la cual escogió la vieja casa de Cielo Drive como escenario de la primera noche de asesinatos.

Aproximadamente cinco meses antes de aquellos crímenes, Manson se había dejado caer por la casa en busca de Melcher, pero se enteró de que se había mudado. Así, cuando Manson ordenó a la Familia que matara a todos los de la casa, sabía que Melcher ya no vivía allí. Solo quería darle al tío un buen susto.

Este es un aspecto esencial del caso. Según Bugliosi, la noche de los asesinatos Manson no fue a la casa; solo mandó allá a sus seguidores con la orden de matar a toda la gente que encontrasen. Por tanto, para condenar a Manson por conspiración criminal y conseguir la pena de muerte, Bugliosi tenía que exponer una razón convincente, premeditada, por la que Manson había seleccionado la casa de Cielo Drive. Y esa razón era Terry Melcher.

Durante el juicio, Melcher declaró que había estado con Manson exactamente tres veces, siendo la última el 20 de mayo de 1969, más de dos meses antes de los crímenes. Tras la detención de Manson, Melcher tenía tanto miedo de la Familia que Bugliosi tuvo que darle un tranquilizante para que se relajara antes de declarar.

—Diez, quince años después de los asesinatos, me dijo que seguía convencido de que aquella noche la Familia Manson iba a por él —me había contado Bugliosi.

Si Manson hubiera querido matar a Melcher, habría podido hacerlo sin problemas, pues tenía la nueva dirección de Terry en Malibú. Gregg Jakobson, músico y amigo de los Beach Boys, declaró en el juicio que Manson le había llamado antes de los asesinatos para preguntarle si Melcher tenía «un catalejo verde».

—Sí, ¿por qué? —había contestado Jakobson.

—Bueno, pues ya no lo tiene —había dicho Manson.

Los miembros de la Familia se habían «deslizado como sabandijas» en la casa de Melcher de Malibú —era así como lo llamaban cuando se vestían de negro y entraban a hurtadillas en casas de gente rica— y habían robado el catalejo. Cuando testificó, el propio Melcher confirmó que había notado la falta del objeto «a finales de julio o principios de agosto». Su novia, Candice Bergen, también había advertido la desaparición.

—Yo intentaba hacérselo ver —me dijo Bugliosi—. Le decía: «Terry, ellos sabían que te habías mudado a otro sitio...». Pero no había modo de quitarle esa idea de la cabeza, la de que aquella noche tenían la idea de matarle a él. Y eso lo aterraba.

Con los años, la mayoría de los investigadores del caso han coincidido en que Melcher exageraba. En *The Family*, Ed Sanders deja claro que Melcher tenía tan buena relación con Manson y sus adeptos que les permitía utilizar su Jaguar y una tarjeta de crédito de Standard Oil a su nombre, otra cosa que Bugliosi omitió en *Helter Skelter* y que yo más adelante confirmé gracias a una serie de entrevistas e informes policiales. Karina Longworth, cuyo *podcast* titulado *You Must Remember This* dedicó a Manson una temporada entera, decía en un episodio que Melcher «era impreciso en cuanto a los detalles de sus encuentros con Manson, razón por la que en las actas oficiales seguramente no quedó constancia de un par de visitas suyas al rancho».

Hasta cierto punto es comprensible manipular un poco las cifras; salta a la vista por qué todo el mundo quería quitarle importancia a su relación con Charles Manson. Sin embargo, acabé convencido de que se trataba de algo más grave. Encontré pruebas de que Melcher estaba mucho más unido a Manson de lo que había dado a entender. En el verano de 1968, un año antes de los asesinatos, incluso había vivido con un miembro de la Familia en la casa de Cielo Drive. Era muy probable que Melcher supiera, inmediatamente después de los crímenes, que Manson estaba implicado, pero no se lo dijera a la policía. (Si lo hizo, la policía no siguió esa pista.) Y lo que es peor aún, yo tenía pruebas de que Melcher había mentido en el juicio, estando bajo juramento. Bugliosi sin duda lo sabía; quizá incluso le convenció de que lo hiciera, incitándole a que cometiera perjurio.

Igual que sucedía con las omisiones sobre la cinta sexual de Polanski o el episodio de Frykowski y Billy Doyle, esto planteaba dudas sobre los móviles de Bugliosi. ¿Alteró la historia para proteger a Melcher, poderoso productor

musical y único hijo de una de las estrellas más adoradas de Hollywood? ¿Había simplificado ciertos elementos pensando que así sería más fácil que el jurado emitiera un veredicto de culpabilidad? ¿O esto formaba parte de un esquema de engaño más amplio y se trataba de retorcer los hechos para que respaldaran un relato que, por lo demás, era tan endeble que casi no se aguantaba?

Si ahondaba en el asunto de Melcher, me arriesgaba a no poder cumplir con el plazo de entrega. Aquello deterioró mi relación con Bugliosi, provocó la primera de sus muchas amenazas de demandarme y convirtió mi fascinación con el caso en una obsesión en toda regla. De todos modos, por encima de todo me convenció de que iba por el buen camino, de que la historia que había tras los asesinatos de Manson no se había contado bien. **«Vivo con diecisiete chicas»**

La historia de Manson y Melcher comienza con Dennis Wilson, quien les colocó en el camino del enfrentamiento mutuo. En el verano de 1968, Wilson, que a la sazón contaba veintitrés años, había llegado a una coyuntura extraña en su vida. Los Beach Boys, liderados por su hermano Brian, habían alcanzado fama mundial. Ahora la banda vivía su declive tras ser superada por grupos rockeros más psicodélicos y subversivos. (Se sabía que Dennis, el baterista, era el único que hacía surf.) Él y su esposa, Carole, se habían divorciado recientemente por segunda vez. En la demanda judicial, Carole decía que Dennis «le había causado graves lesiones corporales y la había amenazado con más», haciendo hincapié en sus «alborotos violentos» y sus «accesos de furia».

La pareja tenía dos hijos, pero Dennis estaba resuelto a llevar una vida de soltero. Había decidido instalarse en una lujosa mansión de estilo colonial español en una finca de más de 8.000 metros cuadrados situada casi al final de Sunset Boulevard, en Pacific Palisades. La casa, en otro tiempo un pabellón de caza que perteneciera al humorista Will Rogers, contaba con treinta y una habitaciones y una piscina con la forma del mapa de California. La redecoró con arreglo a la estética de la época —alfombras con estampados de cebra, muchas literas— y empezó a organizar fiestas decadentes con la esperanza de practicar todo el sexo que pudiera.

Al parecer, un día de la primavera de 1968, Wilson estaba conduciendo su Ferrari rojo personalizado por la carretera de la costa del Pacífico cuando le llamaron la atención dos autoestopistas, Ella Jo Bailey y Patricia Krenwinkel. Las llevó solo durante un corto trecho, pero seguramente se le

quedarían grabadas en la mente; cuando poco después volvió a verlas haciendo dedo, se paró de nuevo y esta vez les propuso ir a su casa a tomar «leche y galletas».

En la historia no ha quedado constancia del tipo de galletas, o de si en realidad se trataba de sexo, pero, sea como fuere, Wilson les causó tal impresión que aquella tarde se lo contaron a Manson. Las chicas no eran conscientes de la influencia de Wilson en la industria musical, pero Manson sí, por lo que insistió en volver a la casa con ellas.

Y ocurrió que, tras una sesión de grabación que había acabado tarde, Wilson regresó a su finca y se encontró con la enorme furgoneta negra de la Familia aparcada delante. El salón estaba lleno de muchachas en *topless*. Entre las juerguistas reconoció a Bailey y a Krenwinkel. Cualquiera alarma que pudiera sentir se desvaneció cuando Manson, su jefe bajito, vehemente y sucio, se puso de rodillas y le besó los pies.

Como era un hombre generoso, Wilson no tenía problema con los gorriones. Esa noche fue el preludio de un verano de innumerables fiestas para él, pues Manson y la Familia se instalaron en su casa. Pronto Wilson acabó contratando a uno de los miembros más letales del grupo. Recogió a Tex Watson cuando este hacía autoestop en la carretera de la costa del Pacífico y lo llevó a su casa, donde Manson acaparaba la atención de todos. Watson fue un converso instantáneo. Años después, en sus memorias, recordaba aquella época en la propiedad de Wilson con arrebatado entusiasmo. Los integrantes de la Familia pasaban el tiempo sentados por ahí, fumando hierba y escuchando a Charlie rasguear la guitarra. Las chicas estaban ahí para «servir» a los hombres: preparándoles la comida, lavándoles la ropa y acostándose con ellos si tal era la orden. Manson había prescrito un régimen sexual riguroso. Sus seguidores hacían el amor siete veces al día, antes y después de las tres comidas y otra vez en mitad de la noche. «Era como si fuéramos reyes solo porque éramos hombres», escribió Watson.

Tras renunciar a los símbolos del capitalismo, Wilson regaló al grupo su elegante ropa y algunos de los discos de oro de los Beach Boys. Acompañaba a las chicas en sus recorridos nocturnos por los contenedores y les dejaba utilizar su Rolls Royce. Cuando visitaba los estudios de grabación o iba a conciertos, volvía con colegas músicos y adláteres de la industria. Según la mayoría de los informes, estos se sumaban entusiasmados a las orgías y las sesiones de drogas que tenían lugar durante toda la noche por toda la casa.

Muy pronto, en *Record Mirror*, Wilson alardeó de todo ello en un comentario digno de un titular: «VIVO CON DIECISIETE CHICAS».

Wilson era voluble. Manson lo dominaba, utilizando con él la misma clase de lealtad y franqueza que había implantado en la Familia. En una conversación con un periodista de la revista británica *Rave*, el Beach Boy hizo observaciones inconexas sobre su nuevo amigo, al que llamaba el Brujo.

—El miedo no es nada más que conciencia —decía—. De niño, yo estaba asustado porque no entendía el miedo... Todo venía de dentro. A veces el Brujo me da miedo. El Brujo es Charles Manson, un amigo mío que se considera dios y el diablo. Canta, toca música y escribe poesía, y quizá acabe siendo otro artista de Brother Records, el sello de los Beach Boys.

Lo que ilusionaba a Manson era esta última parte. A Manson le urgía valerse de su relación con Wilson para emprender una carrera musical. Intimó tanto con él que llegaron a escribir una canción, «Cease to Exist» cuya letra decía: «La sumisión es un regalo». (Más adelante, ese mismo año, los Beach Boys la grabarían y la sacarían como cara B; cambiaron el título, quitaron hierro a la letra y nunca le reconocieron a Manson mérito alguno en la composición, desaire que avivó aún más la furia de este contra el sistema.) Pronto Manson estuvo codeándose con algunos de los principales nombres de la música rock, de quienes enseguida trató de ganarse el favor. En una entrevista de principios de los años setenta, Neil Young recordaba haber conocido a Manson y a las chicas en casa de Wilson. A Young no le dio vergüenza admitir que Manson le había caído bastante bien, incluso le había parecido que tenía el suficiente talento para ayudarlo a firmar un contrato con un sello discográfico, si bien esto al final no resultó. «Manson tenía tratos con un montón de músicos de Los Ángeles muy conocidos —explicaba Young—, aunque seguramente ahora lo negarían. Las chicas andaban también siempre cerca. Se sentaban ahí mismo, en el sofá, a cantar conmigo. Y Charlie me hablaba todo el rato de que había estado tanto tiempo en la cárcel que para él ya no había mucha diferencia entre estar dentro y estar fuera.» Young le había cogido tanta simpatía a Manson que incluso le regaló una motocicleta.

Entonces apareció Terry Melcher, que encarnaba otra posibilidad para alcanzar el estrellato. Este se había hecho amigo de Dennis Wilson a través de su hermano Brian. Entonces estaba saliendo con Candice Bergen, pero su principal lealtad era con los Penetradores Dorados, un triunvirato cachondo que había formado con Wilson y Gregg Jakobson. Los Penetradores, cuyo coche iba pintado de color dorado en homenaje a sí mismos, se proponían

acostarse con tantas mujeres como pudieran. La exesposa de Wilson, Carole, los calificaba de «pollas ambulantes».

Por tanto, como es lógico, Melcher quería darse una vuelta por la casa de Wilson, llena como estaba de mujeres promiscuas. En algún momento del verano de 1968, en una de las interminables fiestas en la mansión de Wilson, se topó con Manson por primera vez. Se conocieron solo por encima, pero poco después, en otra fiesta también en casa de Wilson, se trataron algo más a fondo. Como aquello se iba apagando, Wilson llevó en coche a Melcher de vuelta a Cielo Drive, y Manson los acompañó, sentado en el asiento trasero del Ferrari rojo. Como declararía más adelante Melcher, ese día Manson no llegó a bajarse del coche, pero desde el camino de entrada sí tuvo tiempo de hacerse una idea general de la casa.

Melcher mostró cierto interés por la música de Manson, como es natural. Es imposible saber hasta qué punto ese interés era sincero; lo que sí sabemos es que, cuando llegó el final del verano y Wilson, cansado de pagar la factura de una fiesta interminable, empezó a guardar las distancias, Manson quedó muy afectado. Y vaya factura, por cierto: más de cien mil dólares en comida, ropa y reparaciones del coche, además de tratamientos para la gonorrea.

Como Wilson no llegó a declarar en el juicio —más adelante ahondaré en ello—, su ruptura con Manson debía ser reparada por cuenta de terceros. Según Bugliosi, Wilson tenía demasiado miedo de echar a Manson. Para evitar el enfrentamiento, se levantó y se marchó en mitad de la noche, dejando el enrevesado asunto del desahucio en manos del dueño.

No obstante, debió de ser algo más complicado que eso. Wilson concedió tres entrevistas —incluida una para la revista *Rave*—, fechadas en el invierno y el verano de 1969, en las que ponía por las nubes a Manson y a las chicas, casi un año después de que, aparentemente, él y la Familia se hubieran separado. ¿Por qué presumía Wilson de sus relaciones con un hombre del que había decidido huir? En cualquier caso, lo único seguro es que Manson y su grupo levantaron el campamento del Rancho Spahn a finales de agosto de 1968. Por su parte, Wilson se mudó a una casa de la playa de Malibú con Gregg Jakobson, quien recientemente también había puesto fin a su matrimonio.

Tras distanciarse de Wilson —su mayor y mejor oportunidad para conseguir un contrato discográfico—, Manson sabía que debía arrimarse al sol de Terry Melcher. A medida que sus posibilidades de alcanzar la fama menguaban, su estado de ánimo empezó a ensombrecerse. Llegó a

obsesionarse con el *White Album* de los Beatles, que había salido al mercado a finales de noviembre de 1968, y empezó a difundir entre sus seguidores las profecías de una guerra racial insertadas en sus letras. Las cosas empeoraron en el invierno de 1969, cuando —gracias a Jakobson, el único Penetrador Dorado con el que aún tenía cierta relación— consiguió que Melcher escuchara su música. Jakobson era cazatalentos y vicepresidente del sello de Melcher, por lo que Manson se tomó muy en serio la esperada reunión, que preparó de forma concienzuda. Pero Melcher le dio plantón. Manson se puso furioso.

El 23 de marzo de 1969, un Manson desesperado fue en busca de Melcher pensando que al final podría convencer al productor para iniciar algún negocio juntos. Tras recordar que Melcher vivía en Cielo Drive, encontró el camino a la casa. Sin embargo, Shahrokh Hatami, fotógrafo personal de Sharon Tate, le cerró el paso. ¿Dónde estaba Melcher? En la casa no vivía nadie llamado así, le dijo Hatami. Quizá Manson debería ir a la casa de invitados, donde el dueño de la finca, Rudi Altobelli, acaso pudiera ayudarle. Ese día, Altobelli se mostró brusco con Manson. Melcher ya no vivía allí, le dijo, y no había dejado ninguna dirección para remitirle correspondencia.

Por suerte para Manson, Jakobson, siempre dispuesto a salir con las chicas y discutir con él los aspectos más delicados de su misticismo, aún era amigo suyo. Manson convenció a Jakobson de que organizara otra sesión con Melcher. Esta vez salió bien. En mayo de 1969, Melcher tomó el sinuoso camino del Rancho Spahn y le concedió una audición a Manson en persona.

En el espacio de cuatro días, lo visitó dos veces. En la primera visita, él y Gregg Jakobson sorprendieron a Manson durmiendo en una silla en el exterior, frente a una cantina falsa de una calle falsa de un *western*. (Después de todo, en otro tiempo las películas del Oeste de la Paramount se rodaban ahí.) Lo despertaron y, acto seguido, Manson los llevó de paseo en su *buggy* para enseñarles la zona. Alrededor del rancho había montones de vehículos como el suyo, en diversos estados de deterioro; cuando Melcher preguntó al respecto, Manson explicó que la Familia planeaba conducirlos al desierto para escapar de una inminente insurrección.

Tras la excursión, Manson congregó a sus adeptos —entre veinte y cuarenta personas, según calculó Melcher— y bajó a un barranco, agarrado a una cuerda, hasta llegar a un lecho fluvial. En fila india, las chicas le siguieron hasta una hondonada en el bosque, donde Manson se sentó a horcajadas sobre

una roca y empezó a tocar la guitarra para Melcher. Interpretó más o menos una docena de sus mejores canciones con el acompañamiento de las chicas, que se habían sentado desperdigadas en el suelo, contemplando embelesadas a su líder.

Después de la improvisada actuación, Manson condujo a Melcher de nuevo al aparcamiento para hablar de negocios.

—Las canciones no me causaron demasiado buena impresión — declarararía más adelante Melcher—. Lo que sí me impresionó fue el conjunto de la escena, la fuerza de Charlie, su evidente liderazgo. Me asombró que fueran capaces de sobrevivir.

Como muestra de cortesía, el productor dedicó a Manson varios cumplidos diciendo que una o dos de las canciones «estaban bien». No tenía intención alguna de ofrecerle un contrato, los temas eran mediocres, pero sí vio que en el estilo de vida rústico y sectario de la Familia había material para rodar un documental de cierto interés para la televisión. Además, en todo caso, Manson había dicho que no le interesaban las normas y los protocolos de un estudio de grabación convencional. Melcher sugirió que su amigo Mike Deasy, cuya furgoneta estaba equipada para hacer grabaciones de campo, se desplazara al rancho al cabo de unos días y filmara otra actuación. Entonces se sacó cincuenta dólares del bolsillo y se los dio a Manson. «Es todo lo que me sacó», dijo en el juicio, pero dio la impresión de que al grupo le venían muy bien.

Antes de que Melcher se marchara de allí, todavía se produjo un extraño giro de los acontecimientos. Randy Starr, capataz del rancho que había hecho carrera en Hollywood como especialista, se bajó de su camioneta tambaleándose. Borracho y agresivo, Starr iba vestido como un *cowboy* y, para rematar la escena, entró trastabillando en el viejo decorado de la cantina. Toqueteaba una pistola enfundada, la misma que más adelante se usaría en los asesinatos de la casa de Tate. Al instante, Manson se le acercó y gritó:

—¡No me apuntes, hijo de puta! —Le propinó un puñetazo en el estómago, le quitó el arma y luego le dio una paliza.

Esto asustó a Melcher, lo que contribuyó a su impresión de que Manson vivía en una burbuja. Había ahí una secta de «paz y amor» con chicas desnudas que deambulaban por viejos decorados de películas del Oeste, pero a la vez se cernía sobre el lugar una permanente amenaza de violencia. Toda esa excentricidad merecía un documental. Tres o cuatro días después, Melcher regresó con Deasy y Jakobson, y la Familia repitió su interpretación. Sin

embargo, lo que antes había parecido espontáneo daba ahora la sensación de haber sido ensayado. Deasy volvió algunas veces, hasta que tuvo un aterrador viaje de LSD con Manson y juró no volver nunca más.

Todo daba cada vez más miedo. Melcher, que se había marchado con una respuesta evasiva sobre si grabar o no a Manson, más adelante transmitió su negativa a través de Jakobson. Y aquí terminó todo. Como se le había esfumado la última oportunidad para ser famoso, Manson pasó a ser un apocalíptico de tomo y lomo. Aunque Jakobson aún aparecía por el rancho de vez en cuando, Melcher no regresó ni volvió a establecer contacto con nadie de la Familia. En todo caso, esto es lo que declaró bajo juramento.

En agosto, después de los crímenes, mientras en Hollywood cundía el pánico y el Departamento de Policía de Los Ángeles seguía diversas pistas, los Penetradores Dorados cayeron en la cuenta de que no se habían desentendido lo suficiente de Charles Manson. Y aquí es donde su historia, incluso la versión oficial, empezó a parecerme inconcebible.

Manson no sería detenido hasta finales de noviembre. Sin embargo, Wilson, Jakobson y Melcher tenían sobrados motivos para sospechar de él en agosto. Ese mes, su extraño comportamiento —así como su persistente silencio cuando habría podido colaborar con la policía y ayudar a esclarecer los crímenes— llegó a ser uno de los ejes fundamentales de mi reportaje.

En agosto de 1969, los Penetradores tenían a Manson, aunque *Helter Skelter* no ayuda mucho a evidenciar ese terror. El libro pasa por alto hasta qué punto le conocían. De entrada, Wilson y Jakobson sabían que, menos de un mes antes de los asesinatos de la casa de Tate, Manson había disparado a un hombre negro llamado Bernard Crowe. Jakobson, que declaró haber hablado con Manson «más de cien veces», estaba muy familiarizado con las extravagantes predicciones de su amigo sobre conflictos étnicos y algunos de los violentos crímenes que pronosticaba eran casi idénticos a los que acabarían produciéndose en las casas de Tate y los LaBianca. Como dijera Jakobson en el juicio, Manson le había avisado de que algunos «blanquitos» de casas acomodadas de Bel Air «serían cortados en pedazos y descuartizados y todo lo demás», y de que los asesinos mancharían las paredes con la sangre de las víctimas, «desperdigarían sus miembros y los colgarían del techo».

De modo que podemos imaginarnos la sorpresa de Jakobson cuando, a mediados de agosto —no mucho después de que unos cuantos ricos hubieran sido realmente cortados en pedazos y de que Sharon Tate hubiera aparecido

colgada del techo en su casa de Bel Air—, Manson entró por la fuerza en su casa en mitad de la noche, lo despertó a sacudidas y le enseñó una bala del calibre 44.

—Dile a Dennis que hay más como esta —dijo.

En el estrado, Jakobson comparó al Manson de aquella noche con un gato montés enjaulado: «La electricidad le salía por los poros. Tenía el vello de punta. Se le salían los ojos de las órbitas».

Pero aun sin la bala, Wilson ya sabía lo suficiente para estar asustado. Unos días antes, Manson se había presentado también en su casa exigiendo mil quinientos dólares que decía necesitar para llegar al desierto. Como Wilson se negó a darle ese dinero, Manson le amenazó:

—Si no vuelves a ver a tu hijo, no te sorprendas.

Tras la detención de Manson, Wilson cayó en una profunda depresión, y las drogas y el alcohol agravaron sus problemas. Parecía desazonado por lo que había visto. Aproximadamente una década después, habló con David Leaf, biógrafo autorizado de los Beach Boys:

—Sé por qué Charles Manson hizo lo que hizo. Un día lo haré público. Escribiré un libro y explicaré por qué hizo aquello.

Sin embargo, nunca tuvo ocasión. En diciembre de 1983, unos meses después de haber cumplido treinta y nueve años, un Wilson totalmente borracho cayó accidentalmente desde la cubierta de su embarcación a las gélidas aguas de Marina del Rey y se ahogó. Al cabo de unos días, un periodista de rock del *San Francisco Chronicle* escribió sobre una desconcertante conversación que había mantenido con Wilson. Sin que viniera a cuento, el baterista había sacado a relucir el asunto de Manson y dijo:

—Yo y Charlie fundamos la Familia.

En consecuencia, los Penetradores Dorados tenían sobrados motivos para acusar a Manson desde un principio de los asesinatos de las casas de Tate y los LaBianca. Creían que había matado a alguien a tiros; había amenazado a dos de ellos con una violencia atroz; sabían que en el rancho había hecho acopio de pistolas y cuchillos; y la matanza horripilante, irracional, en la antigua casa de Melcher era exactamente la clase de acción pronosticada por Manson, hasta el detalle más escalofriante. ¿Tenían que haber unido los puntos y llegado a las conclusiones pertinentes? ¿Cabía la posibilidad de que hubiera entre ellos una conspiración de silencio? «**Compinches estúpidos**»

Rudolph Altobelli, dueño de la casa de Cielo Drive —en otras palabras, el casero de Tate y Polanski, y antes de Terry Melcher—, acabó siendo una de

mis mejores fuentes. De entrada, gracias a él me puse a investigar la historia de Melcher.

Cuando conocí a Altobelli, en la primavera de 1999, él nunca había hablado de los crímenes acontecidos en su casa salvo en su declaración en el juicio. No estaba seguro de por qué había accedido a hablar ahora, y concretamente conmigo. Me habían dicho que sería una pérdida de tiempo tomarse la molestia de preguntarle siquiera. Pero Altobelli siempre había sido imprevisible. Uno de los primeros hombres abiertamente homosexuales de Hollywood, se había ganado la vida como mánager, y entre sus representados se incluía gente como Henry Fonda o Katharine Hepburn. En noviembre de 1969 —tres meses después de los asesinatos, antes de que se encontrara a los culpables—, Altobelli dejó a todo el mundo atónito al presentar una demanda judicial contra Polanski y el padre de Sharon Tate por los daños en su propiedad durante la masacre. Se trataba de una respuesta de lo más cruel: intentaba sacarle dinero a la familia de una víctima porque, mientras agonizaba, su sangre había manchado las alfombras.

Sabía que debería ser cauteloso con Altobelli. Fiel a las viejas costumbres de Hollywood, propuso que quedásemos en Musso and Frank Grill, un legendario reducto que parecía sacado directamente de una película de cine negro. Muchos de sus camareros, vestidos con americana roja, parecían tan viejos que habrían podido trabajar ahí cuando se inauguró el local, allá por 1919. Uno de ellos me condujo a través de una estancia con paneles de madera y bancos rojos hasta Altobelli, que, en una mesa rinconera, ya estaba tomando el primero de una serie de cócteles Gibsons (con extra de cebolla). Pulcro y elegante, le faltaban pocas semanas para cumplir setenta años pero no tenía arrugas en la cara ni canas en el pelo. Obviamente presumido, empezaría todos nuestros encuentros con la misma frase: «¿Qué tal estoy?» antes que «hola». Sus gafas eran siempre de cristal tintado: unas veces azul, otras rosa, anaranjado o púrpura claro.

Después de aquella noche, él siguió llamando para charlar, y yo lo estuve invitando durante años. Los restaurantes eran siempre caros; y las facturas más. Y, tras centenares de horas de entrevistas, siempre tuve la sensación de que no íbamos al meollo del asunto. Su justificación favorita era invariable:

—Quizá no se lo cuente todo, pero nunca le mentiré. —(Robert Towne, que escribió el guion de *Chinatown*, consideraba a Altobelli «el hombre más honrado de Hollywood», un listón muy bajo, quizá, pero es lo que hay.) Si publicaba algo sin su permiso, me dijo—: Le buscaré, le cortaré los huevos y

se los meteré en la boca. —Menos mal que más adelante decidió que se podía revelar todo.

Altobelli había comprado la casa de Cielo en 1963. En mayo de 1966, la alquiló a Terry Melcher, que por entonces era conocido por haber producido «Mr. Tambourine Man» y «Turn, Turn, Turn», de The Byrds. A Altobelli le gustaba ser amigo de sus inquilinos —vivía en la casa de huéspedes y arrendaba la propiedad principal—, y pronto los dos llegaron a ser lo que él calificaba como «compinches estúpidos» (un término cariñoso, me aseguró).

Altobelli no era solo una de las escasas personas que se había hecho amiga tanto de Melcher como de Tate, sino también uno de los pocos que había visto a Manson en la finca antes de los asesinatos. En el juicio, aportó un testimonio crucial al reconocer a Manson como el hombre que había irrumpido en su casa de huéspedes en busca de Terry Melcher el 23 de marzo de 1969. Su identificación era creíble; había visto antes a Manson: el verano anterior en la casa de Wilson. Se había acomodado en la cama de Dennis, encima de «una sucia sábana de satén con manchas de semen —me explicó—, mientras Manson interpretaba música sentado en el suelo. No me gustó la onda que transmitía. Llegué a decirle a Terry que sacara a esa gente de la propiedad».

Y

Daba la impresión de que Altobelli y otros de su círculo habían sospechado de Manson desde el principio, meses antes de que fuera detenido y juzgado por sus crímenes. Altobelli confirmó este extremo. Cuando se enteró de los crímenes, pensó enseguida en Manson. Altobelli estaba a la sazón en Roma, y sus recuerdos lo perturbaron hasta tal punto que, al cabo de unas horas de los crímenes, antes de tomar el avión de regreso, llamó a su abogado, Barry Hirsch, que le dijo que no se metiera donde no le llamaban.

Altobelli volvió a Los Ángeles con la esperanza de ir a su casa enseguida. Pero el Departamento de Policía se lo impidió, visto lo cual se instaló en la casa de Melcher y Candice Bergen, en Malibú. La vivienda pertenecía a Doris Day, la madre de Melcher, pero casi nunca la utilizaba. Durante la estancia de Altobelli, un día Gregg Jakobson pasó por allí y le invitó a dar un paseo. Mientras caminaban junto al mar, frente a hermosas mansiones en primera línea de playa, protegidas recientemente con vallas, perros guardianes y sistemas de seguridad, Jakobson le habló «del músico que al parecer Manson había matado».

Altobelli no recordaba el nombre del músico. No sé si él estaba

pensando en Gary Hinman, uno que había sido asesinado por la Familia una semana antes de los asesinatos de Tate y los LaBianca. Si Jakobson sabía algo acerca de esa muerte, casi seguro que también habría relacionado las de Tate y los LaBianca con Manson.

Ese día en la playa, Jakobson se llevó una mano al bolsillo y sacó una bala.

—Dijo: «Esta es para Terry». Era de Manson.

Esto llevaba la credulidad al límite. Como ya se ha mencionado antes, en el juicio Jakobson había dicho que, tras los asesinatos, Manson allanó su casa, le dio una bala y le dijo que se la enseñara a Dennis Wilson con este mensaje: «Hay más como esta». ¿Puede ser que Altobelli estuviera confundido? Pero insistía en ello:

—¡No, dijo que era para Terry!

En tal caso, ¿por qué no avisó a Terry?

—Porque cuando mi abogado me dice que me meta en mis asuntos, me meto en mis asuntos. De hecho, ahora debería hacer eso mismo y callarme la boca.

¿Cómo podía ser que Rudi pasara tanto tiempo con Melcher limitándose a hablar de la tragedia y especulando sobre posibles culpables sin transmitirle esta información clave... sin decirle a su amigo que había una bala con su nombre casi literalmente escrito en ella? Sabía que esto habría ayudado a resolver el caso. Altobelli sí dijo que había vuelto a llamar a su abogado para ponerle al corriente. Y el otro volvió a decirle que no se entrometiera en asuntos ajenos. (Hirsch no quiso hacer comentarios.)

Si Altobelli estaba diciendo la verdad, entonces esos cuatro hombres — él mismo, Melcher, Wilson y Jakobson, las principales conexiones entre Manson, Hollywood y la casa de Cielo Drive— tenían que saber que Manson estaba detrás de los crímenes. Parecía casi imposible que nunca hubieran hablado de eso entre ellos, sobre todo teniendo en cuenta que vivían cerca. Altobelli y Melcher estaban en la casa de la playa de Doris Day; y Wilson y Jakobson, en la de este último, en Beverly Glen Boulevard, no muy lejos de Cielo Drive.

También la cercanía de las residencias parecía deberse a algo más que a la casualidad. Luego todo fue aún más extraño. Tres semanas después de los asesinatos, Altobelli se instaló de nuevo en la casa de Cielo Drive, y Melcher pasó a ser su nuevo compañero de casa.

Altobelli regresó con el deseo de recuperar la casa expulsando de ella el mal que la había infestado. Esperaba restablecer algún tipo de orden. A estas alturas, el lugar se había convertido en una morbosa meca de la élite de Hollywood, que pasaba por allí a echar un vistazo a la escena del crimen. Incluso Elvis Presley se dejó caer para presentar sus respetos.

Altobelli rechazaba la mayoría de esas visitas, pero sí dio la bienvenida a Melcher, que había mostrado un extraño anhelo de volver a ocupar la vieja casa. Con el beneplácito de Rudi, Melcher vivió allí durante un mes, quizá más tiempo. Casi nunca salía de la finca.

—Probablemente pensaba que allí estaba seguro —dijo Altobelli—. Esas cosas solo pasan una vez.

Melcher fue solo; por lo visto se había separado de Candice Bergen. Tras instalarse de nuevo en la casa, se volvió taciturno, recordaba Altobelli, deambulaba por ahí como aturdido y bebía mucho. Otro amigo, el guionista Charles Eastman, que también vivía en Cielo Drive, unas casas más abajo, decía que Melcher solía presentarse en su casa llevando ropa de Voytek Frykowski. «Esto es demasiado truculento, muy desagradable. No me gusta.»

Melcher vivía su vínculo con la casa de maneras a veces un tanto macabras.

—Él tenía la sensación, como le pasaba a tanta gente, de que la casa era sagrada —explicó Eastman. Le gustaba tanto que incluso intentó que Altobelli se la vendiera, lo cual me lleva a preguntarme lo siguiente: ¿por qué él y Bergen se fueron? En *Helter Skelter*, Bugliosi insinuaba que su salida había sido repentina, pero nunca explicó por qué.

Se marcharon en mitad de la noche, sin avisar y quedándoles aún cuatro meses de contrato, me explicó Altobelli.

—Terry echaba la culpa a Ruth [Simmons], el ama de llaves, decía que les daba miedo. Que era una mandona y una borracha. Y que esa era la única manera que se les había ocurrido de librarse de ella.

Melcher y Bergen, ambos niños privilegiados de la realeza de Hollywood, ¿prefirieron abandonar una casa que les encantaba en lugar de despedir a la mujer? Una pareja poderosa que tenía miedo de la criada.

Charles Eastman estaba convencido de que la culpa era de alguien más.

—Me parece que Melcher se fue porque sabía que Manson iba tras él. — Eastman recordó que Altobelli y Melcher recibían continuamente visitas de desconocidos que les importunaban, chicas con nombres graciosos—. Tengo la impresión de que Rudi y Terry tenían motivos para sentirse incómodos con

Manson y su gente. No sé si Terry se marchó por esto, pero sí sé que fue una manera muy rara de irse de la casa.

Eastman pensó que era algo tan extraño que en marzo de 1969 llegó a escribir sobre ello en su diario. Me leyó la entrada:

Rudi critica a Terry por haber dejado muchos gatos cuando se marchó. Cuando le pregunto por qué se fue Terry, me dice que por dinero, que Terry estaba molesto por el alquiler... y entonces recordó que a él le encantaba la casa y que muchas veces, según Rudi, Terry quiso comprársela, por eso me extraña que se haya ido tan de repente, sin avisar ni nada.

Otros amigos de Melcher coincidían en que él y Berger «se habían escabullido en mitad de la noche» por las amenazas de la Familia. «Melcher les tenía miedo —me contó una fuente—. Le decían: “Si no produces nuestro álbum, te matamos”. De modo que la pareja desapareció sin más, esperando que la Familia se olvidara de él.» Después de los crímenes, Melcher parecía «realmente culpable». «Seguramente creía que a los nuevos inquilinos, Tate y Polanski, debería haberles dicho: “No alquiléis la casa, anda por ahí una gente que me ha estado acosando”».

Altobelli me dio el número de Carole Wilson, la exesposa de Dennis Wilson. Con gran disgusto de Carole, fue tras su segunda separación cuando Dennis empezó a juntarse con Manson y las chicas. Ambos compartían la custodia de sus dos hijos. Más adelante, por una fuente fiable me enteré de que Carole había tomado fotos en la casa de Dennis en las que este aparecía desnudo retozando junto a la piscina con mujeres de la Familia; y de que había utilizado las fotografías para presionar a su exmarido y conseguir que aceptara sus condiciones para concederle el divorcio.

Carole seguía muy de cerca los tejemanejes de su ex.

—Carole llevaba un diario desde el día en que Dennis conoció a Tex Watson —me contó Altobelli—. Allí está todo, todo sobre Terry, le aborrece.

Entretanto, Carole tuvo relaciones tanto con Jay Sebring como con su mejor amigo, el actor Steve McQueen. Daba la impresión de que su idilio con Sebring, que no recuerdo que nadie hubiera mencionado antes, había sido especialmente importante, habida cuenta de que su exmarido había estado liado con los asesinos.

Me puse en contacto con Carole Wilson justo antes del fin de semana. Le dije que estaba investigando la posibilidad de que su antiguo esposo y sus amigos hubieran estado más relacionados con la Familia Manson de lo que en

un principio se dijera, y que también sospechaba que los contactos de Manson en Hollywood eran más importantes de lo que se había supuesto. «Sí, no me cabe duda», dijo ella, que me pidió que la volviera a llamar el lunes; podríamos quedar para tomar un café.

Sin embargo, el lunes Carole había cambiado de parecer.

—Durante el fin de semana lo he pensado largo y tendido —dijo—, y no puedo hablar con usted. —Traté de ganarme su confianza, pero había mucha gente implicada, explicó; demasiadas personas—. Es algo que da miedo, y los que saben algo no hablarán jamás.

Aquello sonaba algo críptico, pero no logré que se extendiera sobre el asunto. Me sugirió que hablara con Melcher y Jakobson, si bien ella no me facilitaría el contacto.

Entretanto, empecé a enterarme de más cosas sobre la vinculación de Melcher con la Familia. Bob April, carpintero jubilado que había sido miembro ocasional del grupo de Manson, me dijo en confianza que este «suministraba chicas» a «fiestas de ejecutivos» organizadas por Melcher, en las que directivos y capitostes de la industria del cine disfrutaban de un acceso ilimitado a las mujeres de Manson. Pero ¿qué obtenía el gurú a cambio?

—Bueno, por eso mató a toda esa gente —contestó April—. No había conseguido lo que quería: un disco con Day Labels.

Era el sello discográfico de Doris Day. Melcher y Manson «se conocían muy bien. Llevo años queriendo contar esto». Melcher había prometido a Manson un contrato. Pero un día Doris Day echó un vistazo a Charlie «y escuchó una cinta, se rio de él y dijo: “Estás loco si crees que voy a producir un puto disco tuyo”. Se lo dijo a Charlie en la cara».

Evidentemente, Melcher había quitado importancia a su relación con Manson. Pero ¿hasta qué punto y por qué? Hablé con Mark Lindsay, en otro tiempo vocalista principal de una banda llamada Paul Revere and the Raiders. Había sido el primer compañero de Melcher en Cielo Drive. Los Raiders — que iban vestidos como soldados de la Guerra Civil Americana, con colas de caballo que salían de debajo de sus sombreros de tres puntas— habían firmado un contrato con Columbia Records, y Melcher supervisó su debut. Él y Lindsay hicieron buenas migas, y pronto alquilaron una hermosa y espaciosa casa en la cima de una colina, en el 10050 de Cielo Drive, donde Lindsay vivió alrededor de un año y medio. Aquello era un «quién es quién» de la música mundial de la década de 1960, dijo. «Todo el mundo entraba y salía.»

Incluido, por lo que se ve, Charlie Manson. Lindsay recordaba que un día

llegó a casa y la encontró, como de costumbre, llena de parranderos. Uno de ellos era «un tipo extraño sentado en cuclillas delante de la nevera, de espaldas a la puerta. Daba la impresión de que no le gustaba lo que pasaba; fui al salón y dije: “¿Quién es este bicho raro de la cocina?”. Y Melcher contestó: “Tranquilo, solo es Charlie. No pasa nada”». A Lindsay le parecía que esa fiesta había sido a finales de la primavera o principios del verano de 1967, aproximadamente un año antes de la fecha en que se conocieron Melcher y Manson según la versión oficial recogida en el sumario judicial. **Comienzan las pruebas documentales**

Estaba haciendo un reportaje a pie de calle sobre algo que había pasado hacía treinta años. Las historias que me contaban estaban plagadas de omisiones, contradicciones y adornos que se añadían con el paso del tiempo. Hacía entrevistas y luego corría a la biblioteca a verificar, en la medida de lo posible, lo que me había contado la gente: en libros sobre el caso, crónicas de Los Ángeles, biografías de figuras del crimen organizado, viejos recortes de prensa, etcétera. De todos modos, si quería informar de todo eso con veracidad, necesitaba pruebas documentales contemporáneas de los hechos. Si una fuente como Charles Eastman mencionaba que había llevado un diario, yo le suplicaba que lo buscara, a menudo llamándole una y otra vez hasta conseguir mi propósito. Pero, por encima de todo, quería informes policiales y transcripciones de las sesiones del juicio. El caso había sido el más largo y caro de la historia de California y, según Bugliosi, las transcripciones ocupaban más de un millón de páginas. ¿Dónde estaba todo ese material? ¿Podría acceder a él?

En el Departamento de Policía de Los Ángeles me dijeron que todos los informes relativos a la investigación habían sido destruidos. Habían conservado algunos expedientes, pero no me los iban a entregar. ¿Cómo habían podido tirar a la papelera los registros de los casos más infames de la historia de la ciudad? No me lo podía creer. Les pedí que me lo pusieran por escrito, y así lo hicieron: en papel oficial, declararon que no había necesidad de conservar la documentación porque era un «caso cerrado».

Recurrí a canales extraoficiales. Había oído hablar de un «investigador» llamado Bill Nelson, un hombre mayor obsesionado con los asesinatos. Había autopublicado varios libros sobre el caso y tenía un montón de informes policiales originales. Por lo visto, Nelson era un tipo bastante extraño: había acechado a antiguos integrantes de la Familia y a parientes de las víctimas con la intención de entablar amistad con ellos y poder entrevistarlos. Se había

hecho amigo íntimo de la madre de Sharon Tate, Doris, con la que había llegado a viajar a París para visitar a Roman Polanski, si bien tras la muerte de ella, en 1992, él y Roman se habían peleado y distanciado.

Entré en la página web de Nelson, Mansonmurders.com. El hecho de que tuviera una en 1999 ya constituía cierta novedad. Actualizada regularmente con descripciones de sus peripecias, la página incluía un índice de fotos de escenas del crimen, documentos policiales y entrevistas, casi todo a la venta.

También había muchas cosas que insinuaban su inestabilidad emocional. Pastor evangélico jubilado, Nelson presumía de «una relación personal y estrecha» con Jesucristo. Alardeaba de haber asistido a la Academia del Servicio Secreto de Estados Unidos, donde, según decía, aún se utilizaba su diseño del anillo de graduación. Sus descripciones de los antiguos miembros de la Familia eran corrosivas y a menudo *ad hominem*. Había publicado fotografías de algunos de sus hijos, tras seguirles sigilosamente en su casa o en su escuela.

Sin embargo, debo admitir que era un investigador riguroso... y, por lo demás, yo ya no sabía cómo podía dar con esos documentos. Me tragué el orgullo y le mandé un *e-mail*.

Una tarde quedamos para tomar un café en Denny's, en Costa Mesa. Sentado ante mí, Nelson parecía un contable retirado: sexagenario, con una calvicie pronunciada y el pelo plateado pulcramente peinado a los lados. Vestía de manera convencional, camisa abotonada de arriba abajo y pantalones caqui. Le di cuarenta dólares por las copias de los informes de Investigación de Homicidios, que estaban sin redactar y constaban de casi cien páginas.

Nelson los había conseguido gracias a un poli llamado Earl Deemer, cuyo interrogatorio a Billy Doyle ya ha sido mencionado. Deemer llevó a cabo casi todas las pruebas del polígrafo en la investigación de los crímenes de la casa de Tate, y disponía de copias de todos los informes policiales, fotografías y cintas de vídeo relacionados con el caso. Cómo logró Nelson convencerle para que se desprendiera de ese material era un misterio: según unos, pagó por él; al decir de otros, lo robó. Lo único seguro es que no quiso decírmelo. Deemer había muerto, pero lo que quedaba de sus registros había pasado a manos de Mike McGann, un detective de homicidios jubilado que había sido el investigador jefe del equipo de Tate. Ahora McGann vivía en Idaho. Nelson me dio el número.

Al igual que Ed Sanders y otros «investigadores», Nelson creía que ciertos miembros de la policía tenían claro que los asesinatos de Tate y

La Bianca habían estado planeados, o sabían quién estaba detrás. No habían sido capaces de intervenir, pues eso habría dejado al descubierto sus operaciones secretas de recogida de información. Nelson había visto casi todas las entrevistas televisadas concedidas por Manson; y tenía la sensación de que Manson «no miente nunca», solo «retiene información». No obstante, jamás diría la verdad sobre los asesinatos; eso habría supuesto delatar a gente, y en una mente criminal no existía mayor pecado.

Mientras oía todo esto en Denny's, empezó a dolerme la cabeza, pero tenía que mostrarme complaciente con Nelson. Y debía admitirlo: tras abandonar el restaurante ese día, pese a lo descabelladas que sonaran algunas de sus teorías, les estuve dando vueltas durante mucho tiempo.

De nuevo en casa, preparé café y saqué el fajo de papeles que acababa de comprar, sintiéndome entre impaciente y ansioso. Como se explica en *Helter Skelter*, los Informes Parciales de Investigación de Homicidios eran básicamente resúmenes internos. Esbozaban los diversos esfuerzos y pistas de los detectives para resolver el caso. La información contenida en ellos no siempre se corroboraba. Exponían la investigación con todo su desorden, sin la simplificación de Bugliosi.

Las treinta y tres páginas sobre los crímenes de la casa de Tate —Primer Informe Parcial de Investigación de Homicidios— datan de finales de agosto de 1969. En gran parte del trabajo, muy profesional por otra parte, se describen las actividades de las víctimas en los días previos a su muerte, la cronología del descubrimiento de los cadáveres, la recogida de pruebas, etcétera. Cuando llegué al punto en que los investigadores conjeturaban sobre el cómo y el porqué, me enderecé un poco. Se centraban en la posibilidad de que Billy Doyle, Charles Tacot y otros hubieran organizado una venganza sangrienta después de que Frykowski se la hubiera jugado en un trapicheo de drogas. Seis semanas después, el Segundo Informe Parcial de Investigación de Homicidios describía la serie de polígrafos e interrogatorios gracias a los cuales los investigadores llegaron a la conclusión de que aún no habían descubierto a los asesinos.

Esperaba en ambos informes encontrarme con nombres como Altobelli y Melcher por todas partes, pero andaba equivocado. Melcher no aparecía mencionado ni una sola vez, y se hacía referencia a Altobelli solo de pasada como dueño de la finca. Si los investigadores habían analizado la posibilidad de que el propietario de la casa, o sus ocupantes más recientes, hubieran tenido algo que ver con los crímenes, aquí no se detectaba ningún esfuerzo en ese sentido.

Por interesantes que fueran los informes, también entrañaron cierta decepción, aparte de que otros periodistas ya los habían consultado. Si yo quería algo nuevo, tendría que seguir perseverando. Decidí llamar a Mike McGann, el policía retirado que vivía en Idaho. Si Nelson estaba en lo cierto, el hombre tendría un arsenal de documentos que dejarían en ridículo los que tenía ahora en mis manos.

Y

—Todo lo que dice Bugliosi en su libro es mentira —me dijo McGann por teléfono—. El investigador jefe del caso fui yo. Bugliosi no resolvió nada. Nadie se fiaba de él.

McGann hablaba usando frases bruscas, a veces solo de una o dos palabras, siempre a punto de colgarme.

Yo quería saber más, pero McGann, como otros vinculados al caso, esperaba ser compensado por su tiempo. Y aún más por sus papeles; él tenía en su poder los expedientes, pero estaban tasados. Esto puso efectivamente fin a la conversación.

Seguí llamando a McGann, que se mostraba dispuesto a aguantar mi curiosidad solo hasta cierto punto. Yo quería saber acerca de Melcher, Wilson, Jakobson y Altobelli, qué habían dicho a los polis y cuándo. ¿Y qué pasaba con Carole Wilson y Carole Jakobson, la esposa de Gregg? Me dijo que llevaba años sin mirar los documentos, pero que, si tenía ocasión, les echaría un vistazo.

Al cabo de dos meses, en el transcurso de nuestra sexta conversación — aún no había accedido a enseñarme nada gratis—, McGann dijo que había mirado los expedientes. Los detectives del caso Tate habían efectuado ciento noventa interrogatorios, de los que había resúmenes escritos que habían sido grabados en su mayor parte. Algunos ocupaban solo media página; la mayoría, una página o dos. Unos cuantos eran más largos. No había interrogatorios de Melcher, Jakobson, Wilson ni Altobelli, pero sí de Carole Jakobson y Carole

Wilson. Sacó este último, fechado el 15 de agosto de 1969, y se puso a leer un fragmento por teléfono. De repente se calló y alzó la voz:

—¿Está grabando esto? Ni hablar.

Aunque apagué la grabadora, él se negó a continuar leyendo. Antes de que perdiera la paciencia del todo, le pedí que me dijera una última cosa: la fecha del interrogatorio de Carole Jakobson.

McGann hojeó las páginas.

—El 10 de agosto —dijo. El día después de que se hubieran descubierto los cadáveres, lo cual significaba que las esposas de Jakobson y Wilson («las dos Caroles», como las llamaba Altobelli) habían hablado con la policía antes de que hubiera pasado una semana desde los crímenes. ¿Por qué no los maridos? ¿Y por qué no Melcher o Altobelli, dados sus estrechos lazos con la casa de Cielo? ¿Dónde estaban esos interrogatorios? **Nueva visita a Cielo Drive**

Una noche, tras haber invitado a cenar a Altobelli, lo llevé en coche a casa, como de costumbre. Después de nuestro primer encuentro, él había dejado su coche en el taller —estaba seguro de que alguien le había sacado de la carretera a modo de aviso, para que no siguiera hablando conmigo—, por lo que me había convertido en su chófer de facto. («Fíjese, el coche bueno convaleciente», solía decir.) Por lo general, aquellas noches se alargaban seis o siete horas, en las cuales Altobelli solicitaba paradas imprevistas en el supermercado o en un bar para tomar la última copa. Aquella noche estábamos cerca de Benedict Canyon, por lo que para regresar tomé esa ruta.

—Para ir a Cielo acostumbraba a ir por aquí —dijo, comenzando a evocar «la época más feliz de mi vida». Seguro que él ya sabía lo que venía a continuación. Cuando le pregunté si le apetecía acercarse a la casa, contestó —: Claro, vamos.

De todos modos, percibí cierta reticencia en su respuesta. Tras superar la última colina, empezamos a descender en silencio por la estrecha carretera hasta llegar a la puerta de entrada de lo que había sido el 10050 de Cielo Drive. Paramos. La casa había sido demolida en 1994. En el mismo lugar se había erigido Villa Bella, con una alta y ostentosa verja que impedía ver desde la calle una mansión italianizante de mármol y hormigón.

—Quiero ver qué número han puesto en mi buzón —dijo Rudi, irritado de pronto. Acerqué el coche—. 10066. Los han cambiado. —Se le quebró la voz—. Antes teníamos una vista fantástica —dijo, mirando la franja de espacio más allá de la verja desde el asiento del pasajero—. Ahora es todo mucho más

frío. Mi casa era cálida y acogedora.

Volvió a quedarse sin voz; tenía la respiración entrecortada, como si le faltara el aire.

—Vámonos —dijo tras una larga pausa—. ¡Atrás, atrás... venga! —soltó. Cuando ya habíamos bajado la mitad de la cuesta, volvió a gritar—. ¡Tire, tire!

Durante todo el trayecto de regreso estuvimos en silencio.

Ya en casa, donde le saludaron una media docena de gatos callejeros que había frente a la puerta, Altobelli se sintió más animado y se arrodilló para acariciarlos uno a uno llamándoles por su nombre. Me invitó a entrar y pidió disculpas por lo sucedido en Cielo. Hacía diez años que no había vuelto por allí.

—Viví en esa casa veinticinco años, cuatro meses y treinta y ocho horas —dijo. Ahora su vivienda era un garaje remodelado ubicado en un barrio famoso por la actividad de las bandas criminales.

Colgada sobre su escritorio había una fotografía enmarcada de la casa de mediados de los años sesenta y una acuarela de la verja. También se veía una carta de Bugliosi en la que este le recomendaba que declarase en el juicio. Tras hurgar entre viejas instantáneas que había sobre la mesa, me enseñó varias fotos descoloridas de famosos, todas tomadas en el 10050 de Cielo Drive. La última era de Terry Melcher, sin conocimiento, encima del mismo escritorio en el que ahora mismo estaba sentado Altobelli, agarrando con la mano una botella vacía de licor.

—Alcohol y pastillas —señaló Altobelli. La foto se tomó cuando Melcher se fue a vivir con él tras los asesinatos.

En noviembre de ese año, cuando la policía le comunicó que el responsable de los crímenes era Manson, lo primero que hizo Altobelli fue llamar a «las dos Caroles».

—Les dije que estaba metido en ese lío por culpa de sus respectivos maridos. Me habían dejado en la estacada. Ellos sabían lo que pasaba en la casa. Terry había sido el impulsor de todo aquello.

Altobelli parecía estar dándole vueltas a la idea de revelarme algo gordo. Lo hizo muchas veces, un comentario aparentemente informal que complicaba el retrato entero del período.

—Terry hablaba continuamente de Manson —dijo—. Creía que era una persona estupenda. Me pidió que lo representara. —Pero ¿no había dicho Terry que no quería tener nada que ver con él?—. Terry acechaba a Manson.

Pensaban que tenían a Jesucristo.

Más adelante, cuando conseguí las transcripciones del juicio, advertiría que Altobelli no estaba solamente enredándose con los detalles. En el estrado, había dicho que Melcher, junto a Wilson y Jakobson, había «hablado en numerosas ocasiones del señor Manson y de su filosofía, su estilo de vida y lo genial que era». De forma reveladora, en su declaración Melcher actuaba como si no conociera apenas al hombre que había detrás de esa filosofía tan guay. Después de que se le mostrara una foto de Manson, había dicho al jurado:

—No le conozco, pero creo que le he visto en la casa de Dennis Wilson.
—Más adelante, revisó esta historia y siguió insistiendo en que había estado con Manson no más de tres veces. En otras palabras, los relatos de Melcher y Altobelli no habían sido veraces ni siquiera en su momento.

Tras evocar mi conversación con Mike McGann, pregunté a Altobelli si después de los crímenes había sido interrogado por algún detective. Por supuesto, contestó. Incluso recordó cuándo: había sido el día de los funerales de Tate y Sebring, en el despacho de su abogado. (En el juicio había declarado lo mismo.) Siguiendo las instrucciones de su abogado, como ya hiciera anteriormente, a la policía no le dijo nada de Manson. Hice saber a Altobelli que, según McGann, no había constancia de este interrogatorio. Se quedó tan desconcertado como me había quedado yo. **«Esto quizá te sorprendería»**

Como McGann se cerraba en banda y me contestaba con evasivas, visité a Stephen Kay, de la Oficina del Fiscal de Los Ángeles, pensando que quizá podría ponerme sobre la pista de otros documentos. Kay había ayudado a Bugliosi en el caso en 1970, pues se había incorporado al juicio una vez concluidas la mitad de las sesiones, un episodio que catapultó la carrera del joven abogado. En las décadas siguientes, Kay había sido la voz más destacada del gobierno contra Manson y la Familia: en las audiencias de libertad condicional, era el encargado de oponerse a la liberación de los condenados. Después de Bugliosi, era el principal experto legal del mundo sobre la Familia.

Quedé con Kay en su despacho de Long Beach. Cuando pasé al tema de Melcher, sin que yo le preguntara me dijo algo de lo que yo no sabía nada.

—Manson y Watson asistieron a una fiesta en la casa de Cielo cuando Terry y Candy Bergen vivían allí —explicó.

Estaba seguro de eso. Esta información salió durante el juicio de Tex Watson, que había sido juzgado aparte de los otros miembros de la Familia.

Kay lo había confirmado por medio de Gregg Jakobson. Pensó que era otra de las razones por las que Manson había escogido la casa de Cielo para los asesinatos; cuando envió allá a Watson y a las chicas, señaló que «Tex conoce el trazado del lugar». Y sin embargo, Melcher, en su declaración, había dicho que no había visto nunca a Manson dentro de su casa.

—Melcher no quiere tener nada que ver con esto. Nunca conseguirás hacer hablar a Melcher ni a Candice Bergen —me dijo Kay.

Kay no creía que el Departamento de Policía hubiera destruido realmente los expedientes del caso. Para empezar, Bugliosi había tomado prestado lo que necesitaba para escribir *Helter Skelter* y luego, muy oportunamente, no había devuelto nada. Bugliosi había visto antes que nadie que el juicio de Manson «iba a ser el gordo de la lotería», señaló Kay. Tomó la decisión, éticamente dudosa, de instalar cada día al coautor del libro, Curt Gentry, en la sala de juicios para que viera el desarrollo de las sesiones en vivo. Gentry ya estaba trabajando en el libro que acabaría siendo *Helter Skelter* antes de que hubiera nadie condenado. El sensacionalismo solo inflamaba el orgullo desmedido de Bugliosi. En un momento dado, agarró del brazo a Kay en la sala y le dijo: «Steve, ¿a que soy un fenómeno? ¿Conoces a alguien más fenomenal que yo?».

Sea como fuere, Bugliosi todavía pagaba sus comilonas literalmente gracias a Manson. El caso siguió proporcionándole cuantiosos ingresos en forma de porcentajes sobre la venta del libro y conferencias bien pagadas. Yo todavía sentía curiosidad por las personas que no habían tenido tanta suerte, que aún vivían a la sombra de aquellos crímenes, que habían sucumbido al tumulto de finales de los sesenta. Que seguramente no tendrían ningún interés particular en respetar el relato oficial.

Mediante varios abogados de Los Ángeles, localicé a Irving A. Kanarek, defensor de Manson. Me habían avisado de que la suya era una historia triste, pero yo no estaba preparado para la situación desesperada que descubrí en aquel hombre.

En *Helter Skelter*, Kanarek da la impresión de ser un personaje ridículo. Bugliosi lo describe como un fanfarrón ampuloso y errático cuya «táctica obstruccionista» le hizo merecedor del oprobio en todas las instancias del mundo judicial. El libro dedica bastantes páginas a su historial de indiscreciones en la sala de juicios. Según las pruebas disponibles, aquí Bugliosi no exageraba. Kanarek era efectivamente un abogado difícil, denigrado, y su comportamiento en el caso Manson lo confirmó. (Dicen las malas lenguas que Manson pidió el peor abogado de Los Ángeles; y alguien le

dijo que Kanarek era su hombre.) Durante la exposición inicial de Bugliosi protestó nueve veces; el tercer día ya acumulaba la impresionante cifra de doscientas protestas. El juez lo mandó al calabozo dos veces por desacato. Bugliosi admitía que, por momentos, Kanarek podía ser eficiente, incluso elocuente, pero esto no le impedía llamarle, en la sala de juicios y en *Helter Skelter*, «el Toscanini del tedio».

Quedé con Toscanini en una acera de la pija Newport Beach. Estábamos casi a treinta grados, pero él andaba cansinamente con un abrigo más grande de lo normal y unas zapatillas gastadas, cargando con un maltrecho maletín sujeto con un cordel, del que asomaban periódicos y bolsas de plástico. Bajito y encorvado, Kanarek llevaba una barba gris desaliñada y desigual, y se le veían marcas de suciedad en las manos y la cara, como si llevara semanas sin ducharse. También se le apreciaban úlceras en el cuerpo. Le faltaban casi todos los dientes.

En cuanto supo que yo tenía coche, me pidió que lo llevara a Barnes&Noble, donde el cajero le daba un ejemplar de *Los Angeles Times*, y luego se despedían. Era el periódico del día anterior, me dijo, por eso no tenía que pagar nada.

Almorzamos en una terraza de Santa Monica Seafood, una cadena de cierta categoría. Kanarek me pareció avisado pero excéntrico. Debido a sus considerables dimensiones, los comensales de otras dos mesas tuvieron que reubicarse dentro. Gritaba cosas como: «¡Manson no mató a nadie!», «¡Es el único que debería haber gozado de inmunidad!» o «¡Lo único que quería Charlie era tirarse a chicas, no sabía que iban a asesinar a aquella gente!». La mayoría de sus invectivas iban dirigidas a Bugliosi, contra quien no escatimaba epítetos: «¡Mentiroso! ¡Tramposo! ¡Delincuente! ¡Estafador! ¡Adúltero! ¡Acosador! ¡Maltratador de mujeres! ¡Hijo de puta!». «¡Y lo que es peor —chillaba, lo que provocaba la huida de otra mesa—, un perjurio convicto y confeso que se valió de su influencia para ser absuelto!»

Cuando le pregunté si había cobrado por defender a Manson, Kanarek sonrió sarcástico y dijo que sí, pero que la confidencialidad le impedía revelar quién le había pagado.

—Sería un bombazo —dijo—. Quizá le sorprendería.

Si Kanarek tenía un benefactor, me contó otro abogado, era muy tacaño; por lo visto, el defensor se había pasado casi todo el juicio viviendo en su coche y durmiendo en la sala de prensa del Palacio de Justicia.

A lo largo de los últimos diez años, Kanarek había descubierto que su

esposa le engañaba; había cruzado la calle sin mirar y había sido atropellado por un coche; había sufrido una crisis nerviosa y había estado ingresado en un hospital psiquiátrico. Había perdido el bufete jurídico, la licencia para ejercer y los ahorros de toda su vida. Ahora vivía de la seguridad social en un motel de Costa Mesa, el pueblo de al lado. Después de comer, me ofrecí a llevarlo. Aceptó. Pero, antes de separarnos, ¿podría «llevarme un poco más lejos»?

«Un poco más lejos» acabó significando dos angustiosas horas en mi 1988 Acura. Kanarek me gritó por haberme saltado calles que él me había dicho que tomara justo en el momento de dejarlas atrás. Fuimos dando vueltas alrededor de Orange County hasta que, para infortunio mío, anunció que había decidido acompañarme de regreso a Los Ángeles, lo cual equivalía a otras dos horas con él en el coche en hora punta. Casi en el mismo momento en que entrábamos en la autopista, Kanarek se puso a despotricar de nuevo. Cuando dijo que Bugliosi era un «perjuro confeso», le pedí que se explicara.

Menospreciándome por no haber hecho mis deberes, Kanarek explicó que, durante el juicio de Manson, alguien había filtrado el rumor de la «lista negra» de famosos de Manson a un periodista llamado Bill Farr, que la había publicado violando el secreto del sumario. La exclusiva de la lista negra seguramente procedía de uno de los abogados del caso, pues eran los únicos con acceso a los expedientes. Con el jurado fuera de la sala, el magistrado obligó a los fiscales y abogados a declarar bajo juramento que no habían pasado la información a Farr, que se negaba a revelar la identidad de su fuente. Los seis letrados negaron haber tenido nada que ver. Después del juicio, el juez, todavía receloso, conformó un gran jurado con el cometido de investigar el incidente. Dos de ellos fueron acusados de mentir. Uno era Daye Shinn, abogado defensor de Susan Atkins. El otro, Bugliosi.

—¡Lea la transcripción del gran jurado! —chilló Kanarek. El Estado decidió entablar acciones judiciales. Pero si Bugliosi era condenado por perjurio, esto haría peligrar los veredictos del caso Manson, y la Oficina del Fiscal no estaba dispuesta a aceptar eso. Así pues, consiguió que el juez desestimara las acusaciones en base a un tecnicismo... es decir, actuaron en connivencia para proteger las sentencias del juicio más largo y caro de la historia de Estados Unidos—. Una preciosidad de acuerdo, ¿verdad? —vociferó Kanarek, que me llenó la cara de saliva.

—Esto no se menciona en *Helter Skelter* —dije.

—Pues claro que no —soltó Kanarek con tono de mofa—. Ni tampoco el hecho de que Vince acosaba a su lechero y daba palizas a su amante.

Yo también debería investigar estos casos, me decía Kanarek, pues, según aseguraba, habían sido silenciados debido a la influencia política de Bugliosi.

—Es un criminal —chillaba—, ¡y además peligroso!

Como me dio la impresión de que Kanarek era una persona algo desequilibrada, no di mucho crédito a sus palabras. Cuando llegamos a Hollywood me sentí aliviado: ya no tendría que aguantar más delirios suyos. Recogió sus cosas, nos apeamos del coche, y entonces empecé a preocuparme por él. Se me ocurrió que igual no tenía casa. Le ofrecí algo de dinero, pero lo rechazó con un gesto de la mano; acto seguido, me hizo prometer que investigaría sus afirmaciones sobre Bugliosi. Lo observé mientras desaparecía entre la multitud por el extremo de mala fama de Hollywood Boulevard. Más adelante, ese mismo año, cuando mi relación con Bugliosi empezaba a estropearse, descubrí que todo lo que Kanarek me había dicho era verdad.

Colofón: no soy el oráculo

Había estado enviando informes parciales a mi directora de *Premiere*, Leslie Van Buskirk. Al redactor jefe, Jim Meigs, la historia le había enganchado: se había involucrado emocionalmente tanto como yo. A mediados de mayo de 1999, accedió por segunda vez a posponer el plazo de entrega. Esto significaba que la crónica saldría demasiado tarde para coincidir con el aniversario de los asesinatos, pero daba igual, me dijo, siempre y cuando pudiera entregar algo de cierto calado. Me quedé más tranquilo, al menos de momento. A largo plazo estaba empezando a notar la presión de ofrecer algo apabullante. Tenía que hacer las cosas bien, y para ello debía apretar más a mis fuentes, encontrar otras nuevas y, lo más decisivo, averiguar más sobre los documentos generados durante la investigación.

Tras haber oído tan a menudo que Terry Melcher nunca hablaría conmigo, sabía que podía hacer una cosa para distinguir mi historia de las otras: conseguir que Terry Melcher hablase conmigo. Tenía su número, pero no quería utilizarlo hasta estar seguro de contar con buenas preguntas que formularle. Supuse que gozaría de una sola oportunidad. Al final lo llamé a principios de junio. Por teléfono me di cuenta de que se expresaba bien y, desde el principio, que se mostraba irritable y desconfiado.

—Recibo desde todo el mundo muchas condenadas llamadas sobre este rollazo —soltó.

Como me dio la sensación de que no podría robarle mucho tiempo, le pregunté sobre lo que yo había averiguado de Altobelli: que Gregg Jakobson le había dicho lo de las dos balas de Manson, una de las cuales estaba

destinada a él.

—No sé nada de esa mierda —dijo Melcher—. Rudi me llamó hace unos días, por primera vez en diez o quince años, y me contó la historia de las balas. No sé si es verdadera, pero, en fin, ¿qué más da? ¿Qué puede hacer ahora?

—En el momento de los asesinatos, ¿sospechó de Manson? —pregunté.

—No tenía ni idea. En absoluto. Yo solía hacer audiciones a tres o cuatro bandas cada semana. Todas se parecían. Todas tenían el estilo de *Hair*.

—¿Cuántas veces estuvo con Manson?

—Una, y poco rato, en la casa de Dennis Wilson, y la segunda en el rancho.

—Pero, según cierta gente, usted los conocía muy bien.

—La verdad es que no —señaló Melcher.

¿Que por qué se había ido de la casa de Cielo tan de súbito? Era «totalmente ridículo» atribuir esto a su miedo a Manson, dijo. Seguía echando la culpa al ama de llaves, la señora Simmons.

—Cuesta creer que alguien tan poderoso como usted prefiriera marcharse de la casa a despedir a la criada —dije.

—Pues la verdad es esa. No se me ocurrió qué otra cosa podía hacer.

Su madre había desocupado la casa de la playa de Malibú y a él la pareció una buena idea vivir allí para evitar que se deteriorase.

A continuación sondeé su amistad con Dennis Wilson. ¿Cómo podía eludir el hecho de que los dos, además de Gregg Jakobson, sospecharan de Manson en cuanto se enteraron de los crímenes?

Melcher dijo que su amistad con Wilson se había terminado por entonces, cuando este se mostraba cada vez más reservado. Corría el rumor de que Dennis «sabía que ellos mataban a gente. Estaba tan asustado que ya no quería vivir allí. Tenía miedo, y pensaba que debía acudir a las autoridades, pero no lo hizo, y luego pasó lo que pasó. Así que, en cierto modo, se sentía tremendamente culpable, yo ya no sé qué es verdad...».

—¿Y esta culpa es aplicable a usted? —pregunté.

—¡Ni pensarlo! Dios mío, si me hubieran buscado durante todo aquel verano, se habrían encontrado con mis puertas abiertas de par en par.

Tras los asesinatos, se enteró de que Wilson se había reunido con Bugliosi y «todos los fiscales del estado de California en una gran habitación» y de que Wilson había aportado solo una frase sobre la Familia: «"Bueno, salíamos por ahí y fumábamos un poco de hierba y cantábamos canciones". Y

punto. Nada más. Eso es todo lo que declaró».

—¿Por qué Vince se conformaría con eso? —inquirí.

—No sé, quizá pensó que ya lo haría declarar en el juicio.

—Pero no fue así —señalé. Eso era algo en lo que había estado pensando mucho. Dennis Wilson habría sido un testigo estelar, pues conocía muy bien a Manson y había visto sus tendencias violentas. Si no quería testificar, Bugliosi podía requerir su comparecencia. Había obligado a muchos a hacerlo. ¿Por qué a Wilson no?

—Bueno, creían que estaba chalado, y en aquel entonces lo estaba —explicó Melcher—. Le costaba mucho separar la realidad de la fantasía, en serio. Inventaba cosas. Una vez intentó venderme algo del tamaño de un paquete de cigarrillos, un aparato antigraedad. Lo llevabas en la guantera, y cuando te encontrabas en un atasco, lo activabas sin más y volabas por encima de los demás coches. Él creía que funcionaba realmente. En su existencia había una tremenda dosis de desvarío.

Pensando en lo que me había dicho Bob April sobre las «fiestas de ejecutivos» de Melcher, pregunté a este si Manson le había suministrado mujeres en alguna ocasión.

—Jamás, juro por Dios que no tuve nada que ver con ninguno de ellos ni una sola vez, de verdad. —Solo reconoció que los había visto en la casa de Wilson.

Quería hacerle más preguntas, pero noté que estaba impacientándose.

—No soy el oráculo de este asunto —dijo Melcher—. Solo sé que fue un coñazo insoportable.

Pues ese coñazo continuaría. Tras volver a escuchar mi grabación de la conversación, me di cuenta de que había pillado a Melcher en una mentira que afectaba a Bugliosi, y me brindaba una magnífica oportunidad para demostrar que los dos estaban involucrados en un encubrimiento.

4 Las lagunas de *Helter Skelter* **Moorehouse se instala**

A medida que mi confianza en Bugliosi iba menguando, yo volvía sobre *Helter Skelter* y pasaba las páginas en busca de algún detalle que pareciera forzado o erróneo, sobre todo en lo concerniente a Terry Melcher. Un día me llamaron la atención unas cuantas frases:

Después de que Terry Melcher se hubiera ido de la casa [de Cielo Drive], pero antes de que los Polanski se hubieran instalado ahí de nuevo,

Gregg Jakobson había dispuesto que *un tal Dean Moorehouse* se quedara allí por un tiempo. Durante ese período, Tex Watson visitó a Moorehouse al menos tres veces, quizá hasta seis.

La cursiva enfática es mía. Esta llamativa formulación —«un tal Dean Moorehouse»— era como una llamada de alerta.

Era la única vez que se mencionaba a Moorehouse en el libro. Había sido un miembro secundario de la Familia. Pastor protestante indeciso, vendedor de seguros, casado y padre de tres hijos, vivía en San José, California, donde había conocido a Manson en 1967, cuando el exconvicto acababa de salir de una prisión federal y estaba haciendo autoestop. Moorehouse se paró para llevarle y acabó invitándole a comer, tras lo cual surgió una especie de amistad. Moorehouse, que ya no era pastor, estaba buscando algo nuevo, ansioso por hablar de espiritualidad; y Manson se comía con los ojos a Ruth Ann, la hija de quince años de Moorehouse.

Al poco tiempo, Manson se fugó con Ruth Ann a la costa de California y presionó a la madre para que informara a la policía de que su hija se había fugado. Para entonces, Dean Moorehouse ya había puesto fin a su matrimonio: había caído bajo el hechizo de los sesenta y se había dejado crecer una larga barba blanca. En marzo de 1968, volvió a tener problemas con la justicia: fue detenido por contribuir a la delincuencia de un menor; la policía lo había detenido cuando asaltaban una casa en busca de marihuana. Poco después, fue arrestado de nuevo por vender LSD. Según la leyenda, Manson le había convencido de que lo probara, tras lo cual Dean renunció a sus posesiones terrenales.

Moorehouse buscaba continuamente a su hija, que permanecía con la Familia. Manson la había vuelto a bautizar poniéndole el nombre de Ouisch. Un día, Dean los siguió hasta la casa de Dennis Wilson, en Pacific Palisades, y, una vez allí, Manson se arrodilló y le besó los pies, lanzando una ofensiva amistosa que puso efectivamente punto final al conflicto. Cada vez más afín a la filosofía de la Familia, Moorehouse se instaló en la cabaña trasera y vivió allí sin pagar alquiler a cambio de cuidar del paisaje. Manson había convertido a un expastor cristiano.

Pero ¿cuándo había establecido Moorehouse su residencia en la casa de Cielo? Según Bugliosi, fue después de que se marchara Melcher, es decir, en enero de 1969. En su conversación conmigo, Melcher de alguna manera dio marcha atrás. «No, no recuerdo eso», contestó cuando le pregunté sobre el momento en que Moorehouse se mudó a la casa. ¿Por qué debería recordarlo

si pasó después de que él se hubiera marchado?

Encontré a Moorehouse en la guía telefónica y lo llamé. Se mostró amable, aunque parecía estar un poco en Babia; a menudo divagaba sobre cuestiones de espiritualidad y se describía a sí mismo como «un sirviente de un poder superior». Ahora, ya con setenta y siete años, vivía en el norte de California y se hacía llamar Baba, nombre que le había puesto Manson. Baba decía que, entre 1967 y 1972, había hecho más de cuatrocientos viajes de LSD. «Cuando hablo contigo, estoy hablando conmigo mismo —explicaba—. Cuando tú hablas conmigo, estás hablándote a ti mismo.»

En cualquier caso, tenía un recuerdo nítido de su época con Manson, y lo que me contó no daba la razón a Melcher o a Bugliosi en lo más mínimo. Era imposible que él se hubiera instalado en la casa de Cielo en enero de 1969 por una razón muy simple: en aquel tiempo estaba en la cárcel.

Moorehouse había sido detenido por un asunto de drogas en Ukiah, California. En plena época con la Familia, tuvo que irse de nuevo al norte para comparecer en el juicio.

—En Ukiah tuve dos juicios por vender LSD —me explicó—. En el primero el jurado no llegó a ningún acuerdo, y en el segundo me condenaron, en diciembre de 1968... Tuve que volver a finales de diciembre para cumplir la sentencia, y luego, el 3 de enero, me llevaron a Vacaville. —Era un centro penitenciario.

Según decía Moorehouse, en realidad vivió en Cielo de manera intermitente durante el verano de 1968, cuando Melcher vivía allí.

—Terry fue un buen amigo —explicó—; cuando le conocí en casa de Dennis me dijo que, si me parecía bien, enviaría un día a su chófer a buscarme. Ese día, Melcher me hizo pasar, me enseñó una habitación y me dijo que aquel era mi dormitorio, que podía establecerme ahí siempre que quisiera... Así que fui entrando y saliendo, cada vez que me apetecía.

También confirmó un detalle del libro *The Family*, de Ed Sanders: que Melcher le había prestado su Jaguar para el largo viaje a Ukiah.

—Conduje hasta allí con Tex Watson —dijo—. Melcher me había dejado su coche para ese viaje y me había dado su tarjeta de crédito para la gasolina y cualquier otra cosa que precisara. —Pasó con Watson diez días «a la aventura», pero después Melcher no quiso saber nada más de él—. Cuando fui a devolverle el coche, por algún motivo no quiso verme más; nunca supe exactamente por qué. Le entregué el Jaguar a Dennis.

Pedí a Moorehouse una prueba escrita del tiempo que había pasado en

prisión. Con su permiso, al final recibí del estado de California una copia de su expediente de libertad provisional, según el cual había ingresado en el sistema penitenciario el 2 de enero de 1969.

Por tanto, la cronología de Bugliosi estaba equivocada, y Melcher me había mentado. Pensé que debía hablar con este último sobre el tema, aunque sabía que eso le enojaría, y quizá después ya no querría saber nada más de mí. Con todo, le llamé y expuse los hechos con la máxima cautela. Melcher no iba a rectificar nada. Se ciñó a la historia tal como la contaba Bugliosi en *Helter Skelter* y se libró de mí enseguida.

No mucho después recibí una inquietante llamada de Rudi Altobelli, más disgustado y enfadado que nunca. En las últimas semanas, había establecido contacto con Melcher por primera vez en muchos años. Tras aquellas conversaciones tenía la sensación de estar discriminado, como si lo hubieran dejado al margen. En opinión de Altobelli, los Penetradores Dorados — Jakobson, Wilson, Melcher— siempre habían sabido que Manson había pasado mucho tiempo en la casa. Sin embargo, tenían demasiado miedo de decirlo en el estrado, como habrían debido hacer para acusar a Manson. Esta tarea quedó en manos de Altobelli, que ahora tenía la impresión de haber sido presionado para hablar de ello bajo juramento sin conocer la historia completa.

En cuanto volvieron a hablar, Altobelli preguntó a Melcher sobre Dean con mi reportaje en mente. Melcher, molesto, perdió el control. Dijo que llamaría a Bugliosi. «Se supone que Vince tenía que ocuparse de esto —soltó—, y ahora resurge todo.» **Mentiras de Melcher**

Stephen Kay, de la Oficina del Fiscal de Los Ángeles, me dijo que llamara a otra antigua empleada de allí, Sandi Gibbons, que acaso simpatizara con mi causa. Antes de trabajar en la Oficina, Gibbons había sido periodista, y tras su cobertura del juicio de Manson se mostró muy escéptica con respecto a Bugliosi y sus móviles. Había acabado siendo una de los periodistas que creían que Bugliosi era corrupto, arrogante, vanidoso, un lunático incluso; más adelante, cuando Vincent aspiró a un cargo político, ella escribió diversos artículos en los que detallaba su falta de ética como fiscal.

Invité a Gibson a almorzar y descubrí que era extraordinariamente franca. De hablar suave y directo, estaba segura de que, en el juicio, Bugliosi había encubierto a Terry Melcher. Los dos tendrían algún tipo de pacto: tú testificas y yo te mantengo fuera del asunto. Gibson también confirmó que Bugliosi había robado un montón de expedientes de la oficina para su libro, sabiendo muy

bien que era ilegal sacarlos de ahí. Le molestaba el hecho de que él siempre tuviera la imagen de persona honrada y honesta, y era un canalla. Aún recordaba la imagen de una vena palpitándole en la sien; si alguna vez veía yo esa vena, me avisó, significaba que Vince estaba a punto de perder los estribos.

Cuando me hube ganado su confianza, Sandi accedió a enseñarme el expediente de Manson en la Oficina del Fiscal. Podría hacer fotocopias de lo que quisiera, pero mientras yo estuviera revisándolo todo, ella debería supervisarme. Gibbons no tenía obligación alguna de mostrarme ningún documento y, aunque ella no lo dijo nunca, yo siempre tuve la impresión de que mi visita no estaba precisamente autorizada.

Gibbons me condujo por un laberinto hasta llegar a la puerta de un almacén. Larga, estrecha y sin ventanas, la habitación alojaba una hilera de armarios con apenas espacio para dos sillas que ella y yo metimos dentro. Hojeé innumerables carpetas que contenían informes policiales, anotaciones de interrogatorios, resúmenes de investigaciones, cronologías, fotografías, antecedentes penales, fichas policiales, listas de sospechosos... y, lo mejor de todo, media docena o más de descoloridos blocs de páginas amarillas de los interrogatorios de Vince a sus testigos más preciados. Tomé notas y dejé a un lado los documentos que quería fotocopiar; Gibbons tenía que dar el visto bueno, pero lo aprobaba todo sin objeciones. En varias ocasiones me señaló algunas carpetas que no tenían nada dentro: Bugliosi o Bill Nelson se habían llevado su contenido. Pasé un montón de horas en aquella estancia, a la que volví cuatro veces en las siguientes semanas y varias más en los años posteriores.

En mi tercera visita encontré petróleo: un grueso bloc de papel amarillo con notas garabateadas en tinta negra, gran parte de las cuales estaban tachadas pero aún eran legibles. Se trataba de un interrogatorio a un testigo clave de Bugliosi, Danny DeCarlo, que declaró durante ocho días seguidos, a menudo a repreguntas despiadadas. Motero de Venice perteneciente a una pandilla denominada los Straight Satans, DeCarlo empezó a quedarse en el rancho en la primavera de 1969. Él y sus colegas procuraban un nivel de seguridad que les granjeó las simpatías de Manson, quien se había vuelto paranoico y se sentía acosado. El padre de DeCarlo estaba metido en el negocio de las armas de fuego, y aunque el motociclista nunca fue miembro de la Familia de pleno derecho, pronto estuvo a cargo de su arsenal, un alijo de armas que acabó incluyendo una metralleta. A cambio, DeCarlo y los otros

motoseros tenían acceso a las drogas y a las chicas de la Familia. Su testimonio tuvo gran importancia para Bugliosi. Danny dio detalles de los planes de Manson para desencadenar la guerra racial de «Helter Skelter», esbozó las distintas maneras en que Manson dominaba a sus seguidores e identificó las armas utilizadas en los asesinatos.

Lo que me dejó atónito fue que, en las partes tachadas de las notas de Bugliosi, DeCarlo hablaba de tres visitas de Terry Melcher a la Familia Manson... después de los crímenes.

Las leí, las releí y las volví a leer. No podía creer lo que estaba viendo. Me lo apunté escrupulosamente todo, palabra por palabra, por si Gibbons miraba demasiado de cerca las páginas marcadas y se daba cuenta de que aquello provocaba un vuelco en uno de los casos más importantes de la historia de su oficina. Menos mal que me las dejó fotocopiar sin echarles un segundo vistazo.

En casa volví a mirarlo todo. Resultaba inimaginable. El 11 de febrero de 1970, DeCarlo describió dos visitas de Melcher al Rancho Spahn, a finales de agosto y principios de septiembre, y una tercera al Rancho Barker, a más de trescientos kilómetros, a mediados de septiembre.

Según las notas de Bugliosi, DeCarlo no estuvo cerca de Melcher en ninguna de estas ocasiones, por lo que no sabía qué había hablado con Manson; sin embargo, estaba seguro de que, cada una de esas veces, a quien sí había visto era a Melcher. Los apuntes de Bugliosi sobre las dos visitas al Rancho Spahn son como sigue:

[DeCarlo] Permaneció en el rancho [Spahn] hasta la redada del 16 de agosto, luego se marchó a Venice unos días y después regresó a Spahn. Entre el momento en que Danny volvió y el momento en que salió para Barker indudablemente vio a Melcher en el rancho [Spahn]. Oyó a las chicas que decían: «Que viene Terry, que viene Terry». Melcher conducía una camioneta de la Metro... él mismo. Melcher se quedó tres o cuatro horas.

Tres o cuatro días después, vio a Melcher en la misma camioneta.

Luego habla de la tercera visita, que se produjo en el paso del cañón que conducía al escondite de la Familia, en el Valle de la Muerte:

Una semana y media después, vio a Melcher con Gypsy y Brenda en la parte inferior de Golar Wash, cerca de Ballarat, sentado en un coche con las chicas. DeCarlo iba a pie con Sadie, Tex, Manson, Bruce y Dennis (hijo del testigo). Se subieron todos en el coche de Melcher, estaban todos dentro. (La conductora había sido Brenda. Melcher era solo un pasajero. Todo el mundo

llamaba Terry a Melcher.) Charlie se puso al volante y condujo hasta Ridgecrest, donde cogió un Buick del 59. A continuación, DeCarlo y los demás se marcharon dejando a Melcher, a Manson y a Brenda en el coche. Es la última vez que el testigo vio a Melcher.

Cotejé esto con las transcripciones del juicio, que había fotocopiado en el Tribunal de Apelaciones de California. Tras sacar la declaración de Melcher de mi archivador, advertí que, en la sesión del gran jurado de diciembre de 1969, Bugliosi le preguntó si había vuelto a ver a Manson desde su visita, en mayo de 1969, al Rancho Spahn.

—No —contestó Melcher bajo juramento.

En el transcurso del juicio, Bugliosi le preguntó de nuevo:

—Después de la segunda vez que fue usted al Rancho Spahn, es decir, un par de días después del 18 de mayo de 1969, ¿volvió a ver posteriormente al señor Manson?

—No —dijo Melcher, también bajo juramento.

Acto seguido, fue repreguntado por Paul Fitzgerald, de la defensa:

—¿Recuerda la última vez que vio usted a Charles Manson?

—Sí, unos días después del 18 de mayo... en el rancho.

En tres momentos distintos en el estrado, siempre como testigo de Bugliosi, Melcher mintió al decir que no había visto a Manson después de mayo de 1969. Después saqué la declaración de Danny DeCarlo para ver si Bugliosi le había interrogado acerca de Melcher. Nunca sucedió tal cosa.

Era algo de veras sorprendente. Según Bugliosi, sin el testimonio de DeCarlo quizá jamás habría conseguido las condenas. Solo Linda Kasabian, integrante de la Familia que declaró a cambio de inmunidad, pasó más tiempo en el estrado.

Se trataba de información que Bugliosi quería ocultar al jurado, estaba claro. Pero ¿por qué? ¿Solo porque cualquier visita de Melcher posterior a los crímenes debilitaba el móvil de «Helter Skelter»? Bugliosi sostenía que Manson había escogido la casa de Cielo para «meterle miedo» a Melcher, como dijo Susan Atkins. No obstante, si Melcher estuvo con Manson después de los asesinatos, ¿dónde estaba el miedo? Y lo que es más importante: ¿a qué venían esos encuentros adicionales? Tal vez Melcher conocía la implicación de la Familia en los crímenes, pero, por alguna razón, creía estar a salvo. ¿Era este el secreto que ocultaba Bugliosi? Y en tal caso, ¿a quién beneficiaba algo así?

Mientras leía el expediente de la Oficina del Fiscal más minuciosamente,

observé que todas y cada una de las cosas de las que DeCarlo y Bugliosi hablaron ese día fueron repetidas por el primero en el juicio, menos las alusiones a las visitas de Melcher tras los asesinatos. En sus notas, Bugliosi había tachado todas esas referencias.

La defensa debería haber recibido una copia del interrogatorio a DeCarlo. Con arreglo a las normas relativas a comunicaciones y pruebas, Bugliosi tenía que entregar todo su material a la parte contraria. Y en su libro decía que así lo había hecho.

En cuanto me fue posible, invité a almorzar a Paul Fitzgerald, de la defensa, con la idea de averiguar si sabía algo de esto. Quedamos en su restaurante favorito de dim sum, en el centro, cerca del Palacio de Justicia. Fitzgerald, un exboxeador que era toda una leyenda en los círculos judiciales de Los Ángeles, se mostró animado como de costumbre: ya con su segundo martini antes de que llegara el primer plato, hablaba en voz alta, con tono vulgar y dando golpes en la mesa para enfatizar sus opiniones.

Sin perder tiempo, le enseñé los documentos que había fotocopiado en la Oficina del Fiscal intentando no influir en su reacción. Se quedó boquiabierto.

—Es la letra de Vince Bugliosi —dijo—. ¡No había visto nunca nada igual! Está claro que no querían presentar esta prueba. —El equipo de la defensa se había centrado en DeCarlo, pensando que este podría ser de algún valor—. No era miembro de la Familia, solía decir la verdad, vivía en el rancho, era de fuera... Un tipo bastante honesto en muchos aspectos, creíble. Me caía bien. No adornaba nada, lo contaba todo tal cual.

En opinión de Fitzgerald, esto convertía el documento en algo aún más legítimo, y más sensacionalista.

—Me he quedado de piedra. —Según Fitzgerald, Bugliosi, que era «muy mentiroso» y «el robot que él decía que eran los acusados» había escrito «un guion para todo el juicio» y buscado testigos que estuvieran de acuerdo de antemano con su relato.

El asombro de Fitzgerald me alivió, me convenció de que yo no estaba exagerando. Como quería eliminar cualquier posible duda, dediqué varios meses a buscar al propio Danny DeCarlo, pero parecía haberse esfumado. Al final localicé a una novia suya, quien días después me dijo que le había hecho llegar mi solicitud de entrevista —por aquel entonces, DeCarlo vivía en México, me dijo—, y no volví a tener nunca más noticias suyas.

Tenía la impresión de que me iba a ser casi imposible negar que Bugliosi había manipulado a algunos de sus testigos... o que se había confabulado al

menos con dos de los principales para ocultar hechos del caso y apuntalar así su móvil. Si había dudas sobre Melcher y DeCarlo —y si Melcher había cometido perjurio descarado, incitado por Bugliosi—, entonces quedaba en entredicho la veracidad de toda la causa del fiscal. **«Este tío es un psicótico»**

Como eran una de las bandas más importantes del mundo, los Beach Boys contaban con un séquito de mánagers, utileros, ingenieros y recaderos, y me preguntaba si alguno de ellos tendría alguna opinión sobre Wilson y Melcher o si me podría llenar algunos espacios en blanco. (Los miembros supervivientes de la banda se habían negado a hablar conmigo.) Me puse en contacto con John Parks, que era jefe de gira del grupo cuando Manson y la Familia vivían en casa de Wilson. Parks recordaba que Melcher no solo había conocido a Manson, sino que también lo había grabado, para lo cual había tomado las riendas de las sesiones de grabación iniciadas por Dennis Wilson.

—Terry lo grabó mientras estábamos en una gira bastante larga —me explicó Parks. Eso era otra cosa que Melcher había negado explícitamente en el estrado, cuando dijo que jamás había grabado a Manson. Por su parte, Bugliosi lo repitió en sus conclusiones definitivas: «No grabó a Manson».

Cuando Melcher puso fin a su relación profesional con Manson, las cosas se complicaron. Tal como recordaba Parks, Manson empezó a llamar a Melcher y a desahogarse con él. Le amenazaba de muerte «ante todo el mundo que veía, gritaba y vociferaba sin parar». Parks entendía perfectamente, decía, que aquellas amenazas hubieran influido en la decisión de Melcher de largarse de la casa de Cielo de manera tan repentina.

Después de los crímenes, ¿él o alguno de sus colegas sospecharon de Manson?, le pregunté. Desde luego, contestó Parks.

—Como sabía que de alguna manera Terry había despedido a Charlie y había dejado de grabarlo, lo primero que pensé fue que Charlie se había cargado por error a Sharon Tate y no a Terry.

Una de las chicas de Manson, explicó Parks, ya le había contado que la Familia había matado a uno de los conserjes en el Rancho Spahn: se trataba de Donald *Shorty* Shea, cuyo cadáver no fue descubierto hasta 1977.

—Mirabas a esos tipos y veías que iban totalmente drogados —dijo Parks—. Después de que una de las chicas me dijera que habían matado al conserje, empecé a tomármelo realmente en serio. —En su entorno, todo el mundo sospechó de Manson enseguida, explicó, aunque la policía aún tardó cuatro meses en llevarlo ante la justicia—. No tengo ni idea de por qué no lo detuvieron inmediatamente, pues para mí era muy evidente. Quizá no había

forma de encontrarlo.

La comunidad de Hollywood sabía que los Beach Boys habían acabado encandilados por el mundo de Manson, lo que durante un tiempo los convirtió en unos parias; los clubes nocturnos donde en otro tiempo eran bienvenidos ahora les prohibían la entrada.

—No podíamos salir por ahí porque la gente no nos quería cerca —dijo Parks.

—¿Me estás diciendo que una comunidad enorme de personas supo antes que el resto del mundo que Charles Manson había cometido esos asesinatos?

—Sí.

Parks dijo luego algo aún más desconcertante: estaba seguro de que el FBI había enviado agentes a la oficina de los Beach Boys poco después de los crímenes.

—Como se imaginarían que teníamos algo que ver con aquellos tipos, nos intervinieron los teléfonos —explicó—. Estaban sentados en mi despacho, con el auricular levantado, estoy seguro de que los habían pinchado, pero no quisieron darnos ninguna información. —Parks habló de Manson con el FBI «muy pronto», pero al parecer esa pista fue descartada—. No entendí por qué no hacían nada; por otro lado, los demás solo pretendían quedarse al margen. No queríamos esa clase de publicidad para los Beach Boys. Nadie la quería.

Steve Despar, ingeniero de grabación de los Beach Boys —el hombre que ayudó a enlatar el sonido que definiría a una generación grabando diez de los elepés de la banda y dirigiendo el estudio en la casa de Brian Wilson—, recordó la aparición de Manson como un momento fatídico en una época por lo demás genial. Lo conocí una magnífica tarde de verano en el paseo marítimo de Venice, por donde pasaban los surfistas y los patinadores, ambiente Beach Boys por excelencia.

Despar, despreocupado y de trato fácil, recordaba lo mal que se lo hacía pasar Manson en las sesiones de grabación, cuando aparecía con «unas doce chicas, muchas de ellas menores de edad, apáticas, en estado de estupor». El grupo olía tan mal que, a instancias de la esposa de Brian Wilson, los encargados del estudio «instalaron un váter». En la sala de control, Manson, que apestaba, «se sacaba un cuchillo y con él se limpiaba las uñas, lo agitaba por ahí y gesticulaba». Al cabo de tres sesiones, Despar ya estaba harto. Llamó al representante de los Beach Boys y le dijo: «No quiero estar a solas con él. Este tío es un psicótico y me pega unos sustos de muerte».

Pedí a Despar que ampliara su opinión sobre los crímenes.

—Creo en la teoría de la industria discográfica sobre los asesinatos: Manson iba a por Melcher —explicó—. A estas alturas, Melcher tenía un papel importante. Formaba parte del proyecto. Cuando yo estaba grabando a Charles Manson, lo hacía para Dennis y Terry Melcher. **«Para un lego en la materia»**

Terry nunca admitiría eso, desde luego, y yo no quería volver a hablar con él hasta haber hecho mis debidas comprobaciones. Por suerte, pronto encontré otro documento que suscitaba más dudas que ningún otro anterior. En los archivos de la Oficina del Sheriff del Condado de Los Ángeles, tropecé con otra prueba de que Melcher había visitado a Manson después de los asesinatos.

La Oficina del Sheriff tenía constancia de un interrogatorio a Paul Watkins, otro miembro clave de la Familia que había declarado en contra de Manson. Watkins también había visto a Melcher en el Rancho Spahn, más o menos en la misma época que Danny DeCarlo: la primera semana de septiembre de 1969. Lo que le había contado al interrogador anónimo me dejó atónito:

Melcher iba puesto de ácido. Estaba de rodillas. Le pedía a Manson que le perdonara. Terry Melcher había faltado a una cita. Lo llamó cerdo. Todos son unos cerdos. «Helter Skelter» significaba que todo el mundo iba a morir. Charlie dio a Gregg [Jakobson] una bala del 45 y dijo: «Dale esto a Dennis [Wilson] y dile que tengo otra para él».

Me di cuenta de que eso era aún más insólito que los expedientes de la Oficina del Fiscal. Daba a entender que Melcher tenía con Manson alguna deuda extraña, lo cual planteaba la posibilidad de acusar de perjurio a Watkins. Igual que DeCarlo, Watkins había omitido estos detalles en su testimonio. No mencionó en ningún momento haber visto a Melcher en el Rancho Spahn a principios de septiembre de 1969, y mucho menos puesto de ácido y suplicando perdón.

El interrogatorio a Watkins no solo reforzaba mi tesis del encubrimiento, sino que además sugería un sinfín de preguntas nuevas. ¿Por qué Melcher necesitaba que Manson le perdonara? ¿Sabía que era él quien supuestamente iba a morir aquella noche? ¿Le había metido Manson más miedo en el cuerpo que nadie en su vida? Por otro lado, ¿qué había hecho creer a Bugliosi que podría ocultar el verdadero alcance de su relación? Me habría gustado saber cuántas historias más como esta se habían mantenido en secreto. Ahora me parecía tener una muy buena oportunidad para despertar la atención de Terry,

quizá incluso para lograr que admitiera haber mentido.

No obstante, primero tenía que vérmelas con Bugliosi. En el primer año de mi reportaje, cuando el verano dio paso al otoño, tuve la impresión de que Vince me vigilaba de cerca, supervisando de algún modo mis progresos. Altobelli había insinuado que Vince estaba siempre preguntando por mí, intentando socavar mi credibilidad; a su entender, yo solo me hacía pasar por periodista. Cuando me enteré del enigmático comentario de Melcher —«se supone que Vince tenía que ocuparse de esto»—, tomé conscientemente la decisión de alejarme de Bugliosi. Aunque en otro tiempo hablábamos casi con periodicidad semanal, desde junio no había tenido ningún contacto con él. Un día de octubre, al llegar a casa me encontré con un mensaje suyo en el contestador. «Tengo que hablar con usted sobre algo», decía, y el tono era extrañamente serio. «Vamos allá», pensé. Encendí la grabadora y marqué su número.

—¿Qué tal le va, amigo? —dijo; parecía un poco ido—. Escuche, ¿todavía anda trabajando en eso? Me llamó alguien, no recuerdo quién... Si hay algo relacionado con mi intervención en el caso, cualquier cosa sobre la que tenga dudas, le agradeceré que me llame para darle mi opinión al respecto... Creo que hice un buen trabajo, y no se me ocurre nada que hubiera podido hacer de otra manera. Pero un lego en la materia quizá mire y diga: «Debería haber hecho tal cosa, esto es incorrecto, o lo que tendría que...», bueno, al menos me gustaría ser escuchado.

Le dije que descuidara, que le daría la oportunidad de explicarse, y que, en efecto, seguramente habría algunas preguntas, pero aún no las tenía listas.

—De acuerdo —dijo—. Vale, llámeme, porque quizá haya una justificación, o una razón, por la que hice algo que a usted, como profano, le cueste entender.

Estaba convencido de que él tenía alguna idea de lo que yo había estado investigando, de con quién había estado hablando. Mencioné que había hecho progresos solo intermitentes, pero que *Premiere* publicaría igualmente el reportaje aunque lo presentara fuera de plazo. Había sido imposible captar del todo el punto de vista de Melcher, dije, preguntándome si mordería el anzuelo.

—¿Pudo ponerse en contacto con Terry? —preguntó.

Contesté que sí.

—Vaya, entonces ¿ha hablado con él? ¿Por teléfono? —La sorpresa de Vince era palpable, pero no estaba seguro de si era fingida o no. Tuve la sensación de que quería hacerme hablar, tantear mis avances. Colgué en cuanto

pude.

No había sabido nada de él hasta diciembre, unos días antes de Navidad, cuando me dejó un mensaje en el contestador en el que me pedía mi dirección. Decía que quería mandarme un CD con algunas canciones de Manson que le había dado «un tipo que hizo de Manson en una película». Como no le devolví la llamada, al día siguiente dejó otro mensaje para asegurarse de que yo entendía que la música era «muy rara y que, aparte de eso, ya no estaba a la venta». Tampoco le contesté esta vez, pero aquella misma noche recibí una llamada de Altobelli, quien dijo que ese día Vince le había telefoneado dos veces «para enterarse de lo que está usted haciendo». Su segunda conversación terminó en «una pelea a gritos», dijo Rudi, después de que este empezara a preguntarle a Bugliosi sobre algunas de las informaciones que yo le había revelado a lo largo de los últimos meses.

Yo ya no aguantaba más. No volvería a hablar con Vince en siete años.

En la azotea de Melcher

Cuando mi reportaje para *Premiere* llevaba ya más de un año de retraso, supe que debía hablar de nuevo con Melcher y basarme totalmente en él. Quería que esta conversación fuera la culminación de mi trabajo. Entonces podría entregarlo por fin.

Tantos meses de entrevistas constantes me habían servido para pulir mi estrategia. Si conseguía que alguien se quedara al teléfono con ganas de hablar, proponía un encuentro en persona el mismo día, lo cual reducía las posibilidades de que el otro se echara atrás. Estaba listo para acudir donde fuera de inmediato: duchado y vestido, con notas, preguntas, documentos y grabaciones en mi bolsa junto a la puerta. Así sucedió el día que llamé a Melcher, el 3 de julio del año 2000. Fue sorprendente que cogiera el teléfono; y aún más sorprendente haberlo pillado de buen humor. Pero lo más curioso de todo fue que íbamos a vernos en la azotea de su edificio de apartamentos en quince minutos.

Salí de golpe y conduje hasta su casa de Ocean Avenue, en Santa Mónica, dándole vueltas todo el rato al lugar escogido: ¿la azotea? Me imaginé un sitio desolado, lóbrego, con el sol cayendo a plomo mientras los ventiladores zumbaban. Sin embargo, entré en el vestíbulo, cogí el ascensor, y arriba me encontré con una gran sala con un bar, una piscina y una majestuosa vista de la bahía de Santa Mónica.

Melcher vivía en uno de los áticos, y allí estaba él, sentado en el sofá con una copa en la mano. Aunque hacía un día precioso y cualquier vecino de

aquellos pisos lujosos podía acceder al salón de la azotea, estábamos solos. Terry lucía una camisa dorada y unas gafas de aviador que no se quitó hasta mediada la conversación. Cuando llegué, desapareció en la cocina para dejar allí su copa. Me dio la impresión de que no era la primera del día.

Teniendo en cuenta la cantidad de tiempo y esfuerzo que le había dedicado, costaba creer que no hubiera visto antes a Melcher. Terry tenía una barriga pronunciada pero las piernas delgadas. El pelo largo y ralo, entre gris y rubio, le caía sobre las orejas y la frente. Se le veía la cara abotargada y húmeda, y los pómulos marcados. Los ojos, ya sin las gafas, estaban hinchados, y me miraba sin sonreír. La boca y el mentón me recordaban a su madre, Doris Day. Y hablaba con una especie de susurro agudo y entrecortado.

Nos sentamos a la sombra. Saqué mis papeles y le dije que tenía buenos motivos para pensar que él había visitado los ranchos Spahn y Barker después de los crímenes, y que allí había departido con Manson.

—Conozco el nombre del Rancho Barker solo porque allí encontraron y detuvieron a toda esa gente —dijo—. Fue allí, ¿no? Un sitio en pleno desierto de Mojave.

—Dennis y Gregg estuvieron allí —señalé.

—Pues yo no. No tenía ni idea de dónde estaba el Rancho Barker. Ni idea.

Empecé a leer el interrogatorio de Bugliosi a Danny DeCarlo, el que había sacado de la Oficina del Fiscal: «Indudablemente vio a Melcher en el rancho. Oyó a las chicas que decían: “Que viene Terry, que viene Terry”. Melcher conducía una camioneta de la Metro parecida a las de reparto de pan o leche...».

—En realidad, era un Mercedes Benz descapotable —corrigió él. Un momento... entonces ¿estaba admitiendo...?

—Esto fue después de los asesinatos —subrayé—. Entre el 16 de agosto y la segunda semana de septiembre. ¿Se acuerda? —Advertí que mientras oía mis palabras le invadía la frustración.

—Vamos a ver —dijo frotándose el puente de la nariz—. Como se ve, esto es una historia que continúa persiguiéndome me guste o no, y yo no soy precisamente un delincuente convicto que vaya por ahí haciendo canalladas. En cualquier caso, el único tipo con el que hay que hablar y al que se pueden hacer preguntas sobre mí es Bugliosi. Vincent Bugliosi sabe todo lo que yo tuve que ver con este asunto, ¡todo!

—Antes de hablar con él, quería hablar con usted —dije.

—Bueno, pues no sé, si usted quiere tocar las pelotas y sonsacar algo, de él o de mí, adelante, pero en tal caso haré que cuatro bufetes demanden a la revista *Premiere*.

Me quedé de una pieza. Apenas habíamos comenzado y ya me estaba amenazando con ponerme un pleito. Las amenazas, por lo que empezaba a ver, eran casi siempre una buena señal. No aparecían a menos que hubieras descubierto algo importante.

—Solo quiero saber la verdad, Terry —dije—. ¿Puedo acabar de leer esto?

—Pues claro que sí, Tom. No he tergiversado ni una sola vez lo que pasó. No tuve nada que ver con aquello, aparte del hecho de que entonces yo era un productor discográfico importante y famoso. Y punto.

Con la idea de presionar un poco más, saqué los expedientes de la Oficina del Sheriff, y enseguida encontré la frase más concluyente: «Melcher iba puesto de ácido. Estaba de rodillas».

—¡No es verdad! —gritó—. ¡Es falso! ¡Yo era productor de Columbia Records! ¡El productor de Columbia más importante de la Costa Oeste! Tenía a The Byrds, a Paul Revere and the Raiders, ¿vale? Vendía cantidades ingentes. Yo simplemente buscaba grupos... Y fui allí, al Rancho Spahn, los conocí, y salí vivo de aquel lugar porque tuve una suerte de cojones.

Negó rotundamente haber estado en el Rancho Spahn más veces de las dos que declaró en el juicio, las dos en mayo de 1969.

—Rudi [Altobelli] es una de mis fuentes —dije—. Él le llamó y usted le dijo: «Se supone que Vince tenía que ocuparse de esto, y ahora resurge todo».

—No, yo nunca le dije eso a Rudi... Rudi me cae bien, éramos amigos, espero que no haya rencor. —Hizo una mueca burlona y cruzó los brazos—. Dios mío, ¿por qué está usted haciendo esto?

—Solo estoy intentando averiguar la verdad de esta historia, y cuando veo cosas así en los expedientes de la Oficina del Fiscal y las combino con este comentario a Rudi, según el cual Vince le protegía a usted...

—Vince no me protegió nunca. Vince no protegió nunca a nadie. Era Rudi el que... —Pero se interrumpió y exhaló un suspiro—. Tengo que ir al lavabo —dijo, y se retiró.

Cuando regresó, había recobrado la calma.

—Voy a divagar un rato —dijo, y se quitó las gafas—. Antes de nada, si quiere mi relato de los hechos, este es immaculado, lo único que hice fueron audiciones para Columbia Records. De algunas salió un contrato, de otras no.

No pasé ni un segundo con aquellas chicas, aunque en un momento dado, cuando estaban en la cárcel, unas veinticinco de ellas dijeron que yo era el padre de sus hijos, debido a lo cual tuve que guardar cama durante unas tres semanas. Quiero decir con eso que eran de cuidado. Para que la fiscalía me dejara en paz, cogí a Michelle Phillips —su novia de entonces, durante el juicio— y la llevé a la oficina central y dije: «Les presento a mi novia, ¿creen que voy a querer estar con alguna de esas...?». —Hizo un gesto referido a las chicas «de cuidado» de Manson—. Y dijeron que probablemente no.

Le recordé lo dicho por Altobelli:

—En el estrado dijo que usted quería que él fuera el representante de Manson.

—Eso es una insensatez. Una locura.

Cambiando de tema, dije:

—Tras los asesinatos, usted volvió a vivir en la casa.

—Esto al final será realmente mi libro, ¿eh?... Le diré una cosa. Voy a hacer esto con usted, y luego escribimos el libro juntos.

Era una especie de baza, un acuerdo bajo mano. Pensé que Melcher quería que yo leyera entre líneas: «¿Cómo vas a decir todas estas cosas tan feas sobre mí en un estúpido reportaje de revista cuando puedes sacar tajada de las ganancias de mi libro?». Me proponía ser coautor de sus memorias. La gente llevaba años suplicándole que escribiera un libro. ¡Había sido el «único americano en producir a los Beatles»! Parecía dar a entender que yo sería idiota si no cazaba su propuesta al vuelo pese a ser el mismo escritor que creía que él había mentido sobre uno de los episodios más trascendentales de su vida.

—Necesito contar esta historia, y para ello necesito la verdad —dije—. Usted era alguien poderoso...

—¿Era? Soy. ¿Su interés es puramente periodístico o solo quiere joderme?

Insistí de nuevo en que no quería manchar su reputación, sino solo saber por qué aquellos expedientes contaban una historia tan asombrosamente distinta de la de Bugliosi.

—Dennis Wilson era el único que sabía de verdad lo que estaba pasando —dijo Terry—. Después... ha hablado sobre ello por activa y por pasiva, y da la impresión de que estuvo ahí, que conocía el paño. —Parecía cansarle el esfuerzo de hablar de Manson, como si fuera un fastidio de poca importancia que hubiera dejado atrás hacía tiempo—. Al cabo de un tiempo te

acostumbras; suena fatal, pero de algún modo acabas acostumbrándote. —Y luego, una vez más, actuó como si estuviera listo para llegar a un acuerdo—. Entonces, ¿qué es lo mejor que usted y yo podemos hacer al respecto?

De pronto, la entrevista adquirió el tono de una negociación tensa.

—Esto ha de tener una explicación —señalé, llevando la conversación de nuevo a los documentos de las oficinas del fiscal y el sheriff—. ¿Cómo es que en los expedientes había todo eso? ¿Cómo fue suprimido y por qué? Y si mintieron, me refiero a DeCarlo y a Watkins, ¿por qué testificaron sobre otros aspectos significativos?

—No tengo ni idea de dónde está el segundo rancho —precisó Melcher—. ¡Ni puñetera idea! Podría estar en Kuwait. —Se levantó para coger una botella mediada de vino blanco—. Por cierto, ¿le apetece? —dijo. Solo había traído una copa.

—Si es verdad que estuvo en el rancho tras los asesinatos, esto debilita todo el móvil de la acusación basado en «Helter Skelter» —dije.

—Aún no tengo muy claro por qué quiere usted hablar conmigo de esto —dijo, casi farfullando—: ¿para crucificarme...?

—Porque nadie había tenido hasta ahora la información que tengo yo, el hecho de que usted estuvo después en el rancho.

En ese momento Melcher dejó caer el nombre de su abogado.

—Joe Lavelly. ¿Sabe quién es? Puede cerrarlo todo. Cadenas de televisión, revistas, cualquier cosa.

Me pidió que le enviara por fax un borrador de mi historia. Le dije que no podía hacer eso.

Melcher se inclinó hacia delante.

—Usted sabe que me cae bien —dijo mirándome a los ojos—. Si no me cayera bien, cogería su maletín y lo tiraría por el balcón, ¿vale? Pero resulta que me cae bien, así que espero que sea justo conmigo.

—Parece una amenaza —dije—. Pero seré justo con usted.

—No es una amenaza, es la verdad.

Era verdad que Melcher contaba con los medios para llegar hasta el final, desde luego. Podía ponerme un pleito a mí o ponérselo a *Premiere*, podía levantarse de un salto y tirar mis papeles —todo fotocopias— a la calle. Pero no tenía yo muy claro qué haría realmente. Por enervante que fuera estar sentado frente a él y que no admitiera absolutamente nada, mantuve la calma preguntándome qué forma podía adoptar su hostilidad, teniendo en cuenta que mi información sobre él era sólida.

—Sé que usted tiene dinero, recursos, abogados poderosos —dije, consciente de que la entrevista estaba a punto de concluir—. Pero esto no va a impedirme escribir mi historia, y es imposible que lo pare todo, porque se trata de la verdad, y no puede detener la verdad, Terry.

Poco después estaba ya en el ascensor y de nuevo en la calle, mirando el edificio bañado por el sol. Sentí una mezcla de la euforia y la inquietud que solía notar después de una entrevista importante, cuando tenía la impresión de haber hecho progresos en una dirección incierta. No, no había hecho cantar a Melcher, pero podría hablar de su comportamiento extraño, sus amenazas, sus ofertas para ser coautor de la historia de su vida y, quizá lo más importante, las primeras respuestas registradas que había dado sobre Charles Manson desde 1974. Lo que aún no sabía yo era cuándo, o cómo, iba a terminar todo aquello. **Colofón: «Me llamaban Ángel»**

No volví a ver ni a hablar con Melcher. Murió en 2004 de cáncer, a los sesenta y dos años. Por lo que sé, no concedió ninguna entrevista más sobre Manson ni escribió sus memorias.

Su muerte eliminaba toda posibilidad de averiguar algunas cosas de los miembros de la Familia: sus verdaderas motivaciones para cometer los asesinatos, sus conexiones con la élite de Hollywood o su capacidad para no ser descubiertos hasta transcurridos varios meses desde sus espantosos crímenes. Yo seguía convencido de que Melcher habría podido dar más respuestas de las que había dado, y que se había definido como un actor secundario en el mundo de Manson pese a que su papel había sido mucho más importante. Creo que nunca seré capaz de explicar a mi entera satisfacción las contradicciones de su relato.

Tras mi enfrentamiento con él ese día, dirigí la atención a otro sitio, si bien, aun desde la distancia, Melcher y su grupo seguían apareciendo en mi reportaje. Y como había estado prometedoramente cerca de descubrir algo, no paraba de cavilar sobre algunas de las dudas que me habían quedado pendientes de resolver. ¿Por qué se había marchado del número 10050 de Cielo Drive? ¿Llegó a grabar a Manson? ¿Cuál era su verdadera relación con Tex Watson y Dean Moorehouse? Y sobre todo esta: ¿podía haber impedido los asesinatos hablando con Manson o avisando a las víctimas, o diciéndoselo sin más a la policía?

Como Melcher y Dennis Wilson estaban muertos, quizá quedara la posibilidad de obtener alguna respuesta del tercer y último Penetrador Dorado, Gregg Jakobson. Tras mucho buscar, al final averigüé su paradero. De

hecho, había hablado con él mucho antes que con Melcher, en los primeros meses de mi reportaje; antes de conocer la historia lo bastante bien para discrepar claramente de algunas de sus afirmaciones.

En cierto modo, Jakobson es más misterioso que Melcher o Wilson. A diferencia de estos dos, no había gozado de privilegios. Era huérfano y había sido adoptado por el jefe de policía de St. Paul, Minnesota; a los doce años murió su padre adoptivo, tras lo cual se mudó con la madre a Los Ángeles, donde muy pronto estuvo codeándose con hijos e hijas de famosos. Aprovechó estos contactos para hacer carrera en la periferia de Hollywood, como especialista, actor y cazatalentos, donde acumuló de pasada algunas detenciones. Pero lo que atraía de él a Manson era su pasado. Por su condición de huérfano, Jakobson ocupaba un lugar especial en la mitología de la Familia. Manson detestaba la influencia de los padres, y Jakobson, pese a su afectuosa familia adoptiva, fue considerado un icono del desamparo.

—Me llamaban Ángel —me dijo Jakobson—, porque vine al mundo sin padres.

Según una de mis fuentes, Jakobson testificó para que no tuviera que hacerlo Dennis Wilson. Este había incluido a Jakobson como coautor en los títulos de crédito —lo que suponía un flujo continuo de regalías— de muchas de sus canciones. John Stebbins, biógrafo de Brian Wilson, me explicó que Jakobson «no tenía ni idea de lo que estaba haciendo» en el estudio, donde al parecer «no diferenciaba entre una cuerda de guitarra y una de piano».

En 1999, quería cien dólares a la hora por hablar conmigo. Cuando le dejé claro que no le pagaría nada, dijo que aquellos treinta años le habían nublado la memoria. De todos modos, afloraron algunos detalles reveladores. Melcher había sido tan amigo de Manson que le había puesto un apodo: el Abandonado.

Jakobson se contradecía con despreocupación. Veamos el catalejo verde, por ejemplo. En el juicio fue un elemento importante: Jakobson declaró que Manson le había llamado antes de los asesinatos para preguntarle si Melcher tenía un «catalejo verde» en su casa de Malibú. Jakobson le contestó que sí y entonces Manson dijo: «Bueno, pues ya no lo tiene». Esto demostraba que Manson sabía que Melcher se había marchado de la casa de Cielo. Sin embargo, cuando habló conmigo, Jakobson lo negó todo.

—No sé cuánto tiene esto de leyenda y cuánto de verdad —dijo con respecto a algo sobre lo que había testificado bajo juramento—. Creo que es muy posible que [Manson] no supiese siquiera que Melcher se había largado.

He descubierto montones de incongruencias entre sus declaraciones en el juicio y lo que me dijo a mí. A veces, mientras reviso viejos artículos, descubro por casualidad algo que me recuerda lo mucho que se ha quedado en el tintero. Encontré un comunicado de noviembre de 1970 de Associated Press, con el titular ACUSADO MUY QUERIDO EN EL JUICIO DE TATE, en el que se hablaba del curioso afecto que Melcher y Jakobson sentían hacia el hombre que había provocado que se les investigara tanto a ellos. «No mostraban hacia él animosidad alguna», señalaba el artículo. Jakobson solía sonreír a Manson, quien un día, tras salir de la sala de juicios, le dijo: «Ven a verme». ¿Qué se supone que hay que deducir de esta amistad y del conocimiento tácito que insinúa? ¿Por qué iba Manson a entenderse con alguien que acababa de testificar contra él en un caso de pena de muerte? Irving Kanarek, abogado de Manson, decidió no interrogar a Terry Melcher. Puso furioso al juez cuando dijo que Manson y Melcher «seguían siendo buenos amigos» y quería «dar las gracias al señor Melcher por su presencia», comentarios por los que recibió una amonestación del tribunal y se ordenó que no quedaran registrados.

Jakobson me explicó que en realidad jamás se tomó a Manson demasiado en serio. Las amenazas de acciones violentas, la pseudofilosofía... «Nada más que bobadas —decía—. Nunca intenté encontrarle sentido a nada de aquello. Me daba igual.» Dejaba abierta la posibilidad de que hubiera habido alguna maquinación para que la historia fuera más presentable en el juicio. «No tengo muy claro si Bugliosi estaba haciendo un favor a Melcher —me dijo—, o si había ahí alguna clase de reciprocidad, alguna información que cambió de manos. Y que Bugliosi dijera que él se ocuparía del asunto... No me consta, palabra de honor.»

Jakobson estaba algo más dispuesto a hablar de la atracción de Melcher hacia las chicas de la Familia. «Seguramente tuvo un lío con una de ellas —me dijo, aunque Melcher había negado con vehemencia precisamente eso—. Yo tenía cierta debilidad por la pequeña Ruth Ann Moorehouse. Creo que él también. Ella era la pequeña joya del grupo. Un amorcito de quince o dieciséis años.» Asimismo, *Manson*, el libro de Jeff Guinn de 2013, menciona varias veces que Melcher había tenido relaciones sexuales con Ruth Ann Moorehouse, siempre según Jakobson.

Incluso ahora me sorprende preguntándome cómo reaccionaría Melcher ante estas afirmaciones. Siempre procuró limpiar su imagen en relación con Manson, sobre todo cuando otros daban a entender o escribían descaradamente

que se había acostado con las chicas. Esto lo enojaba muchísimo. Y a menudo transmitía a los autores las mismas amenazas de las que yo había sido objeto.

Barney Hoskyns, autor del citado *Waiting for the Sun*, me contó que Melcher había intentado suprimir varias referencias a él en el libro. En la primera edición se mencionaban el interés sexual de Melcher por las chicas de Manson, sus numerosas visitas al rancho y que era consciente de la intención de Manson de asesinar a Bernard Crowe. Hoskyns me escribió para decirme que recordaba haber entrado en su estudio una mañana «y haber encontrado un montón de faxes de los abogados de Melcher en los que se ordenaba la destrucción de todos los ejemplares existentes» de su libro «y la eliminación, en futuras ediciones, de toda referencia a las supuestas relaciones de Terry Melcher con “las chicas de Manson”». El editor obedeció. Si miramos cualquier edición reciente del libro, vemos que ha sido corregida. En cualquier caso, el ejemplo más patente de intervención de Melcher lo tenemos en Stephen Kay, de la Oficina del Fiscal de Los Ángeles, que había ayudado a Bugliosi en el caso. Kay me dijo que, a mediados de la década de 1990, el abogado de Melcher le abordó para pedirle que firmara un documento oficial según el cual los vínculos de Melcher con la Familia se limitaban a tres momentos en los que Manson había estado presente: una vez en la casa de Wilson, dos en el Rancho Spahn. Kay firmó, aunque dijo que no se había quedado ninguna copia. En aquel entonces, no había visto los documentos que tenía yo en los que se detallaba la relación de Melcher con la Familia.

Una de las partes más desconcertantes de un reportaje como este es la de determinar la relevancia de cada hallazgo. Estuve años preguntándome si era una tontería pensar que Terry Melcher era alguien importante, una señal reveladora de un contexto más amplio.

Años después, en 2005, fue Kay quien me transmitió cierta apariencia de justificación al respecto. Volví a verle y le enseñé las notas manuscritas de Bugliosi. A estas alturas, mi obsesión con el caso ya era una manía con todas las de la ley: el reportaje había invadido mi vida entera, y a menudo dudaba de si iba a acabar algún día, si llegaría a alguna forma de clausura o conclusión. Aún recuerdo estar sentado en el despacho de Kay en Compton, mirándole mientras él negaba con la cabeza al inspeccionar mis fotocopias.

—No creo que Terry Melcher estuviera en el Rancho Spahn después de los asesinatos. No me entra en la cabeza —dijo—. Si hubiera estado en el rancho, Manson le habría hecho daño. Estaba muy enfadado.

Sin embargo, con el montón de papeles delante, y la letra que innegablemente era de Bugliosi, Kay se desplomó en la silla.

—Estoy pasmado —dijo—. No salgo de mi asombro.

Por entonces estaba ya planeando su jubilación, alardeando de que dejaba la oficina con un «sesenta a cero»: sesenta comparecencias ante el tribunal frente a miembros de la Familia sin que uno solo lograra la libertad condicional. Con la prueba de corrupción de Bugliosi en sus manos, Kay dijo:

—Esto supone un enfoque distinto de todo el asunto... Ahora no sé qué pensar. Si efectivamente se produjo, es una conducta escandalosa. Todo esto debería haber sido entregado a la defensa.

El hecho de que Paul Watkins y Danny DeCarlo contaran historias parecidas parecía indicar que ambos decían la verdad, lo cual ponía en entredicho el testimonio de Melcher y, por tanto, buena parte del móvil de «Helter Skelter». Tras mirar las líneas gruesas con las que Vince había tachado las partes más incriminatorias de los interrogatorios, Kay dijo:

—Es que no entiendo las tachaduras... No tienen ningún sentido. —Con un hilo de voz, hizo la pregunta que yo me había hecho muchas veces—: En caso de que Vince estuviera encubriendo algo, si cambió esto, ¿qué más pudo cambiar?

Pregunté a Kay si esa prueba bastaría para anular los veredictos contra Manson y la Familia. Sí, admitió; podría suponer juicios nuevos y graves problemas para Bugliosi. Si era declarado culpable de incitación al perjurio, técnicamente reuniría todos los requisitos para ser condenado a muerte, pues esta era la máxima sentencia posible en el caso Manson.

Yo no estaba embarcado en una cruzada para demostrar la inocencia de Manson ni para desprestigiar a Bugliosi. Solo quería averiguar qué había pasado realmente. Kay, sentado frente a mí ese día, parecía estar lidiando con lo mismo. Ninguno de los dos entendía por qué Bugliosi había llevado a cabo aquel encubrimiento ni cómo Melcher y sus amigos habían relegado la verdad a la esfera de los rumores y las habladurías durante tantos años.

Noté que dentro de mí surgía un conflicto que me resultaba familiar. Por una parte, estaba convencido de que, si seguía apretando, si redoblaba la tenacidad, la atención y la obstinación, sería capaz de resolver el misterio y averiguarlo todo. Por otra, tenía miedo de que fuera demasiado tarde. Poderosos intereses se habían aliado en contra de la verdad.

5 Amnesia en la Oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles «**Sigue adelante**»

El trigésimo aniversario de los asesinatos de Tate-LaBianca pasó sin pena ni gloria, al menos en *Premiere*. Esto no me preocupó, al menos al principio. Para entonces, ya había enganchado al redactor jefe, Jim Meigs, que había acabado casi tan obsesionado como yo. En los contratos que yo debía firmar cada mes, empezó a dejar en blanco la fecha de entrega: el sueño de un periodista hecho realidad hasta que dejó de serlo.

En el espacio de un año había entrevistado a más de quinientas personas: personajes de la industria cinematográfica, amigos y parientes de las víctimas, testigos, reporteros, policías, abogados, jueces, sospechosos y parásitos. Mi apartamento de una habitación de Venice había acabado convertido en el antro de un coleccionista de materiales sobre Manson. Sobre el escritorio instalé estantes para albergar una creciente colección de libros y carpetas — compraba las más grandes que encontraba— que llevaban etiquetas como RECORTES DE NOTICIAS 1967-1969, CRONOLOGÍAS, TRANSCRIPCIONES DE JUICIOS, INTERROGATORIOS-TESTIGOS, etcétera. Se multiplicaban como si estuvieran procreando. Cuando recibía visitas de amigos, al entrar en el piso se paraban de golpe y me lanzaban miradas de preocupación. Sobre mi ordenador había una pizarra con la palabra MANSON dentro de un círculo. De ese nombre, a modo de araña psicodélica, surgían líneas en tinta deleble que conducían a otros nombres: de miembros de la Familia que no habían sido identificados públicamente antes o de traficantes de droga de Hollywood, por ejemplo, que rara vez habían sido pronunciados en las tres últimas décadas.

Como trataba de entrevistar al máximo número de personas en un mismo día, mi jornada laboral era interminable. Siempre iba con retraso; en cualquier momento podía montarme apresuradamente en mi destartado Acura para acudir al Valle, a San Diego o a Santa Bárbara a una entrevista. Cuando no estaba entrevistando, investigaba, ordenaba las carpetas o llamaba por teléfono para concertar más citas. Había literalmente adoptado a Bully, el pastor alemán de mi vecino, que se pasaba el día y la noche en mi casa; me preocupaba que pudieran robarme documentos, y con el perro a mi lado me sentía más seguro.

El encargo de mi revista empezaba a parecerse a una vocación. Manson y las teorías sobre él me rondaban siempre por la cabeza, al margen de si estaba solo o con amigos, si bien, dado mi deseo de concluir la historia, estaba gran

parte del tiempo a solas. Cuando viajaba a Los Ángeles, Meigs, el redactor jefe, me venía a ver. Nos sentábamos en el suelo y yo esparcía los documentos para que él pudiera examinarlos y proponer al mismo tiempo ideas sobre las posibles contradicciones del caso. Era una presencia reconfortante; las cosas que me parecían sospechosas también se lo parecían a él. Mientras contara con su confianza, podría seguir dedicando a aquello muchas horas. En ese momento, el final —la bomba, la gran primicia— parecía a la vuelta de la esquina. Jim levantó la vista del documento, se fijó en un nombre de la pizarra, asintió y dijo:

—Sí, sí... ya veo. Bien. Sigue adelante. —Y eso hice. «**Cerdito político**»

Los asesinatos de Tate-LaBianca están grabados en el imaginario colectivo. En la conversación informal, la gente habla de «los crímenes de Manson»: dos noches de desquiciado derramamiento de sangre surgido de la nada.

También se suele olvidar que, para entonces, la Familia había causado ya otra muerte. Gary Hinman, de treinta y cuatro años, vivía en una casa aislada en Topanga Canyon, una comunidad hippie situada a unos veinticinco kilómetros del Rancho Spahn. Budista de hablar suave y profesor de música, Hinman había tratado a Manson y a sus adeptos con una solemnidad que pocos les habían dispensado. Había alojado en su casa durante largas estancias a numerosos miembros de la Familia, con quienes se mostraba generoso cuando necesitaban comida o dinero.

En julio de 1969, el cada vez más perturbado Manson estaba convencido de que Hinman había heredado unos veinte mil dólares. Ofuscado por el color verde, ordenó a tres de los suyos —Bobby Beausoleil, Mary Brunner y Susan Atkins, que más adelante participaría en los crímenes de Tate-LaBianca— que se apoderasen del dinero de Hinman a toda costa.

El 25 de julio, aparecieron los tres en casa de Hinman. Manson estaba equivocado, les dijo, no había herencia ninguna, pero los otros se negaron a creerle. Lo ataron y lo registraron todo de arriba abajo, pero no había dinero. Manson, decidido a comprobarlo por sí mismo, se presentó acompañado de Bruce Davis, otro integrante de la Familia. Pero ni siquiera Manson fue capaz de arrancarle nada a Hinman. Al final, enfurecido, Manson desenvainó un sable que llevaba al cinto y le cortó a Hinman una oreja por la mitad. Salió de la casa con Davis, pero dijo a Beausoleil y a las chicas que se quedaran hasta encontrar la pasta.

Estuvieron dos días apaleando y torturando a Hinman, que insistía en que

no había heredado nada. (También le cosieron la oreja con hilo dental.) Al tercer día, Manson ya estaba harto; quería a Hinman muerto. Por teléfono, ordenó a sus seguidores que se encargaran del asunto. Beausoleil ató a Hinman y lo apuñaló al menos cuatro veces. Como Hinman no dejaba de salmodiar una oración budista, Atkins y Brunner le taparon por turnos la cara con una almohada hasta que dejó de respirar. Como haría también con los asesinatos de Tate-LaBianca, Manson dijo a sus incondicionales que dejaran señales que involucraran a los Panteras Negras. Mojaron una alfombra con la sangre de Hinman y con ella garabatearon en la pared del salón las palabras «*Political piggy*» (cerdito político), que rodearon con sangrientas huellas de zarpa.

Algunos amigos de Hinman empezaron a preocuparse, pues llevaban seis días sin noticias suyas. El 31 de julio, fueron a su casa a verle, descubrieron el cadáver y llamaron a la policía.

Charles Guenther y Paul Whiteley, detectives de homicidios de la Oficina del Sheriff del Condado, empezaron a investigar. Se pasaron cinco días buscando pruebas e interrogando a gente. Aunque nadie había visto ni hablado con Hinman en los últimos días, al parecer había habido en la casa una mujer que había cogido el teléfono. En un momento dado, un amigo de Hinman se presentó y la mujer incluso abrió la puerta y, sosteniendo una vela, le explicó con un ligero acento británico que Hinman se había ido a Colorado a ver a sus padres.

Los detectives mandaron un aviso general de búsqueda de dos vehículos que faltaban en el camino de entrada de Hinman: una camioneta Fiat y un microbús VW. Siete días después de haber sido descubierto el cadáver, apareció el Fiat en el arcén de una autopista de San Luis Obispo, a unos doscientos kilómetros al norte de Los Ángeles. Dentro estaba Bobby Beausoleil, medio dormido. Un policía estatal lo detuvo, y Guenther y Whiteley se apresuraron a interrogarlo.

Beausoleil se inventó una historia según la cual los culpables del asesinato eran los Panteras Negras, si bien confundía los detalles una y otra vez. Primero dijo que no conocía de nada a Hinman; le había comprado el Fiat a un Pantera Negra hacía unos días. Cuando la policía le dijo que habían descubierto el arma del crimen en el hueco para la rueda de repuesto del Fiat, el detenido casi confesó: claro, él había estado en la casa de Hinman, pero no le había matado. Él y dos mujeres, a quienes no identificó, habían llegado a la casa y encontrado a Hinman ensangrentado y golpeado, quejándose de que unos Panteras Negras habían entrado a robarle. Se habían quedado y habían

ayudado a Hinman a reponerse. Como muestra de gratitud, Hinman les regaló el Fiat. El asesinato, conjeturaba Beausoleil, debió de producirse después de que él y las chicas abandonasen la casa. A lo mejor los Panteras Negras regresaron en busca de más dinero. En tal caso, ¿cómo es que estaba el cuchillo en el coche? No sabía explicarlo. Ni tampoco era capaz de decir por qué había cambiado de pronto su relato.

Guenther y Whiteley estaban seguros de haber encontrado a su hombre. Tras acusar a Beausoleil de homicidio en primer grado, el 7 de agosto lo encerraron en la cárcel del condado de Los Ángeles. Sin embargo, sabían que tenía una cómplice: la chica que había respondido al teléfono y había abierto la puerta durante la cautividad de Hinman.

Al día siguiente, Manson decidió que había llegado el momento de dar inicio a «Helter Skelter», su guerra racial total. Ordenó los asesinatos en las casas de Tate y LaBianca asegurándose también ahora de que sus adeptos dejaban en la escena del crimen pistas que incriminasen a los Panteras Negras.

Cabía preguntarse lo siguiente: ¿cómo es que, teniendo en cuenta sus horripilantes semejanzas, la policía no relacionó nunca la muerte de Hinman con los asesinatos de Tate y los LaBianca? Es una buena pregunta, y la respuesta oficial, incluso cuando la leí por primera vez en *Helter Skelter*, ponía a prueba la credulidad. El problema era, en parte, simplemente un tema de jurisdicción. Como el asesinato de Hinman se había producido fuera de los límites urbanos de Los Ángeles, era competencia de la Oficina del Sheriff; de los casos de Tate y LaBianca se encargaba el Departamento de Policía. Y como cabe suponer, unos y otros hablaban poco entre sí. De hecho, tal como dice Bugliosi, lo que de entrada hizo que subestimaran a Manson fue precisamente aquella falta de comunicación.

El 10 de agosto, un día después de que hubieran sido asesinados los LaBianca, Guenther y Whiteley habían vinculado la muerte de Hinman con Manson. Sabían que Bobby Beausoleil había pasado cierto tiempo en el Rancho Spahn, viviendo con un grupo extraño de hippies sometidos al control de un exconvicto llamado Charlie. Por otra parte, según Bugliosi, los dos detectives hicieron lo correcto: corrieron a la morgue del condado, donde estaban haciéndose las autopsias de las víctimas de Cielo Drive, e informaron de sus sospechas al Departamento. Un sargento llamado Jess Buckles escuchó toda su conversación. Era curioso, decían, que todos esos asesinatos, el de Hinman y los de Tate, tuvieran en común unos acuchillamientos brutales además de cierta reiteración de la palabra «cerdo» escrita en las paredes con

la sangre de las víctimas. Explicaban asimismo que su sospechoso, Beausoleil, había vivido en un rancho abandonado, donde en otro tiempo se habían rodado *westerns*, con un grupo de hippies liderado por un tipo llamado Charlie que aseguraba ser Jesucristo.

Su teoría cayó en saco roto. El sargento Buckles no vio ninguna relación, sobre todo si estaban implicados los hippies. Dijo a los detectives de la Oficina del Sheriff que estaban errando el tiro; el Departamento de Policía de Los Ángeles ya estaba prácticamente seguro de que los crímenes de la casa de Tate tenían que ver con un trapicheo de drogas que había salido mal.

En consecuencia, sostenía Bugliosi, la pista de la Oficina del Sheriff se marchitó sin florecer, y a causa de la incompetencia de la policía, Manson y su Familia anduvieron sueltos más tiempo del que habría sido normal en otras circunstancias. No fueron detenidos hasta el 11 de octubre. E incluso entonces, la detención fue por robo de vehículos: aún se tardó más de un mes en relacionarlos con los asesinatos de Tate-LaBianca. Antes de su arresto, conjeturaba Bugliosi, puede que Manson y la Familia mataran a otras seis personas.

Según la versión oficial, lo de Manson fue pura chiripa. No solo burló las primeras sospechas sobre él, sino que además sobrevivió, aparentemente gracias a un tecnicismo, a la redada policial más importante de la historia de California.

El 16 de agosto de 1969, la Oficina del Sheriff se abatió en masa sobre el Rancho Spahn. Poco después de las seis de la mañana, cuando el sol empezaba a hacerse visible y casi todo el mundo aún dormía, más de cien agentes invadieron la propiedad en una expedición dirigida por una unidad de élite. Armados con pistolas, rifles AR-15 y gases lacrimógenos, estuvieron asistidos por dos helicópteros, numerosos todoterreno y una flota de unos treinta y cinco coches patrulla. Tras rodear los doscientos acres del rancho, descendieron desde los cinco puestos de avanzada convenidos con una exhibición de fuerza que nadie de la Oficina del Sheriff había visto antes. Detuvieron a todos los miembros de la Familia: veintisiete adultos y siete menores. Fueron confiscados siete coches robados y un inmenso alijo de armas, entre ellas una pistola automática y un subfusil. Un agente elogió la precisión militar de la redada con estas palabras: «No habíamos participado nunca en una operación ejecutada de forma tan impecable».

La redada no tenía nada que ver con los asesinatos. En las últimas

semanas, varios agentes habían sometido el rancho a una estrecha vigilancia, quizá incluso enviando a algún infiltrado a investigar. Sospechaban que Manson dirigía en Spahn una banda de ladrones de coches, generalmente Volkswagen que transformaban en *buggies*.

Parecía un golpe maestro, ¿no? Aun sin tener conocimiento de los asesinatos, los sheriffs habían atrapado a Manson y a todos los demás como sospechosos de crímenes que eran gravísimos a título propio. Si los integrantes de la Familia hubieran sido acusados formalmente, habrían dado con sus huesos en la cárcel tan pronto la policía se hubiera dado cuenta de que estaban detrás de los asesinatos.

Sin embargo, no fueron acusados. Pese a las pruebas irrefutables —los coches, las armas, las numerosas ocasiones en que se había visto a Manson y a sus seguidores con vehículos robados—, tres días después de la redada, el grupo entero quedó en libertad sin que mediara interrogatorio alguno. Según explicaba Bugliosi en *Helter Skelter*, «habían sido detenidos en virtud de una orden con la fecha equivocada».

El libro subestimaba la magnitud de la redada; no cabía imaginar que fuera la más importante de la historia moderna de la policía de Los Ángeles. También daba por sabido que Guenther y Whiteley, detectives veteranos y muy respetados, abandonarían una pista que los habría llevado hasta el caso de asesinato no resuelto más relevante de la historia de California. A mí me dio la impresión de que no lo habrían hecho si no se lo hubieran ordenado.

Quise aclarar la cuestión con Guenther y Whiteley. Lo que me contaron fue, cuando menos, la historia de una angustiante serie de coincidencias y accidentes, una comedia de enredos de los que nunca se había hablado demasiado. A lo sumo, fue el germen de un amplio encubrimiento de la Oficina del Sheriff, que intentó tapar su propia ineptitud o algo más siniestro: la mano de una autoridad superior que les advirtió que perseguir a Manson tendría graves consecuencias. **«Dejad una señal»**

Paul Fitzgerald, abogado de la defensa, me dio el número de Charlie Guenther. Guenther era el policía más honrado que conocía; cuando se tomó la libertad de hablar con el detective jubilado sobre mi investigación, este le dijo que quizá podría ayudarme.

Cuando tuve a Guenther al teléfono, él ya sabía lo que quería decirme, pero se negaba a decirlo. Debería ir a su casa, dijo, a más de ciento cincuenta kilómetros, en Victorville, California. Intenté que me adelantara algo. Con tono exasperado, dijo que aquello tenía que ver con «Bobby Beausoleil» y «tal vez

cierta llamada». Tras una pausa, añadió: «Y la destrucción de pruebas».

Al día siguiente hice el trayecto de dos horas hasta Victorville. Si vas en automóvil desde Los Ángeles a Las Vegas, Victorville es precisamente el último sitio en el que puedes llenar el depósito antes de verte rodeado por la inmensidad del desierto de Mojave. La ciudad es un oasis de lagos artificiales y extensos clubes de golf, todo ello al servicio de la comunidad de jubilados, entre ellos Charlie Guenther, que me recibió en su nuevo apartamento vestido con una camiseta blanca y pantalones cortos. Me senté en un mullido sofá bajo un cuadro enmarcado de un desolado Jesús rezando en Getsemaní. Guenther se arrellanó en un gran sillón reclinable, aunque estaba tan poco relajado que no se quedó ahí mucho rato.

Guenther era célebre entre los devotos de la crónica negra. Había llegado a ser una especie de ingrediente básico del género, pues su hábil labor investigadora había resuelto varios casos notables. Entre los más conocidos se contaban los asesinatos del Cotton Club y la muerte de la madre del escritor James Ellroy. Guenther no llegó a resolver este último crimen, pero aun así Ellroy lo elogió, en *My Dark Places*, calificándolo como uno de los mejores detectives de homicidios que había habido jamás en Los Ángeles. Casi todos los que escribían sobre Guenther hacían hincapié en sus penetrantes ojos azules, su rebelde mata de pelo —ahora canoso— y su complexión robusta.

Mientras le escuchaba, comprendí por qué Guenther gozaba de tanta consideración, si bien ese día también estaba nervioso, ansioso. No me dejó grabar la conversación, diciendo que los «polis listos» no permiten nunca que se les grabe. Mientras brotaban palabras de su boca, intenté anotar en papel todo lo posible, aunque con cierto aire desenfadado, no fuera que se sintiese cohibido.

Recordó haber ido con su compañero Whiteley al lugar de las autopsias a explicar las semejanzas entre el asesinato de Hinman y los de la casa de Tate. El médico forense, Thomas Noguchi, había llegado a la misma conclusión: seguramente estaban relacionados. «Reconozco a Charlie, sí —le había dicho Noguchi—. El mismo cuchillo. La misma herida. La misma sangre en la pared.» Sin embargo, los detectives del Departamento de Policía de Los Ángeles no se mostraron ni mucho menos tan receptivos. Estaban «convencidos de que aquello tenía algo que ver con narcóticos», explicó Guenther.

Llevé la conversación hacia Bobby Beausoleil. La simple mención de aquel nombre hizo saltar a Guenther del sillón.

—Miente, y no sabría decirte por qué lo sé.

Claro que miente, dije. Como hacen todos los asesinos.

—Después de ser detenido, llamó al rancho —explicó Guenther, que se puso a andar de un lado a otro delante de mí. A su entender, fue esa llamada telefónica la que desencadenó los asesinatos de Tate-LaBianca—. El único móvil de esos crímenes era sacar a Bobby de la cárcel.

Ya había oído esto antes: la teoría del efecto *copycat*. Bugliosi la había rebatido, le recordé. Tampoco le gustó oír ese nombre.

—¡Arrogante hijo de puta! —gritó—. Vince quería que nada tuviera que ver con el caso Hinman. Hinman era un caso insignificante. Vince no quería llevar el proceso adelante.

De modo que Guenther no se tragaba el móvil de «Helter Skelter». Por supuesto que no, dijo, y volvió a acomodarse en el sillón reclinable. Creía que Bugliosi «se había inventado» el móvil para vender libros. En la policía no se lo creía nadie, añadió. Tan pronto como Linda Kasabian, de la Familia, decidió ser testigo de la acusación, el móvil general de los asesinatos cambió. Guenther se repantigó en el sillón y se frotó la frente con su manaza.

Cuando Bobby llamó al rancho desde la cárcel dijo: «Dile a Charlie que he sido detenido por matar a Hinman. Necesito ayuda y que dejéis una señal». Guenther estaba seguro de esto, pues la conversación había sido grabada. Como sabía que Beausoleil tenía cómplices en el crimen de Hinman, la policía había pinchado el teléfono de la prisión e interceptado sus llamadas. El 8 de agosto, al día siguiente de ser encarcelado, Beausoleil llamó al Rancho Spahn y a la persona que había en el otro extremo de la línea —más adelante se sabría que era Linda Kasabian— le dijo que había sido arrestado por la muerte de Hinman. «Necesito ayuda —se oyó que le decía—. Dejad una señal.»

Aquella noche, Sharon Tate y sus amigos fueron asesinados, y Susan Atkins garabateó con sangre la palabra «cerdo» en la puerta principal de la casa de Cielo, igual que había hecho en la de Hinman. En opinión de Guenther, esa era la «señal» a la que aludía Beausoleil: Atkins esperaba exculpar a Beausoleil, pues cuando se habían producido los asesinatos de Tate-LaBianca, aquel estaba en prisión. De hecho, los adeptos de Manson estaban imitándose a sí mismos a una escala devastadora solo para liberar a uno de los suyos. Después huirían al desierto.

En lo esencial, la escucha telefónica era la mejor prueba de la teoría del efecto *copycat* acerca de los asesinatos; por otro lado, Guenther jamás había

hablado de ello con nadie. Estaba visiblemente ansioso por sacarlo afuera al cabo de treinta años, a veces removiéndose en el sillón. Sin embargo, le preocupaba que eso pudiera anular los veredictos contra los asesinos convictos.

—¡No quiero que después de tantos años se revoque nada! —dijo golpeando el brazo del sillón con el puño.

La intensidad de Guenther me conmovía; el hombre parecía a punto de llorar. Pero yo no alcanzaba a entender por qué había decidido revelar lo de las grabaciones ahora, décadas después. Y por qué a mí. Seguramente otros periodistas se habían oído antes algo. Le pregunté si tenía una copia de la cinta. Ojalá. Como la escucha era ilegal, el oficial al mando, el capitán George Walsh, les ordenó a él y a Whiteley que le entregaran la grabación. Por lo visto, Walsh la destruyó o se aseguró de que alguien lo hiciera.

No obstante, si en mi reportaje para *Premiere* iba a incluir algo de esto, Guenther no quería ser el único en hablar del tema. Necesitaba que lo dijera también alguien más, alguien capaz de verificar la autenticidad de la cinta; lo ideal sería una persona ajena a las fuerzas policiales. Citó a Aaron Stovitz, que durante parte del juicio había sido fiscal auxiliar junto a Bugliosi. Stovitz había oído hablar de la cinta. Guenther estaba seguro de eso; el detective se la había enseñado antes de ser destruida.

—A ver si Stovitz está dispuesto —me dijo con tono apremiante, otra vez con lágrimas en los ojos—. Diga que Charlie Guenther se lo contó a regañadientes. Diga que lo admití de mala gana tras una larga conversación. Pedírselo no va a hacer daño a nadie. ¡Prométamelo! ¡Prométamelo! No quiero que esta gente vuelva a estar en la calle, ¡y me preocupa que esto pueda propiciarlo!

Se lo prometí. Sin embargo, yo seguía sin comprender por qué Walsh había destruido la cinta. Aunque fuera ilegal, sin duda había permitido aclarar los asesinatos de Tate-LaBianca... el día después, encima. «Dijo que suprimiría el enfoque de los narcóticos», señaló Guenther.

Esto me dejó pasmado. Si no estaba implicado en la investigación, ¿por qué querría Walsh que el Departamento de Policía siguiera lo que a todas luces era una pista falsa?

Mientras hablaba con Guenther, recordé algo de un viejo número de *Rolling Stone*. Aaron Stovitz había concedido una entrevista a la publicación en junio de 1970, justo antes de que comenzara el juicio, en la cual

mencionaba precisamente la llamada telefónica de la que acababa de hablarme Guenther, aunque se expresaba con términos más inciertos. Usando el seudónimo Porfiry y hablando en tiempo presente, Stovitz contó a *Rolling Stone* que Bobby Beausoleil «hace una llamada telefónica al rancho y les dice que ha sido detenido y que no ha dicho nada».

Ahora bien... esto es solo una suposición por mi parte, no tengo ninguna prueba que lo respalde... Supongo que él, quiero decir Manson, se dijo a sí mismo: «¿Cómo puedo ayudar a mi amigo Beausoleil a salir? Demostrando que el verdadero asesino de Hinman anda todavía suelto. A ver, sé que Melcher vivió un tiempo en la casa de Cielo Drive. “Ve allá, Watson, con estas chicas, y robáis y matáis a todos los que haya dentro. Y no os olvidéis... —esto es muy importante, pues en el caso Hinman escribieron CERDITO POLÍTICO con sangre—. No olvidéis dejar una señal”».

Habida cuenta de que Guenther había empleado exactamente esta frase, «dejar una señal», yo estaba casi seguro de que nada de esto eran meras «suposiciones» por parte de Stovitz. Sin embargo, este jamás reveló cómo se había enterado de la llamada telefónica de Beausoleil. ¿Reconocería que había escuchado la cinta?

Yo lo dudaba mucho. Ya había entrevistado una vez a Stovitz, y era una persona muy cautelosa. Decía haber estado siempre convencido de que los asesinatos en las casas de Tate y los LaBianca habían sido fruto del efecto *copycat*, pero no explicaba por qué. Cuando le pregunté por qué el proceso judicial no había seguido esa línea, me contestó que era Bugliosi quien llevaba la voz cantante.

Y, como era de esperar, la segunda vez que visité a Stovitz, este se mostró aún más distante. Negó haber oído hablar de la cinta de Beausoleil. Le habían llegado «rumores» al respecto, admitió, pero nada más. Me despidió con un mensaje: «Dígale a Charlie Guenther que el señor Stovitz confía mucho en usted a condición de que venga con algunos billetes [lo cual no sucedió]».

Llamé a Guenther, y alcancé a notar su desánimo en el otro extremo de la línea.

—¿Es eso lo que quiere? Pues entonces dejémoslo. —Yo también notaba cierto desaliento. Guenther estaba tan preparado para darme una primicia como para echarse atrás—. No vas a poder utilizar esto. Y se acabó.

Como para demostrarme hasta qué punto tiraba la toalla, Guenther empezó a cambiar su relato. Cuando volví a hablar con él dos semanas después, dijo que no había visto ni oído la cinta, que solo sabía de su

existencia. Exactamente la misma actitud que Stovitz.

Aquello iba a ser más difícil de lo que me imaginaba.

Hice todo el camino hasta Las Vegas para hablar con Whiteley, el antiguo compañero de Guenther, cuya actitud estaba en las antípodas. Si Guenther daba saltos por la habitación, andando de un lado a otro, agitado y suplicante, Whiteley apenas se movía. Sentados los dos entre elegantes objetos de porcelana china —su esposa era coleccionista—, se mostró tan sereno y contemplativo como las figuras pintadas en ellas.

Recordaba claramente la cinta de Beausoleil.

—La escuché, en efecto —me dijo—. Había algo sobre dejar una señal. —Y confirmó lo de la furiosa reacción del capitán Walsh—. Walsh se ceñía a las normas. ¡Puso el grito en el cielo!

Como sucediera con Guenther, tras la investigación estuvo absolutamente seguro de una cosa: «“Helter Skelter” no sucedió». Advertí que muchos veteranos del caso estaban dispuestos a decir que el fiscal básicamente había fabricado un móvil sirviéndose de los desvaríos de Manson para amarrar el caso. «“Helter Skelter” no era un móvil —decía Whiteley—, sino una filosofía.» Bugliosi lo sabía muy bien, pero le daba igual. Lo cual significaba que también le daban igual las sutilezas del caso Hinman o si la Oficina del Sheriff emprendía o no acciones judiciales.

La escucha telefónica de Beausoleil quizá fue el único golpe de suerte que había tenido hasta ese momento, pero las historias alrededor de la misma empezaron a multiplicarse. Al final, Guenther me permitió utilizarlo como fuente registrada, pero su relato, en vez de aclarar las cosas, las enredaba. Pese a sus contundentes pruebas del móvil *copycat*, él y Whiteley insistían en que solo desistieron después de que el Departamento de Policía de Los Ángeles se lo dijera. Aunque sabían que Beausoleil tenía un cómplice, y que había llamado a alguien del Rancho Spahn, nunca se acercaron ahí para interrogar a nadie. Por este camino no se llegaría a ninguna parte. Al menos no con aquellos tipos. **El circo más grande**

Más o menos cuando llegué a un compás de espera con Guenther, empecé a investigar a otro personaje de la Oficina del Sheriff, alguien cuyas llamativas afirmaciones sobre la oficina y Manson llevaban décadas circulando entre los entusiastas de la contracultura y las teorías conspiranoicas. Preston Guillory, en otro tiempo detective de la Oficina del Sheriff, había dejado su trabajo bajo una sombra de sospecha en diciembre de 1969, inmediatamente después de que el Departamento de Policía de los

Ángeles hubiera anunciado la detención de Manson.

Un par de años después, en 1971, Guillory concedió una entrevista a Mae Brussell, locutora de un programa de radio de culto que daba pábulo a las conspiraciones: unas, verosímiles; otras, simplemente chifladuras. Tras leer detenidamente la transcripción, me sentí más atraído por Guillory de lo que me habría gustado, sobre todo en vista de lo hablado con Guenther y Whiteley.

La tesis de Guillory era la siguiente. En los meses previos a los asesinatos, en el Rancho Spahn, Manson se había salido demasiado con la suya. Aunque estaba en libertad condicional, no trabajaba; tenía acceso fácil a drogas, alcohol y chicas menores de edad; poseía un alijo de armas. Y todo esto lo sabían los agentes de la Oficina del Sheriff. En la comisaría de Malibú —Spahn estaba en su jurisdicción—, las ilegalidades de Manson eran un secreto a voces, decía Guillory. Unos bomberos que patrullaban senderos forestales llegaron incluso a sorprender a Manson y a la Familia portando una ametralladora. Y sin embargo Manson nunca pagó precio alguno por ello. La policía miraba siempre hacia otro lado. Según Guillory, eso se debía a que su comisaría seguía instrucciones que llegaban desde arriba: «Nada de detenciones, ninguna acción policial contra Manson ni sus seguidores».

Así pues, a pesar del montón de crímenes que estaban cometiendo, nunca fueron arrestados, y Manson jamás vio revocada su libertad condicional. Hubo incluso una ocasión en que unos agentes de la Oficina del Sheriff detuvieron a Manson por estupro, pero al final lo soltaron.

Incluso cuando practicó una política de no intervención, la comisaría vigilaba a Manson de cerca. Guillory estaba seguro de que la unidad de inteligencia de la Oficina del Sheriff, o alguna otra unidad de este tipo, sometía el Rancho Spahn a una estrecha vigilancia. Aludía a los informes sobre Manson —con guardias para protegerlos de miradas indiscretas— que iban directamente a manos del capitán, y a saber quién más después. Guillory no creía que ese control «fuera un asunto solo local».

Entonces se produjo el asesinato de Gary Hinman, y poco después los crímenes en las casas de Tate y LaBianca. ¿Cómo es que en la Oficina del Sheriff no lo habían visto venir? Habían estado atentos a Manson constantemente. Según la teoría de Guillory, la masiva redada del 16 de agosto en el Rancho Spahn tenía la finalidad de borrar las huellas de la policía tras los asesinatos. Tras calificarlo como «el mayor circo en el que jamás he estado implicado», le asombraba el hecho de que setenta y dos horas después hubieran sido retirados todos los cargos. En la redada había algo que no

cuadraba: toda aquella exhibición de fuerza, todas aquellas detenciones, ¿para nada? Era «como si estuviéramos haciendo algo con una semana de retraso para demostrar que realmente habíamos estado vigilando», dijo en la radio.

Sin embargo, esto planteaba una serie de problemas. Si la Oficina del Sheriff había estado siguiendo a Manson antes de la redada, tenía que haber sabido de él lo suficiente para detenerle por los asesinatos. Y si no lo había estado siguiendo, ¿cómo es que había acumulado suficientes pruebas para conseguir la orden de registro que autorizaba la redada?

Cuando el Departamento de Policía de Los Ángeles convocó una rueda de prensa de autocongratulación para anunciar que Manson y su grupo eran sospechosos de los crímenes de Tate-LaBianca, Guillory decidió convertirse en denunciante. Fue a un canal de noticias, KCAL, y contó todo lo que sabía pensando que la prensa tendría interés en la historia. Pues resulta que apenas le prestaron atención. Peor aún, la filtración le costó el empleo. El departamento de asuntos internos de la oficina se enteró de sus comentarios y lo echó a la calle.

Tras la marcha de Guillory, la Oficina del Sheriff hizo todo lo que pudo para desprestigiarlo. Según un memorándum interno, nadie debía hablar del anterior trabajo del detective despedido. También se daba a entender que era un drogadicto y un izquierdista impenitente empeñado en ensuciar la reputación de la oficina.

Tras escuchar la entrevista de Guillory en la radio, no podía asegurar si se trataba de un chiflado o no. El hombre aireaba una versión de los acontecimientos que un año atrás yo habría rechazado calificándola de auténtica locura, y lo estaba haciendo en un programa radiofónico que traficaba con paranoia sin adulterar. Sin embargo, su mensaje me encajaba, sobre todo ahora, pues sabía lo mucho que había sido encubierto. Guenter me había convencido de que la cinta de la llamada telefónica de Beausoleil era real, y anteriormente tampoco lo habría imaginado. Parecía posible, aunque no creíble del todo, que en la Oficina del Sheriff hubiera más cosas que averiguar, en especial sobre la chapucera redada en el Rancho Spahn.

Añadí el nombre de Guillory a mi pizarra; uno más en el revoltijo de polis y viejas glorias de Hollywood, testigos fiables y no fiables, de memoria frágil y motivos ocultos. Conseguí el teléfono. No fue difícil, ya que el hombre dirigía una agencia privada de detectives pegada, un tanto extrañamente, a una autoescuela, en un centro comercial situado junto a la autopista de Riverside, California.

Cuando fui a visitarle, me tranquilizó encontrarlo relajado, seguro de sí mismo, incluso valiente. Corpulento y canoso, con el bigote todavía moteado de rojo, recordaba muy bien lo que le había dicho a Mae Brussell allá por 1971, y lo seguía manteniendo todo. Mientras hablábamos, advertí que sobre la mesa tenía un arma enfundada junto a unos coches de policía en miniatura; su diploma y la foto de graduación de la Academia del Sheriff estaban colgados en la pared de detrás. Pese a su polémico final en la Oficina del Sheriff, seguía estando orgulloso de su pasado como policía.

—Nos dijeron que no molestáramos a esa gente —me dijo, refiriéndose a la Familia. La orden estaba incluida en un informe del capitán—. Contarle cualquier cosa que viésemos u oyésemos... fue una de las primeras cosas que me aconsejaron cuando llegué a Malibú.

Peter Pitchess, sheriff del condado de Los Ángeles en aquella época, era «aficionado a los informes», explicó Guillory. Ejercía una autoridad inmensa, y esa autoridad abarcaba el comportamiento de sus agentes con Manson.

—Se nos pedía que redactásemos un informe cada vez que estableciéramos contacto con algún miembro de la Familia —precisó.

Pese a ese intenso período de recogida de información, cuando detenían a Manson nunca le acusaban de nada. ¿Cómo es que alguien en libertad condicional que infringía la ley era puesto en libertad?

—Muchas veces deteníamos a gente y el fiscal del distrito decía: «No podemos tener a esa persona detenida, es demasiado valiosa, la queremos en la calle». Sospecho que a Manson lo dejaron tranquilo durante un tiempo por alguna razón, no sé.

Era «insólito» que alguien con los antecedentes de Manson anduviera libre por la calle.

La conmoción causada por los crímenes de Tate-LaBianca, creía Guillory, forzó a la Oficina del Sheriff a ocultar sus esfuerzos de recogida de información. Si Manson era culpable de homicidio, «¿cómo podía alguien decir que lo soltáramos?». Habría podido haber demandas por responsabilidad civil. Se habrían destruido numerosas carreras. Y, como es lógico, a Pitchess le habría costado el siguiente ascenso.

De todos modos, eso no explicaba por qué la policía dejó libre a Manson durante otros tres meses tras los asesinatos en la casa de Tate, sabiendo que podía asesinar a más gente. ¿Por qué no arrestarlo enseguida y mantener en secreto lo del programa de vigilancia?

Guillory no tenía ni idea; él también se había hecho la misma pregunta.

Lo único que sabía era que «nuestro departamento o alguien más sometía a Manson a una especie de vigilancia poco rígida. Sabíamos que estaba siendo vigilado por alguien, pero no sabíamos quién. El asunto es este: estando él bajo control, esa gente salió del rancho en dos ocasiones, cometió siete homicidios... ¿por qué no se intervino?». Guillory añadió que la Oficina del Sheriff no tenía obligación legal de intervenir; si Manson era tan importante para no arriesgar la interrupción de la vigilancia, a lo mejor decidieron dejar que se produjeran los crímenes sin hacer nada.

Guillory estaba casi seguro de que alguien de la Oficina del Sheriff supo enseguida que detrás de aquellos asesinatos estaba la Familia.

—Probablemente alguien los vio ir y venir, en alguna parte hay una entrada de registro y, claro, después descubrieron adónde habían ido y se desataron todos los infiernos.

Además, repetía, la oficina jamás habría organizado una redada tan espectacular sin información fiable, lo bastante para convencer a un juez para que emitiera una orden de registro.

—¡No montas una redada así si no ha habido seguimientos previos! — dijo.

Aquello era de veras exasperante. No cuadraba nada. La Oficina del Sheriff hizo todo aquel esfuerzo para nada. Y no tenía que haber sido así, Guillory estaba seguro.

—Encontramos efectivamente pruebas de suficiente actividad criminal: bienes robados, narcóticos... De entrada, violación de la libertad condicional [de Manson]. ¡Fue asombroso! Jamás entendí por qué fue puesto en libertad.

Guillory había participado ese día en la operación y recordaba haber descubierto toda clase de objetos robados, bolsos, billeteras, carteras con documentos de identidad..., pruebas abrumadoras que al parecer se dejaron de lado. Tras la redada, dijo, la vigilancia dejó de existir tan misteriosamente como había comenzado.

En otra entrevista, esta con el escritor Paul Krassner, Guillory explicaba: «Me pareció que la redada se había escenificado como una idea de último momento; había una especie de gran plan en el que participábamos nosotros, pero nunca tuve la sensación de que la batida fuera necesaria». Guillory conjeturaba que Manson no había sido arrestado «porque nuestro departamento creía que iba a atacar a los Panteras Negras». Según los servicios secretos, Manson había matado a un Pantera Negra —Bernard Crowe— en julio, lo cual por lo visto convenció a la Oficina del Sheriff de

que Manson «iba a lanzar un ataque» contra toda esa organización.

De las muchas afirmaciones extravagantes de Guillory, quizá esta era la más difícil de tragar; sin embargo, cuando le pregunté al respecto, lo mantuvo.

—Creo que Manson estaba trabajando en un asunto más gordo —dijo—. Provoca un revuelo, echa la culpa a los Panteras... Partiendo de toda la información que tenemos, he acabado creyendo que estuvo metido en algo importante. Acaso participara en el juego de otro a sabiendas.

Cuando por fin Manson compareció ante la justicia por los asesinatos, la Oficina del Sheriff tomó unas medidas mayúsculas para ocultar su vigilancia del rancho.

—Pensé que lo que estaban haciendo era ilegal —me dijo Guillory—. De la comisaría desaparecieron todos los informes criminales. Se evaporaron sin dejar rastro. Normalmente, uno tenía acceso a sus propios atestados; pues tampoco estaban. El expediente entero se había esfumado, y circuló el aviso de que ninguno de los que habían participado en la redada del Rancho Spahn debía hablar de ello fuera del departamento. —Eso convenció a Guillory de que debía contárselo todo a un reportero, lo que le costó el empleo.

Guillory me pareció alguien muy acalorado pero creíble. Yo quería creerle, y eso me ponía en peligro de caer en la trampa de los teóricos de las conspiraciones, que acaban creyendo en grandes complots solo porque estos hacen del mundo un lugar más fascinante. Sin lugar a dudas, mi historia para la revista sería mucho más interesante si Guillory estuviera en lo cierto. Pero empecé a dudar de su credibilidad.

A estas alturas, ya tenía contacto con varios antiguos agentes de la Oficina del Sheriff, y recabé sus opiniones sobre Guillory. Uno lo describía como «un tipo algo estafalario». Otro decía que «era alguien muy resentido» y «guardaba rencor al departamento del sheriff... Siempre se sentía acosado».

Según la historia más peyorativa que escuché, una vez Guillory había intentado matarse de una manera de lo más espectacular. «Se atrincheró en la habitación de un motel de Malibú, creo, y uno de los inspectores intentó convencerlo para que saliera. Amenazaba con suicidarse con un arma automática.» Pregunté al agente si él había sido testigo directo de aquello. «En realidad yo no estaba allí —contestó—, solo lo oí comentar en la comisaría. John Graham era el inspector que habló con él para hacerle salir.»

Guillory calificó esas afirmaciones de «bobadas», y me recordó que la Oficina del Sheriff había emprendido una campaña de descrédito contra él tras ser despedido.

—En esencia, intentaron quitarme de en medio... Así que adiós muy buenas, hasta la vista, no vuelvas a entrar por esa puerta. Yo era un loco, un revoltoso, un tarambana. —Si de verdad se hubiera encerrado en una habitación de hotel, decía, «habría un informe». Pues ni en los archivos de la oficina ni en los medios de comunicación había constancia de nada de eso, porque, según él, simplemente no sucedió—. Pregunte al capitán Graham: ¿dónde estaba el hotel? ¿En qué fecha pasó? Dígale que lo explique o que cierre el pico.

Pues eso hice, tal cual. Llamé a Graham, quien, como sus colegas, tenía de Guillory una opinión bastante negativa. Pero ¿se había parapetado realmente el hombre en la habitación de un motel? «Que yo sepa, no», dijo Graham. En cuanto le hube contado la historia, cambió de opinión. «Ahora que recuerdo, sí oí que seguramente hubo un intento fingido de suicidio.» Pero él no había estado allí.

Por creíble que fuera Guillory —y al final acabé pensando que era en buena medida fiable—, yo me hallaba en un apuro que me resultaba familiar. Necesitaba pruebas documentales que respaldaran sus afirmaciones. Mi mejor opción me guiñaba el ojo desde las páginas de *Helter Skelter*: la orden de registro para la redada masiva de la Oficina del Sheriff. Si la había encontrado Bugliosi, ¿por qué yo no? **Tras la pista de los documentos (otra vez)**

Charlie Guenther no tenía muchas ganas de aparecer en mi reportaje, pero aun así hablamos mucho. Cuando le dije que quería los expedientes de la Oficina del Sheriff sobre el caso Hinman, hizo una llamada telefónica. Al poco tiempo, pude acceder por la puerta trasera a los archivos de casos cerrados de la oficina. Con algunas indicaciones y el nombre de otro agente jubilado garabateado en un trozo de papel, aparqué frente a la academia de la policía del este de Los Ángeles y llamé a la puerta de un edificio sin ventanas parecido a un barracón.

El agente me dejó pasar, y me acompañó por hileras de archivadores cubiertos de polvo hasta que nos paramos frente a dos en concreto, y allí me dejó. Me senté en una silla plegable y abrí el archivador de arriba. Estaba repleto de documentos desordenados que, al parecer, llevaban así décadas. En el silencio del enorme y poco iluminado barracón, interrumpido solo por el ocasional estampido de armas de fuego procedente de un campo de tiro cercano, inicié mi búsqueda.

Para mi gran satisfacción, el meollo de los informes abarcaba las

actividades de los agentes en el Rancho Spahn a lo largo de los aproximadamente dieciséis meses que Manson y la Familia vivieron allí. Durante los meses siguientes hice media docena de visitas a la academia. El detective jubilado siempre se alegraba de verme; me parece que yo era la única persona que veía él en todo el día. Si tenía alguna pregunta sobre el lenguaje o los códigos de los informes, o incluso los procedimientos de la Oficina del Sheriff, él me lo explicaba todo pacientemente mientras yo tomaba notas. Y luego me dejaba fotocopiar los documentos, aunque no sin revisarlos primero. Al cabo de cierto tiempo, ya apenas miraba lo que le llevaba; en vez de ello, me recordaba cómo quería su café, y entonces yo siempre volvía con una taza cuando me aventuraba a algún Kinko cercano. No me sorprendió del todo cuando varios años después me enteré de que aquellas visitas mías no tenían ninguna autorización, y de que los jefazos de la Oficina del Sheriff las desconocían por completo.

En una de mis primeras visitas tuve la suerte de encontrar una copia de la orden de registro para la redada del 16 de agosto. Aunque desde entonces también la han sacado a la luz otros investigadores, en aquella época no había sido vista por nadie ajeno a la policía. En cuanto la hube leído, comprendí por qué: revelaba que la Oficina del Sheriff tenía de las actividades delictivas de Manson —y del control sobre sus seguidores a modo de gurú— un conocimiento mucho mayor del que se había comunicado al público.

La orden, de dieciséis páginas, se basaba en la declaración del agente William C. Gleason, que solicitaba permiso para que la oficina pudiera recuperar en el Rancho Spahn «piezas de automóvil robadas... y rifles, pistolas automáticas y revólveres». Charles Manson era el único que aparecía identificado por su nombre en el documento, donde se indicaba que era el «líder» de la banda y «estaba en libertad provisional por robo de vehículos».

Esta última parte es clave, pues denota que la Oficina del Sheriff conocía oficialmente la situación de libertad condicional de Manson. Si la policía encontraba armas o vehículos robados —algo que sucedió, desde luego—, Manson estaría infringiendo los términos del auto de su puesta en libertad, por lo que debería volver a una prisión federal.

Si Manson era consciente de ese hecho, con su manera de actuar no lo dio a entender. Por su parte, la policía ya había mostrado su disposición a mirar hacia otro lado. La orden de búsqueda refería un incidente de un tal agente Williams, del Departamento de Policía, que al ayudante Gleason le decía

... que en las dos últimas semanas él y su compañero estaban de servicio

en el Rancho Spahn... El señor Manson alardeaba ante los agentes de las armas que él y sus amigos tenían en el rancho. El señor Manson dijo a los agentes que, mientras estaba hablando con ellos, sus amigos tenían rifles con los que apuntaban a los agentes... Se trata de un procedimiento estándar cada vez que algún agente se acerca al rancho.

Manson había incumplido la ley y presumía de ello ante agentes del Departamento de Policía mientras sus seguidores les apuntaban con rifles... Por cierto, otra cosa que no aparece en *Helter Skelter*.

La conducta arrogante y burlona de Manson continuó. En otro apartado de la orden de registro, Ted Leigh, también del Departamento de Policía, decía haber encontrado tres cargadores de carabina que «cayeron de un todoterreno mientras circulaba por la autopista» en algún momento del 29 de julio o en torno a esa fecha. Leigh pronto oyó al propio Manson decir que la munición era suya y que pasaría a recogerla.

De modo que Manson, un exconvicto en libertad condicional con un amplio historial de violencia, ¿había llamado sin más a los polis y les había preguntado si podía pasar a buscar la munición que había perdido? Y lo había hecho apenas una semana antes de los asesinatos en casa de Tate y los LaBianca. Manson, señalaba la orden, había sido «mencionado en anteriores informes», lo cual encaja con la insistencia de Guillory en que la policía sabía lo peligroso que era.

El hecho de que ese conocimiento se debiera o no a la vigilancia no estaba claro. La orden de registro explicaba que diversos agentes de la Oficina del Sheriff contaban en el rancho con un informante, alguien que «ha visto armas prácticamente en todos los edificios de la propiedad. El informante también ha recibido amenazas de Charles Manson». Y había además un exhaustivo reconocimiento por parte del mismo agente Leigh, que «voló sobre el Rancho Spahn aproximadamente el 1 de agosto de 1969 y... observó un Volkswagen del 69 caído en una zanja». ¿Con qué frecuencia usaba aviones el Departamento de Policía para investigar robos de coches? ¿Cómo es que sobrevolaron un rancho que estaba fuera de su jurisdicción?

Manson estaba preparado para contrarrestar ese control. Según la orden, alguien de la Familia había fanfarroneado diciendo: «Tenemos un guardia en cada carretera [del rancho] con un rifle y un teléfono, así que si viene alguien lo sabremos». En otro informe se citaba a Manson en el momento de dirigirse a un inspector de incendios: «No te hagas el hombre; de lo contrario, la próxima vez terminarás colgado de un árbol, boca abajo, muerto».

Dos días antes de los crímenes, un confidente dijo a un sargento del Departamento de Policía que Manson regresaba de San Francisco con una muchacha fugitiva y «una gran cantidad de narcóticos». El informe era correcto en parte. Manson había estado en el norte de California con una joven fugitiva, pero en Big Sur, no en San Francisco. Nadie sabe si Manson tenía esa «gran cantidad de narcóticos» o si estos tuvieron algo que ver con el inminente baño de sangre. En cualquier caso, el documento me dejó atónito, pues daba a entender que las autoridades habían vigilado a Manson con gran celo, y la ayuda de un informante, durante los días previos a los asesinatos. Tenían una idea bastante clara de sus idas y venidas del rancho apenas unas horas antes de enviar a sus asesinos a la casa de Tate. Sin embargo, por alguna razón, la policía tardó meses en acusarle de los crímenes.

Dada la abundancia de pruebas, no era de extrañar que la redada estuviera autorizada. Era como si Manson hubiera estado suplicando que le cayera encima todo el peso de la ley. Y cuando tal cosa ocurrió, la policía obtuvo más de lo previsto. Descubrí un acta de detención de Manson de una hoja, fechada el 16 de agosto, el día de la redada. Además de las armas y los vehículos robados, el agente ejecutor de la detención escribió que ese día Manson tenía en su poder cuatro tarjetas de crédito robadas: se le «cayeron del bolsillo de la camisa» cuando era conducido a la comisaría. De esto no se había informado antes.

Resumiendo: Manson, de quien se sabía que estaba en libertad condicional, se fue de rositas a pesar de haberse descubierto en su casa tarjetas de crédito y coches robados, un arsenal de armas y varias fugitivas menores de edad. Entretanto, dos de los mejores detectives de homicidios de la Oficina del Sheriff no se percataron de que la mayor batida de la historia de California iba a llevarse a cabo en el mismo rancho al que había telefonado su sospechoso de asesinato. **Centenares de horas de trabajo y ninguna imputación**

Recordemos que Bugliosi había atribuido el fracaso a un simple error: la orden de registro tenía «la fecha equivocada». Sin embargo, ahora yo la tenía en mis manos y no veía error alguno. La orden estaba claramente datada el 13 de agosto de 1969. Según el código penal de California, la validez de una orden es de diez días desde la fecha de emisión. El 16 de agosto, la redada era totalmente legal, hecho que verifiqué con varios abogados y policías.

¿Había alguna otra explicación potencial? En *The Family*, Ed Sanders fue un poco más allá: además de la orden con la «fecha equivocada», escribió que

la Familia fue puesta en libertad porque las pruebas eran «insuficientes».

Para entender esto, hablé con Bill Gleason, el sargento que había redactado la orden de registro y se había pasado dos semanas organizando la redada. Conversamos varias veces, y siempre se mostró risueño y paciente con mis preguntas, incluso cuando yo daba a entender que habían actuado con negligencia.

Gleason aún seguía furioso con Bugliosi y Sanders por haber puesto en entredicho su reputación con el comentario de «la fecha equivocada». Habían propiciado que millones de lectores dieran por sentado que una pifia administrativa había dejado sin efecto los centenares de horas de trabajo dedicadas a preparar la redada.

La excusa de las «pruebas insuficientes», me dijo Gleason, daba más en el blanco. El problema era que ninguna de las pruebas —armas, coches robados— se podía vincular a ninguno de los sospechosos, en especial al propio Manson. Todo estaba diseminado por el rancho. En vez de ir a resolver el caso irrefutable que se reflejaba en la orden de registro, parecía más bien que habían ido de pesca.

—Tienes ahí delante a veintisiete adultos; a ver cómo demuestras quién robó realmente tal o cual vehículo —me dijo Gleason. Intentaron encontrar huellas en uno de los coches, pero llevaba tanto tiempo lleno de suciedad que fue en vano—. La orden especificaba que había que registrar el cuerpo de Manson en busca de llaves de coches y piezas pequeñas, pues al parecer era el jefe —explicó.

—Pero ¿es que alguien duerme con las llaves del coche? —dije, pensando que era ridículo esperar encontrarlas en la persona de Manson al amanecer.

—No —dijo Gleason, riendo—. Vete a saber qué estarían haciendo a las seis de la mañana.

¿Y qué hay de las tarjetas de crédito robadas? Manson las llevaba encima; se le habían caído del bolsillo de la camisa. ¿Se le podía procesar por eso?

—Sí, se podía —contestó Gleason—. Pero cuando redactamos la orden no sabíamos que tendría tarjetas de crédito en su poder. Fue por la llamada del fiscal del distrito, y si él dice que no vamos a procesarlo, yo no puedo hacer gran cosa.

Robert Schirn, el fiscal que había firmado la orden para la redada y luego, unos días después, había desestimado las acusaciones, todavía

trabajaba en la Oficina del Fiscal del distrito de Los Ángeles, así que concerté una entrevista con él. Rodeado de placas y premios, Schirn me recibió con un saludo cordial y me invitó a tomar asiento frente a él, al otro lado de su escritorio. Al igual que Gleason, explicó que era difícil presentar cargos en un caso en el que los robos no se podían atribuir a nadie en concreto. Pero ¿y qué pasa con las tarjetas de crédito?

—Han pasado muchos años —dijo Schirn—. No sé si me dijeron algo de las tarjetas. Si están en un informe, supongo que lo leí... y que fui capaz de determinar que, de hecho, se trataba de tarjetas de crédito robadas y se le podía imputar el robo.

Quizá Manson no fue detenido nunca intentando utilizar las tarjetas. El fiscal no se acordaba.

—Entonces, usted no recuerda cuál fue la decisión —dije.

—La verdad es que no.

Parecía algo avergonzado, y el silencio duró algo más de la cuenta.

—Lo único que hice fue redactar el dictamen definitivo y pasar al caso siguiente.

A mi yo escéptico le costaba tomar al pie de la letra lo que decían Gleason y Schirn. Pero pongamos que tuvieran razón: que la impresionante redada del Rancho Spahn no se había traducido en ningún arresto merecedor de procesamiento, y que el hecho de haber estado tan cerca del grupo responsable de tantos asesinatos era solo una extraña coincidencia. Aunque nos creamos esto, la Oficina del Sheriff no está libre de sospechas, en vista de que una semana después de la torpe redada los agentes de la oficina detuvieron de nuevo a Manson, si bien con acusaciones totalmente distintas. Y de nuevo lo dejaron libre.

El 24 de agosto, el dueño de la finca contigua al Rancho Spahn alertó a la Oficina del Sheriff: alguien había entrado en su propiedad. Los agentes acudieron al lugar y sorprendieron a Manson y a una chica de diecisiete años, Stephanie Schram, en una cabaña abandonada, donde acababan de tener relaciones sexuales. En una mesita de noche había varios porros. Así pues, la policía volvió a detener a Manson, esta vez por tenencia de marihuana e incitación a una menor a delinquir.

Como pasara con la redada, las descripciones publicadas de este incidente son, en el mejor de los casos, escasas y breves. Bugliosi lo excluyó por completo de *Helter Skelter* y, en *The Family*, Ed Sanders lo menciona

solo de pasada, diciendo que Manson y Schram fueron puestos en libertad porque en los cigarrillos no había hierba, sino solo tabaco.

No obstante, según un acta de detención que encontré en los archivos de la Oficina del Sheriff, los porros contenían efectivamente marihuana, y los agentes soltaron igualmente a Manson y en cambio acusaron a Schram del delito de tenencia de drogas, pese a ser menor y carecer de antecedentes penales. No se dieron explicaciones que justificaran esa decisión.

Poco después de ser liberado Manson, el 26 de agosto, un juez dictó contra él otra orden de registro por haber sido sorprendido con drogas y una menor. En esta ocasión, los detectives de la Oficina del Sheriff ni siquiera se tomaron la molestia de ir a detenerle, otra cosa que ninguno de los cuarenta y pico agentes que llegué a entrevistar pudo explicarme, y algo que también había quedado excluido de *Helter Skelter*. Manson permaneció en el Rancho Spahn hasta que, hacia el 10 de septiembre, se trasladó al Valle de la Muerte.

La orden del fiscal del distrito que rechazaba las acusaciones contra Manson estaba firmada por Monte Fligsten, fiscal adjunto de Van Nuys. Por increíble que parezca, Fligsten, como Schirn, aún trabajaba en la oficina. Cuando lo llamé, sin embargo, se mostró mucho más receloso que Schirn. Le hice un rápido resumen de los expedientes que había encontrado: Manson, Schram, marihuana, delincuencia de una menor... ¿Le sonaba?

—No recuerdo nada —dijo.

—¿Recuerda que investigó a Manson en agosto de 1969?

—No participé en ningún asunto de Manson en absoluto —contestó. Me ofrecí a enviarle por fax los documentos para que pudiera verificar su firma. Dijo que no quería implicarse en nada y colgó.

Al ver que Manson no era procesado, los agentes de la Oficina del Sheriff se habían quedado estupefactos. Aquello era «pura mierda». Fligsten estaba solo «salvándose el culo».

Y

Los agentes y el fiscal del distrito gozaron de muchas oportunidades para meter a Manson entre rejas, o para no soltarlo, pero las desaprovecharon.

Aunque no se pudiera procesar a Manson por ninguna de las acusaciones, estas eran lo bastante escandalosas para devolverlo a la cárcel. Bugliosi decía algo así en *Helter Skelter*: «Solo durante los seis primeros meses de 1969, [Manson] había sido acusado, entre otras cosas, de robo de vehículos, tenencia de narcóticos, violación, incitación a la delincuencia de menores.

Había sobradas razones para revocarle la libertad condicional».

Si la Oficina del Sheriff comunicó al agente de libertad condicional de Manson que este le había desobedecido, en los archivos no encontré ninguna constancia escrita de ello. Las personas con las que hablé ni siquiera coincidían en cómo se informaba de un quebrantamiento federal de la libertad condicional. El fiscal del distrito decía que eso era competencia de los detectives. Los detectives decían que de eso se encargaba el fiscal del distrito. Y al final del día, todos aseguraban que eso concernía al agente de libertad condicional, claro. «Cuando se ha detenido a alguien y se le ha liberado antes de haber conseguido una orden de encarcelamiento —me explicó Gleason—, siempre ha habido problemas.» Pero yo sabía de buena tinta que era precisamente obligación de Bill Gleason hablar con el agente de libertad condicional, cosa que no hizo.

Me sentía atrapado en los turbulentos remolinos de una burocracia ya olvidada. Quizá Manson solo se benefició de una época en la que todo era muy elemental: en la que la policía disponía de pocos efectivos y unos métodos de comunicación muy rudimentarios.

Samuel Barrett, a la sazón agente de libertad condicional de Manson, me dijo que nunca fue informado de las detenciones de agosto de 1969. Si alguien en libertad condicional se veía involucrado en algún delito a nivel local, decía, era «primordial» que el fiscal del distrito diera inicio al procedimiento. De lo contrario, sería difícil mandar a nadie nuevamente a una prisión federal.

—Pero los agentes de la Oficina del Sheriff y el fiscal del distrito dicen que el cometido era de usted —dije.

—Escurren el bulto —señaló Barrett—. Se inventan chismes para justificar su inacción. **En busca de Kitty Lutesinger**

Mientras Bobby Beausoleil estaba ocupado torturando a Gary Hinman, su novia se encontraba en el rancho. Kitty Lutesinger, de dieciséis años, estaba embarazada de Bobby y, en ausencia de este, provocó una cadena de acontecimientos que brindaron a la Oficina del Sheriff otra oportunidad para trincar a Manson.

Lutesinger se había mudado al Rancho Spahn para estar con Beausoleil, pero nunca encajó muy bien en la familia. Ahora que se hallaba embarazada, Manson desconfiaba de ella, pues temía que empujara a Beausoleil a abandonar el grupo para dedicarse a criar a su hijo. La chica se sentía incómoda en presencia de Manson, que estaba todo el rato perorando sobre el fin del mundo, jugueteando con armas o llenando de improperios a quien le

contrariase. Así pues, como su novio no daba señales de que fuera a regresar pronto, Lutesinger huyó del rancho.

Los agentes de la Oficina del Sheriff la encontraron el 1 de agosto y, como era una adolescente fugitiva, se la llevaron para interrogarla. Ella les contó todo lo que sabía de Manson: que creía inminente una guerra racial; que era un exconvicto que la había amenazado de muerte, también a sus parientes, si abandonaba la Familia; que en el rancho había una gran cantidad de drogas y armas; y que en la Familia muchas de las chicas eran fugitivas. La policía la mandó a casa de sus padres, en el valle de San Fernando. No obstante, había demostrado tener tanta información que, diez días después, Bill Gleason, inmerso en los preparativos de la gran redada, se acercó allí para interrogarla de nuevo. Esto sería el 10 de agosto, solo un día después de que hubieran sido descubiertos los cadáveres de Cielo Drive.

En los archivos de la oficina no fui capaz de encontrar el informe de ese interrogatorio, pero Ed Sanders, en una referencia al mismo en *The Family*, incluía un detalle revelador: Lutesinger preguntó a Gleason si detrás de los asesinatos de la casa de Tate estaban los Panteras Negras. «Yo fui programada para creer que eran los Panteras Negras quienes lo habían hecho», le dijo.

Este comentario debería haber despertado sospechas. La cronología es clave. Esta conversación tuvo lugar cuando los cadáveres de Cielo Drive aún estaban calientes. Como sabía Gleason, Lutesinger había dejado de estar con la Familia el 1 de agosto, día en que escapó del rancho. Por tanto, si realmente había sido «programada para creer» que los Panteras habían matado a Tate, la programación se habría producido antes de los asesinatos y la habría llevado a cabo algún responsable de los mismos. Gleason tenía que haber sospechado que Manson, o al menos alguien del Rancho Spahn, sabía más. (Me dijo que no recordaba haber hablado de los crímenes de la casa de Tate con Lutesinger, y le pareció improbable tal cosa, toda vez que los asesinatos «se habían producido solo unas horas antes. En ese momento, en los noticiarios probablemente no había salido gran cosa todavía». En realidad, los cadáveres habían sido descubiertos más de veinticuatro horas antes del interrogatorio; salían continuamente en todos los informativos.)

Aunque Lutesinger había cooperado con la policía, al parecer no era capaz de decidir dónde estaban sus lealtades. El 15 de agosto volvió a huir de la casa de sus padres y regresó al Rancho Spahn.

Ese mismo día, Guenther y Whiteley, que aún buscaban cómplices del asesinato de Hinman —aunque por algún motivo nunca hicieron verificaciones

en el Rancho Spahn—, se enteraron de que Lutesinger era la novia de Beausoleil, con lo que inmediatamente la consideraron sospechosa y emitieron una orden de busca y captura contra ella. El 16 de agosto, el día en que sus colegas efectuaban la redada del Rancho Spahn, Guenther y Whiteley visitaron a los padres de Kitty. En los archivos de la Oficina del Sheriff descubrí notas de Whiteley sobre el interrogatorio. Los padres de Lutesinger confirmaron que estaba embarazada del principal sospechoso de los agentes, que había vivido en el Rancho Spahn hasta el 1 de agosto y que había vuelto a escaparse la noche pasada, pero no sabían adónde había ido. Whiteley sí señalaba que Manson había telefoneado personalmente a la casa la semana anterior y que Lutesinger había hablado con él.

De hecho, en ese mismo momento Kitty Lutesinger estaba encarcelada. Había sido detenida en la redada junto al resto de la Familia.

Y, en mi opinión, es aquí donde se pone en entredicho la credibilidad de los agentes de la Oficina del Sheriff. Guenther y Whiteley acababan de emitir la orden de detención de Lutesinger. Acababan de enterarse de que ella había estado viviendo en el Rancho Spahn... con su principal sospechoso de asesinato. Y sin embargo, no fueron al rancho en busca de la chica. No hicieron nada.

Si se hubieran presentado allí sin más, habrían descubierto que toda la gente del rancho estaba encerrada en la comisaría de Malibú: habrían podido ir allí, interrogar a Lutesinger y acaso resolver los crímenes de Hinman y de Tate-LaBianca dos meses antes.

¿Por qué no lo hicieron? Por dos razones, me dijo Guenther. En primer lugar, él y Whiteley en ningún momento oyeron hablar de la redada del 16 de agosto, pese a que la estaban preparando colegas suyos e iba a ser la más importante de la historia del estado. Bill Gleason lo corroboró. «Éramos dos unidades independientes —me dijo—. De hecho, no teníamos por qué establecer contacto entre nosotros ni sabíamos nada de las investigaciones respectivas.»

Gleason dijo que, sobre la redada, lo «mantuvo todo en secreto adrede». No obstante, también me dijo que algunos coches patrulla del Departamento de Policía aislados se enteraron del asunto y se presentaron sin haber sido invitados. Además, tal como decía Bugliosi en *Helter Skelter*, la batida apareció en la primera página de la sección local de *Los Angeles Times* del día siguiente, junto a una crónica sobre los asesinatos de la casa de Tate todavía no resueltos.

Guenther alegaba otro motivo: los padres de Kitty Lutesinger le dijeron que ya habían ido al rancho a por la chica, y allí les habían dicho que no estaba. Pero ¿esperaba de veras que los amigos de una fugitiva la entregarían a los padres, sobre todo cuando todo el mundo sabía que la poli estaba husmeando por todas partes en busca de un sospechoso de asesinato? Guenther ni siquiera intentó responder; los dos nos quedamos un rato callados.

Gleason había organizado la redada. Da la impresión de que tarde o temprano acabaría sabiendo que Lutesinger, a la que había interrogado solo seis días antes, estaba en una de las celdas mientras los detectives de homicidios trataban de localizarla. Me había dado copias de sus expedientes, uno de los cuales, una cronología de la investigación, tenía una entrada fechada el 17 de agosto de 1969: «Whiteley y Guenther le dicen a Gleason que Lutesinger está siendo buscada para ser interrogada sobre el asesinato de Hinman».

Sin embargo, Gleason me dijo que ni siquiera sabía que Lutesinger había sido arrestada durante su propia redada. Había sido fichada con un nombre falso, pues en la Familia todos usaban algún apodo. Le recordé que él eso ya lo sabía. Figuraba en la declaración jurada de la orden de registro que redactó antes de la redada, y la propia Lutesinger se lo había dicho. Además, según una de las actas de detención de los archivos de la Oficina del Sheriff, había decidido averiguar la verdadera identidad de cada sospechoso aun sin ser cometido suyo. Gleason se mostró impasible. «Ella era solo una cara más — dijo—. Ese día yo tenía montones de cosas que hacer. Dudo mucho que hubiera podido reconocerla.» El 18 de agosto, Lutesinger fue puesta en libertad junto a los demás miembros de la Familia, y permaneció con ellos en el Rancho Spahn hasta mediados de septiembre, cuando se trasladaron todos al Valle de la Muerte. Pese a la orden de busca y captura, nadie fue nunca al rancho a detenerla.

La última vez que vi a Guenther fue en enero de 2005, cuando le visité para repasar una cronología que yo había deducido de su investigación sobre el asesinato de Hinman. Le dije que me parecía extraño que no hubiera ido nunca al Rancho Spahn a resolver el caso. Tenían detenido a Bobby Beausoleil, y sabían que este había llamado al rancho para pedir ayuda. Sabían que su novia vivía allí. Sabían que él había robado dos de los coches de Hinman. Al menos habrían podido conseguir una orden para registrar su último domicilio conocido —el rancho— con la idea de buscar pruebas del

robo.

Pero Guenther se aferraba a su relato. Miró al suelo y dijo: «Quizá cometimos un error».

Yo no era un periodista de sucesos experimentado. Casi todo lo que sabía del sistema de justicia penal lo había sacado de las noticias, las novelas policíacas y las películas de suspense. Así pues, fui a ver a Kimberly Kupferer, presidenta de la sección de Derecho Penal del Colegio de Abogados del Estado de California, y le pedí que me explicara el procedimiento operativo estándar en las investigaciones de asesinatos.

Kupferer desmintió a Guenther en todo. Era una práctica habitual acudir a la última residencia de un sospechoso de asesinato —con independencia de si se trataba de un rancho, una habitación de motel o un nido de ratas— para buscar pruebas, sobre todo si se trataba de un robo con homicidio, como era el caso Hinman. El hecho de que los detectives hubieran pasado eso por alto resultaba, a su entender, «muy raro».

Aunque yo sabía que estaba tentando a la suerte, en febrero de 2005 volví a llamar a Guenther.

—Sé que siempre me ha dicho que «nunca oiré una palabra falsa de Guenther o Whiteley» —dije—, pero ¿algo de lo que no me ha dicho me ayudaría a entender mejor sus actuaciones en este caso?

—No —contestó con un hilo de voz.

—Muy bien —dije yo—. Una última pregunta: ¿alguien le dijo en algún momento que dejara en paz a la Familia Manson o el Rancho Spahn en su investigación sobre el asesinato de Hinman?

—No —repitió, esta vez con un tono casi inaudible—. Nadie.

No pude formular a Whiteley las mismas preguntas. Tras mi primer encuentro con él, se negó a hablar conmigo otra vez. «**Chorradas**»

A veces, personas aparentemente secundarias me impulsaron a reenfocar el reportaje. Tal fue el caso de Lewis Watnick, antiguo fiscal jefe adjunto del distrito de Van Nuys. Yo quería hablar con Watnick precisamente porque, aunque no había tenido nada que ver con el caso Manson, había trabajado en la misma oficina que los fiscales que sí habían participado en el asunto, por lo que quizá podría ofrecerme alguna perspectiva valiosa sin sentirse condicionado.

Fui a visitarle a su casa de Thousand Oaks. Aún lo recuerdo arrastrando los pies hasta la puerta: un hombre delgado, frágil, de sesenta y tantos años, con el pelo castaño ralo, la sonrisa agradable y los ojos tristes. Como estaba

enfermo, hablaba con cierta dificultad, entre susurros ásperos. El aire acondicionado estaba tan fuerte que en la casa hacía frío.

Se dedicó un rato a leer mis documentos en silencio; al final emitió un suspiro.

—¡Chorradas! —soltó con un gruñido—. Todo eso son chorradas y nada más. —El alcance de la redada, el hecho de que la Oficina del Fiscal siguiera poniendo a Manson en libertad cuando disponía de pruebas suficientes para encausarlo, al menos por haber violado la libertad condicional...—. Todo encaja —señaló—. Manson era un confidente.

Era solo una conjetura, admitió, pero fundada, basada en sus treinta años de experiencia. No era la primera vez que escuchaba esa teoría. Una de mis fuentes de la Oficina del Sheriff se había preguntado alguna vez si Manson «tenía el dedo metido en un pastel más grande». Tras haber estado en la división de información de la oficina, él ya había visto antes cosas así.

—En estas situaciones, lo que pasaba es que entregaba a alguien más importante o estaba en la lista de otro por soplón, o delataba a otros.

Y si informaba también a otros, la DEA o los federales, en la Oficina del Sheriff no tenían por qué saberlo necesariamente. Robert Schirn, el fiscal del distrito que autorizó la redada solo para desestimar luego los cargos, había sugerido lo mismo: «Otra posibilidad, pura especulación, es que [Manson] fuera informante de alguien». Pero todos los agentes de la Oficina del Sheriff lo negaban.

—Pues claro —dijo Watnick cuando se lo dije—. «Informante confidencial» significa eso, que es confidencial.

Ninguno de nosotros era capaz de decir sobre qué o quién tendría Manson alguna información interesante. ¿Traficantes de drogas? Dada la hostilidad que mostraba Manson hacia los Panteras Negras, Watnick se preguntaba si aquello tenía una dimensión política.

—Quizá... —prosiguió, murmurando más bien para sí— era algo importante... a lo mejor el FBI.

De acuerdo, la orden de registro estaba repleta de alusiones al miedo de Manson a los Panteras Negras. Creía que ese grupo estaba a punto de asaltar el rancho. En un informe que encontré se decía incluso que Manson afirmaba haber visto en la finca «coches llenos de negros» fotografiándoles. En otro, un agente decía que Manson le había hablado de matar a un Pantera y le había pedido que se sumara a la inminente batalla de la Familia contra el grupo.

—Ya conoce el viejo dicho: los enemigos de mis enemigos son mis

amigos —dijo Watnick—. Por tanto, si Manson, que quería vengarse de los Panteras, había previsto esta confrontación entre blancos y negros, quizá estuvo pasando información al FBI.

Estas palabras de Watnick —alguien de la Oficina del Fiscal del distrito pero no vinculado al caso— reforzaron mi confianza. Mientras miraba de nuevo la larga orden de registro, el viejo fiscal adjunto no dejaba de refunfuñar.

—Helicópteros, agentes con armas automáticas, tres departamentos distintos, cuatro semanas de vigilancia oficial... ¿Y organizaron esta redada masiva para soltar a todo el mundo dos días después? —Negó con la cabeza—. Cuantas más veces lo liberaron, más clara es mi impresión de que lo hacían porque les era más útil en la calle. Estuvieron vigilando a ese tipo durante mucho tiempo... Me gustaría saber quiénes eran los vigilantes.

Watnick me recomendó que volviera a hablar con Gleason; conocía bien al detective, dijo, y confiaba en él. ¿Por qué Gleason se puso de perfil cuando el fiscal del distrito echó abajo todo el duro trabajo realizado? En cuanto a esta idea de que el agente de libertad condicional de Manson no podía actuar si el fiscal del distrito no intervenía primero... «Esto también es una bobada», soltó Watnick.

Tal como prometí, volví a ver a Gleason, que de manera tranquila pero terminante negó que Manson fuera un confidente. No veía siquiera un atisbo de esa posibilidad.

—Estoy seguro de que algo habría llegado a mi conocimiento —me dijo—. Nunca oí nada al respecto. Y aunque Manson hubiera sido informante del Departamento de Policía, estoy convencido de que desde allí me habrían dicho algo... y nunca hubo nada. El tipo ese era un capullo... Todos los polis con quienes hablé lo querían ver muerto y enterrado.

Entonces, ¿cómo es que fallaron todos? Yo no paraba de darle vueltas en la cabeza: la imagen de Watnick, inclinado sobre mis expedientes en su fría casa, gruñendo con aquella seguridad:

—Manson era un confidente. **Colofón: «Una gran infracción»**

Casi toda la parte del reportaje sobre la Oficina del Sheriff la hice en el año 2000. Al igual que pasaba con los demás aspectos de mi investigación, pensaba constantemente que algún día volvería sobre los asuntos clave y los abordaría de nuevo, sobre todo si el paso del tiempo les quitaba de algún modo un poco de hierro. Preveía un efecto cascada. En cuanto lograra que alguien, pongamos, Vince Bugliosi o Terry Melcher, admitiera un

encubrimiento importante, otras áreas del caso empezarían a despejarse también; de lo contrario, yo podría esgrimir un documento incriminatorio que cambiaría la opinión de la gente.

Pero cabe imaginar lo que pasó. Yo seguía adelante con mi trabajo, pero el tiempo tenía otros planes. En mi obsesión, comencé a ver las distintas historias como un rompecabezas que sería capaz de resolver siempre y cuando contara con todas las piezas. Escuché una y otra vez mis cintas con entrevistas; tracé complejas cronologías que enumeraban todos los movimientos, día a día y a veces hora a hora, en un intento por determinar quién sabía qué y cuándo lo supo. Confeccioné listas de posibles explicaciones, acerca de leyes sobre armas, sobre libertad condicional y sobre robos de vehículos y, lo más crucial de todo, sobre cómo dichas leyes se redactaron y se hicieron cumplir en 1969.

En 2005, me había alejado de la perspectiva de la Oficina del Sheriff, pero me sorprendía pensando en ella una y otra vez. Sabía que debía echar otro vistazo al archivo a fin de rellenar algunos huecos. Tenía la sensación de que en cualquier momento podía ser conveniente volver atrás. A lo largo de los años, había entrevistado a más de cuarenta agentes, sin hacer esfuerzo alguno por ocultar mi labor investigadora. Uno de ellos llegó a decirme que el propio sheriff, Leroy Baca, quería saber qué estaba haciendo yo y «ofrecer la cooperación del Departamento».

Sin embargo, nadie —excepto, evidentemente, el par de agentes jubilados que para empezar me permitieron acceder al archivo— tenía ni idea de que había tenido en mi poder los expedientes del caso. Cuando llamé a la sede central y pedí que me dejaran volver, estaban, por decirlo suavemente, enfurecidos. Desde el primer agente con quien hablé hasta el mismo sheriff Baca, la respuesta a mi solicitud fue un rotundo «no».

Yo alegaba que ellos habían sentado un precedente al haberme dejado entrar antes, con autorización o sin ella. Por razones de precisión, tenían la obligación de dejarme entrar —y también al público, suponiendo que algún día llegara yo al final del reportaje—, para poder revisar mis anotaciones. Sin embargo, como nunca había firmado en ninguna parte, no había constancia de mis visitas, decían, por lo que era como si no hubiera estado jamás allí, pese a que podía enseñarles los numerosos expedientes que había fotocopiado.

Como insistí, me permitieron exponer el caso ante el capitán de Homicidios. Cuando llegué, me encontré no con uno, sino con tres agentes que esgrimirían una nueva supuesta razón para impedirme el paso. Yo no podía volver a entrar, decían, porque había «un caso abierto» contra miembros

anónimos de la Familia sobre un asunto de «tarjetas de crédito robadas».

Esto no podía ser, dije. Cualquier tipo de robo de la Familia había prescrito hacía tiempo. Les daba igual. El sargento Paul Delhauer, que llevaba más o menos el control de la reunión, me dijo que había «material sobre el que no le pueden decir nada, del que nunca sabrá nada» con respecto al caso. Y entonces me indicaron la puerta.

Cuando años atrás había estado en el archivo de la Oficina del Sheriff, había sido tarea de Delhauer decidir quién podía acceder y quién no. Por eso, la oficina había decidido que él sería quien atendería mis llamadas. Por tanto, le llamé... una vez y otra, y otra más. Teníamos los nervios crispados, y nuestras conversaciones acabaron evidenciando una buena dosis de acritud.

—En cuanto al acceso a esos materiales —decía con el aire de un tirano—, lo que hubo fue una grave infracción.

Delhauer reconocía que esa infracción no era culpa mía y, en sus momentos más compasivos, admitía que aquello me ponía en una situación delicada. De todos modos, no veía el modo de ayudarme.

—En realidad, no me importa gran cosa, Tom —dijo—. Me parece que estas cuestiones carecen de importancia. No tienen nada que ver con la resolución del caso. No tienen nada que ver con el alcance de la investigación.

Le hablé de la teoría de Watnick, la posibilidad de que Manson fuera un confidente.

—Esto es una absoluta especulación —dijo—. Lo encuentro deplorable, la verdad. —Bueno, era una especulación, claro. Y yo quería volver al archivo por una razón: averiguar si tenía alguna validez—. A mí no me pagan por hacer su investigación —señaló Delhauer—. Todo el mundo parece sacar conclusiones precipitadas sobre algo tan notorio.

Agotado por mi insistencia, al final Delhauer se comprometió a recordarle al sheriff Baca su viejo ofrecimiento de «cooperación del Departamento». Si yo le escribía una carta a Baca, Delhauer se aseguraría de que llegaba a su destino.

Como Baca no contestaba a mi carta, fui implacable y seguí presionando. Por fin me fue concedida la entrevista con el propio sheriff, quien, como enseguida se puso de manifiesto, había sido concienzudamente informado sobre mi enfoque del asunto.

Designado para el puesto en 1998, Baca había llegado a ser una figura destacada de las fuerzas policiales de California. Al frente de la oficina del sheriff más importante del país, tenía a sus órdenes a dieciocho mil empleados

que cubrían una jurisdicción de más de seiscientos mil kilómetros cuadrados. Famoso por su carácter estricto y su estilo firme y eficiente, en noviembre de 2005, cuando nos vimos en su sede central, estaba en la cúspide.

Seguí al alto y delgado representante de la ley por un pasillo hasta su despacho: grande y cómodamente amueblado, con esculturas de cerámica de Asia y tres vitrinas de trofeos del suelo al techo espectacularmente iluminadas. Colgada en una pared, había una cita enmarcada de Baca que había aparecido en *Los Angeles Times*: «Hemos de atender con esmero los sentimientos de los demás individuos y no caer en discursos que solo exacerbaban la división».

Nos sentamos frente a una mesita baja. Yo estaba en el sofá; él, bronceado y algo encorvado, de uniforme, en una butaca. Tras dejar claro que la reunión iba a ser breve, me sugirió que fuera al grano. Yo quería volver a consultar los expedientes, dije, para averiguar por qué su departamento había sido tan indulgente con Manson.

Baca me dirigió una mirada imperturbable, inquietante.

—El hecho es que, como individuo, Charlie Manson era un porrero, un bicho raro, un fanático, un controlador compulsivo... No precisamente la persona idónea para ser chuleada por un poli.

—No parecía tener mucho miedo a la policía —dije—. Cuando los agentes fueron al rancho, les dijo que en los montículos había hombres apuntándoles.

—Otra prueba de que no necesita que nadie le ayude... Oiga, fíjese en lo obvio: ese hombre no es fiable ni siquiera en lo relativo a su propia situación. Bien, si no es fiable para definirse a sí mismo, ¿cómo va a ser fiable para definir algo útil para la policía?

Casi todo lo que decía iba por ahí: Manson era demasiado inestable para que las fuerzas policiales pudieran sacar de él algún provecho. En cuanto a que Guenther y Whiteley se habían desentendido del caso, no quiso hacer ningún comentario.

—Todos los agentes que he entrevistado —le dije— afirman no entender por qué Guenther y Whiteley no fueron al rancho.

—Creo que solo ellos pueden justificar por qué no acudieron. Es curioso; en la persecución de delincuentes, incluso cuando sigues la pista buena, si algo te distrae, dices «esto ya lo haré mañana», y luego alguna puñeta interfiere en ese mañana, y al final ha pasado una semana sin darte cuenta.

Le recordé que esto no era ningún viejo caso de asesinato. Guenther y Whiteley creían —creían de veras— que su caso estaba relacionado con los

crímenes no resueltos más importantes de la historia de Los Ángeles, a raíz de los cuales la ciudad vivió un tiempo atemorizada.

—Le aseguro que ellos no forman parte de ningún acuerdo más amplio con un tipo como Charles Manson. Sería imposible ocultar algo así.

—Si lo expongo de esta manera —dije, tras deducir que no me dejaba otra opción—, van a parecer malos policías.

—Incompetentes. No malos.

La reunión terminó casi tan deprisa como había comenzado. Baca, que me había hecho esperar más de una hora, tenía que ir a cenar a Pasadena. Salimos juntos, tras su chófer. En la oscuridad, antes de separarnos se dirigió a mí:

—Si quiere algo más de ayuda, puedo ponerle en contacto con alguien que trabaja con informantes; cuénteles su hipótesis —dijo. Pensando en Manson, añadió—: Es un bicho raro. ¿Qué clase de policía va a confiar en un bicho raro?

No dije nada. Sabía que no valía la pena. El sheriff ya había tomado su decisión antes de recibirme. Cuando el chófer puso en marcha el sedán, Baca me echó un último vistazo, como si no estuviera seguro de qué pensar de mí. Acto seguido, meneó la cabeza, se subió al coche y dijo:

—Tiene una historieta banal típica de Hollywood, como la del asesinato de Marilyn Monroe, nada más. Pero qué más da. Eso es lo que vende libros.

Baca se jubiló en 2014. En 2017, un jurado lo consideró culpable de haber obstaculizado una investigación del FBI sobre maltrato de presos en cárceles del condado de Los Ángeles. Fue condenado a tres años de reclusión en una prisión federal. Ante una sala de juicios abarrotada, un juez de distrito de Estados Unidos le dijo: «Sus acciones escandalizan a los miles de hombres y mujeres que se juegan la vida a diario. Se ha visto seriamente menoscabada la confianza que la gente había puesto en usted... La obediencia ciega a una cultura corrupta tiene graves consecuencias».

Ese día de 2005, Baca me pareció desdeñoso y condescendiente. No obstante, cumplió su promesa y me puso en contacto con el jefe de la división de detectives, el comandante Robert Osborne, que era lo más parecido a un experto en confidentes que había en la Oficina del Sheriff. Le solté el rollo — a estas alturas, ya muy bien ensayado— y, aunque él consideraba muy improbable que Manson hubiera sido jamás informante de su oficina, sí admitió la posibilidad de que algún organismo federal llamara y pidiera la liberación de alguno de sus confidentes. En estos casos, llamaban al

investigador; el capitán estaría implicado.

—Es posible que hubiera alguna llamada telefónica, en efecto, ¿qué utilidad tendría mantenerlo en secreto indefinidamente? La teoría de que alguien les pidiera hacer algo contrario a la norma no es inverosímil —reconoció—, aunque no entiendo por qué no se lo han dicho. No me cabe en la cabeza que quieran ocultarlo. Si realmente hubo alguna otra agencia involucrada en 1969 o en 2005, no veo que negarlo beneficie a nadie.

A menos, pensé, que desembocara en el asesinato de personas inocentes.

Tuve la impresión de que aquello era la máxima concesión que había conseguido jamás de la Oficina del Sheriff del Condado. Le di las gracias a Osborne por su tiempo y proseguí mi camino.

Esto es lo que la desesperación provoca en un escritor. Yo sabía que Guenther se pondría furioso si se enteraba de que Baca les había llamado, a él y a Whiteley, «incompetentes». Tenía la duda de si esto podría ser lo que por fin rompiera su código de silencio, el hecho de que él, uno de los detectives más legendarios de la historia de la Oficina del Sheriff de Los Ángeles, hubiera sido denigrado por su antiguo departamento. No tuve valor para decírselo, pero sí se lo comenté a uno de sus amigos, que como es lógico se mostró indignado. Tuve el presentimiento de que se lo diría a otros, incluido Guenther. De todos modos, aún tardé seis años en llamarlo.

Cuando lo hice, me pareció cansado y derrotado; no era el Charlie Guenther que recordaba. Todavía conservaba aquella forma extraña de llamarme por mi nombre completo en la conversación.

—Quiero olvidarme de esto, Tom O’Neill —dijo Charlie—. Y también de usted. Lo de Lee Baca me ha sentado muy mal. Nuestra conversación ha terminado.

Le pedí disculpas y le expliqué por qué creía yo que no era incompetente, y por qué estaba seguro de que lo mismo pensaría todo aquel que viera su currículum. Pero eso no rompía el muro de silencio.

—Hice esto durante veinte años —dijo con calma, en alusión a la época en Homicidios—, y Baca dijo que yo era un incompetente... Solo quiero acabar ya. Tengo ochenta y tres años, coño.

—Y yo solo quiero escribir la verdad sobre por qué se produjeron aquellos asesinatos —precisé.

—Ya sé lo que dice usted, Tom, y le pido que me escuche. Esto pasó hace más de cuarenta años, y me gustaría quitármelo de encima... por favor, Tom

O'Neill. No quiero pelearme con usted... Ya no puedo más.

Charlie Gunther murió en 2014. La fragilidad de su voz aquel día me dejó desconsolado. Además, me sentía confuso. Movido por mi obsesión con el caso, no alcanzaba a entender por qué un detective famoso quería dar carpetazo al asunto, ya sin la motivación para llegar al fondo del problema. Pero fue entonces cuando asumí que yo también quería acabar con aquello. Sin embargo, han pasado muchos años y no ha acabado nada; y ahora entiendo a Gunther a la perfección.

6 ¿Quién era Reeve Whitson?

Al principio de mi trabajo, yo sabía que, si quería, podría concluir mi historia para *Premiere*. Aunque era muy tarde para el trigésimo aniversario, intuía que tenía entre manos un asunto suculento. Había hablado con celebridades arteras, narcotraficantes sórdidos, policías ineptos y fiscales falaces. Mi investigación había recibido amenazas, halagos y advertencias. Sin embargo, no tenía ninguna prueba irrefutable, sino solo montones de indicios circunstanciales. El eje central de mi historia seguía envuelto en la ambigüedad. Me preocupaba que mi reportaje fuera rechazado a las primeras de cambio, al estilo Lee Baca, como si fuera «una historieta típica de Hollywood».

Así que seguí adelante, aunque en cierto modo he acabado lamentándolo. Algunas de mis entrevistas fueron especialmente fastidiosas; las que me convencieron de que aún no podía abandonar. Pensaba en Little Joe, el peluquero de Jay Sebring, que había recibido una inquietante llamada de un gánster tras los asesinatos. Y en los primeros sospechosos, Charles Tacot y Billy Doyle, que aseguraban tener contactos con los servicios secretos. Y en Preston Guillory, según el cual los policías dejaban a Manson en libertad porque sabían que planeaba un ataque contra los Panteras Negras. Pensaba sobre todo en la posibilidad de que precisamente Manson gozara de cierta protección de las fuerzas policiales o de que fuera incluso un informante. También me dejaba pasmado la hipótesis de que alguien como Manson pudiera estar relacionado con algo más importante, acaso más sombrío. Sea como fuere, mi trabajo me ha llevado hasta aquí.

Empecé a documentarme sobre el uso de confidentes. Tras leer con detenimiento viejos ejemplares de *Los Angeles Times* y del *Herald Examiner*, acabé sabiendo que, a mediados de los años sesenta, tanto el Departamento de

Policía como la Oficina del Fiscal se habían infiltrado en grupos considerados peligrosos para el orden establecido: izquierdistas contrarios a la guerra del Vietnam, el Partido de los Panteras Negras y otros grupos de militantes negros, como U. S. United Slaves, feroces rivales de los Panteras en Los Ángeles. Haciéndose pasar por gente de izquierda, los agentes provocadores se ganaban desde dentro la confianza de esos grupos, a los que animaban a cometer crímenes o a actuar con violencia contra sus adversarios.

Incluso desde la distancia, esta línea de investigación me dio cierta pauta. A mí nunca me habían interesado las conspiraciones. No era de los que especulaban sobre un segundo tirador en el asesinato de John F. Kennedy o decían que lo de la llegada a la luna era falso. Por primera vez, sin embargo, vi que manejar secretos turbios era algo atractivo, una opción seductora siempre y cuando la gente te creyera. Si descubría la trama, sería capaz de cambiar el modo de enfocar uno de los crímenes fundamentales del siglo XX. Si lo hacía mal o me basaba demasiado en la fe, acabaría siendo alguien a quien los demás reconocen en una fiesta y luego se excusan educadamente mientras el escritor suelta una perorata sobre «la visión de conjunto».

Aunque quizá me tomaran por loco, quería ver si la teoría del confidente era fundada: si Manson tenía contactos creíbles con el gobierno o la policía, y si podía relacionarlo con las infiltraciones policiales en grupos izquierdistas sobre las que había leído. A continuación, como si lo hubiera hecho aparecer de la nada, emergió alguien que encajaba en el rompecabezas. Parecía haber llegado al sur de California desde las páginas de una novela de espías, y no precisamente de las buenas, encima. Se llamaba Reeve Whitson, y sus conexiones con la investigación sobre Manson añadían a los asesinatos de Tate-LaBianca una dimensión que había sido eliminada del registro oficial.

«Tengo que salvar el pellejo»

Todo empezó con Shahrokh Hatami, amigo y fotógrafo personal de Sharon Tate. Cuando en 1999 hablé con Hatami por teléfono, él nunca había concedido ninguna entrevista sobre los crímenes. Tras poner en orden sus recuerdos, evocó algo que nunca había tenido ocasión de explicar.

A las siete de la mañana del 9 de agosto de 1969, Hatami recibió una llamada desesperada de un amigo. Frotándose los soñolientos ojos, escuchó mientras el otro le daba la terrible noticia: Sharon Tate y otras cuatro personas habían sido asesinadas en su casa de Cielo Drive. Después, él y su novia, paralizados por el horror, pusieron la radio para enterarse de más cosas. Tuvieron que esperar un buen rato. Como supo después Hatami, esta llamada

se produjo noventa minutos antes de que la asistenta de los Polanski hubiera llegado a la casa, descubierto los cadáveres y salido diciéndoselo a gritos a los vecinos, que acto seguido llamaron a la policía. Sin querer, Hatami había sido una de las primeras personas del mundo en oír hablar de los asesinatos... gracias a su amigo.

Ese «amigo» era Reeve Whitson, a quien Hatami describía como «un hombre misterioso», una frase que oíría a menudo mientras lo estuve investigando a fondo. Amigo íntimo de Tate y Polanski, Whitson tenía cierto don para la discreción. Cuando los demás llegaban a acordarse de él, solía estar en la periferia, yendo y viniendo, sin objetivos conocidos, con móviles insondables.

Si la implicación de Whitson se hubiera limitado a esa primera llamada, no sé si yo habría vuelto a pensar en él. Era perfectamente posible que Hatami se hubiera equivocado con la hora. Para entender un poco el papel de Whitson en el caso, busqué su nombre en las transcripciones del juicio. Aparecía cuatro veces, todas ellas en la declaración de Hatami. Era Whitson, confirmó en el estrado, quien le había llevado hasta Bugliosi durante la investigación. Sin embargo, Whitson no aparece en *Helter Skelter*, que por lo demás ofrece una descripción detallada del relato de Hatami.

Como tenía que ser. El testimonio de Hatami supuso un espectacular punto álgido. Ante la atestada sala del tribunal, explicó que cinco meses antes de los asesinatos, estando de visita en casa de Sharon Tate, notó la presencia de alguien en la propiedad. Se acercó a la puerta principal y allí se encontró con el bajito y desaliñado Manson, que le preguntó si estaba Terry Melcher. Como quería quitárselo de encima, Hatami lo mandó a la parte de atrás. Sabía que en la casa de huéspedes vivía Rudi Altobelli, quien le explicaría cómo encontrar a Melcher.

La historia de Hatami demostraba que Manson sabía dónde estaba la casa de Cielo Drive y cómo llegar ahí. Lo cual añadía cierto presagio trágico: como Tate, Sebring, Folger y Frykowski estaban en la estancia detrás de Hatami, esta sería la única vez que Manson iba a ver a sus futuras víctimas.

El problema, según me reveló Hatami, era que nunca había estado seguro del todo de que fuera Manson la persona que vio aquel día. Sus dudas no significaban nada para Bugliosi y Reeve Whitson, que lo coaccionaron para que declarase igualmente. «No me gustaron nada las circunstancias en las que me vi obligado a declarar como testigo», dijo Hatami. Se lo había dicho Whitson: «Hatami, tú viste a ese tipo, Altobelli lo dice, necesitamos a otra

persona para corroborarlo». (Seguramente, Bugliosi creyó necesitar dos declaraciones sobre la visita de Manson ese día; se trataba de un elemento importante para vincular a Manson a la escena del crimen.)

Como Hatami ponía objeciones, Whitson le apretó las clavijas amenazándole con la deportación: además, se aseguraría de que Hatami, un iraní sin la nacionalidad estadounidense, no pudiera conseguir otro visado. Si quería quedarse en Norteamérica, lo único que debía hacer era decir que ese día había visto a Manson en la casa de Tate. No mucho después, Whitson acompañó a Hatami a su coche y le enseñó su pistola. Aunque Hatami no le conocía demasiado bien, se tomó la amenaza en serio: creyó que Whitson contaba de veras con los medios para deportarlo.

—El señor Whitson me puso entre la espada y la pared —me explicó Hatami—. Nunca estuve seguro de que aquello hubiera sucedido de aquel modo. Pero tenía que salvar el pellejo. —Como entonces Bugliosi y yo todavía hablábamos, le pregunté si conocía a Whitson. No recordaba el nombre, me dijo. Para Hatami eso era «una sandez»—. Bugliosi le conoce muy bien —precisó—. Si no es por Reeve, yo no habría sido testigo.

Tenía razón. Como la defensa sospechaba que, en efecto, Bugliosi y Whitson habían presionado a Hatami para que declarara, instaron a Bugliosi a que diera explicaciones en el juicio. Bajo juramento pero sin la presencia del jurado, Bugliosi intentó explicar el hecho de haber interrogado a Hatami sin grabadora ni taquígrafo. Mientras Hatami hablaba, ¿quién estaba en la habitación? «Solo estábamos Reeve Whitson, yo y el señor Hatami», respondió Bugliosi. El juez llegó a la conclusión de que Hatami no podía declarar que había visto a Manson. El jurado oyó solo que estaba en la casa cuando un hombre se acercó a la puerta y que envió a ese hombre a la casa de huéspedes.

Sin embargo, como es lógico, Bugliosi se olvidaba de que había dado el nombre de Whitson bajo juramento. Whitson lo quería así. Había conseguido su objetivo y luego desapareció, dijo Hatami, «como una pieza de ajedrez».

Memoria fotográfica

Si Whitson era una pieza de ajedrez, ¿quién lo movía de un lado a otro? Como había muerto en 1994, no pude hacerle preguntas. Hatami me pasó nombres de personas que quizá le habían conocido. Casi todas me dijeron lo mismo: que Whitson era una especie de agente secreto. Unos hablaban del FBI, otros de los Servicios de Información. De todos modos, había cierto consenso respecto a que formaba parte de la CIA o de algún grupo filial de

operaciones especiales.

La primera vez que oí esto me pareció absurdo: un agente secreto agenciándose testigos para el juicio de Manson. También me pareció absurdo la segunda y la tercera vez. Pero acabé oyendo demasiadas veces que Reeve Whitson pertenecía a un organismo de inteligencia. Mientras hablaba con las personas que le habían conocido fue surgiendo un retrato. Whitson había sido serio, reservado, compartimentado. Tal como lo expresó un amigo suyo, vivió «ocho vidas en una». Tenía hábitos excéntricos y buena memoria fotográfica. Lo que hacía con esa memoria, y para quién, sigue siendo objeto de especulación febril.

Bill Sharman, antiguo jugador de la NBA y mánager general de los Lakers, había conocido a Whitson en 1980. Recordaba la «mente fotográfica» de su amigo. Sharman acudió a su cita conmigo acompañado de su esposa, Joyce. Ambos creían que Whitson estaba relacionado con el caso Manson.

—Decía que trabajaba para la CIA... Nos explicó que estaba participando en la investigación, pero no nos dio detalles —dijo Joyce—. Reeve nos contaba cosas de lo más disparatadas que al final eran ciertas... Aprendimos a creerle. Lo apreciábamos mucho, pero siempre fue un misterio para nosotros.

Cada vez que preguntaba a alguien sobre Reeve aparecía la dichosa palabra. Incluso quienes le conocían bien lo describían como un absoluto enigma, con cierta afición a contar historias increíbles que resultaban ser verídicas. Otro amigo, Frank Rosenfelt, antiguo presidente y director ejecutivo de MGM Studios que había conocido a Whitson en 1975, decía que era «el tipo más raro del mundo».

—No mentía —me dijo Rosenfelt—. No se colocaba a sí mismo en una posición de ventaja en la que no pudieras rebatir lo que te contaba. —Estaba seguro de que Whitson «tenía algún contacto con los servicios de inteligencia, sin duda». Rosenfelt era una de las pocas personas que mencionaba la extraña inclinación de Whitson a llamar desde teléfonos públicos—. Se pasaba horas hablando... y yo siempre me pregunté quién demonios pagaría las llamadas. ¡Y siempre desde una cabina! Por otro lado, Reeve conocía bien la situación de Manson. Decía que, si le hubieran hecho caso, quizá muchas personas no hubieran sido asesinadas. Estaba en el ajo.

—¿Quién tenía que haberle hecho caso? —pregunté.

—Creo que se refería a cualquiera que estuviese investigando. Los federales, la policía. Daba a entender que había hecho un montón de

sugerencias, pero no le habían escuchado... Por esa razón estaba un poco resentido.

Esto significaba que Whitson contaba con alguna información sobre los planes de la Familia. Lo descarté atribuyéndolo a la mala memoria hasta que lo oí por segunda vez. Richard y Rita Edlund, que habían conocido a Whitson gracias a Rosenfelt, describían a un personaje «muy críptico» que hacía grandes esfuerzos para pasar desapercibido. «Yo sabía que había participado en la investigación sobre Manson —dijo Richard, director de fotografía de efectos especiales—. Reeve fue uno de los que resolvieron el caso Tate, o directamente el que lo resolvió.» Sin embargo, como les pasaba a otros con quienes había hablado, no era capaz de aportar datos concretos, sino solo anécdotas curiosas. «Trabajaba para la CIA... Creo que estaba en nómina... Reeve era de esos tíos que, debido a su historial, todavía apagan la luz interior del coche para que al abrir la puerta no se encienda. Porque, según decía, nunca sabes quién puede estar mirando —explicaba Richard—. Utilizaba la uña del pulgar para romper la parte superior derecha de cada hoja de papel que leía, para dejarla marcada. “No te quitas las viejas costumbres”, solía decir.»

Con ese «pico de oro», Whitson lo tenía todo «menos un porte militar». Como hombre que no respondía a ningún estereotipo, se «iba infiltrando en la ciudad con su estilo increíblemente encantador. Se hizo amigo de Jay Sebring, y Polanski era colega suyo, y los Beach Boys... y conoció a Manson a través de todos esos».

—¿Antes de los asesinatos? —pregunté.

—¡Sí, claro! —Se habían conocido gracias a Dennis Wilson, recordaba Edlund, en la época en que Manson intentaba introducirse en el mundo de la música de la mano de los Beach Boys—. Reeve era de esos tipos que se relacionan con toda clase de gente. En su cabeza había creado una infraestructura de la ciudad... Prácticamente conocía a todo el mundo.

Lo más probable, pensé, era que Whitson fuera un estafador, o cuando menos un mentiroso astuto, y que Shahrokh Hatami hubiera simplemente confundido sus recuerdos o exagerado los incidentes que culminaron en su declaración. No obstante, los amigos de Whitson hicieron que yo estuviera cada vez más convencido de su conexión con Manson. Tal vez la prueba más concluyente procedía de Neil Cummings, abogado que le había conocido en 1984. Como me había enterado de que Cummings se contaba entre las personas más cercanas a Reeve, un día lo invité a almorzar. No le había

hablado de la afirmación de Hatami —que Wilson le había llamado antes de que los cadáveres hubieran sido identificados siquiera—, pero la corroboró por su cuenta.

Según Cummings, Whitson estaba en una división secreta de la CIA, más hermética que el resto de la organización. Hablaba mucho de su adiestramiento para matar a gente, lo que daba a entender que lo había hecho al menos algunas veces. Y en lo que se refería a Manson, «estaba más cerca del asunto que nadie». Cummings admitía lo siguiente:

Cuando pasó aquello, Whitson estaba involucrado activamente en alguna clase de investigación. Trabajaba estrechamente con alguien de la policía y hablaba mucho acerca de episodios previos a los asesinatos, pero no recuerdo cuáles. Lamentaba no haberlos impedido, no haber hecho nada al respecto.

Tenía motivos para creer que iba a pasar algo gordo en la casa [de Tate]. Quizá estuviera allí cuando pasó, justo antes o después... acaso lamentara no haber estado cuando sucedió. Me dijo que había ido a la casa después de los crímenes, pero antes de que llegara la policía. Decía que había habido meteduras de pata antes y después. Me parece que dijo que sabía quién lo había hecho, y que tardó mucho tiempo en conducir a la policía hacia los culpables.

Whitson vigilaba la casa de Tate, añadió Cummings; por eso sabía que iba a pasar algo. La noche de los asesinatos había estado ahí y se había ido. Por descabellado que suene, Cummings estaba seguro de eso: «Whitson sabía más que nadie del asunto».

Me quedé desconcertado. Llevaba un año oyendo un rumor de gente de dentro y fuera del caso: que Manson había visitado la casa de Cielo después de los crímenes, que había regresado con alguien desconocido para reordenar la escena. Esto explicaría ciertas anomalías en las posiciones de los cadáveres: los asesinos los habían dejado de una manera y la policía los había encontrado de otra. Había charcos de sangre de Tate y de Sebring en el porche delantero, salpicaduras en el sendero del jardín y los matorrales. Sin embargo, según los asesinos, ni Tate ni Sebring salieron jamás del salón, donde murieron. El médico forense decía que las manchas de sangre en el cuerpo de Tate hacían pensar que el cuerpo había sido arrastrado, algo que tampoco mencionaron los asesinos. Las personas que había cerca, incluido un vigilante jurado, habían oído disparos y una discusión horas después del momento en que se habían marchado los asesinos, según el propio testimonio de estos. Por otra parte, el propio Manson había dicho en diversas ocasiones que había ido

a la casa con un individuo anónimo para «ver qué habían hecho mis niños».

La mera alusión a estas palabras puso furioso a Bugliosi. Yo había visto un vídeo en el que otro reportero había sugerido esta posibilidad. Bugliosi estaba indignado: «¿Por qué iba Manson a correr un riesgo así? Estaría loco, pero no era estúpido». Cuando pregunté al respecto a Bugliosi en nuestro primer encuentro, pese a todos los interrogantes se negó a tomar en cuenta esa posibilidad.

Sin embargo, aquí estaba Cummings, que, junto a otros, decía que Whitson había estado en la casa de Tate después de los asesinatos pero antes que la policía. Y aquí estaba Hatami, diciendo que Whitson le había llamado aquella mañana. Un amigo decía que Whitson «lamentaba profundamente» no haber estado allí para evitar la carnicería. Puede que fueran las palabras de un mentiroso engreído, pero también es posible que Manson dijera la verdad con respecto a su visita, y que Whitson hubiera estado también allí. Esto me parecía delirante. Sin embargo, Cummings y Hatami no estaban locos. Si acaso, eran dos fuentes independientes, y creíbles, de la misma historia.

A mí me parecía posible que Whitson fuera la piedra angular, el hombre que lo conectaba todo. Las extrañas omisiones en el juicio y en *Helter Skelter*, los fallos clamorosos en la Oficina del Sheriff a la hora de seguir pistas, la sospecha de que Manson pudiera ser un confidente, los rumores sobre un trapecho de narcóticos que había salido mal... Si yo quería construir una teoría del campo unificado, Whitson, vinculado a tareas secretas de inteligencia por no menos de una docena de fuentes, debería estar en el centro. Como era consciente de que mucho de lo que yo sabía era circunstancial y especulativo, me contuve... Tenía por delante una cantidad ingente de trabajo. Sin embargo, cuando miro atrás y me pregunto cómo es que dejé que este caso me absorbiera durante casi veinte años, pienso que Whitson fue el motivo principal. **«Él no existía»**

Los antecedentes vitales sobre Whitson eran escasos. Nacido en Chicago el 25 de marzo de 1931, se había criado en Kendallville, Indiana, y ya de niño tenía un aire fantasioso. Su madre era bailarina, y su padre un renombrado acróbata, o sea, una familia bastante viajera. Hijo único, desarrolló cierto talento para lo teatral. En la Universidad de Indiana, llevaba la voz cantante en los juegos y disfrutaba tanto actuando que fue transferido al Teatro Pasadena, por lo que se mudó a Los Ángeles con la esperanza, como tantos antes que él, de llegar a ser actor o cantante. Como decía un amigo suyo, «su punto fuerte era su afinidad natural por la gente... Era capaz de desempeñar un montón de

papeles. En realidad, su vida era una serie de producciones teatrales».

No está claro cuándo lo encaminó la vida de pronto hacia el espionaje. Según algunas personas con las que hablé, Whitson afirmaba tener un mentor, Pete Lewis, que le había introducido en el mundo de las actividades secretas. Al parecer, Lewis tuvo un final trágico y casi inverosímil, como si se tratara de alguien salido de una película de James Bond: murió a causa de un dardo venenoso oculto en un paraguas. Richard Edlund, uno de los que había mencionado la historia del dardo, consideraba que esto constituía un ingrediente esencial de la historia personal de Whitson: era como si este creyera que, si se hacía espía, podría vengar la muerte de su amigo. A saber cuánta verdad había en eso. Yo deseaba fervientemente que la familia de Whitson fuera capaz de separar la realidad de la ficción.

Algunos conocidos míos en California me dijeron que Whitson tenía una exesposa sueca y una hija. La mera existencia de ambas era una conjetura, pues él se había mostrado muy reacio a revelar nada de ellas. La familia había vivido en Norteamérica por breve tiempo, hasta que, en 1962, cuando la crisis de los misiles de Cuba alcanzó un punto crítico, Whitson, convencido de que Estados Unidos estaban a punto de librar una guerra nuclear, mandó a su esposa y a su hija a Suecia. Todo eso también me sonaba descabellado, pero tratándose de Whitson, cualquier cosa era posible.

Como era de esperar, acabé hablando por teléfono con la exesposa, Ellen Josefson (de soltera, Nylund), estando ella en Suecia. Josefson no se anduvo con rodeos.

—Él trabajaba para la CIA —dijo—. Por eso me preocupa hablar con usted.

—¿Está segura de eso?

—Sí, estoy segura.

Ella y Reeve se habían conocido en Suecia en 1961, explicó. Se enamoraron en el acto. Antes de que terminara el año ya se habían casado y mudado a Nueva York. En aquella época, Whitson trabajaba de forma encubierta como periodista, escribiendo artículos procomunistas como treta para atraer a radicales. Por lo visto, esperaba que esto le proporcionara más contactos en Rusia. Era un plan tan complejo que estaba involucrado incluso alguien de la embajada polaca, recordaba ella, y, a su debido tiempo, Whitson empezó a ayudar a los rusos.

—Me puse furiosa con él —dijo—. Yo era muy anticomunista.

¿Cómo es que se había casado con un izquierdista? Fue entonces cuando

Whitson pensó que debía correr la cortina. Explicó que aquello era solo parte de su labor para la Agencia, algo de lo que, por lo demás, no tenía ganas de hablar.

En octubre de 1962, Ellen dio a luz a una niña, Liza. A estas alturas ya tenía muchas dudas sobre su matrimonio; la flor se había marchitado. El trabajo de Reeve ponía en peligro la vida de ella, y ahora también la de su hija. Y también era difícil quererle. A veces lo mandaban a zonas remotas de cualquier parte del mundo durante meses, y cuando regresaba no daba ninguna explicación de dónde había estado ni de qué había estado haciendo. En 1962, fue a menudo a Cuba, y cuando estalló la crisis de los misiles, decidió que lo mejor era mandar a su familia a Suecia. Se marcharon algo antes de la muerte de John F. Kennedy, recordaba Ellen. Y después... el silencio.

—Durante un tiempo no supe nada de él —explicó Ellen. Cuando reapareció, fue para pedir el divorcio. Las formalidades se prolongaron dos o tres años—. Tenía que portarme bien. Me dijo que, si no le concedía el divorcio, podía pasarme algo.

Una vez finalizado el proceso de separación, ella y Liza tardaron quince años en tener noticias de Whitson, que volvió a dar señales de vida a finales de los setenta o principios de los ochenta. Dijo que se había jubilado y que de algún modo quería compensar su ausencia. Aunque hablaron solo alguna otra vez, Ellen recordaba que él había sacado a relucir el tema de Manson y la Familia.

—Decía que su madre y Sharon Tate habían sido amigas íntimas —explicaba Ellen—, y que por eso había tenido que volver, para ayudar... Nunca quise que me diera detalles. Estaba asustada. «Es mejor que no sepas nada», decía él.

Por consejo de Ellen, me puse en contacto con Liza, la hija, que no había vuelto a ver a su padre hasta cumplidos los dieciocho años. En diversas y largas conversaciones telefónicas me rellenó algunos huecos biográficos de Whitson. Ahora, en Suecia, enfermera y casada, tenía dificultades para conciliar el profundo secretismo de aquel hombre con su función paterna. Para ella fue siempre alguien opaco, insondable.

—Nunca entendí cómo llegó a conocer a toda esa gente importante —me dijo—. Me explicó que trabajaba para la Agencia Central de Inteligencia. Y que pertenecía a una sección de la Agencia que era totalmente inexistente. Él mismo no existía.

—¿Usted le creía?

—Sí —contestó—. Mi existencia era un secreto para todos sus amigos.

Una vez Liza fue a California a visitarlo, y él había contado a algunos amigos que venía su hija. «Estaban completamente convencidos de que les estaba gastando una broma, como hacía siempre. Cuando entré por la puerta, ¡había dos personas mirándome fijamente! Estaban atónitas.» Whitson le explicó que la había mantenido a distancia porque «él vivía su vida ejerciendo un control total sobre los demás, y yo era alguien a quien no podía controlar». «Quien quisiera hacerle daño podía ir a por mí —contaba Liza—. En Suecia, mi madre y mis abuelos tenían miedo de que me secuestraran por ser su hija.» Incluso después de jubilado, la relación fue difícil. Whitson seguía sin hablar de su pasado, y sus ideas políticas a ella le incomodaban: era un ultraconservador que mostraba un furibundo desdén hacia la gente de izquierdas.

Cuando murió, Liza acudió a su funeral en Los Ángeles, donde se quedó pasmada al ver que tenía muchos amigos poderosos, y que muy pocos de ellos sabían gran cosa de él más allá de su experiencia personal.

—Mantén a sus amigos al margen —dijo Liza.

Esperando recuperar algún recuerdo, fue al escasamente amueblado apartamento de Whitson, donde no encontró nada de valor sentimental. Lo que sí había era unas cuantas fotos, lo cual le sorprendió... Whitson siempre se negaba a ser fotografiado. Una la pilló desprevenida. Era una imagen en blanco y negro de su padre con el pelo largo y suelto —a todas luces no era una peluca— y pantalones de campana. «Parecía uno de los miembros de la Familia Manson», dijo.

Me mandó la fotografía, en la que, como cabía esperar, se veía a un Whitson haciendo muecas, vestido como un hippie, cuyo aspecto no era muy llamativo pero daba el pego, con vaqueros azules, un cinturón ancho y la camisa abierta en el cuello. Liza estaba convencida de que correspondía a una de sus operaciones secretas. Mi impresión era que la foto databa de aproximadamente mediados de los sesenta, pues los coches que se veían en un segundo plano pertenecían a esa época. Pensé que a lo mejor el disfraz estaba relacionado con Manson. Liza no sabía qué decir. Aunque él le había dicho que había tenido algo que ver con el caso, «nunca supe por qué». «Era un maestro en el arte de contarte cosas sin dar ningún detalle.»

Whitson tenía una familia muy extensa. Pese a que con muchos de sus «primos» no tenía siquiera una relación consanguínea, estos estaban muy unidos a él. Como me explicó Frank Rosenfelt, «Whitson tenía la extraña

costumbre de relacionarse con muchas personas apellidadas Whitson y decir que eran primos suyos».

No obstante, Linda Ruby era prima de verdad —me puse en contacto con ella gracias a su hija— y tenía otra idea sobre las actividades de Whitson durante y después de los asesinatos en casa de Tate.

En agosto de 1969, me explicó Ruby, Whitson vivía con sus padres en Los Ángeles. El día en que se descubrieron los cadáveres en Cielo Drive desapareció. El padre de Whitson, el tío Buddy, le había contado a ella esta historia. A la mañana siguiente del día de los crímenes —aproximadamente a la misma hora en que Whitson llamó a Hatami—, el padre se despertó y descubrió que Reeve no había dormido en casa. Cuando se dio por la radio la noticia de los asesinatos, se puso nervioso. Sabía que su hijo tenía pensado visitar la casa de Cielo la noche anterior, y según las primeras informaciones, uno de los cadáveres todavía no había sido identificado. (Se trataba de Steven Parent, cuya identidad no se conoció hasta las ocho de la tarde.)

Temiendo que su hijo hubiera sido asesinado, Buddy Whitson llamó a la policía, que inmediatamente entró en acción.

—La policía montó un centro neurálgico en su casa —explicó Ruby. Y allí se quedó, atendiendo el teléfono, hasta que por fin Reeve regresó a última hora de aquella noche, momento en el que los polis lo interrogaron impacientes.

Ruby no alcanzaba a entender por qué la policía había instalado un centro de control en la casa de un residente anónimo de Los Ángeles. ¿Por qué no había ido a comprobar si el cadáver no identificado era el suyo? Para que todo fuera aún más raro, resulta que el propio Whitson estaba presente cuando el padre le contó a ella la historia... Estaba ahí sentado, recordaba Ruby, negándose calladamente a aclarar nada o a aportar algo. Ni siquiera dijo dónde había estado durante las horas en que estuvo desaparecido.

Otro amigo lo resumió muy bien: «Siempre quería ir a restaurantes a los que no iba nadie. Decía: “Quiero mantener un perfil bajo”. Tan bajo que no había perfil alguno». **«Señor Anónimo»**

Como de costumbre, yo estaba ansioso por encontrar la manera de verificar todo lo que había oído. Con Whitson en especial, mi reportaje se había adentrado en un terreno conspiratorio, por lo que me vería en apuros para convencer a los escépticos de las bondades de mis entrevistas. Como es lógico, los agentes secretos son precisamente de esas personas que no dejan papeles a su paso, y Whitson, según todos los indicios, era tan listo que no

necesitaba tomar notas. Yo había presentado ante la CIA una solicitud basada en la Ley de Libertad de Información (FOIA, por sus siglas en inglés) en la que pedía información sobre Whitson. La respuesta fue que no podían «ni confirmar ni negar» la relación de Whitson con la Agencia. Diversos especialistas en dicha ley me dijeron que eso era todo lo lejos que podía llegar quien quisiera confirmar la pertenencia de alguien a la CIA.

Al final sí encontré una corroboración impresa, si bien en un formato un tanto extraño: el manuscrito de un libro no publicado titulado *Five Down on Cielo Drive*. Escrito hacia 1974 o 1975 —antes que *Helter Skelter*, y por tanto antes de que la historia de Bugliosi sobre Manson se hubiera incrustado en el «relato» oficial—, el libro incluía una historia enrevesada, seguramente porque los autores eran al menos tres. El más destacado era el teniente Robert Helder, que había dirigido la investigación del Departamento de Policía sobre los asesinatos de la casa de Tate. Otro era el padre de Sharon Tate, el coronel Paul Tate. El tercer autor era Roger *Frenchie* LaJeunesse, un agente del FBI que había echado «extraoficialmente» una mano al Departamento de Policía de los Ángeles.

No es difícil captar el atractivo del libro, sobre todo por haber sido escrito antes que *Helter Skelter*. Había aquí tres conocedores del caso que podían brindar una buena descripción del mismo cuando aún no había ninguna. Consiguieron un contrato con una editorial. Como había transcurrido demasiado tiempo sin un libro viable, echaron mano de un «negro», pero para cuando el manuscrito estuvo finalizado, Bugliosi se les había adelantado; y *Helter Skelter* reivindicó el calificativo de «versión oficial» de la historia de Manson. El acuerdo con la editorial quedó en nada. En los años siguientes, el manuscrito de *Five Down* adquirió cierta reputación entre investigadores y maniáticos del asunto. Se trataba de algo excepcionalmente raro —lo habían leído apenas sus autores— y, aunque al parecer era tedioso, se rumoreaba que contenía la descripción más completa de la investigación del Departamento de Policía, con las pistas falsas y todo.

Otro periodista me pasó una copia. Leí con especial atención las partes del coronel Tate. Agente de inteligencia militar retirado, Tate había diseñado su propia investigación sobre la muerte de su hija, separada pero paralela a la del Departamento de Policía. Al decir de muchos, Whitson había estado bajo su protección. Cuesta creer que a los detectives del Departamento les gustara que les ayudaran dos personas de fuera, sobre todo teniendo en cuenta las conexiones de esas personas con los servicios secretos, pero un detective de

la Oficina del Sheriff me dijo que el coronel Tate «daba la impresión de que dirigía el Departamento de Policía de Los Ángeles».

A los cuarenta y tantos años, Tate hacía poco que había dejado el ejército. Para organizar su investigación «independiente», intentó hacerse pasar por un californiano despreocupado, y a tal fin se dejó crecer la barba y el pelo. De todos modos, cuando deambulaba por clubes hippies y antros de drogadictos en busca del asesino de su hija, ofreciendo una generosa recompensa a quien estuviera dispuesto a ayudarlo, conservaba su porte militar erguido.

¿Qué papel tenía Whitson en todo esto? El manuscrito de *Five Down* hace alusión a un tal Walter Kern, «un personaje un tanto turbio que podría ser descrito como “*groupie* de la policía”. Por lo visto, había sido amigo de Jay Sebring... y quería echar un cable». Kern iba siempre un paso por delante de los demás investigadores. «Como cabe imaginar —escribió el teniente Helder—, en este mundillo, un policía acaba conociendo a personajes muy extraños. Kern se contaba entre los más singulares. Nadie sabía cómo se ganaba la vida, pero siempre llevaba dinero encima y en los bajos fondos conocía a todo el mundo. No me gustaba, pero era útil.»

Y seguía apareciendo. Cuando Roman Polanski tuvo aquel encuentro secreto en el aparcamiento de la Paramount, Kern estaba allí, «acechando en las sombras. Se movía de acá para allá, está claro». Como creía que Voytek Frykowski había estado liado con traficantes de drogas que acaso lo asesinaran, Helder dio a Kern instrucciones para que hiciera buenas migas con todo aquel que pudiera haberlos conocido, sobre todo los del círculo de Mama Cass. En otro apartado, se dice que una «prostituta de Hollywood» habló con Kern, «quien a estas alturas era bien conocido como un sabueso *amateur* en el caso». Kern aportaba pistas y acataba órdenes, pero era un hombre tan envuelto en el misterio que Helder lo llamaba «señor Anónimo».

Me pareció muy probable que en el señor Anónimo hubiera más de lo que decía Helder. A estas alturas, Helder había muerto, pero yo ya había hablado con Frenchie LaJeunesse, el agente del FBI que había colaborado en *Five Down*. Volví a llamarle para preguntarle si Walter Kern era en realidad Reeve Whitson.

—Sí —fue su respuesta. De hecho, el acuerdo con la editorial no hubiera sido posible sin Whitson, dijo LaJeunesse—. Reeve Whitson ayudó a ensamblar el libro, fue la pieza clave.

Fue el teniente Helder, el investigador jefe del Departamento de Policía

de Los Ángeles, quien había asignado a Whitson el seudónimo de Walter Kern para proteger su estatus secreto. Difícilmente se habría tomado una decisión así con un «sabueso *amateur*» corriente.

—Reeve no quería que su nombre apareciera asociado al libro —dijo LaJeunesse, incluso mucho tiempo después de que el caso Manson hubiera sido resuelto—. Ni en la cubierta ni en los contratos; no quería ni siquiera dinero.

En efecto, ahora tenía yo una prueba escrita del investigador principal del Departamento de Policía y del propio padre de Sharon Tate, de que Reeve Whitson estuvo metido de lleno en la investigación del caso Manson desde el principio. LaJeunesse no sabía para quién trabajaba Whitson, pero sí que era un «tío sorprendente» que había sido una especie de confidente. «Quería exhibir cierto aire de misterio», dijo LaJeunesse. No obstante, el núcleo de su motivación era un conservadurismo contrario a las drogas. Tenía «interés en alejar a los jóvenes del camino de los narcóticos».

Mike McGann, detective del Departamento de Policía, a quien yo había entrevistado al principio de la investigación, también recordaba la implicación de Whitson.

—Estaba muy involucrado —dijo McGann—. Y no le hacía falta el dinero. —McGann estaba casi seguro de que Whitson era de la CIA, y lo consideraba «muy creíble». No obstante, cuando dije que, al parecer, Whitson creía que habría podido evitar los crímenes, McGann se echó a reír—. Tonterías. Hablaba tres horas seguidas y no decía nada. El típico funcionario del gobierno... con sus sartas de sandeces.

Si podía demostrar de una vez por todas que Whitson había estado trabajando para la CIA, quizá incluso McGann admitiría que yo tenía una historia en mis manos. La CIA ni siquiera podía operar en el territorio nacional. ¿Cómo es que había tonteado con una secta de Los Ángeles empapada en ácido? Por otro lado, si Whitson había estado lo bastante cerca de los asesinatos para impedirlos, ¿por qué no lo hizo?

Todos coincidían en que Paul Tate era clave para entender a Whitson. Yo sabía que Tate aún vivía, pero lograr que se sincerase era una posibilidad muy remota.

Su esposa, Doris Tate, madre de Sharon, se había sentido cómoda hablando de los asesinatos. Había creado un grupo nacional de defensa de los derechos de las víctimas, que movilizaba cada vez que se discutía la solicitud

de libertad provisional para algún miembro de la Familia. Según sus amigos, Doris creía que detrás de los crímenes había algo más profundo que «Helter Skelter». Al igual que su marido, había llevado a cabo sus propias pesquisas gracias a las cuales acabaría convencida de que, en el momento de los asesinatos, la casa de Cielo estaba siendo sometida a vigilancia por alguna fuerza policial. (Nunca sabremos si sabía que Reeve Whitson había afirmado que efectivamente había vigilado la casa.) También aseguraba que, en principio, su hija no debía haber estado en casa cuando llegaron los asesinos. Quienquiera que estuviera espiando la casa, pensaba ella, habría advertido que el Ferrari rojo de Sharon no estaba en el camino de entrada —se encontraba en el taller— y llegado a la conclusión de que ella estaba ausente. Doris había planeado escribir un libro con sus teorías, pero no llegó a hacerlo: se le diagnosticó un cáncer y murió en 1992.

Según ciertos rumores, Paul Tate no comentó nunca el asunto con su esposa. Antes de morir ella, como ocupaban partes separadas de su casa, apenas hablaban uno con otro. Él no hablaba públicamente de la muerte de Sharon desde la detención de Manson, y ya se había negado una vez a concederme una entrevista. No obstante, volví a llamarle en mayo del año 2000; le dije que tenía un ejemplar de *Five Down on Cielo Drive* y tenía intención de citarlo. Eso hizo que accediera a quedar conmigo. Pero, cuando se acercaba la fecha, canceló la cita; buscamos otro día, pero él volvió a suspender el encuentro. Un día que llamó para anular la enésima reunión, traté de interrumpirle con una pregunta sobre Reeve Whitson antes de que colgara. Se mostró receptivo... al menos al principio.

—Reeve fue la persona que más me ayudó —explicó Tate—. Era amigo mío y de Roman Polanski, de Sharon, de Jay Sebring... Fue muy, muy servicial.

Aun así, a Tate le parecía ridículo que los amigos de Whitson fueran diciendo por ahí que él habría podido evitar los asesinatos. Esto simplemente no era verdad, dijo. Ya que había contribuido tanto a la investigación, ¿podía ayudarme a aclarar esto?

—Yo contribuí solo... La verdad es que no contribuí en nada.

—Pero usted participó en aquello —dije—. ¿Hasta escribió un libro!

—Sí, bueno...

—¿Pidió usted a Reeve que hiciera el trabajo encubierto o lo hizo otra persona?

—No voy a responder a estas preguntas —dijo, con una impaciencia cada

vez más perceptible en su voz. ¿Podía decirme al menos para quién trabajaba Whitson? Se negó.

—¿Por qué no?

—¡No tengo por qué decirle esto! —soltó casi gritando.

Presa de la desesperación, cometí un error estúpido. A veces, cuando notaba que alguien estaba reteniendo algo delicado, le recordaba que, en todas las conjeturas sobre el propio Manson, la pérdida esencial, brutal, de vidas humanas era con demasiada frecuencia lo primero en que la gente dejaba de pensar. Así que dije:

—Solo por respeto a las víctimas, ¿no cree que...?

Paul Tate parecía estar a mil kilómetros, y utilizó un tono brusco, emocionalmente distante, que encajaba a la perfección con sus antecedentes militares. De todas maneras, era ante todo el padre de Sharon Tate: un hombre cuya hija había sufrido una muerte horripilante, que había visto cómo esa muerte se convertía en un recurso fácil de los tabloides para referirse a cualquier atrocidad. Yo no había tenido en cuenta esa realidad y, como es lógico, mi comentario le molestó. Lo lamenté al instante.

—¡Por respeto a las víctimas! —chilló—. ¿Por quién coño me ha tomado? —Se rio amargamente—. Siga adelante y haga lo que le dé la gana, pero... Si algún hijo de puta tiene respeto por las víctimas, soy yo.

—Le pido disculpas —dije—. No era mi intención ofenderle.

—Muy bien —dijo—. Adiós.

Y este fue el final de mi relación con Paul Tate, el hombre que sabía mejor que nadie en qué andaba metido Reeve Whitson. Falleció en 2005. **El espía que surgió del frío**

Helder había escrito que Whitson «en los bajos fondos conocía a todo el mundo». Pero también era cierto que sabía manejar las palancas del poder. El coronel Tate era precisamente uno de sus amigos de las altas esferas. Por lo general, en el mismo contexto, los amigos de Whitson mencionaban a otro pez gordo militar: el general Curtis LeMay.

Puede que este nombre les suene algo. LeMay estaba incluido en la inquietante historia que me había contado Little Joe, el peluquero de Sebring. Uno de los clientes de este, el gánster Charlie Baron, había llamado a Joe tras el asesinato de Sebring para prometerle que a él no le pasaría nada. Baron también era amigo de Curtis LeMay. El FBI, que llevaba décadas vigilando al gánster, había constatado reuniones de los dos. LeMay, antiguo jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea apodado *Bombs Away LeMay* [Bombas Lejos de LeMay], se había jubilado en 1965 y ahora era contratista de Defensa, función en la cual, según un crítico, «podía ser más peligroso que cuando era jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea». Se trasladó a Los Ángeles para ser vicepresidente de una empresa fabricante de componentes de misiles, pero aquello quedó en nada, al igual que su fugaz carrera política. Después de eso, el señor Bombs Away se había pasado la jubilación deambulando por la ciudad con el señor Anónimo. Añadí algunas flechas conectivas a mi gráfico de la pizarra, y comprendí más que nunca que aquella maraña de líneas y círculos tenía sentido solo para mí. Aunque jamás supe en qué andaban metidos LeMay y Whitson, era muy posible que estuvieran vinculados al

conciliábulo de amigos derechistas de Charlie Baron en Hollywood, los que, según me había dicho Little Joe, «hicieron cosas atroces a los negros». (George Wallace, que había escogido a LeMay como compañero de candidatura para las elecciones presidenciales de 1968, se contaba entre los racistas más famosos del país.)

—Estoy seguro de que conocía a Baron —me dijo John Irvin, amigo de Whitson. Irvin, director británico de cine que afirmaba tener vínculos con el MI5, decía que Whitson concertaba reuniones «en cuestión de minutos en los máximos niveles de la industria de defensa... Era increíble». Estaba «en los márgenes de una investigación alucinante para el gobierno, no comentada abiertamente porque rayaba en el ocultismo». Añadió que Whitson «tenía buenos contactos en la Oficina del Sheriff de Los Ángeles» e influencia entre los agentes de inmigración, como había dicho Shahrokh Hatami. Sin embargo, Irvin no era capaz de ahondar en nada de eso.

Luego estaban Otto e Ilse Skorzeny, los amigos más siniestros de Whitson. Eran nazis: nazis auténticos, alemanes, de pura cepa. En las Naciones Unidas, Otto Skorzeny figuraba como criminal de guerra. Como era uno de los agentes de más confianza de Hitler, había dirigido la búsqueda del potencial asesino del Führer y encabezado una misión secreta para rescatar a Mussolini. Tras el hundimiento del Tercer Reich, Skorzeny puso a buen recaudo la riqueza de muchísimos nazis y ayudó a criminales de guerra deshonrados a iniciar una nueva vida en diversos lugares del mundo. En un juicio ante un tribunal militar de Estados Unidos, se afirmó que era «el hombre más peligroso de Europa», pero fue absuelto tras haberse convertido en una baza importante de los servicios de inteligencia de Estados Unidos. Su esposa, la condesa Ilse von Finkelstein, había pertenecido en otro tiempo a las juventudes hitlerianas; astuta mujer de negocios célebre por su belleza y su encanto, negociaba acuerdos y contratos de armamento en nombre de empresas de ingeniería alemanas. A través de Whitson, Irvin había estado muchas veces con Ilse, que cuando se emborrachaba «gritaba siempre: “¡Heil Hitler!”», decía Irvin.

Si alguien le resultaba útil, Whitson podía pasar por alto cualquier ideología, por abominable que fuera. Sus amigos lo consideraban la quintaesencia del partidario de la Guerra Fría, como salido de *El espía que surgió del frío*. Llevaba al futuro una política de los cincuenta anticuada, haciéndose pasar por hippie, infiltrándose en una secta que consumía LSD, entablando amistad con nazis para eliminar el azote del comunismo y los narcóticos..., esto último, a su juicio, una extensión directa de lo anterior.

«Creía que había en marcha una operación para desestabilizar a la juventud norteamericana —me dijo un amigo—. Los rusos estaban trayendo drogas para luchar contra el sistema americano desde dentro.» Tras haber trabajado en Sudamérica, Whitson pensaba «que debíamos matar a los señores de la droga de Bolivia y a todas sus familias... Si hay un bebé, matas al bebé. Creo que si decía algo así es porque era capaz de hacerlo. No creía en el individuo, sino en un cuadro más general». Otro conocido recordaba «toda la situación de Manson, el movimiento de los Panteras Negras y probablemente otros grupos parecidos... Personas así se veían desacreditadas por ciertas cosas que, según Reeve, quizá fueran manipuladas o llevadas a cabo por autoridades gubernamentales para crear una imagen negativa».

Si podía averiguar de dónde sacaba Whitson el dinero, quizá entendería mejor lo que hacía realmente. En su currículum había poca cosa desde los cincuenta hasta finales de los setenta, y después abarcaba más de lo que parecía posible para una sola vida. Fue consejero especial del presidente del consejo de Thyssen, una de las grandes empresas alemanas. Dedicó años a un plan para construir un tren monorraíl de levitación magnética que enlazaría Las Vegas con Pasadena. Quería abrir un parque temático de *Brigadoon* en Escocia. Estuvo implicado en la fabricación de armas, en los primeros concursos de Miss Universo y en una variedad nueva de frascos de medicamentos a prueba de niños. Y su pasión por los coches de carreras —fabricarlos, venderlos, conducirlos— acaso explicaría por qué se hizo amigo de Jay Sebring, otro entusiasta del motor.

Todos estos proyectos tenían una cosa en común: fracasaron. La explicación más fácil, naturalmente, es que eran tapaderas, y es que a veces era eso lo que Whitson les decía a sus amigos. Entonces, ¿de dónde le llegaba el dinero? Nadie lo sabía. Y cuando lo tenía —lo guardaba en la nevera—, pagaba sus cuentas enseguida y siempre en metálico. Whitson vestía ropa de gabardina, pero durante buena parte de su vida adulta, como recordaba una exnovia suya, vivió «como un ermitaño», durmiendo «en un catre en la cocina de sus padres». El hombre al que le gustaban los coches rápidos conducía un económico Ford Pinto.

En su última época, Whitson parecía un indigente contrariado; contaba tristes historias de la «Cantera» —como denominaba él a la sección de la CIA en la que había trabajado— y hablaba pestes de la Agencia. En cuanto estás dentro, le dijo a un amigo, «eres realmente un peón». En sus últimos días, el gobierno había dicho: «Tú ni siquiera existías para nosotros». Tampoco las

películas le daban respiro, pues eran recordatorios de su época de gloria. Aproximadamente un año antes de morir, mientras veía el thriller *El Informe Pelicano*, se inclinó en la oscuridad del cine y le dijo a un amigo: «Yo escribí los papeles amarillos sobre todo lo que pasó». Y, con un deje de nostalgia, explicó que los «papeles amarillos» especificaban técnicas de interrogación, entre ellas un procedimiento en virtud del cual a un hombre se le introducía un tubo de plástico en el recto, se le embadurnaba el escroto con mantequilla de cacahuete y se colocaba una rata en el tubo.

Whitson murió a la edad relativamente temprana de sesenta y tres años. Como no tenía seguro médico, dejó sin pagar una abultada factura hospitalaria, de alrededor de medio millón de dólares. Según algunas de mis fuentes, pudo haber ahí juego sucio. Whitson había dado explicaciones confusas de sus problemas de salud: un ataque cardíaco, una picadura de araña, un tumor cerebral, un linfoma... «Creo que se suicidó —me dijo su hija—. Su mayor temor era convertirse en un vegetal.» **Colofón: ni confirmar ni negar**

Reeve Whitson «era uno que se había colado», como decía una de mis fuentes, «un extraterrestre». Una vez me hubo dejado exhausto, me sorprendí a mí mismo pensando en las posibilidades de haberlo rechazado, solo meses antes, por considerarlo un loco. Su vida ofrecía un escenario de intrigas en el que Manson y la contracultura de los sesenta eran solo un ingrediente de una lucha política en la que intervenían nazis, Cuba, Vietnam, Sudamérica, inteligencia militar y enrevesadas cuestiones ligadas a la seguridad nacional.

Pero Whitson era mucho más que el hombre misterioso que se decía. Por su causa, mi reportaje llegó a cierto estancamiento. En un momento dado, tuve la impresión de que había averiguado todo lo posible sobre él sin recurrir a fuentes oficiales. Quería conseguir sus registros tributarios y pregunté a reporteros con buenos contactos en Langley si podían buscar información. Tras hacer varias solicitudes, basadas en la FOIA, el FBI, el Servicio Secreto, la DEA, la ATF [Agencia de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos], el IRS [Servicios de Impuestos Internos] y el ejército, todos dijeron que no habían tenido nada que ver con él. Solo la CIA me dio la respuesta de que «ni confirmaba ni negaba». Más adelante, contestando a mi petición, escribieron que Whitson «no tenía ninguna relación formal ni reconocida oficialmente con la Agencia Central de Inteligencia».

Me fastidia pensar que jamás sabré la verdad sobre Reeve Whitson. Existe la posibilidad, como es lógico, de que fuera algo más que un estafador eficaz, alguien que asumió a hurtadillas un papel secundario en la

investigación sobre Manson tras engatusar a gente del poder. Alguien que está dando a entender a sus amigos continuamente que pertenece a la CIA acaso no sea un agente secreto muy eficiente. Si Whitson hubiera sido de veras miembro destacado de la comunidad de inteligencia, ¿alguien habría tenido la más remota idea?

Por otro lado, tal vez las historias que llegaron a mis oídos eran en esencia verídicas: Whitson era un agente clandestino con una dilatada carrera internacional que no exageraba al decir que habría podido impedir los asesinatos de Manson. Supongamos que eso era verdad: ¿por qué la CIA o cualquier otro organismo secreto habría infiltrado a Whitson en la Familia? ¿Y qué sabía Manson al respecto? La conclusión era que yo ya sabía lo suficiente de Whitson para seguir ahondando en él. Era justo lo que había dicho su hija: «Te da un poco y se va».

7 Neutralizando a la izquierda **Albores de los «descontentos del campus»**

No era posible escribir sobre gente como Reeve Whitson, o hacer afirmaciones escandalosas sobre contactos de los servicios de inteligencia y de ciertos militares, sin antes averiguar bastante más acerca de la política y las tensiones que había en California en los años sesenta. Mi investigación estaba llevándome hacia conexiones e implicaciones sociales más amplias, con las que no siempre sabía qué hacer. Si Preston Guillory estaba en lo cierto, por ejemplo, la Oficina del Sheriff conocía el plan de Manson de atacar a los Panteras Negras. ¿Cómo se habrían enterado y por qué iban a querer que ocurriera algo así? Yo tenía una idea algo imprecisa del enfrentamiento entre los Panteras y el gobierno, pero no veía claro cómo encajaba en el contexto de protesta más amplio de los años sesenta, cuando el malestar se materializó en California. En el epicentro del Verano del Amor también se había producido el ascenso de Nixon y Reagan, así como los disturbios de Watts, el nacimiento del pacifismo, el fatídico concierto de Altamont, el movimiento por la libertad de expresión y los Ángeles del Infierno. Aquí, los contratistas de Defensa, los partidarios de la Guerra Fría y las incipientes empresas tecnológicas convivían con las comunas hippies, los encuentros amorosos y las tiendas de surf.

Si la historia de Reeve Whitson contenía alguna verdad, yo necesitaba un curso intensivo sobre la implicación del gobierno en acciones contra la

izquierda en California, y fuentes solventes que me explicaran cómo Manson pudo haberse enredado en aquello. Centré la atención en dos operaciones secretas de inteligencia que en 1969 estaban en marcha en Los Ángeles: Cointelpro [Counter Intelligence Program, Programa de contrainteligencia], del FBI, y Chaos [Caos], de la CIA. Según tres comités del Congreso que las investigaron a mediados de los setenta, su principal objetivo era desprestigiar al movimiento de la izquierda por todos los medios posibles, objetivo que, casualmente o no, describía con exactitud el efecto de los crímenes de Manson.

El movimiento juvenil de los años sesenta nació el 13 de mayo de 1960, cuando cientos de manifestantes, sobre todo estudiantes de la Universidad de Berkeley, iniciaron una protesta de dos días ante el ayuntamiento de San Francisco. El Comité de Actividades Antiamericanas (HUAC, por sus siglas en inglés) había celebrado ahí algunas sesiones, y los alumnos se enfadaron al enterarse de que se les impedía el acceso a las actas. Estalló un tumulto cuando la policía dirigió contra ellos a los bomberos, de modo que la intensa presión del agua les obligó a bajar las majestuosas escaleras de mármol del edificio. Los manifestantes fueron apaleados, y hubo sesenta y un detenidos, entre ellos más de treinta alumnos.

El «Viernes Negro», como se dio en llamarlo, marcó el final de los años cincuenta y el comienzo de una época nueva de disconformidad. Al día siguiente, los manifestantes regresaron resueltos, y esta vez eran más de cinco mil. El HUAC se acobardó: no volvió a celebrar sesiones fuera del Capitolio. J. Edgar Hoover, director del FBI, no podía creer que la izquierda tuviera tanta fuerza. Estaba convencido de que el movimiento estaba promovido por comunistas extranjeros. De este modo empezó una guerra sin cuartel entre la policía federal y los jóvenes «subversivos».

A mediados de la década de 1960, con la escalada de la guerra del Vietnam, Berkeley llegó a ser un hervidero de actividad antibelicista. En el campus se organizaban sentadas, se convocaban concentraciones por toda la zona de Bay Area, cada una superior a la anterior en fervor y tamaño. A finales de 1964, unos 1.500 estudiantes se congregaron en la plaza Sproul de Berkeley para protestar contra el maltrato de la universidad a los activistas del campus. Ese día hubo más de setecientas detenciones.

El 28 de enero de 1965, un consternado Hoover se reunió con el director de la CIA, John McCone, con la idea de poner en marcha «medidas

correctivas» en Berkeley. La CIA tenía prohibidas, por su estatuto, las operaciones en el ámbito nacional, pero McCone colaboró igualmente con Hoover, esperando sofocar así las protestas. Uno de sus principales objetivos era el presidente de la Universidad de Berkeley, Clark Kerr, a quien los manifestantes percibían en general como alguien que se solidarizaba con ellos. McCone y Hoover difundieron información falsa según la cual el hombre tenía lazos con los comunistas. También pusieron en el punto de mira a profesores que apoyaban a los alborotadores y a los propios líderes estudiantiles.

Al cabo de unos meses, McCone dimitió de su puesto en la CIA tras sentirse poco valorado por el presidente Lyndon Johnson. Su nuevo empleo lo llevó de nuevo a California: trabajó en la campaña de Ronald Reagan en las elecciones a gobernador, apuntalando la credibilidad del candidato entre los votantes de derechas. Reagan hablaba ardientemente en contra de «la supuesta nueva izquierda», jurando que acabaría enseguida con el pujante movimiento pacifista de California. Sin citar prueba alguna, aseguraba que en Berkeley había bajado el número de matriculaciones debido a la «conducta destructiva» de los subversivos. Si ganaba las elecciones, decía, encargaría a McCone una investigación formal sobre los «descontentos del campus de la universidad y los defensores del lenguaje indecente». Reagan obtuvo una mayoría aplastante. Mientras consolidaba su poder, en Berkeley se mantuvieron firmes las posturas antibelicistas. En abril de 1970, a punto de conseguir un segundo mandato, Reagan hizo unas famosas declaraciones en que declaraba la guerra al movimiento pacifista: «Si hace falta un baño de sangre, que sea cuanto antes. Se acabó la contemporalización».

El Despacho Oval estaba igualmente inquieto por el aumento del activismo estudiantil. Al final de su presidencia, en 1967, Lyndon Johnson creía que el país se encontraba al borde de una revolución política que podía derrocarlo. Tras implicar aún más al país en la guerra del Vietnam, en las concentraciones de protesta recibía constantes mofas y abucheos: «Eh, eh, LBJ, ¿a cuántos niños has matado hoy?». Cuando las manifestaciones antibelicistas saltaron de los campus a las calles, Johnson ordenó al FBI y a la CIA que tomaran medidas. En agosto de 1967, con la aprobación del presidente, el director de la CIA, Richard Helms, autorizó la puesta en marcha de un programa ilegal de vigilancia nacional, cuyo nombre en clave era Chaos. Entretanto, J. Edgar Hoover desempolvó el inactivo programa contrainsurgente del FBI, Cointelpro. Ambas organizaciones abrieron las primeras delegaciones de sus operaciones respectivas en San Francisco, todavía

considerada la zona cero de la revolución, sobre todo desde la fundación del Partido de los Panteras Negras, el verano anterior, en la cercana Oakland.

Gracias a estos dos programas secretos y a su red de confidentes bien ubicados, en el verano de 1969 se desató en California una guerra sin cuartel. El FBI y la CIA habían inducido a la izquierda a autodestruirse. Lo que habían sido enfrentamientos sectarios entre facciones rivales había acabado siendo violencia declarada. Cuanto más leía al respecto, más entendía que alguien como Charles Manson pudiera encajar en un plan como aquel. Yo solo hacía conjeturas, pero sabía que él había pasado mucho tiempo en Berkeley, San Francisco y Los Ángeles, a menudo lanzando invectivas contra los Panteras Negras; y también contaba con fuentes fiables según las cuales Manson era un informante, o al menos andaba por ahí con algunos que acaso lo fueran.

Me sorprendía que se dijera con tanta frecuencia que los asesinatos en casa de Tate y los LaBianca habían significado la sentencia de muerte de los años sesenta. Lo cierto es que seguramente fue el suceso que más contribuyó a predisponer a la opinión pública en contra de los hippies, con lo que el lema «paz, amor y flores» pasó a tener connotaciones de criminalidad latente ligada al consumo de drogas. Como señaló el escritor Todd Gitlin, «para los medios de comunicación, el Charles Manson adicto al ácido fue reconvertido en el monstruo que acecha en el corazón de cada melenudo». ¿No era este el objetivo de Chaos y Cointelpro?

En teoría, había una conexión clara. Informar de ella, sacarla de la esfera de lo hipotético, parecía tarea imposible para alguien sin conocimientos de seguridad nacional. Pero tenía que probar. Así pues, viendo desdibujarse frente a mí la frontera entre «investigador» y «teórico de la conspiración», me instalé en la biblioteca a leer acerca de las numerosas maneras en que el gobierno nos ha engañado. **«Fomentando la violencia y la agitación»**

El FBI y la CIA pusieron en marcha sus respectivos programas de contraespionaje en el mismo mes. El 25 de agosto de 1967, J. Edgar Hoover remitió una nota a los jefes de cada una de sus oficinas de campo del FBI en Estados Unidos, en la que se esbozaban los objetivos de Cointelpro. Lanzada en 1956 inicialmente para «fomentar las facciones» entre los comunistas de Estados Unidos, la operación Cointelpro estuvo activada y desactivada de forma intermitente a principios de los sesenta, a menudo para difamar a líderes de los derechos civiles, entre los cuales el más destacado fue Martin Luther King. En su memorándum de 1967, Hoover creaba una nueva rama de la operación cuya finalidad era

airear, desbaratar, tergiversar, desacreditar o, de algún modo, neutralizar las actividades de organizaciones nacionalistas negras, promotoras de odio... Las actividades de todos estos grupos de interés para este Buró deben ser vigiladas de manera permanente. Hay que frustrar los intentos de diversos grupos por consolidar sus fuerzas o captar adeptos nuevos o jóvenes. No hay que dejar escapar ninguna oportunidad... los conflictos personales y organizativos en los liderazgos de esos grupos... [y] sacar provecho de conflictos ya existentes entre organizaciones nacionalistas negras enfrentadas.

Hoover enumeraba más de veinte ciudades donde se podía llevar a cabo una aplicación efectiva de los métodos de Cointelpro, entre ellas Los Ángeles. En una circular posterior, ordenó al Buró que «identificara a potenciales alborotadores y los neutralizara antes de que hicieran uso de su capacidad para la violencia».

Los confidentes eran la esencia de Cointelpro, pues constituían el único medio eficaz para que el FBI contara con información sobre los grupos que pretendía desprestigiar y pudiera influir en ellos. El Buró se desvivía por disponer de informantes fiables; si daban con un convicto dispuesto a infiltrarse en un grupo político, le conmutaban la sentencia de cárcel. En Quantico, Virginia, en la inmensa Base del Cuerpo de Marines donde el FBI pronto inauguraría su propia academia, una «Universidad Hoover» más informal entrenaba a agentes en el delicado arte de hacerse pasar por izquierdistas. Se dejaban crecer una barba descuidada, estaban varios días seguidos sin ducharse, repetían como loros consignas radicales, se emporraban y se metían un tripi tras otro.

En el Partido de los Panteras Negras y, en Los Ángeles, la organización U.S. (United Slaves), los informantes desempeñaban un papel decisivo para fomentar la violencia. Propagaban información falsa para catalizar enfrentamientos intergrupales u organizaban directamente las masacres ellos mismos.

Fundado por Huey Newton y Bobby Seale en Oakland en 1956, el Partido de los Panteras Negras para la Autodefensa (abreviado más adelante como Partido de los Panteras Negras) se había convertido en el enemigo público número uno de la policía federal. Desde Hoover hacia abajo, las filas republicanas del FBI consideraban que el grupo suponía una amenaza para el orden nacional con la que se podían comparar solo el comunismo y el holocausto nuclear. Al principio, los Panteras servían para proteger a los residentes negros de Oakland del exceso de celo de la policía. Promovían la

autodefensa armada, legítima, en los barrios, y en sus programas sociales se incluía la provisión de alimentos y asistencia médica a los más necesitados. Su Programa de Diez Puntos exigía «poder para determinar el destino de nuestra Comunidad Negra».

Sin embargo, a medida que el partido crecía en tamaño e importancia, y abría sedes en prácticamente todas las ciudades importantes de Estados Unidos y el extranjero, fue abrazando una vía más militar contra el largo brazo de la ley, que tuvo su inicio en Oakland. En 1967, Newton mató a tiros a un policía en un semáforo. En 1968, Eldridge Cleaver, que dirigía el Ministerio de Información de los Panteras, participó en un tiroteo en el que él y dos agentes sufrieron heridas de bala y un Pantera de diecisiete años cayó abatido. En el mismo año, se produjeron en Los Ángeles episodios de violencia que se cobraron la vida de cuatro miembros de los Panteras Negras.

En 1969, los Panteras habían estado implicados en más de una docena de enfrentamientos armados con la policía, algunos como consecuencia de emboscadas. Temiendo la infiltración de confidentes, el partido empezó a hacer implosión, llevó a cabo purgas y, en un caso muy destacado, torturó y mató a un miembro de diecinueve años sospechoso de ser un soplón. Esta paranoia no era ni mucho menos infundada. El FBI de Hoover se apuntó aquella pugna interna, por no hablar de la serie de muertes, como una victoria suya.

Cointelpro prometía el rechazo violento de lo que Hoover había denominado «organización promotora de odio». La estrategia del Buró era despiadada. En Chicago, es famoso el caso de un informante de Cointelpro que indujo el asesinato policial de Fred Hampton, presidente de la sección de Illinois de los Panteras. El FBI captó a William O'Neal, acusado recientemente de hacerse pasar por un agente federal y cruzar fronteras estatales con un coche robado, para que se infiltrara en los Panteras, y le perdonó los cargos a cambio de sus servicios. Muy pronto, O'Neal llegó a ser el guardaespaldas personal de Hampton, función que le permitió proporcionar al Buró un continuo flujo de información, incluyendo un detallado plano del apartamento del dirigente negro. Aunque no encontró pruebas de que Hampton o el grupo supusieran una amenaza para la seguridad de nadie, O'Neal siguió informando. En diciembre de 1969 —unos días después, casualmente, de que Manson fuera acusado en el caso de los asesinatos de Tate-LaBianca—, deslizó un barbitúrico en la bebida de su jefe durante la cena. Al final de la noche, la policía entró por la fuerza en el apartamento de Hampton y le pegó

dos tiros en la cabeza a quemarropa.

O'Neal era uno de los muchos confidentes que había por todo el país, y la muerte de Hampton, una de tantas muertes. El papel del FBI quizá nunca habría salido a la luz si no hubiera sido por el Comité de Ciudadanos para Investigar al FBI, una audaz pandilla de ladrones-activistas que irrumpieron por su cuenta y riesgo en una pequeña oficina del FBI en Media, Pensilvania, al oeste de Filadelfia. Una noche de marzo de 1971, el grupo abrió con una palanca la atrancada puerta tras la cual había maletas llenas de papeles que evidenciaban el espionaje nacional del FBI y que fueron entregados a la prensa de inmediato.

Hoover estaba indignado: los métodos del grupo estaban sacados directamente del manual de instrucciones del FBI. Sus integrantes llevaban meses vigilando la oficina; incluso habían mandado a una mujer disfrazada de estudiante universitaria para tener una idea de la seguridad del edificio. Movido por la furia, Hoover asignó a doscientos agentes la misión de localizar a los ladrones, pero de estos nunca más se supo; no se dieron a conocer hasta 2014. Lo que les había motivado, decían, era el hecho de que el gobierno les había mentado con respecto a Vietnam, y de que las protestas tradicionales resultaban inútiles.

La existencia de Cointelpro fue la revelación más trascendental incluida en los documentos robados, entre los que había el incendiario memorándum de Hoover de 1967 en el que prometía «desprestigiar» y «neutralizar» a las organizaciones de izquierda. Con su proyecto favorito al descubierto, Hoover tomó medidas para cancelar la operación. Sin embargo, el robo desencadenó una avalancha de denuncias de irregularidades que socavaron la credibilidad del FBI durante los años siguientes. El congresista Hale Boggs, líder de la mayoría en la Cámara de Representantes, comparó el FBI con la «policía secreta», admitiendo que incluso el Congreso le tenía miedo y que la organización había «acelerado el crecimiento de una enredadera de tiranía». Diversas demandas basadas en la Ley de Libertad de Información obligaron al fiscal general a hacer públicos otros archivos del FBI incriminatorios. En 1975, las posturas contrarias a los servicios de inteligencia eran tantas que el Congreso creó una comisión para inspeccionar al Buró.

Dirigida por el senador Frank Church, de Idaho, la investigación de la comisión puso al descubierto la duplicidad del FBI a una escala que había sido inimaginable incluso después del robo de Pensilvania. Los hallazgos de la Comisión Church, publicados en 1976, procuraron al país un primer atisbo

del asombroso éxito que había tenido la operación de contraespionaje de Hoover. Como dijo *The New York Times* en mayo, el informe final de la comisión determinó que «las oficinas centrales del FBI aprobaron más de 2.300 acciones en una campaña para desestabilizar y desacreditar organizaciones estadounidenses que iban desde los Panteras Negras hasta el Antioch College», y que el Buró «quizá haya violado leyes penales específicas» al llevar a cabo acciones que «conllevaban riesgo de graves lesiones corporales o de muerte para los objetivos de las mismas».

La Comisión Church señalaba que Cointelpro abarcaba «una impresionante variedad de fines» y que la utilización por parte del FBI de «técnicas peligrosas, degradantes o descaradamente inconstitucionales parece haber ido a más en cada programa subsiguiente». Hoover había solicitado expresamente que las técnicas fueran «imaginativas y contundentes»... y en efecto lo eran; por lo visto, el FBI lo probó todo, desde la propagación de rumores a los ataques armados. A los administradores universitarios les enviaban por correo artículos ofensivos y recortes de periódico. Trataban de destruir matrimonios escribiendo cartas anónimas, malintencionadas y calumniosas. Difamaban a los izquierdistas diciendo que eran confidentes cuando no lo eran, y avivaban la llama de las luchas intestinas hasta que se convertían en enemistades declaradas.

La comisión detallaba varias de sus actuaciones en Los Ángeles: ahora ya no cabía sorprenderse por la magnitud de la tragedia. Las operaciones descritas, en especial las que incluían muertos, eran temerarias y sofisticadas a partes iguales: el Buró hacía enormes esfuerzos por infiltrar a informantes e incitar a la violencia sin importarle las consecuencias. Busqué alguna señal de Manson, aunque fuera tangencial... alguna pauta, algún nombre familiar.

La posibilidad más conspirativa, naturalmente, era que el FBI hubiera establecido contacto discretamente con Manson y le hubiera presionado para actuar como informante de Cointelpro... pero yo sabía que aquella era una eventualidad remotísima, y que si los hechos no me conducían hasta ella, no tenía deseo alguno de forzar la conexión. Dada la negligencia del FBI, tenía mis dudas sobre si Manson había estado involucrado de otra manera, más indirecta, de buen grado o no. Tal vez no era confidente pero había estado relacionado con alguien que sí lo era; a lo mejor alguien como Reeve Whitson había influido en sus acciones aunque fuera en un grado mínimo; quizá alguien de la Oficina del Sheriff había echado una mano al FBI.

A mí me incentivaba un hecho simple: el FBI se había comportado de

manera conspiratoria mediante Cointelpro pronto y con frecuencia. Uno de sus principales golpes maestros se produjo en enero de 1969, cuando instigó los asesinatos de dos Panteras Negras en el campus de la UCLA. Varios infiltrados del FBI habían mentido a los rivales de los Panteras, la organización U.S., diciéndoles que los otros iban a reunirse en el campus con la intención de asesinarles. La U.S. reaccionó tendiendo una emboscada a dos Panteras que se dirigían a una reunión del Sindicato de Estudiantes Negros, y que cayeron abatidos a tiros.

La Oficina del Sheriff de Los Ángeles sabía que Los Panteras habían sido asesinados debido a la injerencia del FBI. También lo sabía el fiscal del distrito encargado del caso. Les dio igual. Es más, ocultaron el papel del FBI en el acto violento. A su entender, se había conseguido el resultado más deseable: dos Panteras muertos, tres miembros de la banda U.S. en la cárcel, y la gente en general más recelosa de los militantes negros. Según otra circular de 1970 de la Oficina de Campo de Los Ángeles, el FBI se valió del incidente para alentar más violencia entre los de U.S. y los Panteras:

La División de Los Ángeles es consciente de los sentimientos de hostilidad abrigados por las organizaciones, por lo que se aprovechará cualquier oportunidad para sacar partido de la situación. Se trata de avisar de forma adecuada y discreta a los de U.S. del momento y la ubicación de las actividades de los Panteras Negras *a fin de que ambas organizaciones se encuentren y así conceder a la naturaleza la oportunidad de seguir su debido curso.*

Las cursivas enfáticas son de la Comisión Church, para la que «su debido curso», en este caso, significaba nada menos que «asesinato en primer grado». El informe final de la comisión criticaba duramente al FBI por su complicidad en las muertes de los Panteras. «La principal rama investigadora del Gobierno Federal utilizó tácticas ilegales y respondió a problemas sociales de gran calado fomentando la violencia y la agitación —escribieron—. Igualmente perturbador es el orgullo con que aquellos agentes reclamaban reconocimiento por las masacres que se producían.»

En realidad, daba la sensación de que cada vez que el FBI hacía progresos con sus tácticas, redoblaban la apuesta. En vez de interrumpir sus provocaciones mientras los Panteras y los de U.S. se mataban unos a otros, el FBI intensificó su campaña difundiendo propaganda, incluyendo viñetas políticas, concebida para acentuar la violencia. «Para el FBI, esa carnicería era un avance positivo», decía la Comisión Church.

Quizá el testimonio más angustioso sea el de William Sullivan, agente de alto rango del FBI que ayudó a poner en marcha Cointelpro antes de que Hoover lo despidiera en 1971. Sullivan había planeado y organizado una acción en la que Coretta Scott King, esposa de Martin Luther King Jr., recibió una grabación en la que se podía oír a su marido mientras coqueteaba con otras mujeres. Sullivan consideraba a King «un farsante, un demagogo, un canalla». Ahora, frente a la Comisión de Inteligencia del Senado, permitió que el implacable pragmatismo del FBI oscureciera cualquier grado de moralidad que él y sus colegas hubieran podido tener. «Ni una sola vez —dijo—, oí a nadie, incluido yo mismo, formular la pregunta: “¿Esta forma de actuación que hemos acordado es lícita? ¿Es legal? ¿Es ética o moral?”... Lo único que nos importaba era esto: “¿Esta forma de proceder funcionará? ¿Nos dará el fruto que queremos?”.»

Los excesos de Cointelpro estaban bien documentados, pero el director del FBI, Clarence M. Kelley, sucesor de Hoover, se negó a admitir irregularidades defendiendo que las operaciones constituían una precaución necesaria frente a los extremistas violentos que aspiraban a «poner a Norteamérica de rodillas». «En esas circunstancias —decía—, para el FBI haber hecho menos habría sido una abdicación de sus responsabilidades para con el pueblo americano.» **«En fila contra la pared con el resto de blancos»**

Cuando Hoover reorganizó Cointelpro, ya estaba preocupado por la posibilidad de que los militantes negros fueran aceptados por liberales blancos, sobre todo en un lugar tan izquierdista como Hollywood. En el memorándum de agosto de 1967 que revitalizaba el programa de contraespionaje, había señalado la importancia de «evitar que los grupos de militantes negros nacionalistas y sus líderes obtuvieran respetabilidad»: «Deben ser desacreditados ante la comunidad blanca, tanto entre las personas responsables como entre los “liberales” que tengan vestigios de simpatía hacia los militantes negros nacionalistas solo por ser negros».

Dos años después, los Panteras eran casi un sinónimo de élite liberal de Hollywood. A sus concentraciones asistían actrices como Jane Fonda o Jean Seberg. Hoover pensó que debía ensanchar el abismo entre los negros y los blancos en Los Ángeles. En una circular de noviembre de 1968, un agente de campo hablaba de nuevos esfuerzos para difundir información falsa entre los «liberales blancos» de Hollywood.

En el contexto de los asesinatos de Tate y los LaBianca, el memorándum es escalofriante. Recordemos que, en aquella época, la casa de Tate había

acabado siendo un lugar de reunión de alto nivel del Hollywood liberal, de gente como Fonda, Cass Elliot o Warren Beatty, los tres sometidos a vigilancia por el FBI. Abigail Folger, que moriría a manos de la Familia, era una declarada activista de los derechos civiles. Aquel año había hecho campaña a favor de Tom Bradley, el primer candidato afroamericano a la alcaldía de Los Ángeles. En el grupo de Tate-Polanski, muchos pertenecían al Partido de los Panteras Blancas, aliados categóricos de los Panteras Negras, o al Partido de la Paz y la Libertad de California, que también les prestaba su apoyo. Según la circular, el FBI planeó generar desconfianza a base de desinformación:

El Partido de la Paz y la Libertad ha estado ayudando económicamente al Partido de los Panteras Negras. Se está redactando una carta anónima que, una vez aprobada por el Buró, se enviará a un dirigente del Partido de la Paz y la Libertad. En la carta se expone que el Partido de los Panteras ha declarado, en reuniones privadas, que *cuando se produzca la rebelión armada, los blancos del Partido de la Paz y la Libertad serán puestos en fila contra la pared con el resto de los blancos.*

Las cursivas son mías. El FBI pretendía hacer creer que en el punto de mira de los Panteras estaban incluso los simpatizantes izquierdistas. No había pasado siquiera un año desde que se redactara esta circular cuando los adeptos de Manson pusieron en fila a cuatro vecinos del Hollywood liberal en la casa de Roman Polanski, los cortaron en pedazos y luego dejaron escritas con sangre frases que implicaban a los Panteras Negras.

Esto no pudo hacerlo el FBI solo, desde luego. Necesitaban la colaboración de la policía local; y, según la Comisión Church, la obtuvieron.

La Comisión Church investigó una de las acciones más célebres de Cointelpro en Los Ángeles: la encerrona a Gerard *Geronimo* Pratt, Pantera Negra y condecorado veterano del Vietnam. Pratt cumplía una sentencia de veinticinco años de cárcel por un asesinato que no había cometido, algo que el FBI sabía. A la sazón estaba en Oakland, a más de seiscientos kilómetros, en casa de un Pantera Negra de la que el Buró tenía intervenida la línea telefónica. El FBI tenía transcripciones de una llamada que Pratt había hecho a la oficina central de los Panteras en Los Ángeles apenas unas horas antes de los crímenes. Aun así, hicieron que un informante federal mintiera en el juicio con respecto a la implicación de Geronimo. Ya antes de la incriminación, unos pistoleros del FBI habían intentado matarlo disparándole a través de la ventana de su apartamento. Pratt sobrevivió solo porque, debido a una lesión

en la columna derivada de una herida de guerra, le resultaba más cómodo dormir en el suelo.

Pratt estaba cumpliendo cadena perpetua cuando la Comisión Church hizo públicos sus famosos hallazgos, que confirmaban las viejas sospechas: la Oficina del Sheriff y el Departamento de Policía eran cómplices en la operación Cointelpro. La comisión citaba un informe, enviado por la avanzadilla del FBI en Los Ángeles al propio Hoover, en el que se le notificaba que «la oficina de Los Ángeles está informando a diario a la División de Inteligencia de la Oficina del Sheriff y a las Divisiones de Inteligencia y Conspiración Criminal del Departamento de Policía de Los Ángeles acerca de las actividades de grupos nacionalistas negros en previsión de que esta información pueda dar lugar a la detención de los militantes». En opinión de la Comisión Church, esto significaba que los cuerpos policiales de Los Ángeles eran culpables de haber obstruido la acción de la justicia y obstaculizado el proceso judicial. **Manson, el guerrero racial**

Si había un nexo entre la Familia y Cointelpro, pensé que seguramente derivaba de este hecho básico: Charles Manson era un racista. Según Gregg Jakobson, Manson creía sinceramente que «la única finalidad del hombre negro en el mundo era servir al hombre blanco». Otro miembro de la Familia recordaba que Manson esperaba ver el día en que, tras sobrevivir a la apocalíptica guerra racial, pudiera «rascar la rizada cabeza de un negrito y darle una patada en el culo y decirle que fuera a recoger algodón».

Por otro lado, a principios de 1969, mientras Cointelpro se dedicaba a provocar a los militantes negros en Los Ángeles, la intolerancia de Manson llegó al paroxismo. Estaba convencido, al parecer sin la más mínima prueba, de que los Panteras Negras estaban espiando a la Familia en el Rancho Spahn y planeaban atacarle. Cada vez más paranoico, Manson apostó a hombres armados en todas las entradas del rancho al tiempo que instalaba en las lomas puestos de observación con potentes prismáticos.

En cierto modo, su miedo era autocumplido. El 1 de julio de 1969, durante una discusión sobre dinero de drogas en un apartamento de Hollywood, Manson disparó sobre Bernard *Lotsapoppa* Crowe, traficante negro. Según *Helter Skelter*, el camello le había dicho a Manson que era un Pantera y que sus «hermanos irían a por él en el rancho» si no pagaba. Manson le pegó un tiro en el pecho y huyó del lugar creyendo que lo había matado. De regreso en el rancho, Manson se mostraba seguro de que los amigos de Crowe estaban preparando el ataque. De acuerdo con Bugliosi, esto contribuyó a la

decisión de Charlie, un mes después, de «acelerar la guerra racial» mediante la aplicación de «Helter Skelter»: los asesinatos de Tate-LaBianca sembrarían la discordia interétnica.

Sin embargo, Crowe no era un Pantera Negra. Y sobrevivió al tiro de Manson; Bugliosi incluso lo llamó al estrado durante el juicio. Bugliosi lo atribuyó a una equivocación de Manson, pero cuanto más pensaba yo en ello, sobre todo teniendo en cuenta lo que había averiguado sobre Cointelpro, más convencido estaba de que en aquella historia había algo más. El fiscal informó de que Manson ya tenía miedo de los Panteras Negras antes de disparar contra Crowe. Si Manson hubiera estado de veras asustado, lo que no habría hecho nunca es pegarle un tiro a alguien a quien consideraba un Pantera, un hombre que ya había contado a sus «hermanos» dónde vivía Manson y le había amenazado de muerte. Vale, Manson esperaba desencadenar una guerra de razas, pero no quería verse atrapado en el fuego cruzado. Aquello era una suerte que deseaba para los otros blancos, no para él.

Además, la novia de Tex Watson y tres de los amigos de Crowe habían sido testigos: tras la huida de Manson, llamaron a una ambulancia. En el hospital, Crowe se negó a decirle a la policía quién le había disparado. ¿No interrogó la policía a los cuatro testigos? ¿Dijo Crowe siquiera quiénes eran estos? ¿Por qué no investigó la policía un disparo casi fatal con un montón de testigos, en especial cuando el supuesto autor era un exconvicto en libertad condicional? Quizá no lleguemos a saberlo nunca; en *Helter Skelter*, Bugliosi no aclara nada de todo eso.

Siempre he pensado que el tiro contra Crowe fue una atracción secundaria inexplicable del circo de Manson, que alcanzó unas dimensiones mayores tras lo que hube averiguado de la campaña de desinformación del FBI sobre los Panteras, en esa misma época y ese mismo lugar. Menos de una semana después de los crímenes en la casa de Tate, nuevas provocaciones de Cointelpro desembocaron en atentados contra otros tres Panteras, uno de los cuales murió. **La CIA en suelo nacional**

El mismo mes que Hoover ponía en marcha Cointelpro, Richard Helms, director de la CIA, inauguraba el programa ilegal de vigilancia nacional, Chaos, que también se valía de agentes e informantes que se infiltraban en grupos «subversivos» y luego los «neutralizaban».

Chaos surgió de las manías de Lyndon Johnson. En el verano de 1967, el presidente estaba convencido de que la Norteamérica dividida y desordenada que estaba dirigiendo no podía ser de ningún modo el fruto de las políticas de

su gobierno. La culpa tenía que ser de agentes extranjeros y probablemente también de dinero extranjero. Ordenó a la CIA que demostrase que los disidentes del país, en especial el movimiento pacifista, tenían su origen allende las fronteras.

Richard Helms obedeció sin vacilar. A lo largo de los seis años siguientes, la CIA siguió la pista de miles de norteamericanos, y aisló la recogida de información de manera tan concienzuda que incluso quienes estaban en los niveles máximos de la división de contraespionaje prácticamente lo ignoraban todo sobre la vigilancia doméstica. Chaos controló a trescientas mil personas, de las cuales más de siete mil eran ciudadanos estadounidenses. La Agencia compartía información con el FBI, la Casa Blanca y el Departamento de Justicia. En su apogeo, Chaos contó con cincuenta y dos agentes, la mayoría de ellos infiltrados en grupos antibelicistas, al igual que sus homólogos del FBI. Mediante esa labor clandestina, esperaban identificar a instigadores rusos, aunque nunca descubrieron ninguno. Por medio de la Unidad de Inteligencia Interdivisional, una nueva rama del Departamento de Justicia dotada de sofisticadas bases de datos informatizadas, colaboraron en una lista de más de diez mil nombres, todos ellos considerados activistas peligrosos, sobre los que la Unidad redactaba informes regulares esperando así pronosticar sus actividades.

El periodista Seymour Hersh oyó hablar de Chaos a finales de 1974. Explicó a James Jesus Angleton, jefe de contrainteligencia de la CIA, y a William Colby, a la sazón director de la Agencia, que tenía «una historia más importante que My Lai, sobre actividades nacionales de la CIA». Colby se vio obligado a reconocer que las conclusiones de Hersh eran correctas y Angleton dimitió de su cargo. La historia se hizo pública el 22 de diciembre, en la portada de *The New York Times*: «Descubierta enorme operación de la CIA contra fuerzas antibelicistas y otros disidentes en la época de Nixon».

La Comisión Church indagó las actividades ilegales de la CIA como hiciera otra investigación gubernamental separada, la Comisión Rockefeller, pero ninguna de las dos fue capaz de arrancar el velo de secretismo de la Agencia. Como la CIA no tenía derecho a actuar en suelo norteamericano, el programa habría tenido que ser más criticado incluso que Cointelpro; sin embargo, solo hubo respuestas en sordina. Los dirigentes de la CIA andaban siempre con evasivas. En cualquier caso, la escasez de información paralizaba a los investigadores. Cuando Richard Helms desmanteló Chaos, ordenó la destrucción de todos los archivos relacionados con aquello, y desde los años

setenta no se ha hecho público casi nada. La operación no dejó apenas huellas.

De todos modos, aunque hubieran sobrevivido montones de documentos, la Comisión Rockefeller no estaba demasiado dispuesta a presionar a la Agencia. Pese a que la Comisión había hecho hallazgos interesantes — indicios de escuchas telefónicas, micrófonos ocultos o allanamientos de morada, además de las numerosas grabaciones ya mencionadas—, a finales de los setenta se dijo que había hecho desaparecer información. (Su presidente, Nelson Rockefeller, había trabajado para la CIA a finales de los cincuenta.) En unas memorias, William Colby, antiguo director de la Agencia, afirmaba que el presidente Gerald Ford le había despedido por negarse a ayudar a Rockefeller a sabotear su propia investigación. Según Colby, Chaos era una operación tan secreta que ni siquiera él, el director, tenía acceso a la misma. «No podía hacer gran cosa para evitar que [Chaos] hiciera cosas mal — escribió—. La tremenda confidencialidad y la compartimentación extrema me mantenían en gran medida al margen.»

En la primavera de 1978, *The New York Times* reveló que las investigaciones acerca de Chaos habían sido lamentablemente insuficientes. A un agente se le preguntó por qué no había sido más comunicativo, y contestó: «Nadie me preguntó nada». Tal vez no se conozca nunca el auténtico alcance de las actividades nacionales de la Agencia contra los disidentes, decía el *Times*, aunque el periódico había desvelado actividades de Chaos desde finales de los sesenta cuyo objetivo era el Partido de los Panteras Negras. La Comisión Rockefeller no reveló que «se habían destruido entre 150 y 200 archivos internos de la CIA sobre disidentes negros», según el *Times*. «La CIA puso en marcha al menos dos programas importantes que conllevaban el uso de negros norteamericanos, cuando los Panteras, organización creada por jóvenes negros a mediados de los sesenta, defendían públicamente el cambio revolucionario... No se pudo determinar hasta qué punto la CIA tuvo éxito en esas supuestas actividades.» **Conquista de mentes y corazones**

Como ahora ya sabía más sobre Chaos y Cointelpro, pensaba que hombres como Reeve Whitson eran posiblemente más habituales de lo que me imaginaba, aunque siempre en funciones secundarias, imprecisas. Whitson me parecía un comodín de la baraja en parte porque daba la impresión de haber aparecido en escena de la nada, un hombre extravagante y cosmopolita que de pronto empezó a codearse con la plana mayor del Departamento de Policía de Los Ángeles. Busqué a otros que encajaran en ese perfil. Para encubrir una operación como Chaos, la Agencia necesitaba amigos en las fuerzas

policiales: infiltrados, personas de confianza que pudieran practicar detenciones o, igual de importante, que no pudieran practicarlas.

La más prometedora, aunque asimismo frustrante, de mis pesquisas estuvo relacionada con un agente del Departamento de Policía llamado William Herrmann. Nunca lo vinculé a Whitson ni a Manson, pero sin duda se ajustaba al perfil de alguien que había colaborado en acciones de contrainteligencia. Cuando estaba totalmente inmerso en mi investigación sobre Chaos, escindido entre la sensación de tener algo importante entre manos y estar arriesgando mi credibilidad, el nombre de Herrmann apareció varias veces, por lo general en fuentes de las que no me fiaba mucho, o en crípticos artículos de la prensa alternativa. Lo que oí acerca de él me sonaba lo bastante creíble para mirar más de cerca. Menos mal que lo hice. La historia de Herrmann da a entender diversas maneras en que los servicios de información pueden haber colaborado con la policía en Los Ángeles.

Teniente veterano, Herrmann tenía un currículum inusual en las fuerzas policiales: aparte de ser doctor en psicología, se había especializado en sofocar sublevaciones y había creado uno de los primeros sistemas informáticos para localizar criminales y prever estallidos violentos en las ciudades. Daryl Gates, jefe del Departamento de Policía, lo llamaba «genio» y elogiaba en particular sus aptitudes técnicas.

Pero la labor de Herrmann no se circunscribía a Los Ángeles, ni siquiera a Estados Unidos. Mi solicitud al FBI basada en la FOIA dio como resultado una serie de documentos editados que detallaban su amplio historial laboral. En la misma época que estuvo en el Departamento, trabajó con contrato para una impresionante lista de agencias militares y de inteligencia norteamericanas: la Fuerza Aérea, el Servicio Secreto, el Departamento del Tesoro, la Oficina de Ciencia y Tecnología del Presidente, el Instituto para el Análisis de la Defensa (IDA, por sus siglas en inglés), la Oficina de Autorizaciones de Seguridad Industrial en Defensa (DISCO) o la Agencia de Proyectos de Investigaciones Avanzadas del Departamento de Defensa (DARPA). La mayor parte de su labor en esos organismos sigue siendo confidencial.

Aunque cabría pensar que estos proyectos no le dejaban mucho tiempo libre, Herrmann hacía aún más cosas, por ejemplo, aprovechar excedencias y permisos del Departamento para realizar trabajitos en empresas ligadas a Defensa con nombres opacos y genéricos, como Electro-Dash Optical Systems, System Development Corp o Control Data Corp. Esta última, que

fabricaba armas en Mineápolis, contó con los servicios de Herrmann durante diez años, desde 1961 a 1971... o al menos eso dijo William al FBI. Cuando el Buró fue a Control Data Corp a efectuar comprobaciones, la empresa aseguró que Herrmann nunca había trabajado allí.

El lector lo habrá adivinado: habida cuenta de la larga lista de empresas ligadas al gobierno, me pregunté si el trabajo de Herrmann para esos contratistas de Defensa pudo haber sido una tapadera de la CIA, uno de los pocos organismos que no aparecían en el currículum. Como de costumbre, los canales oficiales no servían. Cuando en virtud de la FOIA solicité a la CIA antecedentes de Herrmann, obtuve la misma respuesta de «ni confirmación ni negación» que en el caso de Reeve Whitson.

No obstante, sí encontré constancia de la labor de Herrmann en el extranjero, que había llevado a cabo sobre todo mientras todavía trabajaba en el Departamento de Policía. Tras pasar cuatro meses de 1967 adiestrando a policías tailandeses en tácticas de contrainsurgencia, Herrmann regresó a Asia en septiembre de 1968 para incorporarse al despliegue militar de Estados Unidos en Vietnam del Sur. Según diversos documentos de los Archivos Nacionales de College Park, Maryland, era «asesor» científico del ejército. Su tarea consistía en enseñar a la policía de Vietnam del Sur «técnicas paramilitares» que serían utilizadas contra los insurgentes del Viet Cong. En ninguno de los documentos se describían las técnicas con detalle, pero la simple mención de las mismas me permitió atar algunos cabos. Debido a las fechas del período de Herrmann en Vietnam, la descripción de su empleo, sus adscripciones profesionales y su formación, era más que probable que hubiera estado trabajando para la CIA en un proyecto denominado Phoenix, uno de los más controvertidos de la historia de la Agencia.

El presidente Nixon había autorizado Phoenix en secreto en 1968; a principios de 1971, el proyecto fue suspendido. La Agencia lo describía como «una serie de programas cuyo propósito era atacar y destruir la infraestructura política del Viet Cong». Dentro de Vietnam, los agentes de Phoenix desencadenaron una campaña de actos terroristas contra la guerrilla vietnamita, con tácticas que incluían la tortura y el asesinato de civiles no combatientes. Según una investigación de 1971 de la Comisión de Inteligencia del Senado, el programa había violado las normas de la Convención de Ginebra y competía en crueldad con el propio terrorismo del Viet Cong.

En las sesiones del Senado, varios agentes de Phoenix admitieron haber asesinado en masa a civiles de forma que las atrocidades parecieran obra del

Viet Cong. Su esperanza era «conquistar las mentes y los corazones» de ciudadanos vietnamitas neutrales y empujarles a rechazar la insurgencia y alejarse de ella. Un soldado de las Fuerzas Especiales, Anthony Herbert, el veterano más condecorado de Vietnam, publicó un libro superventas, *Soldado*, en el que especificaba órdenes típicas de sus superiores en Phoenix: «Querían que me encargara de equipos de ejecución que liquidaban familias enteras, y luego pretendían hacer creer que lo había hecho el Viet Cong. El razonamiento era que el Viet Cong vería que otros miembros del Viet Cong habían matado a los suyos y... entonces se vendrían con nosotros. Los buenos».

A veces, sus acciones eran aún más desquiciadas. En 1968, unos científicos de la CIA de la prisión de Bien Hoa, en las afueras de Saigón, abrieron el cráneo de tres prisioneros, les implantaron electrodos en el cerebro, les dieron unos puñales y los dejaron solos en una habitación. Acto seguido, les provocaron descargas eléctricas para que se mataran unos a otros. Como el experimento fracasó, mataron a los presos y quemaron los cadáveres.

Según *Cover-Up*, el libro de 1972 de Seymour Hersh, Phoenix tenía «comités» diseminados por las cuarenta y cuatro provincias de Vietnam del Sur. Contaban con listas negras de combatientes del Viet Cong y órdenes estrictas de satisfacer, semanal o mensualmente, cuotas de «neutralizaciones». El conjunto de la operación se basaba en índices informatizados. La identidad de su jefe en la CIA no salió nunca a la luz, pero quienquiera que fuese estaba allí supuestamente como integrante de la Agencia para el Desarrollo Internacional (ADI), de la que más adelante se sabría que era una tapadera de la CIA.

Como es lógico, Herrmann era conocido por su dominio de los ordenadores, y su época en Vietnam coincidió casi exactamente con las operaciones de Phoenix. Los documentos que encontré en los Archivos Nacionales confirmaban que pertenecía a la ADI.

Yo ya no podía presionar a Herrmann con respecto a nada de esto, pues había muerto en 1993. Como pasara con Whitson, pensé que a lo mejor su familia podría contarme algo más de él. Localicé a una de sus hijas, Cindy, criadora de perros en Spokane, Washington. Me invitó a ir a verla. Como en los años sesenta era solo una adolescente, no recordaba gran cosa del trabajo de su padre, pero estaba segura de que buena parte del mismo era secreto y de que había trabajado para la CIA. Él nunca hablaba de su trabajo con la familia, ni siquiera con su esposa, quien tenía instrucciones de no hablar de él con nadie, ni siquiera con otros familiares. Cindy sabía que Herrmann había

llevado a cabo labores clandestinas, tanto en la época del Departamento de Policía de Los Ángeles como después. Me enseñó el pasaporte de su padre. Los sellos de visado revelaban al menos cuatro viajes a Vietnam entre 1968 y 1970. Entre sus documentos de identidad había uno de «The Xuat Nhap Vietnam Cong HOA».

Cindy también me mostró varios documentos que corroboraban la participación de Herrmann en Phoenix. Un memorándum enmarcado del Comando de Asistencia Militar en Vietnam, fechado el 9 de septiembre de 1968, notificaba que era «miembro de la Fuerza Operativa de Pacificación del embajador Komer». Komer, cuyo nombre de pila era Robert, era apodado Soplete Bob por su idea de no hacer prisioneros en la guerra. Había estado quince años en la CIA antes de llegar a Vietnam para trabajar en Phoenix; según su declaración en el Senado, estaba detrás de las famosas cuotas de asesinatos del programa. De Herrmann me cautivaban incluso las trivialidades. Cindy había conservado una foto de montones de hombres en un avión con este pie: «“Chicos malos” saliendo de un lugar malo tras haberse portado mal».

A su regreso de Vietnam, Herrmann se jubiló del Departamento de Policía de Los Ángeles tras más de veinte años de servicio, después de lo cual se embarcó en una serie de trabajos «de investigación» para diversas organizaciones federales... una vez más, del máximo secreto. Con la información de Cindy, un creciente fajo de recortes de prensa y los documentos gubernamentales acumulados, intenté reconstruir los proyectos posjubilatorios de Herrmann. Lo que aprendiera en el sudeste de Asia se lo llevó de vuelta a Los Ángeles: su trabajo en California guardaba un inquietante parecido con las técnicas que había perfeccionado en el proyecto Phoenix. En 1968, el gobernador Reagan le nombró jefe de su nuevo Grupo Operativo sobre Disturbios y Tumultos, dedicado a estudiar la agitación urbana y a diseñar maneras de evitar futuros estallidos de violencia. Sin embargo, en una entrevista de 1970, Herrmann reveló, quizá sin querer, que el Grupo Operativo no era ni de lejos la empresa de investigaciones que afirmaba ser.

Herrmann no solía conceder muchas entrevistas, pero cuando en mayo de 1970 habló con Charles Foley, del *London Observer*, al parecer estaba locuaz. Mientras comentaba su labor en el Grupo Operativo, describió un programa de espionaje e infiltración que iba mucho más allá de los «estudios» a los que decía dedicarse; sus palabras parecían sacadas de manuales de Cointelpro y

Chaos. (Ambas operaciones estaban muy avanzadas en Los Ángeles, desde luego.)

Al igual que el gobernador Reagan y el presidente Johnson, Herrmann creía que los estudiantes disidentes de California estaban financiados por comunistas extranjeros. Dijo al *Observer* que tenía «un plan secreto» para «impedir la revolución en Norteamérica». La clave estaba en «separar de la masa de discrepantes a los empeñados en destruir el sistema; y luego, aplicando la clásica “teoría” de la guerra de guerrillas, encontrar medios para conquistar sus mentes y sus corazones». A su plan lo denominaba simplemente «Salvar Norteamérica», y en él se incluían estrategias para «una penetración más profunda de agentes encubiertos en grupos disidentes», como por ejemplo «agentes militares que se harían pasar por alumnos y reporteros». En un giro digno de *Minority Report*, quería utilizar modelos de probabilidad matemática para predecir cuándo y dónde surgiría la violencia. También propugnaba el uso de instrumentos de vigilancia electrónica de largo alcance; si los informantes ya habían penetrado, «grabarían en secreto discursos y conversaciones».

Herrmann no explicó para qué se usaría esa información y cómo. Hablaba del Grupo Operativo en tiempo futuro, con lo que resultaba difícil saber hasta qué punto eran efectivas las tácticas de «Salvar Norteamérica». Sea como fuere, sus desvergonzadas afirmaciones provocaron una dura reacción de la izquierda. La hija me enseñó un panfleto de los Estudiantes por una Sociedad Democrática en el que aparecía representado como un cerdo. Quizá pensó que había hablado demasiado... o sus superiores le advirtieron al respecto. Al cabo de unos meses, concedió otra entrevista, más prudente, esta vez al *Sacramento Bee*, donde retiraba algunas de sus afirmaciones más espeluznantes sobre «Salvar Norteamérica». «Herrmann pone la brida a un artículo del *London Observer*», escribió el periodista, y citó: «El consejo no podía poner en marcha un plan como este... Nuestra función no es ejecutiva. Lo único que hacemos es revisar y financiar proyectos propuestos por autoridades locales».

«Salvar Norteamérica» se parecía mucho a Cointelpro, que a su vez se parecía mucho a Chaos: daba la sensación de que se desarrollaban en paralelo, en parte debido a que compartían notas. En junio de 2002, el *San Francisco Chronicle* publicó una serie de investigaciones en las que se detallaban varios acuerdos secretos del gobernador Reagan con la CIA y el FBI, como parte de su esfuerzo por paralizar lo que él consideraba un

movimiento antibelicista patrocinado por los comunistas en California. El *Chronicle* dio a conocer una circular interna del FBI de julio de 1969, cuando Herbert Ellinwood, uno de los principales asesores de Reagan, fue a las oficinas centrales del FBI a explicar los planes de la administración Reagan para la «destrucción de elementos alborotadores en los campus de California». Tal como señalaba el *Chronicle*, «Ellinwood pidió al FBI información de “inteligencia” contra grupos opositores... en el pasado, el FBI había prestado ayuda de este tipo a la administración Reagan».

El propio J. Edgar Hoover aprobó la petición. El FBI aconsejó al gobierno de California que atacara a los disidentes mediante «una campaña de guerra psicológica». Si era eso lo que quería Reagan, no tuvo que buscar muy lejos. En su círculo de asesores figuraba Herrmann, presidente del Grupo Operativo sobre Disturbios y Tumultos, veterano de la operación Phoenix y hombre de ideas antiizquierdistas que encajaban a la perfección con las de la administración, por no hablar de las de la CIA o el FBI.

En 1978, un comité del Congreso sacó a la luz pruebas de que, a finales de los años sesenta, la CIA contaba con «agentes operativos» en la Oficina del Fiscal del distrito de al menos una ciudad. Me pregunté si en Los Ángeles se daba una situación similar y, en tal caso, quiénes habrían sido esos agentes.

A una agencia no tenía que resultarle demasiado difícil penetrar. Cuando se produjeron los asesinatos de Manson, en 1969, el fiscal del distrito de Los Ángeles era Evelle Younger, con un currículum que lo vinculaba a una ingente labor de inteligencia. Unas décadas atrás, había sido «uno de los principales agentes» del FBI de Hoover. En 1942, abandonó el Buró para incorporarse a la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS, por sus siglas en inglés), la rama de contraespionaje de reciente creación en el ejército de Estados Unidos, que más adelante se transformó en la CIA. Adiestrado en técnicas de espionaje y contrainteligencia, después de la guerra volvió al FBI al tiempo que se sacaba una licenciatura en derecho.

En los años cincuenta, Younger fue nombrado magistrado antes de llegar a ser, en 1964, fiscal del distrito de Los Ángeles. Republicano acérrimo y amigo del gobernador Reagan, en enero de 1969 fue nombrado jefe del grupo de trabajo «ley y orden» del presidente Richard Nixon, creado para tomar medidas duras contra el crimen y las amenazas internas a la seguridad del país. Según un libro de 1974, *Big Brother and the Holding Company: The World Behind Watergate*, el «políticamente ambicioso» Younger aconsejó a

Nixon «nombrar jueces más severos, utilizar más las escuchas telefónicas, estimular “herramientas y técnicas de la era espacial” y apoyar a la policía local con una mayor formación y mejores equipos».

En la oficina, sus subordinados lo llamaban «el General». En su necrológica, *Los Angeles Times* señaló que Younger «había sido el primer fiscal de Estados Unidos en emprender, en la década de 1960, acciones judiciales masivas por delitos graves contra manifestantes de los campus universitarios». Había procesado a estudiantes que protestaban por la ausencia de un programa de estudios negros en la Universidad Estatal del valle de San Fernando: el juicio de noviembre de 1969 se saldó con veinte condenas, un golpe maestro del prometedor fiscal auxiliar encargado del caso: Vincent Bugliosi.

Si la CIA quería una presencia en la Oficina del Fiscal del distrito de Los Ángeles, Younger no iba a oponerse. Tampoco su segundo al mando, E. Lynn Buck Compton, que había sido detective del Departamento de Policía antes de licenciarse en derecho e incorporarse a la oficina. Compton había sido el fiscal principal en el juicio contra Sirhan B. Sirhan por el asesinato del senador Robert Kennedy. Y había sido héroe de la Segunda Guerra Mundial; adquirió fama cuando sus hazañas en el regimiento de paracaidistas, la compañía Easy, apareció en la miniserie de HBO *Hermanos de sangre*.

Encontré una carta enviada por Compton a Herrmann el 14 de marzo de 1969, cinco meses antes de los crímenes de Tate-LaBianca, en la que le daba las gracias por «conseguir información secreta muy válida... sobre subversivos y militantes». Como habían trabajado juntos en el Departamento de Policía en los cincuenta, no me extrañó que se conocieran. Lo que sí me extrañó fue que Compton hubiera escrito una nota que prácticamente demostraba que él y Herrmann estaban actuando fuera de su territorio, que era el estado de California. Ni uno ni otro tenían por qué recoger «información secreta» sobre «subversivos y militantes»... ni de nadie más, si vamos a eso. La Oficina del Fiscal debía perseguir crímenes, no evitarlos. Y Herrmann, en su enérgica rectificación del artículo del *London Observer*, había hecho hincapié en que su función «no era ejecutiva». **Colofón: noticia de portada**

Leí tanto acerca de Chaos y Cointelpro que al final a todos mis amigos seguramente les parecía un teórico de las conspiraciones con sombrero de papel de aluminio que se iba por la tangente y se enrollaba mucho sobre las amenazas del estado «profundo». De todos modos, el hecho de que la CIA se haya convertido en una cabeza de turco multiusos —el símbolo excelso del

poder global desbocado— no significa que sus abusos de poder, en los sesenta, no fueran legítimos y numerosísimos. Si acaso, estos abusos eran tan repugnantes que justifican cualquier afirmación de cualquier persona contra los servicios de inteligencia: si la CIA y el FBI han llegado a asesinar a sangre fría a ciudadanos norteamericanos, a menudo gracias a planes muy elaborados, ¿de qué otras cosas serán capaces?

En el verano de 1969, hubo un día en que los principales elementos de mi reportaje colisionaron en una página de *Los Angeles Times* del 12 de agosto. Un artículo sobre el enfoque de la Oficina del Fiscal en el juicio por asesinato de varios Panteras de la UCLA («Asesinatos de Panteras fruto de una maniobra del poder, según el jurado») aparecía junto a otro sobre la teoría del Departamento de Policía de que los asesinos de los LaBianca habían imitado a los de las víctimas de la casa de Tate la noche anterior («La policía ve efecto *copycat* en el asesinato de la pareja de Los Feliz»). Lo irónico era que las dos historias eran incorrectas. Los crímenes en casa de los LaBianca no se produjeron debido a ningún efecto *copycat*, y a estas alturas la policía tenía que haberlo sabido; y la verdadera «maniobra del poder» en la UCLA corrió a cargo del FBI. Me llamó mucho la atención la yuxtaposición de ambas historias: en qué medida la «noticia» dentro de ellas era falsa cuando apareció por primera vez, y en qué medida seguía siéndolo.

El móvil de la guerra racial de Manson cuadraba casi perfectamente con los objetivos de aquellas agencias federales y de la Oficina del Fiscal del distrito. En programas como Chaos y Cointelpro —y en personas como Reeve Whitson, William Herrmann o Buck Compton— veía yo posibilidades para un giro importante en mi trabajo, aun cuando procuraba aceptar que gran parte de lo que hicieron siempre sería indemostrable, imposible de rastrear.

Aun así, si diversas tramas infames de la CIA y el FBI al final habían salido escandalosamente a la luz, pensé que debía intentar al menos ver adónde me llevaban mis corazonadas. Yo quería una respuesta a esta pregunta: ¿cómo ejerce su fuerza política una entidad como la Oficina del Fiscal de Los Ángeles? Si querían ser de utilidad para un organismo superior, como el FBI o la CIA, ¿esto se habría conseguido fácilmente o estaba yo adentrándome demasiado en el terreno de la paranoia?

No me costó mucho entender cómo ejercían el poder. Un ejemplo flagrante se vio al principio del juicio de Manson, cuando, sin que nadie se diera cuenta, la Oficina del Fiscal maquinó para asegurarse de que su relato de los asesinatos de Tate-LaBianca fuera el único que nadie oyera jamás.

8 Cambio de abogados «Tenía las manos atadas»

Llegado el momento de procesar a Manson y su Familia, la Oficina del Fiscal del distrito de Los Ángeles no dejó ningún cabo suelto. Yo ya había visto que Vincent Bugliosi hacía mentir a sus testigos en el estrado sin miramientos, y que el fiscal auxiliar, Buck Compton, recababa información secreta sobre «subversivos y militantes». Lo que descubrí después fueron pruebas de interferencias más generalizadas desde la cúpula de la Oficina del Fiscal, que tomó medidas insólitas para controlar, y seguramente inventar en parte, el relato de los crímenes de Manson.

Las primeras señales de conducta impropia se detectaron durante el juicio de Bobby Beausoleil, acusado de haber asesinado a Gary Hinman, el músico que había muerto apuñalado solo días antes de los asesinatos en las casas de Tate-LaBianca.

Por razones jamás desveladas por Bugliosi, la Oficina del Fiscal juzgó a Beausoleil aparte de la Familia. Como he mencionado antes, juntar los tres casos —Hinman, Tate y LaBianca— era lo más lógico. La policía había relacionado los crímenes. Si se hubieran unificado en un solo juicio, habría sido más fácil condenar a Manson por complot, pues había ayudado a torturar a Hinman y ordenado las tres series de asesinatos.

Sin embargo, los mantuvieron separados. Creí entender el motivo. Si hubieran añadido el caso Hinman al de Tate-LaBianca, las declaraciones pertinentes habrían evidenciado que, el 10 de agosto, el Departamento de Policía ya sabía que la Familia era responsable de todos los asesinatos. No olvidemos que los detectives Charlie Guenther y Paul Whiteley resolvieron el caso Tate cuando una llamada telefónica grabada de uno de los asesinos de Hinman, Beausoleil, les puso sobre la pista de una conexión con los crímenes de Tate-LaBianca. La única manera de ocultar esta grieta era juzgar el caso Hinman por separado.

El juicio de Beausoleil tuvo lugar el 12 de noviembre de 1969. El fiscal era Ronald Ross, adjunto de Santa Mónica, quien me confirmó que el caso se había juzgado aparte en unas circunstancias muy extrañas. Él tenía órdenes, explicaba, de excluir del proceso a Manson y la Familia. Esto significaba que conseguir una condena de Beausoleil sería una ardua batalla, pues, al fin y al cabo, sin las instrucciones de Manson probablemente no habría matado a Hinman.

Con todo, Ross pensó que no tenía más remedio que obedecer. «Tenía las manos atadas», me dijo. Cuando habló por primera vez, en el año 2000, se había jubilado hacía poco tras treinta años en la Oficina del Fiscal, y aún tenía fresco el caso en la cabeza. Recordaba que «las órdenes venían de arriba: no menciones el nombre de Manson ni de esa otra gente».

Más adelante, Ross se enteró de que sus superiores en la Oficina del Fiscal, así como sus propios detectives —Guenther y Whiteley—, le habían ocultado todas las pruebas relativas a Manson y la Familia. «Cuando tiempo después supe que tenían otros indicios, me puse de mala leche —dijo Ross—. Me mantuvieron al margen. La verdad es que no sé por qué lo hicieron.»

Todavía recordaba el día en que el caso llegó a su escritorio, a principios de septiembre de 1969. Acababa de volver de vacaciones. Los horrores de los asesinatos de Tate y los LaBianca, acaecidos hacía un mes apenas, aún eran omnipresentes en los noticiarios. Los asesinos andaban sueltos, y nadie sabía siquiera quiénes eran. A Ross le dejó pasmado el hecho de que los autores hubieran escrito con sangre la palabra «cerdo» en las paredes de ambas casas. En el escenario del crimen de Hinman también aparecía la palabra. Echó un vistazo al expediente y lo relacionó enseguida con los asesinatos de Tate y los LaBianca. «Había que estar sordo, mudo y ciego para no darse cuenta», dijo.

Mandó llamar a Guenther y a Whiteley para preguntarles al respecto. «Y ellos dijeron: “Oh, no, no tiene relación. No, no vemos conexión alguna entre un caso y otro”.» Aún sonaba afectado cuando añadió: «Ahora creo que estaban mintiendo descaradamente».

Guenther me negó esta acusación, si bien yo la consideré creíble teniendo en cuenta lo que me había contado él sobre su investigación. Y si es cierta, pone de manifiesto que, en septiembre de 1969, él y Whiteley se conjuraron para ocultar lo que habían descubierto sobre el papel de la Familia Manson en los asesinatos.

Como Ross no podía vincular a Beausoleil con la Familia, su caso era sobre todo circunstancial y, como él mismo admitía, débil. Tras solo dos días de declaraciones, el juicio estuvo más o menos concluido. El abogado defensor de Beausoleil, Leon Salter, no llamó al estrado a un solo testigo. Cuando la defensa hubo terminado su alegato, los superiores de Ross, ante el miedo a perder el juicio, llegaron a la conclusión de que necesitaban más pruebas. En el último momento, decidieron arriesgarse.

Justo antes de que los fiscales expusieran sus conclusiones definitivas, David Fitts, auxiliar jefe de la Oficina del Fiscal de Santa Mónica y

supervisor de Ross, tuvo una reunión privada con el juez, que salió al cabo de diez minutos para anunciar que el juicio se suspendería durante cinco días para admitir a un nuevo testigo de la fiscalía: Danny DeCarlo, el motero de los Straight Satans que la primavera anterior se había instalado en el rancho.

Se trataba de una decisión sin precedentes, o casi. Para empezar, los dos abogados que habían concluido sus respectivos alegatos, Ross y Salter, no tenían voz en el asunto. Además, por norma, los juicios no se reabrían casi nunca después de que la defensa hubiera hecho su exposición final, pues en tal caso había el peligro de predisponer al jurado.

Cuando tuve a Salter al teléfono, él aún estaba furioso.

—Es inaudito que el juez comente el caso sin estar presente el abogado de la parte contraria —me dijo—. Había ahí algo podrido... No lo comuniqué al Colegio de Abogados, y lo he lamentado siempre. —En la transcripción del juicio, Salter había dejado claras sus objeciones—. Es chocante que, en mitad de un juicio, cuando este joven puede acabar con una condena a cadena perpetua, el fiscal del distrito... tuviera el atrevimiento de hablar del caso sin estar yo presente.

Cabría pensar que a Ross no le habría importado tanto la intervención; después de todo, Fitts era su jefe, y ambos pretendían la condena de Beausoleil. Sin embargo, también le enojaba haber sido excluido. En sus treinta años como fiscal del distrito, me explicó, nunca le habían dejado fuera de una reunión sobre el posicionamiento de su propio testigo.

Ross creyó que su única opción era llamar a DeCarlo al estrado. «Era la primera vez en toda mi carrera que me ordenaban usar un testigo», dijo Ross. La decisión había sido tomada en las altas instancias de la Oficina del Fiscal. Fitts recibía órdenes de alguien. «Lo más probable es que fuera Compton», añadió.

Ross pensaba que a DeCarlo le faltaba credibilidad. El motero, ya criminal convicto, había decidido testificar solo porque se enfrentaba a nuevas acusaciones por posesión de marihuana y robo de una motocicleta. Era, por usar una palabra de Ross, un soplón, y resultaba imposible saber si decía la verdad o no. «DeCarlo era un amoral sin más —decía Ross—. Habría sido capaz de decir cualquier cosa.» Y arrancarle algo útil en el estrado no sería tarea fácil, pues Ross no tenía permiso para sacar a colación nada relacionado con Manson ni la Familia, aunque su nuevo testigo fuera un conocido colega de aquellos.

Tras prestar juramento, DeCarlo contó la historia del apuñalamiento de

Hinman. Afirmó que aquello era exactamente lo que le había oído decir al propio Beausoleil. Hasta incluyó la parte en que un hombre llamado Charlie, que vivía en el Rancho Spahn, le cortó una oreja a Hinman con «una larga espada» y más tarde ordenó a Beausoleil que matara a Hinman, diciéndole: «Ya sabes qué has de hacer». Pero nunca dio el nombre completo de Charlie.

Luego vino el contrainterrogatorio de Salter.

—En cuanto a ese Charlie al que usted ha hecho referencia en su testimonio —le dijo a DeCarlo—, ¿sabe usted el nombre completo?

—Charles Manson —contestó DeCarlo. Era la primera vez que se pronunciaba el nombre en lo que iba de juicio... el último día de declaraciones.

Eso fue el 24 de noviembre. Fuera de la sala, la policía y los fiscales estaban por fin avanzando en los crímenes de Tate y LaBianca. Como Ross, Salter sabía lo suficiente para sospechar la existencia de algún nexo. La súbita incorporación de DeCarlo solo avivó las sospechas. Salter sabía que DeCarlo había sido interrogado sobre los asesinatos de la casa de Tate, y se propuso que el jurado lo supiera también.

Manuel Gutierrez, agente del Departamento de Policía que había sido el primero en oír la historia de DeCarlo, subió al estrado para dar algo de credibilidad al motero. Salter intentó sacarle información.

—Señor —dijo—, en aquel entonces estaba usted investigando el asesinato de Tate, ¿verdad?

Ross protestó. El tribunal admitió la protesta.

—Señoría, ¿puedo decir algo al respecto? —dijo Salter. Junto al estrado, sin que el jurado pudiera oírle, Salter alegó que los miembros del jurado debían saber que DeCarlo estaba relacionado con los asesinatos no resueltos del caso Tate—. Creo que podemos demostrar que [Gutierrez] estuvo interrogando [a DeCarlo] acerca del caso Tate. Si se trata de un asunto menor, muy bien, pero el agente está investigando un caso del que ha habido mucha publicidad, y hay mucha impaciencia, imagino, por averiguar quién lo hizo.

Sin embargo, el juez no permitió más preguntas sobre la cuestión; así que esta fue la última vez que nadie oyó hablar de una posible conexión con los crímenes del caso Tate.

Paradójicamente, la incorporación de DeCarlo no ayudó en nada a la acusación. Los miembros del jurado confiaron en él tanto como Ross. El juicio acabó con un jurado en desacuerdo. Gracias a la rectitud de Ross, quedó claro que la falta de pruebas era directamente imputable a los mandamases de la

Oficina del Fiscal: necesitaban encubrir los primeros datos de Guenther y Whiteley sobre la responsabilidad de la Familia Manson en los asesinatos en casa de Tate y los LaBianca. **«Caliente, pegajosa y agradable»**

Mientras ajustaban el traje de Hinman para que se adaptara a las necesidades del estado, Buck Compton —y, con él, Vincent Bugliosi— estuvo entre bastidores en el caso Tate-LaBianca. La Oficina del Fiscal del distrito sabía que necesitaba una condena histórica, un «sentido de la justicia» que cuadrara con el crimen del siglo. Y Bugliosi, que aspiraba al poder y la fama, veía lo mucho que podía ganar si se generaba una buena publicidad. Su oficina debía controlar el relato desde el principio, con independencia de si había pruebas que lo avalaran o no.

Incluso en circunstancias claras, un juicio penal es un asunto complicado, largo... y en cuanto se conoce el veredicto, en la mente del público se desvanecen todas las particularidades. En los cincuenta años transcurridos desde las condenas de Manson y sus seguidores, los detalles han acabado siendo en gran medida irrelevantes. Si se recuerda algún aspecto del juicio, por lo general es la declaración de Linda Kasabian, la testigo estelar del Estado. Durante las dos noches de los asesinatos, había vigilado y conducido un vehículo para la Familia. Como se le había concedido inmunidad, Kasabian fue capaz de describir los crímenes y el funcionamiento interno de la Familia con un detalle nauseabundo, lo cual remachó las acusaciones contra Manson. Y aunque a muchos observadores no les gustaba nada que una cómplice de los asesinatos quedase en libertad, Kasabian se esforzó mucho por parecer más respetable que los demás. Se mostró arrepentida. Hizo hincapié en que no había participado en ninguna acción violenta.

Lo que casi nadie recuerda es que Kasabian no era el primer miembro de la Familia que recibía una oferta de los fiscales. Ya le había pasado a Susan Atkins, la mujer que había ayudado a la policía a resolver el caso, que al final fue condenada junto a los demás asesinos y pasó el resto de su vida en la cárcel, hasta su muerte en 2009. Antes de que Kasabian hiciera sus revelaciones, Atkins, una asesina impenitente, fue la base del caso del Departamento de Policía y del procesamiento subsiguiente.

Para lograr la condena de Manson, en primer lugar la fiscalía debía exponer las acusaciones ante un gran jurado. Confiaban muchísimo en el testimonio de Atkins: era decisivo para garantizar las imputaciones de Manson y otros cinco, incluida ella misma, por asesinato en primer grado. En resumen, el famoso juicio de Bugliosi fue posible gracias a la historia de Susan Atkins.

No obstante, descubrí dos memorandos según los cuales la declaración de Atkins había sido obtenida de manera indebida. Antes de que ella o cualquier otro seguidor de Manson hubieran sido acusados, los fiscales se confabularon con un juez de un tribunal superior para que su abogado defensor legalmente designado fuera reemplazado por un antiguo fiscal auxiliar que cumpliría las órdenes pertinentes. La historia de Atkins, aprobada y revisada por la Oficina del Fiscal y el recién nombrado defensor, se basaba en mentiras. Habría que reconsiderar todo el relato expuesto ante el gran jurado.

Todo comenzó con el final de la Familia, cuyos miembros, tres semanas después de los asesinatos de Tate-LaBianca que los harían acreedores a la mayor de las infamias, huyeron del Rancho Spahn, pues Manson creía que la policía les estaba pisando los talones. (También temía represalias de los Panteras Negras, al pensar equivocadamente, tal como hemos visto, que había matado a uno, Bernard Crowe, que ni era un Pantera ni estaba muerto.) Reasentó su clan en las profundidades del Valle de la Muerte, en un par de ranchos contiguos, inhóspitos y aislados, denominados Myers y Barker. Iban tirando gracias a delitos menores y al robo de vehículos. Fue esto último lo que llamó la atención de la policía del Condado de Inyo, que los siguió hasta su campamento y los detuvo en sendas redadas efectuadas en dos noches de mediados de octubre de 1969.

En Independence, California, el grupo de veintitantos hippies desaliñados ingresó en la atestada cárcel del condado. Los detectives Guenther y Whiteley, del Departamento de Policía, recorrieron casi cuatrocientos kilómetros de polvoriento desierto en busca de un posible testigo del asesinato de Hinman. Tal vez recordemos su nombre: Kitty Lutesinger, la novia de Bobby Beausoleil, la misma que al parecer, unos meses antes, los detectives habían decidido adrede dejar en paz.

Los padres de Lutesinger habían llamado a los detectives para decirles que su hija estaba detenida en Independence. Cuando Guenther y Whiteley la localizaron, ella les dijo que Susan Atkins había presumido de haber torturado y finalmente matado a Hinman con Beausoleil hacía un par de noches. La historia concordaba con lo que ya habían oído antes. Pidieron al sheriff del Condado de Inyo que los condujera hasta la propia Atkins.

Atkins aceptó hablar con los detectives sin la presencia de un abogado. Ellos le dijeron que se habían encontrado sus huellas en la escena del crimen de Hinman y que Beausoleil ya la había delatado; ambas cosas eran falsas,

pero así consiguieron que ella hablara del asesinato. Atkins reconoció haber sujetado a Hinman mientras Beausoleil lo acuchillaba, pero aseguró que no le había hecho daño directamente. Fue fichada por asesinato en primer grado y trasladada al Instituto Sybil Brand para Mujeres, en el centro de Los Ángeles.

La compañera de celda de Atkins era una vieja timadora y prostituta conocida como Ronnie Howard. Se habían hecho amigas íntimas. Casi al instante, Atkins estuvo contándoles a Howard y a otra reclusa, Virginia Graham, todos los detalles sobre su participación en los asesinatos de Tate-LaBianca. Alardeaba de haber apuñalado personalmente hasta la muerte a Sharon Tate, mientras esta suplicaba por su vida y la de su bebé no nacido. Tras la muerte de Tate, Atkins dijo que había probado la sangre de la actriz muerta; era «caliente, pegajosa y agradable».

Howard estaba atónita. Tenía delante a una mujer que hablaba tan ricamente de uno de los principales asesinatos no resueltos de la historia de Los Ángeles. El 17 de noviembre, desde un teléfono público hizo una llamada entre susurros a la comisaría de Hollywood del Departamento de Policía de Los Ángeles, en la que contó a un detective que sabía quiénes eran los responsables de los crímenes de Tate-LaBianca.

Aquella noche, el Departamento envió a Sybil Brand a dos detectives con la misión de interrogar a Howard, que les convenció sin dificultad de la veracidad de sus afirmaciones. Temiendo por la seguridad de la reclusa, los detectives lograron que fuera trasladada a un módulo de aislamiento. A la mañana siguiente, la interrogaron otros detectives, que en el transcurso del mismo día hicieron llegar su información a Evelle Younger, el fiscal del distrito, quien asignó el caso a Aaron Stovitz y a Vincent Bugliosi. Los crímenes en las casas de Tate y los LaBianca habían sido resueltos. **«Control estricto sobre los clientes»**

La noche del 19 de noviembre, Bugliosi asistió a una reunión convocada apresuradamente en el Palacio de Justicia. Estaban también presentes su superior inmediato, el auxiliar de distrito Joseph Busch; Aaron Stovitz, también perteneciente a la Oficina del Fiscal; y, del Departamento de Policía, el teniente Paul LePage y el sargento Mike McGann, de los equipos de investigación de LaBianca y Tate, respectivamente.

El Departamento de Policía quería llegar a un acuerdo con Susan Atkins previo consentimiento de la Oficina del Fiscal: ella contaría lo que sabía sobre los asesinatos a cambio de inmunidad. Bugliosi creía que era un grave error. Recordó a sus colegas que la propia Atkins había explicado que mató a

puñaladas a Sharon Tate y probó su sangre. Y había admitido que acuchilló a otras víctimas en la casa de Tate. Había participado en el asesinato de Gary Hinman. Y esto era solo lo que sabían hasta la fecha; a saber qué más habría hecho. «¡A esta chica no hay que darle nada!», dijo al parecer.

Sin embargo, los del Departamento de Policía se mostraban inflexibles. Llevaban meses soportando una fuerte presión para resolver el caso. En los medios de comunicación aparecían ridiculizados continuamente por su inoperancia. Ahora podrían anunciar su éxito en una ceremoniosa conferencia de prensa y mandar el caso a un gran jurado. Bugliosi replicó que estaban precipitándose. No tenían el caso resuelto, sino solo una pista buena.

El grupo llegó a un acuerdo: en vez de inmunidad total, se ofrecería a Atkins solicitud de asesinato en segundo grado, lo que le ahorraría la pena de muerte al tiempo que impediría su puesta en libertad. Sin embargo, como reconocía Bugliosi en *Helter Skelter*, no concretaron «los términos precisos» del ofrecimiento. No se abordó una de las preocupaciones más imperiosas: ¿Atkins debería declarar en el juicio o solo ante el gran jurado?

La Oficina del Fiscal quería asegurar a toda costa su cooperación, sin la cual no estaba claro que se pudiera procesar a Manson y los otros asesinos. De la fiabilidad y coherencia de Atkins dependían muchas cosas. ¿Y si ella modificaba su relato, del que, hasta el momento, solo se sabía algo gracias a su compañera de celda? Por otro lado, el abogado defensor también tenía algo que decir: si no le gustaba el acuerdo, podía llegar a ser un obstáculo importante. Para no correr ese riesgo, la Oficina decidió que sería mejor sustituirlo por alguien que se sometiera a sus reglas, y que garantizara que Atkins diría lo correcto en el momento oportuno.

El abogado de Atkins era Gerald Condon, un letrado del sector privado designado legalmente por un juez para representarla en el caso del asesinato de Hinman. Lo lógico habría sido que el tribunal le hubiera asignado un abogado de oficio, pero aquí no podía hacerlo, pues Beausoleil, su cómplice, ya estaba representado por un defensor público, y en estas circunstancias el tribunal debía evitar un potencial conflicto de intereses. Así que era Condon.

Fue nombrado el 12 de noviembre. Y dos semanas después, el 26 de noviembre, ya había sido apartado del caso.

¿Qué pasó? En los archivos del Departamento de Policía encontré un memorándum de siete páginas que me proporcionó una pista interesante. En una entrada del 20 de noviembre, el día después de que la Oficina del Fiscal del distrito y el Departamento de Policía hubieran acordado proponer un

acuerdo a Atkins, el documento alude a una reunión, nunca antes citada, entre agentes de la Oficina del Sheriff, el Departamento de Policía y «el señor Compton y el señor Stovitz, de la Oficina del Fiscal», en la cual se habló del hecho de que «la mujer, Atkins, comparecería ante el tribunal el 26-11-69 para la lectura del acta de acusación, *momento en el que se estableció que habría un cambio de defensor, y que como defensor sería designado el señor Caballero*». (La cursiva es mía.) No se menciona la conformidad de Condon o de Atkins con ese cambio. Se presentaba como un hecho consumado. Esta reunión se celebró seis días antes de la audiencia en cuestión... y sin embargo, todas las partes implicadas ya conocían el resultado. ¿Cómo es eso?

Un segundo documento, menos ambiguo, apareció en los archivos del teniente Paul LePage, del Departamento de Policía. Era un resumen de tres hojas de su labor investigadora en los asesinatos de los LaBianca. Un apartado sobre las comparecencias de Susan Atkins describía la misma reunión del 20 de noviembre con más detalle: «Dada la gravedad del caso y la importancia de la información y la colaboración de Atkins, se decidió que su abogado fuera de los que tienen un “control estricto sobre los clientes”. Fitts, el fiscal auxiliar, realizó varias indagaciones, y se llegó a la conclusión de que quizá Condon no ejercería el control suficiente».

Así pues, a espaldas de Atkins y Condon, Fitts «recomendó como abogado a Dick Caballero, alguien que dominaba bien a sus clientes y representaría a Atkins como es debido». Se puso en contacto con el juez Mario Clinco, que estaba supervisando el caso, «y se dispuso lo necesario para que Caballero fuera nombrado abogado defensor de Atkins para la lectura de cargos por delito mayor. Y así se hizo».

«Y así se hizo»... En efecto, con una notable contribución del mismo fiscal que se había metido en el juicio de Beausoleil.

Según las actas de la lectura de cargos contra Atkins del 26 de noviembre, el juez nombró a Caballero para el caso en ese preciso momento. No se hacía mención alguna de la sustitución de Condon, ni de cómo o por qué se había producido. La transcripción completa de la vista ha desaparecido de los archivos del Tribunal Superior de Los Ángeles. El portavoz del tribunal me dijo que, en su día, una búsqueda exhaustiva no había dado frutos.

Llamé a Condon para preguntarle sobre su separación del caso. Confirmó que había sido reemplazado en contra de su voluntad —y la de su cliente— y que el juez Clinco no le había dado nunca explicaciones.

—No sé qué pasaba por la cabeza de Clinco —me dijo Condon—. Atkins

sí pidió que me quedara.

Recordó haber estado «temporalmente consternado» por la decisión de Clinco, pero jamás se quejó al tribunal. Tan pronto se supo que Atkins había estado implicada en los crímenes de Tate-LaBianca, su esposa le dijo que, si intentaba volver a representarla, lo abandonaría.

Y no hubo más. El Departamento de Policía y la Oficina del Fiscal habían decidido discretamente que su testigo estelar necesitaba determinado defensor. Y, tanto si ella como su abogado anterior lo querían o no, «así se hizo».

«Impropio y poco ético»

Además del tan cacareado «control del cliente», el abogado sustituto, Richard Caballero, tenía otra característica que le granjeaba las simpatías de la Oficina del Fiscal del distrito: había trabajado allí durante ocho años. Como fiscal, Caballero había logrado cinco condenas a la pena de muerte y aún mantenía relaciones estrechas con sus antiguos colegas. Bugliosi, Compton y los demás confiaban en él. Lo único que debía hacer ahora era conseguir que Atkins aceptara el trato. Ella no tendría que estar indefinidamente bajo el yugo del abogado, sino solo el tiempo necesario hasta comparecer ante el gran jurado y que se formularan los cargos.

Nunca sabremos qué prometió exactamente Caballero a Atkins, o cómo le expuso los términos del acuerdo, porque, a diferencia de la mayoría de los pactos de este tipo, este jamás se formalizó por escrito, ella no llegó a firmar nada. En todo caso, lo que le dijera bastó para satisfacer a las altas esferas del Departamento de Policía y la Oficina del Fiscal. El 1 de diciembre estaban por fin listos para hacerlo público: habían resuelto el caso del siglo.

Ese fue el día en que el jefe del Departamento de Policía de Los Ángeles, Edward M. Davis, convocó su gran conferencia de prensa: estrado sólido, cámaras grabando, reporteros pasmados y ansiosos haciéndose sitio a empujones. Leyendo unas cuartillas, Davis dio los detalles en pequeñas dosis. Ni siquiera pronunció el nombre de Manson, anunciando que «ciertas restricciones legales prohibían en este momento la revelación de otros datos». Cuando se le presionó para que diera más información sobre los sospechosos, contestó que formaban parte de «una banda errante de hippies» que se llamaba a sí misma «la Familia» y estaba dirigida por un hombre al que llamaban «Jesús».

Davis tenía que ser cuidadoso, o al menos parecerlo. Una descripción minuciosa de los asesinatos podría influir en el jurado. Al día siguiente, sin embargo, apareció un caudal interminable de datos procurados por dos fuentes

oficiales irrefutables: Richard Caballero, el nuevo abogado defensor de Atkins, y su colega Paul Caruso.

Actuando prácticamente como portavoces de la Oficina del Fiscal, Caballero y Caruso —este último, abogado de la Mafia y antiguo amigo de Evelle Younger, fiscal del distrito de Los Ángeles— esbozaron lo que, en esencia, acabarían siendo los alegatos de la acusación por asesinato contra la Familia Manson.

De pie en la escalinata del Palacio de Justicia de Santa Mónica, Caballero explicó a un grupo de periodistas que Atkins era una seguidora de Charles Manson y que había estado «en el escenario de los asesinatos de Tate, de Hinman y de los LaBianca». Atkins se hallaba bajo «el hechizo hipnótico» de Manson, pero «no tenía nada que ver con los crímenes»... Al parecer, este fue su único esfuerzo por exculparla en medio de la avalancha de detalles sombríos. Añadió que Manson se llamaba a sí mismo «dios y el demonio» y que la policía le había dicho «que Manson había ordenado a Atkins y a los otros que fueran tanto a la casa de Hinman como a la de Tate». Atkins «contaría la historia completa» ante el gran jurado a finales de semana.

En *Helter Skelter*, Bugliosi afirmaba haber leído los comentarios de Caballero en un periódico vespertino y que fue así como su oficina se enteró de que Atkins había aceptado el acuerdo. Nunca intentó siquiera explicar por qué el pacto no constaba por escrito o por qué Caballero no se lo había comunicado de forma oficial.

A lo largo de los días siguientes, Caballero y Caruso siguieron hablando con la prensa... hablando y hablando. Por si había aún alguna duda, describieron los métodos dictatoriales de Manson. Expusieron una cronología de sucesos en las noches de los asesinatos, incluyendo el orden de las muertes. Revelaron detalles sórdidos; especificaron los códigos de vestimenta de los asesinos y señalaron que, tras matar a los LaBianca, se dieron el gusto de «un tentempié sacado de la nevera».

La andanada de particularidades duró cuatro días. Al final, el 5 de diciembre, el presidente del Colegio de Abogados de Los Ángeles puso de manifiesto su hastío. «Presidente del Colegio valora los comentarios del abogado de Atkins sobre el caso Tate», rezaba la portada del *Evening Outlook*, en la que se citaban las críticas del presidente a Caballero y Caruso por conducta «totalmente impropia y poco ética» al «revelar hechos vitales relativos al asesinato de Sharon Tate desde la perspectiva de la señorita Atkins».

Sin embargo, esta advertencia cayó en saco roto. En medio de la amplia cobertura de los crímenes, a nadie parecían importarles las filtraciones de los abogados. En una observación de pasada a *Los Angeles Times* el día anterior a la declaración de Atkins ante el gran jurado, Caballero admitió más o menos que no estaba actuando en beneficio de su cliente, y dijo que «confiaba en que el testimonio voluntario de ella quizá la salvara de la cámara de gas»... siendo «confiaba» y «quizá» las palabras clave.

En esencia, Bugliosi y su equipo habían dispuesto que los abogados de la defensa influyeran en el jurado en nombre de la fiscalía: de repente, en Los Ángeles todos eran expertos en la Familia Manson. Entretanto, el 4 de diciembre, mientras continuaban con sus ruedas de prensa, Caballero y Caruso se reunieron con el fiscal del distrito para ultimar su «pacto». Bugliosi lo describió como «excelente»; de hecho, era inexistente. Como admitirían más adelante todas las partes presentes durante la fase de la pena de muerte del juicio, nunca se formalizó ni se firmó nada.

Al día siguiente, Atkins, tal como había prometido, declaró ante el gran jurado. Según las actas, Manson, Atkins, Linda Kasabian, Patricia Krenwinkel, Leslie Van Houten y Tex Watson fueron condenados por siete asesinatos tras solo veinte minutos de deliberaciones.

Poco después, Caballero y Caruso abandonaron el caso, más ricos y famosos, sin arrepentimiento aparente. Un reportero preguntó a Bugliosi si habría conseguido las condenas sin la cooperación de Atkins.

—Blanco y en botella —contestó. **El acuerdo camaleónico**

Cuando Bugliosi llegó a su «acuerdo» con Caballero, sabía muy bien que Atkins, aparte de una asesina, era una testigo poco sólida. La necesitaba para que condenaran a los otros miembros de la Familia, pero también necesitaba un pretexto para desentenderse de ella una vez cumplido el objetivo. No quedaría muy bien si solo conseguía condenas siendo benevolente con uno de los culpables. Su cambio de rumbo sería mucho más fácil al no haber nada escrito, pero aun así, si la fiscalía se distanciaba de ella, debería dar alguna explicación.

Antes de llevar a Atkins frente al gran jurado, Bugliosi aceptó una vieja solicitud de los defensores: sacarla de la cárcel y llevarla a su despacho de Beverly Hills para efectuarle un interrogatorio grabado. En *Helter Skelter*, donde calificaba la decisión de «inusual» pero «no insólita», Bugliosi afirmaba que aprobó aquello porque creía que Atkins hablaría más libremente si estaba lejos de sus compañeras de celda. No obstante, esto también originó

una cadena de acontecimientos que permitieron al fiscal librarse de ella.

En el cómodo despacho de Caballero, Atkins habló con la grabadora encendida durante dos horas y media sobre su papel en los asesinatos. Tras escucharla al día siguiente, Bugliosi advirtió que la mujer había modificado su historia. En su día había contado a sus compañeras de reclusión que había apuñalado a Sharon Tate. Ahora afirmaba que no había tenido el valor de hacerlo y, en vez de ello, había sujetado los brazos de Tate mientras Watson la acuchillaba. Eso era lo que también dijo al gran jurado: que no había matado a Sharon Tate. No obstante, mientras lograrse sus condenas, esta contradicción no suponía problema alguno para Bugliosi.

A lo largo de *Helter Skelter*, Bugliosi ponía de manifiesto, sin darse cuenta, lo maleable que era el acuerdo con Atkins, pues lo describía de una manera o de otra según el momento. Al principio de la narración, decía que lo único que debía hacer ella era decir la verdad ante el gran jurado y cooperar con las autoridades; nunca tendría que testificar contra sus compañeros acusados en el juicio propiamente dicho. A cambio, la acusación contemplaría la posibilidad de no pedir para Atkins la pena de muerte.

Sin embargo, después de la declaración ante el gran jurado, el pacto cambió. De pronto, Atkins tenía que testificar contra los otros. Sin ella, «seguíamos sin contar con pruebas suficientes», escribió Bugliosi. Más adelante dijo que la fiscalía estaba «estancada» con Atkins debido al acuerdo en cuestión, y lamentaba haber llegado a una transacción con una asesina.

Me inclino a pensar que todo esto es pura retórica, una manera de incrementar la emoción en el libro cuando en realidad Bugliosi sabía que Atkins nunca iba a subir al estrado.

De hecho, Caballero estaba haciendo todo lo posible para que su cliente no testificara; por ejemplo, le permitía recibir visitas de antiguos amigos de la Familia, que portaban mensajes de Manson. El abogado sabía muy bien que, si se exponía lo suficiente a su anterior estilo de vida, Atkins tenía muchas probabilidades de volver al redil de Manson y negarse a testificar ante el gran jurado. Surtió efecto. Un día llamó a Caballero y le dijo que no declararía en el juicio. Era el primer paso hacia la anulación formal de todo, excepto de las condenas, que no se podían anular. A Bugliosi le preocupaba haber perdido a su «testigo estrella».

Sin embargo, para sus adentros estaba satisfecho. Pese a omitirlo en su libro, ya estaba negociando con el abogado de una testigo mucho más receptiva, Linda Kasabian, para que ocupara el sitio de Atkins en el juicio.

Como es lógico, si los abogados de Atkins hubieran sido designados de otra manera, le habrían comunicado a la fiscalía los términos del pacto, que impedía su testimonio en el juicio. Ahora Bugliosi estaba en condiciones de afirmar que ella había incumplido el acuerdo y perdería garantías en cuanto a la petición de pena de muerte.

Atkins seguía tirando del hilo. El 5 de marzo de 1970, en la sala de abogados de la Prisión Central del Condado, Caballero presidió una reunión de una hora entre su cliente y Manson. La describió como «alegre», y añadió que Atkins y Manson «se echaron a reír cuando se cruzaron sus miradas por primera vez en cinco meses». La reunión fue posible solo porque el juez William Keene había concedido a Manson el derecho a representarse a sí mismo... una concesión que escandalizó a la sala de juicios. Como abogado de sí mismo, Manson tenía derecho a reunirse con sus compañeros procesados encarcelados con el pretexto de interrogarles como posibles testigos en el proceso contra él. Entre las primeras entrevistas solicitadas había una con la mujer responsable de su inculpación: Susan Atkins.

Tras la reunión, un reportero preguntó a Atkins si Manson le había ordenado «modificar lo que ella había dicho al gran jurado». Atkins respondió como Caballero y la fiscalía ya suponían: «Charlie no da órdenes. Charlie no está al mando», lo cual desmentía la esencia de su declaración ante el gran jurado, por supuesto.

El día después de la reunión, Atkins despidió a Caballero y Caruso, y anunció que se retractaba de lo declarado ante el gran jurado y se negaba formalmente a testificar a favor del Estado. El mismo día, el juez Keene le revocó a Manson el derecho a representarse a sí mismo alegando que había presentado demasiadas mociones «extravagantes» y «absurdas».

Más adelante, Caballero declaró que, tras ser despedido, no preguntó a la fiscalía por el acuerdo con Atkins. Sin embargo, en una entrevista en *Hollywood Citizen News* varias semanas después de su cese, dejó meridianamente claro el asunto del pacto: no existía. «El antiguo defensor de Susan Atkins, Richard Caballero, dijo que no se había llegado a ningún acuerdo con Susan Atkins para que declarase ante el gran jurado», rezaba el artículo.

El «excelente» acuerdo sobre el que había escrito Bugliosi no era acuerdo ni era nada. Su inexistencia había pasado inadvertida todos esos años. ¿A quién le importan las veleidades legales de una asesina confesa como Susan Atkins? No obstante, sin este engaño del pacto —y el cambalache entre

abogados que propició—, Manson y sus seguidores quizá no habrían sido condenados jamás, y la conocida historia de Manson como líder sectario hipercontrolador acaso no habría salido nunca a la luz.

El abogado de Linda Kasabian, Gary Fleischman —que ahora se hace llamar Gary Fields—, me dijo que estaba convencido de que la Oficina del Fiscal fue «clave en el nombramiento de Dick Caballero», y que Bugliosi no había tenido nunca intención de respetar su acuerdo con ella. «La utilizaron para conseguir una condena —dijo—, y luego la quitaron de en medio al no poder servirse de ella en el juicio por su carácter problemático.» Todo aquello «apestaba», añadió. «Caballero y Caruso se salieron con la suya, el veredicto de asesinato. La traicionaron.» Viniendo de Fields, era una evaluación asombrosa. Su cliente era quien más se había beneficiado de los acuerdos turbios de Caruso y Caballero. **Helado para Atkins**

Caballero dio otro golpe maestro mientras fue el defensor de Atkins: se aseguró de que la historia de ella se conociera en el mundo entero, con todos sus detalles cruentos y autoincriminatorios.

Unos días antes de la declaración de Atkins ante el gran jurado, sus abogados se reunieron con un presunto «experto en comunicaciones» llamado Lawrence Schiller para negociar la publicación de la descripción de primera mano de los asesinatos por parte de Atkins. Básicamente, el texto sería una transcripción editada de la grabación realizada en el despacho de Caballero, con su nombre metido ahí. Más adelante, Caballero y Caruso afirmaron que pretendían que la historia se divulgara solo en el extranjero, lejos de cualquier potencial miembro del jurado de Los Ángeles. Pero no ocurrió así. El 14 de diciembre, domingo, el nombre de Atkins apareció en la portada de *Los Angeles Times*. «Su» artículo tenía 6.500 palabras y se extendía a lo largo de tres páginas.

La crónica causó sensación de inmediato, pues era con mucho la descripción más completa de los asesinatos de Manson disponible para el público. Ahora, los lectores de Los Ángeles —y, en el espacio de veinticuatro horas, de casi todos los rincones del planeta donde hubiera una imprenta— conocían todos los detalles, entre ellos los que tanto la fiscalía como los abogados defensores de los otros asesinos habían mantenido en secreto. El artículo incluía una reseña vulgar de la matanza y daba a entender que Atkins era una niña inocente. «Mi abogado viene pronto —decía al final—, y me trae un helado de vainilla. Los helados de vainilla me vuelven loca de veras.» Como publicó más adelante *Rolling Stone*, «cualquier duda sobre el poder de

Manson para nublar la mente de los hombres quedó enterrada esa mañana entre Dick Tracey y una de las secciones de bienes inmuebles más importantes del mundo».

Este, al parecer, era el verdadero objetivo del artículo: eliminar todas las dudas que la gente pudiera tener sobre Manson. Solo en la primera columna, Atkins utilizaba cinco veces la palabra «instrucciones» aludiendo al papel de Manson en los asesinatos. Lo único que hacían ella y la Familia era obedecer las órdenes de Manson, dijo. Era un genio del crimen, el líder de una secta, un loco conspirador.

La formación de un jurado imparcial fue de pronto una tarea mucho más difícil. Un portavoz de la filial del sur de California de la Unión Americana de las Libertades Civiles dijo esto a *Newsweek*: «El interrogatorio vuelve casi imposible que [los acusados] tengan un juicio justo en Los Ángeles». Esto probablemente le importaba bien poco a Bugliosi, que anhelaba condenas y un aluvión de publicidad para un juicio de gran repercusión mediática.

Pero a Caballero sí habría debido importarle. Aunque el artículo era en realidad una continuación de las numerosas y detalladas conferencias de prensa que había convocado, cumplía con las formalidades del escándalo. Tras afirmar que estaba «estupefacto y sorprendido», dijo a la prensa que Schiller le había engañado al incumplir la promesa de que la historia no aparecería en Estados Unidos. Aunque Caballero amenazó con pleitos judiciales, estos jamás se materializaron.

Caballero tampoco hizo ningún esfuerzo por detener la propagación de la historia, que prosiguió a un ritmo acelerado. Una semana después, Schiller hizo pública una versión ampliada en una edición de bolsillo «resumida» titulada *The Killing of Sharon Tate: Exclusive Story by Susan Atkins. Confessed Participant in the Murder (El asesinato de Sharon Tate. Historia exclusiva por Susan Atkins, participante confesa en el crimen)*. En los agradecimientos, Schiller mencionaba a «varios abogados implicados en el caso» y a «dos periodistas» diciendo: «Sin su ayuda, este libro no habría sido posible».

Bugliosi insistía en que su oficina no había tenido ni idea de que iba a publicarse la historia hasta que apareció en su puerta el fatídico ejemplar del *Times*. Él no había sabido absolutamente nada de la venta de la historia de Atkins, aseguraba en *Helter Skelter*, hasta la fase de la pena de muerte del juicio. En ese momento, como Atkins reunía todos los requisitos para ser

condenada a la pena capital, su nuevo abogado (el tercero), Daye Shinn, intentó salvarle la vida alegando que Caballero había tergiversado sus palabras. A tal fin, mandó llamar a todos los involucrados en la publicación de la historia para que dieran explicaciones. Tras leer la transcripción comprendí que la Oficina del Fiscal no solo era consciente del plan de publicar la narración, sino que quizá incluso dio facilidades para ello. Y, como es lógico, en *Helter Skelter* se omitía todo.

La clave de la estrategia era Lawrence Schiller, el supuesto «experto en comunicaciones» que había gestionado el acuerdo para la publicación. No era el primer artículo de perfil alto de Schiller. Entre otros, había logrado publicar la «confesión en el lecho de muerte» de Jack Ruby, el asesino de Lee Harvey Oswald; fotos de Marilyn Monroe desnuda; o fotos del humorista Lenny Bruce, sin vida en el suelo de su cuarto de baño. Cerró el acuerdo el 8 de diciembre, día en que se firmó el contrato... por los pelos. Dos días después, el juez Keene decretó el secreto del sumario, por lo que sería ilegal hablar del asunto con la prensa.

Esto debería haber significado un punto final definitivo para la publicación. Sin embargo, Caballero, incumpliendo la orden del juez, llevó en coche a un amigo de Schiller, un reportero de *Los Angeles Times* llamado Jerry Cohen, a entrevistar a su cliente en prisión. Se había recurrido a Cohen para que fuera el «negro» del artículo. Su principal fuente era la descripción grabada de Atkins en el despacho de Caballero. Pero, por lo visto, necesitaba más material, y el abogado estuvo encantado de complacerle.

Aquella tarde, además de Caballero y Cohen, dentro del coche iban Schiller y una taquígrafa, Carmella Ambrosini. En la cárcel, Cohen y Ambrosini entraron para la entrevista a Atkins. El objetivo de la visita, tal como consta en el registro de entradas de Sybil Brand, era hablar de un «futuro examen psiquiátrico».

Recordemos que, según había dicho ya Caballero, Atkins solo podía hablar de manera segura en su despacho de Beverly Hills. Ahora, un periodista y una taquígrafa estaban hablando con ella en la misma cárcel. La conversación duró aproximadamente una hora. De nuevo en el coche, Caballero hizo una petición inusual a Ambrosini, la taquígrafa: le dijo que sacara un trozo de cinta de la máquina, de unos tres minutos, y se lo diera. Caballero «rompió el fragmento en pedacitos —declaró más adelante Ambrosini—, y luego los tiró al suelo del coche. A continuación los recogió y se los guardó en el bolsillo».

En el estrado, Caballero reconoció finalmente que el trozo de cinta contenía comentarios de Atkins que daban a entender que había mentido ante el gran jurado porque él le había dado instrucciones al respecto. Ella decía cosas como «vale, jugué a vuestro juego. Testifiqué. Dije lo que queríais que dijera, ya no quiero hacerlo más»... momento en que él le decía que se callara. Tras ser interrogado con insistencia, Caballero admitió que Atkins «pronunció la palabra “mentir”» y «parecía» estar «renegando» de su testimonio ante el gran jurado.

Fue lo más parecido a una admisión de que Caballero había manipulado a Atkins, que la declaración de esta, amén de todas las condenas que de ahí derivarían, era poco fiable. Sin embargo, volvía a pasar lo mismo: como Atkins era una asesina confesa, sus palabras apenas merecieron la atención de los medios. Por otro lado, como cabía suponer, la historia de cómo Caballero y Caruso habían llegado a ser los abogados de Atkins estuvo guardada en los sótanos de la policía hasta que yo la encontré. **«Algo que olía mal»**

Jerry Cohen era un «negro» en el sentido más estricto. Nadie debía saber que él había afinado las palabras de Atkins, no digamos ya que había hablado con ella en la cárcel. A tal efecto, Lawrence Schiller se había presentado a sí mismo sin tapujos como interlocutor de Atkins. «Seré el primer y el último reportero con el que Susan Atkins haya hablado hasta que se decida su destino», escribió en la versión en bolsillo de la historia de Atkins.

En realidad, mientras Cohen hablaba con Atkins dentro de la prisión, él había estado fuera, sentado en el coche. Tras la entrevista, Cohen realizó a toda prisa su trabajo en dos días en casa de Schiller, que hizo tres copias del artículo terminado: una para Caballero, otra para un editor alemán que había adquirido los derechos de traducción y otra que volaría al extranjero, al *News of the World* de Londres, que había pagado cuarenta mil dólares por la exclusiva en inglés. O al menos esto había dicho Bugliosi, que en *Helter Skelter* afirmaba: «Sigue sin saberse cómo se hizo con la historia *Los Angeles Times*».

Bugliosi no escribió que Cohen, reportero de *Los Angeles Times*, era también amigo y colaborador suyo. Esta relación solo salió a la luz cuando el propio Bugliosi apareció como testigo en la fase del juicio de la pena de muerte. En el interrogatorio, reconoció que hacía «dos o tres años» que conocía a Cohen. Como me confirmó a mí más adelante, estuvo colaborando con Cohen en un libro, no *Helter Skelter*, sino *Hasta que la muerte nos separe*, otra crónica negra que al final apareció en 1978 con otro coautor. Los

dos habían empezado a trabajar en el libro antes del asesinato de Sharon Tate; pero Bugliosi lo dejó a un lado cuando se dio cuenta de que los asesinatos de Manson le ofrecían una historia más espectacular.

La defensa alegó que Bugliosi había ayudado a gestionar la publicación del relato de Atkins. No pudo demostrarlo en parte porque Jerry Cohen había eludido las citaciones y nunca llegó a testificar. No obstante, sin duda era un punto a favor de la defensa el hecho de que Bugliosi hubiera ocultado su relación laboral con el reportero que era el «negro» de la historia... y que el citado reportero trabajaba en el mismo periódico en el que finalmente aquella apareció publicada.

En cuanto a Schiller, cuando le llegó el turno de subir al estrado, finalmente reconoció que nunca se había reunido con Susan Atkins. Sin embargo, después, en entrevistas en *Vanity Fair*, *Playboy* y *The New York Times*, incluso en su colaboración con el premio Pulitzer Norman Mailer, afirmó haberse reunido con Atkins en su celda.

El trabajo vicario de Cohen habría permanecido en secreto si no hubiera sido por Pete Miller, un periodista de investigación de la KTTV de Los Ángeles. En enero de 1970, mientras se realizaban las audiencias preliminares del caso Manson, Miller decidió indagar sobre la venta de la historia de Atkins. Quería averiguar si Lawrence Schiller había entrevistado de veras a Atkins en la celda de la prisión, tal como él aseguraba.

Miller inspeccionó el libro de visitas de la cárcel y vio que Schiller no había ido nunca a ver a Atkins. Sin embargo, sí advirtió un nombre conocido, el de Jerry Cohen, que aparecía junto al de Caballero. Por teléfono, Caballero admitió que había llevado a Cohen a la prisión «por si al final decidía preparar una defensa psiquiátrica» de Atkins. Miller señaló que Cohen era reportero, no psiquiatra, y entonces Caballero puso fin a la conversación de golpe.

Miller intentó hacerlo público, pero no pudo llegar muy lejos. Tras sus primeros artículos en enero de 1970, Bugliosi solicitó una reunión con él. Los dos se sentaron en las oficinas de la KTTV, junto con Caballero, un fiscal de la Oficina, jefes de Miller y abogados de la emisora.

Esta reunión tuvo lugar durante la fase de la pena de muerte del juicio, cuando la defensa llamó a declarar a Miller. Este intentó explicar lo que habían hablado y por qué no salieron más historias después de la primera, pero Bugliosi protestó una y otra vez. Lo único que pudo decir fue que habían

hablado sobre «algunos informes que yo había estado haciendo... relativos a Susan Atkins».

—A raíz de esta reunión, ¿se hizo algo con respecto a los nuevos programas televisivos sobre el caso? —preguntó Daye Shinn, abogado de Atkins.

—¡Protesto! —gritó Bugliosi—. No viene al caso.

—Ha lugar a la protesta —dijo el tribunal.

Shinn volvió a intentarlo más tarde.

—A raíz de esta reunión, ¿puso usted fin...?

—¡Protesto! —gritó otra vez Bugliosi—. No viene al caso.

—¿Quiere terminar la pregunta? —le dijo el juez a Shinn.

—A raíz de esta reunión, ¿puso usted fin a los programas sobre el caso?

—¡Protesto! Es irrelevante.

—Ha lugar a la protesta.

Sin que el jurado pudiera oírle, Bugliosi habló con el juez:

—El testimonio de Miller no tiene nada que ver con la muerte en contraposición con la vida. A mi entender, [los abogados de la defensa] van a utilizar esta audiencia sobre la pena de muerte como escenario para desacreditar a muchas personas. —Incluido él, naturalmente. El juez le dijo que no permitiría mención alguna de lo sucedido en la reunión. No eran más que habladurías.

Así pues, el fiscal impidió que se desvelara buena parte de la investigación de Miller. En *Los Angeles Times* se omitió por completo; en vez de ello, el periódico se centró, como hacía siempre, en la letanía de conductas extravagantes de los acusados y sus partidarios en el exterior del Palacio de Justicia.

Bajo juramento, tanto Bugliosi como su colega Aaron Stovitz negaron saber nada sobre la venta de la historia de Atkins antes de ser publicada, testimonio que Richard Caballero puso en entredicho quizá sin darse cuenta.

A preguntas de Irving Kanarek, de la defensa, Caballero dijo: «Sí dije a alguien de la Oficina del Fiscal del distrito... creo que era el señor Stovitz, a lo mejor me equivoco... que yo había participado en la gestión de la venta de la historia... y ellos se mostraron molestos».

—¿Quiénes son «ellos»? —preguntó Kanarek.

—Me parece que estaba el señor Stovitz, y estoy casi seguro de que había alguien más..., pero no recuerdo quién.

Kanarek hizo lo que pudo para sonsacarle que ese «alguien más» era Bugliosi. En una respuesta digna de la CIA, Caballero no lo confirmó ni lo negó.

Una vez se hubo hecho pública la historia de Atkins, Lawrence Schiller habló con un reportero de *Newsweek*, que le preguntó cómo había sido capaz de traspasar la barrera de seguridad que rodeaba a la testigo «estrella» del Estado y arriesgarse a que se declarara nulo el juicio si publicaba la historia de la acusada. Respondió «con una sonrisa burlona»: «Digamos que la fiscalía no puso ningún impedimento».

Yo estaba más que dispuesto a creerle en este punto. Pero ¿y qué hay del juez, William Keene? ¿Por qué no puso él ningún impedimento? La publicación a escala mundial de la historia de Atkins era una violación descarada del secreto del sumario, pero nunca sancionó a Caballero y a Caruso por desacato. En un artículo en *Los Angeles Free Press*, Ed Sanders, que más adelante escribió *The Family*, sostenía que el juez Keene debió de saber previamente lo de la publicación, pero lo dejó pasar porque, como Bugliosi, quería que el caso tuviera publicidad. Keene estaba dándole vueltas a lo de postularse para fiscal del distrito.

Después de que se hubiera publicado la historia de Atkins, Gary Fields, el abogado de Linda Kasabian, presentó una propuesta de sobreseimiento de la causa por publicidad preliminar injusta. El juez Keene la desestimó pese a las abundantes pruebas de publicidad. «Aquí está la historia —me dijo Fields treinta años después—. Había algo que olía muy mal.» «**Un tipo extraño**»

Richard Caballero se negó a hablar del caso conmigo. «La respuesta es: “No, gracias”», dijo por teléfono. Le pregunté por qué no. «La respuesta es: “No, gracias”», repitió. Volví a intentarlo diciendo que quería hablar de la venta de la historia de Atkins. «¡La respuesta es: “No, gracias”!», gritó, y colgó.

Lawrence Schiller tampoco hablaría conmigo, y Jerry Cohen se había suicidado en 1993. Tras investigar sobre estos dos, descubrí que, a lo largo de los sesenta, su tipo de periodismo los había llevado a participar en arreglos sospechosos. En 1967, Schiller había publicado el primer libro que criticaba a los teóricos de la conspiración en relación con el asesinato de John F. Kennedy, y respaldaba firmemente la versión oficial. Ese mismo año, prefigurando su logro en *Sybil Brand*, Schiller se coló en la habitación del hospital de Dallas donde se hallaba Jack Ruby, el que había matado al asesino de Kennedy, Lee Harvey Oswald. El reportero apareció un día con la única

grabación realizada jamás de la confesión de Ruby. Schiller la publicó en vinilo ese mismo año. En concreto, había grabado a Ruby cuando este decía que no había matado a Oswald como parte de una conspiración, lo que reforzaba la explicación oficial del gobierno.

Durante una investigación del Congreso sobre las operaciones nacionales ilegales de la CIA, la agencia admitió que, en la década de 1960, contaba en los medios de comunicación norteamericanos con más de 250 «activos». Jamás se conoció su identidad. Mark Lane, que había escrito el primer libro que ponía en tela de juicio las conclusiones de la Comisión Warren —el comité de investigación designado concluyó que Kennedy había sido asesinado por un asesino solitario—, creía que Schiller era uno de ellos, y Jerry Cohen otro. Pensaba que tenían el encargo de entorpecer investigaciones sobre el asesinato de Kennedy. En una declaración ante el Congreso, Lane acusó a la CIA de haber pagado a Cohen para que le «difamara» en la prensa.

Yo no podía demostrar eso, pero en los Archivos Nacionales sí encontré un tesoro oculto de documentos según los cuales Schiller había actuado como confidente del FBI en 1967 y 1968, y había pasado información confidencial al Buró sobre fuentes de Mark Lane. El trabajo de Schiller como informante se prolongó durante varios años bajo la tapadera de «reportajes» para la revista *Life*, que más adelante, en un artículo de *Rolling Stone* de 1977, apareció citada como una de las publicaciones que procuraba cobertura a empleados de la CIA. Valiéndose de sus credenciales de prensa para conseguir entrevistas, Schiller seguía la pista de autoridades que estaban investigando posibles irregularidades relativas al asesinato de Kennedy y luego revelaba sus hallazgos al FBI. Había escrito a J. Edgar Hoover para decirle que «estaba en posesión de los nombres y paraderos del informante secreto al que el señor [Mark] Lane se negó a identificar» en su declaración ante la Comisión Warren. Schiller sacó a la luz datos sobre funcionarios que investigaban la implicación de la CIA en el asesinato de Kennedy. Según diversas circulares, el FBI aguardaba impaciente sus informaciones.

También otros habían hecho afirmaciones similares sobre Cohen y Schiller. Pete Noyes, periodista televisivo de investigación que había escrito un libro sobre el asesinato del presidente Kennedy y de su hermano Robert, decía que Cohen, amigo suyo, le había presionado para que abandonase el proyecto. Si Noyes renunciaba a publicar el libro, Cohen le prometía un chollo en *Los Angeles Times*. Noyes declinó la oferta, pero le inquietó lo mucho que sabía Cohen sobre su trabajo aún inédito. Al cabo de unas semanas, fue

despedido de CBS News. Cohen era un «tipo extraño», me dijo Noyes. No entendía por qué su antiguo amigo quería cargarse su libro, y sospechaba que también había tenido algo que ver con su despido. Aunque no podía demostrarlo, Noyes estaba casi seguro de que Cohen era un activo de la CIA.

Colofón: ¿qué dijo realmente Atkins?

El testimonio de Susan Atkins era el punto de partida del relato oficial de los crímenes. Sin embargo, si fue moldeado en interés de la fiscalía, ¿hasta qué punto era creíble?

Si hay una descripción sin adornos —una idea de lo que dijo Atkins sobre los asesinatos antes de pasar a estar bajo el «control» de los defensores y la Oficina del Fiscal—, es la que contó a su compañera de celda Ronnie Howard. Nunca podremos oír el relato literal, pero sí algo que se le acerca. Entre los archivos de Paul LePage, descubrí unas notas del interrogatorio del 18 de noviembre a Howard, en las que se apreciaban varias incongruencias con respecto a lo que acabó siendo la versión oficial de Atkins. Por otro lado, cuando Howard volvió a ser interrogada siete días después —tras la incorporación de Caballero al caso—, modificó lo dicho antes, y ya no hubo incoherencias. Por lo que yo sé, nunca se informó acerca de las mismas.

Primera: Atkins dijo a Howard que Sharon Tate había muerto en su dormitorio, en la cama. (Más adelante, por lo visto había muerto en el salón.)

Segunda: dijo que, la noche de los asesinatos, los asesinos iban puestos de LSD. Si eso era verdad, la defensa habría podido alegar «capacidad disminuida», lo que les ahorraría la cámara de gas. Como quería descartar esa posibilidad, Bugliosi hizo que Linda Kasabian declarase en múltiples ocasiones que, las noches de los asesinatos, nadie había tomado droga alguna. (En un documental de 2009, Kasabian desmintió su testimonio al decir que, la noche de los crímenes en casa de Tate, todos los asesinos habían tomado anfetaminas.)

Tercera: Atkins dijo que habían matado a la pareja LaBianca por algo relacionado con «extorsión», aunque no ahondó en ello. Dijo que también había participado en esos asesinatos... fue ella quien había dejado el tenedor trinchador sobresaliendo del estómago de Leno LaBianca. (En el relato oficial, Atkins estaba en el coche que había transportado a los asesinos hasta la casa de los LaBianca; no entró en ningún momento.)

Lo que llama también mucho la atención es todo lo que Howard no mencionó en el primer interrogatorio. No dijo nada sobre «Helter Skelter», la guerra racial de Manson, salvo para señalar que estas palabras habían

aparecido escritas con sangre en la nevera de los LaBianca. En otras palabras, no hizo referencia a ningún móvil racista, a negros, a agujeros en el desierto, a Armagedón o a los Beatles, elementos todos ellos esenciales en la acusación de Bugliosi.

Y, como ya cabe suponer a estas alturas, no habló de que Manson hubiera «dado instrucciones» a nadie para que fuera a ningún sitio a matar gente... mientras que en la versión posterior de Atkins, todo esto se repetía de forma constante.

En cuanto al acto más atroz de Atkins —el apuñalamiento de Sharon Tate mientras esta suplicaba por ella y su hijo—, Howard fue mucho más ambigua de lo que se nos había hecho creer. Dijo que Atkins «en el acuerdo no admitía haber acuchillado a Tate». Sin embargo, la siguiente vez que habló, tras la llegada de Caballero, Howard afirmó sin reservas que Atkins había alardeado de haber apuñalado a Tate con tanto detalle que se te revolvía el estómago.

Pensemos en todas las preguntas sin respuesta que llevan cincuenta años girando alrededor del caso Manson. He aquí algunas: ¿por qué los asesinos decidieron matar a desconocidos? ¿Cómo es que unos chicos antes no violentos —a excepción de Atkins, ninguno tenía antecedentes penales— mataron en nombre de Manson, obedeciendo sus órdenes, con tal desenfreno y tal falta de remordimientos? Y si Manson esperaba desencadenar una guerra racial que supondría el fin del mundo, ¿por qué no ordenó más asesinatos en vista de que aquellas dos noches no habían bastado para provocar la guerra?

Bugliosi ganó una fortuna y alcanzó fama mundial gracias a su procesamiento de la Familia Manson y al libro *Helter Skelter*. A lo largo del tiempo, muchas personas vinculadas a las fuerzas policiales me han dicho que nunca creyeron en el móvil de «Helter Skelter». Sus teorías eran siempre más prosaicas: en el libro de Bugliosi, habrían constituido un material poco sustancioso.

A la larga, todos los asesinos se decidieron por una historia parecida a la que contó Atkins tras su cambalache con el abogado. Y todos han solicitado la libertad condicional basándose en esta consideración: no eran responsables de sus actos porque habían estado manipulados por Manson. Muchos de los psiquiatras que declararon en el juicio dijeron que los acusados tenían la mente tan debilitada por el LSD que muy probablemente no eran capaces de distinguir entre recuerdos verdaderos y falsos. Quizá ni siquiera sabían si, las noches de los asesinatos, estaban en una casa u otra, no digamos ya si

participaron o no en los crímenes.

La única persona que nunca respaldó la historia final de Atkins, y el consiguiente móvil «Helter Skelter», fue Manson. Tras su condena, dijo poco sobre los crímenes, salvo que no sabía lo que sus «niños» iban a hacer antes de que lo hicieran, y que no se le ocurría ninguna explicación. Curiosamente, Bugliosi, en una de sus últimas entrevistas, reconoció que estaba casi seguro de que Manson no creyó jamás en «Helter Skelter». «Creo que todos los que participaron en los asesinatos se tragaron completamente el anzuelo de la teoría de “Helter Skelter” —explicó a *Rolling Stone*—. Pero ¿se creía el propio Manson ese rollo ridículo y absurdo de que todos vivirían en un pozo sin fondo del desierto mientras en el exterior se desataba una guerra mundial? No estoy del todo seguro, pero me parece que no.» Por desgracia, el reportero no dio la réplica obvia: si los asesinatos no se cometieron para incitar a una guerra racial, ¿cuál fue la razón?

Como he mencionado antes, entre los seguidores del caso, incluidos los detectives que lo habían investigado, corría el persistente rumor de que, después de los asesinatos, Manson había visitado la casa de Tate acompañado de un desconocido para alterar la escena del crimen. Si es cierto que la versión de Susan Atkins era producto de un minucioso moldeado a cargo de la Oficina del Fiscal del distrito, la posibilidad de la visita de Manson no es ni mucho menos tan inverosímil como podría parecer.

Una de las pistas más desconcertantes en este sentido son unas gafas halladas en el salón de Tate tras los asesinatos. No pertenecían a ninguna de las víctimas ni a ninguno de los asesinos; parecían no ser de nadie y punto. Los detectives nunca dieron una explicación satisfactoria. En un libro de 1986 titulado *Manson in His Own Words*, aparentemente escrito conjuntamente por Manson y un exconvicto llamado Nuel Emmons, Manson alude a estas gafas diciendo que fue a la casa de Cielo con un cómplice anónimo y modificaron a conciencia el escenario del crimen. «Mi colega llevaba unas gafas viejas que solía usar como cristal de aumento o como instrumento para provocar un incendio si no había cerillas —escribió—. Limpiamos cuidadosamente las huellas y las dejamos en el suelo a fin de que, cuando la policía las descubriera, siguiera una pista falsa.»

Ha de quedar claro que *Manson in His Own Words* dista mucho de ser una fuente irrefutable. Emmons escribió el libro varios años después de una serie de encuentros en la cárcel con Manson, pero a la sazón no tenía autorización para grabarlas ni tomar notas. El propio Manson renegó

vagamente del libro, aunque no antes de aparecer con Emmons en varias entrevistas televisadas para promocionarlo.

Al final decidí adoptar una perspectiva más favorable a ese detalle del libro cuando en los archivos de la Oficina del Sheriff descubrí un «avión», o nota carcelaria, de Manson a Linda Kasabian. Cuesta entender su lenguaje cifrado, pero de algún modo se ve que Manson admite haber dejado las gafas en la casa de Cielo después de los crímenes. Da la impresión de que la nota tenía la finalidad de convencer a Kasabian de que no llegara a ningún acuerdo con la fiscalía:

Qué más da si ellos te hacen hacerlo, a mí me da igual que seas una soplona... has sido una puta mentirosa... Hice lo que hice porque pensaba que había que hacerlo e incluso dejé las gafas donde pudiera mostrar que todos estáis ciegos y les di a Shorty... cada vez que ganduleas por ahí piensas en Sharon Tate y sabes que eres tú si no puedo conseguir el amor de mi Nancy...

Las siguientes líneas habían sido subrayadas por la policía: «Dile a Gold que conserve el patio de los huesos y que no haya huesos fuera del patio».

Aunque siempre es difícil descodificar cualquier cosa dicha o escrita por Manson, esta nota no es tan enigmática como las otras. «Gold» era el apodo que había puesto Manson a una de sus favoritas de la Familia, Nancy Pitman, a la que unas líneas antes llama «Nancy». A principios de 1970, Pitman visitó a menudo en la cárcel a todos los acusados, cumpliendo así las órdenes de Manson. Dijo a Linda Kasabian que no se convirtiera en testigo de cargo, y a Atkins que dejara de cooperar con la fiscalía. «Shorty» se refiere a Shorty Shea, el cuidador del Rancho Spahn, al que la Familia había asesinado y enterrado en una zona apartada; hubo que esperar a 1977 para recuperar sus restos.

Aventuremos una hipótesis. Manson estaba avisando a Kasabian de que no se rajara, y ordenándole que dijera a Gold, la próxima vez que esta la visitara, que no había que sacar los «huesos» de Shorty Shea del «patio de los huesos» del Rancho Spahn, donde estaba enterrado. Es posible incluso que Manson estuviera refiriéndose a otros restos de víctimas enterradas en el rancho; se sospecha desde hace tiempo que hay más víctimas de la Familia enterradas en algún sitio. Aunque las posibles inferencias de la nota son tremendas, lo que más me importa a mí es el evidente reconocimiento de Manson de que, después de los asesinatos, fue a la casa de Tate y dejó allí las gafas.

Esperaba que los investigadores rechazaran la posibilidad de que

Manson se hubiera entrometido en la escena, pero algunos se mostraron receptivos. Más adelante, avanzado ya mi reportaje, hablé con Danny Bowser, teniente jubilado de la brigada de homicidios del Departamento de Policía que nunca había concedido ninguna entrevista sobre Manson. En 1965, Bowser fue nombrado primer comandante de la nueva Sección de Investigaciones Especiales del Departamento (SIS, por sus siglas en inglés), una unidad de élite dotada de alta tecnología que funcionaba como un grupo de «testigos profesionales» mediante la vigilancia encubierta de conocidos criminales. Su objetivo era reunir pruebas tan apabullantes que las condenas estuvieran prácticamente garantizadas, y que los acuerdos de culpabilidad fueran casi imposibles. Por otro lado, constituían un grupo furtivo: durante una década, el Departamento de Policía no reconoció nunca la existencia de la SIS. «Ni siquiera estábamos conectados con una división —dijo Bowser a *Los Angeles Times* en 1988—. Nos llevaban [por turnos] a diferentes sitios en diferentes momentos.»

Fue la única vez que Bowser comentó algo de la SIS. Según el artículo, dentro del Departamento la sección era conocida como el «Escuadrón de la Muerte», pues desde 1965 sus miembros habían matado a veintitrés sospechosos. La hermética unidad de veinte hombres seguía un método controvertido: se negaba a intervenir para impedir crímenes, incluso cuando había vidas en juego. En la investigación del *Times* «se documentaban numerosos casos en los que equipos bien armados de detectives de la SIS se quedaban de brazos cruzados mientras las víctimas eran amenazadas de muerte y, a veces, sufrían daño físico por parte de criminales que habrían podido ser detenidos con antelación». En una crónica posterior del *Times* se informaba de que «incluso dentro del Departamento de Policía, a los agentes de la SIS se les consideraba un grupo misterioso y temible. Algunos de sus colegas divulgaban rumores infundados —que luego eran desmentidos enérgicamente— según los cuales los agentes de la SIS se confabulaban para disparar contra sospechosos y celebraban los tiroteos con “fiestas de exterminio”».

Había oído decir a otros detectives que, tras el asesinato de Sharon Tate, el Departamento de Policía había asignado a Bowser la función de «guardaespaldas» de Roman Polanski. ¿Cómo es que a un agente de élite se le encomendaba una tarea de tan poca monta? Polanski confirmó este extremo en su autobiografía de 1984 *Memorias*, donde decía que Bowser había sido el primer detective que le había interrogado y le había seguido de cerca en todo momento. De forma un tanto críptica, añadía que «Bowser no estaba, en un

sentido estricto, en el lado investigador del caso... Una de sus responsabilidades era la de mantenerse en contacto conmigo». Entonces, ¿cómo es que su nombre no se mencionó nunca en el juicio ni aparecía en *Helter Skelter*?

Me costaba encontrar la forma de hablar con Bowser. Por fin, en 2008, me decidí por una táctica de larga tradición: me presenté ante su puerta sin previo aviso. Vivía en un lugar apartado del condado de Inyo, a cinco horas de Los Ángeles, al final de una tranquila calle suburbana.

Bowser se negó a dejarme entrar y me dijo que no hablaría conmigo. Pese a su avanzada edad, componía una figura imponente —tenía un ojo de vidrio; más adelante me enteré de que había perdido el verdadero a causa de un disparo—, pero no me moví del umbral y empecé a soltar preguntas sobre la escena del crimen en casa de Tate, esperando así convencerle de que yo había hecho los deberes. Surtió efecto... más o menos. Bowser me cerró la puerta, pero volvió a abrirla para decir algo más. Cada vez que parecía haber terminado, se le ocurría algo que añadir. Durante los siguientes treinta minutos, mientras los aspersores chirriaban en la puerta de al lado y el televisor atronaba dentro de la casa, me contó cosas que, según insistía en decirme, jamás había dicho fuera de la SIS.

Buena parte de nuestra incómoda conversación giró en torno al Informe de Investigación de Homicidios para el caso Tate, prácticamente la base de las pruebas físicas de la acusación. Según Bowser, estaba plagado de imprecisiones. Los detectives de la unidad de homicidios, afirmó, «se olvidaron cosas, otras las pasaron por alto... No se procesaron muchísimas pruebas».

De hecho, al menos dos elementos clave de la prueba física no fueron descubiertos en la escena del crimen a la mañana siguiente del día de los asesinatos, pese a que más de una docena de agentes e investigadores forenses habían declarado que sí. Uno, las misteriosas gafas. Bowser me dijo que las había descubierto precisamente él, nada menos que cinco días después de los crímenes. Esto contradecía el informe de homicidios, según el cual las gafas habían sido localizadas y guardadas el 9 de agosto de 1969. Le señalé amablemente que quizá estuviera equivocado... que el informe de homicidios daba a entender otra cosa.

—Pero bueno, ¿piensa usted que eso es la Biblia? —espetó con un bufido—. ¿Se cree usted todo el rollo que pone ahí?

Procuró que no sacara conclusiones precipitadas sobre que él o

cualquiera de los agentes de la SIS a sus órdenes habían hecho algo indebido. Explicó que sus muchachos no redactaban informes ni rendían cuentas ante nadie. No obstante, si lo que decía era verdad, entonces algunos elementos cruciales de la descripción de la escena del crimen por parte de la fiscalía eran inexactos, incluyendo, para empezar, la manera de entrar en la casa, y el modo en que las víctimas habían sido atadas y quién lo había hecho.

—Todas las vilezas que vimos estaban más o menos relacionadas —añadió.

Si esto era así, todos aquellos polis —sus colegas del Departamento de Policía— habían mentado bajo juramento, le recordé.

—¿Vio usted a alguno de mis chicos en el estrado? —dijo. Y agregó que yo tampoco encontraría a ninguno de sus «chicos» citado en los informes policiales. Tenía razón.

Ya al final, Bowser acarició la idea de concederme una entrevista como es debido.

—Iba a darle mi número —dijo antes de cerrar la puerta de nuevo— para que no meta la pata y haga el ridículo. Pero he cambiado de opinión.

Aguardé unos buenos diez minutos, pero esta vez la puerta permaneció cerrada, y finalmente me fui. Bowser murió dos años después, en 2010.

En el coche, de regreso, tenía la cabeza repleta de posibilidades. Siempre le había dado vueltas a las disparidades con respecto a la escena del crimen. Me preguntaba si Bowser, al alegar simplemente que dicha escena había sido descrita incorrectamente o quizá incluso manipulada, estaba apuntando a otras causas de los asesinatos, a otras personas que tal vez habían ocultado lo sucedido realmente. No podía menos que pensar en Reeve Whitson y su afirmación de que había acudido al escenario del crimen tras los asesinatos, antes de que hubiera llegado la policía.

Todo ello constituye una prueba convincente de un escenario distinto para los crímenes, pero soy el primero en reconocer que no demuestra nada con certeza. Sí creo posible que hubiera otra explicación de los asesinatos en las casas de Tate y de los LaBianca. Y también creo que, vista la escena del crimen, la secuencia de hechos tal como la conocemos es errónea. No obstante, nuestra mejor oportunidad para averiguar la verdad se esfumó en noviembre de 1969, cuando la Oficina del Fiscal guardó bajo llave el testimonio de Susan Atkins. La pregunta sigue ahí: ¿por qué?

9 Carta blanca de Manson para salir libre de la cárcel **Basta de prórrogas**

Un buen reportaje requiere tiempo, una cantidad de tiempo inmensa y a menudo irracional. A cada pista sólida, cada entrevista citable, cada documento explosivo, había dedicado yo semanas de trabajo esforzado que muchas veces me habían conducido a callejones sin salida. Ya solo mis solicitudes amparadas por la Ley de Libertad de Información se alargaban durante meses, que me pasaba discutiendo con burócratas sobre textos editados y minucias. Como hacía tiempo que mi encargo de tres meses de *Premiere* se había convertido en un proyecto de varios años, había asumido, me gustara o no, que el caso Manson era más bien algo vocacional. Incluso en los períodos grises entre mis principales avances, trabajaba con el esmero —y a veces la desmesura— derivado del presentimiento de que tienes algo importante entre manos.

Esta confianza habría quedado en nada si mis redactores de *Premiere* no la hubieran hecho suya. El compañerismo y el respaldo que me brindaron fueron decisivos, pero, por encima de todo, me mantuvieron vivo. Durante casi un año y medio, con una prórroga tras otra del plazo de entrega, me pagaron un generoso sueldo mensual para que prosiguiera con mi reportaje, además de la tarifa estándar que figuraba en el contrato original. Ya entonces sabía yo que esos cheques eran un formidable acto de fe, y no los tomaba a la ligera. Yo quería entregar un artículo de interés periodístico, no el rollo habitual de las revistas de entretenimiento, y pensaba que podía hacerlo. Solo necesitaba tiempo.

Sin embargo, la generosidad de *Premiere* llegó a un límite. En noviembre del año 2000, Jim Meigs —el redactor jefe, el que se sentaba conmigo en el suelo de mi apartamento a revisar documentos— fue despedido. Me llegó el rumor, aunque nunca lo confirmé, de que los espléndidos pagos mensuales que autorizaba para mí habían sido parte del problema. Sea como fuere, el nuevo responsable fue al grano. A estas alturas, en total, incluyendo gastos, me habían pagado una fortuna, y ahora exigían resultados. De inmediato.

Si me pongo a pensar, quizá estaba yo demasiado lleno de orgullo. Todavía no estoy seguro de si lo que hice después fue lo mejor para mí a largo plazo. Pero lo hice: me marché de *Premiere*. Creía tener una historia relevante, y publicarla en este estado, con cabos sueltos y tanta investigación pendiente, habría sido renunciar a demasiado. Tan pronto lo dejara estar, pensé, el *Los Angeles Times* o el *Washington Post* encargarían a seis

reporteros que cerraran la historia que yo no había podido terminar. Y si ellos conseguían la primicia que a mí me había sido esquivada —la crónica de lo sucedido realmente, en contraposición a los millones de agujeritos en lo que se suponía que había pasado—, toda la gloria sería para ellos, y yo solo una nota a pie de página.

Una escritora amiga habló de mí con su agente literario, que me contrató convencido de que tenía en mis manos un libro importante. Si yo redactaba una propuesta y lograba vendérsela a un editor, dijo, dispondría del tiempo y el dinero necesarios para terminar mi reportaje. Me desligó de mi compromiso con *Premiere* y empecé enseguida.

Tardé más de un año en redactar el primer borrador de la propuesta. Mis amigos, muchos de los cuales eran escritores, no entendían por qué tardaba tanto. «¿Por qué no te sientas y arrancas de una vez?» Con ellos siempre me ponía a la defensiva, buscando justificaciones. El problema, como es lógico, era que yo aún estaba haciendo el reportaje. Porque eso es lo que hacía siempre. No paraba nunca.

Sin el apoyo de una institución como *Premiere*, mi actitud comenzó a cambiar, a expandirse. De buenas a primeras estuve investigando el año que Manson pasó en San Francisco, donde recaló con motivo del Verano del Amor, en 1967. Fue allí donde creó la Familia. Me quedé asombrado ante las figuras de autoridad que rodeaban a Manson en aquella época: su agente de libertad condicional y el famoso médico que dirigía la clínica en la que él y sus seguidores recibían atención médica gratuita. De todos modos, ninguno de ellos había hablado mucho con la prensa ni había declarado en el juicio, a pesar de que Manson los había visto casi a diario en la época clave en la que creó su secta.

No se trataba de personajes marginales como Reeve Whitson o William Herrmann, sino de personas muy conocidas y respetadas en la zona de Bay Area, y encima, miel sobre hojuelas, aún vivían. Así pues, cuando me sumergí en sus experiencias con Manson y descubrí pruebas de deshonestidad en serie —de nuevo relacionadas con las fuerzas policiales federales y los servicios de inteligencia—, tuve que plantearme seriamente por qué estaba yo haciendo todo aquello.

La cuestión no era si «valía la pena»; yo creía que sí suponiendo que se pudiera obtener la verdad de científicos envejecidos, hippies reformados y archivos gubernamentales llenos de polvo. La cuestión era cuánto de mí mismo estaba dispuesto a dar, con independencia de las consecuencias para mí

bienestar y mi reputación. Me obsesionaba algo que me había dicho Paul Krassner, periodista que cubriera el juicio para la legendaria revista contracultural *The Realist*, tras un almuerzo cuando estaba en los inicios de mi investigación. En un sushi bar de Venice Beach, estuvimos hablando de que se habían tergiversado los móviles de los asesinatos. «Ten cuidado, Tom —me dijo al separarnos—. Si no andas con cuidado, esto te absorberá.»

En aquel momento no le di importancia. Ahora me parece que era una profecía. De todos modos, si quería que mi libro, o al menos mi propuesta de libro, fuera más completa de lo que habría sido el reportaje para *Premiere*, tenía que dejar que la historia me absorbiera. **Impune en Mendocino**

Para comprender mi fascinación por el agente de libertad condicional de Manson, hemos de volver atrás: a Susan Atkins, que en su momento había sido a todas luces intimidada por la Oficina del Fiscal. Su historia, sometida a un proceso de corta y pega hasta satisfacer a los acusadores, conllevó procesamientos, condenas y un montón de publicidad.

Sin embargo, cuanto más sabía sobre el pasado de Atkins, más extraña me parecía su manipulación. En los años anteriores al aumento de notoriedad de la Familia, el sistema judicial había sido sorprendentemente flexible con ella. Para ser más exactos, en esos años se había ido de rositas muchas veces. Cuando estaba en libertad condicional, solía infringir la ley, pero sus detenciones nunca conllevaron peligro de doble procesamiento. Todo lo contrario: se imponía una especie de pauta de captura y liberación. Cada vez que la policía la arrestaba, Susan quedaba libre a los pocos días. ¿Por qué eran tan indulgentes con ella?

Los sucesos del 4 de junio de 1969 —unos dos meses antes de los asesinatos de Tate-LaBianca— constituyen un punto de partida tan bueno como cualquier otro. A las tres y media de la madrugada, un patrullero del Departamento de Policía hizo parar un Plymouth del 68 por exceso de velocidad en el valle de San Fernando y ordenó al conductor que se apeara. Salió un hombre bajito de pelo largo que se le acercó tambaleándose, haciendo «giros grotescos» con los brazos. «Parecía estar bajo los efectos de algún estupefaciente desconocido», dijo luego el agente.

Era Charles Manson, que fue detenido y acusado de conducir sin permiso y drogado. En el coche había otras cuatro personas, todas igual de colocadas: Thomas J. Walleman, Nancy Pitman, Leslie Van Houten y Susan Atkins.

Al cabo de veinticuatro horas fueron puestos en libertad sin cargos, incluido Manson, que había informado a los agentes de que se hallaba en libertad condicional. Todos menos Atkins, que permaneció detenida más de dos semanas.

La policía había descubierto una orden de detención contra Atkins emitida hacía apenas una semana. El 29 de mayo, a cientos de kilómetros, en Mendocino, un juez había ordenado su arresto por haber infringido cinco cláusulas de su libertad condicional. (En 1968, se dictó contra Atkins una

sentencia de libertad condicional de tres años, tras una detención cerca de Ukiah, California.) Ahora, tras enterarse de su arresto en Los Ángeles, dos adjuntos del sheriff del condado de Mendocino hicieron un viaje de ida y vuelta de más de mil seiscientos kilómetros para recogerla y llevarla de nuevo al norte. El 7 de junio ingresó en la prisión del condado de Mendocino.

El estado emprendió acciones judiciales contra Atkins. Ella tenía agentes de libertad condicional tanto en Los Ángeles como en Mendocino, y ninguno estaba satisfecho con ella. Según sus informes, Atkins se había resistido a todos los intentos de supervisión desde que le fuera dictada la sentencia. Desde que había recibido una transferencia de cortesía de su libertad condicional desde el condado de Mendocino al de Los Ángeles, había cambiado de domicilio más de seis veces sin autorización. No había buscado trabajo. No se había presentado a casi ninguna de las citas mensuales. Y, muy recientemente, había dicho al agente de libertad condicional que, aunque sabía que estaba prohibido, se trasladaría al desierto de Mojave con sus amigos sin propósito alguno de regresar a Los Ángeles.

Tras describir el paradero de Atkins como «totalmente desconocido», el informe del agente aconsejaba: «Lo mejor es suspender la libertad condicional de la acusada, pues parece no tener intención de acatarla».

Pese a la recomendación, en una vista de ese mes, el juez Wayne Burke, del Tribunal Superior del Condado de Mendocino, decidió que «la acusada no ha infringido la libertad condicional. Se ha atenido a las condiciones. La libertad condicional se restablece y se modifica de forma que ha alcanzado su vencimiento». Es puesta en libertad. La resolución no solo desautorizaba al agente de libertad condicional; parecía premiar la mala conducta de Atkins al hacer que la libertad condicional «venciera» más de dos años antes de lo previsto. Y cogió la puerta... para participar muy pronto en los asesinatos de al menos ocho personas. Nunca se ha informado de que casi fue enviada a prisión poco antes de los crímenes.

Esperando aclarar un poco la decisión del fallecido juez Burke, en 1969 busqué y encontré al jefe de la Oficina de Libertad Condicional del Condado de Mendocino, Thomas Martin, que había estado presente en la audiencia. También hablé con la agente de libertad condicional de Los Ángeles, Margo Tompkins, que había redactado la recomendación de la suspensión. Ambos recordaban su sorpresa ante la resolución del juez. La consideraban «muy extraña», dijo Tompkins, «pues los jueces casi siempre hacen caso a las sugerencias de los agentes. Estaba claro que ella no tenía empleo, ni un

domicilio fijo... No tengo ni idea de por qué [él] decidió eso».

Martin dijo no haber vivido nada igual en sus treinta y dos años de profesión. Estaba especialmente irritado porque se habían tomado la molestia de mandar a dos policías a recorrer mil seiscientos kilómetros para recoger a Atkins. «Esto no pasaba nunca o casi nunca», añadió. Martin recordaba bien a Burke; tenía la impresión de que la resolución tenía algún motivo oculto. «El juez Burke no era ningún cateto. Le rondaba algo en la cabeza. Algo que sabía que no iba a revelarnos jamás.»

Con independencia de lo que fuera ese «algo», ya había funcionado antes en beneficio de Atkins. Un año y medio atrás, unos agentes totalmente distintos —en otro estado— habían intentado que se le suspendiera la libertad condicional, y se habían encontrado con la misma respuesta de otro juez.

Entonces Atkins estaba viviendo en San Francisco. Se había juntado con un hombre extraño que había prometido cambiarle la vida, y a los agentes de libertad condicional aquello no les entusiasmaba. La repentina obsesión con ese tal Charlie podía significar su recaída en la insensatez que la había llevado a su primera detención, cuando se encontraba en un coche robado, en Oregón, con dos exconvictos, a uno de los cuales había conocido cuando trabajaba como estríper. Para el trío aquello supuso el fin de una farra criminal. Habían robado el coche en California, cruzado con él la frontera de Oregón y robado en un montón de tiendas y gasolineras, con Atkins al volante.

Cuando fueron detenidos, en las afueras de Salem, ella dijo al agente que, si no los hubieran pillado por sorpresa, le habría matado a tiros. Con solo dieciocho años, Atkins fue condenada por posesión de bienes robados y un arma escondida. Su sentencia de libertad condicional de tres años fue transferida a San Francisco, donde prometió mejorar su comportamiento. Y eso hizo hasta el verano de 1967, cuando cayó bajo el hechizo de Manson.

Según los registros de la Oficina de Libertad Condicional, el 10 de noviembre Atkins telefoneó a la agente de San Francisco, Mary Yates, para decirle que había participado en una boda comunitaria con otras siete mujeres. Todas estaban casadas con un «ministro itinerante» de nombre Charlie, recién salido de una prisión federal. Atkins y las otras «esposas» de Charlie, muchas de ellas embarazadas de él, pronto abandonarían San Francisco en un «gran autobús amarillo» rumbo al sur de California y, en última instancia, México.

Yates llevaba un año supervisando a Atkins, y el súbito cambio de carácter en la persona a su cargo le sorprendió. Ciertamente, Atkins siempre había

sido «voluble», pero también respetuosa y educada, y nunca había incumplido las normas. Ahora sonaba insolente a la par que apática. No parecía entender, o importarle, que con ese comportamiento podía acabar en la cárcel.

Tras esa inquietante llamada telefónica, Yeats escribió a su jefe de la oficina en Sacramento para ponerle al corriente. «Charlie —decía sin más al no saber el apellido—, está enamorado de todas y todas le quieren.» Yates le había dicho a Atkins que no se fuera, pero estaba «segura de que hará lo que le plazca». Aconsejaba llevar a Atkins ante el tribunal para que este decidiera sobre la suspensión de la libertad condicional. Concluía la carta con unas palabras escalofriantemente proféticas: «Ojalá no se meta en más problemas con Charlie y las otras siete chicas».

La llamada telefónica había dejado a Yates tan preocupada que se puso en contacto con otro agente de libertad condicional, M. E. Madison, de Oregón, donde Atkins había recibido inicialmente la sentencia. Madison, que también estaba muy pendiente de Atkins, hizo sonar la alarma por su cuenta. Habló también con Susan y no lo gustó lo que oyó. «Hablaba de manera un tanto caótica —escribió a sus superiores—, y repitió varias veces que... “el amor lo es todo; todo es nada”.» Le dijo que no podía marcharse; pero ella le contestó que se marchaba igualmente.

Los agentes trataron de seguirle los pasos, pero en vano. Noviembre dio paso a diciembre. Con la sensación de que se les habían agotado las opciones, escribieron al juez de la sentencia original, George Jones, del condado de Marion, Oregón, sugiriéndole que el tribunal debía tomar medidas. Era el 12 de diciembre. Después, el registro de documentos se interrumpía de golpe. Durante veintitrés días no hubo cartas, circulares o solicitudes relativas a la persona en libertad condicional ausente.

Poco después, el 4 de enero de 1968, el juez Jones firmó una orden según la cual «vencía» la libertad condicional de Atkins. Agentes de dos estados habían llegado al punto de advertirle de que su regreso a prisión era inevitable. En vez de ello, el juez la recompensó liberándola de todas sus obligaciones con la justicia.

Como en el último caso, no había justificación escrita de la decisión del juez. Este conocía la naturaleza de los delitos de Atkins, sabía que la mujer podía convertirse en una grave amenaza. ¿Por qué había cambiado de parecer? ¿Por qué otro juez había seguido su ejemplo? Atkins no parecía el tipo de persona capaz de ganarse el favor de dos jueces distintos. Cuando se produjeron estas decisiones, había cambiado solo una cosa: ella estaba con

Manson. Mientras estuviera con él, al parecer las normas no eran aplicables.
Roger Smith, «el federal afable»

La ley procuraba privilegios especiales a quienes orbitaran alrededor de Manson. Tan pronto estuve concentrado en la historia del origen de la Familia, encontré por todas partes indicios de una curiosa indulgencia: siempre había alguien que les echaba una mano desde fuera. De especial interés fue un incidente de junio de 1968 que le valió a Atkins su segunda sentencia de libertad condicional, la que casi, casi, la saca de las calles para siempre antes de los asesinatos de Tate-LaBianca.

Comenzó en el pequeño asentamiento de Ukiah, California. Principal centro urbano del condado de Mendocino —una de las escapadas favoritas de la Familia—, en 1968 Ukiah se había convertido en un refugio para los hippies que huían de San Francisco, que ya no era el paraíso sin trabas que había sido unos años atrás. En Haight-Ashbury, las anfetaminas eran ahora la droga preferida, y con ellas llegaron la violencia, los estafadores, los moteros, los camellos y los fugitivos. Todavía peores eran los turistas, que habían empezado a congregarse en Haight-Ashbury a admirar objetos psicodélicos a la venta: camisetas estampadas, botones con el lema HAZ EL AMOR Y NO LA GUERRA, abalorios, baratijas o pantalones de campana.

En comparación, Mendocino, a casi doscientos cincuenta kilómetros al noroeste del Golden Gate Bridge, era un oasis. Acres y más acres de tierra ondulada y frondosos bosques de secuoyas se extendían hasta el mar. Pequeños pueblos salpicaban un paisaje en el que se apreciaba un mosaico de huertos y arboledas. Habían surgido comunas ya en 1965, pero tras la implosión del barrio hippie de Haight se multiplicaron por diez. A principios de junio de 1968, Manson envió a sus chicas a captar gente para su propia comuna.

La delegación de cinco mujeres —Susan Atkins, Ella Jo Bailey, Patricia Krenwinkel, Stephanie Rowe y Mary Brunner— se servía de una técnica que habían perfeccionado hasta convertirla en una forma de arte. Buscaban a muchachos impresionables, los invitaban a una orgía solo de chicas y les ofrecían un sinfín de narcóticos, incluyendo marihuana discretamente mezclada con LSD. Por desgracia, ese día en Ukiah cazaron a tres chicos menores de edad. Y encima uno era el hijo del ayudante del sheriff del condado de Mendocino.

El muchacho, de diecisiete años, se despertó en una maraña de miembros, se soltó como pudo y se marchó disparado a su casa, donde contó a sus padres

que sus «piernas parecían serpientes» y que «cuando cerraba los ojos veía lucecitas». Las cinco mujeres fueron enseguida acusadas de tenencia de drogas y de incitación a la delincuencia de menores. Ingresaron en la cárcel del condado de Mendocino.

Para las chicas de Manson, las perspectivas eran sombrías. Dos de ellas ya estaban en el punto de mira de la Oficina de Libertad Condicional; Atkins acababa de ser liberada de su sentencia, y la de Brunner acababa de empezar a cumplirse. Sin embargo, solo tuvieron que hacer una llamada, y adiós muy buenas.

El hombre al que llamaron era Roger Smith, agente de libertad condicional de Manson en San Francisco. En el momento de las detenciones, Smith había dejado su empleo hacía poco, y cabría suponer que había roto todo vínculo con el único preso a su cargo, es decir, Manson. Sin embargo, había surgido entre los dos cierta intimidad. Smith, que llamaba «Charlie» a Manson, acabó siendo una de las figuras esenciales de mi investigación; él sabía mejor que nadie por qué y cómo había formado Manson la Familia, pues había sido testigo de ello. Por otro lado, desde un punto de vista legal, tenía una gran ascendencia sobre Manson, a quien podía mandar de nuevo a la cárcel en cualquier momento.

Sin embargo, actuaba más como su tutor. Su vínculo era tal que, cuando las discípulas de Manson lo llamaron desde Ukiah aquel día de junio, Smith y su esposa decidieron ir desde Bay Area a Mendocino a hacer averiguaciones. Aun sin tener ninguna obligación profesional al respecto.

Mary Brunner había dado a luz recientemente a un niño, Michael Valentine, pero como las chicas estaban encarceladas nadie podía hacerse cargo del bebé. (El padre era Manson, desde luego; Michael Valentine, a veces conocido como Osito Pooh, fue el primer hijo de la Familia.) Smith y su mujer tomaron una decisión insólita: fueron al juzgado para que se les designara padres adoptivos provisionales de Osito Pooh, y regresaron a Bay Area con el niño, que cuidaron durante ocho semanas.

Entretanto, Alan Rose, amigo de Smith, fue a Mendocino a sacar a las chicas de la cárcel. Rose, estudiante de medicina que conoció a la Familia a través de Smith, puso gran empeño. Acabó prendado de las chicas. Las visitaba casi a diario, contrató abogados para ellas y testificó como testigo de buena conducta en las vistas preliminares. Y por último pagó la fianza, con lo que quedaron en libertad hasta el juicio, fijado para finales del verano.

Mientras tanto, Manson permaneció en Los Ángeles, cómodamente instalado en casa de Dennis Wilson. De vez en cuando lo ponían al día respecto a las chicas, pero nunca pareció demasiado preocupado. ¿Por qué iba a estarlo? A estas alturas, había pasado ya por tantas cosas que sabía que todo iría bien: si Roger Smith velaba por él, los crímenes no tenían consecuencias.

Al final, se retiraron las acusaciones contra tres de las mujeres por falta de pruebas. Atkins y Brunner fueron declaradas culpables por tenencia de narcóticos. A cambio, se desestimó la acusación de haber suministrado drogas a menores.

A continuación, el tribunal sorprendió a todo el mundo al conceder a Atkins la libertad condicional en vez de mandarla a la cárcel. Brunner ya estaba en libertad condicional en Los Ángeles, si no, seguramente también se la habrían concedido. Como, por lo visto, los sesenta días que habían pasado en la prisión del condado ya eran un castigo suficiente, salieron en libertad.

Como ahora sabemos, Atkins violó su libertad condicional en junio de 1969, por lo que desapareció de la Familia y fue conducida a Mendocino por la policía. Pero su infracción no importaría demasiado: el benefactor juez Burke la devolvió al redil; no hay más preguntas.

Se repetía el patrón: si se trataba de mujeres en la órbita de Charles Manson, el tribunal solía perdonarlas pronunciándose en contra del criterio de la policía y los fiscales.

Yo quería descubrir las razones subyacentes a esta clemencia judicial. Llamé al Tribunal Superior de Ukiah y fotocopié el expediente entero del caso Mendocino, incluidas las investigaciones relativas a la libertad condicional de Atkins y Brunner.

Resulta que ambas mujeres habían recibido encendidos elogios y apasionadas súplicas de indulgencia por parte nada menos que de Roger Smith. En sus peticiones, Smith se identificaba a sí mismo como un «antiguo agente federal de libertad condicional», pero sin mencionar que la última persona a su cargo había sido Charles Manson, precisamente el hombre que había mandado a Atkins y a Brunner a Mendocino.

Si el tribunal conocía la relación de Smith con Manson, no consta en ninguna parte. Por otro lado, los jueces no eran los únicos a quienes Smith había ocultado esta información. David Mandel, agente de libertad condicional del condado de Mendocino que había presentado el informe previo a la sentencia sobre Atkins y Brunner, escribió ampliamente acerca de Manson y su influencia en las mujeres como «gurú», y habló con Roger Smith,

sin caer en la cuenta de que ambos estaban relacionados. Ni Smith ni su esposa, que también habían defendido la liberación de las chicas, consideraron nunca conveniente mencionar su vínculo con Manson. (Carol, la esposa de Smith, que se divorció de este en 1981, negó cualquier implicación en las recomendaciones, lo cual daba a entender que él había utilizado el nombre de su mujer sin ella saberlo.)

Mandel daba mucha importancia a la palabra de Smith. Le impresionaba que un antiguo agente federal de libertad condicional pusiera tanto afán en ayudar a una holgazana como Atkins, a la que describía como «hostil y posiblemente vengativa». Smith y su esposa juraban que Atkins «acataría de buen grado todas las condiciones de la libertad provisional». Y aunque Mandel consideraba que Brunner estaba «muy influida y a menudo manipulada por su grupo actual», los Smith la elogiaban calificándola de emblema de «valores cristianos tradicionales».

A estas alturas, Smith había pasado mucho tiempo con la Familia, desde luego. Sabía que Brunner y Atkins tenían la firme intención de volver con el hombre que dictaba su vida incitándolas con frecuencia a la criminalidad. Y, como era de esperar, cuando el tribunal las dejó en libertad, salieron de Mendocino enseguida rumbo al Rancho Spahn, donde estaba instalado ahora Manson.

En 2008, hablé con David Mandel en el condado de Marin. Por mí supo que Roger Smith había sido agente de libertad condicional de Manson.

—Esto se tenía que haber sabido, naturalmente —dijo Mandel mientras inspeccionaba los documentos que había traído conmigo—. ¡Había un enorme conflicto de intereses!

Mandel recordaba haber visitado a los Smith en su casa de Tiburon, en las afueras de San Francisco. Advirtió que la pareja se había encargado de que Mary Brunner solicitara la custodia temporal de su hijo. Su decisión de recomendar la libertad condicional tuvo mucho que ver con la actitud de la pareja, dijo. «Tenía que haber atado cabos.»

Vale la pena mencionar otro episodio extraño, aunque nunca he sabido cómo interpretarlo. Seis meses después del juicio de Ukiah, uno de los jueces, Robert Winslow, no logró ser reelegido magistrado; en buena medida, según alguien de dentro, por su actitud indulgente hacia las chicas de Manson. Winslow volvió a emerger en Los Ángeles. Sorprendentemente, había acabado siendo el abogado de Doris Day y su hijo, Terry Melcher. Fue Winslow quien

preparó a Melcher para sus apariciones en el juicio de Tate-LaBianca, y también quien estuvo con él en la sala mientras declaraba, erróneamente, sobre el número de veces que había estado con Manson. Lo curioso es que Winslow estaba ayudando a Melcher a hablar en contra del mismo grupo al que había ayudado el año anterior. Ni él ni Melcher hicieron nunca ningún comentario público sobre lo insólito de la situación. «**Un individuo absolutamente irresponsable**»

Ya antes de poder consultar los registros de libertad condicional, estaba convencido de que en la relación entre Roger Smith y la Familia había algo raro. Mi interés en el agente federal coincidió con mi profunda inmersión en los programas de contrainteligencia Cointelpro y Chaos, que en 1967, en Bay Area, estaban en plena actividad.

Quería saberlo todo sobre Smith y Manson. ¿Cómo es que Smith había llegado a ser agente de libertad condicional de Manson? ¿Por qué estaban tan unidos? ¿De dónde le venía a Smith la tendencia a tratar a Manson como si fuera un hippie inofensivo y no un exconvicto peligroso?

Las respuestas procedían sobre todo de un capítulo trascendental de la vida de Manson, que Bugliosi pasó por alto en *Helter Skelter*: el Verano del Amor. Desde finales de primavera de 1967 hasta junio de 1968, Manson vivió en Haight-Ashbury, la cuna de la contracultura. Dada la frecuencia con que Manson es descrito ahora como un hippie curtido —una perversión de los principios del amor libre—, cabe pensar que el año que pasó en el barrio despertaría más atención. Haight fue el crisol en el que se forjó su carácter. Llegó allí como exconvicto y salió como un líder sectario de pelo largo y seguro de sí mismo. Fue en Haight donde empezó a consumir LSD. Aprendió a atraer a personas débiles, sensibles, y a servirse de las drogas para dominarlas. Por otro lado, asimiló los métodos psicológicos en virtud de los cuales sus seguidores harían literalmente cualquier cosa por él.

Esto habría sido prácticamente imposible sin Roger Smith.

Los dos confluyeron de manera indirecta. El 21 de marzo de 1967, Manson había salido de la prisión de Isla Terminal de Los Ángeles. Había pasado allí siete años y medio por falsificar un cheque del gobierno. El día que quedó en libertad, con treinta y dos años, ya había pasado casi la mitad de su vida en cárceles y reformatorios. Como diría un sorprendido Bugliosi en *Helter Skelter*, la mayoría de los supervisores carcelarios consideraban que Manson no era violento. Aunque había recibido condenas juveniles por robo a

mano armada y violación homosexual y había golpeado a su esposa, esto no contribuía, en opinión del Estado, a «una historia sostenida de violencia». Tampoco, como señalaba Bugliosi, encajaba en el perfil de un asesino múltiple de 1969.

Otra particularidad: Manson estuvo encerrado siempre en prisiones federales. A Bugliosi esto le parecía llamativo. «Seguramente el noventa y nueve por ciento de los delincuentes no ven nunca el interior de una sala de juicios federal», indicaba. Manson había sido descrito como «sofisticado desde el punto de vista criminal», pero si hubiera sido condenado a nivel estatal, habría pasado entre rejas mucho menos tiempo... quizá menos de cinco años frente a diecisiete.

Al cabo de unos días de ser puesto en libertad, Manson quebrantó la libertad condicional. A menos que tuviera un permiso explícito, debía permanecer en el mismo sitio. Tenía prohibido abandonar Los Ángeles so pena de reingresar automáticamente en la cárcel. Sin embargo, casi de inmediato se encaminó hacia Berkeley, California.

Años atrás, a Manson ya le habían revocado la libertad condicional por no presentarse ante su supervisor. Ahora, por la misma razón, la burocracia policial de una ciudad totalmente distinta le esperaba con los brazos abiertos. Cuando llamó al agente federal de libertad condicional de San Francisco para personarse, se limitaron a tramitar cierto papeleo burocrático que lo transfería a la tutela de Roger Smith, agente y estudiante en la Escuela de Criminología de la Universidad de California en Berkeley.

En este punto, *Helter Skelter* es muy confuso. Bugliosi escribe simplemente que Manson «solicitó y recibió autorización para ir a San Francisco». El fiscal sabía que esto no era verdad, pues tenía una copia del expediente de libertad condicional de Manson.

Yo también quería ese expediente. Tras una petición basada en la FOIA y meses de negociaciones y apelaciones, en el año 2000 recibí una parte del mismo. Contenía una carta del agente de libertad condicional de Los Ángeles, fechada el 11 de abril de 1967, tres meses después de la liberación de Manson. «Este hombre llamó a nuestro agente federal de San Francisco para comunicar su situación y ahora se encontraba en la ciudad de Berkeley, California», empezaba la carta.

No tenía documentos de libertad condicional (da la impresión de ser un individuo totalmente irresponsable)... la institución de Isla Terminal nos dice que a este hombre le fue concedida la libertad condicional el 21 de marzo de

1967 por el Distrito Central de California (Los Ángeles). Como este hombre manifiesta su intención de permanecer en el Área Metropolitana de San Francisco por un tiempo indefinido, indicamos nuestra disposición a aceptar la transferencia de supervisión a este Distrito Norte de California.

Así comenzó la asignación de Manson a Roger Smith, a quien el exconvicto acabó venerando.

Y

A medida que fue pasando el tiempo, Manson otorgó a Smith el papel especial de «protector» en la abstrusa mitología que había empezado a construir alrededor de sí mismo. Haight le había permitido conocer *Forastero en tierra extraña*, la provocadora novela de ciencia ficción de Robert Heinlein. Manson estaba obsesionado con el libro. En todo momento llevaba consigo un deslucido ejemplar, y aunque era casi analfabeto, al parecer captaba los matices de su densa narrativa y su lenguaje inventado.

Nada se sabe de quién pudo leerle el libro o hablarle del mismo, pero en su héroe, Valentine Michael, Manson se reconocía a sí mismo hasta el punto de que llamó así a su primer hijo. Roger Smith también recibió un apodo de Manson, Jubal Harshaw, el personaje más importante en la vida del héroe, su abogado, profesor, protector y guía espiritual en la Tierra.

El argumento de *Forastero en tierra extraña* presenta inquietantes paralelismos con la evolución de Manson, hasta el punto de que, después de los asesinatos, muchos fans de la novela renegaron a voz en grito de la relación de Manson con la misma. Valentine Michael, un ser humano criado en Marte, está dotado de poderes hipnóticos. Desciende a la Tierra para promover una raza nueva y perfecta. Protegido por Jubal, crea un «nido» con otras veinte personas, casi todas mujeres, a las que inicia en el sexo. Exige que sus adeptos sometan su ego a él con un espíritu de sumisión total. Adoran la inocencia de los niños y anhelan existir en un estado de conciencia tan pura que sean capaces de comunicarse telepáticamente. Los integrantes del grupo comen y duermen juntos; uno de sus rituales más sagrados es el acto de «compartir agua», que tiene un trasfondo vagamente drogote. Según la filosofía de Valentine Michael, no existe la muerte, sino solo una «discorporación»; matar personas salva sus almas, pues brinda a estas una segunda oportunidad a través de la reencarnación. El grupo empieza a «descorporizar» a sus enemigos con total impunidad. Con el tiempo, Michael saca fuerzas del «nido» y, como Jesucristo, salva el mundo.

Tras la detención de la Familia, la revista *Time* señaló las curiosas analogías entre *Forastero en tierra extraña* y el propio «nido» de Manson. En enero de 1970, publicó un artículo titulado «¿Un modelo marciano?», según el cual Manson «no tenía ninguna capacidad inventiva en absoluto... seguramente mató conforme al libro».

Sin embargo, a Roger Smith le parecía bien la fascinación de Manson con la novela. Consideraba positivo que Manson viera en él sus propias fantasías, no tenía nada de malo que deseara ser un salvador. Si esto significaba que Smith asumía el papel de Jubal, pues adelante.

Cuando hablamos, Smith se mostró impreciso sobre los detalles de cómo llegó a ser agente de libertad condicional de Manson. Manson le había sido asignado como parte del Proyecto San Francisco, un programa experimental financiado por el Instituto Nacional de Salud Mental que supervisaba los progresos de los delincuentes recién liberados en cuanto a su rehabilitación. Cuando Manson llegó a San Francisco, en marzo de 1967, fue asignado al programa... y a Roger Smith.

Nunca se ha informado de la participación de Manson en el Proyecto San Francisco. Esto explica en parte por qué los dos desarrollaron un vínculo tan fuerte, pues Smith pasaba con Manson mucho más tiempo del habitual. El proyecto analizaba la relación entre personas en libertad condicional a nivel federal y sus supervisores; los investigadores querían saber cómo diversos grados de control influían en los índices de reincidencia. A los seis agentes participantes, todos ellos con títulos superiores en criminología, se les adjudicaba uno de tres casos: «normal», que eran en promedio unos cien; «ideal», unos cuarenta; o «intensivo», unos veinte.

A Roger Smith le tocó el grupo de en medio. Y empezó a quedar con sus asignados una vez a la semana para discutir las directrices del proyecto. Sin embargo, en un momento dado, su caso «ideal» llegó a ser más intenso incluso que los «intensivos» de sus colegas. A finales de 1967, su número de presos en libertad condicional se había reducido de cuarenta a uno: Manson.

Me llamaba mucho la atención que Manson hubiera acabado siendo el único preso a cargo de Smith; no entendía la razón. Con la esperanza de averiguar algo más, entrevisté a la ayudante de Smith en esa época, Gail Sadalla. Aunque Smith me había asegurado que no había visto nunca a Manson antes de ser su agente de libertad provisional, Sadalla recordaba otra cosa. En 1968, Smith le dijo que Manson estaría a su cargo porque ya lo había estado años atrás... a principios de los sesenta, en la prisión federal de Joliet,

Illinois.

Aunque parecía improbable, no era imposible. Antes de que Smith se mudara a Berkeley, se había sacado su título de criminología en la Universidad de Chicago y había trabajado como agente de libertad condicional en la cercana cárcel federal de Joliet. Manson no había estado nunca en el sistema de libertad condicional de Illinois, pero en 1956 había sido encarcelado unos días en ese estado... el mismo año en que Smith empezó a ejercer como agente en Joliet. En ese breve período en el que quizá se conocieron, ¿pudo haber pasado algo que explicara la aparición repentina de Manson en San Francisco unos años después y su asignación al proyecto de «investigación» de Smith?

Smith negaba rotundamente haber tenido nada que ver con Manson cuando era agente de libertad condicional en Illinois. Le dije a Sadalla que su antiguo jefe no recordaba haber visto jamás a Manson antes de marzo de 1967. Ella se quedó boquiabierta.

—¿No recuerda eso? —dijo—. Pues me sorprende... Siempre tuve entendido que sí... Por eso había esa buena conexión.

Yo ya no sabía qué pensar, pero si Sadalla estaba en lo cierto, esto tal vez explicaría por qué Manson pudo trasladarse a San Francisco sin ser enviado de vuelta a prisión por infringir las disposiciones de su libertad condicional: quizá lo mandaron allí. **«Límpiate los ojos y mira»**

Siendo doctorando en la Escuela de Criminología de Berkeley, Roger Smith estudió la relación entre el consumo de drogas y la conducta violenta en las bandas de Oakland. En abril de 1967, el estudio había tenido suficiente éxito para merecer una conferencia de prensa. Como dijo *The New York Times*, Smith y sus colegas habían descubierto que el consumo de drogas en las bandas, en vez de «relajarlas», solía desencadenar comportamientos agresivos. Distinguían entre los miembros de bandas que actuaban con violencia debido a tendencias antisociales y los que se volvían antisociales a causa de las drogas.

Smith dirigió la investigación basándose en su propia «inmersión». Él y otros investigadores crearon «avanzadas» en los barrios marginales de Oakland, frecuentaron centros comunitarios e iglesias y se hicieron amigos de integrantes de bandas en circunstancias no muy claras. Asumían el enfoque «observador-participante» de la investigación social, que Roger Smith incorporaría a su metodología en los años siguientes.

En 1967, Smith era considerado un experto en bandas, comportamientos

colectivos, violencia y drogas. Manson, la única persona bajo su supervisión, iba a controlar el comportamiento colectivo de una banda mediante la violencia y las drogas.

Smith se describía a sí mismo como un «republicano acérrimo»; nunca me pareció alguien con mucha tolerancia hacia la contracultura. Sin embargo, fue idea suya, admitió, enviar a Manson a Haight. Esperaba que Manson se «empapara» de algunas de las *vibras* del movimiento de la paz y el amor que estaba surgiendo en el barrio ese verano. El ambiente de Haight quizá fuera un tanto drogota y escabroso, pero vete a saber: a lo mejor atemperaba un poco la hostilidad de Manson.

Así pues, Manson se trasladó de Berkeley a Haight, donde dormía siempre aquí y allá sin pagar alquiler. El movimiento hippie estaba llegando a su punto culminante. Prescindiendo de formalidades, los bohemios regalaban ropa, drogas, sexo, música y horas de charla sobre tolerancia. Los anarquistas reclamaban el final del racismo, el capitalismo y el imperialismo; el mero acto de coger una guitarra tenía un nuevo voltaje ideológico. La longitud del pelo lo decía todo sobre uno. Atraídos por la estética psicodélica, adolescentes de todo el país acudían en masa a echar un polvo, a intentar traer al mundo paz duradera o a probar la hierba y el LSD, este último declarado ilegal en California desde hacía poco.

Se trataba de un esfuerzo de base, concertado, para rechazar la moralidad de la clase media. Sin embargo, donde unos veían radicalismo revolucionario, otros veían solo exceso dionisiaco. George Harrison, de la banda imprescindible de Manson, los Beatles, se pasó por Haight aquel verano y se marchó poco convencido: «El Verano del Amor era solo una pandilla de chicos drogados con granos», dijo. Un comunicado de prensa sobre el Human Be-In, un gran festival celebrado unos meses antes de la llegada de Manson a la ciudad, da una idea de la retórica transformadora de la época: «Una nueva nación ha crecido dentro de la carne de robot de la vieja... Deja tus miedos en la puerta y súmate al futuro. Si no te lo crees, por favor, límpiarte los ojos y mira».

Cuando Manson se limpió los ojos y miró, no perdió el tiempo adoptando las posturas y las costumbres de los niños de las flores. Tan pronto hubo aterrizado en Haight, se puso a consumir ácido a diario. Hizo falta solo un viaje para provocar el cambio más brusco que Roger había visto jamás en uno de sus tutelados. Tras el LSD, Manson «parecía aceptar el mundo», escribió Smith. Aparentemente de la noche a la mañana, se transformó en un hippie

arquetípico, con una cosmovisión de repente impregnada de espiritualismo. Se dejó crecer el pelo y tocaba la guitarra en la calle, mendigó y gorroneó comida. Aunque solo contaba treinta y pocos años, se presentaba como una figura paterna que atraía a jóvenes, a mujeres y a hombres vagabundos embarcados en la búsqueda espiritual que los había llevado hasta Haight.

Si Manson deseaba hacer el papel de Jesús, entonces Roger Smith era Juan. Según una de mis fuentes, nadie conocía mejor a Manson que su agente de libertad condicional. Smith también sabía que su pupilo infringía la ley... muy a menudo. No obstante, para su único protegido tenía solo palabras de elogio. «El señor Manson ha hecho excelentes progresos», escribió en uno de los diversos informes que envió a la oficina central de libertad condicional en Washington, D. C. «Desde el punto de vista personal, parece estar en mejor forma que nunca.»

Smith escribió estas palabras el 31 de julio de 1967. Por entonces, Manson estaba en una celda. Unos días antes, en Ukiah, había sido condenado por entorpecer la labor de un policía en cumplimiento de sus deberes: un delito grave. Manson había intentado impedir la detención de Ruth Ann Moorehouse, alias Ouish, una de las menores recién captadas. Aunque la acusación quedó finalmente en falta, Manson fue declarado culpable: sentencia suspendida de treinta días y tres años de libertad condicional. (La detención mereció solo una nota al pie en *Helter Skelter...* y Bugliosi no incluyó palabras incriminatorias como «condena» o «revocación de la libertad condicional».) En vez de ser enviado de nuevo a prisión, Manson, que a estas alturas llevaba libre solo cuatro meses, estuvo otra vez en la calle al cabo de unos días.

Ese incidente se sumó al inquietante patrón de amnistías que Roger Smith jamás fue capaz de explicar. En parte, Smith se beneficiaba, y se sigue beneficiando, de cierto velo de secretismo. Nunca se hizo público el expediente completo de libertad condicional de Manson; ni siquiera se pudo aportar como prueba en el juicio.

Durante la fase de la pena de muerte, Irving Kanarek, de la defensa, había pedido el expediente esperando que podría usar parte del mismo para argumentar en favor de su cliente. El fiscal general de Estados Unidos, John Mitchell, no solo se negó a entregarlo, sino que envió a David Anderson, funcionario del Departamento de Justicia, a ayudar a Bugliosi, en su intento de anular la petición. Fue una decisión sin precedentes. Durante los alegatos en la

fase de la pena de muerte, cuando la vida de un acusado pende de un hilo, cualquier cosa que se pueda introducir para salvarle la vida se acepta como prueba por rutina. En la sala de juicios, asombrado por el hecho de que el gobierno no permitiera a Manson acceder a su expediente, Kanarek preguntó a Anderson si este contenía información que pudiera incriminar al fiscal general. Bugliosi protestó, el juez aceptó la protesta, y Anderson no obtuvo respuesta. Al final, el juez confirmó la moción de la acusación para anular la solicitud. El expediente nunca fue aceptado como prueba, y el episodio en su conjunto quedó excluido de *Helter Skelter*.

Los cincuenta y cinco documentos que me entregó la Comisión de Libertad Condicional (más adelante, sesenta y nueve, tras exhaustivas solicitudes basadas en la FOIA) suponen solo una fracción mínima del expediente completo, del que en el juicio se dijo que tenía «un grosor de unos diez centímetros».

Con todo, los datos primarios de estas páginas bastan para poner de manifiesto que, en los primeros catorce meses de libertad de Manson en San Francisco —durante los cuales atrajo a los seguidores que acabarían formando la Familia—, Roger Smith le concedía prácticamente inmunidad. Bajo la supervisión de Smith, Manson fue repetidamente detenido e incluso condenado sin que en ningún momento lo mandaran de nuevo a la cárcel. La revocación de la libertad condicional concernía a Smith... él tenía la última palabra. Sin embargo, a sus jefes jamás les dijo nada sobre las infracciones de su tutelado.

En varias entrevistas conmigo, Smith afirmó no haber sabido nada de la condena de Manson en Ukiah, pese a haberse producido siendo él el supervisor. De hecho, en la misma carta de julio de 1967 que habría debido mencionar la condena de Manson —la que elogiaba sus «excelentes progresos»—, Smith solicitaba permiso para que Manson pudiera viajar a México, donde no habría estado sometido a vigilancia alguna, para un bolo con una banda de hoteles. (Smith no indicaba el hecho de que Manson había sido arrestado en México en 1959, lo que se había traducido en su deportación a Estados Unidos y a la revocación de su libertad condicional a nivel federal.)

«Manson no va a abandonar el Distrito Norte de California», respondió la junta de libertad condicional, señalando que en el historial de Manson «no se menciona ningún empleo como músico» y que sus antecedentes son «numerosos y graves».

No obstante, dos semanas después, Smith volvió a intentarlo... quería ciertamente enviar a Manson a México. Dijo a la junta de libertad provisional

que Manson había recibido allí una segunda oferta de empleo por parte de «un distribuidor general de la Perma-Guard Corporation de Phoenix Arizona llamado señor Dean Moorehouse», quien quería que Manson sondeara «el mercado de los insecticidas, los aditivos del suelo y los suplementos alimenticios minerales». Smith pasaba por alto mencionar que Moorehouse también estaba en libertad condicional —las normas prohibían toda clase de asociación entre ellos— y constituía una de las captaciones más recientes de Manson y padre de una chica de quince años cuya detención aquel había intentado impedir tres semanas atrás.

La junta denegó también esta segunda petición. Curiosamente, al mismo tiempo que Smith presentaba estas solicitudes, iniciaba para el gobierno federal un estudio criminológico sobre el tráfico de drogas en México. Había intentado enviar a Manson a Mazatlán, que, según la Oficina Federal de Estupefacientes, era el centro del tráfico ilegal de narcóticos en Centroamérica.

—Visto en retrospectiva —me dijo Smith cuando le enseñé los documentos—, no fue una buena decisión.

Luego rectificó un poco diciendo que probablemente presentó las solicitudes «solo para demostrarle a Manson que no le dejarían ir».

—Pero ¿dos veces? —pregunté—. ¿A costa de su propia credibilidad?

—Si quiere material conspiratorio —soltó con brusquedad—, pues sí, yo estaba investigando el tráfico de drogas en México al tiempo que intentaba mandarle a él allí. Así que, en efecto, usted puede hacer que parezca esto, pero se trataba de otra cosa. Yo no era un agente de libertad condicional de carrera. Me dediqué a esto solo durante un par de años porque necesitaba el dinero mientras hacía mi tesis doctoral. Mi esposa era profesora, pero no teníamos dinero. ¿Era yo un agente vocacional, comprometido? ¡No!

Comprometido o no, Smith tenía responsabilidades oficiales, pero lo exiguo del rastro documental sugiere que aquellas no le agobiaban mucho. Después de estas dos solicitudes de México, durante cinco meses Smith generó solo dos documentos más relativos a Manson. Se trataba de simples cartas modelo en las que autorizaba a Manson a viajar a Florida para reunirse con «agentes de grabaciones».

Aquello me interesó por varios motivos. Primero, violaba las órdenes que tenía Smith de Washington: debía prohibir a Manson abandonar el Distrito Norte de California bajo cualquier circunstancia. Segundo, Smith les puso una

fecha posterior, lo que daba a entender que las escribió después de que Manson se hubiera ido de la ciudad, lo cual le protegía de cualquier otra violación potencial. Y tercero, no hay indicio alguno de que Manson y la Familia se desplazaran realmente a Florida. Si fueron a algún sitio, los únicos datos disponibles nos llevan a México.

Las cartas de Smith son de noviembre de 1967. El mismo día que los agentes de libertad condicional de Susan Atkins estaban intentando impedir desesperadamente que viajara, ella, Manson y los otros salían de San Francisco en su gran autobús amarillo con un permiso firmado por Roger Smith.

Manson estaba obligado a mandarle postales a Smith; pero no hay constancia de que lo hiciera. Más adelante, según diversos informes, Atkins y Mary Brunner dijeron que aquel invierno habían pasado bastante tiempo con Manson en México. Por lo demás, no se sabe nada de su paradero en noviembre y diciembre de 1967. **Catorce hippies desnudos en una zanja**

Tras las cartas de Florida, el registro de supervisión de Manson se interrumpe durante otros cinco meses, período en el que Manson se presentaba ante Smith cada semana, y a veces cada día, mientras convertía a sus místicos seguidores en asesinos programados y planeaba una guerra racial.

De esa época debería haber montañas de papeles sobre Manson. Aunque sin duda Smith redactó informes, la Comisión de Libertad Condicional del Departamento de Justicia hizo públicos solo ocho documentos correspondientes a la supervisión de quince meses. La parte de Los Ángeles del expediente de Manson —que abarcaba aproximadamente desde julio de 1968 a octubre de 1969— es casi igual de incompleta: contiene solo unas cuantas cartas de agentes de libertad condicional o de Samuel Barrett, que sucedió a Smith como tutor de Manson.

Por escasas que fueran, estas cartas describen a un individuo ingobernable que no tiene mucho que ver con los «excelentes progresos» mencionados por Smith un año antes. Barrett escribió en una ocasión a Manson: «Teniendo en cuenta la naturaleza de sus dos últimas detenciones, y los celos que ha suscitado entre las fuerzas policiales del distrito, las consideraciones sobre su situación dejan mucho que desear».

Pese a esta amonestación, Barrett fue el agente al que Bugliosi decidió echar la culpa en el juicio y en *Helter Skelter*. No a Smith, el padre adoptivo del bebé de Manson; no a Smith, el orgulloso poseedor de un cariñoso apodo que le pusiera Manson; no a Smith, el agente de libertad condicional que había

loado los «progresos» de Manson tres días después de haber recibido este una condena penal. Al desprestigiar a Barrett, Bugliosi restaba atención a los pecados mucho más graves de Smith. Al fin y al cabo, si los casos de Smith habían menguado de cuarenta a uno solo, Barrett había atendido entre doscientos cincuenta y trescientos entre 1967 y 1969. Sin embargo, en las más de setecientas páginas de *Helter Skelter*, Bugliosi dedicaba solo veintidós palabras a Roger Smith, a quien nunca llamó a testificar en el juicio. Smith me dijo que ni Bugliosi, ni la policía ni ninguna agencia federal le interrogaron acerca de Manson... jamás.

Yo sabía que tenía que haber más papeles sobre la época de Smith como agente de libertad condicional de Manson. Recordemos que, en el juicio y bajo juramento, Barrett había dicho que el expediente de Manson tenía «un grosor de unos diez centímetros». Pregunté a Pamela A. Posch, portavoz de la Comisión de Libertad Condicional, cómo podía haberse reducido a solo ciento treinta ocho páginas, como me habían dicho, y por qué de estas yo solo podía ver sesenta y nueve, ampliamente expurgadas. La Oficina Federal de Prisiones «por lo visto no guardó todos los documentos relativos a la libertad condicional del señor Manson», escribió Posch, admitiendo que eso era inusual. La Oficina seguía la política de conservar los expedientes de «delincuentes famosos», que así quedaban para la historia. Manson era todo lo famoso que puede llegar a ser un criminal.

Creí haber agotado mis opciones, pero entonces me acordé de que Smith y Manson habían participado en el Proyecto San Francisco. Como se trataba de un estudio federal financiado por el Instituto Nacional de Salud Mental, seguramente habría requerido datos muy detallados acerca de las actividades de Manson; según Smith, sus tutelados eran supervisados, analizados y registrados en un expediente aparte. Sin embargo, huelga decir que este también había desaparecido.

Y

Si Smith hizo un seguimiento riguroso de Manson, no dijo nada a casi nadie, incluidos sus propios colegas. Procuraba tan pocos detalles que los agentes de libertad condicional de Los Ángeles y San Francisco ni siquiera sabían que Manson estaba vivo.

En abril de 1968, esa despreocupación le explotó a Smith en la cara cuando Manson fue detenido otra vez. Y ahora no había encubrimiento posible: habían publicado la noticia demasiados periódicos. Cuando los compañeros

de Smith de la Oficina de Libertad Condicional la leyeron, se subieron por las paredes e intentaron hacer lo que no había hecho Smith: enviar a Manson a la cárcel.

El titular de *Los Angeles Times* rezaba lo siguiente: «Autobús volcado atascado en una zanja: agente encuentra hippies desnudos y dormidos entre la maleza». El episodio aparecía también en otros diarios. Esas crónicas fueron las primeras en describir lo que el mundo pronto sabría sobre Manson y su Familia.

El redactor del *Times* Charles Hillinger contaba que un agente de Oxnard, en una patrulla nocturna, se encontró con un autobús averiado en una zanja junto a la carretera de la Costa del Pacífico. Al ver los cuerpos desperdigados entre los matorrales —nueve mujeres y cinco hombres—, creyó que estaban muertos. Luego reparó en que solo dormían. Tras comprobar las placas del vehículo, supo que había sido robado en Haight-Ashbury. Los despertó y les dijo que se vistieran y esperasen al autobús oficial que había pedido y que los conduciría a la cárcel. Antes de partir, una de las mujeres, que resultaría ser Mary Brunner, dijo: «Un momento, mi bebé está en el autobús». Y fue a coger a su hijo, que a la sazón tenía solo una semana de vida: estaba enfermo, lleno de mugre y llagas abiertas por todo el cuerpo.

El artículo identificaba al «autoproclamado líder de la banda de vagabundos» como Charles W. Manson y añadía que estaba fichado como sospechoso de hurto mayor. Brunner fue acusada de poner en peligro la vida de un niño y, más adelante, condenada a dos años de libertad condicional.

Al cabo de unos días, el jefe de la Oficina de Libertad Condicional de San Francisco, Albert Wahl, se puso en alerta al leer un artículo sobre la detención en el *Tribune* de Oakland: «Catorce hippies desnudos encontrados en un autobús volcado junto a la carretera». Uno de esos hippies era alguien en libertad condicional bajo la supervisión de un agente suyo.

Wahl montó en cólera. Acto seguido, escribió a su homólogo de Los Ángeles, Angus McEachen, a quien pidió ayuda para encontrar a Manson y mandarlo de vuelta a San Francisco. Wahl tuvo que admitir, con cierto embarazo, que el expediente de Manson de su oficina estaba «incompleto» y que «al parecer» aquel llevaba meses viajando «libremente entre San Francisco y Los Ángeles». Wahl no sabía si Manson tenía permiso para viajar, pero sí estaba clara una cosa, añadió con un eufemismo: «No se cumplieron las reglas». En la carta no aparecía el nombre de Smith, pero seguramente Wahl lo tenía en la cabeza cuando escribió: «El agente encargado del caso ya

no está vinculado a esta oficina».

Wahl también escribió acerca de otras dos detenciones en el distrito de McEachen, señalando que Manson no había informado al respecto, tal como se le había requerido. Por si acaso, envió una copia de la carta al jefe de la oficina nacional de Washington, a la que adjuntó una copia del artículo del *Tribune* y una nota manuscrita: «No se olvide de leer el recorte... hay gente así». **«No tiene nada más importante que hacer»**

Hasta el momento, la «gente así» aún no había pagado las consecuencias de sus acciones. Tras ser localizado el dueño legal del autobús, Manson pasó un día en el calabozo. Después fue puesto en libertad junto al resto del grupo.

McEachen, jefe de la Oficina de Libertad Provisional de Los Ángeles, no estaba satisfecho. Tenía un cierto interés personal en el destino de Manson. Mucho tiempo atrás, en mayo de 1960, había sido él quien había suspendido la libertad provisional de Manson sin informar a su supervisor, con lo que aquel fue enviado de nuevo a una prisión federal. Esta vez tenía la firme intención de seguir la misma pauta... aunque pronto comprendió que, aunque en 1960 había sido fácil incumplir las normas, ahora las cosas eran diferentes.

En una carta a Wahl, McEachen decía que Manson «había aparecido personalmente en nuestra oficina para ponernos al día de su espíritu aventurero». Tras asegurar que no le interesaba el dinero ni el trabajo —«tiene más de tres mil amigos dispuestos a proporcionarle la ayuda necesaria»—, Manson dijo que poseía un autobús escolar y que él y sus «chicas» llevaban cuatro meses viajando entre San Francisco y Los Ángeles. Si alguien de la oficina necesitaba ponerse en contacto con él, podía hacerlo a través de un «amigo llamado Gary Hinman, de Topanga Canyon», el mismo Hinman al que la Familia asesinaría aproximadamente un año después.

Manson tenía agallas, pero McEachen pensó que podía ganarle por la mano, pues desde entonces Manson había sido arrestado de nuevo, esta vez por un asunto de drogas. Al parecer, en ese momento estaba en la cárcel del condado de Los Ángeles esperando la lectura de cargos.

Por desgracia, McEachen estaba equivocado: Manson había sido puesto en libertad el día anterior. Por razones desconocidas, el fiscal del distrito había desestimado las acusaciones. Sin desanimarse, McEachen y Wahl intentaron echar el lazo a su tutelado infractor y errante. Como figuras de máximo rango en sus respectivas oficinas, tenían muchísima influencia, pero no la suficiente para atrapar a Manson.

El intento más enérgico de Wahl se produjo el 3 de junio de 1968, cuando

mandó un serio ultimátum a los dos últimos domicilios conocidos de Manson en San Francisco y Los Ángeles. (Este último era el de Dennis Wilson.) Como Wahl no conocía el paradero exacto de Manson, se veía obligado a proponerle dos opciones: personarse inmediatamente en la Oficina de Libertad Condicional de una u otra ciudad. «El incumplimiento de esta orden — escribió — se traducirá en una recomendación de que se emita un mandamiento judicial por violación de la situación de libertad.»

En lo sucesivo, no podrá usted abandonar su residencia actual sin autorización escrita de un agente de libertad condicional de Estados Unidos. Cualquier permiso concedido por el señor Smith, desvinculado ya de este servicio, queda cancelado en virtud de la presente. Preste a este asunto su atención inmediata. No tiene nada más importante que hacer.

Manson desobedeció la orden. En vez de comparecer en persona, llamó por teléfono a Wahl, que no estaba en la oficina, y se enfureció al enterarse, por un mensaje recibido por un subordinado, de que Manson había dicho que vivía en casa de Dennis Wilson y que el sello de los Beach Boys le había ofrecido un contrato de grabación de veinte mil dólares anuales. Como escribiría más adelante Wahl a McEachen, «daba la impresión de que Manson estaba en otro viaje de LSD».

Con todo, al menos ahora sabían dónde vivía. Era un paso en la dirección correcta, ¿no? El 6 de junio, enviaron a Samuel Barrett, su nuevo agente de libertad condicional, a hacerle una visita sin previo aviso. Tal como dijo luego Barrett, «Manson y algunos de sus seguidores hippies, sobre todo mujeres», habían «encontrado un refugio» en casa de Wilson; «por lo visto, [Wilson] había sucumbido a los modales serviles de Manson».

Pero ¿hasta qué punto había «sucumbido» Wilson? ¿Era creíble que su delincuente en libertad condicional hubiera engatusado a un Beach Boy para que le consiguiera un contrato discográfico? McEachen debió de sentirse aliviado cuando se enteró de lo que decía Nick Grillo, representante de los Beach Boys. Tras solicitar anonimato, Grillo se quejaba de que «Manson y sus adeptos están demostrando ser un factor amenazante para la empresa musical». Para el sello «habría sido estúpido firmar nada».

El agente de libertad condicional decidió que se debía ordenar el regreso de Manson a San Francisco, dejándole claro que, si no obedecía, reingresaría en la cárcel. El 12 de junio, Barrett le envió una carta en la que le daba doce días para volver.

Seguramente se interpuso alguien. No hay constancia de lo que pasó entre

el 12 de junio y la fecha tope del 24; si había algo, por lo visto se evaporó. La siguiente carta no se redactó hasta el 8 de julio, cuando McEachen escribió al jefe de la oficina de Washington D. C. Sin mencionar la fecha límite incumplida, informó simplemente de que había recibido una llamada de Manson, que «se había trasladado al Rancho Spahn, donde estaba a pensión completa a cambio de trabajos como peón». A estas alturas, alguien por encima de Wahl, McEachen y Barrett habría decidido que a Manson lo mejor era dejarle en paz.

Manson formó la Familia ante las mismas narices de sus supervisores federales. A partir de entonces, tanto el gobierno federal como las fuerzas policiales locales y estatales fueron alejándose cada vez más del grupo mientras sus miembros infringían la ley de manera descarada.

El único que no lo hizo fue Roger Smith. Bastante después de que hubiera concluido su período de supervisión de Manson, aún enviaba cartas al tribunal de Mendocino sobre el excelente carácter de Atkins y Brunner y se preocupaba por el hijo de Manson. Smith y su esposa habían llegado a alojar en su casa a Manson. Pese a todo lo que yo había ido averiguando, todavía no entendía que un «republicano acérrimo» hubiera trabado amistad con un aspirante a hippie como Manson... y por qué esa amistad persistía tras la disolución de su relación oficial. **Colofón: la escena del speed**

Quizá Smith tuviera motivos ocultos para decirle a Manson que fuera a Haight-Ashbury. Como parte de su investigación criminológica, era el encargado de dirigir un estudio sobre las anfetaminas y su papel en la conducta violenta de los hippies de Haight-Ashbury. El Instituto Nacional de Salud Mental financiaba el estudio, como había hecho con el Proyecto San Francisco. En 1976, una solicitud basada en la FOIA obligó al Instituto a reconocer que, en los años sesenta, se había dejado utilizar por la CIA como tapadera.

Smith esperaba averiguar por qué unas personas, pero no otras, llegaban a ser violentas desde un punto de vista psicótico debido a las anfetaminas, y si era posible controlar esta violencia. Los objetivos del Proyecto de Investigación sobre las Anfetaminas (ARP, por sus siglas en inglés), tal era su nombre, consistían en «clarificar tres áreas importantes» de la «escena del speed» en Haight: la experiencia «individual», la «experiencia grupal o colectiva» y el «modo en que se genera la violencia en el mercado de las anfetaminas». Smith estudiaba a colectivos hippies observándoles en sus rutinas cotidianas, y también encarecía a sus investigadores a participar. Más

adelante recordaría que, cuando le fue encargada la dirección del estudio, «me quité el traje de franela gris y los zapatos con puntera y me dejé crecer el bigote. Pronto los chicos de Haight Street empezaron a llamarme el “federal afable” y a pedirme ayuda en sus problemas con la ley».

No hay indicios de que este enfoque «observador-participante» fuera efectivo... pues tampoco hay muchos indicios de que el ARP llegara siquiera a existir. Smith no publicó nunca sus investigaciones. Estaba previsto que en el *Journal of Psychedelic Drugs* aparecieran dos artículos sobre el ARP, pero jamás se materializaron. Lo más parecido a un registro del ARP es la tesis no publicada de Smith, presentada en Berkeley un mes antes de los asesinatos de Manson. No obstante, ni siquiera la tesis contenía verdaderos datos de «observación-participación»; constaba sobre todo de análisis estadísticos y anécdotas de segunda mano.

Sin embargo, el trabajo «El mercado de las anfetaminas: violencia y consumo compulsivo de metanfetaminas» sí describía la naturaleza de la observación-participación, que, como escribió Smith, obligó a un científico social a infringir la ley. Oculto en un «grupo de desviados», tenía que convencer a los drogadictos

de que pueden confiarle información que, en otras manos, les pondría en peligro, y, quizá lo más importante, debía resolver el dilema moral de formar parte de algo que para él era (en el mejor de los casos) censurable; seguramente él mismo podía ser detenido por asociación... en un sentido muy real se convierte en cómplice... con información y percepciones que, en circunstancias normales, un ciudadano debería comunicar a las fuerzas policiales...

Para asegurarse el éxito, sostenía Smith, los investigadores tenían que proteger a sus informadores contra los procesamientos penales, ocultando sus actividades a la policía y concediéndoles anonimato en todos los informes. Así pues, el ARP incluía en su propia misión algo parecido a la inmunidad policial.

Smith dirigía el ARP desde la Clínica Médica Gratuita de Haight-Ashbury, que se había inaugurado precisamente el verano anterior. Y pasaba allí tanto tiempo que hizo una propuesta a la única persona a su cargo: en vez de reunirse con Manson en el centro de San Francisco, donde Smith tenía un despacho, ¿por qué no quedaban en la clínica? Les resultaría más cómodo a ambos, y, en cualquier caso, Manson y «sus chicas» habían empezado a contraer enfermedades de transmisión sexual, y la clínica los atendería gratis.

Muy pronto Manson se convirtió en un elemento fundamental de la clínica. Entre las visitas a Smith y la atención médica, había semanas que aparecía por allí cada día. Llegó a ser una presencia familiar para muchos de los médicos, incluidos algunos que, como Smith, habían recibido fondos federales para investigar el consumo de drogas entre los hippies.

Smith inició el Proyecto de Investigación sobre las Anfetaminas cuando todavía estaba supervisando a Manson para el Proyecto San Francisco. Fue durante este solapamiento cuando el registro de supervisión de la libertad condicional de Manson fue o bien irregular, o bien casi inexistente, o acaso fuera eliminado más adelante. Ese curioso y desaliñado visitante de la clínica, siempre con su séquito de chicas, estaba tomando montones de drogas y formando la Familia. Cuando en abril de 1968 él y sus seguidores aparecieron en aquella zanja junto a la carretera de la Costa del Pacífico, las chicas habían sustituido las flores del pelo por cuchillos de acero, metidos en fundas de cuero sujetas a los muslos cubiertos por vestidos largos y sueltos. Yo estaba convencido de que Roger Smith había tenido algo que ver con esta transformación; ahora empezaba a preguntarme si la Clínica Médica Gratuita de Haight-Ashbury, con su hincapié en los hippies, las drogas y la investigación, había desempeñado también otro papel.

10 La Clínica Médica Gratuita de Haight-Ashbury **Demasiados Smith**

Para contar la historia de Manson como es debido, cosa que a mi entender Bugliosi nunca hizo, hay que familiarizarse con un reparto extensísimo, como ya ha quedado claro. Mientras estaba convirtiendo mi frustrada historia de *Premiere* en un libro, caí en la cuenta de lo difícil que era que todo el mundo fuera claro, contar la historia de tal modo que sus principales protagonistas fueran tratados justamente sin que los detalles provocaran atascos. Porque, en cierto modo, los detalles lo eran todo. Las lagunas, los silencios y algunas digresiones aparentemente irrelevantes en la vida de Manson dejaban patente que este era mucho más un producto de su época, y su entorno, que algo tan atroz como el móvil «Helter Skelter» podría hacernos creer. Este móvil nos induce a pensar que Manson y la Familia vivían en un vacío. Sin embargo, en su año de formación en San Francisco, al decir de la mayoría, formaron parte del *zeitgeist*. Para comprender este *zeitgeist*, tuve que lidiar con una gran proliferación de nombres: centenares y centenares de nombres.

La historia es complicada porque incluye a dos Smith, que además pertenecían a los mismos círculos: ambos investigaban el mundo de las drogas y tenían interés en el panorama juvenil de Haight-Ashbury. Por encima de Roger Smith, agente de libertad condicional de Manson, estaba David Smith, el carismático fundador de la Clínica Médica Gratuita de Haight-Ashbury, sin relación de parentesco con el primero.

Nada hacía pensar que Manson, un cauteloso exconvicto que desdeñaba las estructuras de poder convencionales, pasaría tanto tiempo en una clínica financiada por el gobierno, por estupenda que fuera su decoración. Sin embargo, Manson y las chicas iban allí muy a menudo. Cuando se mudaron desde el abandonado autobús escolar a un apartamento adecuado, Manson eligió uno que estaba a la vuelta de la esquina de la clínica. Sus vínculos con el lugar, y la medida en que este encaja con los Smith, apenas han sido abordados en las crónicas populares. Como por lo visto a Bugliosi los Smith no le servían de nada, a los demás tampoco. No obstante, tras haber comprobado lo decisivo que fue Roger en la evolución de Manson, supe que también debía zambullirme en la historia de David. **Doctor Dave**

David Elvin Smith creció en una polvorienta comunidad granjera de Bakersfield, California, en el extremo meridional del valle de San Joaquín. Cuando en 1960 se trasladó a Bay Area para estudiar en la Universidad de Berkeley, Smith era, según admitía él mismo, un pardillo. Nunca había viajado ni se había alejado mucho de su apartado pueblo, y carecía de la curiosidad política e intelectual que bullía entre el sofisticado e internacional alumnado de Berkeley. Si no hubiera sido por sus insistentes compañeros, que siempre le regañaban por no participar en las manifestaciones y sentadas, Smith seguramente no habría reparado en el nacimiento del movimiento por la libertad de expresión en su propio campus. Tiempo después, le gustaba recordar a un profesor ayudante que suspendió una clase para que sus alumnos pudieran asistir a una protesta en el centro de la ciudad. Smith no quería ir. Prefería estudiar para un examen inminente. El profesor le dijo que, si no iba, no iba a sacar buena nota.

Smith se mostró abierto sobre su dudoso comportamiento en ese período: impenitente mujeriego y gran bebedor, desaparecía de borrachera varios días seguidos aunque luego siempre era de los primeros de clase. A finales de 1965, un desvanecimiento debilitante y una ruptura turbulenta lo obligaron a dejar el alcohol. Para entonces, Smith, un hombre vulgar y apuesto de veintiséis años, era estudiante de posdoctorado en la UC de San Francisco y

jefe de la Unidad de Detección de Abuso de Drogas y Alcohol en el Hospital General de San Francisco. Más adelante recordaría que se desató su curiosidad cuando sus investigaciones coincidieron con la agitación cultural de la ciudad. «En el laboratorio inyectaba LSD a ratones blancos —decía—, y luego iba a casa andando atravesando Haight, donde veía a chicos colocados de la misma sustancia.»

Él mismo empezó a experimentar con drogas psicodélicas, y le gustaron. El estilo de vida comportó amigos nuevos y posturas políticas nuevas. Él y sus amigos seguían la trayectoria de la pujante contracultura de Haight, donde algunos pronosticaban la llegada de cien mil jóvenes el año entrante. Smith, quien consideraba que la atención médica era un derecho, se preguntaba dónde recibirían asistencia sanitaria y cómo podrían permitírsela. Se mudó a Haight-Ashbury con la idea de fundar una clínica gratuita.

Cuando se inauguró en el 558 de Clayton Street en junio de 1967, la Clínica Médica Gratuita de Haight-Ashbury causó sensación de inmediato. Con una plantilla formada exclusivamente por voluntarios y sin autorización de la concejalía de salud municipal, trataba a centenares de pacientes cada día, ofreciendo atención sin prejuicios a los afectados por malos viajes, sobredosis, enfermedades de transmisión sexual o malnutrición, o a quienes simplemente necesitaran ser escuchados. En la clínica, a veces la cola daba la vuelta a la manzana, y en ella los hippies esperaban para subir las destartaladas escaleras que conducían a las oficinas de la segunda planta. Dentro, se animaba a la gente a deambular. La clínica hacía todo lo que podía para proclamar sus afinidades psicodélicas. Las salas de exploración estaban pintadas de aguamarina y naranja fosforescente; una estaba empapelada con un vivo collage de símbolos de la paz, cuerpos desnudos y remolinos hipnóticos. Incluso mientras forcejeaba para pagar el alquiler y mantener a raya a los polis, Smith disfrutaba de su creación; pocas cosas condensaban tan a la perfección los ideales utópicos del Verano del Amor.

Mientras ese verano iba entrando y saliendo gente, Smith y sus colegas trabaron amistad con los visitantes más asiduos, y la Clínica Médica Gratuita acabó siendo un escenario dentro de un escenario. Podía ser difícil distinguir a los hippies, con su pelo largo y adornado con flores, sus comunas incipientes, sus cambiantes legiones de seguidores y líderes. Sin embargo, décadas después, en la clínica todo el mundo recordaba sin dificultad a Charlie Manson y a sus chicas. **Anular tu ego**

En 1971, David Smith publicó *Love Needs Care*, unas memorias de los

primeros años de la clínica, que encontré plagadas de detalles sobre Manson y la Familia, así como sobre el período que Bugliosi había omitido en *Helter Skelter*: el Verano del Amor, cuando Manson, al parecer en su momento más carismático, comenzó a atraer a simpatizantes y a asegurarse su devoción incondicional. Mejor aún, *Love Needs Care* incluía algunas aportaciones de Roger Smith, que hacía sus propias valoraciones sobre Manson.

No obstante, por valiosas que fueran estas semblanzas, las puse en tela de juicio cuando empecé a dudar de los dos Smith. Cuanto más releía determinados pasajes, más me parecían cautelosos esfuerzos de relaciones públicas. Los Smith debían dejar claro que conocían bien a Manson y que sentían hacia él cierta compasión; teniendo en cuenta la frecuencia con que se veían, esto no se podía negar. Sin embargo, el libro salió al mercado dos años después de los asesinatos, cuando ambos hombres tenían interés en distanciarse de ese tal Manson, el sanguinario, la metáfora del mal. *Love Needs Care* se propone la delicada tarea de esclarecer las relaciones de los Smith con Manson mientras pretende dar la impresión de que Roger y David no tenían ni idea de que, un día, Charlie y sus seguidores serían protagonistas de una violencia desmedida.

David Smith describía las frecuentes visitas de la Familia a la clínica, donde a las «chicas de Charlie», como se las conocía por los pasillos, se les trataban enfermedades de transmisión sexual y embarazos no deseados: ellas atendían cualquier necesidad de Manson, no hablaban si no se les hablaba primero, y se referían a él como Cristo o J. C.

Cuando la Familia se mudó a un apartamento de Cole Street, Manson empezó a «reprogramar» a sus seguidores en serio. David tenía una idea muy elaborada de la táctica de Manson, aunque nunca explicó de dónde la había sacado. Mediante una combinación de LSD y juegos mentales, Manson forzaba a sus adeptos a someterse a «prácticas sexuales no convencionales», escribió Smith; cuando el ácido hacía efecto, Manson invocaba una especie de misticismo y cierta psicología pop diciendo: «Has de anular tu ego». Trataba a las chicas «como objetos», laminaba su independencia, las convertía «en “ordenadores” autoaceptados, recipientes vacíos que admitían prácticamente cualquier cosa que él vertiera dentro». No tardaron mucho en obedecerlo a ciegas.

El ácido era indiscutiblemente esencial en el proceso. La insistencia de Manson en ello a veces no concordaba con las tendencias de Haight, pensaba David. Por lo general, los hippies que consumían mucho ácido se pasaban a la

larga a las anfetaminas. En el escenario estaba produciéndose un cisma. Los «embotados de ácido» (expresión que David afirma haber acuñado) apoyaban la no violencia, mientras que los «frikis de las anfetetas» provocaban los brotes de violencia que destruían el estilo «vive y deja vivir» de Haight. Sin embargo, Manson tenía aversión a las agujas; no tomaba anfetaminas. En la Familia, el patrón de consumo de drogas efectivamente se invirtió: Manson exhortaba a sus discípulos a abandonar el speed y abrazar el ácido. Al desenganchar a sus acólitos de las anfetetas, se reducían las posibilidades de interferencia en el proceso de inducción.

Las anfetaminas pasaron a formar parte del estilo de vida de la Familia solo más adelante, me dijo David, cuando llegó el momento de asesinar en Los Ángeles. Se lo había oído decir a la propia Susan Atkins cuando esta le pidió que evaluase su salud mental para una audiencia de libertad condicional en 1978. «Cuando fueron al sur, tomaron muchas anfetaminas», dijo él. Las conseguían de los Ángeles del Infierno. «Intercambiaban sexo por droga, y [Atkins] cree que “Helter Skelter” y el último crimen fueron delirios paranoicos provocados por el speed.»

En el juicio, Bugliosi no mencionó en ningún momento el consumo de anfetaminas por parte de la Familia. David creía entender la razón: había el riesgo de que supusiera «una circunstancia atenuante» para la acusación. Y la defensa tampoco quería que aquello apareciera, pues nadie desea que sus clientes parezcan unos drogadictos.

Los dos Smith habían dicho que el miedo de Manson a las agujas había relegado las anfetetas a un segundo plano, si bien es obvio que se pueden tomar oralmente o esnifar. Con los años, algunos datos y recuerdos de primera mano han dado a entender que la Familia consumía speed más a menudo de lo que se creyó en su momento. En un documental de 2009, Linda Kasabian aseguraba que ella y sus compañeros se habían tragado una «cápsula» de speed antes de dirigirse a Cielo Drive la noche del asesinato de Sharon Tate. (En el juicio, declaró que el día de los crímenes ella no había tomado ninguna droga.) En dos libros y en las vistas de libertad condicional, Susan Atkins también admitió haber tomado anfetaminas antes de los asesinatos en casa de Tate. Tex Watson escribió que él solía inhalarlas con el grupo y que también las tomó las dos noches de los crímenes. Según otros, la Familia guardaba gran cantidad de speed en el Rancho Spahn en la última época de su estancia allí, y Manson no le hacía ascos, sobre todo cuando se ponía paranoico. Lo consumía para mantenerse despierto varios días seguidos en que no paraba de darle vueltas a

sus desvaríos.

Recordemos que Manson vivía en Haight porque Roger Smith lo había enviado allí pensando que las *vibras* del lugar mitigarían la hostilidad del exconvicto. Y no nos confundamos: Roger creía efectivamente que Manson era hostil. En un breve artículo para la revista *Life* publicado meses después de los asesinatos, Roger hablaba de sus primerísimas impresiones sobre Manson. («Habla aquí de Manson partiendo de su amplio contacto extraoficial con él», señalaba la revista, sin describir la naturaleza de ese contacto ni ningún potencial conflicto de intereses con sus obligaciones como agente de libertad condicional.) «Charlie era el preso en libertad condicional más agresivo que he conocido jamás —escribió Roger—. Ya de entrada me dijo que le resultaba imposible cumplir las condiciones de su libertad condicional. Y volvía a la trepa; no había manera.»

Roger apenas volvió a escribir o hablar de Manson, pues quería distanciarse de su tutelado más infame. La primera vez que hablé con él, en 2001, era solo el tercer periodista que lo hacía. En todo caso, no se me ha olvidado su comentario sobre el resentimiento de Manson. Al fin y al cabo, ya había visto cómo, en documentos oficiales, lo describía como un tipo bien educado que hacía «excelentes progresos». Esta incongruencia sugería que Roger había querido barrer la «hostilidad» de Manson debajo de la alfombra.

En un pasaje que aportó a *Love Needs Care*, Roger hizo todo lo posible para respaldar la idea de que a un exconvicto como Manson le convenían las extravagancias de Haight. Los viajes diarios de LSD lo volvieron más apacible, más reflexivo. Aún conservaba la astucia escurridiza de un convicto y seguía siendo un maestro de la manipulación, pero de repente se aficionó a perogrulladas vacuas de autoayuda del tipo «si lo amas todo, no necesitas pensar en lo que te molesta».

Como Roger no quería parecer demasiado crédulo, se aseguró de señalar el tono «mesiánico» de los días de ácido de Manson; una confirmación indirecta de su creciente megalomanía. David reflejó esta sensación al escribir que los viajes de ácido de Manson sustituían su «depresión latente por una sonrisa de maníaco» que a veces delataba sus filosofías más sombrías. David reconocía que Manson «empezó a desarrollar diversos delirios a medida que progresaba su relación con el LSD». Fantaseaba con que los Beatles lo consideraban su igual como músico; imaginaba un Día del Juicio Final en que los negros masacrarían a los blancos.

Algunos familiares de Roger, entre ellos su esposa, no alcanzaban a comprender su simpatía por Manson. A Roger «le dejaba atónito la capacidad de Charlie para atraer a esas mujeres», decía uno. Según otro, «Roger siempre estuvo algo fascinado» por «el encantador y carismático sociópata».

Una vez se supo el papel de Manson en los asesinatos de Tate-LaBianca, Roger admitió «haber cometido un error» al mandarlo a Height. Pero entonces la Familia mantenía una buena relación con él. «Acudían a Smith en tropel y a menudo llenaban la sala de espera [de la clínica] —escribió David—, paralizándolo todo.» A Roger no le importaban las adulaciones, en parte, aseguraba David, porque «Charlie solía ofrecerle los servicios de su harén». (Roger negó tales ofrecimientos.)

Entre los antiguos trabajadores de la Clínica Médica Gratuita con quienes hablé, se creía que Manson solía visitar el consultorio porque debía celebrar con Roger reuniones preceptivas relacionadas con su situación de libertad provisional. Más adelante, el propio Roger afirmó que la Familia simplemente apareció de improviso, sin ningún motivo concreto, y que sus integrantes no empezaron a ir a verle hasta que hubieron concluido sus obligaciones como tutor de Manson. En cualquier caso, había allí algo que no me convencía. Una razón por la que la clínica era gratuita era, después de todo, que David, Roger y sus colegas habían recibido generosas subvenciones federales para llevar a cabo investigaciones sobre drogas. Los dos Smith estaban estudiando las anfetaminas y el LSD, siendo este último el elemento crucial del progreso «reprogramador» de Manson. La pregunta es cómo un exconvicto ignorante, alguien que meses atrás no había tomado nunca ácido y quizá ni había oído hablar de él, acabó empleando esta droga con fines tan sofisticados. Por otro lado, era cuando menos sospechoso que fuera habitualmente a la clínica a ver a dos personas que precisamente estaban estudiando este fenómeno, el uso de las drogas para controlar y modificar la conducta.

Al menos un amigo de Roger había pronosticado que habría «un conflicto de intereses»: «Siempre pensé que surgirían problemas». Otro señaló lo siguiente: «En realidad, a estas alturas Roger ya se había ganado cierta fama por su intento de ayudar a Manson... pretendía calmar a la bestia salvaje». Sin embargo, la bestia se volvió más salvaje que nunca. **«Ataques frenéticos de rabia despiadada»**

Cuando puso en marcha la clínica, David Smith dejó un cabo suelto de su pasado: en realidad, nunca se había doctorado en farmacología. Había llevado a cabo un proyecto de investigación de dos años sobre las anfetaminas y sus

efectos en ratones confinados, pero nunca había hecho pública su tesis. Aunque quiso quitarle importancia al desliz —al fin y al cabo seguía siendo médico y se había adaptado muy pronto a su nueva vida en Haight—, esto sorprendió a muchos de sus amigos más íntimos, y, en nuestras entrevistas, se mostraba reacio a admitirlo. No daba la impresión de haber dejado nada inacabado.

Incluso en su forma no publicada, la investigación sobre los ratones definía a Smith, y creó la legendaria figura que a la larga sería conocida como doctor Dave. Movido por mi estilo obsesivo, indagué en esa investigación todo lo que pude. Y vi que, en 1969, en el *Journal of Psychedelic Drugs* de la Clínica Médica Gratuita, Smith había autoeditado un breve artículo basado en su estudio. No era ni mucho menos algo tan sólido como habría sido su tesis doctoral completa, pero me daba algo para seguir adelante.

Enseguida advertí paralelismos entre los ratones de Smith y la Familia. Al principio tuve la tendencia de pasarlos por alto como si derivaran de mi vertiente especulativa: no tenía sentido relacionar la conducta de unos ratones en un experimento controlado con la de personas normales. Sin embargo, adopté otro punto de vista cuando vi que el propio Smith establecía esta relación. Hablaba de sus ratones como sustitutivos de seres humanos.

Su investigación comenzó con dieciséis ratones albinos. Ayudado por otros colegas, dividía los animales en dos grupos de ocho en entornos «agregados»: comunidades pequeñas, muy confinadas, que pretendían simular apiñamiento. A continuación les inyectaba anfetaminas. A lo largo de las veinticuatro horas siguientes, los ratones pasaban de ser animales dóciles a furiosos guerreros que se peleaban unos con otros hasta morir a causa de lesiones, de heridas autoinfligidas por exceso de acicalamiento, o de simple cansancio. La violencia era incesante; Smith hablaba de «ataques frenéticos de rabia despiadada». Después, lo único que quedaba en las jaulas salpicadas de sangre eran partes desmembradas y dispersas. Recluyendo simplemente a los animales en espacios reducidos, había incrementado más de cuatro veces la toxicidad de las anfetaminas.

En otro intento, algunos de los ratones eran drogados con otras sustancias —mescalina, clorpromazina o reserpina— antes de recibir las inyecciones de anfetaminas. Las drogas adicionales a veces tenían un efecto clasificador: separaban los ratones que matarían de los que no; o acaso un efecto calmante: eliminaban prácticamente las tendencias violentas.

Smith me dijo que había iniciado sus investigaciones tras haber previsto

la llegada a San Francisco de grandes consumidores de anfetaminas. No explicó cómo había pronosticado esta afluencia, pero estaba en lo cierto. En el verano de 1967, cuando inauguró la clínica, las anfetaminas gozaron de una gran popularidad.

—Cuando apareció en escena el speed, supuso una conmoción para todos —me dijo—. De pronto, lo que había aprendido acerca de las anfetaminas era aplicable [a las personas].

A lo largo de *Love Need Care*, Smith traza paralelismos entre los roedores que había estudiado y los hippies aturdidos por el speed que habitaban en Haight. Los ratones que recibían anfetaminas, escribía, «se volvían desmesuradamente agresivos y violentos... y arremetían unos contra otros con una ferocidad inesperada. Esta conducta violenta seguramente se veía intensificada por el confinamiento, pues es sorprendentemente parecida a la observada entre los que consumen anfetaminas en ambientes abarrotados».

En Haight, Smith veía a personas en condiciones de hacinamiento tomar grandes dosis de speed, lo cual suscitaba paranoia y alucinaciones. En otro tiempo pacíficos y equilibrados, ahora «los frikis de las anfetaminas» de San Francisco «reaccionaban con furia asesina ante cualquier intromisión, real o imaginada», agrediendo, violando o torturando para aliviar la tensión paranoica. «Desconectados del mundo convencional, agolpados en condiciones inhumanas y controlados por sustancias químicas —concluía Smith—, se comportaban, lógicamente, como ratas en una jaula.»

Sin embargo, cuando hablé con Smith, se apresuró a descartar estos paralelismos. «Resulta que yo estudiaba las anfetaminas ya antes de que llegaran a Haight —dijo—. Haight no me dio la idea. Es una especie de casualidad histórica... [También] llevaba tiempo estudiando el LSD antes de que apareciera en Haight.»

De hecho, según el doctor Eugene Schoenfeld, que en 1965 participó en una parte de la investigación de Smith con ratas, el LSD era un componente esencial del proyecto. Smith y sus colegas inyectaban ácido a los animales con la idea de volverlos más sugestionables antes de darles anfetaminas. Desde una perspectiva clínica, la sugestionabilidad era uno de los efectos más apreciados del LSD. No obstante, Smith lo excluyó de la documentación oficial relativa a su investigación. El artículo que publicó en el *Journal of Psychedelic Drugs* no mencionaba el ácido en ningún momento.

Pregunté a Smith si el LSD formaba parte de su protocolo. Lo negó; pero al cabo de unos momentos, sin que nada lo incitara a ello, rectificó.

«Sí, lo incluí», dijo.

Sin embargo, no explicó por qué.

«Trabajé con diferentes tipos de drogas», añadió. Recordaba que el LSD «provocaba comportamiento desorganizado, pero no violento». Las ratas simplemente deambulaban aturdidas de un lado a otro.

Como se ve, he hablado de «ratas» y «ratones» de forma indistinta, lo cual tiene una explicación: Smith también utilizaba los términos indistintamente, pese a que las dos especies presentan patrones conductuales muy distintos, sobre todo en el contexto grupal. En el artículo del *Journal of Psychedelic Drugs* habla de ratones; y en *Love Needs Care* y otro libro que publicó, de ratas. Schoenfeld insistía en que, en su parte de la investigación, él había trabajado con ratas. Sin embargo, Smith se mostraba firme en que eran ratones, y no era capaz de explicar su confusión al respecto.

Al igual que el Proyecto San Francisco y el Proyecto de las Anfetaminas de Roger Smith, la investigación de David estaba financiada por el Instituto Nacional de Salud Mental, que, a modo de recordatorio, tiempo después admitió que había sido utilizado como tapadera por la CIA en la investigación sobre el LSD. Y aunque David no lo mencionó nunca en sus escritos, su trabajo estaba claramente en deuda con la labor de referencia de otro psicólogo del Instituto, John B. Calhoun, que estaba estudiando a las ratas desde 1946.

Según Calhoun, las ratas en grupos confinados —incluso sin drogas— se volvían inusualmente agresivas. De pronto violaban, mataban, practicaban el canibalismo o cometían infanticidios. En el «sumidero conductual» —término de Calhoun para sus entornos agregados de ratas—, emergía una rata macho dominante que sometía a los otros machos, a los que convertía en una tribu de seguidores acobardados y débiles, y organizaba a las hembras en un «harén» de esclavas sexuales. El grupo más extraño que aparecía era el de «los rastreadores»: ratas macho «hipersexualizadas» que acosaban y violaban tanto a machos como a hembras y que a menudo canibalizaban a las crías. Los rastreadores cometían ataques «desquiciados» y «enloquecidos» contra familias de ratas que dormían en sus nidos dejando allí solo los restos de sus víctimas a medio comer. Tampoco en este caso había drogas de por medio; los rastreadores emergían sin más como consecuencia de su confinamiento. Respetaban solo a la rata macho dominante: ante su presencia, huían.

El estudio de Calhoun fue un punto de inflexión. A mediados de los sesenta, entre crecientes preocupaciones sobre la densidad de población,

científicos sociales, políticos y periodistas lo citaban para explicar los disturbios en los atestados guetos de Norteamérica. El término «sumidero conductual» —definido como «el resultado de cualquier proceso conductual que junte un número excepcionalmente elevado de animales... lo que agrava todas las formas de patología que se puedan detectar en el grupo»— se incorporó casi de inmediato al léxico científico. David Smith lo usaba mucho en sus escritos y sus entrevistas conmigo.

Aunque Smith no citaba el nombre de Calhoun, su estudio era básicamente una continuación: lo que quería era controlar las patologías de las ratas (¿o eran ratones?) en entornos abarrotados agravando la situación con anfetaminas. Y llegó a la conclusión de que las anfetaminas eran más tóxicas si las ratas estaban en grupo que si estaban solas. En esencia, el apiñamiento agudizaba los efectos del estimulante.

Esta conclusión, como tantas cosas de la investigación de Smith, me desconcertó. No veía por ningún lado su imparcialidad ni su objetividad. Según Calhoun, la violencia de las ratas no se veía intensificada por el confinamiento, sino que era creada por este. Entonces, ¿qué importancia tenía que Smith les inyectara anfetaminas? Era como estudiar a patinadores borrachos e inexpertos para aprender acerca de la intoxicación etílica. Los patinadores novatos iban a caerse igualmente, con independencia de si habían bebido o no. Por otro lado, en el proyecto de Smith se pasaban totalmente por alto las más interesantes sutilezas de la investigación de Calhoun; la aparición de un macho dominante, un harén de hembras serviles y una clase marginal de «rastreadores», todo lo cual, hay que decirlo, recordaba mucho a la Familia. Tenía yo la duda de si las anfetaminas, con o sin LSD, habían incrementado el control del macho dominante sobre sus seguidores.

Habida cuenta de la inquietante manera en que el estudio de Smith prefiguraba la creación de la Familia —ante las narices de David, en Haight, durante el verano de 1967—, me pregunté si él lo ocultó adrede. Nunca he estado cerca de demostrarlo, pero tampoco he sido capaz de explicar determinadas lagunas. ¿Por qué empleó LSD para provocar sugestionabilidad en las ratas antes de inyectarles anfetaminas y desquiciarlas?

A partir de cierto momento, Smith mostró poco interés en ayudarme a resolver nada.

—Yo estaba hablando solo de los paralelismos con la Familia Manson — dije—, y cuando intento describir su investigación, me quedo colgado en...

—Muy bien, ¿por qué no se olvida de la investigación, entonces?

Suprima todo esto de su libro y ya está.

—Fue importante —señalé.

—Está dedicando usted demasiado tiempo suyo y mío a este asunto. Coja lo que quiera y deje lo demás. **El síndrome psicodélico**

Cuando Roger Smith se asoció con la Clínica Médica Gratuita de Haight-Ashbury para iniciar el Proyecto de Investigación sobre las Anfetaminas, cogió la tarea donde la había dejado David... pero esta vez el estudio incluiría a personas. Esto significaba que los dos Smith y Manson estaban con frecuencia en el mismo lugar, al mismo tiempo, en un escenario en el que los dos primeros habían recibido una generosa financiación de un instituto federal del que se sabe que era una tapadera de la CIA.

—En cierto modo fue algo fortuito —dijo David al respecto—. Roger era el jefe del proyecto de investigación sobre el speed y Charlie acudía a Haight a visitar a Roger. No venía a participar en el proyecto. Daba la casualidad de que Roger era su agente [de libertad condicional].

Resultaba imposible dar con detalles del Proyecto de Investigación sobre las Anfetaminas, y más en general sobre los tejemanejes farmacológicos en la clínica. Los montones de papeles que cabría esperar de una experimentación científica simplemente no estaban. Stephen Pittel, psicólogo forense que había trabajado con ambos Smith en la clínica, se ofreció a darme una asombrosa información que Roger y David me habían negado.

—Lo único que recuerdo sobre el ARP es que una noche entraron a robar y se llevaron todos los expedientes de Roger —me explicó Pittel. Esta desaparición había sido muy fastidiosa, en parte porque Roger «era, de entrada, un tío de lo más obsesivo». Se mostraba especialmente quisquilloso sobre Manson. Tras los asesinatos, Roger se negaba a hablar de él con nadie. Pittel supuso que Smith no quería que le echaran la culpa por haber «mandado» a Manson a Haight—. Creía que la gente le acusaba de ser él quien había intoxicado el ambiente.

El primer jefe de psiquiatría de la Clínica Médica Gratuita, el doctor Ernest Dernburg, también recordaba el robo de los expedientes del ARP. Según contaba, habían desaparecido justo después de que se hiciera pública la detención de Manson por los crímenes de Tate-LaBianca, y que «Roger, como es lógico, estaba muy afectado». Los ladrones no se llevaron nada más, lo que indujo al personal a pensar que lo había hecho la policía o alguna organización federal. Eran documentos sobre investigaciones, me recordó: «Carecía de todo sentido que alguien robara esas cosas cuando para el

individuo corriente no tenían intrínsecamente valor alguno. Por lo visto, la finalidad era más perversa».

Los dos Smith negaron que se hubiera producido el robo. «Está usted tratando con memorias envejecidas», dijo David. Pero Dernburg y Pittel, médicos a tiempo completo y fuentes creíbles, se atenían a su relato. «Los robaron, sin ninguna duda», dijo Pittel. Dernburg, afectado por la insinuación de David sobre sus facultades mentales, me contó más cosas que recordaba. «Había una cantidad considerable de investigación... era el primer estudio sobre anfetaminas que se hacía a pie de calle. Para la clínica habría sido muy importante... y desapareció. Llame a David. Pregunte a Roger si tiene los expedientes o si sabe dónde están.»

Los dos hombres dijeron no tener ni idea.

Lo que ha sobrevivido son los números del *Journal of Psychedelic Drugs*, el medio portavoz de las investigaciones de la clínica, que actualmente todavía se publica. David Smith lo creó en 1967, y en distintas épocas tanto él como Roger formaron parte del consejo de redacción. A finales de los sesenta y principios de los setenta, la revista sacó una serie de artículos de David y otros médicos sobre los efectos a largo plazo del LSD y las anfetaminas.

Uno de ellos esperaba averiguar «si una experiencia dramática inducida por drogas» tendría «un impacto duradero en la personalidad del individuo». Otro señalaba que las sensaciones de «cólera frustrada» empujaban a la gente a querer probar el LSD: «En el suelo del que “brotan los niños de las flores” hay más rabia y agresividad, cardos y espinas que petunias y pasionarias». Bajo «presión emocional», el ácido podía provocar «imágenes y sensaciones de rabia u odio ampliadas hasta alcanzar proporciones de pesadilla».

David Smith había estudiado estos mismos fenómenos y formulado un concepto que denominaba «síndrome psicodélico», expresado por primera vez en 1967 o principios de 1968. El quid de la cuestión era que, cuando se tomaba en grupos de personas afines, el ácido daba lugar a un «estado LSD crónico» que reforzaba «la interpretación de la realidad psicodélica». Cuanto mayor era la frecuencia con que el mismo grupo de «amigos» consumía ácido, más se animaban unos a otros a adoptar la cosmovisión que habían descubierto juntos en pleno viaje de LSD, por lo que se generaban «cambios psicológicos espectaculares».

Por lo general, el síndrome psicodélico era inofensivo, si bien el consumo regular de LSD sí podía provocar «la aparición de una marcada

orientación hacia el misticismo». Por otro lado, en las personas con una «personalidad prepsicótica», escribía Smith, el LSD originaba «un trastorno psicológico duradero, normalmente una reacción depresiva o un proceso esquizofrénico».

¿Había detectado Smith este «síndrome» en la Familia? Tras la detención de Manson por los asesinatos, David escribió lo siguiente: «Probablemente a Charlie se le habría diagnosticado esquizofrenia ambulatoria». Dijo lo mismo cuando le pregunté por Manson: «Lo consideré esquizo». Roger Smith era quien había hecho el mejor diagnóstico, por lo demás el primero: «Roger decía que desde el primer momento supo que Charlie era un psicópata».

No obstante, al parecer Roger nunca creyó necesario intervenir, es decir, mandar a su tutelado de vuelta a la cárcel y hacer que recibiera la atención psiquiátrica apropiada. En vez de ello, lo envió a Haight y vio que consumía ácido a diario al tiempo que iba rodeándose de seguidores jóvenes y sugestionables. Entretanto, David estaba estudiando las circunstancias psicológicas concretas que dieron origen a la Familia Manson mientras atendía a sus miembros en la clínica. Bugliosi había suprimido todos estos hechos de la historia del grupo.

Roger Smith sabía que, en el imaginario popular, el estereotipo del adicto era muy potente. Se consideraba que los consumidores ocasionales de drogas eran intrínsecamente criminales, un rasgón en el tejido social. Era muy fácil manipular el miedo de la gente a personas así.

El año anterior a la salida de Manson de la cárcel, Smith publicó un ensayo de criminología titulado «Política de *statu quo* y la imagen del adicto», en el que analizaba la propaganda que había estigmatizado a los fumadores de opio chinos (u «orientales», tal como lo escribió él) de San Francisco a principios del siglo XX. Tras citar archivos policiales y manuales de estrategia, Smith describía un esfuerzo concertado para difamar a los adictos al opio —que en términos generales eran pacíficos— calificándolos de «desviados perniciosos» que «suponían una amenaza para la sociedad».

A este fin, varios agentes «recibieron el encargo de hacerse pasar por drogadictos» e infiltrarse en el mundo del opio. Su objetivo era «describir al adicto como un individuo peligroso susceptible, en su estado enloquecido, de robar, violar o saquear». Y surtió efecto: en 1925, los antaño invisibles consumidores de opio de los guetos chinos de San Francisco aparecieron en los medios como «toxicómanos trastornados». El cambio en la percepción de

la gente permitió a la policía tomar medidas drásticas contra la población china y deportar o encarcelar a los indeseables. Smith no aprobaba ni condenaba estos esfuerzos, aunque sí señalaba que habían sido efectivos. «Los orientales —escribió— eran considerados una amenaza para las estructuras vigentes de este país.» Empañar su imagen significaba que podían ser «diferenciados y degradados a satisfacción de la sociedad».

Es fácil ver cómo una investigación así podía aplicarse a los hippies de finales de los sesenta. La mayoría de los norteamericanos desaprobaban el ácido, como desaprobaban todas las drogas, pero hizo falta un Charles Manson para darle al LSD unas dimensiones nuevas y temibles. De repente provocaba violencia, y los hippies que lo consumían eran percibidos como individuos peligrosos y de ojos desorbitados cuando en otro tiempo habían sido hedonistas inofensivos, bien que insustanciales y pueriles.

El objetivo de la clínica —asistencia sanitaria gratuita para todos— era un elemento irreprochable de la ética hippie, y no cabía dudar de que David Smith y sus médicos voluntarios habían mejorado la comunidad. Sin embargo, el hecho de que la clínica incluyera en su nombre la palabra «Gratuita» no significaba que no tuviera costes. El lugar hacía las veces de puerta de comunicación entre el mundo hippie y el convencional, lo que permitía a los médicos un examen más detenido de las jerarquías y los matices de la contracultura. A cambio de su atención sanitaria «gratis», los pacientes se dejaban examinar exhaustivamente por investigadores ansiosos, sobre todo David Smith.

Emmett Grogan, fundador de los Diggers, fue uno de los pocos observadores que detectó algo impropio en el idealismo de Smith. Los Diggers eran un grupo anarquista del que se sabía que proporcionaba comida, alojamiento y ayuda médica a fugitivos de Bay Area. A Smith le caían bien, y colaboró con ellos en una enfermería gratuita ubicada en su Happening House, donde encontró inspiración para su propia clínica.

No obstante, como escribió Grogan en su libro de memorias de 1972 *Ringolevio: una vida vivida a tumba abierta*, la admiración no era mutua, o el menos no duró mucho tiempo. Smith pronto «cayó en el autoengrandecimiento». Parecía «más preocupado por la farmacología de la situación que por atender a las personas enfermas que acudían a él en busca de ayuda». Grogan advirtió que Smith llevaba un detallado registro «sobre drogas y su abuso», del que se valió para conseguir la financiación de la Clínica Médica Gratuita, que inauguró solo seis semanas después de haberse

incorporado a la actividad de los Diggers. Grogan captó la declaración de intenciones de la clínica: «El hecho de que nadie tuviera que pagar nada no significaba que fuera “gratuita” —escribió—. Por el contrario, los pacientes eran tratados como “sujetos de investigación”, y las instalaciones se utilizaban para respaldar cualquier innovación médica que fuera nueva y apropiada para la institución».

Uno de estos pacientes fue Manson, desde luego, que acabó siendo también uno de los sujetos de investigación de David Smith. Era un caso tan especial que Smith lo supervisaba más allá de las paredes de la clínica: mandaba a su principal investigador a Los Ángeles, pues Manson y sus seguidores se habían instalado en los abandonados platós de *westerns* del Rancho Spahn. **La comuna de los matrimonios grupales**

Quizá recordemos el nombre de Alan Rose. Fue Rose quien en 1968 lo dejó todo y puso rumbo a Mendocino cuando varios seguidores de Manson acababan de ser encarcelados allí. Ese viaje fue solo un prelude de su profunda relación con la Familia, en la que pronto se integró para estudiar sus dinámicas sexuales... o solo para echar un polvo, dependiendo de a quién se pregunte.

Rose era conocido de Roger —le había ayudado a poner en marcha el Proyecto de Investigación sobre las Anfetaminas—, pero estaba más unido a David, que me dijo: «Al era como mi discípulo y yo era como su padre». Antiguo estudiante rabínico, Rose había abandonado la universidad en Ohio para mudarse a Haight en 1966, cuando contaba veintiún años. Llegó a ser administrador jefe de la Clínica Médica Gratuita y ayudante de investigación, en diferentes momentos, de ambos Smith. Rose y David fueron coautores de tres estudios sobre la cultura de las drogas en Haight, que aparecieron publicados en el *Journal of Psychedelic Drugs*. Al igual que los Smith, Rose tenía una comprensión intuitiva de la población y un conocimiento clínico de las sustancias que se tomaban aun sin tener formación médica académica.

Aunque en muchos sentidos era reservado y socialmente torpe, Rose disfrutaba de Haight, sobre todo de su aperturismo sexual. A este respecto se consideraba inexperto, algo que esperaba poder cambiar cuando Roger lo presentó a Manson y a las chicas, que acudían a la clínica cada vez con más frecuencia. Rose estaba entusiasmado. Llegó a la conclusión, junto con David, de que los miembros de la Familia serían buenos sujetos de experimentación. Sin embargo, ya estaba ahí la cuestión de su imparcialidad. Según la leyenda que se contaba en la clínica, las chicas habían «seducido» a Rose,

seguramente a instancias de Manson.

Cuando, en junio de 1968, Manson seleccionó a varios de su grupo para que le acompañasen a Los Ángeles, Rose quizá temió que la fiesta que ya duraba un año estuviera tocando a su fin. Entonces invitó a las mujeres restantes a mudarse a su casa de Haight-Ashbury, donde él podría atender sus necesidades hasta que Manson las mandara llamar.

Fue entonces cuando algunas de las chicas fueron a Mendocino a captar gente con el desafortunado resultado que conocemos. Tras ser encarceladas, Rose aprovechó la oportunidad para rescatarlas. Tal como describe David Smith el episodio en *Love Needs Care*, Rose se excedió: visitaba a las chicas a diario y les llevaba caramelos y cigarrillos. Mary Brunner, la madre del recién nacido hijo de Manson, aún estaba dando de mamar. Las otras chicas adquirieron la costumbre de ir desnudas y chuparle leche de los pechos. Esto ponía nervioso al personal de la prisión, pero Rose respondía por ellas. Fuera de la cárcel, se dedicaba a consultar con abogados sobre la estrategia judicial y a preparar su declaración como testigo de buena conducta. Entretanto, vivía del dinero que le hacía llegar David Smith.

Cuando el caso estuvo resuelto, las chicas se largaron enseguida al Rancho Spahn, pues no querían hacer esperar a Manson. A estas alturas, da la impresión de que Rose no soportaba la idea de separarse de ellas, así que las acompañó. Y se quedó allí cuatro meses.

¿Era un viaje de negocios o unas vacaciones? No sabemos en qué medida Rose sucumbió al poder de la Familia. A juzgar por lo publicado sobre el tiempo que pasó en el rancho, Rose era más un catalizador que un devoto ciego. De un modo un tanto opaco, David Smith escribió que Rose era «un primo solidario y a la vez un observador-participante —con un enfoque sociológico— del extraño fenómeno de las comunas». Roger Smith también había empleado el término «observador-participante» en su Proyecto de Investigación sobre las Anfetaminas: respaldaba la idea de mirar hacia otro lado si los sujetos experimentales de uno infringían la ley. ¿Aplicó Rose la misma laxitud en el Rancho Spahn?

David Smith proporcionó diversas y a veces contradictorias descripciones del papel de Alan Rose en la Familia, y cuando intenté poner las cosas en claro perdió los estribos. La primera vez que hablamos admitió que «Al acabó embelesado por su filosofía y viajaba con ellos». Rose consumía ácido con la Familia, explicó Smith, «y después seis de las chicas lo mataron a polvos y él vio a Dios... Me pidió prestado algún dinero que no me

devolvió, y resultó que se lo había dado a Charlie... así era todo, muy raro». Otras fuentes también recordaban que Rose había tenido algún tipo de encuentro sexual eufórico con la Familia.

No obstante, en un momento dado empezó a sentirse incómodo en el grupo y se fue.

—Regresó —dijo Smith—. No puedo asegurar que lo echaran. Él solo dijo que ya no quería saber nada de eso.

Sin embargo, cuando volví sobre el tema con Smith unos años después, dijo:

—No sé si Al fue al Rancho Spahn. —Al recordarle que tiempo atrás me había dicho otra cosa, hizo una concesión de mala gana—. Estuvo con ellos cuatro semanas, ¡como mucho!

Así pues, acabé buscando y localizando al propio Rose, quien por teléfono me dijo que había estado en el rancho «seguramente unos tres o cuatro meses». A Rose le sorprendió que yo quisiera hablar con él —solo lo había hecho antes otro periodista—, y a mí me pareció que se mostraba indiferente con respecto a esa época pasada con la Familia. A diferencia de los Smith, daba la impresión de ser una persona apacible, algo ingenua, modesta. Sus recuerdos de finales de los sesenta tenían los bordes alisados como las piedras del mar. Se acordaba de las chicas, claro.

—Tenían un dinamismo y un grado de confianza en sí mismas que asombraba —dijo—. Entraban en una tienda y pagaban con un cheque sin enseñar el documento de identidad, ¿entiendes?

Y recordaba el poder que irradiaba Manson, que por entonces exhibía un carisma rudimentario contaminado de egocentrismo y racismo. Con todo, él le obedecía, sintiendo sinceramente que su «destino estaba ligado al de Charlie y las chicas».

—Éramos todos muy impresionables —añadió—, muy idealistas... Charlie me convenció de que yo no necesitaba gafas. Y dejé de llevarlas. Me hacía conducir el autobús de acá para allá por la autopista de Los Ángeles. Me llevaba al límite.

Lo que finalmente le hizo abandonar el Rancho Spahn fue cierto incidente: tras recoger a una prostituta en la carretera, Manson la «hizo desfilar» delante de sus seguidores diciendo que «no se acostaría con ella “porque no quería mamársela”. Me pareció una humillación en toda regla».

Rose regresó a Haight a finales de otoño de 1968. Se instaló con Roger y su esposa, Carol, en Tiburon, y ayudó en la redacción de dos estudios. El

primero era la tesis del Proyecto de Investigación sobre las Anfetaminas. El segundo se titulaba «La comuna de los matrimonios grupales: un estudio de caso», que firmaría junto a David Smith: el primerísimo estudio erudito sobre la Familia Manson.

David y Rose creían tener en las manos un trabajo de investigación importante, reforzado por observaciones de primera mano de la Familia a cargo de Alan. Los primeros comentarios sobre su «estudio» se publicaron seis semanas después de que la Familia fuera acusada de los crímenes, en una entrevista que en enero de 1979 Smith concedió al *Berkeley Barb*, un semanario alternativo. El artículo de primera plana tenía este titular: «Doctor en medicina sobre la vida sexual de Manson. Psicólogo que vivió con la Familia Manson habla sobre la comuna».

Smith hablaba de los «cuatro meses» de Rose en el rancho, pero nunca señaló que su compañero de investigación había sido seguidor de Manson. A propósito o no, Smith daba la impresión de que el tiempo de Rose con la Familia formaba parte de un estudio planificado; de hecho, habían decidido escribir sobre la Familia solo después de que Rose se marchara de la comuna, aspecto que abordarían más adelante. Por otro lado, aunque Rose era el «psicólogo» del titular, no era, desde luego, un psicólogo de verdad. Smith no le dejaba hablar nunca. En su lugar, el periodista citaba partes del «estudio erudito», señalando que Smith había sacado el artículo de la imprenta tan pronto supo que sus sujetos habían sido acusados de asesinato masivo.

El artículo, publicado en el *Journal of Psychedelic Drugs* en septiembre de 1970, desvinculaba la Clínica Médica Gratuita de la relación de Rose con la Familia. Titulado «La comuna de los matrimonios grupales: un estudio de caso», nunca identificaba a Manson por su apellido, con lo que era el lector quien debía establecer la conexión. «La participación en la comuna en la época de la intervención [de Rose] —decía la introducción— no estaba asociada a observaciones académicas, y solo después de abandonar el escenario comunitario se pensó que aquello se prestaba a ser descrito.» Para exculpar a los autores de cualquier responsabilidad relativa a los asesinatos, se manipulaban los datos sobre Charlie, diciendo que durante «nuestra observación» él «expresó una filosofía de no violencia... una filosofía psicodélica inducida por el LSD que no constituía una fuerza motivadora importante».

Smith minimizó aún más la relación de los miembros de la Familia con la

clínica al afirmar que estuvieron viviendo en Haight solo «tres meses», durante los cuales su residencia «principal» era un autobús. La verdad es que la Familia vivió en Haight más de un año, a dos manzanas de la clínica, y después de que Manson se marchara a Los Ángeles con algunos adeptos, los otros se mudaron a la casa de Rose.

El artículo planteaba la cuestión de por qué «esas chicas jóvenes» se sentían «tan atraídas y cautivadas por un místico perturbado como Charlie». Una buena pregunta. A partir de cierto momento, dio la sensación de que Rose y Smith no tenían intención alguna de responder. El trabajo detallaba métodos abusivos y controladores de Manson, sobre todo las tácticas sexuales, pero se apartaba de su verdadera especialidad: el LSD. Lo más tremendo es que el artículo nunca se actualizó para mencionar los crímenes de Tate-LaBianca, pese a haber sido publicado un año después. El elemento crucial de que Rose se había infiltrado en la «comuna» no aparecía por ningún sitio. **«Expurgado»**

A Vincent Bugliosi, David y Roger Smith no le servían de mucho, y Alan Rose no le servía de nada. Para *Helter Skelter* no entrevistó a ninguno de ellos. La única cita de Roger que aparece en el libro —«hay un montón de Charlies por ahí, créeme»— había sido sacada de su breve artículo para la revista *Life* y entrecomillada para que pareciera que Bugliosi había hablado realmente con él. Y en cuanto a David, lo mismo. Bugliosi lo utilizó para invalidar la inferencia de que las drogas hicieron posible la Familia, citando su afirmación de que «el denominador común era el sexo, no las drogas». Esta cita también está extraída engañosamente de la revista *Life*; y, dado el ámbito de investigación de David Smith, no entiendo cómo llegó realmente a creérselo. Aparte de eso, los Smith están ausentes de una historia que sin ellos nunca se habría conocido.

Un libro es una cosa... Bugliosi tenía licencia dramática. Quizá simplemente pensaba que no podría hacer justicia al conflictivo año de Manson en Haight-Ashbury. Pero el juicio fue diferente. Ahí Bugliosi debía convencer al jurado, más allá de toda duda razonable, de que Manson ejercía sobre sus seguidores un control suficiente para hacerles matar por él. Consiguió que testificaran antiguos miembros de la Familia a cambio de sentencias más benévolas o retirada de cargos: a tal fin, aportaron ejemplos claros del dominio de Manson. Sin embargo, nunca mandó llamar a Roger ni a David Smith, dos autoridades que veían a Manson casi a diario mientras este formaba el grupo.

La obsesión de Bugliosi con la condena de Manson por complot es el

drama que hace avanzar *Helter Skelter*. Si quería conseguir un veredicto de culpabilidad para Manson, tenía que demostrar que este había ordenado los asesinatos y tenía suficiente control sobre los asesinos que cumplirían sus órdenes sin vacilar. Y quería hacerlo a toda costa. Quería testigos capaces de decir que «Manson ordenó o dio instrucciones a alguien para hacer algo», dijo a sus subordinados. Debía probar la «dominación».

Los artículos de Roger Smith y David Smith para *Life*, los mismos que Bugliosi citó en *Helter Skelter*, se publicaron un mes antes de que este emitiera la orden de que el Departamento de Policía se pusiera en marcha. En cuestión de semanas, el *Berkeley Barb* y el *LA Free Press* publicaron historias de primera página que abordaban el análisis de David Smith sobre las técnicas de «adoctrinamiento» de Manson, su «proceso de reorientación» de la gente nueva y sus «métodos para imponer disciplina entre los miembros de la Familia».

Bugliosi dijo al jurado que demostraría que Manson era «el líder dictatorial de la Familia». Todavía estaba llamando a testigos al estrado cuando apareció el artículo, en el que se leían frases como «[Manson] actuaba como un autócrata».

No obstante, los Smith y Alan Rose me dijeron que Bugliosi jamás se puso en contacto con ellos; como tampoco lo hizo nadie de la Oficina del Fiscal del distrito ni del Departamento de Policía de Los Ángeles. Pese a su amplio conocimiento sobre la Familia, los investigadores nunca creyeron estar obligados a decir nada a las autoridades. Si acaso, David Smith tenía miedo de declarar. «Recuerdo que no quería implicarme en el juicio —dijo—. Pensé que esto pondría nuestra clínica en peligro.»

El doctor Dernburg, director psiquiátrico de la Clínica Médica Gratuita cuando la Familia acudía allí, siguió el juicio con creciente pesadumbre al darse cuenta de que el episodio entero de la vida de Manson en San Francisco no iba a hacerse público. «Era literalmente —me dijo— como si la estancia de Manson allí hubiera sido expurgada del conjunto de la masa de datos.»

Yo no entendía nada. ¿Por qué Bugliosi había dejado de lado la prueba acusatoria más sólida que había? Se trataba del testimonio del control de Manson que realizarían, como testigos oculares, el agente de libertad condicional del acusado, un laureado investigador médico y su ayudante, que había vivido con el grupo. Cada uno habría podido subir al estrado de manera independiente, no influidos por la sugerencia de una admisión de culpabilidad o cualquier otro tipo de acuerdo.

Yo sabía que a la larga tendría que preguntar a Bugliosi sobre esto, pero a estas alturas no confiaba en él y quería acorralarlo todo lo posible. Así que llamé a Stephen Kay, también de la Oficina del Fiscal, para mostrarle todas las pruebas de la relación entre los Smith y la Familia. Me llevaba bien con Kay, y pensé que podía confiar en que sería sincero conmigo. En su despacho, le entregué los dos artículos de *Life* que sin duda Bugliosi había leído, además de informes de prensa sobre los Smith y trabajos de investigación de la Clínica Médica Gratuita.

Kay lo leyó todo a conciencia.

—Es la primera vez que veo esto —dijo boquiabierto.

Le pregunté si tenía alguna explicación el hecho de que Bugliosi hubiera pasado por alto ese material.

—Ninguna en absoluto —contestó Kay—. Vince leía todos y cada uno de los periódicos. Estaba suscrito a todos. Sé todo lo que teníamos en los archivos porque teníamos un archivador enorme. Lo he visto de arriba abajo.

Estaba convencido de que allí no estaban los papeles ni los artículos de los Smith. Si Bugliosi tenía algo, «lo guardaría en otra parte».

Por lo que Kay recordaba, Bugliosi nunca había hablado con aquellos tres hombres, nunca había contemplado la posibilidad de llamarlos al estrado, aunque ahora Stephen no entendía por qué.

—Si contábamos con personas independientes como esas —me dijo—, habría sido mejor llamarlas a ellas y no a un miembro de la Familia Manson... Para nosotros, estos testigos habrían sido pura dinamita.

Aunque los Smith no aparecieron nunca en el juicio, hay una relación entre su investigación y el razonamiento de Bugliosi, que sigue dejándome perplejo. En la primera fase del juicio, el fiscal convenció al jurado de que Manson había controlado todos los pensamientos y acciones de sus seguidores y punto. En la fase de la pena de muerte, tuvo que perfeccionar un tanto este argumento. Como los acusados podían ser condenados a muerte solo si habían actuado conforme a su libre albedrío, Bugliosi decía que, con independencia del lavado de cerebro, cada uno tenía una capacidad autónoma para asesinar. «Algo en lo más profundo de su alma les permitió hacer algo que usted y yo no somos capaces de hacer», me dijo aquel día. «Había algo independiente de Charles Manson que les corría por dentro... Esas personas no mataban solo por él, sino que lo hacían con entusiasmo, con placer. ¡Ciento sesenta y nueve puñaladas! ¡Algunas de ellas *post mortem*! ¿Qué demuestra esto? Creo que es una prueba circunstancial de que ciertas personas tienen más tendencias

homicidas que otras.»

Son estas «tendencias» lo que aparece en la investigación de David Smith. En un número de 1969 del *Journal of Psychedelic Drugs*, Smith escribió que el objetivo principal de sus experimentos con ratones era «aislar» los rasgos «conductuales» de los roedores que los empujarían a matar después de que les agregaran e inyectaran anfetaminas, y, por tanto, modificar su conducta mediante otras drogas. Dos años después, mientras escribía sobre el estudio y sus paralelismos con los hippies de Haight en *Love Needs Care*, Smith admitía que «aún hay que determinar si las anfetaminas modifican la personalidad sobre todo alterando bioquímicamente el sistema nervioso central o más bien reforzando o precipitando tendencias psicológicas a largo plazo». Curiosamente, como decía Bugliosi, estas «tendencias psicológicas» eran exactamente lo que Manson había aprendido a explotar.

En los años previos a los asesinatos de Manson, varios artículos del *Journal of Psychedelic Drugs* y otras publicaciones analizaron el aumento de la violencia psicótica en Haight y su conexión con las anfetaminas, el LSD y la densidad de población. Algunos hacían referencia a un artículo inminente de David Smith, Roger Smith y Alan Rose sobre el papel desempeñado por los factores de personalidad en las reacciones a las drogas por parte de sus consumidores. ¿Cómo es que tras una única experiencia con anfetaminas o LSD ciertas personas tenían alucinaciones que duraban días, o incluso semanas? ¿Era culpa de la droga o de algún aspecto de la psicología de los consumidores? El artículo prometía indagar en el fenómeno.

Pero cuando el artículo «Toxicidad aguda por anfetaminas» apareció por fin en la primavera de 1969, tanto Roger Smith como Alan Rose habían desaparecido como autores. Contradiendo su última afirmación en *Love Needs Care*, David Smith escribió que «discrepaba del consenso de que la personalidad era el principal factor diferenciador entre reacciones psicóticas y no psicóticas», sosteniendo en cambio que «en la subcultura de las drogas de Haight-Ashbury los principales determinantes de las reacciones psicóticas versus no psicóticas eran el entorno inmediato y la experiencia del consumidor».

A mi juicio, más importante que la contradicción del artículo era su falta de claridad: cuando cinco años después la HAFMC publicó ediciones encuadradas de todos los números del *Journal*, «Toxicidad aguda por anfetaminas» quedó excluido; también desaparecieron todas las referencias al mismo.

Igual que sacaron de las actas del juicio la época de Manson en Haight, el estudio de los dos Smith y de Alan Rose —un estudio sobre los orígenes de las mismas tendencias psicológicas observadas en los miembros de la Familia Manson— había desaparecido. **Colofón: seis horas con Roger Smith**

Todavía ahora, más de una década después, me emociono cuando veo el montón de documentos que enseñé a Kay ese día. Mientras los hojeo, recuerdo cómo me sentí cuando empecé a indagar sobre el año perdido de Manson en San Francisco. Pensé que había dado con el enfoque que diferenciaría mi historia de las páginas y páginas escritas hasta la fecha: los inicios de una hipótesis de trabajo sobre lo que motivó realmente los asesinatos de Tate-LaBianca. De acuerdo, era demasiado tarde para *Premiere*, pero podría ser el elemento clave de mi libro.

Depositó muchas de mis esperanzas en una última entrevista: una sentada con Roger Smith. La concertamos para finales de diciembre de 2001. Mi contrato con *Premiere* había terminado hacía un año, y ahora estaba viviendo de mis ahorros, pero estos menguaban. Si quería ganar más dinero, debería acabar mi propuesta y vendérsela a un editor.

Cuando hablé con Roger, supe que debía conseguir algo tan sólido que me permitiera acabar el reportaje. Y creí sinceramente que podría. Para mí resultaba obvio que Smith había encubierto algo; en este punto los indicios eran tan abundantes que no tendría problema en enfrentarme con él al respecto, aunque terminaríamos discutiendo. Le mostraría documentos que él no había visto desde hacía más de tres décadas. Le presionaría sobre sus relaciones con la clínica, con Manson, con David Smith y muchos más; le preguntaría por qué no había mandado nunca a Manson de nuevo a la cárcel y por qué había puesto en marcha el extravagante plan de enviarlo a México.

Huelga decir que no salió así.

Tras los asesinatos de Manson, Smith desarrolló su actividad profesional tras los bien fortificados muros de numerosas penitenciarías federales, donde dirigió unidades especializadas que estudiaban o atendían a agresores sexuales y drogadictos. De esta manera gozaba de mucha privacidad. A lo largo de los años, vivió en un yate frente a la costa de Hawái; en la rural Bend, Oregón; y en una granja de más de un siglo de antigüedad, rodeada de maizales, en Ypsilanti, Michigan, en las afueras de Ann Arbor.

A pesar de que le llamé de improviso, Smith accedió a la entrevista sin dudarle un instante. Estaba preparando su jubilación tras una década como

director de la Oficina de Forenses Mentales del Sistema Penitenciario del estado de Michigan, y aseguraba que ninguna de las más de quinientas personas que había entrevistado yo hasta la fecha le había dicho nada de mí. Por teléfono me dijo que esos años había sido reticente a hablar de Manson por miedo a que la vinculación deslustrase su carrera.

—Estoy a punto de retirarme —dijo—. Quizá ya sea hora de hablar.

La entrevista comenzó en su despacho en la prisión. Y acabó en su bellamente restaurada granja, después de casi seis horas, una pizza y varias botellas de vino. Estábamos a finales de diciembre, nevaba; fuera, los campos estaban cubiertos de blanco, y en las casas, incluida la suya, parpadeaban luces navideñas. Smith vivía con su segunda esposa, Carmen, que estuvo sentada con nosotros en el salón durante casi toda la entrevista. En la chimenea crepitaba el fuego. De una emisora de televisión por satélite emanaba un rock suave. La pareja no faltó en ningún momento a la cortesía, y yo advertí que Smith era un interlocutor paciente; apenas reveló alguna frustración ante mi tipo de preguntas, ni siquiera cuando prácticamente le forcé a examinar documentos que él no había visto desde hacía treinta y cinco años.

Pero la cuestión es esta: al final no conseguí nada. Sobre las cuestiones más importantes acerca de su relación con Manson, alegó ignorancia o aseguró no acordarse del asunto.

—Nunca he sido capaz de comprender cómo Manson acabó bajo la supervisión de usted en San Francisco si la libertad condicional se la habían dictado en Los Ángeles —dije.

—La verdad es que yo tampoco lo entiendo —dijo Smith, para quien en los sesenta los protocolos de libertad condicional eran menos estrictos y a los funcionarios les daba igual si Manson se iba a otra ciudad—. Era otra época, supongo.

Smith recordaba haber interrogado a Manson como parte de las «actuaciones previas a su excarcelación», un proceso rutinario en el que no habría estado involucrado, al menos no oficialmente, si Manson hubiera sido puesto en libertad en Los Ángeles.

—Bueno, es probable —contestó cuando le dije esto último—. Ni siquiera recordaba que fuera liberado fuera de Los Ángeles.

Sin embargo, pensé que lo pillaría en el asunto de las detenciones de Manson durante su supervisión. Le pedí que echara un vistazo a la carta que él había mandado a Washington, D. C., en la que pedía permiso para que Manson pudiera viajar a México.

—Entonces estaba encerrado en Ukiah —le dije a Smith.

—¿En serio?... No me informaron. Esto me resulta muy misterioso... Tenían que habérmelo notificado.

—¿Quién? ¿Manson o las personas que lo detuvieron? —pregunté.

—Las personas que lo detuvieron —contestó Smith—. Habría algún registro federal de sus arrestos, sus condenas, sus encarcelamientos, sus antecedentes penales.

—¿Esta detención significaba que había infringido su libertad condicional?

—Por supuesto.

En aquel momento yo no lo sabía, pero en cierto modo Smith estaba en lo cierto. Había dos documentos federales —la ficha penal de Manson del FBI y su expediente en la Oficina de Identificación e Investigación Criminal— donde aparece su condena del 31 de julio de 1967, lo cual demostraba que el gobierno sí había sido notificado. El primero de estos documentos estaba fechado en la época de la supervisión de Smith, por lo que este también estaría informado —el agente de libertad condicional recibe estos papeles por norma—, y sin embargo lo negaba. Por si acaso, quise verificarlo con otro agente federal que había trabajado por entonces en la zona de Bay Area. El hombre me confirmó que el Departamento de Justicia le habría notificado a Smith de forma automática la condena de Manson. «En aquel entonces —dijo—, los federales no solían meter la pata.»

Cada vez que leía las transcripciones de mis entrevistas, ante cosas así daba un respingo. Yo me preparaba a conciencia para estas conversaciones, sobre todo en casos en los que, a mi juicio, las preguntas adecuadas podían suscitar revelaciones importantes. Al revivir entrevistas maratonianas como esta, a veces lamento que en su momento tuviera que interrumpir la conversación para ir al baño... quizá si no hubiera ido, todo habría transcurrido por otros derroteros.

Todavía ahora tengo dudas sobre lo que habría pasado si hubiera retrasado el encuentro con Smith hasta haber reunido todo el material posible. En 2001, por ejemplo, aún no había descubierto la entusiasta recomendación que había hecho en relación con Susan Atkins, para la que consiguió efectivamente la libertad condicional un año antes de los crímenes. Si hubiera sabido esto, habría podido impugnar muchas afirmaciones que hiciera Smith sobre Atkins aquella noche: la llamaba «dama dura, dura», y esperaba que no saliera jamás de la cárcel. «Daba miedo. Era agresiva. Pensé que era una

especie de agente de Charlie.» Prácticamente un giro de ciento ochenta grados con respecto al hombre que, en 1968, había asegurado que Atkins «acataría de buen grado cualquier cláusula de la libertad condicional que vaya dirigida a su rehabilitación».

Señalé que al parecer Manson había seguido invocando el nombre de Smith después de que concluyera su relación. Manson y las chicas siguieron visitándole en su consultorio de la clínica, e incluso en su casa.

—Creo que todavía quería hacerle pasar a usted por su agente de libertad condicional —le dije a Smith.

—¿En serio? —fue lo único que supo decir sobre el asunto.

Cuando Smith me dijo que nunca le habían pedido que testificase, pese a haber intervenido «como perito judicial en montones de juicios», les dije a él y a su mujer que esto me dejaba pasmado. Ellos también parecían perplejos.

—¿Pasaba entre bambalinas algo que su declaración habría dejado al descubierto, un esquema general que alguien quisiera mantener en secreto? —pregunté—. Por ejemplo, el hecho de que en Los Ángeles lo ponían repetidamente en libertad sin acusarle de nada cuando tenían en su contra pruebas de sobra.

Smith perdió los estribos por primera vez.

—Muy bien, usted se basa en la teoría de que él estaba en el ajo... de que ahí había algo más. No puedo ayudarle, Tom. No lo sé. —Se puso colorado y gritó—: ¡No lo sé, de verdad!

—Como usted participó en esa fase de gestación en San Francisco, pensaba que quizá se habría percatado de algo.

—Sí, capté su talento. Capté sus disparates. Tenía mucha labia —dijo Smith—. Hacía mucho tiempo que sabía hasta qué punto él podía influir en la gente... su particular verborrea psicológica era de lo más convincente.

Smith me recordó que, a finales de los sesenta, San Francisco, con sus usos y costumbres tan diferentes, podría haber sido muy bien otro país. Yo coincidía con él en cierta manera. Llegados a este punto, había hablado con tantas personas sobre esa época que daba la sensación de que todo era totalmente cercano y ajeno a la vez. Muchas de mis fuentes, incluidas las más fiables, tenían dificultades para explicar sus sentimientos y motivaciones, no solo por el tiempo transcurrido, sino también por cierta brecha que se había abierto entre ellas y el pasado. Era algo irremediable: con independencia de cómo habían surgido, los años sesenta habían desaparecido, incluso de la memoria.

Tras volver a llenar los vasos, Smith evocó la escena:

—Fue la época en que por primera vez se pudo acceder a las píldoras anticonceptivas de forma generalizada... quizá le parezca muy estúpido... pero las mujeres iban por ahí y se quitaban el jersey para mostrar que no llevaban sujetador, y te proponían tener relaciones sexuales. Algo insólito. — Y prosiguió—: Luego viene el asunto de las drogas. Y luego lo de Haight-Ashbury. La zona entera de Bay Area era uno de los lugares más electrizantes que se pudiera imaginar..., como un imán.

Manson, dijo Smith, había superado ya la edad de la inocencia. Recordaba que, cuando cambió su trabajo como agente de libertad condicional por el Proyecto de Investigación sobre las Anfetaminas, en el barrio de Haight ya había entrado el speed, «el comienzo de uno de los patrones más increíblemente destructivos del consumo de drogas que he visto en mi vida... Los primeros seis meses que estuve allí hubo treinta asesinatos en un radio de, pongamos, seis manzanas desde nuestra oficina. Eran chicos de clase media, muy ingenuos... Fue el espectáculo más sensiblero y estúpido que quepa imaginar».

En un escenario así, había Charlie Mansons a patadas. Haight estaba tan repleto de bichos raros, buscavidas, drogadictos y gurús que al paso de Manson nadie se inmutaba. Si acaso, decía Smith, era algo más respetable que la mayoría, en la medida en que rechazaba el speed y aconsejaba a sus seguidores que hicieran lo propio.

—Era un tipo muy extraño. Un hippie, claro. Y muy manipulador, pero... ¿de veras peligroso? Para mí no... Le dejaba viajar, y había un sistema de controles. En esencia, cuando se encontraba en Bay Area acudía a mi despacho cada semana. Le veía con mucha frecuencia. No solo en mi despacho... Al cabo de cierto tiempo empezó a venir con sus chicas; creo que acabó causando algunas molestias en la oficina.

Tomé nota mental de este comentario, pues parecía confirmar que Manson iba a la clínica para celebrar ahí las reuniones oficiales con su tutor. Más adelante abandonó esa costumbre.

—La verdad es que mi relación con la clínica era muy discontinua —dijo Smith—. No me instalé definitivamente hasta que dejé de ser agente federal de libertad condicional.

—La cronología me despista —dije—. Toda la gente de la clínica pensaba que Manson venía con motivo de su libertad provisional.

—No, no. Yo ya lo había dejado.

—Entonces, ¿iba solo a saludar?

—En primer lugar, no iba tan a menudo —señaló Smith—. Nunca lo vi con carácter oficial ni tampoco le invité a venir ni una sola vez. —Daba a entender que en las apariciones de Manson en la clínica no se detectaba nada inapropiado, pues un complot requiere una planificación minuciosa, y allí no había nadie con capacidad para planificar nada—. En Haight-Ashbury no pasaba nada que se saliera de lo programado. Había gente con un subidón de dos gramos de speed compensado con heroína y tipos llevando armas y puestos de ácido, era una absoluta locura. La verdad es que, en algunos aspectos, Charlie y las chicas eran de lo más sano que corría por ahí.

Esta afirmación no debería haberme sorprendido, Manson se había ganado la simpatía de Smith; estaban lo bastante unidos para que Smith se sintiera a gusto cuidando al hijo de Manson. Se había ocupado del niño «un par de meses, me parece. Sé que fue el tiempo suficiente para circuncindarlo, lo cual creo que le cabreó de veras».

Cuando nos hubimos terminado la pizza y casi también la última botella de vino, encaminé a Smith de nuevo hacia la cuestión de la psicología de

Manson. Yo aún creía que él intentaba enfocarlo de dos maneras: identificar la indignación y la inestabilidad de Manson y, a veces al mismo tiempo, restar importancia a las excentricidades de un hombre que había creado una secta en su presencia.

—Mientras estuvieron en San Francisco existía esta innegable lealtad hacia Manson, pero aquello tenía una naturaleza desenfadada —me explicó Smith—. Aún era posible bromear con él, y tomarle el pelo. —En su opinión, el traslado al Rancho Spahn fue fatal, pues sacó a la Familia de la sociedad—. Estaban aislados. Tomaban ácido cada día y básicamente carecían por completo de referencias de la vida real... Hay un momento en que todo salta por los aires. No sé cuándo sucedió eso, pero estoy absolutamente seguro de que no fue cuando estaba en San Francisco.

Al explicar por qué se había negado a hablar de Manson durante más de veinticinco años, dijo:

—Hubo muchas personas que, de la noche a la mañana, se volvieron expertas en Manson... sobre todo entonces. Incluso ahora. Estoy dispuesto a decirle en cualquier momento que se largue de aquí. Usted entiende lo que estoy haciendo aquí y lo que es importante, es decir, yo. Tom, la cuestión es que cuando recuerdo esa época no sé qué otra cosa habría podido hacer... Me da mucha tristeza... Pero no siento ninguna culpabilidad.

Esto lo resumía más o menos todo. Di las gracias a Smith y a su esposa por su generosidad y me puse de pie. Habíamos tomado algo de vino, y en su vieja y rústica casa de campo se respiraba cierta calidez, si no confianza. De pronto recordé que estábamos casi en Navidad. Me acompañaron a la puerta; me despidieron moviendo los dos la mano mientras yo me alejaba y seguían cayendo copos de nieve desde el cielo nocturno. En mi coche de alquiler, tomé la autopista y pasé por delante de la prisión en la que trabajaba Smith; por lo visto, él personalmente había planeado las nuevas instalaciones de salud mental de diez millones de dólares. Solo pensarlo, me sentí poca cosa.

La verdad es que Smith había sido algo más que complaciente. Había echado un buen vistazo a los papeles que le había llevado, había escuchado con gran atención mis preguntas... a primera vista, tras haber conseguido varias horas de grabación de uno de los funcionarios más inaccesibles relacionados con Manson, no tenía motivos para estar insatisfecho.

Y sin embargo, cuando más pensaba en ello, más clara era la sensación de que la entrevista tenía algo de extraño e inconcluso. Cuanto más cerca estaba del hotel, más triste me sentía. No había terminado mi historia, ni

siquiera estaba cerca del final. Había ido a Michigan esperando impresionar a Roger con pruebas incontrovertibles de todo lo que había pasado por alto. Y él, en esencia, había reaccionado con seis horas de encogimientos de hombros y vino y pizza gratis.

Más adelante transcribiría la entrevista y me pondría a trabajar en las pequeñas incoherencias y contradicciones del relato de Smith, pero ahora mismo estaba hecho polvo. En todo caso, aun suponiendo que encontrase algo en lo que ahondar, ¿tenía buenas pistas? ¿O Smith había estado entreteniéndose con seis horas de interrogatorio de alguien que vendía teorías de la conspiración? No me creía sus desmentidos; pero había tenido varias horas para demostrarle la verdad, para hacer que acabara hablando, y había fracasado.

En las fiestas regresé a Filadelfia. Nadie me conoce mejor que los miembros de mi familia, y en la pausa de Navidad notaron enseguida que algo iba mal. Yo me mostraba distante, me saltaba comidas para trabajar en la propuesta de libro y decidir mis próximos movimientos. Enfrascado en mis reflexiones, siguiendo los ritmos de mi narración, intentaba crear un relato coherente partiendo de transcripciones de entrevistas y montones de borradores descartados de mi viejo artículo para *Premiere*. Si no había revelaciones nuevas de Roger Smith, el final era un gran espacio en blanco.

También le dije con cierta vergüenza a mi padre que andaba mal de dinero. Me ofreció generosamente un préstamo, lo que necesitaba yo para mantenerme a flote... y acepté. Cuando le prometí que se lo devolvería, lo decía en serio.

Mi padre era asesor fiscal y profesor de derecho, y caí en la cuenta de que nunca le había hablado de mi reportaje, y eso que cada vez incluía más elementos jurídicos. Aquella Navidad lo puse al corriente de todo lo que había averiguado, enseñándole mi colección de carpetas de tres anillas, ahora con las hojas muy manoseadas y con un sinfín de señales de marcador y tabuladores de referencia.

Con gran alivio, vi a mi serio padre convertirse a mi pensamiento. Me había dicho que nunca se había fiado de Bugliosi —demasiado arrogante, demasiado ampuloso—, y ahora estaba dispuesto a remangarse, coger su bolígrafo rojo y echarme una mano de la mejor manera que sabía: discutiendo con el gobierno de Estados Unidos para conseguir expedientes y documentos. Con sus conocimientos jurídicos, me ayudó a rellenar nuevas solicitudes basadas en la FOIA y presentar reclamaciones con respecto a las anteriores.

En los meses siguientes, y durante varios años, logró lo que para mí había sido imposible: obligar a burócratas reacios a poner al día documentos revisados y entregar información con cuentagotas. No bastaba para llenar todos los huecos, desde luego, pero me permitía acercarme más a la verdad... lo cual no habría sido posible si no hubiera convencido a mi reservado papá. Él creyó en lo que yo había descubierto. Se formulaba las mismas preguntas que yo, sobre todo en relación con las reticencias de la junta de libertad provisional a mostrar el expediente de Manson. ¿Por qué estaban ocultándolo? Todo lo relativo al caso debería estar a disposición del público, creía él. Sus recelos me hicieron seguir adelante.

Después de Año Nuevo, me acompañó al aeropuerto. No olvidaré jamás las palabras de ánimo de padre a hijo que me dirigió. «No nos importa —dijo— si no llegas a ser capaz de demostrar todo esto. Lo único que nos importa es que lo intentaste con todas tus fuerzas.» Volví a la Costa Oeste revitalizado, consciente de lo afortunado que era por tener a la familia a mi lado. Al menos, pensé, podría tener acabado el libro cuando se celebrara el cuadragésimo aniversario de los asesinatos, en 2009.

11 Control mental **Al límite**

Todavía recuerdo el *e-mail* que envié a mi agente. Yo ya había asumido el hecho de que jamás llegaría a una conclusión sólida sobre la relación de Manson con los Smith. Había tenido que poner fin a mi reportaje y avanzar en mi propuesta de libro. Incluso me había tomado una semana entera libre —por primera vez desde que comenzara en 1999— para despejarme la cabeza. Y luego apareció Jolly West.

—Esto no te va a gustar —le escribí a mi agente; hice una pausa antes de teclear la frase siguiente—, pero creo que está conectado con el asesinato de JFK. —Hice otra pausa—. Y con los experimentos de control mental de la CIA.

Lo reescribí de un montón de maneras distintas intentando que sonara lo menos descabellado posible, pero cuando pulsé «enviar», me arrepentí enseguida. Quizá perdería al único profesional de la edición que estaba de mi lado. Si en este momento se marchaba corriendo, me haría cargo. Cuando había hecho referencia a un nuevo «hallazgo», él parecía contener la respiración, pero ahora sabía que estaba tentando la suerte.

De todos modos, lo que había escrito era verdad, y confiaba en que él lo

entendería. A lo largo de mis indagaciones en la Clínica Médica Gratuita de Haight-Ashbury, me había enterado de que otro investigador misterioso tenía allí un despacho... y de que su estudio sobre el LSD tenía lazos más claros y perversos con la CIA que ningún otro. Al menos este no se llamaba Smith: se trataba del doctor Louis Jolyon West. Sus amigos lo llamaban Jolly, por su segundo nombre, su impresionante barriga y su desbordante personalidad. Buscar a West parecía algo lógico, pero también significaba zambullirse en las profundas aguas de la conspiración, donde, por lo que yo sé, solo se había aventurado antes algún insensato. Pensé en Bill Nelson, el extraño vendedor de recuerdos de Manson, con el que estuve una vez en Denny's. En el aislamiento y la intensidad de este trabajo, ¿había algo que me atraía pese a que ahuyentaba a la mayoría de la gente?

Me había atrevido a hablarle de esto a mi agente porque había descubierto documentación fiable acerca de un viejo rumor sobre West. Este se había valido de drogas e hipnosis para llevar a cabo experimentos de control conductual con ciudadanos norteamericanos sin su conocimiento o consentimiento. La denuncia había llegado en 1977 a la portada de *The New York Times*, pero West lo había negado todo hasta el día de su muerte, y nadie había podido probar nunca la acusación. Yo sí podría, y pensaba que sería mi principal exclusiva. El currículum de West estaba tan repleto de intrigas y payasadas de científico loco que incluso alguien como Whitson, que se comportaba como un espía salido de una página de *GQ*, resultaba insignificante a su lado.

Nacido en Brooklyn en 1924, durante la Segunda Guerra Mundial, West se había alistado en la Fuerza Aérea, donde con el tiempo alcanzaría el grado de coronel. Mi interés aumentó cuando me enteré de que había aceptado un encargo del propio David Smith, para la clínica, consistente en captar sujetos para las investigaciones sobre el LSD.

Al principio de su carrera, West estudió en Cornell métodos de control del comportamiento humano. Durante la Guerra de Corea, ayudó a «desprogramar» prisioneros de guerra retornados a los que al parecer se les había lavado el cerebro. Su éxito mereció atención a escala nacional. Aproximadamente en la misma época, alcanzó aún más fama cuando se sumó a diversos activistas de los derechos civiles, como su amigo el actor Charlton Heston, o el doctor Martin Luther King, Jr., en manifestaciones donde se exigía igualdad de derechos para los afroamericanos. Curiosamente, mientras estaba luchando por los derechos de algunos, se sospecha que estaba violando los de

otros. Según sus detractores, durante los años cincuenta y principios de los sesenta, en las bases de la Fuerza Aérea de Texas y Oklahoma, West realizó con individuos no voluntarios experimentos en los que utilizó LSD e hipnosis.

Tras el asesinato de John F. Kennedy, en noviembre de 1963, West hizo un examen psiquiátrico a Jack Ruby, el que había matado al asesino de Kennedy, Lee Harvey Oswald. No mucho antes de que Ruby tuviera que declarar ante la Comisión Warren, West le hizo un reconocimiento a solas en la celda de la cárcel. De ahí salió un informe según el cual Ruby había sufrido un «brote psicótico agudo». Como cabía esperar, el testimonio de Ruby ante la Comisión solo sirvió para dar la impresión de que estaba trastornado. Nunca fue capaz de explicar cumplidamente por qué había decidido asesinar a Oswald.

A lo largo de la década de 1970, diversos periodistas lo relacionaron con el programa de investigación sobre control mental de la CIA, MKUltra. Él negó siempre toda implicación y arremetía enérgicamente contra todo aquel que insinuara tal cosa. Y mantuvo esta actitud hasta su muerte, en 1999, cuando, a sus setenta y cuatro años, se le diagnosticó un cáncer metastásico y convenció a su hijo para que le ayudara a suicidarse con un cóctel de pastillas.

La primera vez que oí hablar de West yo solo disponía de una pequeña parte de esta información, pero, como es lógico, pensé que debía ampliar el alcance de mi reportaje —una vez más— precisamente cuando acababa de prometerme a mí mismo que lo acortaría. Casi todos los psiquiatras e investigadores de Haight-Ashbury con quienes hablé habían citado su nombre, a menudo de forma negativa. Cuando supe que había sido acusado de llevar a cabo experimentos de control mental, me lo pensé mejor: no era algo que tomar a la ligera.

West había pasado las últimas décadas de su carrera en la UCLA, donde había llegado a ser toda una institución y dirigido el Departamento de Psiquiatría y el famoso Centro de Neurociencia de la Facultad; en su honor, un auditorio incluso llevaba su nombre. Cuando llamé a la facultad, me dijeron que les había donado sus papeles, pero como nadie había pedido verlos, nunca habían sido procesados. No habían abierto ni la primera caja. Yo sería el primer periodista en echarles un vistazo.

Durante varias semanas intenté convencerme de dejarlo todo como estaba. Había más que suficiente para completar mi propuesta de libro. No tenía por qué involucrarme en algo tan inmenso e inextricable como unos experimentos secretos de control mental auspiciados por el gobierno. Sin

embargo, tenía la corazonada de que en esos expedientes había algo importante. Y esto me consumía por dentro.

Un buen día se me acabó la fuerza de voluntad. Me subí al coche y fui a la biblioteca. Enseguida aparecí por allí a diario, tan pronto se abrían las puertas, y me quedaba horas y horas leyendo en el sótano, que abandonaba solo cuando me echaban a la hora de cerrar. **Camuflando un «apeadero hippie para dormir»**

A finales del otoño de 1966, Jolly West llegó a San Francisco con la idea de estudiar a los hippies y el LSD. En la zona de Bay Area se había producido una llegada inusitada de jóvenes de clase media y una explosión del consumo de drogas recreativas. West creyó que debía ser testigo de primera mano. Consiguió una subvención oficial y se tomó un año sabático de su cátedra en la Universidad de Oklahoma, teóricamente porque le habían concedido una beca de investigación en Stanford, si bien ahí no hay constancia de que participara en programa alguno.

West era un tipo estricto y chapado a la antigua: alto, ancho y pelado al rape, su aspecto concordaba a la perfección con su pasado militar. Si quería echar una buena ojeada a los hippies, debería mezclarse con ellos. Empezó a improvisar un vestuario nuevo y a saltarse el peluquero.

Al menos tenía una base de conocimientos sólida. El Verano del Amor aún quedaba lejos, y para los asesinatos de Tate-LaBianca faltaban años, pero West ya lo había previsto todo. En un libro de texto sobre psiquiatría de 1967, había escrito un capítulo titulado «Alucinógenos», en el que advertía a los estudiantes de una «sustancia singular» que se estaba difundiendo por los campus universitarios y las ciudades de Estados Unidos. Era el LSD, del que se sabía que convertía a sus consumidores «en personas muy susceptibles y volubles desde el punto de vista emocional», pues provocaba un «debilitamiento de la estructura del ego». Este lenguaje recordaba al rollo de la «reprogramación» que pronto desarrollaría Charles Manson cuando exhortaba a sus adeptos consumidores de ácido a que «anularan su ego».

Cuando West avisaba sobre «las sectas de LSD» que surgían en los barrios «bohemios» de Norteamérica, describía precisamente al tipo de vagabundos desencantados que en los años venideros seguirían en masa a personalidades como Manson. West tenía el presentimiento de que los chicos alienados «con un deseo patológico de alejarse de la realidad» ansiarían «actividades prohibidas y compartidas en un entorno grupal que proporcionara un sentido de pertenencia».

Otro artículo de West, «Peligros de la hipnosis», de 1965, pronosticaba el ascenso de grupos peligrosos dirigidos por «chiflados» que hipnotizarían a sus seguidores para que cometieran crímenes violentos. Contrariamente a la ciencia predominante en la época, West afirmaba que la hipnosis volvía a las personas maleables y susceptibles de violar sus códigos morales. Lo más alarmante es que después no recordaban lo que habían hecho. El mero hecho de que estos desenlaces fueran raros no significaba que fueran imposibles.

West citaba dos casos que respaldaban su razonamiento: un doble asesinato en Copenhague cometido por un hombre «hipnoprogramado» y una «infracción militar» inducida experimentalmente en una base secreta del ejército estadounidense. Además, «sabía personalmente» de otros dos casos, y «una autoridad destacada» le había hablado de tres más, pero West no entraba en detalles. Más adelante tuve cierta idea de qué, o quién, tenía en mente.

Así pues, cuando llegó a Haight-Ashbury, West era el único científico del mundo que había previsto la aparición de «sectas de LSD» potencialmente violentas. ¿Cómo es que había aprendido tanto sobre el ácido? Partiendo de sus escritos publicados, uno nunca diría que había llevado a cabo innumerables experimentos con el mismo. Y en San Francisco esperaba realizar todavía más.

Y

En Haight, West se encontró con una serie de almas gemelas en la clínica de David Smith, donde muchos psiquiatras y loqueros del «mundo convencional» disfrutaban del movimiento hippie. Tras orientarse un poco en la clínica, West llegó a un acuerdo para utilizar una ruinoso casa victoriana en la cercana Frederick Street, donde abrió lo que describía como «un laboratorio camuflado como apeadero hippie para dormir», el cual le serviría de «puesto de observación semipermanente» que le brindaría una mirada íntima y personal de la juventud. Instaló en el «apeadero» a seis estudiantes de posgrado a quienes dijo que se «vistiesen como hippies» y «atrajeran» al piso a chicos itinerantes. Estos eran bienvenidos e invitados a hacer lo que quisieran y a quedarse todo el tiempo que les apeteciera, siempre y cuando no les importara que unos estudiantes tomaran abundantes notas de su comportamiento.

El «apeadero» empezó a funcionar en junio de 1967, al principio del Verano del Amor. Como quería que pareciera lo más realista posible, West lo decoró con pósteres, flores y pintura. De este modo nació el Proyecto Haight-

Ashbury, tal como él lo llamaba, o «HAP» (por sus siglas en inglés) para abreviar. Durante los seis meses siguientes, puso en marcha «un programa continuo de estudio interdisciplinar intensivo sobre la vida y la época de los hippies».

Para fomentar el asunto de los hippies, West se puso en contacto con la Clínica Médica Gratuita, donde David Smith podía proporcionarle sujetos dispuestos. Smith le procuró incluso un despacho. Tener a un investigador de prestigio nacional trabajando en la clínica atraería la muy necesaria financiación gubernamental.

—Le ayudamos a investigar —me dijo Smith, que se había mostrado favorable al proyecto de West aunque admitió que nunca se había tomado la molestia de averiguar en qué consistía o cuáles eran sus objetivos. Daba por sentado que West, como él mismo, diagnosticaba «patrones psicodélicos en la contracultura», tendencias que otros habían rechazado por considerarlas modas vulgares.

—Vinieron y entrevistaron a muchachos que acudían a la clínica —dijo Smith de West y sus estudiantes—. Quería saber «qué es un hippie». Smith me recordó que «esto era una población muy nueva... El hecho de que un gran número de chicos blancos de clase media consumieran drogas ilegales era algo absolutamente alucinante».

En sus escritos y sobre el terreno, West eludía una cuestión importante: ¿quién pagaba todo aquello? Según consta en archivos suyos, su «apeadero para dormir» estaba financiado por el Fondo de Fundaciones para la Investigación en Psiquiatría, que, a lo largo de décadas y en diversas instituciones, había subvencionado asimismo otros proyectos. Por razones que pronto estarán claras, llegué a la conclusión de que el «Fondo de Fundaciones» era una tapadera de la CIA.

Este no habría sido el primer «laboratorio camuflado» de la Agencia en San Francisco. Unos cuantos años antes, en el marco de la Operación Clímax a Medianoche, de evocador nombre, agentes de la CIA habían abierto al menos tres «centros de acogida» como si fueran burdeles de lujo, dotados de espejos unidireccionales y fotos insinuantes y provocativas. Un espía llamado George Hunter White y sus colegas contrataron a prostitutas para atraer a potenciales clientes a los «centros», donde se les servirían cócteles mezclados con un poco de ácido. White observaba escrupulosamente las actividades resultantes, fueran las que fueran. La finalidad era ver si el LSD, combinado con el sexo, se podía utilizar para sonsacar a los hombres información sensible; algo así

como un experimento psicodélico con señuelo. White se lo pasaba tan bien con aquello que, en su lado del espejo, contaba incluso con un váter portátil y una minivera para poder presenciar la acción y trasegar martinis sin pausas para ir al baño. Más adelante escribió a su superior en la CIA: «Yo era un misionero sin importancia, casi un hereje, pero trabajé duro y a tope en la viña porque era divertido, divertido. ¿En qué otro sitio podría un fogoso chico norteamericano mentir, matar, engañar, robar, timar, violar o saquear con la autorización y la bendición de Su Alteza? ¡Un rollo fabuloso, hermano!».

West sabía que no convenía reflejar esta clase de opiniones en un papel, pero allá por 1967 él también había «trabajado duro en la viña». Antes de mudarse a Haight, había supervisado un estudio similar en Oklahoma City, en el cual se incluía la contratación de confidentes que debían infiltrarse en bandas de adolescentes y provocar un «cambio fundamental en cuestiones políticas, religiosas y morales básicas». El título del proyecto era «Conversión masiva». Como comprobaría más adelante, su financiación procedía de Sidney J. Gottlieb, jefe del programa MKUltra de la CIA.

En otras palabras, como le dije a David Smith, era prácticamente seguro que Jolly West apareció en Haight para responder a una pregunta más innoble que la de «¿qué es un hippie?».

—Aquello era un proyecto tapadera —dije.

—Oh, mierda —soltó. «**¿Es esto un bosque de Sherwood de asfalto?**»

¿Qué hacía realmente Jolly West en San Francisco? Merodeando por su «apeadero» o deambulando por las calles de Haight, intentaba hacerse pasar por un apóstol del amor libre, pero no engañó a casi nadie. Bob Conrich, médico de la clínica, captó la artimaña enseguida. «Un día, West entró en la clínica, y mi primera reacción fue decirle que había leído demasiadas entrevistas de Tim Leary», me escribió Conrich. West era un trepa vestido de hippie. «Lo que recuerdo es su entusiasmo por todo lo del “Verano del Amor”, que me pareció exagerado y poco sincero.»

Conrich tenía razón. El entusiasmo de West era una farsa, su atracción por los hippies resumaba condescendencia. Pronto llegó a la conclusión de que la constelación de sexo, drogas y comunas que aquel verano brilló sobre Haight estaba «condenada al fracaso»: «Las mismas sustancias químicas que consumían los debilitaron inevitablemente como individuos y le chuparon la sangre al movimiento hippie hasta la muerte». West lo denominó una «tragedia indescriptible», pero cuesta imaginar que lo viera realmente así. Para West, el fracaso del idealismo de los sesenta era el resultado más deseable... un

objetivo por el que muy posiblemente había trabajado. Una copia de su currículum de este período insinúa el sentido de su investigación. West decía estar escribiendo un libro titulado *Experimental Psychopatology: The Induction of Abnormal States*. Pero no llegó a publicarlo. A simple vista, «la inducción de estados anómalos» tampoco cuadraba con los objetivos declarados en el Proyecto Haight-Ashbury. A principios de los setenta, suprimió el título del currículum y no volvió a mencionarlo.

Stephen Pittel, psicólogo de la Universidad de Berkeley que en 1968 trabajó un tiempo con West, se refería a este como «el único psicópata benévolo que he conocido en mi vida». Ese hombre era capaz de «encandilar a cualquiera, de manipular a la gente para que hiciera cosas que no quería hacer».

En Haight-Ashbury, sin embargo, las motivaciones de West eran tan vagas que ni siquiera su encanto era suficiente. Nadie tenía una idea clara de la finalidad del proyecto... ni siquiera los que participaban en él. Los estudiantes de posgrado que había contratado para que se encargaran del «laboratorio del apeadero» tenían que llevar un diario de su actividad. En momentos de descuido, casi todos admitían que había incongruencias. No estaban seguros de lo que debían hacer, ni de por qué West estaba allí, que además a menudo no estaba. A diferencia de los estudiantes, West no vivía en el «apeadero». De todos modos, tampoco pasaba muchas horas en la clínica. Quienes solían verle en ambos sitios —y en otras partes en su prolongada carrera— recuerdan su absentismo crónico.

Uno de los diarios que había en los archivos de West pertenecía a Kathy Collins, estudiante de posgrado de psicología en Stanford que ese verano vivió en el piso del HAP. La experiencia supuso para ella una gran decepción, pues al no haber un objetivo claro, había sido algo inútil. Le pagaban por no hacer nada. Cuando venían personas a dormir, «nadie hacía un gran esfuerzo por saber cosas de ellas», anotó con letra clara. Lo más habitual es que los hippies ni siquiera apareciesen, pues al parecer muchos de ellos miraban el «apartamento» con cierto recelo. «Dónde demonios me he metido y qué demonios está haciendo Jolly, esto parece un zoo. ¿A quién está estudiando, a ellos o a nosotros?»

Cuando West hacía alguna de sus raras apariciones, iba disfrazado de «hippie tonto», a veces acompañado de amigos, todos igual de mal vestidos. «Los demás —escribió Collins— los mirábamos y pensábamos en lo que se suponía que debíamos hacer, o en lo que Jolly quería que hiciéramos. En

general, respondían que era una buena oportunidad para pasarlo bien. Doy fe de que lo hacían. Se pasaban casi todo el tiempo colocados.»

Llegó el hastío. Con la idea de hacer algo de provecho, Collins y los demás preguntaron si podían echar una mano en la Clínica Médica Gratuita. Fueron rechazados. Presionado por directrices concretas, West transmitía «falsedad y deshonestidad», lo que suscitaba entre los estudiantes preguntas contundentes y rimbombantes del tipo: «¿Es esto un bosque de Sherwood de asfalto?». Kathy «tenía la impresión de que esta pregunta ya había sido contestada».

En el punto álgido de su frustración, Collins escribía como si fuera alguien atrapado en un drama existencialista. «A decir verdad, no sé si reírme de Jolly o tomarlo en serio —decía furiosa—. Me da la impresión de que nadie es claro y sincero y de que todo esto es un enorme engaño... ¿Qué está intentando demostrar? Le interesan las drogas, vale, ¿y qué más?» **Lavado de cerebro con la droga del amor**

Collins estaba en lo cierto. A West le interesaban las drogas. Su fascinación profesional con el LSD era casi tan vieja como la sustancia misma, y él formaba parte del grupo de científicos de élite que lo usaban en investigaciones de alto secreto. La dietilamida del ácido lisérgico fue sintetizada en 1938 por químicos de la empresa suiza Sandoz, pero no fue introducida en el mercado farmacéutico hasta 1947. En los años cincuenta, cuando la CIA comenzó a experimentar con el LSD en seres humanos, era una sustancia muy nueva. Sea como fuere, no se actuó con prudencia.

Casi enseguida, diversos científicos del gobierno consideraron que el LSD era una potencial droga milagrosa de la Guerra Fría, la clave para erradicar el comunismo y propagar la democracia global. Sus efectos en las mentes individuales se extrapolaron a grupos, bloques electorales y poblaciones enteras. Entre los psiquiatras, los artistas y los consumidores recreativos curiosos, el LSD anunciaba una libertad distinta, aunque también intimidaba un poco. Albert Hofmann, el científico suizo que había descubierto sus propiedades alucinógenas en 1943, lo describía como una «droga sagrada» que apuntaba a «la experiencia mística de una realidad más profunda, integral». El actor Cary Grant, a instancias de su psiquiatra, a finales de los años cincuenta hizo un centenar de viajes de LSD en sus visitas semanales, en los que experimentó un «renacimiento» y se imaginó a sí mismo «como un pene gigante que despegaba de la Tierra como un cohete espacial».

Charles Fischer, investigador sobre drogas que había trabajado con

David Smith, me explicó las primeras percepciones del ácido, cuando los «viajes» se planificaban como verdaderas excursiones. «Muy pocas personas tomaban LSD sin contar con un “líder del viaje” —dijo Fischer—. La sugestionabilidad del LSD era parecida a la de la hipnosis.» Jolly West sabía lo suficiente para estudiar ambas conjuntamente. «Puedes decirle a alguien que haga daño a otro —explicaba Fischer—, pero lo dices de otra manera. Hay que clavar un clavo en un trozo de madera, y a lo mejor la madera es un ser humano... Esto podía traducirse en cierta actividad violenta, pese a que el LSD se consideraba una droga del amor.»

Para las superpotencias globales, no era otra cosa. Las investigaciones en serio sobre el LSD se iniciaron poco después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, cuando los servicios de inteligencia norteamericanos se enteraron de que la Unión Soviética estaba desarrollando un programa para influir en la conducta humana mediante drogas e hipnosis. Estados Unidos creía que los soviéticos eran capaces de extraer información de las personas sin que estas lo supieran, de programarlas para hacer confesiones falsas y quizá convencerlas de matar obedeciendo órdenes.

Para la CIA, por entonces aún en ciernes, el control mental era una extensión natural del comunismo, que se propagaba como el fuego cuando imperaban las fuerzas de la sinrazón. En 1949, puso en marcha la Operación Bluebird, un programa de control mental cuyo alegre nombre («Pájaro Azul») ocultaba sus atroces ambiciones y su tendencia a pisotear los derechos humanos. En su afán por superar a los soviéticos, la CIA probó drogas con ciudadanos norteamericanos —casi siempre en penitenciarías federales o bases militares— sin que estos conocieran, ni muchos menos consintieran, el montón de procedimientos a que eran sometidos.

Este abuso encontró una justificación adicional en 1952, cuando, en Corea, unos pilotos norteamericanos capturados admitieron, en la radio nacional, haber rociado el campo coreano con armas biológicas ilegales. Era una confesión tan inaceptable que la CIA echó la culpa a los comunistas: a los prisioneros de guerra les habían «lavado el cerebro». La expresión, traducción literal de la locución china *xi nao*, inexistente en inglés antes de 1950, reflejaba una serie de temores que habían confluído en la Norteamérica de la posguerra. Los soviéticos estaban utilizando estrategias para imponer en el mundo una filosofía maligna. La tecnología había alterado todos los átomos de la naturaleza humana, y una nueva clase de productos químicos de nombres impronunciables eran capaces de reducir a las personas a la condición de

máquinas. La mente humana, como cualquier otro artefacto, se podía reconfigurar y automatizar.

Cuando terminó la Guerra de Corea y regresaron los prisioneros norteamericanos, el ejército asignó la tarea de «desprogramarlos» a un equipo de científicos entre los cuales había un joven psiquiatra de la Universidad de Cornell, el doctor Louis J. West, quien más adelante afirmaría haber estudiado a ochenta y tres prisioneros de guerra, de los que cincuenta y seis habían sido obligados a hacer confesiones falsas. West los entrevistó a fondo, y anuló las traiciones ligadas a la «reforma del pensamiento» que habían experimentado a manos del enemigo. A él y a sus colegas se les atribuyó el mérito de haber reintegrado a los prisioneros de guerra a la sociedad occidental y, quizá lo más importante, de haber conseguido que desmintieran su afirmación de que habían utilizado armas biológicas.

Este éxito propició el ascenso de West a las altas esferas de la comunidad de inteligencia. Como la Guerra Fría fomentaba la paranoia, la CIA aceleró sus esfuerzos de control mental, y West, como supe después, se hizo un hueco que ocuparía durante las décadas venideras. Al principio, la Agencia solo quería evitar que los soviéticos efectuaran más lavados de cerebro. Sin embargo, era difícil pasar por alto la extraordinaria fuerza de las drogas psicotrópicas, en especial el LSD. De modo que un programa defensivo acabó teniendo carácter ofensivo. La operación Bluebird se transformó en la operación Artichoke, la búsqueda de un suero de la verdad polivalente.

El doctor Sidney J. Gottlieb, experto en venenos que dirigía la división química del Personal de Servicios Técnicos de la CIA, había convencido al director de la Agencia, Allen Dulles, de que las operaciones de control mental eran el futuro. Gottlieb, cuya capacidad y amoralidad le habían valido el sobrenombre de Hechicero Negro, desarrolló artilugios directamente a partir de la ciencia ficción más vulgar: bombas fétidas de gran potencia, pajitas de cóctel con algo de droga, conchas marinas explosivas, pasta dentífrica envenenada, pañuelos envenenados, cigarros envenenados, cualquier cosa envenenada. El control mental acabó siendo el proyecto favorito de Gottlieb. Dulles, convencido de que el Sueño Americano estaba en peligro, procuró estar bien financiado. En una charla en la Universidad de Princeton, Dulles avisó de que los espías comunistas podían transformar la mente norteamericana en «un fonógrafo que hiciera sonar un disco colocado en el plato por un genio exterior sobre el que no habría ningún control». Apenas unos días después de haber hecho estos comentarios, el 13 de abril de 1953,

puso en marcha oficialmente el Proyecto MKUltra.

En su sentido más amplio, el objetivo del proyecto era «influir en la conducta humana». Bajo su paraguas había ciento cuarenta y nueve subproyectos, muchos de los cuales conllevaban investigaciones con participantes involuntarios. Tras convencer a una empresa farmacéutica de Indianápolis para que reprodujera la fórmula suiza del LSD, la CIA contaba con un suministro nacional ilimitado de su nueva droga favorita, con la que esperaba producir mensajeros que incrustarían mensajes ocultos en cerebros ajenos, implantar recuerdos falsos y suprimir otros verdaderos sin que los afectados lo supieran, convertir grupos a ideologías contrarias, etcétera. El propósito más noble era la creación de asesinos hiperprogramados.

En su defensa, hay que decir que los espías de la Agencia también experimentaban consigo mismos. La misma sustancia que prometía controlar las mentes y aplastar el comunismo se utilizaba en desagradables trastadas de oficina: los agentes deslizaban LSD en bebidas de colegas para obtener un muy necesario «conocimiento de primera mano». Un plan para echar algo en la ponchera de la fiesta de Navidad de la CIA resultó abortado cuando los altos mandos recordaron a la oficina que aquello podía provocar locura.

El trabajo más delicado se llevaba a cabo lejos de Langley: se hacían encargos a científicos de universidades, hospitales, cárceles y bases militares del conjunto de Estados Unidos y Canadá. La CIA les ponía seudónimos, les hacía llegar dinero y les daba instrucciones acerca de cómo hurtar sus investigaciones a las miradas indiscretas, incluidas las de sus sujetos experimentales no conscientes del asunto. Como consideraban que era su deber patriótico, aceptaban sus misiones secretas contraviniendo el juramento hipocrático: «Ante todo, no hagas daño».

En 1949, en los juicios de Núremberg sobre los crímenes de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos asumió las Pautas Internacionales sobre Experimentación en Humanos: «Una persona debe dar su consentimiento pleno e informado antes de ser utilizado como sujeto experimental». Los científicos de MKUltra incumplían estas pautas continuamente, sin piedad... y de maneras que le dejan a uno pasmado. Su labor lo abarcaba todo, desde la estimulación eléctrica cerebral hasta la privación sensorial, pasando por el «dolor inducido» y la «psicosis». Buscaban la forma de provocar ataques cardíacos, espasmos graves y migrañas intensas. Si las drogas no daban resultado, probaban con la percepción extrasensorial, las vibraciones ultrasónicas o el envenenamiento por radiación. Había un proyecto que se proponía sacar

partido de la potencia de los campos magnéticos.

Con un funcionamiento basado en notificar solo lo «estrictamente necesario», MKUltra era tan secreto que ni siquiera el nuevo director de la CIA, John McCone, fue informado del mismo cuando en 1962 sucedió a Dulles. No llegaban a la media docena los jefazos que conocieron en algún momento la existencia de MKUltra durante sus veinte años de historia. Cuando Gottlieb se jubiló, en 1972 o 1973, el proyecto se jubiló con él. Para entonces había sido reducido a casi nada, pues la Agencia se centraba en otros sistemas para frenar el comunismo e influir en las decisiones políticas tanto dentro del país como en el extranjero.

Aun así, cuando a principios de los setenta el escándalo Watergate y la implicación de la CIA en el mismo absorbieron la atención del país, a la Agencia se le ocurrió que sería prudente borrar las huellas. El director, Richard Helms, ordenó a Gottlieb destruir todos los archivos relacionados con MKUltra. En enero de 1973, el Personal de Servicios Técnicos trituró innumerables documentos en los que se describía el uso de alucinógenos, entre ellos todos los ejemplares conocidos de un manual titulado «LSD: algunas consecuencias no psicodélicas». MKUltra se desvaneció. **Grandioso y siniestro**

Con las prisas por eliminar el rastro de sus fechorías, los agentes se olvidaron de un alijo de unos dieciséis mil documentos adicionales guardados en un almacén externo. Aquellos archivos habían permanecido ignorados durante varios años incluso para la gente de dentro, pero solo era cuestión de tiempo que algún día se conociera la historia; MKUltra se había convertido en caldo de cultivo de un sinfín de rumores sobre Washington.

En diciembre de 1974, el proyecto salió por fin a la luz en un increíble espectáculo de titulares e intrigas. Seymour Hersh lo reflejaba en la portada de *The New York Times* con grandes titulares en mayúsculas: SE INFORMA DE ENORME OPERACIÓN DE LA CIA CONTRA FUERZAS PACIFISTAS. A raíz de esto se llevaron a cabo tres investigaciones oficiales, todas lastradas por la destrucción que realizara la CIA de sus archivos. Cuando se disponía de registros, estos habían sido revisados y corregidos; cuando se citaba a testigos, estos no recordaban nada.

Primero fueron la Comisión Church y la Comisión Rockefeller, mencionadas antes en relación con Chaos y Cointelpro. El informe definitivo de la Comisión Church daba a conocer una evaluación interna de MKUltra, en 1957, a cargo del inspector general de la Agencia. «Hay que tomar

precauciones —aconsejaba el documento— para ocultar estas actividades a los norteamericanos en general. Si se llega a saber que la Agencia ha estado involucrada en actividades ilícitas y poco éticas, las repercusiones pueden ser graves.» Una revisión del inspector general de 1963 lo expresa con un tono aún más serio: «Una fase final de verificación de actuaciones de MKUltra hace peligrar derechos e intereses de ciudadanos estadounidenses».

De hecho, tal como seguía diciendo el informe de la Comisión Church, MKUltra había provocado la muerte de al menos dos ciudadanos norteamericanos. Uno era un médico al que habían inyectado un derivado sintético de la mezcalina. El otro era Frank Olson, científico contratado por la CIA al que, sin él saberlo, habían dado una dosis de LSD en una pequeña reunión de la Agencia celebrada en un lugar remoto de Maryland y presidida por el propio Gottlieb. Después, Olson cayó en una profunda depresión que lo llevó a tirarse por una ventana de un hotel de Nueva York adonde lo habían conducido unos agentes para su «tratamiento». (Una investigación llevada a cabo por el hijo de Olson, Eric, da a entender con claridad que los agentes de la CIA lo dispusieron todo para que pareciera un suicidio; en realidad, lo arrojaron por la ventana por miedo a que Olson hablara públicamente de MKUltra y denunciara el uso militar de armas biológicas en la Guerra de Corea.)

La noticia de la muerte de Olson conmocionó a un país que se tambaleaba a raíz del Watergate y estaba ahora menos predispuesto que nunca a confiar en sus instituciones. El gobierno intentó acallar la controversia mediante la aprobación de nuevas regulaciones sobre la experimentación con seres humanos. Sin embargo, el escrutinio y la presión interna sobre la CIA siguieron aumentando hasta que esta se vio obligada a reconocer algo: no lo había destruido todo. Había llegado a su conocimiento que miles de páginas sobre MKUltra estaban criando polvo en un almacén externo.

Así pues, se puso en marcha otra investigación del Congreso, más sólida que la anterior, con dieciséis mil páginas más a su disposición. Los senadores Ted Kennedy y Daniel Inouye citaron a varios espías de la Agencia, entre ellos Gottlieb, al que arrancaron de su retiro en California y obligaron a dar explicaciones ante el Senado. Mejor dicho, ante parte del Senado. Gottlieb afirmaba que su enfermedad cardíaca excluía la posibilidad de dirigirse a la totalidad de la cámara, por lo que fue instalado en una antesala, donde contestó a las preguntas de un grupo restringido mientras la gente escuchaba mediante un sistema de megafonía.

Tal como señaló *The New York Times*, Gottlieb «se las ingenió para eludir las luces y los micrófonos, así como a la multitud de reporteros que le esperaban en la sala de audiencias del Senado». Así se ahorró el gesto de incredulidad que se propagó entre los presentes cuando admitió haber destruido los archivos de MKUltra no para encubrir «actividades ilegales», sino «porque se trataba de material delicado y susceptible de ser malinterpretado». Se sentía contrariado por el daño causado a su reputación, y se negó a proporcionar datos concretos sobre experimentos de MKUltra porque, según afirmó, nunca había presenciado ninguno en persona.

La destrucción de los archivos de MKUltra por parte de Gottlieb constituía un delito federal. En 1976 fue investigado por el Departamento de Justicia, pero, según el *Times*, «enseguida cayó en el olvido». Sus crueles experimentos infringían diversas leyes, lo mismo que su perjurio en esa comparecencia. Sin embargo, jamás fue procesado. Había declarado ante el Senado solo a condición de gozar de inmunidad penal absoluta.

En cuanto a esas dieciséis mil páginas, eran sobre todo registros contables, aunque en algunos documentos más prometedores la CIA señalaba sus propósitos. «¿Podemos lograr el control de las futuras actividades (físicas y mentales) de cualquier individuo, de buen grado o no... con la garantía de la amnesia? —decían—. ¿Podemos obligar a un individuo a actuar contra sus propios códigos morales?» Y también esta: «¿Es posible hacer que un individuo... lleve a cabo un intento de asesinato?».

Los investigadores del Senado condenaron a MKUltra por unanimidad. Kennedy calificó el programa de «perverso» y «corrupto», «un deterioro de la libertad de los individuos y las instituciones en nombre de la seguridad nacional». Inouye lo tildó de «grandioso y siniestro». El nuevo director de la CIA, Stansfield Turner, juró que había enviado todos los archivos de MKUltra existentes al Departamento de Justicia, que emprendería una investigación exhaustiva.

En cualquier caso, entre la destrucción de registros y las súbitas lagunas de memoria de los agentes citados, todo el mundo sabía que, tal como decía *The New York Times* en un editorial, «quizá nunca saldría a la luz toda la información». El Senado exigió la elaboración de un plan federal para localizar a víctimas de experimentos de MKUltra y formular cargos penales contra los perpetradores. El plan jamás llegó a materializarse. En los registros supervivientes se nombraban ochenta instituciones, entre ellas cuarenta y cuatro universidades, y ciento ochenta y cinco investigadores, entre los que se

contaba Louis J. West. En un artículo de primera página, *The New York Times* lo identificaba nada menos que como uno de los siete científicos que habían participado en secreto en MKUltra bajo la tapadera académica. Y sin embargo ninguno de ellos fue jamás objeto de investigación federal, y tampoco ninguna víctima llegó a recibir notificación alguna. Según el *Times*, MKUltra era «un secreto de veinticinco años, un esfuerzo de veinticinco millones de dólares realizado por la CIA para aprender a controlar la mente humana». Daba la impresión de que nadie iba a pagar las consecuencias.

Griffin Bell, fiscal general en el momento de las revelaciones, me contó que los archivos no llegaron nunca al Departamento de Justicia pese a que Stansfield Turner había jurado que sí. Bell decía que seguramente «se habían quedado en el limbo». En cuanto al propio Turner, me dijo que ya no recordaba haber declarado que la CIA envió los archivos. «Aquí me he quedado totalmente en blanco», aseguró. Le leí sus comentarios. «Supongo que declararé sobre esto —dijo—. Alguien me soltó el rollo, y yo lo recité.»

The New York Times publicó veintisiete artículos sobre MKUltra, ocho en primera página. Sin embargo, nadie de los cuerpos de prensa ni de los senadores implicados llegó a ver ninguna investigación en marcha. Desde entonces, la confusa importancia del programa se ha visto sepultada en numerosas ocasiones por otras polémicas. Mientras se desvanece en el retrovisor, parece solo otro ejemplo de megalomanía de la CIA cuando la Guerra Fría estaba en su apogeo. **Jolly West, activo de la CIA**

Cuando empecé a ir a la biblioteca de la UCLA, no tenía ni idea de que Jolly West había creado en Haight un «laboratorio camuflado como apeadero hippie para dormir». Había dado con trabajos de investigación suyos de la primera época, pero no mucho más. Durante cierto tiempo, en todo caso, mi labor en la biblioteca fue infructuosa. El archivo de West constaba de doscientas cajas, casi todas llenas de cosas efímeras. Había montones de recortes de prensa. West había seguido la cobertura periodística de diversos asesinatos, la CIA, la agresividad en los gatos, la psicocirugía, la pena de muerte, el alcoholismo entre los indios americanos, la modificación de la conducta o el movimiento por los derechos civiles, entre otros temas. Me intrigó ver tantos recortes sobre los crímenes de Manson, así como varios artículos de Roger Smith, David Smith y Alan Rose.

West llegó a obsesionarme en parte porque, por raro que suene, ya lo había entrevistado una vez, en 1995, pocos años antes de su muerte, cuando yo todavía escribía crónicas de famosos para *Us* y *Premiere*. Estaba con un

artículo acerca de un repunte del acoso a las celebridades, y West era uno de los científicos «expertos» a los que consulté. Cuando tiempo atrás había hablado con algún psiquiatra, era yo quien hablaba todo el rato... esta vez solo hablaba West: tanto se enrollaba que tuve que abreviar la entrevista.

Parece que fue hace una eternidad. El caso es que, cuando me instalé en la biblioteca para el largo trayecto, mis primeras certezas comenzaron a flaquear. La primera visita había sido el 12 de junio de 2001. Y viendo que no encontraba nada y no avanzaba hacia la conclusión de mi reportaje, cada noche abandonaba el campus preguntándome si estaba perdiendo el tiempo. El sótano de la biblioteca acabó pareciendo mi búnker subterráneo. Pasaron más de dos meses. Yo no paraba de examinar cuidadosamente y tomar notas. El 25 de agosto, entre un montón de trabajos de investigación sobre la hipnosis, las encontré: cartas entre West y su superior de la CIA, «Sherman R. Grifford».

Como no reconocí el nombre, en cuanto llegué a casa me puse a mirar todos los libros que mencionaban MKUltra, esperando que saltaría a la vista. Y ahí estaba, en el primero y de más autoridad del montón, *The Search for the Manchurian Candidate*, de John Marks, sepultado en una nota a pie de página: «Los operarios y agentes de la CIA tenían nombres en clave —decía—, incluso en los documentos confidenciales. Gottlieb era “Sherman R. Grifford”».

De modo que durante todos aquellos años West había mentido. No solo formaba parte de MKUltra, sino que había mantenido correspondencia con el propio Hechicero Negro del programa. Guardadas en los archivos, las cartas no estaban completas, carecían de prólogos o preámbulos. La primera estaba fechada el 11 de junio de 1953, solo cuatro meses después del inicio de MKUltra. West era entonces jefe del servicio psiquiátrico de la base aérea de Lackland, Texas.

Dirigiéndose a Gottlieb como «S. G.», esbozaba los experimentos que proponía realizar mediante una combinación de drogas psicotrópicas e hipnosis. Tras enumerar objetivos a corto y largo plazo, ofrecía una lista de nueve puntos que empezaba con un plan para descubrir «hasta qué punto se puede extraer información de sujetos presumiblemente involuntarios (por medio solo de hipnosis o junto con ciertas drogas), quizá con amnesia posterior para el interrogatorio y/o la alteración de los recuerdos del sujeto sobre la información que antes tuviera». En otro párrafo se sugería perfeccionar «técnicas para implantar información falsa en individuos concretos... o para provocar en ellos trastornos mentales específicos». West

quería invertir el sistema de creencias de una persona sin su conocimiento, y que esto fuera algo permanente. Esperaba crear «correos» que transportarían «un mensaje largo y complejo» incrustado en secreto en su mente, y «estudiar la inducción de estados de trance mediante drogas». Todos esos eran objetivos de MKUltra y guardaban un curioso parecido con los logros de Manson con sus seguidores más de una década después.

«Huelga decir —añadía West— que a la larga los experimentos deberán corroborarse en ensayos prácticos sobre el terreno.»

Los colegas de West no aprobaban estas actividades. Él ansiaba «reducir considerablemente el número de personas que pueden pedirme formalmente explicaciones». Como estaría utilizando drogas que «no figuraban en la lista de la Fuerza Aérea de preparados estándar», quería conseguir «una especie de *carte blanche*». (Y entonces pasaba a recomendar una serie de medidas de seguridad en sus cartas, entre ellas financiación encubierta, sistemas de doble sobre y nombres falsos.)

A continuación, West abordaba un tema delicado: ¿quiénes serían los conejillos de indias? Y mencionaba cuatro grupos: soldados rasos de las fuerzas aéreas, voluntarios, pacientes y «otros, entre los que se podrían incluir presos de las cárceles de la zona». Cobrarían solo los voluntarios. Los otros serían involuntarios y, aunque no se especificaba, no se enterarían de nada. Sería más fácil mantenerlo todo en secreto si «inducía trastornos mentales concretos» en personas que ya los exhibieran previamente. «Determinados pacientes que requieren hipnosis en la terapia, o padecen trastornos disociativos (trances, fugas, amnesias, etcétera), quizá se prestarían gustosos a participar en nuestros experimentos.»

Como si quisiera poner de manifiesto su rigor, a su carta de cuatro páginas le adjuntaba dos adendas, donde suplicaba a Gottlieb que hiciera lo posible para que a uno de sus superiores, un tal comandante Robert Williams, lo «trasladaran a otra base». Williams era «un supervisor incómodamente cercano de todas mis actividades», que creía que la hipnosis «alteraba el alma», se quejaba West.

La respuesta de Gottlieb llegó en papel con el membrete de «Chemrophyl Associates», una empresa tapadera que usaba para la correspondencia con los subcontratistas de MKUltra. «Querido amigo —escribió—, he estado preguntándome si su aparente conocimiento rápido y exhaustivo de nuestros problemas es real... efectivamente, ha elaborado usted un cuadro

admirablemente preciso de lo que buscamos. Le estoy muy agradecido por ello.» Concedía acreditaciones secretas a cualquiera que acabara atrapado en su trabajo, y a West le daba «una suma aparte» para la compra de material.

Gottlieb elogiaba a su nuevo empleado: «Hemos desarrollado un verdadero activo en la relación que estamos manteniendo con usted».

West correspondió a las muestras de camaradería: «Me hace muy feliz ver que me considera “un activo” —contestó—. En esta época, seguramente es inconcebible una tarea más vital».

Tras esto, su correspondencia se interrumpió durante casi nueve meses. Cuando se reanudó, en abril de 1954, West había iniciado gestiones para trasladarse a la Facultad de Medicina de la Universidad de Oklahoma, que le había propuesto ser el jefe del Departamento de Psiquiatría. Volvería a ser un civil. Gottlieb elogió su «nuevo aspecto», señalando que «de momento parece una decisión que a la larga nos resultará beneficiosa». Y terminaba con un tono íntimo: «Dele mis saludos a su familia».

West había mentido a su futuro patrón al escribir que «mi actual empleo es puramente clínico y no he estado haciendo investigaciones, ni secretas ni de ninguna otra clase». Le creyeron. Ahora que realizaba sus tareas para Gottlieb tanto en la universidad como en la base de la Fuerza Aérea, West pidió a la Junta Directiva de Oklahoma permiso para aceptar dinero del Fondo Geschickter sobre la Investigación Médica, que él calificaba como «fundación privada de investigación sin ánimo de lucro». De hecho, como admitió posteriormente la CIA, Geschickter era otra de las ficciones de Gottlieb, que le permitía tener bien pagados a West y a otros científicos.

En abril de 1955, West ya se había mudado a Oklahoma City de forma permanente. No obstante, la Fuerza Aérea insistía en que regresara cada semana a Lackland para cumplir el resto de su contrato. Gottlieb, que a todas luces intentó mover algunos hilos, en septiembre de 1954 le transmitió una noticia frustrante: «La Fuerza Aérea no le liberará... Aunque esto más bien interrumpe suficientemente nuestro esfuerzo actual, no elimina la necesidad de investigar en el campo. Por tanto, sugiero que se piense un poco lo del período de veinte meses a partir de ahora y los planes que se podrían llevar a cabo entretanto».

Veinte meses nos llevan a abril de 1956. Ese año, West informó a la CIA de que los experimentos iniciados en 1953 habían dado frutos por fin. Estaba instalado en una institución civil y, como es lógico, para él era un escenario

menos agobiante que Lackland. En un trabajo titulado «Los estudios psicofisiológicos de la hipnosis y la sugestionabilidad», afirmaba haber logrado lo imposible: sabía cómo sustituir, en seres humanos, «recuerdos verdaderos» por «otros falsos» sin que aquellos se enterasen. Por si la CIA no captaba la importancia del asunto, lo expresaba en lenguaje llano: «Se ha observado que es factible coger el recuerdo de un suceso preciso de la vida de un individuo y, mediante sugestión hipnótica, provocar un posterior recuerdo consciente en virtud del cual jamás tuvo lugar aquel episodio, sino otro distinto (imaginario)».

El documento, marcado como «reservado», estaba ahí mismo, en los archivos de West; supuse que la CIA había destruido otras copias. Esta nunca ha reconocido públicamente la revolucionaria hazaña de West. Lo había hecho, aseguraba él, administrando «nuevas drogas» que eran efectivas para «acelerar la inducción del estado hipnótico y la intensificación del trance que se pueden generar en determinados individuos».

Como en sus experimentos iniciales, West llevó a cabo la mayoría de estas proezas psiquiátricas con enfermos mentales. «La necesidad de obtener la mayor parte del material de una población de pacientes psiquiátricos volvía muy difíciles las observaciones estandarizadas», se quejaba. En el informe — que hizo por duplicado como solicitud para que no se interrumpiera la financiación, petición que tuvo éxito; West recibió enseguida subvención gubernamental para 1965—, describía entusiasmado un laboratorio de alta tecnología que tenía pensado construir en Oklahoma, y que incluiría «una cámara especial donde se manipularían diversas variables hipnóticas, farmacológicas y sensorio-ambientales».

West había hipnotizado a pacientes mentales y «sujetos normales» a los que había expuesto a un sinfín de drogas, entre ellas clorpromazina, reserpina, anfetaminas y LSD, las mismas que David Smith inyectaría a sus confinados roedores más o menos una década después. Al menos dos de ellas, sobre todo el LSD, resultarían decisivas en la psicología grupal de la Familia Manson.

No obstante, cuando se trataba de profundizar en sus hallazgos sobre la implantación de recuerdos y el control de pensamientos, West escatimaba los detalles. Parecía estar en una fase rudimentaria de su investigación. El ácido, escribió, volvía a la gente más difícil de hipnotizar; era mejor combinar la hipnosis con largos períodos de aislamiento y de privación de sueño. Mediante la sugestión hipnótica, afirmaba, «se le puede decir a una persona que ahora es un año después y que durante este tiempo se han producido

muchos cambios... y así para esta persona es aceptable hablar de cuestiones de las que antes pensaba que no debía hablar... Un individuo que insiste en su deseo de hacer una cosa revelará que en el fondo desea justo la contraria».

Como en el informe de West escaseaban los datos concretos, es difícil saber si esto era solo una treta para conseguir más fondos. Sea como fuere, la CIA consideró que debía mantenerlo en secreto. Cuando la Agencia se vio obligada a hacer público el programa MKUltra, presentó al Congreso una versión falsa, expurgada, del informe de West, un engaño que nunca se ha destapado. En los Archivos de Seguridad Nacional, en Washington D. C., encontré la versión de «Los estudios psicofisiológicos de la hipnosis y la sugestionabilidad» que la CIA había entregado al Senado. Como cabía esperar, el nombre y la adscripción de West habían sido borrados. Sin embargo, me llamó la atención que la versión del Senado hubiera sido modificada drásticamente. El documento original de West constaba de catorce páginas. Este tenía cinco incluyendo la portada. Pero lo más notorio es que no se mencionaba el importantísimo logro de West: la sustitución del «recuerdo de un suceso preciso de la vida de un individuo» por «otro imaginario».

En declaración jurada, la CIA dijo que todo lo entregado al Congreso estaba prácticamente intacto; eso sí, se habían eliminado los nombres de instituciones e investigadores. Ahora resultaba que no solo habían censurado el informe de West, sino que habían redactado una versión ficticia. Una de las cuatro páginas presentadas en el Senado no existe en el original de West. La página falsa incluía un análisis teórico sobre el LSD; sus posibles efectos en los «estados disociativos». La página terminaba así: «No se han estudiado nunca los efectos de estos agentes [LSD y otras drogas] en la generación, el mantenimiento y las manifestaciones de estados disociados».

West había estudiado estos efectos durante años y años, desde luego. Yo solo podía llegar a la conclusión de que la CIA había adulterado el documento original para confundir al comité del Senado, pues así se suprimían las investigaciones de West de los registros oficiales. Fiel a mi costumbre habitual cuando descubría indicios claros de encubrimiento, empecé a ahondar en una cuestión tras otra. Este documento falso, ¿no sembraba dudas sobre el montón entero de documentos entregados al Senado en 1977? Si el trabajo auténtico de West era tan impreciso sobre los efectos de las drogas, LSD incluido, en los estados disociativos, ¿por qué la CIA había creído necesario generar una versión falsa?

Tal vez porque West había alcanzado uno de los objetivos más

codiciados de MKUltra. Pese a declarar lo contrario, la CIA de hecho había aprendido a manipular recuerdos de las personas sin el conocimiento de estas. Según algunos funcionarios de la Agencia, el programa había sido un fracaso estrepitoso, lo que llevó a algunos periódicos a sacar titulares sarcásticos del tipo «Casi, casi una Mafia» [por la película de ese título]. Aunque quizá era eso precisamente lo que quería la Agencia... pues así el mundo creería que MKUltra era un fiasco y se olvidaría de todo. Hay algo que sí es indiscutible: los documentos falsificados de la CIA invalidaban las conclusiones de la investigación del Senado. La Agencia había mentido, había obstruido la acción de la justicia y había alterado pruebas, y los documentos de West lo demostraban.

Dado el carácter clandestino de su investigación, West podía ser curiosamente hablador. Entre los recortes de prensa de su archivo había dos artículos de periódicos de Portland, Oregón, ambos fechados en octubre de 1963, el nebuloso período comprendido entre sus estudios sobre la hipnosis en Oklahoma y el Proyecto Haight-Ashbury. West había dado una charla en la Asociación de Salud Mental de Oregón, en la que deslizó que en su laboratorio estaba induciendo locura. Consideraba que estos estudios eran avances positivos; quizá algún día servirían para curar enfermedades mentales.

«Estamos en los albores de una nueva era —dijo West a la multitud—, aprendiendo por primera vez a producir trastornos mentales en el laboratorio.» El *Oregon Journal* señalaba que West «especificaba que la nueva droga alucinógena LSD así como otras sustancias, la hipnosis y la privación del sueño eran algunas de las cosas que utilizaba [él] para generar efectos temporales de enfermedad mental en personas normales». Tras informar que West había llevado a cabo «una labor exhaustiva» con el LSD, el *Journal* proseguía: «Hasta ahora, la aportación más importante de la droga ha sido la de producir modelos de enfermedades mentales».

Al cabo de casi quince años, asediado por los reporteros después de que *The New York Times* afirmara que había participado en el programa secreto MKUltra de experimentación con LSD, West insistía en que todo ese trabajo con el LSD «se había hecho solo con animales» y negaba toda vinculación con la CIA. Cuando los periodistas indicaron que había recibido una enorme cantidad de dinero de la Agencia, replicó que no tenía ni idea de que el Fondo Geschickter y otras entidades fueran tapaderas de la CIA. Desde el punto de

vista legal, la CIA estaba obligada a decir a la Universidad de Oklahoma que había tenido en nómina a uno de sus docentes. Oklahoma hizo público un memorándum muy expurgado según el cual un profesor no identificado —West, como confirmé luego gracias a registros contables— había estado investigando «varios fenómenos disociativos» en seres humanos «en el laboratorio», entre ellos un trastorno clínico muy raro conocido como *latah*, «una enfermedad neurótica caracterizada por la obediencia automática».

Ninguna de las acusaciones hizo mella en la reputación de West. A estas alturas ya había abandonado Oklahoma para trasladarse a la UCLA, donde no se cansó de emitir desmentidos y siguió prosperando hasta su jubilación, en 1988. Irascible y arrogante, si alguien sacaba a colación los cargos, enseguida amenazaba con demandas judiciales. A veces jugaba al despiste. En una refutación de 1991, afirmó: «Mi contacto secreto con Washington D. C. no era como espía, sino como asesor confidencial de presidentes... Desde Eisenhower a Bush, presidentes demócratas y republicanos por igual han solicitado y recibido mis consejos sin reservas». En una carta de 1993 al director de *Bruin*, de la UCLA, tuvo la temeridad de comparar a sus acusadores con los propagandistas nazis «adscritos a la pauta de la Gran Mentira de Goebbels». Y añadía: «Nunca he participado en experimentos de “control mental” financiados por la CIA ni por nadie», afirmación refutada por sus propios archivos. **Los contratiempos de Jolly West**

Ya antes de que se conocieran las conexiones con la CIA, a West sus experimentos le habían metido en muchos líos. En 1972, anunció el plan de construir un laboratorio en una base abandonada de misiles Nike en las montañas de Santa Mónica. La llamaría «Centro para el estudio y la reducción de la violencia» o, para abreviar, Centro de la Violencia. Allí, totalmente aislado, estudiaría los orígenes y el control de la violencia humana experimentando con prisioneros. El gobernador Ronald Reagan dio al centro su plena aprobación.

Sin embargo, la solicitud de subsidios le puso en apuros. West tenía pensado evaluar formas radicales de modificación de la conducta mediante la implantación de electrodos y «dispositivos de control remoto» en el cerebro de los presos. Una investigación federal llegó a la conclusión de que el programa incluía «métodos coercitivos» que amenazaban la «privacidad y la libre determinación».

Las revelaciones del comité frustraron el Centro de la Violencia antes de haber superado las etapas de planificación. La asamblea legislativa de

California vetó el proyecto; los estudiantes de la UCLA protestaron contra West. Y esto, repito, fue antes de que nadie tuviera ninguna pista sobre su actividad para la CIA.

Ahora podía yo vincular a West con las esferas más altas y clandestinas de la Agencia Central de Inteligencia. Podía relacionarlo con ambos Smith, las figuras de autoridad durante el año perdido de Manson en San Francisco. Y, tras sus esfuerzos por abrir el Centro de la Violencia, podía ligarlo a los peces gordos del Departamento de Policía de Los Ángeles y de la Oficina del Fiscal, a los que había ayudado a procesar a Manson. No obstante, nunca podría demostrar que había examinado a Manson él mismo... o que habían llegado a conocerse siquiera. West tampoco había participado en el juicio. Su ausencia era llamativa. Siendo uno de los más destacados expertos mundiales en sectas y lavados de cerebro, no rehuía ni mucho menos la publicidad. Antes había declarado muchas veces como testigo. El juicio se llevaba a cabo en sus dominios; el proceso constituía un acontecimiento internacional. Sin embargo, West ni se acercó por allí.

Hablé con David Smith sobre las investigaciones de la CIA y sus paralelismos con Manson: la Agencia había querido conseguir exactamente lo que había logrado Manson con las chicas. Yo quería saber si alguien de la CIA había influido en Manson mientras estaba en San Francisco.

—No lo sé —dijo—, pero los experimentos militares son una prueba añadida de que mi hipótesis es correcta, de que se puede hacer.

—¿El qué? ¿Lavar el cerebro con LSD?

Asintió.

—Según dicen en la CIA, nunca fueron capaces de conseguirlo —puntualicé.

—En parte porque básicamente se valían de individuos normales —señaló—, no de chicas vulnerables en un entorno de refuerzo.

Cuando evaluó a Susan Atkins para una vista de libertad condicional diez años después de haberse separado de Manson, la mujer se hallaba todavía bajo el control del gurú. «¡No puedo sacármelo de la cabeza! —le dijo—. ¡Sigue dentro de mi cerebro!»

De todos modos, ¿era de veras posible un lavado de cerebro? Yo siempre había creído que la paranoia de la época de la Guerra Fría había exagerado la capacidad de los «topos» entrenados para matar por infames comunistas. ¿No admitía la CIA que su programa MKUltra había quedado en nada?

Por otro lado, yo aceptaba, sin la más mínima duda, que Charles Manson

había alterado la mente de sus seguidores y que el LSD había hecho buena parte del trabajo sucio. Daba la impresión de que Manson contaba con un suministro inagotable de la droga, aunque nadie sabía cómo la conseguía. Además, era descrito muy a menudo como «hipnótico». En *The Family*, Ed Sanders hablaba de un hipnotizador, William Deanyer, que dirigía un club de Sunset Strip y afirmaba haber enseñado a Manson a hipnotizar. Aquello no estaba muy claro. En todo caso, confirmé que Deanyer había aprendido hipnosis en la Marina. Y su hija me explicó que había visto a su padre enseñar a Manson en el club.

A Alan Schefflin, psicólogo forense que había escrito un libro sobre MKUltra, le expuse un caso circunstancial que vinculada a West con Manson. Le pregunté si era posible que los asesinatos de Manson fueran un experimento de MKUltra que había salido mal. «No —contestó—, de un experimento de MKUltra que había salido bien.»

En mi cabeza resonaba el pasaje más confuso de *Helter Skelter*, uno que había subrayado, resaltado y por último arrancado y pegado con cinta en la parte de arriba del ordenador. «La cuestión más desconcertante de todas — escribió Bugliosi— era cómo Manson había transformado a sus dóciles adeptos en asesinos impenitentes. Además del LSD, el sexo, el aislamiento, la privación de sueño o el abandono social, tenía que haber “alguna cualidad intangible”... tal vez algo que aprendió de otros.» *Algo que aprendió de otros*. Aquí estaban para mí las cinco palabras primordiales del libro.

Me sentí más impulsado que nunca a despegar todas las capas del pasado de West, con la esperanza de que surgiera algún nexo con Manson, o de encontrar el nombre de alguien que conociera el nombre de alguien capaz de confirmar que se habían conocido. Entretanto descubrí algunos episodios tremendos de su vida. Como autoproclamado experto en lavados de cerebro, West había estado presente cada vez que el control mental asomaba la cabeza en la cultura norteamericana. Homicidios, asesinatos, secuestros, sectas, prisioneros de guerra... sus huellas estaban en todas partes. **El curioso caso de Jimmy Shaver**

Pasada la medianoche del 4 de julio de 1954, una niña de tres años llamada Chere Jo Horton desapareció en las inmediaciones de la base de la Fuerza Aérea de Lackland, Texas, donde estaba destacado Jolly West. Los padres de Horton la habían dejado en el aparcamiento que había frente a un bar; mientras tomaban algo dentro, la niña jugaba con su hermano. Cuando advirtieron su desaparición, organizaron una expedición de búsqueda.

Al cabo de una hora, el grupo dio con un coche de cuya puerta colgaba la ropa interior de la niña. También se oyeron gritos cercanos. Dos obreros de la construcción estaban echando una cabezada en un montón de grava cuando un soldado de Lackland salió de la oscuridad tambaleándose. Iba sin camisa, cubierto de sangre y arañazos. Sin hacer intento alguno de escapar, dejó que los hombres lo acompañaran hasta el borde de la carretera. Los testigos lo describieron como alguien «aturdido» y «como en trance».

«¿Qué está pasando aquí?», preguntó. No parecía borracho, pero no sabía dónde estaba, cómo había llegado allí o de quién eran las manchas de sangre. Acto seguido, el grupo de búsqueda encontró el cadáver de la niña Horton en la gravera. Tenía el cuello roto y las piernas desencajadas; había sido violada. Los agentes detuvieron al hombre.

Se llamaba Jimmy Shaver. Contaba veintinueve años, se había casado hacía poco, tenía dos hijos y carecía de antecedentes penales o violentos. Había estado en el mismo bar en el que había sido raptada Horton, pero se encontraba con un amigo, según el cual ninguno de los dos estaba borracho, aunque Shaver parecía colocado de algo. Antes de que los agentes pudieran conducir a Shaver a la prisión del condado, llegó un alguacil de otra comisaría con órdenes de la policía militar para asumir la custodia del detenido.

Hacia las cuatro de aquella mañana, un oficial de la Fuerza Aérea interrogó a Shaver, y dos médicos, tras examinarlo, coincidieron en que no estaba borracho. Más adelante, uno de ellos testificó que el individuo «no era normal... Estaba aparentemente muy sereno, algo que me sorprendió dadas las circunstancias». Fue encarcelado y acusado de violación y asesinato. Diversos investigadores lo interrogaron a lo largo de la mañana. Cuando fue a visitarle su esposa, no la reconoció. Hizo su primera declaración a las diez y media, en la que insistió en que el culpable era otro hombre: evocó la imagen de un desconocido con tatuajes y el pelo rubio. Sin embargo, después de que el oficial de la Fuerza Aérea volviera a la prisión, Shaver firmó una segunda declaración según la cual asumía toda la responsabilidad. Pese a que seguía sin recordar nada, dedujo que lo había hecho él.

Al cabo de dos meses, en septiembre, Shaver aún no había recuperado la memoria. El comandante del hospital de la base pidió a Jolly West que realizara una evaluación: ¿había estado aquel hombre legalmente cuerdo en el momento del asesinato? Shaver estuvo las dos semanas siguientes bajo la supervisión de West, que le sometió a numerosas pruebas psicológicas. También volvieron a la escena del crimen, a ver si así se le refrescaba la

memoria. Más adelante, en un intento de resolver la amnesia, West hipnotizó a Shaver y le puso una inyección de pentotal sódico, el «suero de la verdad».

Cuando West le inyectó más suero de la verdad para «intensificar el trance», Shaver recordó lo sucedido aquella noche. Confesó haber matado a Horton. La niña había hecho resurgir recuerdos reprimidos de su prima, Beth Rainboat, que había abusado sexualmente de él cuando era pequeño. Aquella noche, Shaver estaba ya bebiendo en casa cuando tuvo «visiones de Dios, quien le susurró al oído que buscara y asesinara a la malvada Beth». (Esa tal «Beth» nunca apareció.) En el juicio, West sostuvo que la confesión de Shaver mediante el suero de la verdad era más válida que ninguna otra; en todo caso, estaba testificando para la defensa: esperaban conseguir la absolución o la consideración de locura transitoria.

Sin embargo, el testimonio de West ayudó a la acusación. Había ahí un psiquiatra experto que creía sin reservas que Shaver había cometido el crimen y había logrado que el autor lo explicara con todo detalle. Aunque West mantenía que el soldado había sufrido un episodio de locura temporal, también dijo que ahora estaba «bastante cuerdo». Muchos no opinaban lo mismo. Según un artículo de prensa, «durante las agotadoras sesiones, Shaver estaba sentado como un hombre en trance», sin decir nada, sin levantarse nunca para salir a estirar las piernas o fumar pese a ser un fumador empedernido. «Para algunos, está fingiendo —decía el periódico—; para otros, su comportamiento es veraz.»

Y

West solía tratar trastornos neurológicos de los pilotos de Lackland. Durante el juicio, salió a relucir que Shaver había padecido migrañas tan debilitantes que, cuando notaba que le venía una, solía hundir la cabeza en un cubo de agua helada. Pidió un tratamiento regular, y la fuerza Aérea le recomendó un programa experimental de dos años. Nunca se supo el nombre del médico que intentó incorporarlo al programa.

En el juicio se examinó el historial médico de Shaver, si bien apenas se mencionó el hospital de la base, Wilford Hall, donde West había llevado a cabo sus experimentos MKUltra con pacientes no voluntarios. En el estrado, West dijo que jamás llegó a verificar si Shaver había sido tratado allí. Yo hice las comprobaciones; varios oficiales de Lackland me dijeron que Shaver no constaba en su registro de pacientes. Sin embargo, curiosamente, se conservaban todos los registros de 1954 con una excepción: el registro de los

apellidos que comenzaban por «Sa» hasta «St» había desaparecido.

Diversos artículos y declaraciones judiciales describían el estado mental de Shaver en los términos en que West había descrito sus experimentos del verano anterior: amnesias y estados de trance, un hombre que contraviene sus códigos morales y luego no recuerda nada. Por otro lado, West había escrito que planeaba experimentar con pilotos de Lackland para proyectos que «a la larga deberán someterse a pruebas prácticas sobre el terreno».

Esto resultaba aún más difícil pasarlo por alto una vez tuve la transcripción del interrogatorio a Shaver con el suero de la verdad. West se había servido de preguntas tendenciosas para conducir al embelesado Shaver al escenario del crimen.

—Hábleme de cuando se quitó la ropa, Jimmy —dijo; y en su intento de demostrar que Shaver tenía recuerdos reprimidos, preguntó—: Jimmy, ¿recuerda si pasó antes algo parecido? Después de quitarle la ropa, ¿qué hizo usted?

—Yo no le quité la ropa en ningún momento —respondió Shaver.

El interrogatorio estaba dividido en tres partes. Por algún motivo, en un principio la intermedia no estaba registrada. Cuando se reanudaba, la transcripción decía: «Shaver está llorando. Ha tenido que hacer frente a los hechos una y otra vez».

—Ahora se acuerda de todo, ¿verdad, Jimmy? —dijo West.

—Sí, doctor —contestó Shaver.

Para West, al parecer esto era pura rutina, pero en los psiquiatras que colaboraron dejó una marca indeleble. Uno de ellos, Gilbert Rose, acabó tan confundido por el caso Shaver que llegó a escribir una obra de teatro sobre el mismo. Cuando en 2002 conseguí hablar con Rose por teléfono, dijo que todavía estaba obsesionado por aquello.

—En mis cincuenta años de profesión —dijo hablando de Shaver y el interrogatorio basado en el suero de la verdad—, este fue el momento más dramático... cuando se tapó la cara con las manos y recordó haber matado a la niña.

De todos modos, se sorprendió cuando le expliqué que West, además de dar a Shaver pentotal de sodio, le había hipnotizado. Después de leerle citas de artículos, informes y la transcripción, pareció aceptarlo, aunque insistió en que West no había dicho nunca nada, el hipnotismo no estaba en el protocolo.

Tampoco sabía cómo West había averiguado enseguida de qué iba el caso.

—Estuvimos implicados desde el primer día —recordaba Rose—. Jolly me telefoneó la mañana del asesinato. —Rose me hizo evocar escenas retrospectivas de los recuerdos que tenía Shahrokh Hatami de Reeve Whitson—. Él lo puso en marcha.

Quizá West se protegió del escrutinio, pero no hizo apenas nada por exculpar a Shaver. El piloto fue declarado culpable. Aunque un tribunal de apelación dictaminó que no había tenido un juicio justo, en el nuevo proceso fue condenado de nuevo. En 1958, el día que cumplía treinta y tres años, fue ejecutado en la silla eléctrica. Siempre había mentenido que era inocente.

West afirmaba haber estado en la sala de juicios el día en que Shaver fue condenado a muerte. Por esa época empezó a mostrarse rotundamente contrario a la pena capital. Yo tenía la duda de si eso se debía a que él sabía que sus experimentos tal vez habían dado pie a la ejecución de un inocente y a la muerte de una niña. ¿Y si se hubiera llevado al juicio su correspondencia con Gottlieb, de un año anterior al crimen? ¿El veredicto habría sido el mismo? **Tusko se viene abajo**

Si el incidente de Shaver fue el capítulo más desgarrador de la carrera de West, el más surrealista fue el de Tusko: un elefante. De todos los experimentos de West, este es el que tuvo más repercusión mediática, casi siempre con tono mordaz. En todo caso, la gente no sabía que quien lo había financiado era Sidney Gottlieb, de la CIA.

El 2 de agosto de 1962, West se dirigió al Zoo Lincoln, en Oklahoma City, donde había invitado a una multitud de entusiastas testigos a presenciar su último experimento. Con gran satisfacción de la gente, había conseguido un elefante asiático llamado Tusko, que en Oklahoma era un ejemplar exótico. West intentaría provocarle *must*, «una forma de locura» que experimentaban los elefantes macho en la época de celo. El *must* provocaba cambios conductuales violentos. «Generalmente colaborador y domesticable, ahora el elefante andaba desquiciado durante unas dos semanas, durante las cuales era capaz de atacar o destruir cualquier cosa que se encontrara», explicó West, asegurando que un solo animal descontrolado había arrasado pueblos enteros. Durante el arrebatado de cólera, la glándula temporal del elefante segregaba «un líquido misterioso», marrón y pegajoso. ¿Podía ser esto útil desde el punto de vista médico? West quería averiguarlo. Su método era sencillo. Provocaría *must* en el animal inyectándole una gran dosis de LSD.

Sin embargo, West la calculó mal. Tusko pesaba la friolera de tres mil ciento cincuenta kilos. West le inyectó dos mil ochocientos gramos de ácido,

aproximadamente mil cuatrocientas treinta y cinco veces la cantidad que en un ser humano originaría «un trastorno mental acusado», según estimaciones del psiquiatra. «Cinco minutos después de la inyección —escribió West más adelante—, Tusko barritó, se desplomó cayendo pesadamente sobre el costado derecho, defecó y entró en un estado epiléptico.» Una convulsión respiratoria le acarrió la muerte.

En los periódicos del día siguiente apareció una foto de portada del corpulento psiquiatra inclinado sobre el fallecido paquidermo. Entonces no había grupos defensores de los derechos de los animales; la muerte de Tusko acabó siendo públicamente más una comedia que una tragedia. Durante un tiempo, West fue el hazmerreír de la comunidad científica, y pronto él mismo estuvo riéndose del contratiempo; en sus conferencias, le gustaba decir al público que era el famoso médico que había matado a un elefante con LSD. Cuando pregunté a Roger Smith sobre West, exclamó: «Es el tipo que mató al elefante. Una historia fantástica. Una historia maravillosa. ¡Siempre la contaba!».

El misterio subyacente a las bromas era el siguiente: para empezar, ¿por qué se había utilizado LSD en un elefante? ¿Qué sentido tenía simular un *must*? West, como era de esperar, nunca dio dos veces la misma explicación. A un entrevistador del *Medical Tribune*, y luego a otro de *The Daily Oklahoman*, les explicó que su objetivo era encontrar un «modelo animal» para las «psicosis recurrentes en los seres humanos». El cerebro del elefante era un útil equivalente de la mente humana: excelente memoria, «juicio creativo», sofisticadas capacidades de resolución de problemas e incluso «personalidad individual». Observar la violencia de un elefante brindaba la oportunidad «de averiguar qué cambios guardan correlación con este comportamiento agresivo», y de ver si dichos cambios se producían también en las personas.

Sin embargo, en un artículo de diciembre de 1962 en la revista *Science*, West y sus compañeros de investigación hablaban como si sus objetivos fueran exclusivamente zoológicos. Si extirpaban quirúrgicamente la glándula temporal de un elefante antes de la pubertad, «podía llegar a ser un animal sexualmente capaz pero manejable desde el punto de vista conductual».

Sus recomendaciones eran tan absurdas que provocaron una avalancha de cartas a *Science*. Diversos científicos escandalizados pusieron en entredicho los verdaderos propósitos de West, calificándolo de «caprichoso» e «irresponsable». «No veo ahí ningún método ni fin científico alguno», escribió alguien.

En enero de 1969, West dejó su puesto en la Universidad de Oklahoma. Su sucesor, el doctor Gordon Deckert, en los archivos del departamento encontró registros sobre el desastre de Tusko. «Cuando [el elefante] murió, el departamento estaba preocupado: ¿cómo demonios vamos a pagar por eso? — recordaba Deckert—. Lo único que decía Jolly a todo el mundo era que ya encontraría la manera de costearlo. Cuando llegué a presidente, me enteré de que la fuente de los pagos había sido la CIA.» Tras conocer la implicación de West en el asunto del supuesto lavado de cerebros en la Guerra de Corea, Deckert admitió que «no fue tanta la sorpresa». La tapadera financiera era el Fondo de Fundaciones para la Investigación en Psiquiatría, el mismo grupo que pagó el Proyecto Haight-Ashbury de West. **Brote psicótico de Jack Ruby**

En la UCLA, yo seguí solicitando cajas de papeles de West, y ellos seguían desviándome hacia pequeñas trampas. En un momento dado, me dejaron caer en un lodazal en el que yo no quería meterme: el asesinato de John F. Kennedy, suceso que muy probablemente ha sido el crimen más debatido de todos los tiempos, que sin duda había alimentado más teorías de la conspiración, escepticismo y enemistad que ningún otro incidente de la historia de Estados Unidos, lo cual alteró la manera en que los norteamericanos asimilaban las noticias y quebró la confianza del país en sus instituciones. Hojeé las páginas de West con cautela, esperando que su implicación fuera secundaria. No lo era. Y por esa trampilla me metí.

Kennedy fue tiroteado el 22 de noviembre de 1963, mientras su comitiva cruzaba la plaza Dealey de Dallas. Dos días después, en los cuarteles de la policía de Dallas, unos agentes escoltaban al asesino, Lee Harvey Oswald, hasta un coche blindado que lo conduciría a la cárcel del condado. Un hombre salió de entre los congregados y apuntó con un revólver al pecho de Oswald. Se trataba de Jack Ruby, propietario de un club nocturno que tenía conexiones con grupos políticos cubanos y el crimen organizado. Disparó una vez a quemarropa una bala mortal en el estómago de Oswald.

Según un relato de Ruby en primera persona por mano de un «negro» — publicado en los periódicos en un escenario parecido al de Susan Atkins y en el que también aparecía Lawrence Schiller—, al sacar el arma «perdió la chaveta». En un abrir y cerrar de ojos, los policías lo inmovilizaron en el suelo, y no se acordaba de lo que acababa de hacer. «¿Qué estoy haciendo aquí? —preguntó—. ¿Por qué os echáis encima de mí, muchachos?» Según un examen psiquiátrico solicitado por los abogados defensores de Ruby, este había sufrido «un “estado de fuga” con amnesia posterior».

Siguiendo el consejo de su abogado, Ruby dijo que había matado a Oswald para ahorrarle a la primera dama, la viuda Jackie Kennedy, el mal trago de testificar contra aquel en el juicio. Otro de los abogados de Ruby, Melvin Belli, escribió más adelante que Ruby tenía «una laguna de memoria», y que cualquier explicación que diera era simple «fabulación». Diversas justificaciones potenciales «habían sido vertidas como agua en el vacío de su memoria patológicamente receptiva y, una vez allí, se habían solidificado como cemento».

Por lo visto, tan pronto llegó a la imprenta la historia del asesinato de Oswald, Jolly West intentó meterse en el caso. Esperaba reunir a un grupo de «expertos en problemas conductuales» para evaluar el estado mental de Ruby. Tomó la insólita decisión de dirigirse al juez Joe B. Brown, quien había constituido el gran jurado que había encausado a Ruby. West quería que el juez lo designara para el caso. En aquel entonces, la policía no había revelado ninguna información sustancial sobre Ruby, su estado psicológico o su posible móvil. Por su lado, West tampoco tenía claro ese móvil. En tres documentos de entre sus papeles decía que alguien —aunque nunca dijo quién— le había «pedido» que solicitara a Brown su nombramiento «unos días después del asesinato», un hecho que jamás antes se había hecho público.

El juez rechazó la petición. De momento, al parecer, West estaría lejos de Ruby, que pronto fue condenado a muerte por asesinato en primer grado. Según parece, al conocer la noticia Ruby se quedó desconcertado. Había matado al asesino del presidente, y los ciudadanos de Dallas se lo pagaban con un viaje al patíbulo. Despidió a su abogado y contrató al doctor Hubert Winston Smith, que le había asistido durante el juicio, para que le representara en la apelación.

Entretanto, en Langley, Richard Helms, director de la CIA, aseguraba que los cobayas humanos de MKUltra no habían sido nunca conscientes de los experimentos que se realizaban con ellos. Era «el único método realista», escribió, pues «los objetivos operativos serán sin duda involuntarios».

Tan pronto el doctor Smith empezó a dirigir el equipo jurídico de Ruby, una de sus primeras acciones fue solicitar un nuevo examen psiquiátrico de su cliente. Ya tenía pensado el candidato: el doctor Louis Jolyon West, de quien en un escrito al tribunal señaló que había recibido grandes elogios por sus estudios con los prisioneros de guerra norteamericanos sometidos a lavado de cerebro. Quizá, escribió Smith, podría valerse de sus «cualificadísimas» destrezas como hipnotizador y administrador del «suero de la verdad, pentotal

de sodio» para ayudar a Ruby a recordar el asesinato que había cometido. (Puede que West recompensara a Smith por su fantástica designación ayudándole a conseguir un puesto de profesor en Oklahoma.)

Así pues, en abril de 1964, West tomó un avión rumbo a Dallas. Aquella tarde tenía previsto examinar a Jack Ruby en la prisión del condado.

Los periódicos de Dallas informaron de ello en su última edición de la tarde: West salió de la celda de Ruby para anunciar que el interno antes cuerdo había sufrido «un brote psicótico agudo» en algún momento de las «veinticuatro horas» precedentes. Lo que pasó entre West y Ruby en aquella celda quedó entre ellos; no había testigos. West aseguraba que Ruby «ahora estaba ciertamente loco». Y lo más probable era que ese estado fuera «irreversible».

En una declaración jurada adjunta a su diagnóstico, West describía a un hombre totalmente desquiciado que sufría alucinaciones, oía voces y tenía de pronto la firme convicción de que en Norteamérica era inminente un nuevo holocausto. «Anoche —escribió West—, el paciente estaba seguro de que todos los judíos de Estados Unidos serían masacrados. Y eso era como represalia contra él, Jack Ruby, el judío responsable de “todo el problema”.» Los delirios eran tan reales que Ruby se arrastraba bajo la mesa para esconderse de los asesinos. Decía haber «visto a su propio hermano torturado, atrocemente mutilado, castrado y quemado en la calle, frente a la cárcel. Aún oía los gritos... Las órdenes para este terrible pogromo debieron de llegar desde Washington».

Según West, todo esto había comenzado en algún momento de la noche anterior al examen, cuando Ruby chocó de cabeza con la pared de la celda en un aparente intento de suicidio. Sin embargo, el carcelero, el sheriff Bill Decker, le quitó importancia diciendo que el preso solo quería llamar la atención. «Se frotó la cabeza en la pared lo suficiente para que tuviéramos que ponerle un poco de mertiolato [antiséptico] —explicó Decker a un reportero—. Eso es todo.»

A partir de ese día, cada médico que examinó a Ruby emitió un diagnóstico parecido: padecía delirios. No obstante, West no fue ni mucho menos el primero en evaluarlo. A estas alturas, casi una docena de psiquiatras, muchos también de cierto renombre, habían analizado el estado de Ruby y habían observado que, en esencia, estaba en pleno uso de sus facultades mentales. West había sido informado de estas opiniones, pero, movido por un

orgullo desmedido, escribió que no le preocupaban demasiado; de hecho, «no había podido leerlas hasta hoy a primera hora en el avión. Esta noche, mis hallazgos dejarán claro que se ha producido un cambio agudo en el estado del paciente desde que se llevaron a cabo esos primeros estudios».

El cambio era demasiado «agudo» para el gusto del juez Brown, que se había pasado muchas horas en la sala de juicios con Ruby y nunca había presenciado nada que se pareciera siquiera remotamente a la conducta descrita por West. No le pasaría desapercibido que se trataba del mismo médico que meses atrás solicitaba con osadía examinar a Ruby. La revista *Time* lo citaba: «Por mi propio bien, me gustaría que examinasen a Ruby médicos imparciales. Quiero que aflore la verdad».

Llegó una segunda opinión del doctor William Beavers, que reconoció a Ruby dos días después de West. El informe que Beavers entregó al juez, nunca hecho público antes, confirmaba las conclusiones de West. Ruby «estaba muy agitado», escribió Beavers, «y me preguntó si oía los sonidos de tortura...». Al igual que el juez Brown, se sintió alarmado por el acelerado desmoronamiento de Ruby. Contempló la posibilidad de que Ruby estuviera fingiendo, pero la descartó enseguida, pues era «muy improbable que ese individuo simulara alucinaciones de manera convincente». Beavers tenía la duda de si Ruby había sido manipulado o drogado por alguien de fuera. «Cabía la posibilidad de una psicosis tóxica —escribió—, pero, dada la situación protegida, era muy improbable.»

A estas alturas, la verdad estaba sellada detrás de West. A Beavers no se le pasaba por la cabeza que uno de sus colegas cuidadores fuera capaz de algo tan diabólico como la inducción de una enfermedad mental en un paciente. Su informe habría sido muy distinto, sin duda, si se hubiera enterado de las actividades poco ortodoxas de West y su larga relación con la Agencia Central de Inteligencia.

Montones de colegas de West me proporcionaron valoraciones de su personalidad. Había elogios, sobre todo de quienes habían trabajado con él en la UCLA, pero también críticas, la mayoría de sus antiguos colegas de Oklahoma, donde había llevado a cabo el grueso de sus investigaciones para MKUltra. Era un hombre «taimado», «ególatra», un «narcisista» inveterado y un «mujeriego». Los pocos que no habían sospechado su relación con la CIA la aceptaron enseguida. De todos modos, la percepción más pertinente la dio el doctor Jay Shurley, amigo suyo durante cuarenta y cinco años que había trabajado con él en la base de la Fuerza Aérea de Lackland y en la

Universidad de Oklahoma. Shurley era uno de los pocos en admitir que West estaba a sueldo de la CIA. Le pregunté si, a su juicio, West habría aceptado de la CIA el encargo de revolver la mente de Jack Ruby.

—Siento que de algún modo estoy traicionando la memoria de Jolly —dijo Shurley—, pero, si he de serle sincero, mi intuición me dice que sí. Habría sido capaz de eso. —Tras calificar a West de «personaje muy complejo», prosiguió—: Tenía cierto problema con la grandiosidad. No era reacio en absoluto a influir en la historia norteamericana de un modo u otro, tanto si le reconocían el mérito como si no... Jolly tenía una vena... creo que podemos llamarla «patriótica». Si el presidente le pedía que hiciera algo, o alguien de un puesto superior... se entregaba a ello sin hacer demasiadas preguntas.

—¿Aunque esto significara desvirtuar la historia norteamericana?

—Supongo —dijo Shurley—. Era un tío muy audaz. **«Un asesinato deliberado del crimen organizado»**

La intervención «audaz» de West sentó, durante décadas, las bases de la confusión y la conspiración en Washington. Una semana después del asesinato de Kennedy, el presidente Lyndon Johnson, que acababa de tomar posesión del cargo, nombró un grupo de treinta personas para que investigaran el crimen. La Comisión del Presidente sobre el Asesinato del Presidente Kennedy —conocida como la Comisión Warren por el nombre de su presidente, Earl Warren, magistrado del Tribunal Supremo— tenía en su seno algunos miembros cuestionables. Uno era Allen Dulles, antiguo director de la CIA. Kennedy lo había despedido dos años antes, después de la chapuza de Bahía de Cochinos. Otro era el enlace oficial de la CIA con el grupo, Richard Helms, que pronto llegaría a ser director de la Agencia. Protegido de Dulles, Helms fue durante mucho tiempo patrono secreto de West y uno de los pocos agentes que estaban al corriente de MKUltra. Pero en la Comisión nadie —salvo, probablemente, Dulles, que había puesto el programa en marcha— sabía que un «activo» de la CIA adiestrado en control mental había dado tratamiento psiquiátrico a Jack Ruby, a quien la Comisión consideraba su «testigo más importante».

En junio de 1962, Earl Warren y otros del grupo volaron a Dallas para una audiencia con Ruby en la sala de interrogatorios de la prisión del condado. El grueso de su declaración fue un marasmo de divagaciones paranoicas. Solicitó a Warren que lo sacara de Dallas. «En este momento, los judíos están siendo exterminados —avisó—. Sé que no viviré para volver a

verle a usted... ¿Parezco un poco chiflado?» Entre susurros airados, exigió hablar con un judío. «¡Tiene que llevarme a Washington! ¡En Albuquerque y El Paso, a los niños judíos les están cortando los brazos y las piernas!»

La Comisión, incapaz de extraer un relato congruente a su principal testigo, llegó a la conclusión de que, en el asesinato de Kennedy, Lee Harvey Oswald había actuado solo, y de que Ruby no había participado en ningún complot para silenciar al primero. De todos modos, aunque no se apreciaban indicios de una trama secreta, no se podía descartar algo así de manera categórica. Sea como fuere, su honestidad se vio cuestionada en cuanto West pisó la celda de Ruby. Se requirió al grupo que investigara a la CIA como sospechoso rutinario en el asesinato de un presidente en ejercicio. Ni Dulles ni Helms habían dicho nunca nada sobre la actividad de West en la CIA. Y pronto Jack Ruby dejó de andar por ahí contando su historia. En 1967 murió a raíz de diversas complicaciones relacionadas con un cáncer de pulmón.

En los años setenta, cuando el Congreso indagó en ciertos abusos de los servicios de información, se hallaron pruebas de que la CIA y el FBI habían obstaculizado la investigación sobre el caso Kennedy. Dulles y Helms habían ocultado adrede fallidos planes de la CIA para asesinar al dictador cubano Fidel Castro. Al parecer, la CIA se había puesto de acuerdo con personajes del crimen organizado, muchos de ellos enemigos jurados de los Kennedy; colaboraron con cubanos anticastristas de Miami y Nueva Orleans para matar al dictador. Helms había supervisado personalmente estos planes.

Las pruebas, escribieron funcionarios del Congreso, «ponen en entredicho el proceso mediante el cual los servicios de inteligencia llegaron a sus propias conclusiones acerca del asesinato». Creyendo que no les quedaba otra opción que comenzar de nuevo, la Cámara de Representantes votó a favor de constituir el Comité Selecto de la Cámara sobre Asesinatos (HSCA, por sus siglas en inglés) y volver a investigar.

El HSCA aspiraba públicamente a hacer que el Informe Warren fuera «convinciente». Su documento definitivo de cinco volúmenes —que llegó en 1979, tras dos años y medio y 5,4 millones de dólares de los contribuyentes— logró justo lo contrario. Basándose en nuevas pruebas de balística de un segundo tirador en Dallas, el HSCA rechazó la tesis de la Comisión Warren de que Oswald había actuado solo. Había habido una «probable conspiración» para asesinar al presidente.

El Comité tenía que ser mesurado; no identificaba a ningún cómplice potencial en el asesinato del presidente. Unos años después, liberados de sus

restricciones congresuales, G. Robert Blakey y Richard Billings, antiguos miembros del Comité, publicaron *The Plot to Kill the President*, una descripción de la investigación sin mordazas. «El asesinato de Oswald a cargo de Jack Ruby tenía todas las características de una operación del crimen organizado, un acto para silenciar al asesino, para que nunca pudiera revelar nada de la conspiración —escribieron—. Jack Ruby, a sueldo de la Mafia, tras acechar a Oswald durante días, lo hizo callar para siempre. Fue un asesinato deliberado del crimen organizado.»

Los coautores no tenían pruebas que implicasen a la CIA, pero se mostraban recelosos. Sus sospechas nacían en el enorme apéndice de veintisiete volúmenes de los testimonios publicados de los testigos del HSCA, que describían maniobras entre bastidores de Dulles y Helms para poner trabas a la Comisión Warren. Junto con J. Edgar Hoover, del FBI, estaban decididos a presentar a Oswald como un asesino solitario enloquecido y a Ruby como un ciudadano afligido. Hoover hizo públicas las conclusiones iniciales del FBI solo dos semanas después del asesinato; a su entender, Oswald había actuado solo.

«Hoover cerró los ojos —declaró Hale Boggs, de la Comisión Warren, en las audiencias del HSCA— ante Oswald, Ruby, sus amigos, las balas, el arma, lo que se les ocurra.»

Dulles no era menos cómplice. Instó a la Comisión Warren a limitarse a revisar la investigación del FBI en vez de llevar a cabo la suya propia. Se reunió en secreto con Helms y otros funcionarios de la CIA para prepararlos sobre las preguntas que la Comisión pensaba formular.

Ante estas revelaciones, el HSCA solo podía concluir que los servicios de inteligencia estaban ocultando sus vínculos con Oswald y Ruby, así como un intento de la CIA de asesinar a Castro. Incluso el presidente Johnson tenía sus dudas. Según algunos, el complot contra Castro se había vuelto contra Kennedy después de que este fracasara en la invasión de la Bahía de Cochinos y tomara ciertas decisiones políticas que afectaban a la influencia de la Agencia, como reducir la presencia de Estados Unidos en Vietnam, reactivar las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética o recortar el gasto militar. «El presidente creía que la CIA había tenido algo que ver con la trama», dijo en 1967, en una sesión informativa en el Despacho Oval.

Si la CIA quería cerrarle la boca a Ruby, ¿es porque sabía él algo de la

Agencia? Burt Griffin, abogado de la Comisión Warren, compareció ante el HSCA para decir que él y su ayudante prácticamente habían confirmado la relación de Ruby con los planes de contrabando de armas de los cubanos anticastristas, que estaban enviando armas desde Estados Unidos a Cuba con la esperanza de derrocar al dictador.

En ese momento, Griffin no tenía ni idea de que la CIA financiaba ese tráfico de armas. En marzo de 1964 —cuando solo faltaban unas semanas para que Ruby fuera «examinado» por Jolly West—, Griffin y su ayudante abordaron a Richard Helms, a quien solicitaron toda la información que la CIA tenía sobre Ruby. Creían posible «que Ruby estuviera implicado en negocios ilegales con elementos cubanos que quizá habían tenido contacto con Oswald».

Helms se limitó a dar una respuesta escueta: «La CIA estaría muy limitada en su posibilidad de ayudar». Griffin se quedó perplejo; estaba ante alguien que en principio debía colaborar. Volvió a intentarlo. Para cuando Helms hubo articulado una respuesta, habían pasado meses, y hacía tiempo que West había hecho su fatídica visita a Ruby. «Tras una inspección de los archivos de la Agencia —escribió Helms—, no tenemos ninguna información sobre Jack Ruby ni de sus actividades.»

En cuanto a Jolly West, también hizo algo para que a Ruby no le contaminara ningún tufillo de conspiración. Mientras la Comisión Warren intentaba adivinar el móvil de Ruby, West mandó una carta confidencial al propio Earl Warren, de la cual encontré una copia en los archivos del HSCA. Fechada el 23 de junio de 1964 y dirigida a «Mi estimado juez presidente», la nota de West sostenía que su «examen» de Ruby le daba una percepción única sobre «las motivaciones del hombre para el asesinato». (Esto pese a que West había dicho que Ruby estaba «ciertamente loco».) Estaba seguro de que, al disparar sobre Oswald, Ruby había actuado de «una manera irracional y no premeditada», y que «quería demostrar que los judíos, a través de él mismo, amaban a su presidente y no eran cobardes». West, sin el consentimiento de su paciente ni de los abogados de este, estaba ofreciendo evaluaciones médicas confidenciales con fines políticos. «Por favor, díganme si puedo hacer algo más que sirva de ayuda», añadió. Warren no hizo caso. En una nota interna, rechazó al psiquiatra calificándolo de «intruso»: «No veo ninguna necesidad de hacer nada con este material». Si hubiera conocido las relaciones de la CIA con West, quizá habría reaccionado de otra manera.

Si West no consiguió que en la Comisión Warren prevaleciera su versión

de los hechos, al menos sí se aseguró de que no aflorase ninguna información comprometedoras sobre Ruby. A instancias suyas, un psiquiatra llamado doctor Werner Tuteur examinó a Ruby en julio de 1965 a fin de preparar una próxima vista sobre su cordura. Tuteur entregó a West un informe de doce páginas, que estaba en sus archivos, junto a una versión modificada que West había presentado al tribunal. Había tachado solo un fragmento: «Hay una culpa considerable en el hecho de que enviara armas a Cuba —había escrito Tuteur—. Cree que “ayudó al enemigo” y se incrimina a sí mismo. “Consiguieron de mí lo que querían.”» Al borrar estas frases, West eliminaba precisamente las pruebas que Griffin había estado buscando.

West había anotado minuciosamente muchas cosas sobre el caso Ruby, todas debidamente archivadas. Cuando los investigadores, los estudiosos y los periodistas se esforzaban por encajar todas las piezas del puzle, él miraba desde lejos, recopilando datos para su propio libro sobre Ruby. Al final no llegó a escribirlo, pero prestó gran atención a un exhaustivo volumen de 1965, *The Trial of Jack Ruby*, de John Kaplan y Jon R. Waltz, que escribían lo siguiente: «El hecho es que nadie sabe por qué Jack Ruby disparó sobre Lee Harvey Oswald... incluido Jack Ruby».

Jolly West también anotó algo al lado de esta frase: «Buena cita». Era, hasta la fecha, lo más cerca que había estado de recibir algún reconocimiento por su trabajo. **Colofón: aluvión de datos**

En *Libra*, novela de Don DeLillo de 1988 sobre Lee Harvey Oswald, aparece un personaje llamado Nicholas Branch, psicólogo de la CIA jubilado al que se encarga la tarea interna de aclarar de una vez por todas el comportamiento de la Agencia en el asesinato de JFK. El encargo lo tiene quince años ocupado. La Agencia paga por la construcción de una oficina fastuosa, a prueba de incendios, que, para Branch, acaba siendo «la habitación llena de libros, la habitación de los documentos, la habitación de las teorías y los sueños». Descansa en «un sillón de cuero suave como un guante», rodeado de estanterías y archivadores repletos de carpetas, casetes, blocs de papel amarillo y libros. Branch «se sienta en un aluvión de datos de cientos de vidas». Llega a pensar que «el pasado está cambiando mientras escribe». Y sabe que su tema fundamental no es el crimen ni la política, sino los «hombres en habitaciones pequeñas».

Aunque yo no tenía un sillón de cuero suave como un guante sino un sofá hundido, y aunque nada de mi apartamento estaba asegurado contra incendios, no digamos ya a prueba de incendios, me identifiqué mucho con Nicholas

Branch. Me zambullí en grabaciones, voces del pasado, relatos contradictorios, una complejidad que a veces parecía multiplicarse por su propia dinámica. Al margen del camino que tomara, las historias cambiaban bajo mis pies. Yo era un hombre en una habitación pequeña que leía sobre hombres que estaban en habitaciones pequeñas. Sin embargo, mientras Nicholas Branch contaba con todo el respaldo de la CIA, yo estaba solo.

Mientras redactaba mi propuesta de libro y me acercaba —eso esperaba yo— al final de mi reportaje, soñaba con compartir mis hallazgos con los miembros de la Comisión Warren, y mostrarles las pruebas que ellos habían sido incapaces de obtener de la CIA. Sin embargo, casi todos habían muerto hacía tiempo. Gerald Ford, no, pero no quiso saber nada de mí. Burt Griffin, encargado del apartado de Ruby en la investigación, me dijo por teléfono que mis hallazgos eran «un asunto alarmante» y que «se debería investigar» la relación de West con la CIA. Pero llevaba mucho tiempo retirado... y si alguien iba a iniciar una investigación, no sería él.

Tuve más suerte con Arlen Specter, a la sazón veterano senador de mi estado natal de Pensilvania. A finales de 2002, con motivo de una visita a mis padres en Filadelfia, decidí averiguar si estaba interesado en los papeles que yo había encontrado.

Specter se había incorporado a la Comisión Warren siendo un joven abogado investigador. Había participado en las comparecencias de Ruby ante la Comisión. Cuando se enrollaba con sus teorías conspiranoicas antisemíticas, Ruby creyó que Specter era un aliado, uno de los pocos judíos de la Comisión. Specter también fue responsable de la polémica «Teoría de una sola bala» de la Comisión, según la cual una única bala había seguido un recorrido sinuoso a través de los cuerpos de John F. Kennedy y el gobernador John Connally, sentado delante. Esta teoría descartaba la posibilidad de un segundo tirador, algo que para Specter era dogma de fe: se refería a ello como la «conclusión de la única bala». Como su papel en la comisión había propulsado su carrera, Specter se había mostrado extraordinariamente comunicativo al respecto a lo largo de los años, deseoso de defender su postura y recordar a los votantes su función como capítulo fundamental de la historia norteamericana.

La atención de Specter se hizo esperar meses. A través de sus ayudantes acabé obteniendo finalmente lo que se suponía que sería una entrevista telefónica de dos minutos. Él me llamó desde el hemiciclo del Senado. Yo expuse mi idea lo más rápido posible, con referencias a West, su implicación

en los experimentos MKUltra de la CIA y el examen que le hiciera a Ruby.

Specter estaba intrigado. Aunque no tenía conocimiento del programa de control mental de la Agencia ni de la investigación del Congreso, admitía la posibilidad de que West hubiera manipulado a Ruby y, por tanto, las conclusiones de la Comisión Warren.

—¿Me puede enviar estos documentos por fax? —dijo, y acto seguido se ofreció a dirigirse a la CIA al respecto.

Yo quería conservarlos. En cuanto no estuvieran en mi poder, quién sabe dónde acabarían, y alertar así a la CIA quizá no era lo más interesante para mi reportaje. Specter exhaló un suspiro.

Como sabía que los congresistas solían regresar a su casa los fines de semana, probé suerte.

—Si va a ir usted a Filadelfia...

El sábado, Specter tenía previsto jugar un partido de squash en el Hotel Wyndham Plaza. Sugirió que nos viéramos allí. Su ayudante me llamaría para concretar.

Yo estaba entusiasmado... un senador en ejercicio, un investigador clave de la Comisión Warren, estaba dispuesto a escucharme en persona. Entonces le envié un fax con algunas crónicas de *The New York Times* sobre MKUltra y más información sobre West.

Y después me volví paranoico.

Todavía no había revisado todas las cajas de archivos de West. ¿Y si revelar mis hallazgos a Specter hacía peligrar mi acceso a las mismas? Alguien podría adelantarse y eliminar algo incriminatorio.

Pero esto era descabellado, pensé. Yo regresaría en avión a Los Ángeles al terminar el fin de semana. Bastaría con ir enseguida a los archivos de la UCLA... Ni siquiera la CIA era capaz de actuar con tanta rapidez.

Sin embargo, cuanto más vueltas le daba, más suspicaz me sentía. ¿Por qué tenía Specter tantas ganas de ver los documentos? Parecían darle igual mis credenciales o la ausencia de ellas. Por otro lado, ¿era posible que un senador veterano no hubiera oído hablar nunca de MKUltra? Specter era el presidente del Comité Selecto del Senado sobre Inteligencia, el mismo grupo que había investigado el programa MKUltra tiempo atrás. Tenía poder para abrirme puertas, pero si estaba inclinado a respaldar las conclusiones de la Comisión Warren, a lo mejor me cerraba estas mismas puertas.

Le daba demasiadas vueltas a todo, vueltas y más vueltas. Al final del día, decidí pecar de cauteloso y posponer el encuentro. Quizá en el futuro

podría hacer que me acompañara un abogado, o algún observador imparcial.

A la mañana siguiente, dejé sendos mensajes en el hotel de Specter y en su gabinete de prensa: lo lamentaba mucho, pero se había producido un imprevisto y esa misma tarde tenía que marcharme a Los Ángeles. Fui a hacer algunos recados intentando convencerme de que no había cometido un gran error. A día de hoy, aún no estoy seguro.

Mientras estaba fuera, sonó el teléfono y mi madre lo cogió. Era Arlen Specter, que parecía confuso. Como estaba al tanto de mi plan, ella le dijo a Specter que yo iba camino del aeropuerto. (Tenía unas sensaciones mezcladas, me contó más adelante: su hijo era lo bastante importante para que lo llamara un senador en el fin de semana, pero su hijo también le había hecho mentir a ese senador.)

Specter estaba atónito.

—¿Que no va a reunirse conmigo?

—Me temo que no —dijo mi madre.

Estuve años intentando volver a quedar. Cuando por fin lo tuve de nuevo al teléfono, estaba tan emocionado por haberlo conseguido que me di cuenta de que había dejado de preparar la charla desde hacía tiempo. Habían pasado meses desde que hube enumerado los datos concretos de West y Ruby. Ahora yo era mucho menos convincente. Y él no tenía interés alguno en ver mis papeles.

—Es que no veo adónde lleva todo esto —dijo Specter. Era la frase que oíría a menudo en los próximos años.

12 ¿Adónde lleva todo esto? **Escribiendo la música**

Las cartas de Jolly West sobre MKUltra eran mi descubrimiento más importante, pensaba yo. Si había una respuesta a la madre de todas las preguntas —cómo consiguió Manson que sus seguidores mataran—, tenía la impresión de que debía estar ahí. Reuní toda la energía posible con la esperanza de descubrir que sus caminos se habían cruzado o que el enorme éxito de Manson en la creación de la Familia le debía algo a las técnicas de control mental de la CIA. Pero aunque no apareciera nada, creía yo que considerar a Manson y a West en paralelo era un esfuerzo encomiable. La suya fue una de las incongruencias de los años sesenta. Manson, el exconvicto, el arribista de Hollywood, el obseso del sexo, el gurú desaseado y rechazado por la sociedad, se había valido del LSD para captar y reprogramar a sus

adeptos. En el Verano del Amor, recorrió las mismas calles y frecuentó la misma clínica que Jolly West, el recto oficial de la Fuerza Aérea, el renombrado psiquiatra, el elocuente hipnotizador que escribió a su superior de la CIA que «era inconcebible una tarea más vital» que la de administrar LSD a sujetos no voluntarios para sustituir sus recuerdos.

Ambos hombres eran moralistas, hipócritas y narcisistas. Y ambos estaban decididos a dar fe de su presencia en una Norteamérica que para ellos estaba podrida. En su juicio, Manson dijo: «¿Es una conspiración el hecho de que la música esté diciendo a la juventud que se levante contra el sistema?... No es mi conspiración. No es mi música. Oigo lo que cuenta. Dice: “Levántate”, dice: “Mata”. ¿Por qué echarme la culpa a mí? Yo no he escrito la música». En cierto modo tenía razón.

Reanudé el trabajo sobre mi propuesta pensando que tenía suficiente material para que incluso los escépticos más empecinados dudasen un poco. Pese a que tardé años en tener todas mis palabras en perfecto estado, en 2005 acabé por fin. Terminaron siendo nada menos que unas ochenta mil, como muchos libros actuales. En cuanto al fondo del asunto, Penguin Press accedió a publicar el libro. Yo me sentía eufórico, y algo más que aliviado. No estaba seguro de si un editor respetable avalaría un proyecto en el que aparecieran al mismo tiempo Manson, Jack Ruby y el control mental de la CIA. Su respaldo me daba la razón, y el pago por adelantado era más que suficiente para poder concluir mi labor.

El manuscrito completo tenía que estar entregado a principios de 2008, o sea, faltaban algo menos de tres años. Ahora lo único que tenía que hacer yo era terminar el reportaje y escribirlo todo. El año siguiente se cumpliría el trigésimo aniversario de los crímenes... Mi plazo de entrega a *Premiere* se había retrasado solo una década. Pero aquello era una crónica para una revista. Esto sería un libro.

Tenía grandes planes para el dinero del adelanto, más generoso de lo que me había imaginado. Cambié el ordenador, llevé el viejo Acura al chatarrero y me compré... un Volvo del 85 de segunda mano por cuatrocientos dólares. Todo lo demás regresaría al libro. Aunque mis amigos me aconsejaban que comprase una propiedad y que me tomara unas vacaciones exóticas, ni siquiera me lo planteé. Tenía por delante al menos tres años de trabajo duro. El dinero me ayudaría a conseguir lo que antes era demasiado caro o laborioso. Contraté a dos ayudantes de investigación para organizarme mejor.

Ellos transcribirían las interminables horas de entrevistas grabadas que había atesorado: a estas alturas, más de doscientos casetes, por lo general con sus noventa minutos totalmente llenos. También me ayudaron a teclear las notas manuscritas de mis sesenta blocs de hojas amarillas y treinta libretas, así como algunos de los fragmentos que había subrayado en unos trescientos libros. Casi todos mis documentos estaban en una de las ciento noventa carpetas, y aun así había dejado que crecieran media docena de montones de documentos no archivados hasta alcanzar cada uno una altura de más de un metro. (Al menos estaban separados por temas.) Revisar la gran cantidad de registros materiales fue perturbador. Estaba redescubriendo los fragmentos, las pequeñas obsesiones y las cuestiones engorrosas que me impulsaron hacia delante cuando empecé el reportaje. Algunas de esas cosas las había olvidado; otras estaban pendientes de resolver y seguramente lo estarían siempre. Sin embargo, unas cuantas me tentaron de nuevo. Ahora que estaba acabando, quería asegurarme de no dejar ningún cabo suelto. Si me rondaba una duda por la cabeza el tiempo suficiente, la añadía a mi lista de tareas por hacer. Si se trataba de escribir un libro, la lista pronto fue preocupantemente larga.

A lo largo de los años, uno de los problemas básicos había sido el de localizar a gente. Muchos antiguos miembros de la Familia habían hecho todo lo posible para estar ilocalizables: habían cambiado de nombre y cortado los lazos con quienes conocieran su pasado. Al menos, mediante algunos publicistas podía dar con el paradero de los famosos que en otro tiempo me dijeron que no. Ahora estaba buscando a personas que habían desaparecido del radar. No quería necesariamente obligar a nadie a hablar conmigo. Pero ¿y si alguien de la Familia se acordaba de Jolly West, Reeve Whitson o cualquiera de los personajes oscuros que ya había investigado? ¿Y si, como en el caso del detective Charlie Guenther, querían revelar algo que llevaban treinta años guardando? Algunos de mis entrevistados más hostiles habían empezado a relajarse al ver que yo no tenía el estilo sensacionalista y propio de los tabloides que envolvía casi todas las crónicas sobre Manson.

Así que también contraté los servicios de un detective privado, un agente jubilado del Departamento de Policía apodado Moon, que trabajaba en una oficina de Arizona. A día de hoy no nos hemos visto nunca, si bien nos hemos comunicado a través de miles de *e-mails* y llamadas. Moon dio con personas y registros policiales a los que yo jamás habría llegado por mi cuenta. El hombre, que había participado en la redada del Departamento de Policía en el Rancho Spahn, se había puesto en contacto con otros polis retirados a quienes

había sugerido que hablasen conmigo. También me adiestró en el rastreo, el arte de encontrar a personas que no desean que nadie las encuentre. Muy pronto estuve pagando por acceder a bases de datos y directorios cruzados, entre ellos uno denominado Merlin para cuyo uso se requería una licencia de investigador privado. (Moon se ocupó de esto.) Entre los dos dimos con el paradero de prácticamente todas las personas que habían andado por ahí con Manson, casi todas desperdigadas por la Costa Oeste. Las añadí a mi lista de entrevistas junto a la habitual mezcla de polis, abogados, traficantes de droga, investigadores, viejas glorias de Hollywood y congresistas.

La ayuda extra me procuró tiempo para hacer lo que mejor hacía: zambullirme en archivos. Debía visitar una media docena de sitios para rellenar huecos en mi rastro documental. Había viejos detectives de homicidios del Departamento de Policía y de la Oficina del Fiscal, fiscales de distrito que se habían ofrecido a enseñarme su material, expedientes judiciales de la Familia, comisarías, departamentos de parques y patrullas de carreteras a los que vería por primera vez tras haber convencido al estado de California; y también archivos personales de reporteros que tiempo atrás habían tratado de investigar lo mismo que yo, la mayoría de los cuales habían acabado en callejones sin salida.

Mi lista de tareas pendientes era ahora tan larga como en los días más ajetreados del reportaje. En ocasiones, bajo el entusiasmo y la ansiedad, alcanzaba yo a notar un miedo más profundo. Aunque fuera capaz de consolidar la conexión entre Manson y West, no tenía una prueba concluyente... alguna aguja imaginaria en el Rancho Spahn con las huellas de Jolly West, o un informe confidencial de la Oficina del Fiscal del distrito de Los Ángeles al FBI. Seguramente esto nunca sería posible. Las pruebas que había reunido contra la versión oficial de los asesinatos de Manson eran tantas, y partían de tantas ópticas distintas, que aquello estaba sobredeterminado, es decir, había múltiples causas para un efecto. Por mucho que hurgara en la historia, no sabría nunca qué había pasado realmente. De hecho, las principales partes de mi investigación solían contradecirse entre sí. No podía ser que la verdad incluyera un trapicheo de drogas que hubiera salido mal, orgías en la élite de Hollywood, un infiltrado de la CIA en la Familia adiestrado en tácticas de contrainsurgencia, una serie de ayudantes del sheriff, fiscales de distrito y agentes de libertad condicional de lo más descuidados, un complot del FBI para desprestigiar a izquierdistas y Panteras Negras, un esfuerzo para averiguar si las investigaciones con ratones drogados

eran aplicables a los hippies, experimentos de control mental mediante LSD sobre el terreno... ¿podía ser? Era inconcebible. Imaginar que las fuerzas policiales locales, estatales y federales cooperaban en perfecta armonía, respaldados por los jueces... no tenía ningún sentido. Lo que había descubierto era algo más parecido a un esfuerzo improvisado, caótico, para atajar las secuelas de los asesinatos. No era capaz de recorrer la secuencia de episodios sin tropezar con algo. Al final del día, me había convertido en un patético teórico de la conspiración, pues quería que no hubiera nada en la esfera de la teoría.

Estaba seguro de que al menos una persona tenía una idea de la verdad mejor que la mía. Antes de indagar nuevamente en más archivos o de salir disparado a la costa en busca de antiguos miembros de la Familia, tenía que devolver una llamada telefónica que llevaba años posponiendo. Tenía que hablar con Bugliosi. **Mi adversario**

Allá por 1999, Bugliosi me dijo: «Si hay algo relacionado con mi intervención en el caso, cualquier cosa sobre la que tenga dudas, le agradeceré que me llame para darle mi opinión al respecto». Había prometido escucharle, suponiendo que en pocos meses volvería a visitarle. Habían pasado siete años, y tenía tantas preguntas que formular que tardé semanas solo en recordarlas.

Si me sentía reacio a coger el teléfono era porque estaba a punto de interactuar con un hombre que hacía lo imposible por proteger su reputación. Ya he mencionado a Mary Neiswender, la reportera que me dijo que Bugliosi era «muy peligroso»: le había enviado un emisario con el aviso de que sabía a qué escuela iban sus hijos y que «sería muy fácil dejar narcóticos en sus taquillas». Por otro lado, yo sabía que Bugliosi había sido procesado por perjurio a raíz de su intervención en los asesinatos; había filtrado información sobre la «lista negra» de Manson a un periodista y había amenazado a sus ayudantes con consecuencias profesionales si se lo contaban a alguien.

Estos resultaron ser dos de los incidentes más suaves en su afán por la supervivencia. En 1968, meses antes de los crímenes de Manson, Bugliosi estuvo involucrado en un escándalo que la Oficina del Fiscal ocultó hasta 1972, cuando él se postuló para el puesto de fiscal del distrito de Los Ángeles. Había acechado y aterrorizado a alguien que, según pensaba él, había tenido una aventura con su esposa y engendrado su primer hijo, Vincent, Jr. Por mucho que suene a tópico, Bugliosi sospechaba del lechero, Herbert Weisel, casado y con dos hijos.

Weisel había dejado su empleo en 1965, ocho meses antes de que naciera Vincent Jr. Bugliosi estaba seguro de que Weisel se había ido debido a su transgresión. La prueba estaría en el archivo personal de Weisel en la lechería. El fiscal hizo llamadas anónimas a Weisel y a su esposa en las que les exigía ver sus archivos. La pareja empezó a notar la presencia de «coches extraños» que tras anochecer daban vueltas a su manzana. Cambiaron su número de teléfono, que ya no figuraba en la guía. Dos días después, recibieron una carta mecanografiada con matasellos de Los Ángeles: «No deberían haberse cambiado el número —rezaba—. No ha estado bien».

Al final, la esposa de Bugliosi se dirigió a los Weisel con la esperanza de rebajar la tensión. Los Weisel le dijeron que su marido necesitaba ayuda psiquiátrica. «Ella nos dijo que había intentado convencerle varias veces, pero sin éxito», testificaron más adelante en una declaración civil. La mujer se había sometido a pruebas de paternidad y de detección de mentiras para demostrar que el hijo era de él, pero Bugliosi todavía albergaba dudas. «Sé que está enfermo —dijo ella—. Tiene un problema mental.»

Los Weisel tenían tanto miedo que llegaron a prohibir a sus hijos que fueran a la escuela en autobús. Contrataron a un abogado y, tras una mediación, Bugliosi accedió a dejar de acosarles y pagarles ciento cincuenta dólares por su silencio. Rechazaron el dinero. En 1972, estando Bugliosi en campaña electoral, decidieron que era su deber cívico revelarlo todo: su torturador aspiraba al más importante empleo municipal relacionado con el cumplimiento de la ley. Contaron a los periódicos la campaña de acoso e intimidación que había durado un año.

Recurriendo a su bien documentado talento para la mentira, Bugliosi contraatacó diciendo a la prensa que siete años atrás Weisel había robado dinero de la mesa de su cocina. Weisel lo demandó por calumnias y difamación. No fue un caso difícil de ganar. En las declaraciones, Bugliosi y su esposa, Gail, juraron que solo les había preocupado el supuesto robo en su casa. Los Weisel demostraron otra cosa, pues llamaron a testigos que acusaron a los Bugliosi de perjurios. Pronto salió a relucir que Bugliosi había contado por dos veces con los servicios de un investigador de la Oficina del Fiscal del distrito —su oficina— para obtener información confidencial sobre Weisel, pues decía que este era un testigo material en un caso de asesinato. Temiendo que la difusión de esta noticia le costara el puesto de trabajo, Bugliosi llegó a un pacto extrajudicial en virtud del cual pagaría a los Weisel doce mil quinientos dólares. Lo abonó en efectivo con la condición de que firmaran un

acuerdo de confidencialidad y le fueran entregadas las cintas de las declaraciones.

Tan pronto estuvo resuelto el embrollo del lechero, Bugliosi sufrió otro fiasco, en el que, para arreglarlo, también abusó de sus conexiones con el sistema de justicia penal. Su amante, Virginia Cardwell, madre soltera de un niño de cinco años, le dijo que estaba embarazada. De él. Con vistas al cargo público bailando en su cabeza, y *Helter Skelter* en vísperas de su publicación, ordenó a Cardwell, católica, que abortara. Ella se negó, pero después de que Bugliosi la amenazara y le diera dinero para la operación, mintió y dijo que lo había hecho. Vincent no la creyó sin más. Averiguó el nombre del médico de ella, lo telefoneó y se enteró de que su amante no le había ido a ver en ningún momento, tras lo cual se dirigió al apartamento de la mujer y la golpeó con tal crueldad que le provocó un aborto espontáneo. Le apretó el cuello con las manos, le dio varios puñetazos en la cara, la tiró al suelo, la levantó tirándole del pelo y la amenazó con matarla si tenía el bebé, asegurándole que, si le mentía, no saldría viva del piso: «Te romperé todos los huesos del cuerpo... y esto arruinará tu carrera». Magullada y maltrecha, Cardwell se recompuso y acudió a la comisaría de Santa Mónica, donde puso una denuncia. Los policías le hicieron fotos de las contusiones y después, como cabía esperar, se quedaron de brazos cruzados.

Aquella noche, un avisado reportero vio el incidente en el registro de la policía y escribió sobre ello en el periódico del día siguiente. Aquella mañana, Bugliosi regresó al apartamento de Cardwell, esta vez con su secretario. Entre los dos la mantuvieron secuestrada durante cuatro horas hasta que accedió a contar a la policía que el día anterior había presentado una denuncia falsa. Bugliosi le aseguró que se valdría de sus contactos en la Oficina del Fiscal para que no fuera juzgada nunca por su denuncia. Él y su secretario usaron la máquina de escribir de Cardwell para redactar una factura con fecha anterior a la real, diciéndole que se la enseñara a la policía. Escuchó desde un supletorio mientras ella llamaba para autoinculparse. El operador de la central dijo que mandarían un coche patrulla a recogerla. Bugliosi negó enérgicamente con la cabeza y Cardwell le dijo al policía que podía ir por su cuenta sin problemas.

El coche patrulla fue enviado igualmente. Uno de los detectives que había visto a Cardwell ese día, Michael Landis, me dijo que Bugliosi y «un par de adjuntos suyos» abrieron la puerta «e intentaron disuadirnos de que hablásemos con ella. Insistimos y al final la vimos... Estaba completamente

hecha polvo». Cardwell dijo que las magulladuras se debían a un accidente: su hijo le había golpeado la cara con un bate de béisbol. Había acusado a Bugliosi solo porque le cobraba de más por el asesoramiento jurídico relativo a su divorcio. «Esta escandalosa acusación, aunque sea falsa, puede ser muy perjudicial», dijo Bugliosi a la policía.

El hermano de Cardwell la convenció de que presentara una demanda contra Bugliosi, cuya versión se desmoronó durante las declaraciones. Vincent llegó a un acuerdo con Cardwell a cambio de su confidencialidad, lo cual le garantizaría, esperaba él, que su perjurio, su falsificación de pruebas y su obstrucción de la justicia jamás verían la luz. Se equivocó. La historia de Virginia Cardwell llegó a los periódicos en 1974, cuando el adversario de Bugliosi en la carrera por el puesto de fiscal general de California, Joseph Busch, se enteró de lo sucedido. Vincent había fracasado en sus intentos de ser fiscal general y de distrito. Debido a su influencia en la oficina, nunca fue procesado por la agresión a Cardwell. Landis, el detective, lo llamaba «cabrón llorica y quejica» y decía que «quería encausar a ese hijo de puta».

Por todo lo anterior, abordé a Bugliosi con suma cautela.

Al principio se negó a concederme otra entrevista. En los años transcurridos, explicó, gracias a dos «fuentes» anónimas se había enterado de que yo había hecho «cosas tremendas» en mi «vida privada». No quiso decir qué cosas eran esas. Yo sabía que no había hecho nada malo. Le dije que adelante, que revelara todo lo que supiera de mí... No resistiría ningún escrutinio. Añadí que había acumulado un montón de documentos, entre ellos algunos de su puño y letra, que planteaban dudas sobre la probidad del proceso judicial. Pero él se mostraba inflexible: nada de entrevistas. Además, si mi libro lo difamaba o lo calumniaba, él pediría responsabilidades penales en su grado máximo. «No querrá estar trabajando para mí el resto de su vida —dijo—. Creo que ya sabe a qué me refiero.» Y colgó.

Al cabo de unos diez minutos, llamó. Quería repetir la misma conversación que acabábamos de mantener como si fuera la primera vez. Su esposa, Gail, escucharía desde otro aparato como «testigo», y así yo no podría tergiversar sus palabras.

—¿Quiere usted que repitamos la conversación de pe a pa, como si no se hubiera producido antes? —dije.

—Sí —dijo—. Bueno, a ver, la esencia de lo hablado.

Era un ejercicio ridículo. Accedí igualmente. Quería mantener abiertos nuestros canales de comunicación y notaba un deseo morboso de ver cómo

salía todo. Le dije que lo haría si podía grabar la llamada, para así tener yo también un «testigo». Estuvo de acuerdo.

Lo recuerdo ahora y estoy asombrado: la verdad es que lo hicimos. Tuvimos otra vez la misma conversación con correcciones ocasionales. («No, Vince, usted ha dicho que me demandaría por cien millones de dólares, no “millones” de dólares.») Cada pocos minutos, Bugliosi se aseguraba de que Gail estuviera todavía escuchando. «Sí —suspiraba ella—, estoy aquí.» En cuanto a los papeles que yo tenía, dijo lo siguiente: «Puede que los documentos sean rigurosos... pero eso no significa en sí mismo que sean veraces». Y aunque quisiera sentarse conmigo —algo que no quería hacer debido a las «cosas tremendas» que yo había hecho—, no podía porque estaba «absolutamente agobiado». Ni siquiera tenía tiempo de ir a una fiesta de la Super Bowl a la que «ciertas personas prominentes» le habían invitado.

—A decir verdad, dudo de que en otras circunstancias esté dispuesto a concederle una entrevista —dijo—. De todos modos, si me manda una carta en la que se especifique todo aquello de lo que desea hablar, existe una remota posibilidad de que encuentre el momento, o lo busque.

Nunca mandé esa carta. Sabía por experiencia que, cuanto más tiempo estuviera callado, más nervioso se pondría Bugliosi. Pese a sus protestas, en realidad quería saber qué escribiría yo sobre él. Al cabo de una semana, llamó y dijo que su esposa le había convencido y que se sentaría conmigo. Tendríamos la entrevista. **Bugliosi reeditado**

Así pues, volvemos a aquel soleado día de febrero de 2006, cuando Bugliosi me dio un severo rapapolvo en su casa de Pasadena, mientras su mujer nos contemplaba flemática. Ese fue el día en que se proclamó a sí mismo «adversario» y recitó una «exposición inicial» de cuarenta y cinco minutos, en su cocina, convertida en una sala de juicios improvisada, mientras afirmaba ser un «tipo decente» que «nunca haría daño a nadie en primera instancia». Sí tomaría represalias «en segunda instancia», en defensa propia o «para desquitarse o para que se hiciera justicia».

Como si quisiera reforzar este aspecto, seguía amenazando con demandarme, dejando claro que no toleraría ninguna alegación de falta de ética profesional. Hablaba tan deprisa, y con tal torrente de hipérboles y legalismos, que, apenas rebatía yo uno de sus argumentos, otros tres ocupaban su sitio. Como había pasado con Roger Smith, mi entrevista con Bugliosi duró unas seis horas, y salí de ella con poco más que una lista de desmentidos y evasivas. Pero al menos Smith me había dado vino y pizza. De Bugliosi me

llevé solo invectivas.

Antes de vernos, ensayé mis preguntas con un actor amigo que se puso en el lugar de Vincent. Elaboramos un plan para exponer mis hallazgos y eludir sus negaciones de la mejor manera. Llevé carpetas llenas de documentos y subrayé cuidadosamente pasajes de *Helter Skelter* para poder refrescarle la memoria si aseguraba no recordar determinados datos del asunto.

Sin embargo, Bugliosi me descolocó enseguida:

—Hágame su pregunta más peliaguda —dijo nada más empezar. Así que comencé con todo lo que sabía sobre Terry Melcher, dando a entender que Bugliosi le había encubierto y que con Manson se había llevado mucho mejor de lo que se había dicho. Fue un movimiento equivocado; yo pretendía ir acercándome poco a poco a este momento, y ahora empezaba con él, lo que cargó a Vincent de razones para adoptar un tono beligerante. Saqué un fragmento de *Helter Skelter* y le enseñé lo que había escrito él sobre Dean Moorehouse, el miembro de la Familia que, según el fiscal, permaneció en la casa de Cielo Drive «durante un breve período» después de que Melcher se hubiera marchado.

—Esto no es verdad —dije—. Él nunca vivió allí tras la marcha de Melcher, sino el verano anterior, a temporadas con Melcher.

Le demostré que, cuando había dicho que Dean Moorehouse vivía en la casa de Cielo, este estaba en prisión.

—He olvidado todo esto —dijo Bugliosi—. He olvidado estas cosas, la cuestión de dónde y cómo. De eso hace treinta y cinco años, desde entonces he intervenido en un millón de casos... En el libro hay un montón de errores.

Lo había escrito conjuntamente con otro autor, y había estado tan ocupado postulándose para fiscal de distrito que no había podido revisar todos los hechos hasta la última palabra.

—Puede que esto me haya sobrepasado —dijo—. Tengo más interés en cualquier cosa que insinúe que engañé al jurado, porque no creo que sucediera de manera intencionada.

Saqué las páginas de puño y letra de Bugliosi: notas de su interrogatorio a Danny DeCarlo, uno de sus principales testigos, quien había dicho que Terry Melcher había visitado a Manson tres veces después de los asesinatos, desmintiendo lo dicho en el estrado.

—¿Esto fue después de los asesinatos? —Bugliosi quiso aclararse y repasó sus propias notas—. ¿Está seguro de esto?

—Lo escribió usted —señalé. Confirmó que las notas eran suyas y las

leyó otra vez.

—Tiene que saber usted, Tom, que cuando la gente habla, embrolla las cosas... Dios mío. Te cuentan cada historia...

—Pero aquí no hay ambigüedades. Usted escribió: «Indudablemente vio a Melcher en el Rancho Spahn. Oyó a las chicas que decían: “Que viene Terry, que viene Terry”». Y se toma la molestia de escribir que fue después de la redada del 16 de agosto. Está muy claro cuándo pasó.

—Estoy siendo totalmente sincero con usted —dijo Bugliosi—; esto es nuevo para mí. No estoy diciendo que en su momento no lo supiera, no me entienda mal, pero no tengo ningún recuerdo, ninguna reminiscencia. —Exhaló un suspiro—. ¿Qué sentido tiene? ¿En qué iba a ayudarme esto ante el jurado?

Yo creía que invalidaba la declaración de Melcher, que había sido esencial en el proceso. Esto hacía de él un testigo dudoso, dije, porque había estado relacionado con los asesinos tras los crímenes. Le mostré el interrogatorio del sheriff a un miembro de la Familia, Paul Watkins, que recordaba haber visto a Melcher de rodillas, puesto de ácido, implorando perdón a Manson en el Rancho Spahn... también después de los asesinatos. ¿No daba a entender esto cierta complicidad?

Bugliosi me miró directamente a los ojos.

—Yo no intenté proteger a Terry Melcher —dijo—. ¿Por qué querría yo engañar al jurado sobre algo de la parte contraria? No me guardé nada.

Sin embargo, Paul Fitzgerald, abogado de la defensa, dijo que «nunca vio nada igual, que estaba atónito», expliqué.

—¡Él también se habrá olvidado de todos estos papeles! —gritó Bugliosi—. Oiga, si hubiera querido ocultarlos, ¡los habría tirado! ¿Por qué no los tiré? A la defensa le di todo lo que tenía. ¡Todo!

—Él no dijo que los hubiera olvidado, sino que no los había visto.

Bugliosi se rio sarcástico.

—Terry nunca se habría relacionado con personas así si hubiera pensado que habían cometido aquellos asesinatos —dijo—. Si después apareció por allí, no es porque fuera cómplice... Estuve investigando el caso, ocupándome de los testigos, tal vez no caí en la cuenta de algunas cosas. Pero hágase esta pregunta: ¿qué provecho iba a sacar yo de algo así?

Le expliqué cómo había reaccionado Stephen Kay, su colega fiscal, ante esos documentos: «Si Vince cambió esto, ¿qué más pudo cambiar?».

Bugliosi emitió una risa frágil.

—Oh, Dios mío, es tan ridículo que acaba siendo inverosímil. Totalmente

inverosímil. O sea, yo oculté que Terry Melcher había ido al Rancho Spahn después de los crímenes. Es algo absolutamente insignificante, no me beneficiaba en nada.

Pero no, no era insignificante, y de su reacción deduje que él lo sabía. Esas páginas reescribían el relato del caso. Por eso Melcher había amenazado con tirarlas desde la azotea; por eso Bugliosi me iba a demandar si las publicaba.

Y seguimos dándole vueltas al asunto.

—Cuando Terry estuvo en el estrado, ¿testificó que no había visto a Manson después de mayo? —preguntó Bugliosi.

—Sí —contesté—. Por tanto, cometió perjurio.

—O sea, dice usted que Terry mintió en el juicio. —Vincent aún no entendía la cuestión, o fingía no entenderla. Hasta que le leí sus conclusiones definitivas, se negó a reconocer que incluso había utilizado en parte a Melcher como móvil de los asesinatos. En su resumen, decía que «de manera indirecta [Manson] estaba devolviéndole el golpe personalmente a Terry Melcher. Al ordenar un asesinato colectivo en la antigua residencia de Melcher, Manson sabía que Melcher, al caer en la cuenta de que los crímenes se habían producido en la casa donde residiera él hacía solo un par de meses, se quedaría literalmente paralizado de miedo». En tal caso, ¿por qué fue Melcher a visitar a Manson al menos tres veces? Lo único que Bugliosi sabía decir al respecto es que «le había pasado desapercibido». Acusarle de complot con Melcher era una «locura alucinante».

¿Y qué pasaba con Reeve Whitson, el misterioso personaje que había ayudado a conseguir el testimonio de Shahrokh Hatami, el amigo fotógrafo de Sharon Tate? ¿Se acordaba de Whitson?

—Puede ser —dijo.

Iban pasando las horas, y él eludía cualquier tema. ¿Y la sustitución del abogado de Susan Atkins? Le enseñé los memorandos.

—No recuerdo nada de esto.

¿Y el misterioso desplazamiento de Manson a San Francisco, que violaba su libertad condicional aunque Bugliosi había escrito erróneamente que «solicitó y recibió la autorización» correspondiente?

—Ni siquiera me acuerdo.

¿Y qué hay de la orden judicial para efectuar la redada masiva el 16 de agosto en el Rancho Spahn? Bugliosi había afirmado, incorrectamente, que tenía «la fecha equivocada».

—No sé cómo me enteré de esto —dijo.

—Quería preguntarle acerca de Roger y David Smith —dije. (No iba a entrar aún en el asunto de Jolly West; sabía que la respuesta sería una mirada perdida.)

—¿Quiénes son? —Le solté el rollo sobre la primordial importancia del año de Manson en San Francisco.

—Se agenció usted un buen material —dijo—. ¿Aparecen mencionados en mi libro? —Apenas, dije yo. Ni se inmutó—. Se me pasaría por alto.

Relatar este toma y daca con todo detalle sería insoportable; cuando leo la transcripción, siempre me entra dolor de cabeza. Baste con decir que el tema de Terry Melcher lo sacaba siempre de sus casillas. Las demás cosas prácticamente no le importaban; si no le afectaban de forma directa, no le servían de nada. Insistió en que era «el fiscal más imparcial sobre la faz de la tierra» y que, si yo daba a entender lo contrario, me esperaba una formidable demanda de cien millones de dólares. Fue entonces cuando sacó su estribillo del «hombre del espejo». Como era una persona ética «en una medida sin precedentes», podía vivir con la imagen de su reflejo. No entendía cómo podía vivir yo con la mía. El propio Manson era aficionado a la misma frase. «Soy el hombre del espejo —decía—. Cualquier cosa que ves en mí está en ti, yo soy tú, y cuando admitas esto serás libre.»

Cuando Bugliosi y yo terminamos por fin, me confesó que a veces se mostraba obsesivo y reaccionaba de forma exagerada; Gail le había dicho que quizá padecía un trastorno psiquiátrico. Pero no había hecho nada malo y no quería que su comportamiento ciertamente exaltado influyera en mis opiniones sobre su conducta como fiscal.

Fue un extraño momento de conciencia de sí mismo, seguramente el último que vería en él. Las secuelas de nuestro encuentro fueron una serie de llamadas que alternaban los halagos y la mordacidad, a cualquier hora del día o de la noche, que transmitían un ultimátum apenas disimulado: si no eliminaba de mi libro los aspectos negativos sobre él, su ira caería sobre mí. Si publicaba mentiras «escandalosas», «ridículas» e «increíbles», la demanda judicial era una conclusión inevitable.

De todos modos, antes del pleito mandaría la carta: un *cri de coeur* a mi director de Penguin, con el editor y el presidente de la empresa en «copia de carbón». Sería «muy, muy, muy larga», avisaba Bugliosi. Dedicaría «seis, siete, ocho horas» a redactar el primero de «muchos borradores». No quería hacerlo; la rompería de buen grado si yo llamaba para pedir perdón.

—Aquí no hay nada que decidir, Tom —decía con el tono de un vendedor de coches de segunda mano—. Es facilísimo.

Cuando rehusé por última vez, me dijo:

—Deberíamos considerarnos adversarios. —Y luego añadió que esperara la carta.

Ahora que Bugliosi era mi enemigo jurado, su siguiente movimiento no me sorprendió nada: la campaña de difamación. A la mañana siguiente, a primera hora recibí un mensaje de un alarmado Rudi Altobelli, el exuberante mánager de talentos que había sido propietario de la casa de Cielo Drive. No hablábamos desde hacía cuatro años.

—Llámeme, por favor, a ver si entiendo algo —dijo el anciano Altobelli—. Todavía le quiero.

Altobelli había recibido una inquietante llamada de Bugliosi.

—Para empezar, quería saber sobre sus relaciones con los chicos jóvenes —me dijo cuando le devolví la llamada.

Como recordaba Bugliosi, años atrás Altobelli le había dicho que yo «salía con chicos de diez, doce y catorce años», añadiendo que sabía que era mentira. Yo soy gay, y cuando trabé amistad con Altobelli estaba saliendo con alguien más joven... pero tenía veintinueve años, no doce. En aquella época, Bugliosi tenía contacto regular con Altobelli, que tenía la impresión de haberle dicho que yo salía con alguien más joven. Pero entonces y ahora Bugliosi sabía que el otro se refería a un hombre joven, no un niño. «Está imaginando algo que no es», le dijo Altobelli.

—No voy a hablar más con él —dijo Altobelli—. Nunca más.

Bugliosi siguió llamando durante semanas; en una sola mañana, dejó siete mensajes en el contestador de Altobelli. Quería que este firmase una carta según la cual yo había mentido sobre Melcher. Se negó.

Al menos ahora yo sabía a qué «cosas tremendas» se refería Bugliosi: meridianamente falsas, tal como sospechaba. Ahora también entendía por qué había sido demandado dos veces por difamación. En el transcurso de su prolongada carrera, Bugliosi había mentido bajo juramento, había mentido a periódicos, a la policía y a investigadores de su propia oficina. Ahora que yo lo había llamado mentiroso, estaba más que dispuesto a mentir también sobre mí.

Su carta llegó a Penguin el 3 de julio de 2006. Había tardado cinco meses en escribirla. Tenía treinta y cinco páginas a un espacio. Por otro lado, como

se vio después, fue la primera de muchas cartas parecidas. Tal como había prometido, recibieron copias asimismo el editor y el presidente, así podríamos asimilar como equipo sus tergiversaciones, sus ataques *ad hominem* y su enérgico autobombo. Solía referirse a mí como Supersabueso O'Neal, mal deletreado adrede, imagino; había hecho lo mismo con su némesis Stephen Kay en *Helter Skelter*: Bugliosi afirmaba que yo me había dirigido a él con la única finalidad de descubrir trivialidades morbosas sobre la «vida de sexo y drogas» de Sharon Tate y Roman Polanski. (Algo fácilmente rebatible, pues había grabado toda la entrevista.) Insinuaba imputaciones por pedofilia y aseguraba que yo le había acusado de haber tendido una trampa a Manson. Pero ante todo cuestionaba la importancia —o la negaba— de mis hallazgos sobre Terry Melcher.

«¿Entienden por qué una parte de mí quiere realmente que el sueño de O'Neal se haga realidad —escribió— para tener así la oportunidad de desquitarme de él y destruir su vida más de lo que él está intentando destruir la mía?» Si Penguin seguía adelante con mi libro, «los medios de comunicación nacionales ciertamente percibirían que la editorial está adoptando una postura favorable a Charles Manson, uno de los asesinos más infames de la historia». A continuación, envió cartas a todos los asesinos encarcelados de la Familia, excepto al propio Manson, en las que les pedía que desmintieran mis afirmaciones sobre la relación de Melcher con el grupo. No le contestó nadie.

Cuando quedó claro que Penguin me respaldaría, Bugliosi mandó otra carta en 2007. Y otra en 2008, en la que arremetía contra mi proyecto y el irreparable daño que haría a sus hijos, sobre todo si, como era mi intención, detallaba los procesos judiciales que había debido afrontar a lo largo de los años.

Prometí a mi director que tendría terminado el reportaje el 1 de agosto de 2006. Aunque a lo mejor nunca habría cumplido igualmente con el plazo, la carta de Bugliosi me hizo descarrilar. Toda la gente me instaba a que no respondiera punto por punto. Pero ¿cómo no iba a hacerlo? No tenía intención de contestarle directamente, pero él había provocado a mi yo obsesivo, y dediqué un cierto tiempo a recopilar todas las pruebas posibles para refutar sus afirmaciones. Si pensaba demandarme, me encontraría preparado. En vista de sus amenazas, le dije que ahora consideraría todo lo que me había dicho como algo oficial. Allá por 1999, me había dado la primera brizna de nueva información sobre el caso al decirme, extraoficialmente, que Roman Polanski había obligado a Sharon Tate a tener relaciones sexuales con otros dos

hombres y que la había grabado. Como Bugliosi había mencionado esta revelación en una de sus cartas a Penguin, no veía yo necesidad alguna de mantener su carácter confidencial.

Mi fastidio me distrajo de ese peligro inminente, que quizá expresó mejor que nadie el propio Bugliosi: «¿Adónde lleva todo esto, Tom? ¿Adónde nos lleva?». Creí que su apoplejía confirmaba que yo iba por el buen camino, pero tendría que hallar las respuestas sin ninguna ayuda por su parte. Ahora había otra pregunta sin respuesta: ¿valió la pena todo eso? Las solitarias horas en mi coche, los interminables días escudriñando transcripciones en archivos desde el borde del Valle de la Muerte a pequeñas ciudades de Washington o Nevada; suplicando y batallando por documentos policiales, analizando complicados trabajos académicos y publicaciones médicas, presentando cientos de solicitudes basadas en la FOIA, recibiendo amenazas de muerte y avisos de pleitos judiciales... ¿Podía afirmar con seguridad que había valido la pena? Sinceramente, ya no lo sé. Por otro lado, esto fue antes de contraer una deuda de más de medio millón de dólares. **Excavando en el desierto en busca de cadáveres**

Bugliosi me había puesto nervioso, pero intenté quitármelo de encima. Tenía que terminar un libro, o, mejor dicho, empezarlo. Cada vez que me sentaba, abría Microsoft Word y ponía el parpadeante cursor en una inmensa página en blanco, me resultaba fácil cambiar de planes. A veces llegaba a duras penas a diez o quince páginas solo para retroceder ante las lagunas de mi historia. Mi teoría de que Manson y West estaban relacionados era endeble, circunstancial, se basaba solo en el hecho de que habían recorrido los pasillos de la misma clínica. ¿No sería más efectivo defender que todo el proceso judicial de Manson había sido una farsa y que *Helter Skelter* era una tapadera? Bugliosi había dicho que «se le pasaría por alto» el capítulo de Manson en San Francisco, pero todos los que le conocían sabían que algo así era imposible. Yo tenía que demostrar que ocultaba más cosas, que aparte de Melcher hubo otros testigos que mintieron, que había un plan minucioso para tergiversar los hechos. Claro, me dije a mí mismo, esto sería mejor. Mientras estuviera escribiendo, volvería a las transcripciones del juicio, unas semanas ahora, un fin de semana libre luego. Jolly West quizá ni siquiera aparecería en el libro. Quizá Reeve Whitson solo sería relleno. Quizá, quizá...

Me esforcé más en pedir aplazamientos de la fecha de entrega que en escribir el libro. Y el mundo seguía dándome motivos para seguir adelante. A finales de 2007, un policía de homicidios llamado Paul Dostie afirmaba haber

descubierta pruebas forenses de al menos cinco cuerpos enterrados en el Rancho Barker del Valle de la Muerte, donde Manson fue capturado en 1969. El perro adiestrado de Dostie había detectado en la zona restos no identificados. Dostie, que participaba en una importante campaña de relaciones públicas, me pidió información que avalara la posibilidad de que aquellas pudieran ser las víctimas adicionales de Manson de las que tanto se había hablado. La compañera de armas de Dostie era Debra Tate, hermana de Sharon, que llegaría a ser buena amiga mía. Su esfuerzo les hizo acreedores de una amplia cobertura mediática nacional. Pronto la Oficina del Sheriff del condado de Inyo autorizó una excavación en el desierto.

A los escépticos les gusta hacer esta objeción: ¿qué más da si la policía había tardado tantos meses en llevar a los miembros de la Familia ante la justicia tras los asesinatos? Aunque manipulara la investigación, al final los pilló. Mi respuesta era siempre que la Familia tal vez aprovechó aquellos meses extra para continuar con su orgía de asesinatos. En el juicio, un peón testificó que Manson había alardeado de haber matado a treinta y cinco personas; en opinión de Bugliosi, la cifra «quizá incluso superaba la estimación de Manson». Los cadáveres habían sido enterrados o colocados para dar la impresión de que se trataba de suicidios. El mero hecho de que la Familia no hubiera sido procesada nunca por estos crímenes no significaba que no se hubieran producido. Si pudiera poner rostro humano a todas las víctimas, diría con toda certeza que teníamos razón al poner en entredicho el relato oficial: los errores policiales, deliberados o no, habían tenido un alto coste.

La excavación de Dostie podría ayudarme en eso, pero ya tenía una pista sobre un prometedor asesinato sin resolver de la época de la Familia en el Valle de la Muerte. En enero de 2008 —debido a la oleada de apoyo al trabajo de Dostie, las peticiones de Debra Tate y mi propio reportaje preliminar—, la policía anunció que reabría la investigación. Era una gran noticia, excepto en lo referente a mi libro. Me preocupaba que esa atención renovada hiciera peligrar mi reportaje. A lo mejor los antiguos miembros de la Familia volvían a desaparecer después de que hubiera pasado meses intentando averiguar su paradero. Quizá sobre este crimen no resuelto la policía revelaría información que estaba a punto de descubrir por mi cuenta. Tenía que ponerme en marcha enseguida. La escritura debería esperar una vez más.

Buena parte de mi viaje fue una batida. Pasé seis meses viviendo en

moteles baratos y pasando la noche en sofás de amigos, recorriendo la costa noroeste del Pacífico para abordar a miembros de la Familia frente a la puerta de su casa, así como a un montón de otros nombres importantes de *Helter Skelter*, la mayoría de los cuales jamás habían sido localizados. No les alegró verme. Pocos accedieron siquiera a hablar conmigo. Algunos me echaron de su propiedad... dos de ellos con unas podaderas.

Justo cuando empezaba a pensar que el viaje era un desastre absoluto, hice mi última pausa importante. Tenía pruebas —más allá de toda duda razonable, creía— de que la Familia Manson había matado a un hombre joven en el desierto y de que los investigadores lo habían ocultado. **¿Qué le pasó a Filippo Tenerelli?**

El 29 de septiembre de 1969, un chico de veintitrés años llamado Filippo Tenerelli se fue de la casa de sus padres en un Volkswagen Escarabajo recién estrenado. Tenerelli, de origen italiano, había inmigrado a Los Ángeles con su familia en 1959. No tenía antecedentes de detenciones ni de enfermedades mentales.

Tenerelli hizo el largo trayecto desde Culver City a Father Crowley Point, un mirador en el Monumento Nacional del Valle de la Muerte que ofrecía unas vistas majestuosas del desierto. Había ido allí a tirarse con el coche por el precipicio.

Sin embargo, en el despeñadero quedó atrapado en unos cantos rodados, lo que malogró su plan de suicidarse. Frustrado, sacó un pico y una pala del maletero y desatrancó el coche. Acto seguido, con una furia que sofocó sus impulsos suicidas, lo empujó hasta el borde. El vehículo cayó al vacío desde unos ciento cincuenta metros y acabó con las ruedas al aire al fondo del cañón. El muchacho descendió como pudo por el empinado y rocoso terreno, y mientras cogía del coche sus pertenencias se cortó las manos con algo, por lo que dejó salpicaduras de sangre en el techo.

Nadie sabe qué hizo Tenerelli el resto del día, ni el día siguiente. En la tarde del 30, apareció en Bishop, California, a más de ciento cincuenta kilómetros. Se registró en la Unidad 3 del motel Sportsman's Lodge, donde volvió a intentar suicidarse en vano haciéndose un tajo en la muñeca derecha. Como el corte era superficial, se lo cubrió con una venda.

Al día siguiente, el 1 de octubre, Tenerelli se dirigió a la tienda de artículos deportivos del pueblo y adquirió una escopeta del calibre 20, munición, una funda y un kit de limpieza. En otro sitio compró dos botellines de whisky, dos juegos de ropa interior, una maquinilla de afeitar y un ejemplar

de *Playboy*.

Esa noche, Tenerelli abandonó su habitación del motel al oír los camiones de bomberos. El departamento contra incendios estaba llevando a cabo la demolición controlada de un edificio al otro lado de la calle. La propietaria del motel, Bee Greer, que estaba mirando, le explicó lo que pasaba. Tenerelli observó la operación durante un rato y volvió a su habitación. Nadie volvió a verlo vivo.

A la mañana siguiente, una empleada intentó entrar en la habitación de Tenerelli. La puerta estaba atrancada por dentro. Hacia el mediodía, el marido y el hijo de Greer lograron abrirla. Y ahí estaba Tenerelli, muerto de un disparo en la cara.

La policía llegó a la conclusión de que Tenerelli había bloqueado la puerta con una silla, se había metido en la boca el cañón de la escopeta cargada y había apretado el gatillo con el dedo gordo del pie. Estaba tendido de espaldas en el suelo, llevaba puestos solo los pantalones y tenía «dos toallas de baño de algodón debajo de la cabeza, seguramente para absorber la sangre», y «una almohada sobre la cabeza, aparentemente para amortiguar el sonido». Se había afeitado todo el vello púbico... parte del cual estaba entre las páginas del *Playboy* que había comprado. Sin embargo, al registrarse en el motel había dado otro nombre. Al no llevar encima ningún documento de identidad, le asignaron el nombre de John Doe.

Y

La familia de Tenerelli denunció la desaparición de este el 3 de octubre. Al día siguiente, dos cazadores descubrieron el Escarabajo volcado en el fondo de Father Crowley Point, hecho que notificaron a la Patrulla de Caminos de California. Un agente fue a mirar y, al ver sangre en el techo, sospechó que se trataba de un crimen. La familia Tenerelli fue informada de que el coche abandonado de su hijo había sido descubierto en el Valle de la Muerte.

Durante tres semanas, el Departamento de Policía de Bishop intentó identificar a su John Doe mientras la Oficina del Sheriff buscaba al desaparecido Tenerelli. Jamás establecieron conexión entre sus investigaciones paralelas, pese a que en Bishop las comisarías estaban una junto a la otra y ambas eran atendidas por los mismos forenses.

El 30 de octubre, el *Register* de Inyo informó de que la «víctima suicida» había sido identificada con toda seguridad como Filippo Tenerelli, de Culver City, mediante unas radiografías que se correspondían con su historial médico

en un hospital de Los Ángeles. No obstante, el caso se vio pronto desplazado de los periódicos locales por una historia aún más tremebunda: en una zona remota del Valle de la Muerte, una banda de hippies nómadas había sido detenida por destrucción de propiedades del gobierno y robo organizado de vehículos. En las semanas siguientes, sus miembros serían acusados de los truculentos asesinatos de Sharon Tate y otras ocho personas en Los Ángeles.

Aunque en su momento no se informó al respecto, la Oficina del Sheriff y la Patrulla de Caminos de California sí contemplaron durante un breve tiempo la posibilidad de que la Familia fuera responsable de la muerte de Tenerelli. Según los documentos que descubrí, los investigadores dudaban de que Tenerelli se hubiera suicidado; contaban con pruebas que vinculaban a algunos miembros de la Familia con su muerte. Se hizo indirectamente referencia a esas sospechas en una crónica de *Los Angeles Times* dos semanas después de que la Familia fuera acusada de los crímenes de Tate-LaBianca. Según el periódico, las fuerzas policiales estaban indagando otros potenciales asesinatos de la Familia, entre ellos el de un «motociclista en Bishop». Al cabo de seis meses, un artículo de *Rolling Stone* citaba a «alguien» de la Oficina del Fiscal del distrito de Los Ángeles —más adelante identificado como Aaron Stovitz— que daba a entender que la muerte de «un tal Philip Tenerelli» habría podido ser cosa de la Familia. En todo caso, nadie explicaba cómo justificaban sus sospechas los investigadores. En 2007, cuando comencé a escudriñar la muerte de Tenerelli, nadie ajeno a las instituciones judiciales ni a las fuerzas policiales había visto ningún documento que relacionara a Tenerelli con la Familia.

Empecé con tres personas: el alcalde de Bishop, Frank Crom, que en 1969 había estado en la policía; el teniente Chris Carter, actualmente en el Departamento de Policía de Bishop; y Leon Brune, forense jefe en 1969 y todavía médico forense del condado de Inyo.

Según Carter, los registros del suicidio de Tenerelli habían sido «purgados». Solo se mantenían indefinidamente los de los homicidios no resueltos. (Otro poli que había trabajado en el caso decía haberlos visto hacía apenas unos años, en 1993.) Por su parte, Brune me mandó por fax el informe de la autopsia y su investigación sobre la muerte. Esto me dio una idea mucho más clara del fallecimiento de Tenerelli, pero observé algunas incoherencias notorias. La historia se volvió aún más turbia cuando localicé el informe original de investigación del Departamento de Policía de Bishop, que sugería un final mucho más siniestro de la vida de Tenerelli, y algo acaso más

perturbador: un encubrimiento de este final que se había mantenido hasta el presente. Algo no cuadraba.

Quedé con Brune en su morgue de Bishop, donde me hicieron pasar a una lúgubre zona de recepción y me dijeron que esperara: en ese momento, él estaba con alguien. Ese alguien resultó ser el alcalde Frank Crom, que cuando salió del despacho de Brune no me dio la mano, sino que volvió a entrar detrás de mí con la intención de estar presente en la entrevista, tanto si me gustaba como si no. Tras tomar asiento todos, saqué la grabadora. Entonces Crom dijo que no permitiría que se grabase la conversación. A partir de ese momento, las cosas no fueron mucho mejor. Crom respondía o modificaba mis preguntas a Brune, interrumpiéndonos constantemente.

Intenté preguntar a Brune sobre el esbozo de la escena del crimen que había encontrado entre las páginas que él me había enviado por fax. ¿Por qué no estaban incluidas las ventanas del motel? En el informe no se mencionaban. ¿Cómo eran de grandes? Cuando fue descubierto el cadáver, ¿estaban cerradas o abiertas, aseguradas o no?

Crom respondió por él.

—Nadie habría podido entrar o salir por esas ventanas. Eran demasiado pequeñas.

Apenas diez minutos después de haber empezado, Brune dirigió una mirada nerviosa a Crom y puso fin a la reunión. Tenía cosas que hacer. Le había formulado solo la mitad de las preguntas previstas. Crom me acompañó afuera y me siguió hasta el coche repitiéndome que aquella muerte solo había podido ser un suicidio. Me dio a entender que estaba perdiendo el tiempo. Por su forma de comportarse, me parecía todo lo contrario.

El Sportsman's Lodge, donde había muerto Tenerelli, no existía desde hacía tiempo. Pero Bee Greer, la dueña, sí. Vivaz viuda de ochenta y un años con una memoria agudísima, desmintió rotundamente la afirmación del alcalde de que las ventanas de su hotel eran demasiado pequeñas para entrar o salir por ellas. Quizá incluso podían pasar dos personas a la vez, dijo. Su hijo, Kermit, que la había ayudado a desatancar la puerta de la habitación de Tenerelli, estaba ese día con nosotros. Añadió que sus padres le habían castigado a menudo encerrándole en la misma unidad. Pero él siempre se escapaba por la ventana, dijo, y entonces era más o menos igual de corpulento que ahora. (Y era un tipo grandote.)

Si no le creía, ¿por qué no lo comprobaba por mí mismo? El motel no había sido demolido. Había sido vendido a un rancho de alfalfa situado justo

en las afueras de la ciudad: hacía unos años cogieron toda la estructura y se la llevaron tal cual.

Conduje hasta el rancho de Zack para echar un vistazo. Como habían dicho los Greer, las ventanas eran lo bastante grandes para que pasaran por ellas dos personas a la vez. Andi Zack, cuyo difunto padre había comprado las unidades del motel, me dijo que todas las ventanas eran las originales. Me enseñó la Unidad 3 y me dejó fotografiarla.

Bee Greer recordaba el día en que Tenerelli apareció en el motel. Llegó sin coche, explicó, razón por la cual tuvo que mostrarle un carnet de conducir; algo que, según afirmaciones explícitas de la policía y los periódicos, no había hecho.

—Nunca habría admitido a nadie que se presentara sin coche y sin carnet de conducir —dijo ella, pues sin eso no tendría ninguna garantía en el caso de que se produjeran daños en la propiedad o el cliente intentara irse sin pagar. Ella copió los datos del permiso en su libro de registros, que más adelante entregó a la policía. Pero los polis, entre ellos Crom, se negaron a creer que la víctima le hubiera mostrado su identificación o siquiera que llevara una cartera encima—. Siguieron viniendo y tratando de convencerme —añadió, todavía enojada tantos años después—. Había una cartera con un carnet de conducir... pero ellos no querían que yo lo dijera.

Más adelante encontré un formulario de registro del Sportsman's Lodge, en el que figuraba el nombre de Tenerelli mal deletreado. Se ponía también de manifiesto que este había pagado por una estancia de treinta y tres días iniciada el 1 de octubre de 1969. La factura ascendía a un total de ciento cincuenta y seis dólares, abonada en su totalidad. Bee Greer me dijo que era «exactamente» el mismo formulario que habría utilizado en 1969, pero había un par de cosas que llamaban la atención. Siempre era el cliente el que rellenaba el papel. ¿Cómo es que Tenerelli había escrito mal su propio nombre? Tenía que haber habido un domicilio y un número de permiso de conducir, pero no había nada. Tiempo después, la hermana de Tenerelli confirmó que aquella no era su letra. Además, Tenerelli hablaba con un notable acento italiano, y el hombre con quien habló Greer no tenía acento alguno. Quizá alguien se registró con el nombre de Tenerelli y pagó un mes por adelantado para asegurarse de que el cadáver no sería descubierto enseguida.

Los informes policiales no contenían fotos de la escena del crimen. No hacían referencia a exámenes forenses... ni a pruebas de balística, manchas de sangre, huellas dactilares o *rigor mortis*. Los agentes con quienes hablé decían

que todo esto habría sido rutinario en una muerte a tiros incluso en 1969. Según un informe de laboratorio, la tasa de alcoholemia de Tenerelli en el momento de morir era de 0,3 por ciento, es decir, no cabe considerar que tuviera influencia. Sin embargo, la noche antes de morir había comprado aquellos dos botellines de whisky. Cuando descubrieron su cadáver, una de las botellas estaba vacía en la papelera; la otra estaba en un estante, todavía con una tercera parte de licor. Si Tenerelli no se había bebido todo ese whisky, ¿quién había sido?

En vista de los documentos, quise saber cuándo exactamente la policía de Bishop y el forense habían establecido la identidad de John Doe de su depósito de cadáveres. El 17 de octubre, una radióloga del Hospital Washington de Culver City analizó las radiografías de John Doe que le había mandado el forense del condado de Inyo. Eran «similares o idénticas», escribió, a las de un paciente que ella había operado en 1964 en el hospital tras un accidente de motocicleta: Tenerelli. El forense de Inyo había notificado la coincidencia «antes de transcurridas veinticuatro horas», por lo que supieron que John Doe era Tenerelli el 18 de octubre como muy tarde. Sin embargo, el jefe de policía había dicho al *Register* de Inyo que la identificación llegó el 28 de octubre, diez días después.

La Oficina del Sheriff de Inyo estaba investigando el caso desde el otro lado: habían encontrado en el desierto el destrozado Escarabajo de Tenerelli y querían averiguar adónde había ido él. Diversos documentos de la investigación daban a entender que el forense les había ocultado información. Cuando el 28 de octubre un detective de Inyo preguntó sobre el John Doe de Bishop, Brune no le dijo que hacía casi dos semanas que habían identificado a la víctima.

¿Por qué Brune no le dijo la verdad al sheriff? ¿Por qué no se facilitó antes la identidad de Tenerelli a otros organismos o a su propia familia? Nunca pude preguntárselo a Brune. Ni él ni Crom volvieron a hablar conmigo.

Robert Denton, el cirujano que había llevado a cabo la autopsia de Tenerelli, me confesó que nunca pensó que se tratara de un suicidio; lo calificó así solo debido a la presión ejercida por la oficina forense. Tras echar un vistazo a su propio informe, Denton dijo: «Mire lo que escribí aquí: “Este hombre parece un suicida”. No estaba convencido. Por eso puse “parece”». Negó con la cabeza. «Aquí había cosas chungas.» Ahora tenía la impresión, como probablemente la tuviera entonces, de que Tenerelli había estado «en una pelea o había sido arrastrado» antes de recibir el disparo. En aquella

época, dijo, muchas «muertes dudosas» eran «consideradas oficialmente como suicidios»: «Investigar era demasiado caro... la gente no quería complicarse la vida».

En el otro lado, los sheriffs de la Patrulla de Caminos de California revisaban el abandonado Volkswagen con sangre en su interior.

Según un informe presentado el 5 de octubre por uno de los ayudantes del sheriff, «partiendo de ciertas señales en la escena... el vehículo no ha estado en el lugar más de dos días». Si eso era cierto, no pudo ser Tenerelli quien tirara el coche. Su cadáver había sido descubierto tres días antes, el 2 de octubre, y se estimaba que la muerte se había producido el 1 de octubre, entre las nueve y media y las diez y media de la noche.

Sin embargo, todos los periódicos, basándose en datos proporcionados por la policía, informaron de que Tenerelli se había deshecho del coche tras un intento fallido de suicidio. ¿Por qué la policía amañó esa historia sabiendo que no podía ser verdadera?

Entre las pruebas recogidas en la escena próxima al coche había algunas pistas. Los agentes encontraron un pico y una pala con el mango roto, amén de botellas de cerveza y gaseosa... todo con manchas de lo que en principio era sangre de Tenerelli. Había además un montón de cartuchos de escopeta, una rebanada de pan francés y un paquete de fiambre, mapas, «papeles diversos» y varios documentos indicativos de que Tenerelli quizá no había estado solo en el coche: justificantes de una «comida» y «una lavandería» del Hospital Brentwood, en el que no había trabajado ni había estado ingresado; y también un horario de autobuses de Santa Mónica, que no habría necesitado toda vez que tenía coche y moto.

Según los dos cazadores que se encontraron casualmente con el coche de Tenerelli, alguien «salió de los restos» mientras ellos bajaban por el barranco, rezaba el informe de los sheriffs. Al parecer, en el coche y alrededor había mucha más sangre de la que dijeron los periódicos: sangre en los guardabarros y los parachoques, huellas palmares y marcas de arañazos en la sangre seca... demasiada sangre de un solo hombre que no presentaba heridas visibles cuando llegó a Bishop. Bee Greer había dicho a la policía que, cuando habló con Tenerelli, este «parecía muy normal y le dijo que estaba mirando por la zona, a ver si encontraba un empleo». Si la hora de la muerte que decía el forense era correcta, Tenerelli se había afeitado el vello púbico, había dejado a la mitad el botellín de whisky y se había pegado un tiro antes de que

hubieran transcurrido dos horas desde esa conversación.

Entretanto, diversas notas de la Patrulla de Caminos de California apuntaban a determinados sospechosos del asesinato: el grupo de hippies ladrones de coches que habían sido detenidos hacía poco. En Bishop, «hacia el 1 de octubre», un patrullero mandó parar un Volkswagen azul «último modelo»; Tenerelli conducía un Volkswagen azul del 69, y su cadáver fue descubierto al día siguiente. El policía interrogó al conductor, que, como los otros dos pasajeros, tenía aspecto «hippie». Más adelante, los investigadores mostraron al patrullero una foto de la Familia en la que estaban Manson, Steven Grogan y Danny DeCarlo. Estaba «seguro» de que quien conducía el coche era DeCarlo.

El informe proseguía: «Aunque se suponía que Tenerelli era inequívocamente un suicida, quizá el Departamento de Policía de Bishop tendría algún interés en el asunto, sobre todo si podemos situar a DiCarlo [sic] en Bishop después del 29-9-1969 y antes del 1-10-1969 o ese mismo día». Hice las comprobaciones y averigüé que DeCarlo estaba en el Valle de la Muerte precisamente en esas fechas. Sin embargo, no constaba en ninguna parte que el patrullero hubiera comunicado sus averiguaciones al Departamento de Policía de Bishop.

En los registros de la Oficina del Fiscal de Inyo había una fotografía de la cara de Tenerelli en la morgue con una nota adjunta. Los fiscales querían encontrar otra foto de Tenerelli para enseñársela a Kitty: Kitty Lutesinger, de la Familia, que había huido del Valle de la Muerte antes de que detuvieran a sus amigos y que había colaborado brevemente con los investigadores. Probablemente nunca sabremos si dijo a los detectives algo sobre Tenerelli; no había otros documentos que los vinculasen, y en 2008 se negó a hablar conmigo cuando llamé a su puerta.

Ninguno de los agentes encargados de investigar el Volkswagen abandonado de Tenerelli creía que este se hubiera suicidado. Uno de ellos, Doug Manning, de la Patrulla de Caminos de California, consideraba que el relato oficial era «un montón de chorradas». Para otro, Dennis Cox, ayudante del sheriff, se trataba de una «sandez».

Cox estaba seguro de que el coche había sido «arrojado» por el barranco del Valle de la Muerte después de la muerte de Tenerelli en Bishop. Él había estado en Father Crowley Point el día antes de que los cazadores descubrieran el Escarabajo, y «allí no había nada». Tras la detención de la Familia Manson

por robo de vehículos, una de las chicas contó a los investigadores que ella había tenido «una relación» con Tenerelli y que este había estado con la Familia, en el Valle de la Muerte, antes de morir. Pero Cox no recordaba quién había dicho eso.

Cuando la policía capturó por fin a la Familia en el Valle de la Muerte, llevaba investigando los robos de coches al menos desde el 29 de septiembre. Quizá aún no sabía que sus sospechosos eran asesinos, aunque sí sabía que habían estado robando vehículos por todo el condado de Inyo, con especial predilección por los Volkswagen Escarabajo, que les gustaba convertir en buguis areneros, ideales para el accidentado terreno del desierto.

Había una última cosa que me preocupaba: el vello púbico. Si, como decían los informes policiales, se lo había afeitado justo antes de suicidarse, y se habían encontrado «unos cuantos pelos entre las páginas de la revista *Playboy*»... ¿qué pasó con el resto? Según un informe de la Oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles, a Bill Vance, de la Familia, le gustaba llevar «un chaleco mágico» que estaba «hecho de vello púbico». Dicho informe no decía de dónde procedía ese vello —en realidad, ¿cómo iba a saberlo?—, pero a mí me parecía importante que Vance, compañero de Manson en la cárcel, fuera detenido por robar un arma de un coche en el Valle de la Muerte el 5 de octubre de 1969, el día que sacaron el coche de Tenerelli de un barranco cercano. **Colofón: «Al margen»**

En enero de 2008, la nueva jefa de policía, Kathleen Sheehan, me llamó para decirme que se había enterado de mi investigación con Debra Tate. En vista de mis hallazgos, iba a reabrir las pesquisas sobre la muerte de Tenerelli. Asignó al caso a un detective de homicidios, David Jepson, y me pidió que le pasara información. «Por aquí no tenemos asesinatos cada día», dijo.

Me alegraba poder ayudar. Para variar, mi reportaje quizá generaría resultados positivos en vez de confusión y callejones sin salida. Jepson y yo hablamos por teléfono más de una docena de veces antes de que decidiera visitarme en Los Ángeles. En julio de 1978, él y su superior, Chris Carter, recorrieron cuatrocientos cuarenta kilómetros para reunirse conmigo en el comedor del Hotel Embassy Suites, en El Segundo.

Durante nuestro encuentro de cuatro horas, que Jepson grabó, se lo mostré todo. Ambos agentes admitieron que la muerte era «probablemente» un asesinato y prometieron proseguir su investigación en Bishop. Carter dijo no «creer en coincidencias», y aquí había «demasiadas». No obstante, al final de

la reunión apagaron la grabadora y me hicieron una petición curiosa.

Carter me pidió que copiara los documentos que les había enseñado ese día y lo enviara todo a un apartado de correos «personal» de Bishop. A los detectives les preocupaba que su jefa, Sheehan, se valiera de este caso para conseguir publicidad. Querían mantenerla «al margen de esto» hasta que la investigación hubiera terminado.

No me gustaba el cariz de aquello, y así se lo dije. Sheehan era quien había reabierto el caso. Si no hubiera sido por ella, no nos habríamos reunido.

Tras asegurarse de que la grabadora seguía apagada, Carter dijo que, a su juicio, Sheehan «mataría la investigación» si descubría que «incluía encubrimiento o siquiera incompetencia». Y el alcalde, Frank Crom —que ya había intentado convencerme de que lo dejara todo como estaba—, lo «finiquitaría todo si descubriéramos encubrimientos». Los detectives me aseguraron que impedirían por todos los medios que la investigación descarrilase y que me contarían cualquier novedad que averiguasen. En contra de mis mejores instintos, acepté seguir colaborando con ellos.

Fue un grave error. Jamás supe nada más de ninguno de los agentes. Gracias a ciertos intermediarios, me enteré de que a la gente de Bishop le estaban diciendo que sus pesquisas no habían dado como fruto ninguna pista interesante y que el caso había sido archivado.

Los tres habíamos hablado de personas a quienes ellos querían interrogar cuando regresaran a Bishop. Llamé a muchas de ellas... ni siquiera habían oído hablar de los detectives. De hecho, en los ocho meses transcurridos entre la reapertura del caso y la visita que me hicieron en Los Ángeles, hablaron solo con tres personas. No se superó esa cifra. Según el exiguu documento que Jepson por fin me hizo llegar en 2011, tras nuestra reunión no llevó a cabo ningún interrogatorio más.

Cuando finalmente logré hablar por teléfono con Jepson, le recordé que había prometido compartir conmigo sus hallazgos. Me dijo que sus expedientes estaban en un cobertizo de su patio. Tardó semanas en buscar ahí. Como yo no paraba de dejarle mensajes, al final me llamó y, con tono triunfante, me dijo que había encontrado una de sus libretas. Me envió las páginas por fax: abarcaban el mismo período que yo ya conocía, durante el cual él había hablado con esas tres personas. Jepson estaba seguro de que había habido otros interrogatorios posteriores, pero tras buscar nuevamente en el cobertizo no apareció nada.

Tuve que preguntar si la investigación había sido suspendida, como

habían dicho él y Carter que sucedería si revelaba «encubrimiento» o «incompetencia» en el viejo departamento.

Tras insistir un buen rato, Jepson recordó «conversaciones» en el departamento de policía antes de su reunión conmigo... en las que se hablaba de no permitir que «apareciera gente que manchara el nombre de un teniente jubilado [Frank Crom] y de todo el departamento».

Estaba claro que debía dirigirme a los superiores de Jepson, empezando por Sheehan. A estas alturas, ella ya se había ido de Bishop para ser jefa de policía de Port Hueneme, otra pequeña ciudad de California. Aunque por teléfono pareció contenta de oírme otra vez, cuando al día siguiente fui a verla, se le había ensombrecido el ánimo. Al igual que sus colegas, decía que la investigación había terminado y que eso era todo. Al explicarle que, según Carter y Jepson, ella ansiaba publicidad y había que mantenerla «al margen», no se lo creyó. Le enseñé mis anotaciones de esa reunión, y ella me acusó de habérmelas inventado. He visto giros así muchas veces, casi siempre en agentes de fuerzas policiales. Pero Sheehan fue tan brusca, tan dura, que abandoné su despacho alterado: pensé que estaba implicada en lo sucedido en Bishop, fuera lo que fuera.

Chris Carter, que había sucedido a Sheehan como jefe del Departamento de Policía de Bishop, estaba preparado para mi llamada, sin duda. Negó todo lo que me había dicho en Los Ángeles con la grabadora apagada. Le pedí una copia de la cinta... me la facilitaría de buen grado. Yo sabía que había hecho sus comentarios inculpativos cuando la máquina no estaba funcionando, dije, pero igualmente quería volver a oír el clic de apagar y encender. Tenía que haberme quedado callado. Al cabo de dos semanas, cuando volví a llamar, me dijo que la cinta se había perdido o en su día fue destruida.

No obstante, amparándome en la Ley de Registros Abiertos, presenté en el Departamento de Policía de Bishop una solicitud de todos los expedientes de sus pesquisas sobre la muerte de Tenerelli. Me contestaron diciendo que no habían encontrado nada.

Durante todo ese tiempo, nunca dejé de pensar en la madre de Tenerelli, Caterina, a la que conocí en 2008, cuando contaba noventa y cuatro años. La mujer, cuyas palabras traducía una de sus hijas del italiano, me dijo que nunca había aceptado que su hijo se hubiera suicidado. Creía que Dios la mantenía viva para averiguar la verdad de lo sucedido. Pero falleció a los noventa y nueve sin llegar a conocer esa verdad.

Paul Dostie, el detective del perro adiestrado, no tuvo más suerte que yo. El sheriff ordenó parar la excavación en el Valle de la Muerte cuando ya se había sacado más de medio metro de tierra.

Y ahora mi libro llevaba más retraso del que hubiera llevado jamás mi artículo para *Premiere*. Penguin me había concedido una prórroga tras otra y me había hecho otro pago adelantado para mantenerme a flote. Entretanto, mi director había dejado la empresa, y debido a la recesión de 2008, muchas editoriales tuvieron que apretarse el cinturón. En otro tiempo, los contratos con los autores se redactaban con cierta laxitud. Ahora, con montones de dinero en juego, los editores querían algo para poder justificar su inversión, sobre todo en el caso de un escritor novato que había recibido un anticipo más que generoso.

El cuadragésimo aniversario de los asesinatos de Tate-LaBianca pasó sin pena ni gloria. Ahora hacía diez años desde que habría tenido que publicarse mi trabajo en *Premiere*. La revista ya no existía. En canales de noticias por cable, compañeros periodistas y muchos entrevistados míos aparecían como bustos parlantes que hablaban de la imperecedera importancia de los asesinatos. Allí estaba Bugliosi, todavía alabando su *Helter Skelter*, calificando los crímenes de «revolucionarios, políticos».

Yo hurgaba y remendaba intentando dotar al libro de una estructura viable. ¿Debería empezar con MKUltra? ¿Con la noche de los asesinatos en casa de Tate? Dondequiera que me parase, tropezaba con paréntesis y largas digresiones; no había un punto de partida que no conllevara una enorme cantidad de explicación. Envié esbozos, sinopsis, adendas, inicios tímidos, propuestas revisadas. Nada de esto daba en el clavo, y yo lo sabía. Había acabado siendo prisionero de mi propia historia. Todo el mundo reconocía que sería un libro espectacular. Nadie, y menos aún yo, era capaz de describir cómo sería ese libro o cómo tendría cabida en él una trama sin final. En 2011, me había retrasado tanto en la entrega que mi editor original había regresado a Penguin. Me propuso que un colaborador metabolizara mi reportaje en un relato convincente.

Me pareció muy bien. Penguin me ayudó a encontrar al candidato ideal: un periodista que llevaba décadas haciendo crónica política y tenía varios libros en su haber, alguien con experiencia y sangre fría. Cuando firmó el contrato, para mí fue como ver un bote salvavidas en el horizonte. Escribió otra sinopsis, que produjo la primera nota inequívocamente positiva que había recibido yo de Penguin desde hacía años. «Nos parece muy alentador; adelante

a toda máquina.»

Eso era en octubre de 2011. En diciembre, él ya lo había dejado. Faltaban solo seis meses para la fecha tope —la última— y ahora yo volaba en solitario.

Tan pronto se hubo ido el colaborador, Penguin me propuso comprarme mi parte. Si dejaba que otra persona escribiera el libro —por completo—, yo ya no recibiría más dinero, ni crédito, ni aportaciones, nada. Solo obtendría los adelantos ya cobrados... y gastados, desde hacía años, exclusivamente en la confección del libro. Le dije a mi agente que los mandara a la mierda.

Decidí utilizar esos seis meses que quedaban para escribir el libro sin ayuda. Antes siquiera de ver el manuscrito, mi editor me avisó de que había solo una posibilidad entre un millón de que fuera rechazado. Tecleé a un ritmo frenético. Intenté ser riguroso, directo. Escribí en primera persona, con la esperanza de dar a los lectores una idea clara de lo que había estado pensando. Y en junio de 2012, entregué lo que tenía: ciento veintinueve páginas, a un espacio, lo que equivalía a 117.228 palabras. Esto abarcaba apenas los tres primeros meses de mi reportaje.

La editorial rescindió el contrato. Quiero pensar que mi editor lo lamentó, y que creía en el proyecto. No creo que los abogados de Penguin compartieran su pesar: querían recuperar el dinero. Si a principios de 2013 no les había pagado, no tendrían más remedio que demandarme.

Yo no tenía ese dinero, naturalmente. Me había mantenido durante años gracias a él, tal como pretendía la empresa. Unos meses atrás había pensado devolver el préstamo a mis padres. Ahora tenía una deuda con ellos y con una de las editoriales más importantes del mundo. En 2012, acabé siendo uno más de una serie de autores a quienes Penguin ponía un pleito por no entregar un manuscrito en el plazo previsto. La mayoría estaban mucho más consolidados que yo. Las demandas desataron oleadas de pánico en toda la industria. Aunque la mía era la más abultada, llegó medio año después que las otras por lo que, afortunadamente, no salió en los periódicos. Una humillación que me ahorraba.

Aun así, estaba desolado. Tenía la sensación de que había fallado a todo el mundo. Tenía un trabajo que hacer, y no lo había hecho. Paul Krassner, el periodista que me había advertido de que la historia «me absorbería», tenía toda la razón del mundo: me había masticado y escupido. No me sentía capaz de hacer nunca más ninguna crónica. Mi agente intentó vender el libro a otras editoriales, y aunque algunas mostraron interés en adquirir los derechos, las

ofertas no llegaron a materializarse. También le llamaron algunos directores de documentales, y uno, oscarizado, llegó incluso a hacer una filmación de prueba, que vendió como serie a una cadena de cable de las importantes. Pero también aquí todo se vino abajo. De todos modos, para ser sincero, fui yo quien dio marcha atrás en esos proyectos. Inevitablemente, las conversaciones se encallaban en cuestiones ligadas a la propiedad, unas jurídicas, otras más metafóricas. ¿De quién era la historia? ¿Hasta dónde había que retroceder para poder encajarla en un marco? Y la de siempre, desde luego: ¿adónde conducía todo?

Poco después de que el acuerdo se fuera a pique, un día mi vecino, un buen amigo, estaba paseando sus perros y me vio sentado con aire abatido frente a mi puerta. Tras intentar distraerme un rato con comentarios graciosos, dirigió la conversación hacia la demanda judicial.

—¿Lamentas todo esto? —preguntó.

—Ni mucho menos —dije. Me sorprendió la contundencia de mi respuesta, pero lo creía de veras—. Han sido los trece años más emocionantes de mi vida. No hay nada como el subidón de adrenalina cuando pillas a esa gente diciendo mentiras, y lo documentas... sabiendo que has descubierto algo importante antes que nadie.

En mi despacho guardaba trocitos de cartón. A veces los doblaba y me los metía en el bolsillo. Cada vez que empezaba a dudar de mí, algo que sucedía a menudo, para animarme leía una lista de cosas anotadas ahí: un recordatorio de lo que había averiguado, de lo que sabía que debería comunicar al mundo. Por ejemplo, Stephen Kay me había dicho que mis hallazgos eran lo bastante importantes para anular los veredictos; Lewis Watnick, el fiscal retirado, me había dicho que Manson tenía que ser un confidente; Jolly West había escrito a sus superiores de la CIA para anunciar que había implantado un recuerdo falso en el cerebro de alguien; la CIA había suprimido esa información del informe presentado al Congreso; la Oficina del Fiscal del distrito se había confabulado con un juez para sustituir a un abogado de la defensa; Charlie Guenther había contenido las lágrimas mientras me hablaba de determinada escucha telefónica; muchas personas habían confiado en mí; yo había sacado documentos de sitios en los que otros reporteros jamás habían entrado. ¿Qué significaba todo esto y cómo lo utilizaría?

Cuando ese día regresé del paseo con mi vecino, cogí uno de los cartoncitos y volví a leerlo. Cada punto de la lista activaba una cadena de recordatorios: personas a las que debía llamar; solicitudes basadas en la FOIA

a las que tenía que dar seguimiento; un nuevo libro sobre la CIA que aún no había leído; un detective jubilado cuyos archivos, en este mismo instante, probablemente estaban criando polvo en un garaje...

¿Qué otra cosa podía hacer?

Seguí con mi reportaje.

EPÍLOGO

Los asesinatos de Manson tienen una especie de carácter definitivo. En 2016, *The Guardian* se sorprendía de lo que nos atraían, pese a «la ausencia de misterios sustanciosos»: «Sobre lo sucedido no hay dudas... Sabemos con bastante exactitud quién hizo qué a quién, cuándo y por qué». Esto es verdad hasta cierto punto: aunque las pruebas materiales son tremendamente categóricas, hoy todavía impresionan. Sin embargo, no tienen sentido. Ahí radica el misterio.

En los casi veinte años en que trabajé en el caso, la gente me preguntaba una y otra vez lo mismo: ¿qué sucedió realmente? Esa pregunta es lo que más detestaba. La respuesta pura y simple es que no lo sé. Me preocupa que, en cuanto especulo, desautorizo el trabajo que he realizado. En cierto modo, si hubiera estado más dispuesto a rellenar los espacios en blanco, quizá habría terminado el libro mucho antes.

Esto no significa que, a lo largo de los años, no haya manejado un montón de teorías propias que iban ganando o perdiendo peso a medida que averiguaba más cosas o modificaba el enfoque. Durante un tiempo estuve convencido de que las víctimas de las casas de Tate y LaBianca conocían a sus asesinos de la Familia, que habían sido seleccionadas... quizá no por las chicas, pero sí por Manson y Watson. Quizá aquello tuvo algo que ver con un trapicheo de drogas o con un intermediario desconocido con contactos en Hollywood. También existe la posibilidad de que la Familia se viera envuelta en una operación de Chaos o Cointelpro, e incitada a la violencia mientras los agentes del sheriff y del Departamento de Policía miraban hacia otro lado en busca de una tapadera. Y también está la teoría más disparatada: que Manson estaba vinculado al esfuerzo de MKUltra por crear asesinos que matarían cuando se les ordenase.

Cuando alguien dice que he «encontrado la verdad» es cuando me entra la ansiedad. Yo no he encontrado la verdad, ya me gustaría poder decirlo. Mi

objetivo no es decir lo que pasó, sino demostrar que el relato oficial no es veraz. He aprendido a aceptar la ambigüedad. Comprendí que debía hacerlo si quería acabar algún día este libro. Por cada uno de sus capítulos he descartado una docena. Hay más, siempre hay más.

Sin embargo, no he dejado de intentarlo. Si hay esperanza en algún sitio es en los documentos. Sigo estando atónito por la falta de transparencia del Estado. Por razones que se me escapan, fiscales de distrito, organismos vinculados al cumplimiento de la ley, oficinas federales y otras avanzadillas del funcionariado siguen eliminando expedientes, pese a decir que no tienen nada que ocultar.

Esta postura da por sentado cierto grado de indulgencia por parte de la gente. Si resulta que la verdad existe en una fotocopia de una fotocopia de una fotocopia, en las tres mil quinientas páginas de una transcripción tan árida que nadie ha leído de principio a fin dan por hecha nuestra indiferencia. Para llegar a esa pizca de verdad, has de generar un rastro documental propio: solicitudes basadas en la FOIA, audiencias públicas, cartas a tu representante en el Congreso, en última instancia todo guardado en sus aletargados archivos.

A partir de la redacción de este texto, el Departamento de Policía y la Oficina del Fiscal todavía están inmersos en batallas legales sobre su incomprensible negativa a dar información... negativa que se extiende a las familias de las víctimas y a los propios procesados.

El último frente es una pugna por las cintas de Tex Watson. Poco después de los asesinatos, Watson huyó a la casa de sus padres en Copeville, Texas. El 30 de noviembre de 1969, se entregó a la policía para ser interrogado tras enterarse de que dos detectives del Departamento de Policía iban a por él en un avión. Contrató a un abogado, Bill Boyd, de Dallas, con el que hizo una confesión grabada. Por lo que se sabe, esta es la primera descripción registrada de los crímenes... antes de que Bugliosi o nadie más pudieran imponer un orden narrativo. Esto tenía aún más valor por el hecho de que Watson estaba hablando de su acuerdo con su abogado, no como un hombre que estuviera defendiéndose ante la policía.

Según Boyd, Watson describió su época con la Familia y, con escalofriante detalle, el asesinato de Tate y las otras víctimas. Se mostró «muy franco» y «sincero» sobre su implicación en los crímenes, me explicó Boyd. También habló de otros crímenes cometidos por el grupo... que no habían sido descubiertos.

En 2009, Boyd accedió a dejarme escuchar las cintas, pero solo si

Watson le daba permiso, que sin duda nunca obtendría. No fue muy prolijo al respecto, pues quizá se daba cuenta de que ya había violado la confidencialidad de Watson. Boyd murió un año después de que hablásemos. En 2011, su bufete de abogados se declaró en quiebra, y sus bienes quedaron en manos de un administrador judicial... incluidas las cintas, guardadas en una caja fuerte del despacho.

Las cintas acabaron en poder de una fideicomisaria de Dallas que, aunque en un momento dado estuvo a punto de entregármelas, al final se las ofreció a Patrick Sequeira, el fiscal del distrito de Los Ángeles que había estado presente en las vistas de libertad condicional de Watson. Sequeira valoraba mi esfuerzo por conseguirlas y me aseguró que me permitiría escucharlas; «si no hubiera sido por usted, ni siquiera sabríamos que existen», me dijo. Watson intentó impedirlo, para lo cual presentó un requerimiento que desencadenó una batalla judicial de un año. Ganó la Oficina del Fiscal. Sin embargo, desde que consiguieran la custodia de las grabaciones, la Oficina del Fiscal y el Departamento de Policía no las han dejado escuchar a nadie ajeno al sistema judicial, ni siquiera a las familias de las víctimas. Han revelado solo declaraciones mínimas y a veces contradictorias sobre su contenido.

Sequeira me contó que en las cintas no se mencionaban homicidios desconocidos, no había nada nuevo en absoluto. Pero si la Oficina del Fiscal me las daba a mí, debería dárselas a todo el mundo, y no querían que la gente distorsionara la información. Poco después cortó toda comunicación conmigo.

Los abogados de la defensa de los asesinos también querían escuchar las cintas: ¿y si contenían información exculpatoria susceptible de ser utilizada en las audiencias de libertad condicional? Richard Pfeiffer, el letrado de Leslie Van Houten, intentó conseguirlas sin éxito. Muy pronto la Oficina del Fiscal se sacó de la manga otra razón para no hacerlas públicas: «Los miembros de la Familia Manson eran sospechosos de haber cometido crímenes no resueltos. La información de las cintas forma parte de la investigación de estos crímenes y podría ser utilizada para esclarecerlos».

El caso llegó al Tribunal Supremo de California. Pfeiffer sugirió al juez que revisara las cintas y tomara su decisión. Sin embargo, la fiscalía no «consideraba necesaria la ardua labor de leer 326 páginas de reflexiones dispersas [de Watson]. El tribunal se pronunció a favor, tras lo cual Leslie Van Houten consiguió la libertad condicional por primera vez. El gobernador de California, Jerry Brown, vetó su liberación a instancias de la Oficina del Fiscal. Aunque Pfeiffer dejó claro que conseguir las cintas había sido idea

suya, los fiscales arremetieron contra Van Houten por intentar fastidiarles, diciendo que había pruebas irrefutables de que ella aún no había reconocido la plena responsabilidad de sus crímenes.

Pfeiffer prometió volver al tribunal para conseguir las cintas, y a este fin se valió de distintos medios legales, de momento todos infructuosos. Hasta el día de hoy, la Oficina del Fiscal las guarda con más celo incluso que antes. En mi calendario tengo apuntadas las vistas de libertad condicional, y acudo siempre que puedo. Son uno de los escenarios en los que el Estado trata de convertir los alucinantes sucesos del 9 de agosto de 1969 en historia inerte..., y también uno de los pocos lugares donde queda esperanza para que aflore la verdad.

Cada vez que hablo de mi trabajo, la gente quiere saber si entrevisté al propio Charles Manson. Pues sí, por teléfono, en el año 2000. Nuestra primera conversación, para más inri, fue el día de San Valentín.

Logré estas entrevistas por mediación de Acerico y Lobo Gris, dos compañeros de Manson. El primero, apodado así por la frecuencia con que había sido apuñalado, en realidad se llamaba Roger Dale Smith. Era el hombre de Manson en el interior de la cárcel, su recadero. El segundo, cuyo nombre verdadero era Craig Hammond, había sido ungido como Gray Wolf por el propio Manson y se encargaba de negociar todos los accesos exteriores al gurú. Ya jubilado, se había mudado a Hanford, California, décadas atrás solo para estar cerca de la prisión que alojaba a Manson, de quien pensaba que poseía «una profunda percepción de los problemas medioambientales». (Muchos de los seguidores de Manson de la última época afirmaban estar fascinados por su filosofía «ATWA»: «Air, Trees, Water, Animals» o «All the Way Alive» [aire, árboles, agua, animales o toda forma de vida], en virtud de la cual promovía el uso de una «pistola de semillas» llamada La Salvadora para repoblar California con diversas especies de plantas.) Más adelante, Hammond fue detenido por pasarle a escondidas un móvil a Manson en la cárcel. Unos años después, Manson se comprometió con una joven llamada Star y, al descubrir que Hammond se había acostado con ella, lo rebautizó como Rata Muerta.

En el año 2000, cuando Lobo Gris me consiguió la entrevista, me instó a «protegerme». «Nunca sabes qué poderes planea utilizar contra ti», dijo.

Me pasó con Acerico, quien a su vez me pasó con Manson. Pudimos hablar cinco minutos antes de que la prisión pusiera fin a la llamada de manera

automática.

—Hola, Tom —dijo Charlie.

—Qué tal, Charlie, ¿cómo te va?

—Bueno, muy relajado, tío.

—Feliz día de San Valentín —dije.

—Sí, lo mismo te digo, tío.

Yo había despertado el interés de Manson solo porque sus colegas le habían dicho que contaba con información sobre potencial perjurio en el juicio... el de Terry Melcher. Pero ahora que lo tenía al teléfono, él quería hablar de todo menos de Terry Melcher. Le di una breve introducción de mi punto de vista para *Premiere*, que rechazó calificándola de «exagerada». Quería que yo le hablara «con el corazón». Le recité una lista de nombres para ver si los conocía.

—No conozco a nadie, tío —dijo—. Apenas me conozco a mí mismo.

Si llegaba a decir algo, Manson hablaba en clave. Afirmaba que tras los asesinatos había un montón de dinero, y que la «Armada de Estados Unidos» manejaba los hilos.

—Soy el padrino de Vincent Bugliosi —dijo. Pero como no era un soplón, no iba a darme nombres—. Hay mucha gente que juega a un montón de juegos, tío. Cuando tenía diecisiete años, lanzaba herraduras.

Cuando no tenía ganas de contestar, decía cosas como: «En ese camión tengo cinco ruedas rojas», o: «Cuando Reagan fue a Groenlandia, cerramos todas las estaciones meteorológicas para el proyecto del corazón».

Los cinco minutos se consumieron antes incluso de haber podido situarme. Hammond me llamó. Si quería conectar con Charlie, dijo, tenía que mostrarle mi lado humano, mi corazón. Me tomé un respiro mientras Charlie volvía a ponerse.

—Oye, tío —dijo—. Mira, no tengo forma de saber dónde estás hincando el diente.

Intenté explicarlo de nuevo. Incluso en los momentos más lúcidos de Manson, en lo único que coincidíamos era en que la fiscalía había jugado sucio. Sin embargo, él no creía que el problema fuera Melcher: «Él no dijo nada». Parecía haber descartado a Melcher. «La simpleza de todo aquello es que Terry había dado su palabra por algo —dijo—, y no lo hizo, y no nos dimos cuenta de que la guerra de Corea estaba perdida.» A su entender, la mala de verdad era Linda Kasabian, su vieja seguidora, la que se había pasado al bando de la acusación.

—Entregó las almas de sus hijos al demonio en un viaje sacrificial que acabó en un acuerdo con la mente universal —explicó—. Solo dile que la llave de la casa del Esqueleto Rojo está en el respirador artificial y todavía sigue allí. Y que la cripta sigue ahí, con los perros atentos.

Nuestro tiempo estaba a punto de terminar otra vez. Manson devolvió el auricular a Acerico, que se ofreció a anotar mis preguntas pendientes y enviarme las respuestas literales de Manson.

Pero a la noche siguiente, Lobo Gris llamó para decir que de lo dicho nada. Manson, quien al parecer con sus amigos era menos sentencioso de lo que había sido conmigo, estaba molesto. Él y Acerico no volverían a hablar ni mandarían respuestas. Lobo Gris parecía sorprendido. No estaba acostumbrado a ver que Manson aceptara llamadas de periodistas y añadió que estaba todavía procesando lo que había oído la noche anterior, como si para él hubiera habido algo especial. Me pregunté si esto tenía más que ver con Acerico, quien había hecho ciertas afirmaciones atrevidas mientras anotaba mis preguntas. Decía que Manson conocía personalmente a Mama Cass Elliot; que llevaba a sus chicas a orgías de la élite de Hollywood; que había dejado un montón de «cadáveres ahí en el puto desierto, tío»; y, lo más misterioso de todo, que otros miembros de la Familia quizá fueron a la casa de Tate la noche en que esta fue asesinada. A lo mejor Manson estaba a su lado mientras decía todo eso, y se enfadó.

En 2008, intenté establecer otra vez contacto con Manson a través de Lobo Gris. Esto fue después de mis numerosas discusiones con antiguos seguidores de Manson, muchos de ellos no tan antiguos como creía. Las personas a las que yo había preguntado acerca de Filippo Tenerelli y otras posibles víctimas seguramente se lo contaron a Manson. Lobo Gris me dijo que no insistiera.

—La gente está enfadada, y te has metido en un lío. No tienes permiso para hacer lo que estás haciendo. —No dijo nada más. Me cortaban el paso—. Y yo no te conozco —añadió. Colgó.

Así concluyeron mis tratos con Charles Manson y su círculo íntimo. Cuando murió Manson en noviembre de 2017, no sentí gran cosa. Mi investigación giraba a su alrededor, pero él me importaba bien poco. En un momento dado, cuando surgió cierta industria artesanal en torno a Manson y este acabó siendo un icono de la crónica negra, ya era inofensivo. Todo el mundo prefería la idea de él a la realidad, y muerto era más ideal que nunca: el hippie asesino de los sesenta, una década más alejada del presente que

muchas de las anteriores.

Siempre dispuesto a hacer de loco, se deslizó muy fácilmente en nuestra visión del cerebro criminal. En ese rictus suyo, esos ojos brillantes, la equis grabada en la frente, se supone que reconocemos lo que Bugliosi llamaba «una metáfora del mal». De todos modos, la plena dimensión de este mal no está en lo que sabemos de Manson. Está en lo que no sabemos. Esto es lo que me ha impulsado a seguir adelante todos estos años, incluso cuando estaba a dos velas, incluso cuando la gente me decía que estaba loco, incluso cuando recibía amenazas de muerte.

Como dijo Manson con tono ofendido, «en resumidas cuentas, lo que quieres tú es información».

—Exacto —dije.

Agradecimientos

El viaje de veinte años que culminó en este libro comenzó con una llamada telefónica de Leslie Van Buskirk a la revista *Premiere*. Por eso le estaré siempre agradecido y, vale, a veces resentido. Jim Meigs creyó de lleno en esto; ojalá hubiera seguido hasta el final, pero ¿quién iba a querer convivir con Manson salvo alguien como yo? Otros de *Premiere* que me hicieron mantenerme alerta durante casi dos años fueron Kathy Heintzelmén y Anne Thompson.

Sin mi agente, Sloan Harris, de ICM, este libro no existiría. Su fe y su tenacidad —por no hablar de su extraordinaria capacidad para pensar al margen de lo convencional cuando las cancelaciones, los pleitos judiciales y las amenazas acabaron siendo una rutina— deberían figurar en el Salón de la Fama de los Agentes. En ICM, a lo largo de los años también fueron esenciales las ayudantes de Sloan: Kristyn Keene, Heather Karpas y Alexa Brahme. Mis elogios también para los abogados que me sacaron de la cárcel o, al menos, evitaron mi bancarrota: John DeLaney y Heather Bushong. Y para Rich Green, Michael McCormick y Will Watkins, que pelearon con éxito por una muy necesaria manutención de Hollywood.

En Little, Brown, Judy Clain, la redactora jefe, fue adonde otros antes que ella no fueron (o fueron y huyeron). Reagan Arthur lo puso valientemente por escrito, con lo que fue real. Su equipo —Alex Hoopes, Katherine Myers, Alyssa Persons, Ira Boudah, Ben Allen, Trent Duffy y Lauren Harms— llevó a cabo la asombrosa hazaña de producir y divulgar este libro. Gracias también a

Eric Rayman y Carol Ross, cuya atenta lectura salvaguardó (esperemos) mi movilidad futura.

Cuando trabajas en un libro durante veinte años, analizando crímenes acaecidos décadas atrás, pierdes numerosas fuentes a lo largo del camino. Entre las muchas que ya no están entre nosotros —aunque hay que agradecerles que desenterrasen recuerdos de una época oscura y estremecedora— están: Rudi Altobelli, Bill Garretson, Elaine Young, Dominick Dunne, Bill Tennant, Shahrokh Hatami, Richard y Paul Sylbert, Polly Platt, Charles Eastman, Julia Phillips, Denny Doherty, Christopher Jones, Gene Gutowski y Victor Lownes.

Y en cuanto al mundo judicial y policial, también desaparecidos, tenemos a: Charlie Guenther, Paul Whiteley, Bill Gleason, Preston Guillory, Mike y Elsa McGann, Danny Bowser, Paul Caruso, Gerald y Milton Condon, Paul Fitzgerald, Lewis Watnick, Buck Compton y George Denny.

Para dar las gracias a todos los que entrevisté harían falta montones de páginas, aparte de que muchas de mis fuentes no aparecen nunca en el libro. Limitaré la lista a quienes soportaron mis pesquisas durante años, si no décadas, y merecen elogios por su paciencia.

Del mundo de Cielo Drive y algo más allá: Allan Warnick, Gregg Jakobson, Sharmagne Leland-St. John, Jim Mitchum, Elke Sommer, Peter Bart, Tanya y Michael Sarne, Corrine Sydney, Joe Torrenueva, Witold Kaczanowski, Sheilah Welles, Joanna Pettet, Bob Lipton y Mark Lindsay.

Del entorno de los Beach Boys, incluyendo escritores, investigadores y empleados de la banda: Alan Boyd, Brad Elliot, Karen Lamm, Nick Grillo, Steve Despar, John Parks, David Anderle, Stanley Shapiro, Ryan Oskenberg y sobre todo Eddie Roach y Jon Stebbins. Richard Barton Campbell, coordinador de CassElliot.com, prestó una gran ayuda.

También hay testigos que declararon en el juicio o proporcionaron información que ayudó a resolver el caso: Virginia Graham, Jerrold Friedman, Harold True, Joe Dorgan, el reverendo Robert Byrne y Christine y Michael Heger.

Y gente del caso Hinman: Cookie Marsman, Marie Janisse, Jay Hofstadter, Eric Carlson, John Nicks, Glen David Giardenelli, Glenn Krell, Michael Erwin, Mark Salerno, Jim y Julie Otterstrom.

Y de la Oficina del Sheriff de Los Ángeles: Bill *Moon* Mullin, Louie Danhof, John C. Graham, Jim White, Harold White, John Kolman, Lee Koury, Tony Palmer, Frank Merriman, Bill McComas, Michael Devereaux, Garland

Austin, Gil Parra, Jerome Stern, Frank Salerno, Bob Lindbloom, Beto Kienast, George Grap, Samuel Olmstead, Bob Wachsmuth, Bob Payne, George Smith, Paul Piet, Robert Osborne, Don Dunlop, Paul George, Carlos DeLaFuente, John Sheehan, D. C. Richards, Fred Stemrich y Donald Neureither. Y del Departamento de Policía de Los Ángeles: Carl Dein, James Vuchsas, Charles Collins, Mike Nielsen, Bob Calkins, Jerry Joe DeRosa, Robert Burbridge, Dudley Varney, Wayne Clayton, Walt Burke, Freddy McKnight, Sidney Nuckles, Danny Galindo, William Lee, Cliff Shepard, Ed Lutes, Ed Meckel y Edward Davis.

De la policía federal y la Oficina del Fiscal de Estados Unidos: Roger *Frenchie* LaJeneusse, Werner Michel, John Marcello, Rich Gorman, Samuel Barrett, Richard Wood, Bob Lund, Bob Hinerfeld, Timothy Thornton, Gerald O'Neill y Ray Sherrard. Y de la Oficina del Fiscal del Distrito de Los Ángeles: Stephen Kay, Burton Katz, Jeff Jonas, Robert Schirn, Ronald Ross, Anthony Manzella y John Van de Kamp. También los abogados de la defensa de la Familia Manson: Irving Kanarek, Gary Fields, Leon Salter, Jeffrey Engler, Deb Fraser y Rich Pfeiffer.

De los medios de comunicación de Los Ángeles: Sandi Gibbons, Mary Neiswender, Pete Noyes, Dick Carlson y Brent Zackie.

Del Departamento de Policía de Las Vegas: Loren Stevens.

De San Francisco: David Smith, Roger Smith, Al Rose, Gail Sadalla, Ernest Dernburg, Eugene Schoenfeld, Steve Pittel, Lyle Grosjean, Charles Fischer, John Frykman, Bob Conrich, John Luce y Joel Fort. Del condado de Mendocino: Margo Tomkins, David Mandel, Thomas Martin y Duncan James.

Del Departamento del Sheriff del condado de Inyo: Jim Bilyeu, Wayne Wolcott, Harry Homsher, Joe Redmond, Alan George, Dave Walizer, Dennis Cox, Ben Anderson, Jerry Hildreth y Randy Geiger. Abogados de distrito del condado de Inyo: Art Maillett y Tom Hardy. Patrulleros de California: agentes Jim Pursell, Doug Manning y George Edgerton. Con respecto a la investigación y la captura de la Familia en el Valle de la Muerte, gracias también al antiguo superintendente del parque nacional del Valle de la Muerte (y autor del indispensable *Desert Shadows*) Bob Murphy, y a los vigilantes del Departamento de Parques Homer Leach, Al Schneider, Paul Fodor, Don Carney y Richard Powell. Y mi agradecimiento a Darlene Ward, hija de Don Ward, fallecido ayudante del sheriff de Inyo.

El caso Tenerelli habría quedado sin aclarar si no hubiera sido por la valiosísima ayuda de Bee y Kermit Greer, Robert Denton y Billy Kriens, el

agente investigador original en el Sportman's Lodge. Un agradecimiento especial a Sue Norris, doctora en medicina con experiencia en patología forense, que realizó un detallado análisis de las conclusiones forenses sobre Tenerelli. Por último, aunque no fui capaz de consolar a la madre de Filippo, Caterina, con una respuesta definitiva sobre lo que le había pasado a su hijo, espero haber procurado algún alivio a sus hermanas, Angela, Lucia, Maria y Chiara, y a sus sobrinos y sobrinas, en especial a Cosimo Giovane, que trabajó incansablemente para lograr que, en el certificado de la muerte de su tío, la causa de la misma pasara de ser descrita como «suicidio» a «desconocida».

Finalmente, en Inyo, una sincera expresión de gratitud para Paul Dostie, que ha dedicado los doce últimos años de su vida a buscar restos de posibles víctimas no identificadas de la Familia Manson.

Mi incursión por el turbio mundo del contraespionaje gubernamental y las operaciones secretas habría sido imposible sin el trabajo pionero de otros autores e investigadores sobre Chaos, Cointelpro y MKUltra, muchos de los cuales proporcionaron orientación, apoyo moral y archivos. Entre quienes brindaron su generosa ayuda están Eric Olson, John Marks, Alan Schefflin, Doug Valentine, Dick Russell, Sid Bender, William Turner, Peter Dale Scott, John Judge, Rex Bradford, Larry Hancock, John Kelly, Phil Melanson, Robert Blair Keiser, Shane O'Sullivan, Brad Johnson, Jim DiEugenio y Rose Lynn Mangan.

En mi investigación sobre Reeve Whitson fue de especial ayuda su hija, Liza, y su antigua esposa, Ellen. Asimismo, gracias a Cindy Hancock y Margot Silverman por recibirme en su casa y facilitarme los archivos de sus padres (William Herrmann y Charles Tacot, respectivamente). También un sincero agradecimiento a Paul LePage Jr. por permitirme el acceso a los archivos de su difunto padre, y a Joseph Boskin, que estuvo en el Grupo Especial de Disturbios y Desórdenes y me entregó todo su archivo sobre el comité.

Entrevisté a montones de colegas y auxiliares de Jolly West. Debo manifestar mi gratitud hacia los pocos que me ayudaron a entenderle mejor: Elizabeth *Libby* Price, Gilbert Rose, James R. Allen y Margaret T. Singer, colaboradora de West en el estudio de presos retornados de la Guerra de Corea, que me suplicó que no publicara las cartas West-Gottlieb porque echarían por tierra «toda la buena investigación» que habían llevado a cabo «en la que se explicaba cómo funciona el lavado de cerebro y la modificación del pensamiento».

Hablé con parientes del sentenciado Jimmy Shaver y de su víctima, Chere Jo Horton. Su hermana, Brenda Hoff, me explicó secretos familiares y me transmitió su absoluto convencimiento de que su hermano no había matado a Horton conscientemente.

Gracias a los archiveros de todo el país que atendieron con paciencia mis interminables peticiones: en el Tribunal de Apelaciones de Los Ángeles, Oscar Gonzalez; en el Tribunal Supremo de Los Ángeles, Mark Offman y Don Camera; en la Oficina Federal de Prisiones, Dana Hansen, Ben Kingsley, Traci Billingsly y Ann Diestel; en la Oficina Federal de Libertad Condicional, Pamela Posch y Debbie Terrell; en la Oficina del Fiscal del Distrito del condado de Inyo, Janet y C. J.; en la Universidad de Nevada en Reno, Jacque Sundstrand; en los Archivos Nacionales, Greg Badsher, Richard Boylan, Will Mahoney, John Taylor, Fred Romanski, Marjorie Ciralante, Martha Murphy, Marty McGann, Carl Wisenbach, Sam Bouchart, Ken Schlesinger, Rod Ross, Steve Tilley, Ramona Oliver y Janis Wiggins; en el Archivo de Seguridad Nacional, Kevin Symonds; en los Archivos del Estado de California, Linda Johnson; y en el Departamento de Recopilaciones Especiales de la Biblioteca Charles E. Young de la UCLA, Charlotte Brown.

Entre los autores que aportaron información sobre el caso Manson, se incluyen Ivor Davis, Simon Wells, Greg King, Marlin Maryneck, Barney Hoskyns y Paul Krassner.

Me ayudaron varios investigadores independientes, entre ellos Jedidiah Laub-Klein, Tommy Schwab, Jason Majik, Jon Aes-Nihil, John Michael Jones y Mark Turner. También Bo Edlund y Glenna Schultz, propietarios de las mejores páginas web sobre los crímenes, CieloDrive.com y TruthOnTateLaBianca.com, respectivamente. Estos dos «expertos» solían encontrar información a la que yo había renunciado hacía tiempo. Sus conocimientos sobre crímenes son superiores a los de cualquiera que haya conocido yo en mis veinte años de investigaciones.

Entre los miembros y conocidos de la Familia que colaboraron están Dean Moorehouse, Sherry Cooper, Catherine *Cappie* Gillies, Dianne Lake, Brooks Poston, Paul Crockett, Vern Plumlee y Barbara Hoyt. Estaban también quienes tenían contacto con el grupo, por ejemplo, Bob Berry, Bob April, Charlie Melton, Corrine Broskette, Rosina Kroner y Lee Saunooke.

Muchos amigos míos me prestaron un inquebrantable respaldo moral, por no hablar de camas, sofás o suelos cuando aparecía yo en su ciudad con un coche lleno de expedientes y direcciones de delincuentes locales con los que

tenía pensado hablar. Entre ellos (los amigos, no los delincuentes) se cuentan Jenny Jedeikin, Patricia Harty, Holly Millea, Gail Gilchrist, Greg y Erin Fitzsimmons, Jay Russell, Lee Cunningham, Paul Lyons, Nick Smith, Jaceene Margolin, Jane Campbell, Daisy Foote, Mary Fitzgerald, Bryan Northam, Eileen O'Conner, Elaine DeBuhr, Daina Mileris, Beena Kamlani, Anne McDermott, Sean Jamison, Val Reitman, Kim Stevens, Karla Stevens, Fernando Arreola, Brad Verter y Liz Heskin. Gracias también a Mike Gibbons (que me dio un coche), a Jesse Despard (que durante dos años guardó en su sótano cuarenta cajas más llenas de expedientes), a Tim y Kyle Dilworth (cuyo sótano almacenó aún más cajas) y a Tim Guinee (actor que interpretó conmigo el papel de antagonista como preparación para una entrevista).

He contado con los mejores investigadores y transcritores de cintas, entre ellos Jim y Desi Jedeikin, Tanya McClure, Chris Kinker, Tucker Capps, Phil Brier y Julie Tate. El que perseveró durante más tiempo y descubrió más cosas fue Bob Perkins, investigador genuino y escritor excelente.

Entre los abogados que proporcionaron un respaldo valiosísimo están Joe Weiner, David Feige, Richard Marks, Jessica Friedman, Paul McGuire y Tim O'Conner. También algunos directores de cine me acompañaron brevemente en mi viaje mientras buscábamos posibles colaboraciones: Errol Morris, John Marks y Ken Druckerman.

En 2016, mi colaborador, Dan Piepenbring, acabó siendo el componente final para concluir esta odisea, infundiendo vida a mis moribundas páginas, dotando de sentido al sinsentido y permitiéndome ver mis hallazgos de nuevo, con otros ojos. Por este motivo estaré siempre en deuda con el mejor colaborador que un autor abrumado podría tener. (Gracias asimismo al también preparadísimo agente de Dan, Dan Kirschen, de ICM.)

No obstante, mi gratitud más profunda está reservada para dos personas sin cuyo apoyo no habría podido sobrevivir durante estos veinte últimos años: mi padre, William, que creyó en el proyecto desde el primer día, incluso cuando otros ya dejaban de creer; y mi madre, Jean, que le sobrevivió, con lo que al final nuestra alegría fue un tanto agri dulce. Mis hermanos, Bill, Tim y Ellen, y sus cónyuges e hijos, fueron una enorme fuente de sustento espiritual, a veces económico, y (sobre todo en lo tocante a Tim) jurídico. (Menos mal que en mi familia hay tres abogados, y menos mal que estaban lo bastante resueltos a impedir que me trasladara a sus sótanos para asegurarme de que todos mis contratos estaban a buen recaudo y mis demandas judiciales resueltas.)

Estos agradecimientos no significarían nada sin una palabra de gratitud

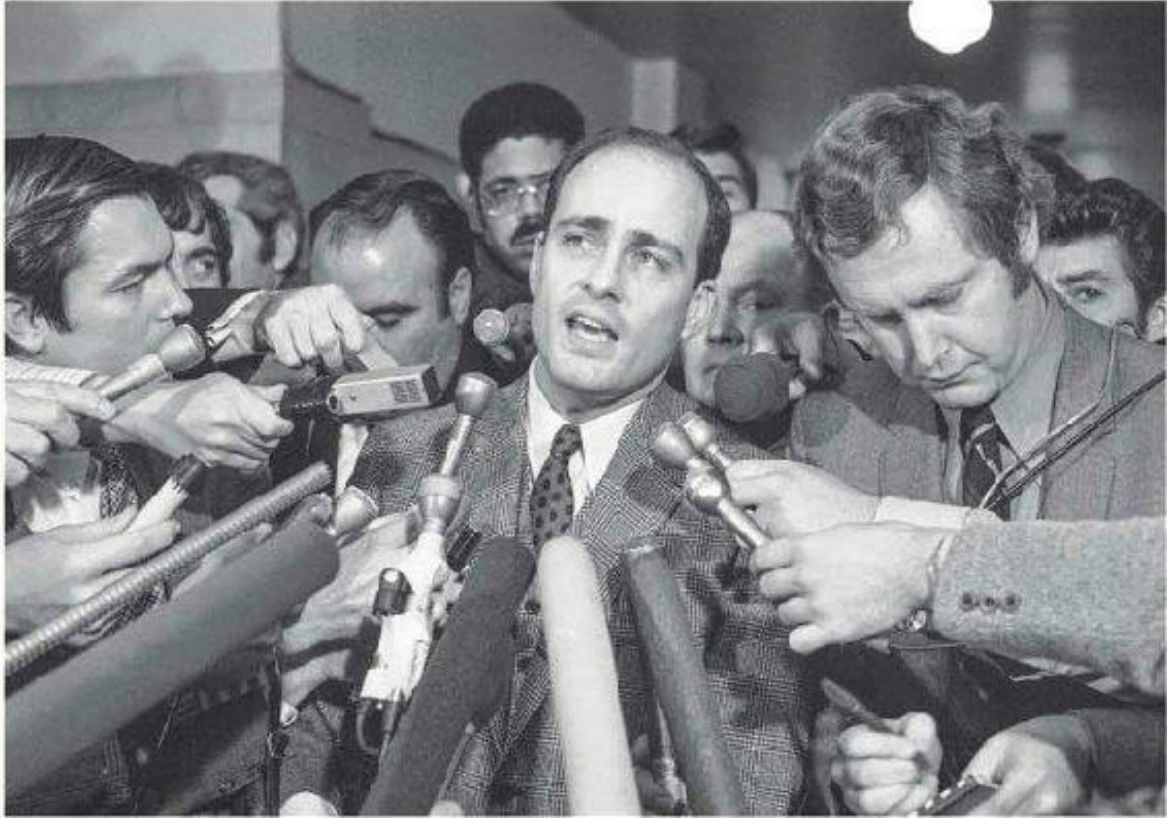
para las personas que más se sacrificaron, y siguen sacrificándose, en esta historia. A los supervivientes de los crímenes descritos en estas páginas se les recuerda, una vez más, un dolor y un trauma que no necesita recordatorios. Su generosidad y su valentía siempre me dan una lección de humildad. Su entereza y dignidad ante una tragedia así es un testimonio de los seres queridos perdidos mucho más válido que ningún libro.

Doy las gracias a la hermana de John Philip Haught, Paula Scott Lowe, y a la madre de Marina Habe, Eloise Hardt, que murió en 2017 a los noventa y nueve años sin llegar a saber quién mató a su único hijo, y al hermanastro y mejor amigo de Marina, Mark McNamara.

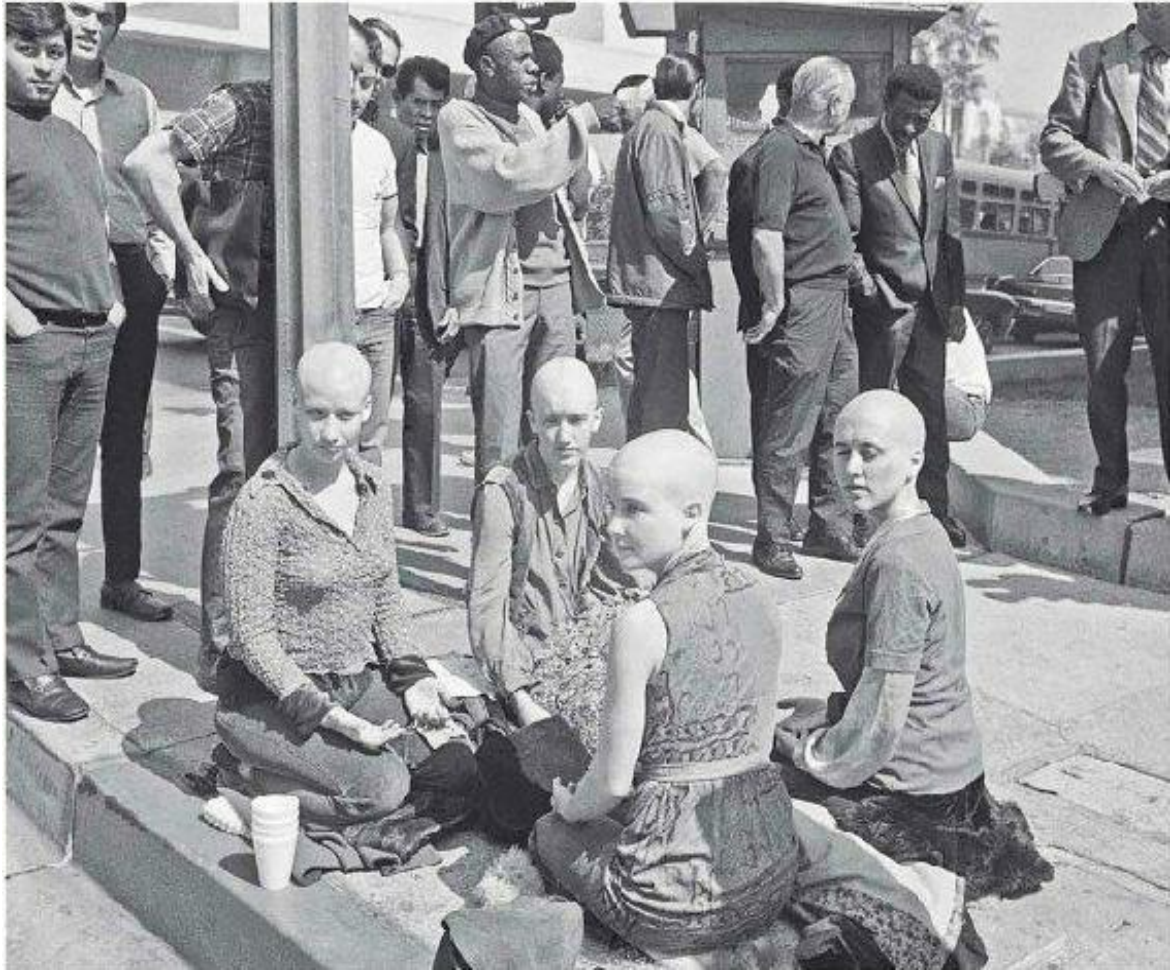
Y mi más sincera gratitud a los amigos y parientes de las víctimas conocidas del grupo de Manson, que me contaron su historia: Frank Struthers, Suzanne LaBerge, Eva Morel, Janet Parent y, sobre todo, Anthony DiMaria y Debra Tate.



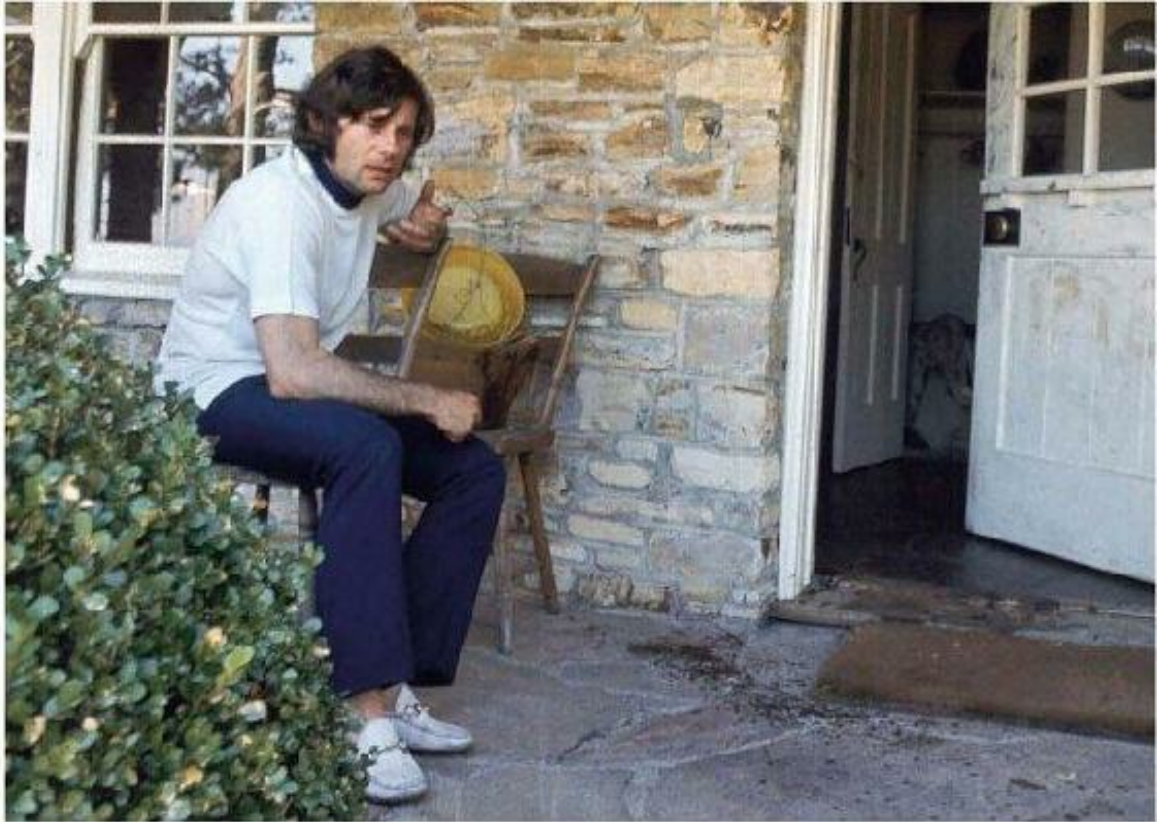
Charles Manson sentado frente a su abogado, Irving Kanarek, en el juicio de 1970 por los asesinatos de Tate-LaBianca. (Archivo Bettmann)



Vincent Bugliosi, fiscal jefe en el juicio de Tate-LaBianca, hablando con reporteros en el exterior de la sala de juicios en 1971. (Associated Press)



Cuatro seguidoras de Manson (de izquierda a derecha, Cathy Gillies, Kitty Lutesinger, Sandy Good y Brenda McCann), arrodilladas en la acera, en el exterior del Palacio de Justicia de Los Ángeles, en marzo de 1971. (Associated Press)



Roman Polanski, marido de Sharon Tate, en la casa de Cielo Drive pocos días después de los asesinatos, en agosto de 1969. (Cortesía de Julian Wasser)



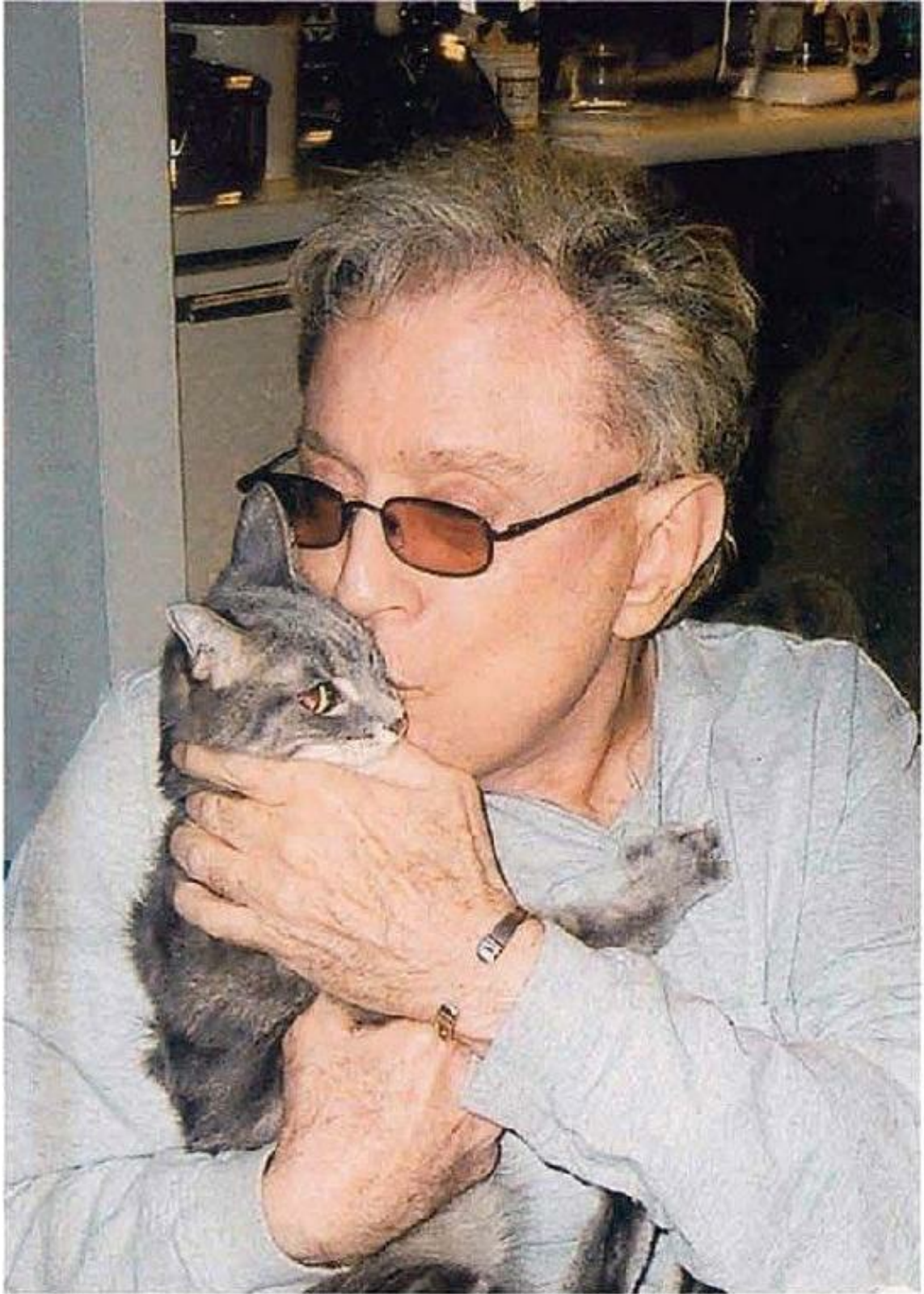
Jay Sebring (a la izquierda), Roman Polanski y Sharon Tate en una fiesta en Londres. (Bill Ray/Colección de fotografías de *Life*)



Terry Melcher con Candice Bergen en el Whisky a Go Go en el verano de 1967. Durante el juicio de Manson, Melcher sería uno de los testigos más importantes —y más sospechosos— de la acusación. (Phil Roach/ipol/Globe Photos, Inc.)



Rudi Altobelli, de pie, hablando con Candice Bergen en Cielo Drive. Altobelli, dueño de la casa, sugería que la verdadera historia que hay detrás de los crímenes no se ha contado nunca. (Cortesía de Dominic Pescarino)



Altobelli en 1999, con uno de sus numerosos gatos adoptados. (Cortesía de Dominic Pescarino)

few days, then went back to Rancho
Wend or west side half later, went
up to Carber with Tex + Bruce Dant in a
flat bed truck. Manson + 4 or 5 girls left at
same time in a new kind of fancy ~~type~~
at Carber.

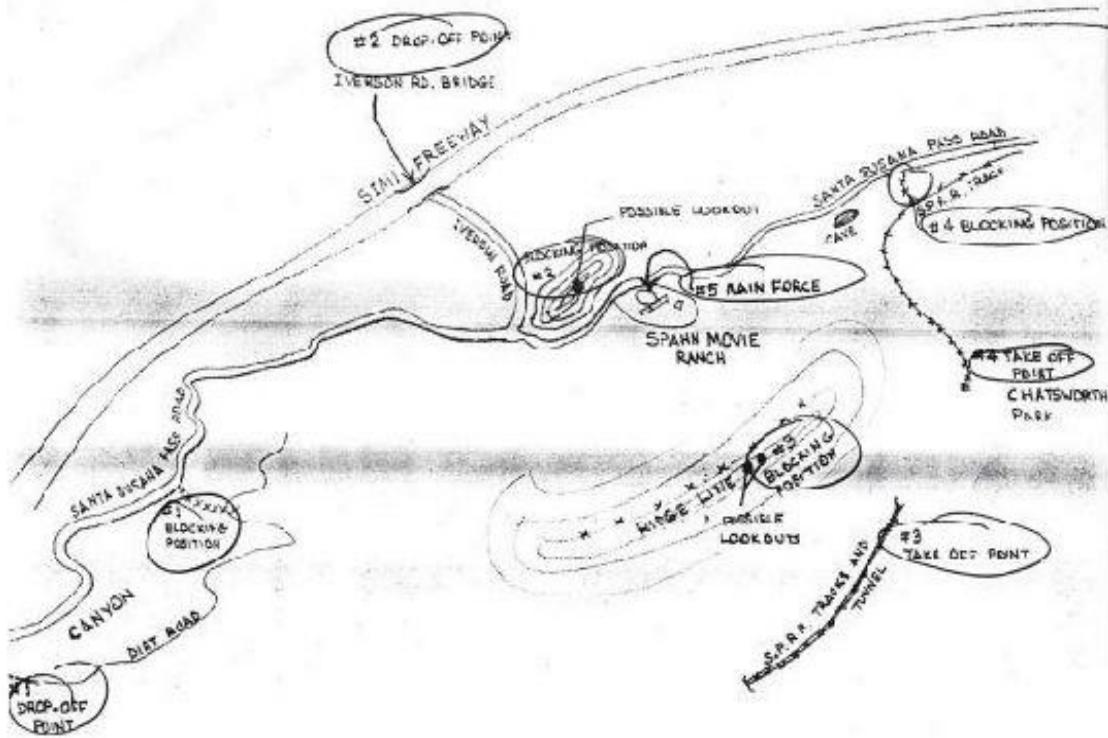
172

Between time that Danny returned to
the ranch + time he left for Carber,
definitely saw Melcher out at Rancho. Heard
girls say "Terry's coming, Terry's coming." Melcher
arriving in a Metro truck ~~with~~ similar to a
bus or mail truck - possibly light grey in
color. Melcher was by himself. Melcher
stayed for 3 or 4 hours.

~~Got by City, saw Melcher in
a truck~~

1 1/2 weeks later, saw Melcher with
Vicky + Brenda at bottom of Gales Wash
near Callarab, sitting in a car with the
girls. De Carlo was with Sadie, Tex, Manson,
Bruce + Dannie (W's wheel) ~~on~~ on foot.
All of them got in ~~the truck~~ ~~car~~
car. (Bruce ~~was~~ the driver. Melcher only
a passenger. Everyone called Melcher "Terry")
The Charter took over the driver's seat +
drove to Redwood + parked up a 1959 car

Uno de los diversos memorandos de puño y letra de Bugliosi en los que insinúa que Melcher siguió viendo a Manson tras los asesinatos de Tate-LaBianca. (Archivo público)



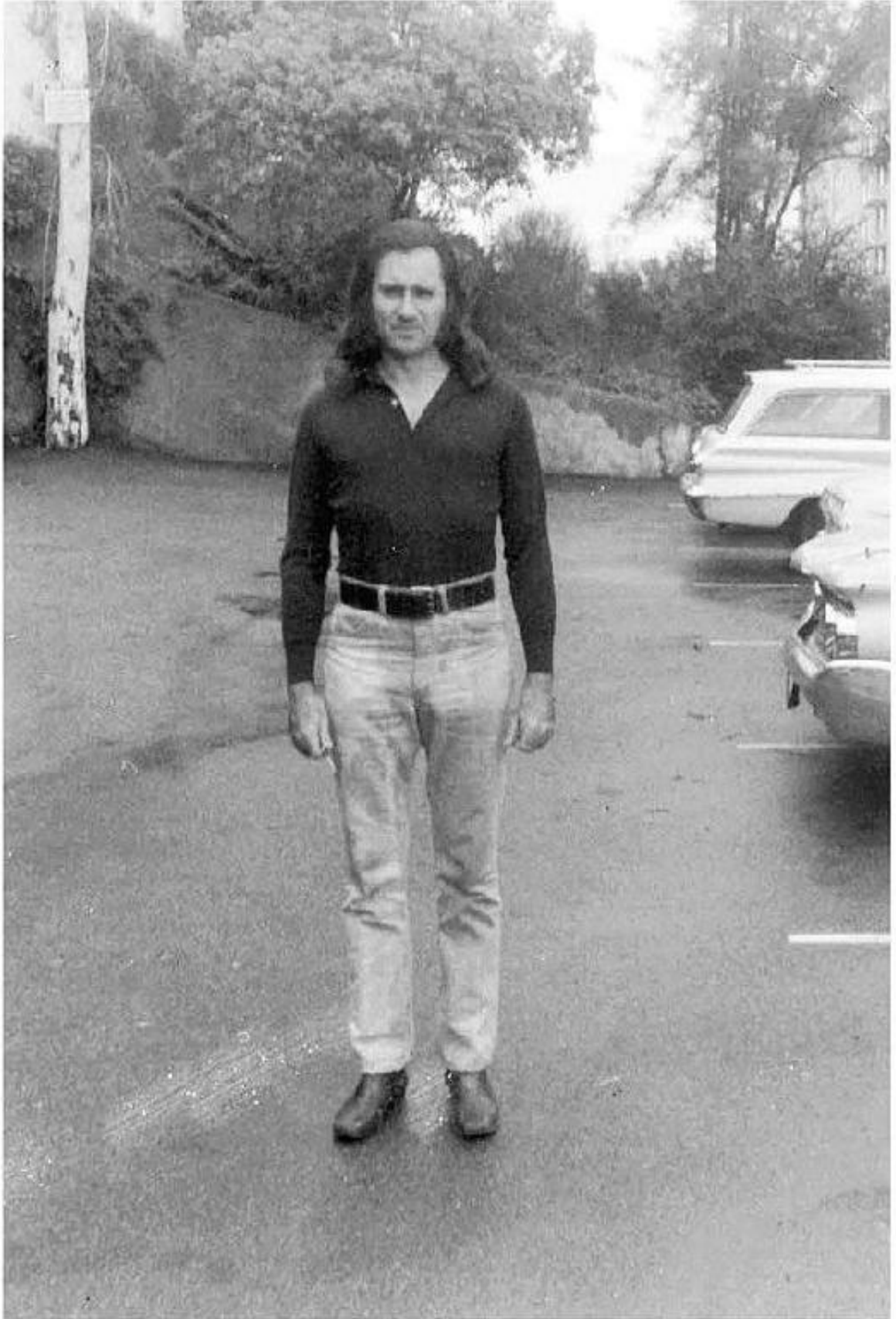
Esbozo de la policía del Rancho Spahn, escondite de la Familia. El 16 de agosto de 1969, agentes de la Oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles llevaron a cabo una redada, pero al parecer no pudieron relacionar a la Familia con los asesinatos cometidos hacía poco. (Cortesía de John A. Kolman)



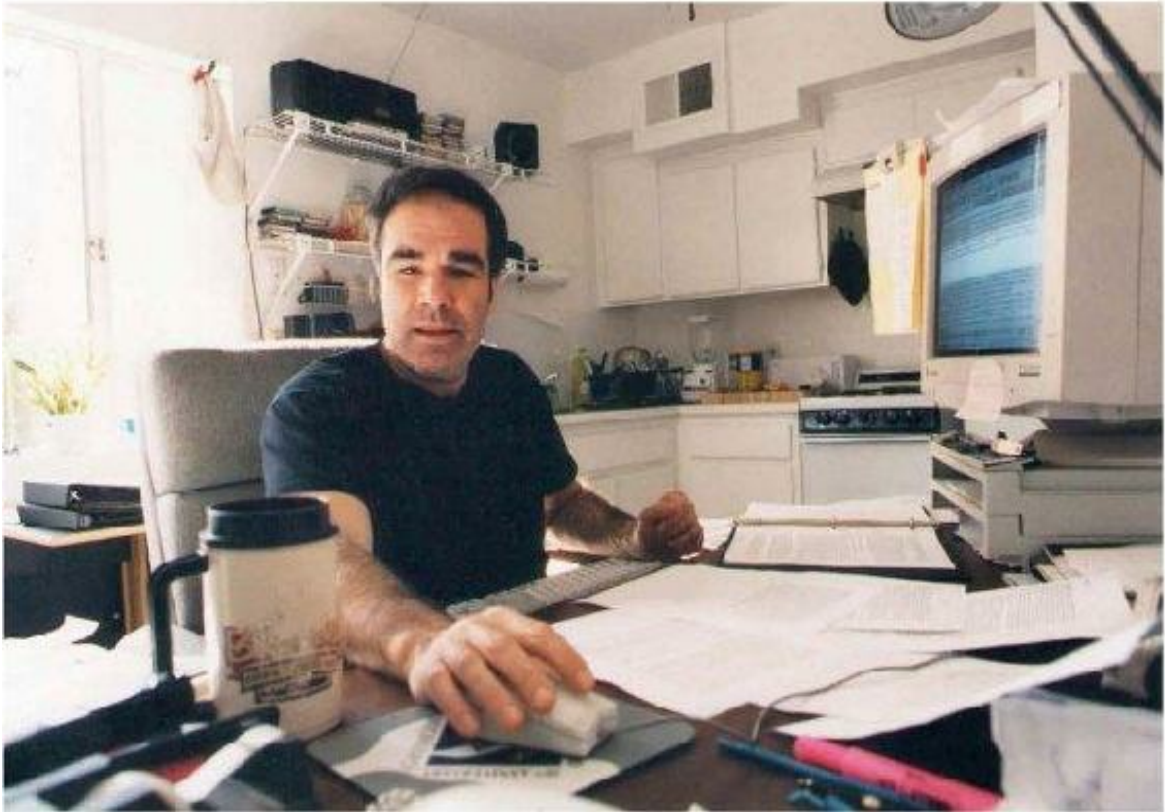
Foto policial de Bobby Beausoleil, miembro de la Familia, que participó en el asesinato de Gary Hinman. (Cortesía de Lee Koury)



Reeve Whitson con su esposa, Ellen, en el invierno de 1961-62. Whitson afirmaba haber estado en la casa de Cielo Drive en las horas posteriores a los asesinatos de Tate. (Cortesía de Liza Josefson)



Whitson disfrazado de hippie. Sus amigos y su familia creían que era un agente de los servicios de inteligencia vinculado al caso Manson. (Cortesía de Liza Josefson)





Trabajando en mi casa de Venice Beach, hacia 1999 (arriba) y 2014 (centro, abajo). (Arriba: colección del autor; centro y abajo: cortesía de Errol Morris)



Pizarra en la que, con gran preocupación y entretenimiento de mis amigos, intentaba dar seguimiento a todas las conexiones que había establecido en el caso. (Colección del autor)



Susan Atkins, a la derecha, saliendo de una sesión del gran jurado por los asesinatos de Tate-LaBianca, con su abogado defensor, Richard Caballero. El testimonio de Atkins fue decisivo para conseguir la acusación contra Manson y otros miembros de la Familia, incluida ella misma. Sin embargo, Caballero acabó representándola solo tras un acuerdo con los fiscales. (Ralph Crane/Colección de fotografías de Life)

© A SIGNET SPECIAL • N4258 • \$1.00



THE KILLING OF SHARON TATE

**EXCLUSIVE STORY
BY SUSAN ATKINS**

Confessed participant in the murder

**BY LAWRENCE SCHILLER
8 PAGES OF PHOTOGRAPHS**

Caballero también vendió la historia de su clienta a la prensa y logró que se publicara rápidamente en una edición de bolsillo que salió al mercado el mismo mes en que ella comparecía ante el gran jurado, hecho que solo reforzó la argumentación del Estado contra Atkins y sus cómplices. (Colección del autor)



Mary Brunner, una de las primeras seguidoras de Manson, con su hijo,

Michael *Osito Pooh* Valentine. (Revista *Life*)



Roger Smith, agente de libertad condicional de Manson, con su ayudante, Gail Sadalla. Manson creó la Familia bajo la supervisión de Smith en San Francisco. (Elaine Mayes)

ALBERT WAHL
CHIEF PROBATION OFFICER
ROBERT E. SCOTT
DEPUTY CHIEF
PROBATION OFFICER

U. S. COURT NO.
BOX NUMBER 3802
SAN FRANCISCO 94102
CODE 418
TEL. 884-0201

UNITED STATES DISTRICT COURT
NORTHERN DISTRICT OF CALIFORNIA
OFFICE OF THE PROBATION OFFICER

June 3, 1968

REPLY TO: CHIEF PROBATION OFFICER
REFER TO: d

Mr. Charles M. Manson
255 Staples Street
San Francisco, California
and
14400 Sunset Boulevard
Pacific Palisades, California

Dear Mr. Manson:

Immediately after receipt of this letter, you will report either to the U. S. Probation Office, U. S. Courthouse, Los Angeles, California, in person or to the undersigned in San Francisco. Failure to follow this direction on or before Monday, June 10, will result in my recommending that a warrant for mandatory release violation be issued.

From this point on, you are not to leave your current residence without written permission from a United States Probation Officer. Any permission given you by Mr. Smith who is no longer connected with this Service is hereby cancelled.

Give this matter your immediate attention. You have nothing more important to do.

Very truly yours,

ALBERT WAHL
Chief U. S. Probation Officer

cc: Mr. Joseph N. Shore
Parole Executive, Washington, D. C.

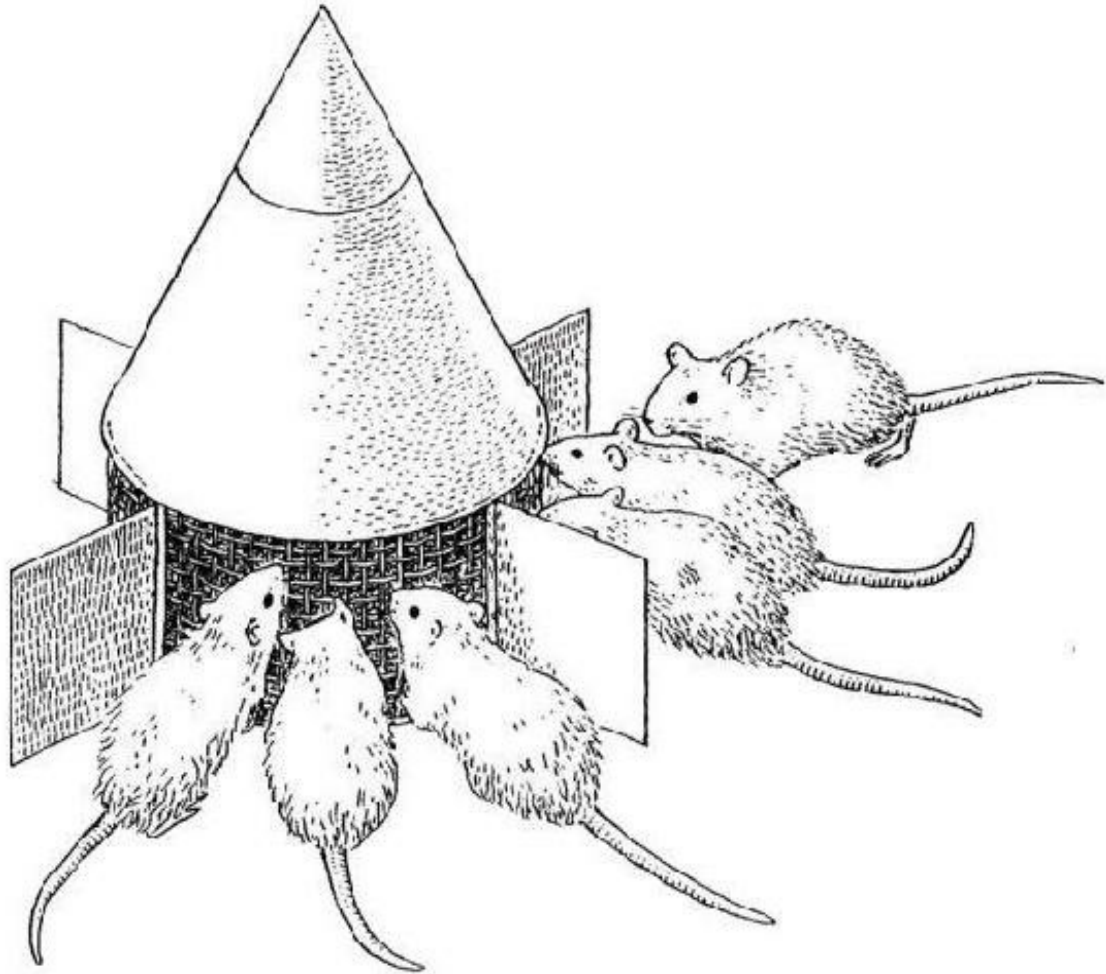
T-7-18-68
6/12/68

Carta amonestadora a Manson de su agente federal de libertad provisional. Manson solía pasar por alto las obligaciones ligadas a su

situación de libertad provisional, pero nunca tuvo que afrontar consecuencias.
(Archivo público)



El doctor David E. Smith (mirando a cámara), cofundador de la Clínica Médica Gratuita de Haight-Ashbury durante el Verano del Amor de 1967. Manson y la Familia frecuentaban la clínica. (Wayne F. Miller/ Magnum Photos)



En sus experimentos clínicos, David Smith inyectó drogas a roedores confinados. Sus investigaciones se hacían eco del trabajo de John B. Calhoun, científico que estudió los efectos de un exceso de población. En las ilustraciones de este trabajo de 1962, «Densidad de población y patología social», se ponía de manifiesto que, en entornos cada vez más abarrotados, los roedores se volvían más violentos. (*Scientific American*)

JOURNAL OF PSYCHEDELIC DRUGS

Volume 1 - Issue 1: PSYCHEDELIC DRUGS AND THE LAW

Edited by: DAVID E. SMITH, M.D., M.S.



Published by:

The Haight-Ashbury Medical Clinic

558 Clayton Street

San Francisco, California

\$2.50 - Copy

A través de su clínica, Smith fundó *Journal of Psychedelic Drugs*, publicación periódica de investigación que, en una ocasión, incluyó un estudio sobre la «comuna de los matrimonios grupales» de la Familia Manson. (Clínica Médica de Haight-Ashbury)



El doctor Louis Jolyon West, hacia 1955. La Agencia Central de Inteligencia subcontrató a West para su programa ultrasecreto MKUltra, aunque él lo negó durante toda su vida. (Archivos de Louis Jolyon West,

UCLA)

Shot of Drug Kills Tusko

By Claire Conley

A 7,000 - pound researcher gave up his life for science Friday.

Tusko, the 10-year-old male elephant being boarded at the Oklahoma City zoo, died shortly after injection with an experimental drug which has been administered to humans to induce mental illness for study purposes.

The drug is LSD, lysergic acid diethylamide. Tusko's reaction was a complete shock to scientists who attempted to save his life.

Dr. L. J. West, professor of psychiatry at the University of Oklahoma medical school, who has been directing a series of experiments for which the animal was brought here from Phoenix, said the dosage was .3 grams.

This is much larger than the proportionate human dose, but 50 percent smaller than the dosage ratio for members of the cat family, whose reaction to LSD has been extensively studied, he said.

Dr. West said he and Dr. Chester Pierce, chief of

(Continued on Page 7, Column 3)



Dr. L. J. West bends over Tusko as Dr. Warren Thomas looks on.

West alcanzó cierta notoriedad en 1962, cuando en un experimento inyectó a un elefante suficiente LSD para matarlo por sobredosis. Aunque nunca trascendió, el hecho es que la CIA había financiado ese desastre. (Archivo digital de *The Oklahoman*)

AIRMAN CHARGED IN BRUTAL SEX SLAYING OF S.A. CHILD



Thrice-Wed Man Held in Death of Tiny Girl Sunday

A 38-year-old Lackland A.F.B. drill instructor was in Bexar County jail today charged with murder in what veteran police officers describe as Bexar County's most shocking crime of recent years.

Airman J. C. Jimmy N. Shaver, thrice married and the father of two sons, was charged in the rape-slaying of 3-year-old Chere Jo Horton, whose battered body was found in a gravel pit off Freso City Road early Sunday. Her disappearance had set in motion a 200-man midnight search.

Constable Ed Schaeffer, who filed the charge, said the airman had signed a statement assuming "full responsibility" for the crime and clearing a 20-year-old Lackland bare knuckle who had been with him prior to the attack.

Police Investigator Dean Jones said Shaver "blamed it on [the] knuck."

Chere Jo, who reportedly had a congenital heart condition, was the daughter of Mr. and Mrs. J. C. Horton of Tronzo Road.

The child's father was taken to Robert B. Green Hospital about 10:30 p. m. Sunday suffering from shock. After being given a sedative, he was returned to his home.

En la década de 1950, época en que investigaba sobre técnicas de control mental para la CIA, West participó en el caso de Jimmy Shaver, un aviador de Texas condenado por violar y asesinar a una niña de tres años. Shaver decía no recordar nada del crimen. (*San Antonio News*)

Chemrophyl Associates

*P.O. Box 8176
Southard Station
Washington 25, D.C.*

Sherman C. Grifford

2 July 1953

Major Louis J. West
210 Fairchild Lackland Village
San Antonio, Texas

My Good Friend:

I returned from a brief vacation in Maine to find your letter of 11 June on my desk. I had been awaiting your next communication with considerable anticipation and curiosity. Frankly, I had been wondering whether your apparent rapid and comprehensive grasp of our problems could possibly be real. A considerable portion of your letter indicated that you have indeed developed an admirably accurate picture of exactly what we are after. For this I am deeply grateful.

I am proceeding to take action on developing a practical modus operandi in the following way:

- (1) I am today dispatching a letter to Dr. Hastings enclosing a copy of your communication and suggesting to him an early conference here in order to make our initial assault on the top brass in your outfit.
- (2) In regard to the remarks you make about the advisability of your having some leeway in this purchase let me advise that it will be possible to setup a separate sum of money to be given to you personally for such matters.
- (3) It seems to me that it would be useful for me to obtain Top Secret clearance from our organization for Steele, Brua and Cowles. We may not favor to bring them in on the whole story but it would be wise to be in a position to do so when and if this becomes necessary. For this purpose I would appreciate receiving by return mail the following information on each of these personalities.
 - (a) Their full name and title
 - (b) Their date of birth
 - (c) Their title of their present job
 - (d) Their serial number

I gather from your letter that you do not look with favor on attempts to have you maneuvered out of the Air Force very soon. This would be difficult to do in any case but I want to know from you whether or not Hastings and I should ~~postpone~~ ^{postpone} this as an alternative to the top brass here in the eventuality that they think it impossible to develop this project within the Air Force structure.

Sidney Gottlieb, superior de West en la CIA, le escribió bajo el seudónimo de Sherman Grifford, en papel con membrete de «Chemrophyl Associates», una empresa tapadera. Su correspondencia, que confirma la participación de West en MKUltra, no se ha publicado nunca. (Colección del

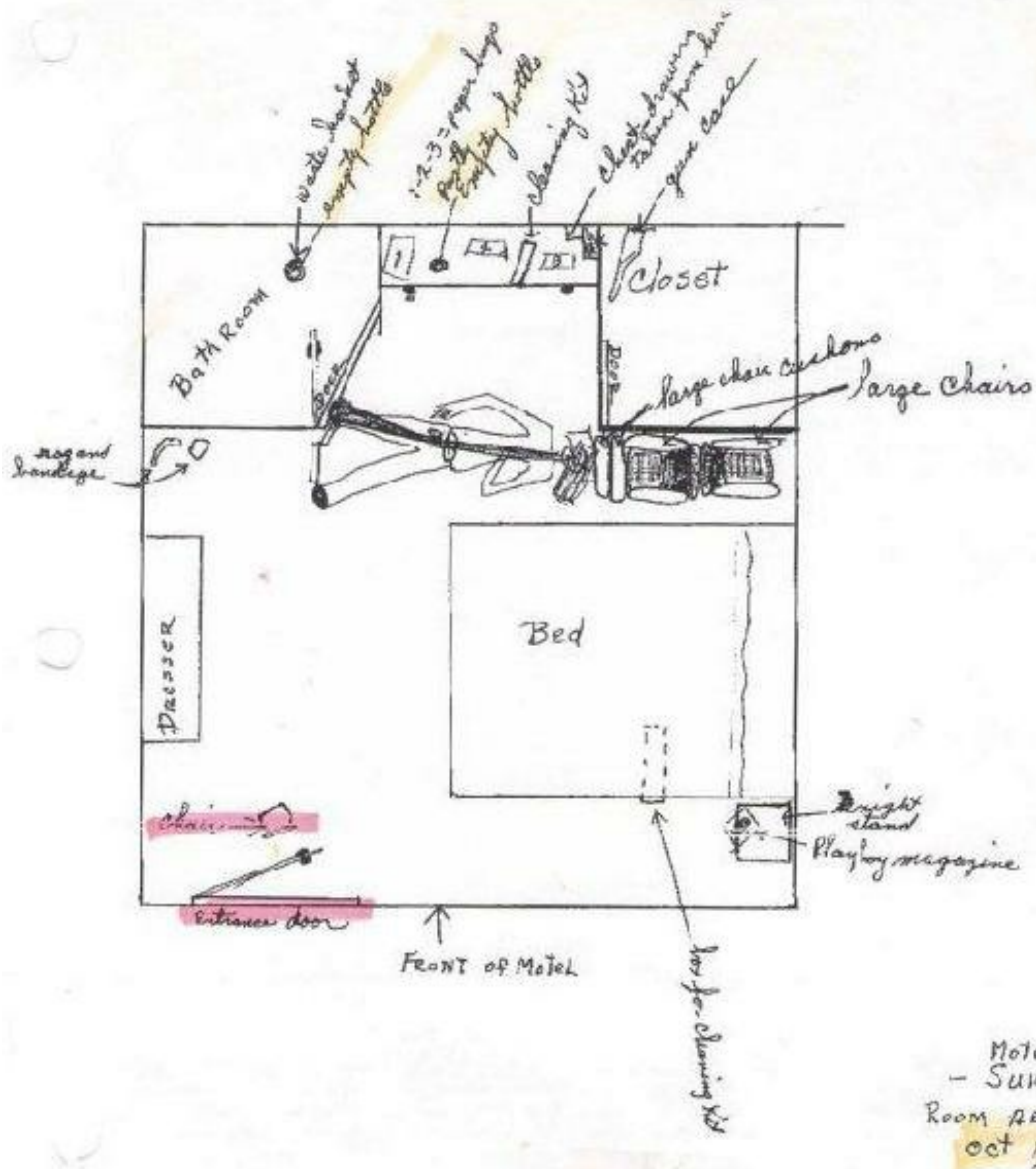
autor)



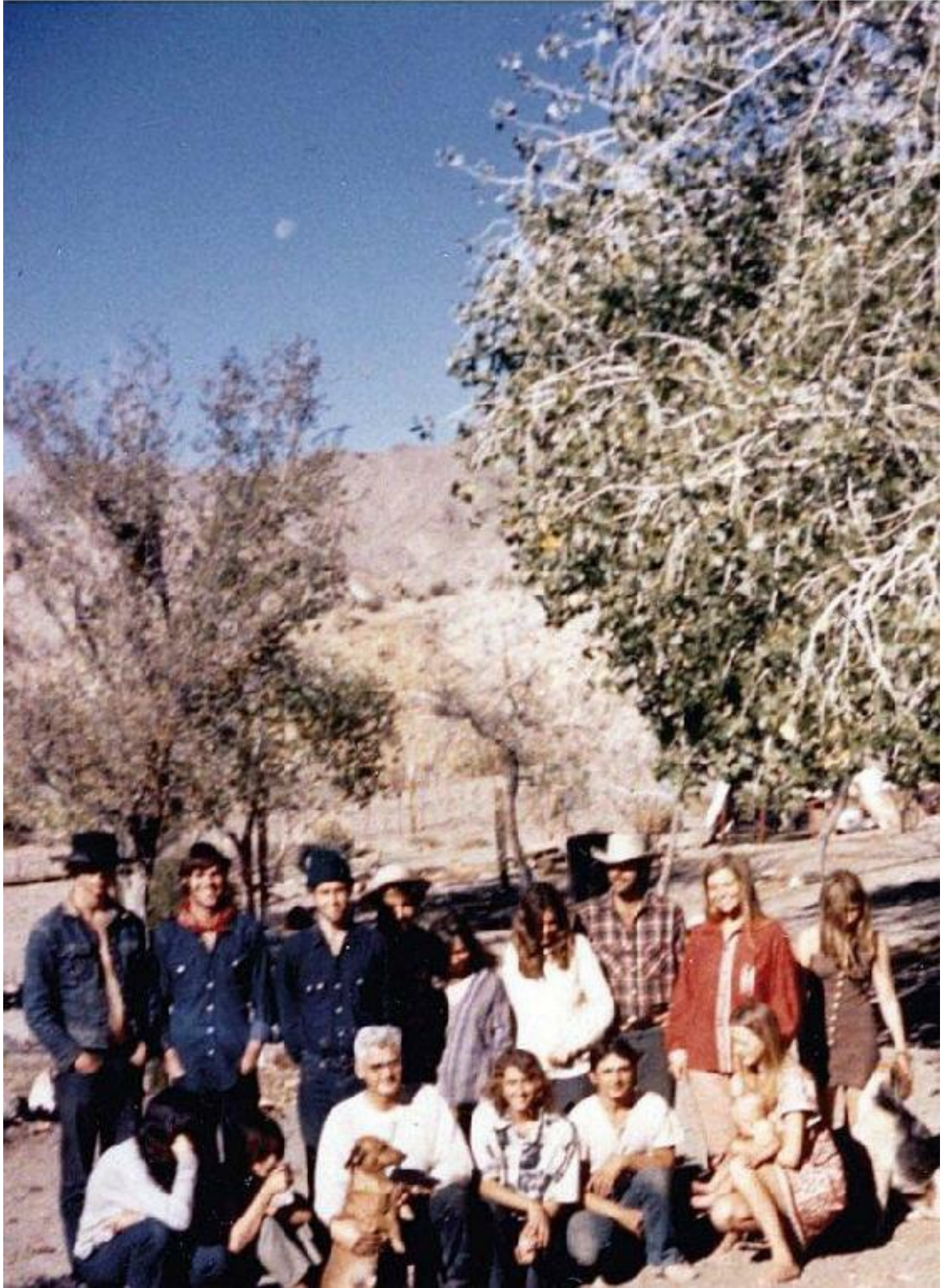
En 1969, a los veintitrés años, Filippo Tenerelli fue encontrado muerto en la habitación de un motel de Bishop, California. Aunque esa muerte fue considerada un suicidio, la policía ocultó numerosas pruebas indicativas de que era otra víctima de la Familia Manson. (Cortesía de Caterina Tenerelli)



Tras su muerte, el Volkswagen de Tenerelli fue encontrado volcado cerca del escondrijo de la Familia en el Valle de la Muerte. Manson y sus seguidores robaban «escarabajos» que transformaban en buggys, ideales para el accidentado terreno del desierto. (Cortesía de Dallas Sumpter)



Escenario de la muerte de Tenerelli según un dibujo del forense. El médico que hizo la autopsia dijo que nunca creyó que hubiera sido un suicidio. (Colección del autor)



La Familia en el Valle de la Muerte, en noviembre de 1968, en una fotografía inédita. Manson aparece en la fila de atrás, el cuarto desde la

izquierda. (Departamento de Colecciones Especiales, Universidad de Nevada)

Título original: *Chaos*

© 2019, Tom O'Neill

Primera edición: julio de 2019

© de la traducción: 2019, Joan Soler

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417805562

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Prólogo

1. El crimen del siglo

2. Un aura de peligro

3. Los Penetradores Dorados

4. Las lagunas de 'Helter Skelter'

5. Amnesia en la Oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles

6. ¿Quién era Reeve Whitson?

7. Neutralizando a la izquierda

8. Cambio de abogados

9. Carta blanca de Manson para salir libre de la cárcel

10. La Clínica Médica Gratuita de Haight-Ashbury

11. Control mental

12. ¿Adónde lleva todo esto?

Epílogo

Agradecimientos

Imágenes